TRILOGÍA DEL JUEGO DE LA SERPIENTE 3

CHRISTIAN FURQUET

LAS HIJAS DE LA TEMPESTAD

LAS HIJAS DE LA TEMPESTAD

Christian Furquet

A Luis, centinela de sueños, por facilitarme el viaje a la tempestad.

A Luca, que algún día formará parte de su legado.

A todos aquellos, hombres y mujeres, que sus vidas se vieron truncadas
por un depredador.

"Todo aquel que desee saber qué ocurrirá debe examinar qué ha ocurrido: todas las cosas de este mundo, en cualquier época,

tienen su réplica en la Antigüedad”
Maquiavelo

“Las emociones no expresadas nunca mueren.
Quedan enterradas en vida y emergen más adelante,
de forma más desagradables”
Sigmund Freud

LAS HIJAS DE LA TEMPESTAD

Sábado, 6 de julio de 2019
Bosque O Cubelo. Santiago de Compostela (A Coruña)
07:15 de la mañana

Un aliento de vapor enmascaraba el contorno del bosque.

La lluvia, fina y constante, se escurría entre las ramas de los eucaliptos, rasgando con sus copas el armazón de nubes que fortificaba el cielo. La chica trepó con dificultad la cuneta y se internó en la carretera solitaria. Tenía la mirada perdida, el cabello húmedo, sus labios amoratados. La humedad, afilada como la hoja de un cuchillo, arañaba sus articulaciones, retardando su desplazamiento en un torpe renqueo. Enseguida aminoró la marcha y se fijó por primera vez en sus manos, una película de sangre y barro resecos. También en su cuerpo desnudo, con la piel erizada y cubierto por trazas de légamo. Su vida parecía diluirse bajo la lluvia insistente hasta que el sonido de un motor la alertó.

La chica volvió despacio la cabeza y enseguida reparó en la burbuja

de luz que crecía a sus espaldas. Raspas amarillentas que ganaron por segundos intensidad, contrayendo sus pupilas en un acto reflejo. Tal vez su indefensión no le permitió elevar los brazos en señal de auxilio. Quizá se dejó invadir por el relumbre de los faros, dispuesta a morir como la criatura primitiva y cavernosa en la que se había convertido. La chica esperó su final varada a un margen de la carretera y sólo entonces, pudo emitir un grito desgarrador.

Después, el coche la embistió.

Lo primero que sintió fue el crujido de sus huesos al chocar contra el asfalto. Astillas que se fragmentaron bajo su piel mientras el chirrido de los neumáticos lijaba la calma del bosque. El vehículo se detuvo a su altura y la inundó de luz. Tenía parte del rostro sepultado por su larga cabellera, tendida bocabajo en posición decúbito abdominal. Luego hizo el amago de incorporarse, pero un dolor intenso se ramificó en su organismo como si de una corriente eléctrica se tratase. La chica dejó escapar un jadeo imperceptible y se concentró en el coche. Su mirada, velada por la cortina de agua, percibió cómo la puerta del piloto se abría.

Al momento, distinguió su presencia bajo la lluvia.

El conductor se dispuso a observarla con detenimiento a medida que la joven intentaba en vano llamar su atención. *Ayuda*, balbució. Apenas un hilo de voz emanaba de su garganta. Continuó examinándola en silencio durante varios segundos hasta que finalmente, decidió regresar al interior. El portazo la convenció de su propósito. La chica consiguió elevar el brazo del suelo y desprendió de nuevo un quejido inútil. El dolor volvió a atenazar sus vísceras. Rápidamente el vehículo dio marcha atrás, y sin más, aceleró el motor.

La burbuja de luz se consumió en el horizonte para dar paso a una telaraña de sombras. Las mismas que se encargaron de sepultarla para siempre bajo el murmullo de la lluvia.

Cuarenta minutos más tarde, la ambulancia atravesó a toda velocidad la carretera comarcal que seccionaba en dos mitades el corazón del bosque.

El conductor activó la sirena en ese preciso instante mientras en la parte de atrás Ana María Gallardo, paramédica especializada en la atención prehospitalaria y clínica, midió con el pulsioxímetro el ritmo cardiaco y la saturación de oxígeno en sangre de la paciente. El resuello entrecortado que expulsaba con dificultad la alertó desde un principio de su estado. Y es que en los casi quince años que llevaba trabajando en el servicio de emergencias, Ana María jamás había visto nada igual. La joven que yacía desnuda a un margen de la carretera

parecía más bien una alimaña arrancada de las profundidades más hostiles del bosque. Habían recibido el aviso por radio, incluso el compañero les informó de que la víctima se hallaba inconsciente, pero lo que Ana María no se esperaba fue encontrarse con una criatura cubierta de sangre y hojas secas tras ser expulsada de su propio infierno.

El pulsioxímetro emitió un largo pitido. La paramédica ojeó la diminuta pantalla y entonces se alarmó.

- ¡Mierda, la perdemos! – anunció con sobresalto – ¡Tiene el pulso cada vez más débil!

El conductor volvió la vista atrás y atendió a la chica que se extinguía en la camilla con una manta térmica por encima. Después pisó a fondo el acelerador.

- ¿Te paso la bombona de oxígeno? – dudó Miguel, el enfermero en prácticas, a escasa distancia.

- Prepárame una bolsa de plasma. ¡Ya! – le gritó.

Miguel se apresuró a abrir la nevera portátil y a rebuscar nervioso en su interior. Ana María, en cambio, se dispuso a atraer a su paciente de las sombras.

- Hola. ¿Puedes oírme?

Después encendió la linterna de exploración que guardaba en el bolsillo de su pantalón y desplegó sus párpados para hacer un barrido ocular.

- ¿Me oyes? – repitió.

Ana María Gallardo advirtió que sus pupilas comenzaron a desplazarse gradualmente por dentro de sus cuencas. Estaba recobrando la consciencia.

- ¿Cómo te llamas? – aprovechó a mantenerla despierta.

La chica ni siquiera era capaz de dar una respuesta.

- ¿Me escuchas? Estás en una ambulancia de camino al hospital – prefirió ubicarla a tenor de su ostensible aturdimiento –. Dime, ¿cuál es tu nombre?

Lentamente consiguió separar sus labios. Un lamento débil se fragmentó en su garganta, como si un millar de crisálidas se liberasen de su muerte.

- Lúa – pronunció.

La doctora se aproximó a ella para poder entenderla.

- Me llamo Lúa Prado.

Acto seguido volvió a cerrar sus ojos y se sumergió en aquel sueño de bosques y pasadizos, donde ninguna otra bestia volvería a acecharla en su propia niebla.

La niebla no me permitió ver su rostro. Tampoco escuchar su voz. Ni siquiera saber cómo gesticula. La niebla no me permitió verlo pese a que su nombre resuena desde entonces en mi cabeza: Tristán Ortiguera. A cada instante. Tristán Ortiguera. Sin interrupción. Tristán Ortiguera.

Ese es su verdadero nombre: Tristán Ortiguera; o al menos, el que averiguamos durante nuestras pesquisas en El Bierzo. El mismo hombre que aprovechó la muerte accidental de Daniela Guzmán (recordemos, del caso *Campanilla*) para recuperarla cinco años después, aunque bajo otra apariencia y una nueva voz: Tania Oldán. Ella fue la que se encargó de dar vida a Daniela, la que huyó del hospital días más tarde con el fin de llevarnos hasta su guarida, la única que me apuntó con el arma de Leo dentro del búnker por orden de su secuestrador. Porque, a fin de cuentas, ése era su cometido: matar. Matar por satisfacer al hombre que la retuvo durante años en una cabaña, la persona que la transformó paulatinamente en otro monstruo. Sin duda, él. Tristán Ortiguera.

Descubrimos que se había cortado el pelo en el apartamento de Inés Solís para modificar su aspecto y hacernos creer que el cadáver que encontramos enterrado en cal viva en el sótano de la cabaña era el suyo. Craso error. El forense determinó que se trataba de Christoffer van Hoof, el otro belga. Ambos, Tintín y Christoffer, estaban muertos.

También localizamos en una de las habitaciones un portafolio con viejos recortes de prensa donde en cada uno de sus titulares se enunciaba la desaparición de una chica. *"Se cumplen dos años de la desaparición de la joven francesa Chlóe Guillot en Rocamadour"*, rezaba el más antiguo. Otros, en cambio, formaban parte de nuestro bagaje personal: Ainhoa Liaño, Penélope Santana…

Pero, ¿quiénes eran las demás? ¿Y por qué Tristán las insertaba en un mural para después, escoger a una sola y abandonar su cuerpo en el bosque? ¿En qué consistía el ritual? ¿En qué diablos consistía *El Juego de la Serpiente*?

DIA 1

Sábado, 13 de julio de 2019
La Alberca (Salamanca)
10:07 de la mañana

Las imágenes comienzan a tomar forma lentamente, sin esfuerzo, conquistando las parcelas umbrías con su materia arenosa y translúcida.

La habitación gris recobra entonces sus ángulos; paredes de cemento iluminadas por una luz fantasmagórica que cuelga del techo. Leo percibe la humedad que oscila en el aire. También la malla de oscuridad que se agita al fondo, tras el ramal de escalones que asciende hacia las tinieblas. Enseguida reconoce donde está. La pistola que sujeta con firmeza en su mano derecha y la arenisca espolvoreada bajo las suelas de sus botas le sitúan rápido en el búnker. Eso es. Leo se da cuenta de que está en el búnker. Lo sabe porque Tania no le quita ojo desde que ha irrumpido en la habitación. Se encuentra de pie a un extremo, sosteniendo con descaro su arma y apuntándole a corta distancia. Leo se gira hacia ella y entonces percibe un viso de repulsión en sus ojos. *¡A qué has vuelto?* La voz de Leo se expande como un eco incesante. *¡Qué es lo que quieres?*

Un extraño vendaval se cuela en el búnker, circulando cada vez con más fuerza a su alrededor. Ráfagas cargadas de partículas donde la figura de Tania empieza a desvanecerse. *¡Dispárala!*, escucha la orden. Leo desvía la mirada y descubre a Aura maniatada en el suelo, con el semblante serio y la tensión perfilándose bajo la piel de su cuello. *¡He dicho que la dispares!*, incide. El torbellino se vuelve impetuoso. Leo posa el dedo sobre el gatillo y decide desplazarlo hacia atrás. La corriente apenas le permite ver a Tania mientras su silueta se consume invariable. Leo continúa apretándolo pese a que no consigue descargar el arma. Una película de sudor se forma en su frente. Vuelve a intentarlo por segunda vez hasta que, de pronto, la misma joven que parece retarlo tras la cortina de aire expulsa un chillido que enfurece al vendaval y todo lo agita. Todo lo enturbia. Todo lo hace añicos. Hasta que desaparece.

Segundos más tarde, el timbre de la puerta le devolvió a su dormitorio.

Leo Baeza abrió sus ojos desorientado y giró el cuello hacia la mesilla de noche. Las agujas del despertador le confirmaron lo que sospechaba. Se había quedado dormido. El sargento de la Guardia Civil de La Alberca se desperezó en la cama a medida que algunas

escenas volvían a relampaguear en su pensamiento. Primero la silueta velada de Tania. Después el vendaval que los envolvía. Finalmente, el grito. Leo se percató de que había vuelto a repetirse el sueño igual que la noche anterior, con la misma precisión que desde hacía cuatro meses, incapaz de derribar a su rival. Lo había intentado en cada uno de los episodios, el dedo insertado por dentro del guardamonte y oprimiendo el gatillo con denuedo; sin embargo, por más que se empeñaba, el proyectil se encasquillaba en la recámara.

El timbre retumbó de nuevo en el interior del chalet.

Leo abandonó la cama malhumorado y se dirigió a la ventana mascullando una serie de improperios. *¡Quién diablos será ahora?*, terminó de escupir. Luego tiró de la cinta de la persiana y retiró una parte de la cortina para conocer la identidad del *tocacojones*, pensó. Apenas tardó unos segundos en averiguar que se trataba de Carmen, la mujer con la que convivió Aura en La Alberca durante la investigación en curso del caso Santana. Llevaba en sus manos una bolsa de plástico que estaba anudando al pomo de la entrada y la misma pañoleta violeta con la que últimamente adornaba su cabeza.

Leo se retiró de la ventana y regresó a la penumbra azul de su habitación. El espejo de la pared le devolvió una imagen bien distinta a la que conservaba. Y es que el hombre que observó al otro lado del reflejo exhibía sin tapujos los miedos agazapados al fondo de sus pupilas, la apatía de las últimas semanas, su abandono.

Leo se dio cuenta de que su vida estaba a punto de desmoronarse cuando su móvil vibró en la mesilla. *Será posible…*, rezongó. Una horquilla de luz se abrió paso entre las sombras y descolgó sin mirar la pantalla.

- Sí – pronunció cortante.

El rostro de Carmen invadió su mente.

- Buenas, Leo – respondió al otro lado –. ¿Te pillo en mal momento?

- Justo saliendo de la ducha – mintió descaradamente –. Siento no haber podido abrirte la puerta, pero…

- Creo que te equivocas de persona. Soy Elisa – le interrumpió.

- ¿Cómo dices?

- Elisa Vázquez – aclaró al fin –. La forense.

Un torbellino de escenas se conjuró en su recuerdo a medida que Elisa Vázquez, la forense predilecta del juez Castillo, la misma que asistió al levantamiento del cadáver de Penélope Santana en el Bosque de los Espejos un año atrás, iba apoderándose de su imaginación con su melena cobriza y sus sempiternas gafas de bioseguridad transparentes.

- ¿Me ubicas ya?

Leo enmudeció un instante.

- ¡Pues claro que te ubico! – aseguró –. ¿Cómo va todo? ¿Sigues al

frente del Anatómico de Salamanca?

- Baeza, necesito hablar contigo.

A Leo le extrañó el tono grave que adquirió de repente su voz.

- ¿Pasa algo…? – dudó.

- Tampoco pretendo alarmarte, pero ha aparecido un cadáver en Galicia que muestra similitudes con el crimen de Penélope.

A ochenta kilómetros de allí, en el número 20 de la Gran Vía de Salamanca, Aura Valdés no paraba de golpear el saco de *kickboxing*. La insistencia con la que sacudía a su adversario en aquel reducido espacio con vistas a la calle provocó que su entrenador personal – una mole de músculos de acero – se situase por detrás para sujetarlo con firmeza. *Bien, Aura. Ahora un gancho por la izquierda*. La periodista, equipada con sus guantes de boxeo y espinilleras, alternó varias embestidas con ambos brazos hasta que doblegó su pelvis para propinarle una patada certera. *Perfecto. Repítelo una vez más*. Las gotas de sudor se escurrían caprichosas por su frente. *Izquierda, Aura. Levanta esa izquierda*. El resuello entrecortado de su respiración se colaba inútilmente en su cabeza. *¡Gancho!*, la dirigió. El aire de dentro se tornó rancio y espeso.

Un segundo más tarde, la alarma anunció el final de la clase.

Aura se retiró los guantes de camino al amplio ventanal e intentó recobrar el aliento con las manos adosadas a su cintura. Afuera, la lluvia había barrido de transeúntes la calle, donde sólo unos pocos se atrevían a sucumbir a las inclemencias del tiempo resguardados bajo los soportales.

- ¿Un mal día? – escuchó a sus espaldas.

Aura se volvió rápido hasta toparse con la expresión incierta de su entrenador.

- ¿Perdón…? – dudó de lo que acababa de oír.

Tampoco pudo resistirse a contemplar los desmesurados hombros que asomaban por debajo de su camiseta de tirantes.

- Que si has tenido un mal día. Como he visto que no parabas de golpear con saña…

Tal vez la periodista no se atrevió a confesarle que los días *llevaderos* habían dejado de existir en su calendario desde que Tristán Ortiguera, aquel monstruo que se dejaron escapar en El Bierzo, se interpuso en su camino y también en el de su madre. Sólo él fue el causante de arrebatársela en su niñez. Sólo él la condenó a vivir sin su presencia. Sólo él tenía la culpa de su desdicha y debía pagar por ello.

El rencor comenzó a fluir como lava ardiente por sus venas. Su entrenador, sin embargo, la examinaba con interés esperando una respuesta.

- Algo así. Sí – le ofreció igualmente una sonrisa templada.

- De todos modos, te felicito. Has mejorado mucho en las últimas semanas. ¿Nos vemos el próximo sábado?

- No te quepa la menor duda.

Y se largó.

Aura abandonó la clase de *kickboxing* ante la atenta mirada de su profesor y se internó por el estrecho pasillo que finalizaba delante de la puerta del vestuario. Allí se arrancó la ropa con la que entrenaba y se introdujo en una de las duchas individuales. El chorro de agua caliente que caía sobre su cabeza la retuvo durante algo más de quince minutos tras una densa nube de vapor. Una vez que se secó con la toalla y se vistió con su indumentaria de calle (una cazadora vaquera, pantalones roídos a la altura de sus rodillas y sus gloriosas *Converses*), Aura echó un vistazo a su *Flik Flak* y comprobó que eran las diez y media pasadas.

Rápidamente salió del vestuario y retomó el camino de vuelta con su mochila echada al hombro. Al cruzar por delante del mostrador de recepción la secretaria no pudo por menos que levantarse de su asiento.

- Han preguntado por ti – soltó como un resorte. Su actitud rezumaba desconfianza – No sabía qué hacer, así que le dije que te esperase fuera.

- ¿Por mí…? – se sorprendió de que Leo hubiese tomado la determinación de ausentarse, aunque sólo fuese por unas horas, del chalet – ¿Pero quién?

- Ese hombre. El de las gafas de pasta.

Aura recorrió el trayecto de sus ojos hasta la misma entrada acristalada, donde un hombre con la barba escrupulosamente recortada y gafas con montura de pasta parecía saludarla con lo que a simple vista reconoció como un portafolio, al abrigo de un paraguas negro. La sonrisa que esbozó de inmediato era más bien fingida.

- ¿Lo conoces? – se aventuró a preguntar la secretaria.

- No estoy segura – frunció el ceño al encaminar sus pasos hacia la salida.

- Si ves que el tío es raro, hazme una señal y llamo a la policía.

Aura ni siquiera la escuchó cuando cruzó la puerta y se internó bajo la lluvia fina. Calculó que tendría alrededor de cuarenta años. Era alto, de complexión delgada y vestía un traje azul marino a juego con una *pashmina* de cuadros que había entrecruzado por encima de su corbata. Había algo en su presencia que la incomodaba.

- ¿Aura Valdés? – pronunció. Su voz era firme, sin estridencias.

- Me han dicho que estaba buscándome.

Por más que analizaba sus gestos, era incapaz de ubicarle en su memoria. El hombre se aproximó a ella y la cobijó bajo su paraguas tras una distancia prudente.

- Siento haberme presentado sin avisar. Me llamo Oriol Estrada y trabajo para El Correo de Galixia. Me comentaron en Tribuna Madrid que podría localizarla en este lugar.

La periodista acababa de destapar el misterio y maldijo para sus adentros a la bocazas de la que fuera su jefa por entonces, su queridísima Alicia Sanz, con la que seguía manteniendo contacto, y cómo no, haciéndola partícipe de su nueva vida en La Alberca.

- Aunque antes de nada, me gustaría felicitarla por su trabajo – continuó – He seguido de cerca sus casos y, la verdad sea dicha, sigo sin comprender por qué la Federación no le ha concedido un premio como reconocimiento a su labor periodística.

Aura volvió a cagarse literalmente en su jefa y en su inestimable tarea de meterla en líos (en este caso, con un desconocido) por alguna extraña razón que se le escapaba.

- El caso es que si me he decidido a venir a Salamanca es porque necesito tratar un asunto que reviste de urgencia – prosiguió con su *speech* –. Sólo usted tiene la clave.

- Y siento que haya tenido que hacer el viaje en balde – Aura no estaba por la labor de soportar las ínfulas de otro de esos cretinos que la escribían a su blog para relatarle sus propias teorías acerca de los crímenes de La Alberca y El Bierzo –. Me pilla con algo de prisa.

- Tampoco le robaré mucho tiempo – procuró retenerla –. ¿Podríamos tomar un café por aquí cerca?

Oriol Estrada bosquejó una mueca incierta mientras analizaba el lenguaje corporal de la periodista. Por la posición de sus piernas, pronosticó que estaba deseando escabullirse de allí.

- Serán sólo cinco minutos.

- En otra ocasión tal vez – atajó de modo imperativo –. Ahora debo marcharme. Pero si me escribe un correo electrónico, prometo responderle.

- ¡Espere! – alzó la voz.

El hombre supo que se le acababan los recursos. Era ahora o nunca.

- Hay algo que quisiera mostrarle. Es sobre las investigaciones que llevó a cabo.

Aura no reprimió el gesto de recelo que reveló en su entrecejo.

- Ahora mismo no estoy interesada en publicar un artículo – le ofreció como respuesta –. Imagino que Alicia Sanz le habrá comentado que ya no trabajo en Tribuna Madrid.

- Lo sé. Pero tengo un vídeo en mi poder que habla sobre *El Juego de la Serpiente*.

Un extraño silencio se coló irremediablemente en la línea.

Leo intentó asimilar la información que acababa de ofrecerle Elisa Vázquez por teléfono y se amilanó. Un puñetazo que sacudió los

cimientos de su memoria a medida que se sentaba a un lado de la cama y se preguntaba si era cierto lo que había escuchado. Las fotografías con el rostro de Penélope Santana que se repartieron por los pueblos de alrededor durante las primeras semanas de búsqueda lo paralizaron.

- ¿Sigues ahí…? – Elisa se aventuró a atraerlo de nuevo

La luz plomiza de la mañana se adentraba como una sombra más en la habitación.

- ¿Qué quieres decir con que muestra similitudes con el crimen de Penélope? – descerrajó nervioso – ¿Estás segura?

- Digamos que el informe no obra en mi poder.

- ¿Entonces…? – buscaba desesperadamente una respuesta.

- Tranquilízate primero, ¿quieres? Fue Javier Corrales, el forense que le ha practicado la autopsia, quien me relató anoche por teléfono lo que había averiguado.

- ¿Y es…?

- Que cuando el cadáver fue trasladado al depósito de Ourense, encontró una castaña encerrada en su mano derecha – soltó con aplomo –. Eso, y también restos de agua salina en su pelo.

Baeza apretó fuerte su mandíbula de manera involuntaria.

- A Corrales le extrañó aquello y buscó alguna referencia en la base de datos policial. Evidentemente el sistema le devolvió una coincidencia con el caso Santana y decidió telefonearme con el propósito de cotejar ambos informes.

- ¿Ha identificado ya a la chica?

- Aún no. Aunque esta vez es distinto, Baeza. Se trata de un varón.

Un segundo silencio fracturó la mecánica de la conversación. Leo pestañeó repetidas veces antes de continuar.

- ¿Un hombre?

- Exactamente un chico de unos treinta y tantos – añadió –. Pero lo impactante no es eso, créeme, sino más bien cómo apareció su cuerpo en el bosque.

Sábado, 6 de julio de 2019
Bosque de Castros de Trelle (Ourense)
17:22 de la tarde

El cielo, amurallado por un batallón de nubes negras, presagiaba la descarga de la tormenta de un momento a otro.

Antonio Villarejo aparcó la patrulla a un margen del camino y se apeó con el semblante árido. Enseguida comprobó que varios de sus hombres se encontraban al fondo, próximos a la linde del bosque, acordonando el perímetro con la cinta de balizar. Tal vez lo interpretó como el único método de retirar a los vecinos que se habían ido

concentrando tras uno de los coches desde que le informaron en la Comandancia del terrible suceso. El subinspector de la Comisaría Provincial de Ourense cerró la puerta de la patrulla y se internó campo a través, donde uno de sus agentes predilectos, Rodrigo Carvajal, se prestó a reunirse con él con actitud diligente.

Ambos se encontraron a mitad de camino.

- Qué hay, jefe – Carvajal introdujo su habitual coletilla a modo de saludo.

- ¿Han llegado ya todos los efectivos? – quiso saber.

Después retomaron el paso.

- Parte de la comitiva judicial está de camino. Faltan por personarse el juez de guardia y el forense. Los demás están trabajando sobre el terreno – le instruyó con celeridad.

- ¿Qué hay de los testigos? ¿Se ha tomado declaración a los que dieron el aviso?

- Tabares anda en ello. Se trata de cuatro chavales de la zona que se dirigían al río en sus bicicletas. Parece ser que uno de ellos lo vio oculto tras ese árbol de ahí – lo señaló –. Un *sicomoro* o higuera africana según me ha aclarado el de balística.

Antonio Villarejo ni siquiera le prestó atención. Su mirada parecía hipnotizada por el trajín de sus agentes.

- De todos modos, espero que hoy tenga el estómago preparado – le avanzó a pocos metros del lugar. Villarejo lo miró con cara de circunstancias –. Lo que está a punto de presenciar le va a impresionar.

Al subinspector le llamó la atención su advertencia y se propuso averiguar el misterio por sí mismo una vez que apartó con la mano la baliza y entró en el área acordonada. Algunos de sus hombres le saludaron con un golpe de barbilla. Luego descendió una leve pendiente sedienta de helechos y sorteó el árbol aferrándose a su tronco. El hedor que desprendía el aire no camufló sus expectativas. Ni siquiera la humedad bochornosa que contaminaba el entorno, asediado por el inquietante zumbido de un enjambre de insectos. Villarejo abordó la escena del crimen y sólo entonces comprendió el aviso de su agente.

El hombre se encontraba desnudo con las rodillas hincadas al suelo, el torso echado hacia delante y los brazos flexionados en una posición difícil, como si quisiera reverenciar a una deidad que nadie más alcanzaba a ver. De su cabeza, encajonada a voluntad entre sus omoplatos, emergía una excepcional cornamenta de siete puntas que había sido anudada con un cordel por encima de su nuca. Las moscas germinaban caprichosas entre su carne tumefacta, alimentándose de la sangre reseca que resbalaba en varios railes por su espina dorsal hasta abrazar los huesos que afloraban bajo la piel de su costado.

Villarejo no pudo reprimir la primera arcada que le sobrevino y se retiró dando un traspié del macabro escenario.

- ¿Está bien, jefe? – se interesó Carvajal.

La confusión todavía sobrevolaba en su mirada.

- Quiero que los peritos lo fotografíen todo – anunció en alto –. Y que nadie se mueva hasta saber qué ostias ha pasado aquí.

Una vez que Elisa Vázquez concluyó su relato al otro lado del teléfono, el sargento no pudo por menos que expulsar un hondo suspiro a tenor de las escenas que todavía desfilaban en su mente. La precisión con la que describió al sujeto le habían revuelto las tripas.

- ¿Se sabe ya cuál fue la causa de la muerte?

- Un disparo a quemarropa. Justo en la parte occipital del cráneo – detalló.

Leo dejó volar de nuevo su imaginación y se concentró en el orificio por el que emanaba un hilo de sangre marchita, bordeando como una telaraña parte de su espalda.

Aquella imagen tambaleó su cordura.

- Lo que no entiendo es por qué me cuentas todo esto. Supongo que sabrás que me hallo en una situación muy complicada, prácticamente atado de pies y manos.

- Por supuesto. Algo llegó a mis oídos – Elisa captó su exasperación –. Pero entenderás que debía avisarte. El crimen de ese chico comparte muchas similitudes con el de Penélope Santana: la castaña en la mano, el agua de mar en el cabello… Joder, Baeza, tú estuviste al mando de la operación. Sabes mejor que nadie lo que significó aquello.

- Y según tú, ¿qué debería hacer? ¿Obviar la sanción y ponerme manos a la obra?

- Vale, he captado la señal – la forense prefirió atajar por lo sano. Conocía de sobra su carácter y no estaba entre sus planes iniciar una batalla telefónica – De todos modos, tu experiencia podría arrojar algo de luz. Tengo entendido que las autoridades de Ourense no avanzan en el caso y quizá tu punto de vista les ayudaría a focalizar la investigación bajo otro prisma. Piénsatelo y no tardes en tomar una decisión.

Y sin más, cortó la llamada.

La Malquerida era un edificio de estilo modernista situado al inicio de la Gran Vía entre la Plaza de España y la calle Azafranal.

Aura Valdés escogió aquella cafetería a sabiendas de que el periodista no iba a cejar en su empeño y enfilaron juntos el último tramo de la avenida bajo un silencio amenazante. El *mojabobos*

suspendido en el ambiente abrillantaba los adoquines bajo un soplo de vapor. De vez en cuando Aura le gratificaba con miradas de soslayo, en un intento por adivinar qué vídeo obraría en su poder y que hablaba sobre *El Juego de la Serpiente*. ¿Acaso era cierto y poseía por alguna extraña razón la pista que llevaba meses buscando?, se preguntó. Pero… ¿Quién era realmente Oriol Estrada? ¿Un embustero, otro lunático de las redes, o sencillamente un redactor del Correo de Galixia?

Las dudas la acompañaron de camino a la cafetería, donde enseguida franquearon el portón de la entrada y ascendieron por una urdimbre de escalones hacia la primera planta. La luz opaca de la mañana se filtraba mortífera por la cristalera del balcón. Ambos se internaron en aquel saliente arquitectónico y se sentaron en el único velador, sus figuras enfrentadas para tratar el asunto que los había llevado hasta allí. El camarero les tomó rápidamente nota (café con leche para ella; tónica con dos hielos para él) y se esfumó del reducido habitáculo en un abrir y cerrar de ojos. El silencio volvió a hacer acto de presencia. Aura se ausentó durante ese intervalo de tiempo y traspasó con la vista el amplio mirador. La Gran Vía, abarrotada de coches bajo la lluvia, diseccionaba en un trazo limpio el corazón de la ciudad. Al fondo, apuntalado por encima de uno de los soportales, sobresalía el rótulo de Correos. El recuerdo le jugó una mala pasada cuando cayó en la cuenta de que en ese mismo lugar, un año atrás, el Serbio le dejó en una de sus consignas una copia del manuscrito de Funelli.

Al cabo de unos minutos, el camarero regresó con las consumiciones. Sólo entonces supo que había llegado el momento de actuar.

- Pues tú dirás – se tomó la libertad de tutearle.

Oriol calibró una mirada reprobatoria. Luego deslizó las gomas del portafolio sin apartar la vista de la suya y extrajo de su interior lo que parecía la plana fotocopiada de una noticia. Aura la apresó nada más entregársela.

- ¿Qué es esto? – se interesó.

- Hace unos días apareció en un bosque de Galicia el cadáver de un hombre – arrancó su relato –. Exactamente en Castros de Trelle. Su identidad aún se desconoce, pero todo parece indicar que se trataba de un indigente al que asesinaron. O al menos, esa es la versión que la policía ha filtrado a la prensa.

- ¿De qué *"versión"* hablas? – entrecomilló con los dedos de ambas manos.

- No hace falta que te explique cómo funciona este mundillo. Evidentemente la noticia ha pasado inadvertida y las autoridades se han negado a hacer declaraciones.

- ¿Y qué hay de raro en ello? – rechazó su teoría –. No es el primer caso donde el suceso ni siquiera trasciende al carecer de interés mediático, y más tratándose de un sintecho.

- Cierto – apostilló –. Pero si lees un poco más abajo, sabrás que la Guardia Civil tardó pocas horas en capturar al autor de los hechos. Un tío de nacionalidad búlgara que responde a las siglas de I.M. Por supuesto, el juez lo envió directamente a la prisión de Pereiro de Aguiar.

Aura posó los ojos en el último párrafo, donde efectivamente leyó el nombre de la prisión que acababa de mencionar.

- Me vas a perdonar, pero sigo sin saber qué tiene que ver esta noticia con *El Juego de la Serpiente*.

- Es que aún te falta por escuchar el final de esta historia.

Oriol reclinó la espalda contra el respaldo y se perdió unos instantes por fuera del mirador.

- Verás, ayer tarde recibí en la redacción un sobre. Un sobre acolchado que guardaba varias castañas en su interior y un cd con el nombre de Iván Minchev escrito sobre su carátula. Las mismas siglas que se publicaron hace días en la prensa – interconectó –. Aparte de eso, también había un cronómetro. Un cronómetro apagado, sin batería.

- ¿Un cronómetro…? – alargó sorprendida la última vocal.

- Ilógico, ¿verdad? Aunque después de darle varias vueltas, dudo mucho que el mismo I.M en persona me haya enviado todos esos regalitos desde prisión. ¿No te parece?

- Quizá alguien te esté animando a que investigues el crimen – dedujo –. ¿Qué contenía el cd?

- Para eso será mejor que saques tus propias conclusiones.

El periodista extrajo el móvil del bolsillo de su americana y buscó el material en una de las carpetas. Una vez que localizó el vídeo, le cedió su teléfono. Aura no tuvo más que pulsar el *Play*.

Los primeros segundos de la grabación se disolvieron bajo un suelo de tablillas cubierto de suciedad. Rápidamente el objetivo hizo un barrido vertical hasta que el ángulo se encuadró frente a un individuo de espaldas, cortado a la altura de sus lumbares y con las muñecas maniatadas. La cámara registró su respiración, agitada y discordante. También la pequeña nota musical tatuada por detrás de su oreja izquierda, donde su cabello ensortijado se revolvía oscuro y espeso. Aura se dio cuenta por la inclinación del ángulo que se encontraba arrodillado en lo que parecía una habitación en penumbra. ¿Por qué?, se cuestionó. En ese preciso instante, su voz emergió de las tinieblas. *“La nueva luz despejará las sombras. Sólo los traidores serán sacrificados sin piedad. El juego de la serpiente mostrará entonces la verdad”*. De pronto, la cámara captó un movimiento brusco a medida que la mano

ejecutora emergía por el flanco derecho, apuntándole con una pistola a la altura de su cabeza. Sin esfuerzo apretó el gatillo, donde una nube de hueso y sangre se pulverizó en el aire. El hombre cayó abatido al suelo.

Acto seguido, la reproducción cesó.

Oriol Estrada analizaba mientras tanto los gestos que la periodista perfilaba en su rostro, una mezcla de espanto y dolor a partes iguales.

- ¿Y bien…? – se aventuró a escarbar en ella.

Aura Valdés continuaba impresionada.

- ¿Lo sabe la policía? – le costó articular.

- Evidentemente, no.

- Pero acabo de leer en el titular que el hombre apareció en un bosque de Ourense. En cambio, en la grabación, se ve que se trata de una habitación cerrada.

- Exacto. Aunque visto así, yo lo formularía de otra manera. ¿Por qué las autoridades que llevan el caso han variado una información tan irrelevante?

La periodista no supo qué responder.

- ¿Y del hombre asesinado, el indigente? ¿Qué se sabe?

- Que llevaba tiempo mendigando por los pueblos de alrededor. Es decir, nada.

A Aura le extrañó que no se filtraran siquiera las iniciales de su nombre.

Oriol Estrada, sin embargo, le dio un sorbo a su tónica y se inclinó después hacia delante.

- Aún no me has dicho qué piensas del mensaje que pronuncia en el vídeo – su mirada se tornó beligerante –. Sobre todo de la parte en la que habla del *Juego de la Serpiente*.

Aura sintió que la devorada a corta distancia.

- ¿Qué quieres de mí? – le encaró.

- ¿Hace falta que responda a eso? Sabes de sobra que busco tu ayuda.

- Supongo que te habrán informado que ya no ejerzo como periodista.

- ¿Y ese es un motivo para eludir el tema? – la espoleó –. Como te dije, he seguido de cerca tu carrera y me consta que los crímenes de La Alberca y El Bierzo te marcaron a nivel personal. Nadie en su sano juicio dejaría su puesto en Tribuna Madrid.

- Te equivocas – musitó –. No tienes ni puta idea.

- Yo también tengo mis fuentes, Aura. Sé que esos dos casos esconden algo mucho más enrevesado – persistía –. Las entradas que has ido publicando en tu blog muestran una mínima parte de lo que realmente viviste.

- ¿Y por eso has venido, para que te ayude a ordenar las piezas del

puzle?

- En absoluto. Más bien porque sólo tú puedes llegar hasta el final. ¿Qué me dices?

Un nuevo silencio se instaló entre ambos. Aura se perdió tras los cristales del mirador y reconsideró su vaga propuesta. En el fondo, no estaba dispuesta a compartir con nadie las pesquisas que había ido recolectando durante los últimos meses, y menos con un extraño al que ni siquiera conocía. Oriol no dudó en levantarse al observar su reacción. Recogió el portafolio de la mesa y le dio un trago a su tónica. Antes de largarse, volvió a contemplarla una vez más.

- Quizá no haya sido una buena idea.

Pero justo cuando se disponía a dejar un billete encima el velador, Aura se armó de valor y lo apresó del brazo. El rictus que esgrimió en su rostro le cortó el habla.

- Espera. Todavía no te he dado una respuesta.

A varios kilómetros de allí, tras la frondosa arboleda que sepultaba el entorno de sombras, la lluvia comenzó a amainar. Una lengua de humedad se abrió paso en las profundidades del bosque mientras uno de los cazadores continuaba llamando a voces a los perros.

- ¿Dónde cojones se habrán metido? – farfulló.

Su compañero los atisbó de inmediato, rezagados en lo que parecía el inicio de un terraplén por dentro de un pinar silvestre. Se fijó que uno de los pastores alemanes no paraba de olisquear una porción del terreno mientras el otro, preso de su azorado instinto, escarbaba con denuedo con las patas delanteras. Ambos se acercaron a ver lo que sucedía hasta que el cazador se encargó de retirarlo, tirando de él con fuerza.

- Venga, muchacho. Déjame ver lo que has descubierto.

La resistencia del animal le impedía apartarlo del lugar.

La luz evanescente que goteaba de las ramas se ocupó de descubrir un trozo de plástico negro que asomaba entre la tierra revuelta.

- ¿Qué es eso? – señaló el otro cazador.

El hombre recorrió el trayecto de su dedo, tropezando con aquel filamento oscuro cubierto de barro y hojas secas. Un extraño presentimiento le invadió. Después propinó un empellón al perro y se aventuró de cuclillas a deslizar una parte del armazón, colando inútilmente la mirada.

El bosque le reveló lo que escondían sus entrañas.

- ¡Me cago en la puta! – se apartó sobrecogido –. ¡Avisa al Puesto de Ponferrada!

El parte meteorológico anunciaba precipitaciones durante al menos

otra semana.

Aura Valdés apagó la radio de su Golf blanco y se distrajo con las vistas que se perfilaban al fondo de la carretera, tras un cielo húmedo cosido de nubes bajas. Un velo de vapor se enredaba en la cima de la Peña de Francia, resbalando como polvo gris hacia las laderas de las montañas. Aura pulsó el botón del calefactor y una bocanada de aire caliente emergió en el interior del coche. Todavía tenía el cuerpo cortado. La conversación que acababa de mantener con Oriol Estrada en la primera planta de *La Malquerida* había tambaleado sin duda los soportes de su memoria reciente; la misma que durante semanas proveyó de datos y más fechas, de chicas desaparecidas y símbolos errantes, de informes médicos y viejos recortes de prensa. Porque eso fue a lo que se dedicó en las horas vacías que halló en el chalet de Leo. A recopilar. A cotejar expedientes. A buscar un rastro fiable entre la marea de párrafos. Pero fracasó. Aura fracasó en su intento y no halló ni una sola pista por la que avanzar sin miedo hasta la guarida de su malhechor. Tristán Ortiguera. El hombre sin rostro que continuaba asaltando sus sueños en mitad de la noche.

Aura se conformó con imaginárselo bajo un paño de tinieblas hasta que esa misma mañana, un redactor del Correo de Galixia tuvo el acierto de volver a remover su propia estabilidad. Miles de imágenes desfilaron a toda prisa en su mente mientras el hombre de la grabación pronunciaba las palabras temidas. *El Juego de la Serpiente*. También un atisbo de leyenda bíblica. *La nueva luz despejará las sombras*. Incluso una amenaza. *Sólo los traidores serán sacrificados sin piedad.* ¿Por qué?, se devanó los sesos. ¿Qué sabía del libro de Funelli? ¿Acaso era la mano de Tristán la que salía a cámara y ejecutaba sin piedad al indigente?

Su teléfono móvil vibró en el salpicadero del coche.

Aura echó un vistazo a la pantalla y esbozó una mueca de alivio.

- ¿Me escuchas, Carmen? – puso el manos libres –. Estoy conduciendo.

Su mente la proyectó en uno de sus sofás del salón, acunada por el calor de la chimenea.

- Si lo prefieres, puedo llamarte en otro momento.

- No te preocupes. Por cierto, ¿qué tal los resultados? Ayer se me pasó pegarte un toque.

- Los doctores son bastante optimistas. Dicen que si todo evoluciona como hasta ahora, podrán extirparme el tumor del pecho en un par de meses – su voz irradiaba un estado de ánimo intachable –. No sé si has visto el nuevo vídeo que he colgado en Instagram para celebrarlo. Vas a alucinar con mi versión de Abba.

Carmen se desternilló de la risa al otro lado de la línea.

La periodista admiró su valentía y la facilidad con la que se tomó la

noticia cuando le detectaron el cáncer de mama a principios de año. Las coreografías que interpretaba y subía a sus redes sociales se habían convertido en su válvula de escape.

- Antes de que se me olvide – continuó –. Hace un rato me pasé por tu casa para llevarte una caja de esas perronillas que tanto te gustan. Me extrañó que Leo no estuviera. Vi su coche aparcado en la entrada.

- Lo raro es que te hubiese abierto la puerta – Aura verbalizó sus pensamientos en un amago de desahogo.

- ¿Cómo va la cosa, cariño? ¿Has hablado ya con él?

- ¡Pero si apenas me presta atención! – se revolvió al volante –. Le he propuesto salir unos días de La Alberca para que cambie de aires, incluso le he sugerido que acuda a un especialista por si acaso se abriese con un desconocido. Pero es imposible, Carmen. Se niega a cooperar. Parece que todo su mundo giraba en torno a su trabajo.

- Entiendo… – masculló.

- La verdad, no sé si hice bien dejándolo todo en Madrid para estar a su lado.

Un poso de resquemor se propagó bajo su piel a medida que en su cabeza, las imágenes de los últimos cuatro meses se entremezclaban confusas y desordenadas. Nada parecía haber cambiado desde que a Leo Baeza, el mismo sargento del Puesto de la Guardia Civil de La Alberca, lo suspendieron de su cargo en funciones tras el juicio interno que se celebró contra su persona a los quince días de abandonar El Bierzo. Tal vez la pérdida de empleo y sueldo le dolió menos que el quedarse sin su placa. Puede que incluso los seis meses que le impusieron como condena lo arrastrasen hacia un pozo sin fondo donde su propio estado emocional se vio afectado por una serie de fases que le llevaron de la negación a la ira, del cabreo al abatimiento, estancándose finalmente en una apatía insondable.

Leo se dejó llevar por su frustración para convertirse en una sombra errante del chalet. De la cama al sofá y del sofá a la cama, arrastrando los pies en cada desplazamiento, perpetuando el desánimo con el cabello revuelto y la barba sin recortar. Pero… ¿Y ella? Es posible que en más de una ocasión a la periodista se le pasara por la cabeza la idea de hacer sus maletas y largarse lejos. Quizá echase de menos la vida que dejó atrás en Madrid, los reportajes que cubría para el periódico cada semana, las broncas de su redactora jefe. Aura echaba de menos todo aquello y se planteó la duda de si había sido un acierto trasladarse a vivir con él a La Alberca. ¿Acaso no funcionaban mejor como una aventura pasajera que como pareja?

Algunas noches, mientras Leo navegaba con deliciosa calma en los brazos de Morfeo, Aura lloraba en silencio. Reprimía con la palma de su mano el sollozo que le sobrevenía al otro lado de la cama hasta caer rendida horas más tarde, con el alba despuntando por las rendijas

de la persiana. Cierto es que Carmen se esmeró en cuidarla las tardes que la periodista se pasaba por su casa con el pretexto de dar una vuelta. Al paseo se unía casi siempre Pepa, la madre de David, la misma que tuvo que lidiar con los comentarios que se departieron en un principio por las terrazas del pueblo sobre que su hijo era uno de los asesinos de Penélope Santana. Sin embargo, de aquello había pasado demasiado tiempo, el suficiente como para que ahora ambas se encargasen de distraer a Aura por las calles empedradas de La Alberca. Enfilaban la plaza con el paso ligero y se adentraban en una profusión de callejuelas con los dinteles remarcados de símbolos, donde la luz apenas acariciaba el rastro de humedad que reptaba por los bajos de las fachadas.

Aura continuó adaptándose a su nueva vida sin él. A las horas vacías. Al silencio.

Un silencio que acabó por encontrar útil cuando se encerraba en el despacho de la planta de arriba y reordenaba en su portátil cada uno de los episodios que aún conservaba frescos de los crímenes de La Alberca y El Bierzo, las entrevistas a los sospechosos, los informes clínicos, las principales hipótesis. La periodista se afanó en darle forma a su historia donde, al cabo de unas semanas, descubrió que tenía el primer borrador de una novela policíaca. Un relato cargado de experiencias propias, aunque también de rituales paganos y criaturas legendarias. Páginas y páginas enlazadas misteriosamente al *Juego de la Serpiente*, pero elaboradas bajo un único precepto: la búsqueda de Tristán. De Tristán Ortiguera.

Su nombre retumbó en su mente como una onda expansiva. Ni siquiera se percató de que Carmen estaba hablándola por el móvil cuando volvió en sí y se fijó en el cartel apostado a un margen de la carretera. Faltaban veinte kilómetros para llegar a su destino. Después echó un vistazo por la ventanilla y apreció una vez más la cobertura de nubes que enmascaraba la cumbre de la montaña.

- ¡Me estás escuchando? – insistía Carmen.

- Discúlpame. A veces pierdo la cobertura – mintió.

- Te estaba diciendo que tengas un poco de paciencia. Conozco a Leo y sé que es un buen hombre. Sólo necesita tiempo para aclarar su cabeza y aceptar su situación.

- Eso espero. Porque de lo contrario, voy a tener que replantearme mi futuro con él.

Y antes de terminar la frase, Aura se dio cuenta de que se estaba engañando, y mucho.

Veinte minutos más tarde, la periodista detuvo el coche delante del chalet.

La vivienda de dos plantas y ladrillo cara vista se erigía por dentro

de un recoleto jardín, hostigado por el aire que arreciaba procedente de la sierra. Aura Valdés cruzó las losetas de cemento que conectaban con la entrada principal y clavó la mirada en la bolsa de plástico transparente que Carmen había anudado con las asas alrededor del pomo. El aroma de las perronillas cautivó su olfato en cuanto abrió la puerta y enfiló decidida el pasillo. Una penumbra azul goteaba en el interior, empastando con precisión a su ausencia. Poco a poco fue encendiendo algunas luces de camino, donde nadie más parecía habitar entre aquellas cuatro paredes. Las alarmas se dispararon nada más presionar el interruptor del salón.

- ¿Aún sigues dormido? – la pregunta le sonó de lo más absurda.

Leo estaba tumbado en uno de los sofás, con el brazo izquierdo cruzado por encima de su cara y los pies acomodados sobre un par de cojines. La claridad rasposa que se abrió paso entre las sombras le obligó a girar el cuello con disimulo. Enseguida tropezó con la mueca de asombro que Aura esculpió sobre sus facciones.

- Eso parece – alegó en su defensa –. ¿Qué hora es?

- Las doce y media.

El sargento se incorporó del sofá con evidentes señales de haberse quedado traspuesto.

- Por cierto, Carmen me ha llamado hace un rato. Dice que no le has abierto la puerta. Venía a traernos la caja de perronillas – se la mostró igualmente por dentro de la bolsa.

- ¿Carmen…? – improvisó –. Qué raro. Seguro que ha sido cuando me metí en la ducha. Aunque ahora que lo dices, ¿cómo es que has venido tan tarde de tus clases?

- Si te cuento lo que me ha pasado no te lo vas a creer – dijo mientras se deshacía de su cazadora vaquera.

Luego se dirigió al sofá y se sentó a su lado.

- Resulta que un periodista de Galicia, Oriol Estrada, ha venido a buscarme a la salida para tratar conmigo un asunto de lo más extraño.

- ¿Un asunto? – pronunció todavía adormilado –. ¿Qué asunto?

- Verás. Hace días apareció el cadáver de un hombre en un bosque de Ourense; un indigente al que ejecutaron de un disparo a quemarropa. El asesino, un tal Iván Minchev, fue capturado a las pocas horas y trasladado a la prisión de Pereiro de Aguiar por petición del juez. El caso es que el periodista ha recibido en la redacción un sobre con un cd en su interior.

- ¿Un cd? – le desconcertó el contenido.

- Sí. Una grabación que dura escasos segundos y en el que el sintecho ofrece un mensaje de espaldas a la cámara antes de ser ajusticiado.

- ¿Cómo dices…?

- Tengo las imágenes, Leo. Será mejor que las veas.

Aura encendió la pantalla de su móvil y reprodujo el vídeo al instante.

El ángulo de la cámara revelaba la presencia de un hombre de aspecto joven en el interior de una habitación cerrada. La luz, tenue y difusa, perfilaba su silueta temblorosa, con las rodillas clavadas al suelo y las muñecas maniatadas. Rápidamente su voz se coló en la grabación, donde se dispuso a paladear unas cuantas palabras. *"La nueva luz despejará las sombras. Sólo los traidores serán sacrificados sin piedad. El juego de la serpiente mostrará entonces la verdad"*. La mano que emergió en el encuadre no tuvo reparos en encañonarlo a corta distancia. Después apretó el gatillo y disparó. La detonación salpicó de gotas de sangre la lente. El hombre, sin esfuerzo, cayó abatido al suelo.

Aura no pudo por menos que lanzarle una mirada de estupefacción.

- ¿Y bien…?

Baeza continuaba en *shock*. Había algo en esas imágenes que le trasladó sin remedio a la conversación que había mantenido con Elisa Vázquez, la forense, esa mañana. No obstante, prefirió ocultárselo.

- ¿Qué quieres saber? – respondió cortante.

- No me lo puedo creer. ¡Pero tú lo has escuchado bien? Ese tío está hablando del *Juego de la Serpiente*. Es la pista que llevamos tiempo buscando.

- Imagino que no estarás insinuando…

- Sí, Leo. Es lo que estoy haciendo. Y me gustaría saber por qué cojones es lo último que pronuncia antes de recibir un balazo en el cráneo.

- Te recuerdo que tú estás fuera del periódico y yo suspendido de mi cargo por lo que ocurrió en Ponferrada – matizó –. ¿No has pensando que posiblemente se trate de una broma de mal gusto? ¿Incluso de un montaje?

Aura no estaba por la labor de seguir escuchando absurdeces.

- ¡Pero qué mosca te ha picado? – elevó la voz –. Casi nadie conoce la existencia del libro de Funelli.

- No seas ingenua. Sabes que los casos tuvieron bastante repercusión a nivel nacional. Seguro que ese periodista ha montado todo este numerito para sonsacarte información.

- No te entiendo. Llevamos… Bueno, mejor dicho, llevo cuatro meses investigando en el despacho de arriba los recortes de prensa que encontramos en el piso de Inés Solís. Joder, Leo, esta es la primera evidencia que se nos presenta después de tanto tiempo. ¿O ya has olvidado que Tania huyó del búnker y que Tristán Ortiguera sigue vivo en alguna parte?

Leo la miró con desinterés.

- Parece que lo único que pretendes es que esté en casa de brazos

cruzados hasta que recuperes de una maldita vez tu puesto como sargento.

Aquellas palabras le escocieron en el alma.

- Eso ha sido un golpe bajo.

- Es la verdad – respondió–. He intentado por todos los medios tenderte una mano y ayudarte. He aguantado tus cambios de humor y por supuesto, los vacíos que me hacías. Pero lo único que he recibido a cambio ha sido una mala contestación y mucha, mucha indiferencia. A veces pienso que me castigas por lo que pasó en ese juicio.

La tensión que ejercía la mandíbula de Leo refrenó sus ganas de replicar. Sin duda, estaba a punto de explotar.

- Voy a dar un paseo – escupió finalmente.

Después se levantó del sofá y se largó del salón, cruzando el largo pasillo con resistencia.

Baeza no estaba dispuesto a compartir con ella lo que pensaba al respecto. No hasta que confirmara por mediación de un expediente que el individuo que apareció con unas astas en el bosque y el de la grabación se trataba del mismo.

Leo se adentró por una retícula de callejuelas en sombra mientras se devanaba los sesos intentando localizar un punto en común entre ambos casos. Las palabras que Elisa Vázquez le exhortó por teléfono esa misma mañana volvieron a asaltar su mente. Unos cuernos de siete puntas anudados a su cabeza, la castaña en su mano derecha, sal marina disuelta en el cabello… El sargento tuvo la extraña convicción de que Tristán Ortiguera estaba detrás del crimen. ¿Desde cuándo?, se cuestionó. ¿Y por qué ahora un varón? Leo reconoció que posiblemente Aura estuviera en lo cierto y se tratase de la pista que llevaban tiempo buscando. ¿Acaso existía alguna otra razón para admitir lo contrario? Tampoco pretendía que se hiciese ilusiones. Antes necesitaba corroborar su teoría y prevenirla de cualquier peligro por miedo a perderla otra vez.

Sus pasos le condujeron sin darse cuenta hasta la misma entrada de la Comandancia. Leo echó un vistazo somero a la fachada del edificio, donde las banderas ondeaban con furia por fuera de su despacho. Rápidamente comprobó que no había nadie en las inmediaciones y se aventuró a traspasar las puertas mecánicas. Varios agentes le saludaron sorprendidos de su presencia en cuanto atravesó el pasillo central. Tampoco el sargento hizo el amago de pararse a hablar con ellos cuando les devolvió el saludo con un golpe de cabeza. Simplemente continúo caminando con el paso marcial y entró deprisa en la sala de ordenadores.

Quintanilla enarcó sus cejas tan pronto como adivinó que aquella visión no era producto de una ingesta de raquetas de crema. Leo se

dirigió al agente con una sonrisa tibia y advirtió de camino a su escritorio que había ganado algo de peso desde la última vez que se vieron. El guardia todavía no salía de su asombro.

- ¡Pero bueno, jefe! ¿Cómo usted por aquí? – su voz denotaba cierto titubeo.

- Estaba dando una vuelta y pensé en venir a veros – mintió –. Por cierto, ¿sabes si Portu se encuentra en el Puesto?

- Creo que hoy está de descanso. ¿Pasa algo?

Quintanilla no estaba seguro de si su pregunta escondía otro motivo bien distinto.

- Necesito que me hagas un favor.

Leo soltó las manos sobre su mesa e inclinó el cuerpo hacia delante. El agente percibió cómo le aguijoneaba con la mirada a tan corta distancia.

- ¿De qué se trata? – había algo en todo aquello que le olía mal.

- ¿Puedes comprobar en la base si aparece el expediente completo de un hombre que fue asesinado la semana pasada en el bosque de Castros de Trelle, en Ourense?

El guardia pestañeó repetidas veces.

- Tengo entendido que era un mendigo.

- Pero… Jefe. ¿Se puede saber qué se trae entre manos?

- Quintanilla, escúchame. El crimen de ese hombre guarda bastantes similitudes con el de Penélope Santana. Necesito que te hagas con el informe del forense para cotejarlo con el de la chica.

El que fuera su agente en el pasado parecía haberse convertido en una estatua de sal.

- A ser posible, hoy – le conminó.

- ¿Y no sería más sensato que lo investigue la policía gallega? – se atrevió a decir –. Es más, dada su situación, supongo que no le conviene meterse en más líos.

Baeza arqueó paulatinamente las aletas de su nariz. Una señal que venía a resumir que se le estaba empezando a agotar la paciencia.

- ¿Sabemos el nombre? – Quintanilla rectificó antes de que fuera demasiado tarde.

- No. Aunque sí el de su asesino. Búscalo por Iván Minchev. Está cumpliendo condena en Pereiro de Aguiar.

El agente comenzó a teclear con cara de enojo en su ordenador.

- Al final me va a meter en un problema. Ya sabe cómo se las gasta la nueva sargento.

- ¿Decías algo, Quintanilla?

Una voz áspera y enérgica se manifestó en la sala.

Leo giró el cuello y enseguida reparó en sus ojos, dos fósforos que llameaban por detrás de sus gafas con los párpados ligeramente caídos, fruto de una visible desconfianza. Lidia Barrientos, la recién

llegada al Puesto para dirigir con mano de hierro a sus agentes, avanzó con parsimonia entre las mesas, decidida a averiguar el motivo que había llevado al anterior sargento a personarse en sus instalaciones. Baeza se fijó en su media melena rizada, con el tinte rubio abandonando inútilmente sus oscuras raíces. También en su prolongada nariz, curvada cual ave rapaz y otorgando a su rostro una impronta de asesina en serie. Lidia se detuvo delante de Baeza y calibró con precisión una sonrisa fingida.

- ¿Qué está pasando aquí? – indagó con sequedad.

Quintanilla optó por agachar la cabeza y refugiarse en unos *post-it* que encontró de paso en su escritorio.

- Nada – sostuvo su mirada, inquisitiva –. Estaba dando una vuelta y pensé en venir a saludarlos.

- Supongo que no hace falta que le recuerde que no puede estar en esta sala – resolvió.

- Era solo un momento.

- Lo siento, pero si quiere ver a sus antiguos compañeros deberá hacerlo fuera de su jornada laboral.

Leo se mordió la lengua por miedo a cometer una estupidez. Tampoco deseaba poner a su agente en una situación complicada.

- Será mejor que me marche – masculló.

Leo le devolvió un gesto intimidante y se encaminó hacia la salida. Sólo entonces pudo comprender que la mujer que le había arrebatado el puesto era una siesa de mediana edad con muy malas pulgas.

- Por cierto – Baeza ni siquiera se volvió –, no se olvide de recoger sus pertenencias de la entrada. Llevan criando polvo más de tres meses.

Después retomó el camino de vuelta y se alejó de allí con la tez roja y la lava corriendo furiosa por sus venas.

Una vez que rebasó las puertas acristaladas de la Comandancia, Leo extrajo el móvil de su chaqueta y entró en el *WhatsApp*. Su pulso palpitaba estrepitoso bajo sus sienes. Localizó a Quintanilla entre sus contactos y escribió: *Te espero en una hora en el Sainete. Hazte con una copia del expediente. No me falles*.

Acto seguido, su figura se diluyó por una calle solitaria de La Alberca.

Vicente Altamira aparcó el coche junto al resto de patrullas y se apeó.

Lo primero en lo que se fijó el capitán de la Guardia Civil de Ponferrada fue en el banco de nubes que se desplazaba con lentitud por encima de las copas de los pinos, presagiando una nueva tormenta de un momento a otro. Altamira cerró el vehículo con el mando a distancia y se sumergió en un bosque alimentado de sombras donde

enseguida atisbó a varios de sus hombres, inmersos en el protocolo de actuación por dentro de la cinta de balizamiento. Blas Carmona, uno de sus agentes de confianza, salió a su encuentro nada más verlo. Sorteó con habilidad los árboles que entorpecían su camino y al cabo de un minuto se detuvo delante de su superior. El rictus de contrariedad que relamía sus facciones no alentaba nada bueno.

- ¿Dónde está? – el capitán evitó formalismos para ir directamente al grano.

- Si me acompaña, jefe – señaló con el brazo extendido hacia el fondo –. Es por aquí.

Juntos se adentraron en la humedad del entorno.

- Entonces… ¿Es cierto? – Altamira se resistía a admitir lo que le habían relatado por teléfono media hora antes.

- Fueron unos cazadores quienes dieron la voz de alarma – resumió sucinto –. Corredera les está tomando declaración. Parece ser que los perros se encargaron de detectarlo, imagino que por el olor. ¿No le parece increíble?

El capitán le devolvió una mirada corrosiva.

- ¿Ha sido posible identificarlo?

- Por ahora no – negó con la cabeza –. El juez ya ha sido informado y el forense y varios técnicos peritos llevan un rato inspeccionando la zona.

Rápidamente cruzaron el área acordonada y se aproximaron con diligencia hasta el lugar de los hechos donde algunos de sus hombres, con la actitud retraída, se hicieron a un lado para permitirle pasar. Altamira contempló entonces al forense, el cual se encontraba de cuclillas examinando con una linterna el interior de lo que a simple vista parecía una fosa. El haz de luz reverberaba contra una cobertura de plástico, desparramada por fuera de la tierra en multitud de formas angulosas. El capitán se acercó sigiloso como si una fuerza telúrica lo atrajera y suspendió el paso por detrás del forense. Sus ojos se abrieron impresionados al descubrir el infierno que latía entre la profusión de raíces.

- Madre de Dios… – balbuceó.

El cadáver era un amasijo de huesos y carne tumefacta que se hallaba en posición decúbito supino, con las extremidades superiores exquisitamente separadas del tronco y el cabello cepillado hacia atrás, en un intento por fundirse al barro como si se tratasen de escurridizos gusanos. La piel, disuelta en algunos tramos, se había convertido en un tejido amarillento y apergaminado. Sólo sus costillas se revelaban a la luz artificial de la linterna al igual que sus facciones, consumidas como quemaduras purulentas a la altura de sus pómulos y nariz.

Altamira esculpió un gesto de repulsión en su rostro en cuanto el forense se incorporó para atenderlo. Vestía una bata blanca y unos

vaqueros desgastados por debajo de sus rodillas. Luego se desenfundó los guantes de látex y los guardó hechos un gurruño en uno de sus bolsillos.

- ¿Qué tenemos? – desembuchó la pesada carga que oprimía su pecho.

Alejandro Pumares, el patólogo forense encargado de llevar el Anatómico de Ponferrada, se percató de su malestar y se adelantó unos metros para desplazarlo del lugar.

- A priori, se trata de una mujer – ojeó sus apuntes –. Una mujer joven por lo que revela tanto su pelvis como su cavidad oral. Aunque ya sabes que no me gusta aventurarme hasta que el cadáver sea trasladado al depósito.

- Entiendo… – musitó.

- El cuerpo se encuentra en un avanzado estado de descomposición pese a que el plástico que lo envolvía lo ha aislado bastante de la humedad del bosque. Aun así, necesitaría hacerle un examen mucho más exhaustivo para saber la causa de la muerte. Pero ya te voy avanzando de que la cosa no pinta nada bien.

- ¿Por qué lo dices? – su voz se tornó sombría.

- Porque el que la mató, estaba convencido de que acabaríamos encontrándola. Nadie entierra un cadáver con tanta meticulosidad. Quería que contemplásemos su obra.

Altamira enmudeció con los ojos puestos en la carpeta que custodiaba. De algún modo intentaba escarbar en las palabras ininteligibles garabateadas sobre el papel blanco y buscar una señal, un rastro que le confirmase que allí mismo existió una brutal agresión. Su mente elaboró sin razón una espeluznante persecución.

- ¿Alguna otra pregunta? – el forense interrumpió su simulacro.

- Es todo – atajó.

El capitán vio cómo Pumares partía de nuevo hacia la fosa y alumbraba el interior con su linterna, dispuesto a seguir realizando una inspección ocular.

De pronto, su agente pronunció en alto su nombre. Altamira lo localizó por fuera del área acordonada, acompañado por dos técnicos peritos que fotografiaban algo en el suelo junto a una señal numérica.

- ¿Qué sucede? – pareció increparlo.

- Tiene que venir a ver esto – disipó sus dudas –. Hemos encontrado algo.

Una antigua melodía de *R.E.M* atronaba en el interior del Sainete.

Leo apuró su tubo de cerveza acodado en la barra y miró una vez más su móvil. Quintanilla no había vuelto a conectarse al *WhatsApp* desde hacía algo más de una hora. Impaciente, masticó unos cuantos cacahuetes del platillo que encontró junto a su botellín y le hizo un

gesto al camarero con la vaga intención de atrapar su atención. El Rubio dejó de secar los vasos con la bayeta y le ofreció una sonrisa de complicidad al otro lado de la barra.

- ¿Lo mismo? – preguntó pese a conocer la repuesta.

- Que sean dos. Quintanilla tiene que estar a punto llegar.

- Justo a tiempo – le corrigió.

Baeza giró el cuello como un resorte y tropezó con la figura sombreada de su agente, el cual parecía esquivar algunas mesas del local cargado con una caja entre sus brazos y un rictus de malestar remarcado en sus facciones. Barruntó la posibilidad de que hubiese acabado discutiendo con la nueva sargento por su culpa.

- ¡Pero qué traes ahí? – soltó con la voz risueña, intentando quitarle hierro al asunto.

- Sus cosas – apostilló con aspereza.

Luego descargó las pertenencias sobre la tarima, donde Leo reconoció la taza que asomaba por un lateral y que sus agentes le regalaron cuando la suya, la que rezaba *"es imposible derrotar a una persona que nunca se rinde"*, decidió reventarla contra la pared de su despacho durante el transcurso del caso Santana. Aquella imagen lo atribuló.

- Por cierto, aquí tiene lo que me pidió – sacó del bolsillo de su uniforme un manojo de hojas enrolladas con determinación que le entregó acto seguido.

Leo se fijó que las había grapado igualmente en la esquina superior.

- Sabía que no me fallarías – adujo con el semblante afable –. Esta caña es para ti. Por el favor.

- No, jefe – reprimió su júbilo –. Este es el último favor que le hago. Ya ha visto cómo se las gasta la nueva.

- Tonterías.

- Lo siento, pero no estoy en disposición de perder yo también el empleo. Aún tengo una hija adolescente a mi cargo.

Y se largó.

Quintanilla retomó sus pasos de vuelta y se esfumó del Sainete ante la mirada recelosa del camarero. Leo, en cambio, clavó sus ojos en el documento que descansaba hecho un canutillo sobre la barra y lo desplegó deprisa entre sus manos. No tardó en sumergirse en los numerosos párrafos que el forense concatenó con todo lujo de detalles sobre la autopsia realizada al indigente hallado en el bosque de Castros de Trelle. Analogismo y tecnicismos antropológicos en su mayoría que empujaron al sargento a examinar las fotos adjuntas al final del informe. Las imágenes obtenidas en el escenario del crimen por la comitiva judicial se intercalaban con las del forense. Primeros planos donde Baeza tuvo el valor de analizar con detenimiento el rostro del mendigo, su cuerpo desnudo sobre una camilla metálica, la

cabeza desprovista de su cornamenta, el orificio de la bala abrasando en su trayecto su cuero cabelludo. Leo parecía prendado del embrujo que imantaba su propia muerte hasta que llegó a la última página. Y fue allí, al escrutar aquel símbolo pergeñado sobre su lengua, cuando se convenció de que todo había vuelto a empezar. De que Tristán Ortiguera seguía vivo en alguna parte.

Minutos más tarde, Baeza introdujo la llave en la cerradura de su casa.

Una pelusa de luz resbalaba tras la puerta de la cocina, reptando su claridad cobriza por el suelo de parqué hacia el fondo del pasillo. Leo avanzó con el talante inquieto y un revoloteo de conjeturas aleteando en su cabeza. Por más que se había devanado los sesos en el Sainete después de examinar las pruebas recolectadas en el informe, aún era incapaz de comprender qué significaba todo aquello. Un viso de duda lo acompañó hasta la cocina, donde sus ojos colisionaron al instante con la figura de Aura Valdés. La periodista estaba terminando de engullir un yogurt sentada a la mesa, viendo un vídeo en su móvil a modo de televisor. Leo se cercioró de que esa vez tampoco le había esperado para comer. Arrojó el documento sin dirigirse la palabra y permitió que Aura leyese el encabezamiento. Después observó cómo arqueaba sus cejas.

- ¿Qué es esto? – pronunció finalmente.

El sargento prefirió mantenerse de pie con los brazos cruzados.

- Tenías razón. Es posible que haya una conexión con Tristán Ortiguera.

- ¿Cómo dices? – se le escapó la cucharilla de sus dedos.

- Esta mañana me telefoneó Elisa Vázquez, la forense de Salamanca. ¿Recuerdas…?

Aura asintió muda.

- Pensé que se trataba de una mera coincidencia, pero ahora sé que estaba equivocado.

- ¿A qué te refieres? – se impacientó.

- Existe un caso en Galicia que guarda bastantes similitudes con el de Penélope Santana. Parece ser que el forense que le practicó la autopsia encontró agua de mar en su cabello y también una castaña encerrada en su mano derecha – desembuchó –. Aunque eso no es todo. La causa de la muerte fue un disparo a quemarropa, a la altura de su nuca.

- ¿Entonces…?

- Quintanilla me ha conseguido el informe y le he echado un vistazo. Todo apunta a que se trata de ese mendigo – resolvió –. Por lo tanto, el chico del que me habló Elisa y el que tú me mostraste en esa grabación son el mismo tipo.

Aura se quedó desconcertada mientras presionaba con sus dedos una de las esquinas del documento. Las piezas del puzle poco a poco comenzaban a ensamblarse.

- Aún hay más – prosiguió –. Ve a la última hoja del informe.

La periodista obedeció sin rechistar y pasó deprisa sus páginas hasta llegar a la indicada.

- Ahora observa la foto. ¿Qué ves…?

Sus ojos perforaron el plano detalle que el forense capturó de su lengua, donde un extraño símbolo parecía asomarse a la lente de la cámara. La tinta se había ido diluyendo bajo la película de su saliva, aunque todavía conservaba esa herida punzada a su carne como si de una sombra de cicatriz se tratase.

Aura reconoció sin duda su origen.

- Es un esbozo de la serpiente… – murmuró. Después levantó la vista y tropezó con la de Leo –. El mismo dibujo que el Serbio le remitió por carta a Rafael Oviedo, el detective privado.

- Ni más ni menos que el camino que trazó Tristán Ortiguera para

matar a una chica en cada punto seleccionado. ¿Lo entiendes ahora?

- ¡Pues claro que lo entiendo! – se levantó de golpe. Aquel descubrimiento la animó a retomar la investigación donde la aparcaron cuatro meses atrás –. ¡Es el camino del *Juego de la serpiente*! ¿Cómo no me comentaste nada?

- Necesitaba estar seguro.

- ¡Pero es la pista que llevamos tiempo buscando, la que confirma que Tristán está vivo!

- Frena un poco – intentó apaciguarla –. Todavía tenemos que cotejar la información. Te recuerdo que hay un hombre que está cumpliendo condena en la prisión de Pereiro de Aguiar por arrebatarle la vida a ese mendigo.

- Sí. Iván Minchev. Y ese búlgaro puede tener la clave. ¿Quién no te dice a ti que esté encubriendo a Ortiguera? – escupió acelerada –. Aunque si fuésemos capaces de contactar con él, posiblemente supiéramos más acerca del indigente: su nombre, edad, el motivo de abandonarlo en el bosque con una cornamenta pegada a su cabeza… En definitiva, por qué Tristán ha cambiado su *modus operandi*.

Leo se percató que para la periodista ya no existía otro culpable mientras daba incesantes vueltas alrededor de la cocina. Estaba tan convencida de la autoría del crimen, que se afanó en llegar al fondo del asunto. Baeza se vio en la tesitura de tener que paralizarla.

- Aquí nadie va a investigar nada – cortó por la sano.

Aura frenó el paso y arrugó su entrecejo.

- ¿Qué quieres decir…?

- ¿Acaso hace falta? Sabes que no pienso mover ni un solo dedo hasta que recupere mi puesto en la Comandancia. Esta vez no me la pienso jugar, Aura.

- ¡Pero te estás escuchando? – le increpó –. Tristán no va a esperar de brazos cruzados a que vuelvas a colocarte la placa en el uniforme. ¡Qué más evidencias necesitas? Ha matado a un hombre, ¡joder!

- Te aseguro que la policía de Ourense sabrá hacer su trabajo.

- Y mientras tanto, ¿cuánta más gente morirá?

A Baeza se le estaba empezando a agotar la paciencia.

- En el hospital de Ponferrada prometiste apoyarme hasta el final, que no volverías a interponerte en mis decisiones.

- Ahora las cosas han cambiado. ¡Casi te pierdo en ese maldito búnker!

- ¿Lo ves? De algún modo siempre acabas eligiendo por los dos. Pero que no se te olvide que ese hijo de puta mató a mi madre y que pienso llegar a él con o sin tu ayuda.

Su mirada se encolerizó.

- Aura, creo que he sido muy clarito – se impuso –. No pienso discutir más. Me voy a la habitación.

El sargento la dejó con la palabra en la boca en cuanto dirigió sus pasos hacia el pasillo y su silueta se evaporó tras el paño de sombras. Instantes después, Aura se quedó de nuevo a solas. Nada parecía calmar la agitación que bullía en su organismo mientras hincaba las uñas contra las palmas de sus manos con la vista prendida en el informe que descansaba sobre la mesa. Aquella idea relampagueó entonces en su cabeza. La periodista lo apresó en un amago de revancha y farfulló: *yo también he sido muy clarita*.

Minutos más tarde, abandonó el chalet tras un sonoro portazo.

En ese preciso instante, en una sala *gammer* del centro de Madrid, Hooded presionaba los mandos de su *joystick* como si la vida se le fuera en ello. *¡Vamos, vamos, vamos!*, repetía insaciable. El centenar de chavales repartidos en distintas mesas con los auriculares puestos y la atención pegada a la pantalla del ordenador generaba un campo extrasensorial sólo accesible a mentes que rozaban lo sobrehumano, capaces de comunicarse por canales de uso casi telepático. El informático vestía para la ocasión una sudadera de *Stranger Things* y un pantalón *chandalero* que hacía las delicias, a su buen parecer, de las pocas féminas que habían acudido a la cita anual de aficionados a los videojuegos.

Hooded continuaba atizando su *joystick* con denuedo hasta que una llamada entró en su móvil. La música que afloró en el interior de la sala ni siquiera le impidió seguir jugando. Simplemente deslizó el dedo sobre el cristal y pulsó el manos libres sin necesidad de mirar. Conocía mejor la anatomía de su teléfono que la suya propia.

- Sí – contestó, imbuido en la partida.

- ¡Qué hay, Steve Jobs! – se precipitó Aura con la voz risueña –. Hace semanas que no sé de ti. ¿Cómo estás?

El murmullo del ambiente ocasionaba interferencias al otro lado de la línea.

- ¿Te pillo en buen momento? – dudó.

El informático experto en *hackeos*, implantación de sistemas y otras variables, tardó más de la cuenta en responder.

- ¡Pero eres imbécil! El flanco izquierdo está desprotegido. ¡Mierda, ya me han matado!

- ¡Hola? ¿Puede ponerse Hooded al teléfono?

- Espera un segundo – la requirió –. ¡Chicos, al fortín! ¡Hay que replegar al batallón! Eso es. Descanso de cinco minutos para reponer fuerzas. Ya está. Dime.

Hooded se arrancó el auricular para atender la llamada. Aura, mientras tanto, seguía sin salir de su asombro.

- ¿Pero dónde narices andas metido?

- En un salón *gammer* disfrutando de mis merecidas vacaciones de…

¿No eran de verano? Porque visto lo visto, parece que los cielos de *Mordor* han barrido media España.

La periodista no pudo reprimir su risa.

- Así que cuéntame antes de que vuelva al campo de batalla. ¿Qué necesita esta vez la intrépida periodista Aura Valdés?

- Menos guasas, *majete*. Te llamaba para preguntarte si es posible averiguar con alguno de tus cachivaches si un vídeo es falso.

- ¿A qué te refieres con *falso*?

- A si se trata de un montaje.

Hooded forzó un silencio intencionado.

- Más bien existen herramientas para localizar en una grabación pixeles ocultos, análisis de nivel de error y detalles de metadatos.

- ¿En cristiano…? – aquello le sonó a chino mandarín.

- Envíame el vídeo al correo y esta noche me pongo a ello. ¿Algo más?

- Por ahora, suficiente.

- ¿Por qué será que siempre me veo envuelto en alguno de tus líos? En fin, supongo que es lo que tiene ser amigo de una reportera de sucesos con afán de superación.

- ¿No tenías aún una batalla que conquistar?

- ¡Cierto! Más tarde te pego un toque. ¡*Arrivederci*!

Y sin más, Hooded colgó la llamada para regresar de nuevo a las trincheras.

La luz de la tarde se escurría plomiza entre las ramas de los pinos.

Aura avistó a lo lejos la encantadora cabaña de Pepa y esbozó una sonrisa sincera. Todavía recordaba con nitidez la última vez que estuvo allí, entre sus paredes revestidas con troncos de madera y un tejadillo a dos aguas sobre el que se erigía una chimenea de latón. Quizá de aquello había pasado demasiado tiempo; el suficiente como para no volver a mencionar el traumático suceso que vivieron de la mano en el chalet de Coto, el que fuera por entonces su jefe en la agencia *Satellite*. Aura desterró aquellas horripilantes escenas de su cabeza para centrarse en lo que realmente importaba: Vega. El único regalo que recibió de su hijo David antes de fallecer accidentalmente. La nieta que nunca llegó a conocer el Serbio. Sin duda, un rayo de esperanza que todo lo iluminó cuando aquella muchacha se la entregó antes de convertirse en lo que descubrieron más tarde: que su cuerpo descansaba en la cripta de aquella cumbre nevada. El recuerdo de Vega Molina habitaba ahora en ella pese a que la periodista no conseguía sacarle parecido.

La descubrió jugando sobre un montículo de arena, cerca de los huertos ecológicos de Pepa y con algunas gallinas escarbando alrededor. Aura se aproximó a la niña y calibró un gesto entrañable en

su rostro. Apenas tardó en percatarse de su presencia.

- Hola, cariño – la saludó –. ¿Y la abuela?

Su blanca inocencia refulgía al fondo de sus pupilas.

- En casa – respondió, señalando con su manita la cabaña.

La periodista encaminó sus pasos hacia la puerta, donde enseguida retiró la mosquitera que enturbiaba su visión. Una penumbra azul reptaba sigilosa hacia el salón, desdibujando el contorno del mobiliario. Aura cruzó la entrada y sintió el crujido de las tablillas de madera bajo las suelas de sus *Converses*. Todo se encontraba tal y como recordaba: los dos sofás de color carmesí al fondo, la chimenea con restos de hollín a un lateral y el cadencioso tictac del reloj de pared desbrozando las horas marchitas. Luego giró el cuello y reparó en la pelusa de claridad que se filtraba por el ventanuco de la cocina, recortando la figura de Pepa por delante del fregadero. El tiempo parecía haberse detenido en el interior de su hogar.

- Hola – murmuró.

La mujer se volvió rápido a medida que aparcaba la tetera que sujetaba de su mano sobre la encimera.

- ¡Pero Aura! ¿Qué haces aquí? Ni siquiera te esperaba.

Antes de que pudiera responder, Pepa se acercó a ella y le cosió la cara a besos. Aquella sensación de paz la redimió por un instante.

- ¿Te apetece una infusión de hinojo?

- No te molestes, de verdad. Sólo estaré un momento.

- ¡Pero qué tonterías dices! Tú ve al salón mientras sacó otra taza de la alacena.

Aura aceptó a regañadientes su mandato y se acomodó en uno de los sofás con el informe aun palpitando entre sus manos. La necesidad de averiguar más acerca de ese individuo la carcomía por dentro.

Pepa regresó con dos tazas humeantes que depositó en la mesita auxiliar con una entrega casi maternal. El aroma que desprendían las hierbas sedujo a Aura a darle un primer sorbo. Su mente rememoró en ese instante la vez que Penélope se presentó en su casa en busca de un brebaje casero para abortar.

- Por cierto – quebró sus desvelos –, ya te tengo preparada la verdura de temporada. No te esperes mucho porque con este maldito tiempo no me crecen ni los calabacines.

- No me extraña – le dio la razón –. Aunque mi visita es por otra cuestión.

- ¿Ha pasado algo con Leo?

Pepa estaba al corriente de su situación en aquel chalet ubicado a las afueras de La Alberca.

- Más bien todo lo contrario. Necesito que eches un vistazo a esto.

La periodista abrió el documento por la página donde se intercalaban varias fotografías de la escena del crimen y se lo entregó.

Su respuesta no tardó en aparecer cuando se sumergió en las macabras imágenes. Un revoloteo de moscas acampaba a sus anchas por la piel del indigente, relamiendo la sangre que se anudaba reseca a sus cervicales en trazas irregulares. Después apartó la vista repugnada.

- Por el amor de Dios, ¡qué es todo esto? – su voz denotaba inquietud.

- El infierno – manifestó –. Hace una semana apareció ese hombre con un tiro en la nuca en un bosque de Galicia. Quien lo ejecutó, no se conformó sólo con arrebatarle la vida; también lo atavió con esa parafernalia y lo colocó de rodillas en una extraña posición, como si estuviera reverenciando a una divinidad o un ser pagano.

La mujer escuchaba absorta.

- Pepa, tú escribiste un libro sobre criaturas mitológicas. Eres la única persona que puede esclarecerme el significado de esos cuernos con los que aparece – expulsó con atropello – En otras palabras, qué cojones pretendía representar su asesino.

- ¿En serio me estás pidiendo que lo compare con una leyenda ancestral?

- Sé que parece una locura, pero si avanzas las páginas del informe verás que el forense también halló sal marina disuelta en su cabello y una castaña apresada en su mano. Es cierto. Compruébalo por ti misma.

Pepa exhaló un suspiro y revisó las últimas fotografías tomadas en la morgue con cierta aprensión.

- No sé a dónde quieres llegar – soltó de inmediato.

- A comprender lo que su asesino intenta mostrar al mundo mediante ese ritual.

- Pero Aura, yo solo escribí un libro sobre los *Hombres de Musgo* y otras criaturas de la zona – argumentó –. Todo esto rebasa mi entendimiento, aparte de que aún no me has explicado cómo narices te has hecho con este informe. ¿No estarás metida algún lio?

- Confía en mí. Únicamente necesito averiguar qué se esconde tras esa carga simbólica.

- Ahora que lo dices…

La mujer se mordió el labio inferior como si hubiese dado con la clave.

- Se me ocurre quién podría saber del tema, aunque tampoco te hagas muchas ilusiones.

- ¿Qué has pensado? – se interesó.

- Esa tarde, durante la presentación de mi libro en el Teatro Municipal de La Alberca, conocí a un hombre con el que después me he carteado de vez en cuando. Se llama Félix Villalobos y me consta que ya está retirado. Pero de lo que sí estoy segura es de que trabajó un tiempo para la policía como analista en simbología criminal.

Los ojos de la periodista se iluminaron.

- Tengo su teléfono anotado en la agenda. Si quieres, llámale y dile que vas de mi parte. Es lo único que se me ocurre.

La periodista asintió conforme y apuró su infusión con intención de marcharse. Al menos, albergaba la posibilidad de seguir escarbando en la única pista que tenían hasta el momento. Una vez que depositó la taza sobre la mesilla, derribó con el dorso de su mano la maza de cartas que se erigía a un margen. Pepa captó la señal con una sonrisa endiablada.

- ¿Quieres…?

Aura tragó saliva.

- ¿Acaso has presentido algo?

- Salgamos de dudas. Barajea y corta.

Aura llevó a cabo su petición y mezcló la baraja. Podía sentir la mirada de la hechicera clavada en sus dedos. Luego la dividió en dos perfectas mitades y Pepa las apresó, consagrándose a los designios de sus arcanos.

- Veamos…

Pronto comenzó a voltear las cartas hacia arriba, extendiéndolas en escalera a lo largo de la mesa. Su intuición la llevó a analizarlas con fruición, retirando a un lado los tres arcanos mayores que iniciaban la lectura. La muerte, el sol y la justicia parecían anunciar algo.

- ¿Qué sucede? – se impacientó.

Pepa era incapaz de desviar la atención de su baraja.

- No puede ser… – pronunció al fin.

- Me estás poniendo nerviosa. ¿Qué es lo que ves?

Sus ojos se encontraron con los suyos antes de apresarla del brazo.

- Peligro – murmuró –. Se acerca un peligro, Aura. Y debes tener mucho cuidado porque de lo contrario, algo oscuro te acechará sin que te des cuenta.

Las últimas luces del atardecer se consumían en el horizonte cuando Oriol Estrada se retiró de la ventana y comprobó una vez más la pantalla de su ordenador.

Hacía escasos minutos que el periodista había llegado a la redacción del Correo de Galixia en Santiago de Compostela. El viaje desde Salamanca le había consumido sus cervicales en la carretera y todavía sentía un ligero embotamiento de cabeza. Oriol se sentó en su asiento reclinable forrado de piel sintética y atravesó con la mirada la puerta de su despacho. Una penumbra líquida parecía gotear del techo de la redacción, donde las mesas se encontraban vacías a esas horas de la noche. De algún modo le alivió saber que nadie más merodeaba en la sede del periódico. Estrada ladeó el cuello y se topó de nuevo con el suculento titular que había pergeñado de camino. *“Una horripilante*

ejecución a un sintecho sacude a los vecinos de Castros de Trelle en Ourense". Unas líneas por debajo, la escueta entradilla daba paso a la grabación que obraba en su poder y que alguien había tenido la brillante idea de enviárselo de manera anónima. Leyó: *Subiendo…* Quizás su intención era que lo publicase en la plataforma digital tal y como estaba haciendo.

Oriol esperó paciente a que su ordenador finalizase el proceso de carga y se resignó a otear su escritorio. Varias castañas esparcidas alrededor de su mesa le condujeron hasta aquel sobre acolchado, con su nombre escrito en el anverso y las burbujas de aire sobresaliendo por fuera de la solapa de cierre. Al lado, un dossier de color camel robó deprisa su atención. Reparó en el encabezamiento: *"Aura Valdés"*. Después lo asió con gesto receloso y extrajo su contenido. Varias fotocopias del blog de la periodista se entremezclaban con sus casos en La Alberca y El Bierzo. Sin pensárselo, Oriol Estrada llegó hasta la última página, donde se dispuso a repasar las dudas que le habían ido suscitando mientras investigaba la vida personal de la reportera. *¿Quién es en realidad Aura Valdés? ¿Y por qué dejó su trabajo en Tribuna Madrid? ¿Qué sucedió en Ponferrada para que el sargento Baeza, el hombre que siempre la acompaña, fuese suspendido de sus funciones en el mes de abril?* Acto seguido, anotó: *volver a llamar a Max Tejeda, ex novio de Aura*.

Un pitido rasgó el silencio de dentro. Oriol levantó la vista y leyó el mensaje que apareció en la pantalla de su ordenador. *"Vídeo subido con éxito"*. El periodista bosquejó una sonrisa ladina nada más presionar la tecla *Enter* y permitir que el sistema lo colocase como noticia destacada en la plataforma digital. Entonces se estiró satisfecho en su asiento y sin más, apagó el flexo.

A seiscientos kilómetros de distancia, en un pequeño apartamento de un barrio de Madrid, Hooded no paraba de mordisquear con gula los restos de una pizza de beicon con queso de la noche anterior.

Tal vez aquella ansiedad imposible de resarcir era producto de las horas prolijas que llevaba jugando sin descanso en la sala *gammer* (al llegar a casa se dio cuenta de que tenía los ojos como dos tomates *cherries*), y la impresión que le causó ver el vídeo que le envió Aura a su cuenta de *Gmail*. El informático se quedó literalmente de una sola pieza y descargó en su portátil varios programas que le sirvieron para descomponer fotograma a fotograma la grabación y detectar un posible montaje. El resultado que arrojó la pantalla tras hacer un exhaustivo barrido por capas fue demoledor: negativo. No conforme, Hooded repitió la operación y aligeró la espera deleitándose con la banda sonora del *Señor de los Anillos* que escupían los bafles de su vieja minicadena. Minutos más tarde, el programa le anunció que las

imágenes eran reales.

El informático volvió a reproducir el vídeo desde el principio y clavó sus ojos en el hombre que apareció a cámara como un espectro, su silueta desleída por la penumbra de dentro. *"La nueva luz despejará las sombras. Sólo los traidores serán sacrificados sin piedad. El juego de la serpiente mostrará entonces la verdad"*, declamó de espaldas. Hooded se inclinó en su asiento y apreció un esbozo de dibujo sobre la pared del fondo, justo a continuación del pronunciado movimiento que desvirtuó el encuadre cuando la mano ejecutora emergió por el flanco derecho. *¡Qué mierda es esa?*, masculló al congelar la imagen y ejecutar un zoom sobre el boceto representado. Su corazón palpitó estremecido bajo su pecho.

Rápidamente soltó la porción de pizza y buscó en el escritorio de su ordenador (un *horror vacui* sin precedentes) la carpeta que le vino a la mente. *¿Dónde estás, maldita? ¿Dónde estás?*, murmuró. Una vez que la localizó, exploró las distintas fotografías que almacenaba en su interior. Apenas tardó un instante en dar con ella. Hooded la aumentó de tamaño y la ubicó después a un lateral de la pantalla para compararla con el fotograma. Su vista parecía engañarle a traición. *¡Es imposible!*, exclamó sobrecogido.

La noche se precipitaba silenciosa por las calles de La Alberca cuando Aura abrió la puerta del chalet. El chirrido que la acompañó después se amalgamaba a la perfección con el manto de oscuridad que halló al otro lado de la entrada. Aura palpó la pared hasta encontrar el interruptor y prendió las luces halógenas del techo. Su inesperada aparición en mitad del pasillo causó en ella un ligero sobresalto. Leo seguía contemplándola de pie, con la mirada incisiva y el semblante circunspecto. Su mandíbula, por el contrario, trituraba con ahínco la rabia que intentaba dominar en balde. Aura se armó de valor ante la que se le avecinaba y enfiló el pasillo con una seguridad y aplomo intachables. La procesión, pensó, iba por dentro.

El sargento no dudó en abordarla.

- ¿Dónde cojones te habías metido? Te he llamado mil veces al móvil.

- Estaba en casa de Pepa – resumió, parca en palabras.

Luego atravesó la cocina, encendió la luz y depositó la bolsa de verduras sobre la encimera.

- ¿Y se puede saber qué has hecho con el informe?

La periodista evitó mirarle a los ojos en cuanto lo sacó del bolsillo interior de su cazadora.

- Aquí lo tienes.

- No lo entiendo – arrugó el ceño –. ¿Cómo es que te lo habías llevado?

- Quería mostrarle a Pepa algunas fotos – le avanzó –. Por si supiera esclarecerme si la cornamenta con la que aparece el mendigo pretende imitar a una criatura pagana.

Baeza negó varias veces con la cabeza antes de estallar.

- ¡Pero te has vuelto loca? – alzó la voz. Aura aguantaba el chaparrón con la boca seca – ¡Cómo se te ocurre hacerla participe de un caso del que ni siquiera tengo potestad!

Entonces, se atrevió a desafiarle.

- ¿Has acabado ya…? – esquivó con retintín –. Porque quizá te interese saber que Pepa me ha facilitado un contacto.

- ¿También?

- Se llama Félix Villalobos y trabajó hace tiempo con la policía – obvió su indirecta –. Se trata de un analista especializado en simbología criminal.

- ¡No me digas? – Leo estaba que fumaba en pipa –. A lo que deduzco que mañana le telefonearás para preguntarle… ¿Cómo era? ¡Ah, sí? Que si los cuernos que lleva el mendigo pegados a la cabeza intentan emular a una criatura mitológica.

- Dime sólo una cosa. ¿Hasta cuándo vas a seguir negando que detrás de la muerte de ese hombre se esconde otro ritual?

Leo la miró directamente a los ojos y resopló. En el fondo, estaba convencido de que no iba a cejar en su empeño por desenmascarar al culpable. Sin duda, Tristán Ortiguera.

- ¿Qué es lo que te propones?

- Lo sabes de sobra. Necesito llegar hasta el final – Aura rozó con sus dedos la llave que colgaba de su cuello –. ¿Tanto te cuesta entenderlo?

- Creo que no hace falta que te explique que me encuentro atado de pies y manos.

- Por supuesto. Y tampoco pretendo forzarte a que me sigas. Pero después de varios meses sin una sola pista de su paradero, ahora no pienso perder la oportunidad que se nos presenta. Lo siento, pero voy a continuar investigando por mi cuenta.

- Entonces, ¿lo tienes decidido? – articuló con la voz lúgubre –. ¿Te marchas?

- Esa no es la cuestión, Leo.

- ¡Ah, no…? – contestó hiriente –. ¿Y cuál es?

- ¿Estás dispuesto a volver conmigo donde lo dejamos?

El sargento ni siquiera supo qué responder. Tan solo removió sus ojos deprisa mientras algunas escenas de su paso por Ponferrada comenzaron a invadir su mente como tentáculos. El miedo a perder definitivamente su placa le provocó una angustia terrible.

- Mañana lo hablamos – cortó de raíz sus desvelos –. Estoy cansado.

Aura percibió esa sensación de apatía que parecía arrastrarse con él.

Después alzó sus cejas.

- Como quieras – resolvió.

La melodía de su móvil rasgó la tensión de dentro en ese preciso instante.

La periodista extrajo el teléfono de su cazadora y leyó en la pantalla el nombre de la persona que la requería a esas horas de la noche. Un esbozo de sonrisa se asomó en su cara.

- Dime, Hooded – puso el manos libres –. ¿Echaste un vistazo al vídeo que te mandé?

Leo, atónito de lo que acababa de oír, paladeó: *¿A él también?* Aura removió su mano en el aire para que no interfiriese con la conversación.

- No te vas a creer lo que he descubierto – arrojó escopetado –. Las imágenes son reales. Nada de un montaje o un *deepfake*.

- Justo lo que me temía – le afligió conocer.

- Pero no te llamaba por eso. He conseguido averiguar el lugar donde ejecutaron a ese tío, la estancia que aparece en la grabación.

Un silencio áspero se coló en la llamada.

- Dispara – le exigió.

- Se trata del viejo Psiquiátrico de Toén, Aura. De la habitación número 24 donde estuvo encerrado Tristán Ortiguera en el pasado.

La mirada de Aura se encontró con la de Baeza.

- La misma en la que pintó esos monstruos sobre sus paredes.

La lámpara de luz ultravioleta barría centímetro a centímetro la anatomía del cadáver.

Alejandro Pumares enfocó con la linterna su pecho y se fijó en las costillas que sobresalían bajo su piel apergaminada. Dedujo que el armazón de plástico con el que se le enterró en el bosque amortiguó las filtraciones pluviales pese a su avanzado estado de descomposición. El forense continuó examinando su extremidad costoesternal hasta que detuvo la luminiscencia por encima de sus brazos. La posición de ambos era inusual, casi rozando la simetría, una perfecta uve separada ligeramente del tronco como si su intención no fuese otra que echar a volar. Eso mismo pensó Pumares mientras precisaba el tiempo que llevaba el cadáver sepultado en la fosa. A priori calculó tres meses. Seis a lo sumo. Una horquilla lo suficientemente amplia como para que Altamira y sus hombres pudiesen tirar de la base de datos y empezar por las desapariciones más recientes. El forense anotó la información en su informe, al igual que la ausencia de indicios de abuso sexual o violento.

De pronto, el analizador de muestras de ADN emitió un pitido en la sala anexa. Pumares se retiró las gafas de bioseguridad y cruzó el depósito con el paso ligero. Una masa de tinieblas se enredaba a su

visión a medida que desplazaba con la mano la puerta batiente y prendía la luz del interior. Los tubos fluorescentes comenzaron a encenderse por fases. El forense se aproximó a la máquina y atendió concentrado a los gráficos que aparecieron en la pantalla. Sus ojos se abrieron más de la cuenta, incomprensibles. *Joder*…, balbució.

Rápidamente sacó el teléfono de su bata y buscó en la agenda el número de Altamira. Un estado de inquietud empezó a apoderarse de él. La voz del capitán se manifestó soñolienta al quinto tono.

- Dime, Pumares.

El forense volvió a examinar los gráficos antes de lanzarse al vacío. No cabía duda de que se trataba de ella.

- Altamira, siento avisar tan tarde.
- ¿Pasa algo?
- Ya sé quién es la chica que encontrasteis esta mañana en el bosque.

DIA 2

El aire, cargado de diminutas partículas, circula furioso en torno a ellos.

Ráfagas que sacuden los cimientos del búnker y desvanecen a su paso la figura de Tania. La luz mortecina del techo comienza a parpadear. Miles de fisuras avanzan imparables por sus paredes mientras Leo sostiene en su mano la pistola. Después, la encañona. Baeza introduce el dedo en el guardamonte y roza con la yema el gatillo. Ambos se retan a corta distancia sin ánimo de abatir sus armas. Una película de sudor humedece su frente, al igual que su respiración se vuelve dificultosa. Leo desplaza el gatillo hacia atrás y entonces, dispara.

El trayecto de la bala recorre lentamente el camino que los separa, cortando el aire en finas capas evanescentes. Nada parece detener su avance mientras la silueta de Tania languidece al otro lado de la ventisca. Está a punto de alcanzarla. Ya no tiene escapatoria. Leo perfila una sonrisa de triunfo en su rostro hasta que, de pronto, un intenso chillido empieza a disolver el proyectil, convirtiéndolo en migajas de polvo cobrizo. Un grito que enfurece al vendaval y todo lo agita. Todo lo enturbia. Todo lo hace añicos. Hasta que desaparece.

Segundos más tarde, el sargento abrió los ojos y se percató de que su teléfono no paraba de vibrar en la mesilla de noche. Se incorporó de la cama con el regusto del sueño merodeando aún en su recuerdo y apresó rápido el móvil. El nombre que leyó en la pantalla le causó una perceptible extrañeza.

- ¿Altamira? – contestó con la voz ronca.

El capitán de la Guardia Civil de Ponferrada y la comarca del Bierzo ni siquiera respondió.

- ¿Hola…?

- El mismo sargento en persona – articuló al fin –. ¡Qué tal todo, Baeza? Hace semanas que no sé de ti.

Leo intentaba en vano recobrar su agilidad dialéctica. Todavía le costaba sobreponerse a su propio amodorramiento.

- Pues igual que el mes pasado, y que el anterior, y el anterior…– se lamentó –. Sin muchos cambios a la vista.

- Sabes que hice lo indecible cuando los de Asuntos Internos me avisaron para testificar en el juicio. ¡Hasta le reprendí a ese fiscal de mierda que estaban cometiendo un error!

- Hiciste lo que tenías que hacer, Vicente. De nada sirve lamentarse

ahora. Intentaste ayudarme con tu declaración y eso es lo que importa.

Un soplo de desconsuelo deseaba abrirse paso en su fuero interno.

- Por cierto, ¿ha pasado algo? – cambió intencionadamente de tema por miedo a hurgar más de la cuenta en la herida –. No esperaba tu llamada.

- Veo que no has perdido facultades.

- ¿Por qué lo dices? – se impacientó.

- Ayer por la tarde recibimos el aviso de unos cazadores que se habían encontrado un cadáver en la Reserva Natural de Fresnedo, aquí en El Bierzo. Pumares, el forense que conociste en el Anatómico, estuvo tratando de identificar a la víctima mediante el banco de muestras del que dispone el laboratorio. El caso es que horas más tarde me llamó para confirmarme que el analizador de ADN había detectado una coincidencia.

- ¿De quién se trata? – disparó.

- De Tania Oldán.

Una sucesión de imágenes desfiló a toda prisa en su mente a medida que rescataba a Tania de la oscuridad y la insertaba de nuevo en los recuerdos que aún almacenaba incorruptibles. Leo la visionó en la cama del hospital, con la actitud retraída y la mirada secuestrada por su propio temor. También en el búnker, donde una vez más estuvo dispuesto a dejarla marchar.

Altamira lo atrajo de su infierno.

- ¿Sigues ahí…?

- ¡Pero cómo? ¿Estáis seguros? – le costaba admitir.

- Eso parece – musitó –. Pumares ha conseguido precisar una horquilla de tiempo pese a que el cadáver se encuentra en un avanzado estado de descomposición. Lo ha fijado en torno a tres o cuatro meses.

- ¿Es decir…?

- Creemos que pudo morir días después de lo sucedido en el búnker – resolvió –. Incluso el mismo día.

Leo continuaba igual de impactado.

- No hace falta que te recuerde que Tristán está detrás, ¿verdad?

- En absoluto. Soy yo quien te lo ratifica.

- ¿Qué quieres decir…?

- Ha aparecido una castaña en la fosa donde se encontró el cuerpo y también esos dos símbolos que me mostraste en su día, tallados en la corteza de un árbol.

El sargento se mordió el labio inferior en cuanto trazó en su cabeza aquel cubo de aristas pronunciadas y la espiral. ¿Qué sentido tenía ahora todo aquello?, se preguntó.

- Tenéis que dar el aviso cuanto antes. Ese hijo de puta debe estar

escondido en alguna parte.

- Baeza, tengo a todo mi equipo movilizado. Es más, el laboratorio de León está analizando en estos momentos una jeringuilla que se localizó a escasos metros de la escena. Si son capaces de identificar qué le inoculó, podremos ser más precisos y averiguar la causa de la muerte. Quizá ahí se encuentre la pista que buscamos. Aunque prefiero ser cauto y esperar a los resultados. Cabe la posibilidad de que no tenga nada que ver con ella.

- Espera un segundo – le solicitó nervioso –. Puede que sepa cómo ayudarte.

Leo calibró la oportunidad de contar con su colaboración para no continuar perjudicando a Quintanilla a ojos de la nueva sargento.

- Hay algo que no te he contado aún.

- Parece grave – interpretó Altamira.

- Hace una semana apareció el cuerpo sin vida de un vagabundo en otro bosque. Esta vez en Castros de Trelle, en Ourense – le situó –. Su asesino, un tal Iván Minchev, lo ejecutó de un disparo a quemarropa en el antiguo Psiquiátrico de Toén. A continuación trasladó el cadáver a ese mismo bosque y le endosó unas astas sobre su cabeza, colocando el cuerpo en una posición de veneración o sumisión.

- Otro ritual… – balbució.

- Exacto. Su autor, el tal Minchev, fue capturado a las pocas horas y trasladado a la prisión de Pereiro de Aguiar. ¿Hasta aquí bien?

- ¿Qué sospechas? – el capitán quiso ir directamente al grano.

- Me escama que la policía de Ourense actuara con tanta urgencia y no incluyese algunos detalles en el acta.

- Esa afirmación es muy grave, Leo. Y lo sabes.

- Pues entonces, ayúdame a comprender por qué el detenido vertió agua de mar sobre su cabello y puso igualmente una castaña en su mano derecha – le reprendió –. Mismo ritual, pero asesinos distintos. ¡No ves que hay algo que no encaja?

Altamira se escudó en un silencio incómodo.

- Deja que averigüe más datos por mi cuenta – atajó –. Te mantendré informado.

- De acuerdo. Seguimos en contacto.

Y justo cuando se disponía a cortar la llamada, el recuerdo de Tania Oldán volvió a invadir su pensamiento, aunque esta vez sin su pistola.

Lejos de allí, en la sede central del Correo de Galixia, Oriol Estrada subió en ascensor a la primera planta con cara de pocos amigos.

Tal vez sus compañeros de mesa se avisparon de lo ocurrido cuando las puertas mecánicas se abrieron y cruzó apresuradamente la redacción, un enjambre de voces y llamadas de teléfono a esas horas tan tempranas. Oriol se precipitó hacia la puerta del despacho de su

redactora jefe y entró sin avisar.

Tina Bustos lo miró con cierto amago de repulsión desde su mesa.

- ¡Me puedes decir por qué has eliminado el vídeo del servidor? – escupió con un poso de irascibilidad en su voz. Luego se detuvo delante de su escritorio – ¡Llevábamos más de un millón y medio de visitas!

Al periodista aún no se le iba de la cabeza la forma tan mezquina que había utilizado para hacer desaparecer su trabajo. Una broma de mal gusto que descubrió a primera hora de la mañana, cuando su móvil le notificó que alguien había borrado su noticia de la plataforma digital. Desde entonces, Oriol era incapaz de calmar sus nervios.

- Escúchame bien, Estrada – le reprendió mientras se incorporaba de su fabuloso asiento de piel sintética y respaldo reclinable –. Que sea la última vez que cuelgas otra mierda de esas en la *Intranet* sin mi permiso, ¿te enteras? Llevo un rato atendiendo a distintos organismos que velan por los derechos humanos, amenazando con denunciar al diario sino eliminábamos la ejecución de inmediato.

Estrada atendió a las líneas de expresión que rebasaban perpendiculares su entrecejo, señal de que el enfado era mayúsculo pese a que su indumentaria, un traje de dos piezas en tonos magentas, y su nuevo peinado, una melena castaña alisada con ostensible entrega, denotaba justo lo contrario. Tina Bustos parecía haber rejuvenecido en los últimos meses, aunque continuara siendo a ojos del periodista una mujer chapada a la antigua, escondida tras sus gafas de ver y un rictus ecuánime de jefa inaccesible.

- ¿En serio me estás diciendo que vas a ceder ante esos puritanos? – le costaba aceptar–. No me jodas. Esa gente no vive en el mundo real. ¡Pero si el vídeo se ha *viralizado* en cuestión de horas! ¡Es la noticia más buscada de internet! ¡No lo entiendes?

- El que sigue sin entenderlo eres tú – quiso zanjar sin opción a réplica –. Espero que la próxima vez te encargues personalmente de apaciguar los ánimos en la Xunta.

- ¡Era eso…! – exclamó con sorpresa –. ¡Cómo no me había dado cuenta?

- No hace falta que te recuerde que el periódico se sustenta gracias a la intervención del partido. Ellos compraron la mayor parte de las acciones cuando el diario entró en suspensión de pagos en 2010.

- ¿Y…? – no cejaba en su empeño.

La redactora jefe cruzó sus brazos con desgana.

- Nadie te engañó el día que decidiste quedarte. Sabías perfectamente para quién ibas a trabajar.

- ¡Quieres abrir los ojos de una vez, Tina! Es la oportunidad que necesitamos para desligarnos completamente de ellos y recuperar el control. Ya no tendríamos que pasar por su sesgo derechista, ni

siquiera continuar siendo su valla publicitaria.

El profundo carraspeo que escuchó a sus espaldas le hizo volverse rápido.

Eloy Nieto, el responsable de Recursos Humanos de la sede, se asomó con disimulo tras la puerta entornada del despacho. Llevaba unos cuantos informes en su mano y la duda de si sería conveniente interrumpir la acalorada discusión que ambos mantenían desde entonces impresa en su mirada. Tina le hizo un gesto para que pasase y se percató de que tenía a media plantilla pendiente de lo que ambos departían a voces.

Enseguida le solicitó que cerrase la puerta al entrar.

- Siento molestar – dijo con la voz indecisa.

El hombre parecía un animalillo indefenso a punto de ser capturado por un vil depredador.

- ¿Qué traes? – le requirió la redactora jefe.

- Varios anunciantes han escrito al correo, interesados en contratar nuestros servicios de publicidad. ¿Qué les digo?

Oriol Estrada dibujó una sonrisa taimada en su rostro.

- ¡Lo ves? – le interrumpió, señalándole igualmente con la mano –. ¡Esta es la respuesta al vídeo! La gente quiere anunciarse con nosotros porque hemos llamado la atención.

- ¿No crees que exageras?

- Te aseguro que muchos medios abrirán sus informativos con la noticia, lo que sin duda atraerá a más anunciantes y nos dará una mayor repercusión a nivel nacional.

Tina presintió que estaba a punto de iniciar un duro combate con la Xunta cuando se retiró las gafas de ver y presionó con fuerza el tabique de su nariz. Después, se desplomó sobre su asiento.

- ¿Qué propones? – se arriesgó a averiguar.

- Volver a colgar el vídeo en la plataforma, aunque eliminando la parte de la ejecución.

- Y eso, ¿qué me garantiza? – le tanteó.

- Que el número de visitas vuelva a incrementarse. Pero necesitaríamos un gancho, algo que contribuya a que la noticia del día se convierta en la única noticia del verano. Y te aseguro que sé cómo hacerlo.

La redactora jefe clavó sus ojos en los suyos ante el estupor del de Recursos Humanos.

- De acuerdo. ¿De cuánto tiempo dispones?

- Si me das el visto bueno, me pongo ahora mismo a ello.

- Espero que tengas bien agarrado al que te ha filtrado esa grabación.

- En serio, Tina. Confía en mí – le brindó con una mueca de complicidad –. Lo que tengo entre manos va a ser un auténtico

bombazo, créeme.

- Si tú lo dices… – se dio por vencida –. Pero quiero revisar el material antes de subirlo a la plataforma. ¿Estamos?

Oriol Estrada asintió con un golpe de cabeza segundos antes de abandonar su despacho.

Una sombra de duda veló su pensamiento en cuanto traspasó la redacción y se dirigió raudo a su oficina. En el fondo no estaba convencido de que la persona que se encargó de hacerle llegar el cd volviera a ponerse en contacto con él. Le urgía encontrar el modo de salir del atolladero y localizar otras pruebas que suscitasen en su jefa algo más que un parabién. Se lo debía a sí mismo, y de algún modo se acordó de Aura Valdés.

La secretaria del periódico interrumpió su ensimismamiento.

- Oriol, tiene una llamada por la línea uno. Parece urgente.

El periodista acudió receloso a su mesa y descolgó el teléfono. La mujer que encontró al otro lado de la línea parecía haber encontrado la respuesta a sus plegarias.

- Claro que sé de lo que me habla – intercaló desconfiado –. ¿Pero está segura?

Al cabo de unos minutos, anotó la clave en un trozo de papel: *La Posada del Peregrino*.

Aura Valdés había conseguido insertar las dos imágenes en la pantalla de su portátil.

Llevaba casi una hora en el despacho de la planta de arriba con la actitud concentrada y la mirada ocupada en las diversas fotografías que Hooded realizó meses atrás en el antiguo Psiquiátrico de Toén. De algún modo era capaz de sentir el rastro de Tristán Ortiguera entre sus paredes; acariciar con la vista las criaturas que rescató del *Juego de la Serpiente* y que bosquejó a tiza antes de que el centro fuese finalmente clausurado, sepultando sus dibujos para siempre bajo un papel añejo. Hooded tuvo la ventura de descubrir el secreto de Tristán e inmortalizar con su cámara aquel reducto de infierno plagado de cuerpos desmesurados y otras leyendas. La misma habitación número 24 en la que un hombre de apariencia joven fue cruelmente ejecutado de un disparo a quemarropa. ¿Por qué?, se cuestionó.

Aura volvió a analizar ambos fotogramas y advirtió una parte de la pierna del *Hombre de Musgo* abocetada sobre la pared. El informático la había capturado en el instante en que la mano emergía a cámara, desviando gradualmente el encuadre hasta producir un plano picado. Justo ahí, en ese preciso microsegundo, tuvo el acierto de congelar la imagen y compararla con una de sus fotografías. Era un hecho que Tristán Ortiguera había escogido su habitación de Toén para realizar el sacrificio.

Leo se asomó por la puerta del despacho con un rastro de preocupación esculpido sobre sus facciones. Avanzó mudo hasta la mesa y rastrilló con su mirada el taco de folios que había a un margen. Supuso que se trataba de las correcciones del libro que la periodista estaba escribiendo desde hacía semanas. ¿O tal vez meses?, dudó.

- ¿Interrumpo algo? – se mantuvo cauteloso al otro lado del escritorio.

Aura lo atendió con el talante serio.

- Hooded tenía razón. La ejecución se llevó a cabo en esa habitación del Psiquiátrico de Toén.

Acto seguido giró su portátil para que comprobase por sí mismo las dos imágenes.

- Si te fijas, esta parte del *Hombre de Musgo* coincide con una de las fotos de Hooded – señaló con la punta de un bolígrafo la pata de la criatura –. Sin embargo, hay algo que no consigo entender.

- ¿Y es…? – se arriesgó.

- El motivo de asesinar al mendigo en ese lugar para después, abandonar su cuerpo en el bosque con toda esa parafernalia a modo de ritual– Aura recordó las astas anudadas con fruición a su cabeza, al igual que la castaña que el forense localizó en su mano –. Quizá ese analista del que me habló Pepa fuese capaz de arrojar algo de luz. ¿Qué opinas…?

El sargento parecía imbuido en sus propios pensamientos mientras observaba la pantalla del ordenador.

- ¿Pasa algo…? – barruntó.

- Altamira acaba de telefonearme – desembuchó –. Han encontrado el cadáver de Tania enterrado en un bosque del Bierzo.

- ¡Cómo dices?

Un silencio atroz se propagó en el interior del despacho.

- Pumares está examinando el cuerpo en el Anatómico. Parece ser que murió días después de retenerte en ese búnker, incluso el mismo día.

La periodista lo escuchaba sin pestañear, todavía desconcertada.

- También me ha dicho que el laboratorio está analizando una jeringuilla que se encontró a escasos metros de la escena, por si tuviera algo que ver con su muerte. Aunque lo que sí puedo confirmarte es que han hallado una castaña en la fosa y los dos símbolos trazados sobre la corteza de un árbol.

- ¡Claro! – expulsó como un resorte.

Después se levantó del asiento y se dirigió a la corchera de la pared, donde aquel mapa de la Península Ibérica sobresalía en el centro con varios nombres escritos en su interior. Leo la acompañó con la mirada sin saber muy bien lo que se proponía.

- ¡No te das cuenta? – parecía entusiasmada –. ¡Tania era la séptima

víctima!

- ¿Tania Oldán…? – ahora era Baeza quien no salía de su asombro.

- Sí, Tania. Pero hay algo que no cuadra. Los hombres de Altamira localizaron en el piso de Inés Solís una carpeta con distintas noticias de chicas desaparecidas. ¿Recuerdas…?

El sargento asintió obediente.

- Es decir, las mismas chicas que Tristán incluyó en el mural con el fin de deshacerse de sus cuerpos en un apartado del bosque.

- El camino del *Juego de la Serpiente*… – murmuró perplejo.

- Exacto. En eso consistía la ofrenda, en dejar a una chica en cada punto señalado de ese camino.

Aura descapuchó el rotulador magnético y añadió a Tania en las coordenadas precisas, a la altura del Bierzo.

Después ambos echaron un vistazo, donde el esbozo de la serpiente era similar al dibujo que representó el Serbio en aquella carta.

- Sin embargo – continuó –, a diferencia de Ainhoa Liaño, Penélope Santana y las demás chicas, Ortiguera decidió criar a Tania la misma noche que la casa de sus tíos ardió.

- Por la sencilla razón de que Tristán ya la había seleccionado. Fue en su búsqueda. Tú misma viste su foto en el mural de la cabaña.

- Por supuesto. Y te compro la idea. Pero aunque la mantuviese cautiva durante años, Tania ya estaba de algún modo *"condenada"* – entrecomilló adrede –. Me refiero a que la utilizó cuando nos personamos en Ponferrada, para más tarde deshacerse de ella.

- Tal vez decidió jugársela en el último momento.

- Me extraña – consideró la periodista –. Esa chica estaba ciegamente enamorada de su raptor, y al igual que Inés, ambas eran leales a su persona. Tristán lo sabía.

Leo evaluó su argumento con una pizca de escepticismo remarcada en su ceño.

- Lo que está claro es que Tania era la séptima víctima. De eso no hay duda.

- Pero aún falta una octava – le aseveró Baeza con los ojos puestos en el mapa –. En este caso, por la zona de Galicia. ¿Por qué no podría tratarse del chico? Su cuerpo apareció en un bosque de Ourense.

- ¿El indigente…? – alargó recelosa la última vocal –. No tiene ningún sentido. Las fotos del mural eran siempre de chicas.

- Pues entonces, ¿de qué va todo esto? ¿Qué parte del juego nos hemos saltado?

- No lo sé, Leo. Yo también estoy confusa.

Sus ojos se encontraron por inercia.

- Pero es la única prueba que nos asegura que Tristán sigue ahí fuera.

A varios kilómetros de allí, tras el haz de luz que emanaba por la ventana del despacho presidencial, Pedro Silva se reclinó en su butaca de escay.

Sus dedos no paraban de juguetear con el carrete de nylon del VHS mientras atendía impresionado a los numerosos *tweets* que habían colapsado la red en cuestión de horas. Frases lapidarias que parecían abrir un debate público, donde el presidente de la Xunta intentó desterrar de su mente algunos comentarios incendiarios que ponían en tela de juicio su persona. Pedro Silva apagó la pantalla del ordenador y cerró los ojos aliviado. En el fondo, tenía la sensación de que el vídeo que se había *retuiteado* por Facebook incesantes veces era obra de su partido. O al menos, así lo acuñaban diversos internautas de manera anónima a un mes de finalizar la campaña. Silva se convenció de que era cuestión de esperar a que la gente se olvidara del asunto (le relajó saber que el Correo de Galixia ya lo había eliminado del servidor a primera hora de la mañana), y continuó enredando las yemas de sus dedos en el carrete de nylon. Primero despacio, casi de forma imperceptible, como si a través de su sistemático tic nervioso fuese capaz de volcar la ansiedad que le carcomía por dentro. El presidente estuvo bregando con la cinta durante algo más de quince minutos hasta que un amago de cólera lo llevó a despedazar la pestaña de protección y arrancar con saña la bobina. Aquel hombre de aspecto deportista, atractivo, que rebasaba la cuarentena y poseía un currículo irreprochable (la noticia enmarcada en su despacho rezaba

que se había convertido en el presidente de la Xunta más joven de la historia gallega), no paró de extraer el carrete con denuedo mientras escupía la angustia que lo devoraba.

Después, no le quedó más remedio que admirar su obra.

Pedro Silva abrió el primer cajón de su escritorio y extrajo del interior un sobre acolchado. El pulso le temblaba a medida que introducía los restos del VHS entre las burbujas de aire y retiraba con torpeza la tira autoadhesiva. Una vez que selló el contenido, destensó sus músculos. Sintió que se había quitado un peso de encima. Luego se lo guardó en el bolsillo de su americana y apresó el móvil que descansaba sobre la mesa. Ni siquiera pudo resistirse a ojear brevemente la fotografía que se erigía a un margen, donde la familia tradicional por la que abogaba desde su partido – su propia familia – parecía escrutar sus movimientos con una sonrisa en los labios. Silva se giró en el asiento como si quisiera zafarse de lo que se proponía a hacer y entró en su *WhatsApp*. En cuanto localizó el contacto, decidió escribir el mensaje: *"Tenemos que hablar. Te espero en media hora en el lugar de siempre. Procura que nadie te vea"*. Acto seguido, se levantó.

El presidente de la Xunta avanzó entre las sombras de su despacho y abrió rápido la puerta. Su mirada tropezó con la de su secretaria, la cual no le quitaba ojo desde su mesa con cierto aire de sospecha.

- Mónica, ¿puedes cancelar la reunión que tenía con los del comité? – la requirió con la voz vacilante.

La secretaria se limitó a asentir.

- Tengo que atender unos asuntos familiares. Espero estar de vuelta en un par de horas.

Y antes de poder darle una respuesta, Pedro Silva se escabulló por uno de los pasillos del Palacio de Rajoy como alma que lleva el diablo.

El nombre de Tania Oldán despuntaba por dentro del mapa junto al resto de chicas.

Eso mismo fue lo que admitió Aura en su cabeza mientras continuaba sacando fotos a aquel trozo de papel clavado con cuatro chinchetas en la corchera del despacho. Nombres propios que acabaron formando parte de varios titulares de periódico cuando sus vidas se cruzaron con la del hombre que se ocultaba tras *El Juego de la Serpiente*. Tristán Ortiguera. Algunas aparecieron escondidas en el bosque con el cuerpo desnudo, el cabello cepillado hacia atrás y una castaña encarcelada bajo la palma de la mano. De las otras, ni siquiera tenían constancia de su paradero. Posiblemente se resignaron a desaparecer bajo un manto de tierra, con aquellos dos símbolos esbozados sobre su blanca piel y los restos de agua salina filtrándose hacia las raíces de los árboles. Aura tuvo el presentimiento de que los

crímenes aún no habían cesado cuando reparó en la equis que yacía solitaria a la altura de Galicia. ¿Tal vez se trataba del indigente como le aseguró Baeza?, volvió a cuestionarse. ¿Y por qué ahora un varón? ¿Qué papel desempeñó entonces Iván Minchev, único autor de la ejecución que cumplía condena en la cárcel de Pereiro de Aguiar? Las conjeturas se entremezclaban difusas en su mente. Aura volvió a echar un vistazo al mapa y se concentró en las fechas de cada desaparición que había ido anotando junto a los nombres. Un cómputo de veinte años en los que aquel monstruo se mofó de la justicia, y cómo no, de las familias de las víctimas.

El sonido de su móvil la redimió de sus repulsivos sentimientos. Leo la contempló desde el escritorio y paró de imprimir el material que les había enviado Hooded al correo.

- ¿No lo vas a coger…? – intercedió ante su falta de voluntad.
- Es el periodista – le desveló.
- ¿Y…?
- No hables. Voy a poner el manos libres.

El sargento perfiló un gesto incómodo cuando descolgó el teléfono.

- ¿Oriol? – respondió expectante.
- Hola, Aura. ¿Puedes hablar?
- Sí, claro. ¿Pasa algo…? – dudó.
- Supongo que sabrás que al final decidí colgar el vídeo en la plataforma digital. No me esperaba que se *viralizase* en cuestión de horas. Ha sido todo un acierto.
- Era de prever – admitió –. ¿Pero ha funcionado?
- Por eso mismo quería hablar contigo – su voz se tornó de pronto misteriosa –. Acabo de recibir una llamada de alguien que asegura tener información sobre Iván Minchev. Dice que posee pruebas.

Un largo silencio se coló en la línea.

- ¿Qué has averiguado? – se adelantó.
- Poca cosa. La mujer prefiere tratar el tema en persona.
- ¡Y a qué esperas? Tienes que entrevistarla antes de que se arrepienta.
- No estoy tan seguro… – alargó deliberadamente la última vocal –. El revuelo que ha causado la grabación podría perjudicarme a nivel profesional.
- ¡Pero tienes una pista! – parecía entusiasmada –. Es la única manera de saber si…

Aura se detuvo en seco por miedo a hablar más de la cuenta.

- ¿El qué, Aura? – la acechó, consciente –. ¿Que el caso de ese mendigo guarda ciertos paralelismos con los crímenes de Penélope Santana y Daniela Guzmán?
- Yo no he insinuado tal cosa – contestó molesta.
- Cierto. Pero tampoco me tomes por idiota. Como te dije en *La*

Malquerida, sé cómo funciona nuestro mundillo y respeto que no quieras compartir conmigo la ligazón que te une a esos dos casos. Tus motivos tendrás. Pero si decidiste ver un vídeo que hablaba del *Juego de la Serpiente* es porque aún no has sido capaz de poner punto y final a esa historia. A tu propia historia. La misma que te llevó a dejar tu puesto en Tribuna Madrid. ¿O me equivoco?

La periodista se vio incapaz de distanciarse de sus palabras mientras Leo le hacía un gesto con la mano para que cortase la conversación.

Después de unos segundos, decidió enfrentarse a sus miedos.

- Efectivamente. Sé cómo funciona nuestro mundillo. ¿Qué quieres?

- Un titular – arrojó –. Saber en qué consiste *El Juego de la Serpiente* para escribir un titular. Pero para ello necesitaría tu colaboración, que ambos formásemos un equipo.

- ¿A cambio de…? – no se anduvo por las ramas.

- Te proporcionaría la dirección de esa mujer para que la entrevistases a cambio de que me mantuvieras informado de los avances del caso y las nuevas pistas. Dicho de otro modo, te convertirías en mi fuente. Por supuesto, serías la primera en recibir cualquier otro material que llegase a la redacción. Tal vez la pieza que llevas tiempo buscando para cerrar de una maldita vez esta historia.

Un segundo silencio se interpuso entre los dos periodistas.

- ¿Qué me dices? – terminó de mostrar su oferta –. ¿Hay trato?

Había transcurrido algo más de una hora desde que Leo y Aura abandonaron La Alberca en su Golf blanco.

Una llovizna pertinaz salpicaba el cristal del parabrisas mientras Baeza seguía conduciendo con la vista puesta al fondo de la carretera. Enseguida atisbó la silueta de las dos catedrales de Salamanca, envueltas en un vapor húmedo bajo un cielo tormentoso. Nada parecía haber cambiado desde que Aura tomó la determinación de viajar a Galicia. Ni siquiera habían vuelto a dirigirse la palabra una vez que depositaron las maletas en la parte trasera del coche y cerraron con llave el chalet. La decisión estaba tomada y Leo se vio en la tesitura de acompañarla por no contradecirla, por no tener el valor de reprocharle que ese miserable se estaba aprovechando de su dolor y que aquella pista no iba a devolverle a su madre. El sargento ahogó su malhumor tras el rechinar de sus muelas y decidió subir el volumen de la radio. El parte de noticias arrancó en ese instante: *El Correo de Galixia ha decidido retirar la espeluznante grabación en la que se veía a un hombre de espaldas siendo ajusticiado. El vídeo, que ha causado un gran revuelo, ha estado circulando en conocidas redes sociales, haciéndose viral en cuestión de horas. Según fuentes externas, la Xunta ha presionado al diario local para agilizar su retirada y…*

Leo silenció la voz de la locutora ante el gesto de confusión de la

periodista.

- ¿Qué es lo que ocurre?

- Lo siento, pero si no lo digo reviento.

Baeza giró el cuello y se enfrentó a su mirada antes de continuar.

- No me gusta el acuerdo al que has llegado con ese pajarraco.

- Lo sé – dedujo –. Pero al menos tenemos una pista fiable por la que avanzar. La dueña de ese hotel de Allariz le aseguró por teléfono que Iván Minchev se alojó en una de sus habitaciones. Tampoco perdemos nada por ir a hablar con ella.

El sargento dudó de su testimonio cuando lo único que se había visto del asesino fue su mano asomando por un lateral de la cámara para apuntar al indigente. Aquello le escamó.

- Te está utilizando – vació sus pensamientos.

- ¿Cómo dices?

- Ese periodista sólo quiere que hagas el trabajo de campo por él para cubrirse de gloria después y llevarse una palmadita en el hombro.

- ¿Y crees que realmente me importa? Yo no busco un reconocimiento por mi trabajo, Leo. Esa experiencia ya la viví hace tiempo, cuando cubrí los crímenes de La Alberca y El Bierzo.

- ¿Entonces…? – escarbó en ella.

- Es por una cuestión personal.

Un silencio torpe se instaló entre ambos mientras la lluvia arremetía contra los cristales del coche.

- Va a ser difícil que algún día conozcas la verdad.

- Lo único que busco son respuestas – cedió ante sus temores –. Saber qué ocurrió en el Psiquiátrico de Toén en 1978 para que años más tarde Tristán Ortiguera buscase a mi madre y acabara con su vida.

Un impulso la llevó a acariciar la llave de cuerpo labrado que colgaba de su cuello.

- Nunca debí contarte lo que leí en el informe de Peralta, el detective privado de Coruña.

- Al contrario. No quiero vivir más años en el autoengaño – dijo convencida –. Ahora sé que mi madre no desapareció sin más. Existía un motivo y él me la arrebató de mi lado.

- Sólo espero que este viaje te sirva para reconciliarte, encontremos o no tales respuestas.

Aura coló la mirada por la ventanilla y se perdió en la bruma del horizonte.

- Gracias por acompañarme – soltó después.

- ¿Acaso crees que iba a dejarte sola?

- No. Pero entiendo tu situación y no me gustaría exponerte por mi culpa.

- ¿Sabes? La llamada de Altamira me ha abierto los ojos. Es cierto

que estoy suspendido de mis funciones, pero tampoco voy a quedarme de brazos cruzados.

- ¿Y qué es lo que te ha hecho cambiar? – seguía igual de desconcertada.

- Aunque no lo creas, yo también tengo una deuda pendiente. Le prometí a Gustavo Santana en el hospital que encontraría a su hija sana y salva, y le fallé.

Sus dedos se tensaron al volante.

- Eso es injusto.

- Déjame que termine, por favor – la requirió –. Intento rendir cuentas conmigo mismo, y para ello, necesito enterrar el hacha de guerra y pedirte perdón por mi actitud de estos meses. Sé que me he comportado como un capullo y que no he estado a la altura; que dejaste tu vida en Madrid para venirte a La Alberca y no he obrado en consecuencia…

- Pues entonces no vuelvas a cerrarte en banda y deja que sea yo la que te ayude – sonó a reprimenda –. Eres un buen guardia civil, Leo, y volverás a recuperar tu placa. Créeme. Pero antes debemos viajar al pasado y enfrentarnos a nuestros fantasmas. Necesitamos de una puñetera vez cerrar esta etapa juntos.

A las afueras de Santiago de Compostela, escondidos tras la frondosidad de unos cuantos arbustos, ambos exhalaron un prolongado jadeo en la parte de atrás del todoterreno. La mujer, todavía encajonada sobre sus muslos, se retiró paulatinamente al otro lado del asiento mientras su amante encorvaba la espalda para colocarse de nuevo los pantalones. Una vez que se abrochó el cinturón, Pedro Silva, el presidente del partido conservador que encabezaba las listas de los últimos sondeos, la gratificó con una sonrisa que destilaba alivio y extenuación a partes iguales.

Tina Bustos, la redactora jefe del Correo de Galixia, ni siquiera le devolvió el gesto.

- Te juro que estaba estresado… – balbució con satisfacción.

La mujer continuó vistiéndose como si la conversación no fuese con ella.

- Entre los preparativos de la campaña y luego ese dichoso vídeo, tenía a todo mi equipo revuelto. No ha parado de sonarme el teléfono en toda la mañana. Al menos, uno de los problemas ya lo hemos resuelto.

Tina arrugó el ceño mientras terminaba de abotonarse su cárdigan.

- ¿A qué te refieres con que *hemos resuelto*…? – le interpeló con la voz dura.

- Imagino que el encuentro ha servido para dar por finalizado el asunto, ¿no…? La gente se acabará olvidando de la grabación.

- Alucino – soltó a medida que abría la puerta y bajaba del vehículo.

El presidente de la Xunta la acompañó, impactado aún de su reacción.

- ¿Qué ocurre ahora? – fue hacia ella.

- Me parece increíble que por acostarte conmigo de vez en cuando des por hecho que voy a quedarme de brazos cruzados.

- ¡Pero te estás escuchando? Esa mierda que publicaste podría habernos acarreado serios problemas. Sabes que no estamos en situación de vernos envueltos en algo así a un mes de finalizar la campaña.

- ¿Quiénes? – sonó ofensivo –. ¿Los que financian el partido o tú?

- Tina, te recuerdo que el sesenta por ciento de las acciones del periódico son del partido. No entiendo por qué te pones así cuando os salvamos literalmente el culo. La situación financiera por la que atravesaba el diario era lamentable.

- Pero soy yo la que lo dirige. Eso que no se te olvide jamás – se encaró a él con los ojos endemoniados.

- Tampoco he insinuado lo contrario. Pero reconoce que publicar una ejecución en un dominio público es una irresponsabilidad, por no hablar de que roza los límites de lo que se conoce como moralidad.

La mujer se hizo a un lado y se largó crispada a su coche. Pedro Silva se volvió, atónito.

- Ponerle los cuernos a tu mujer también lo es y nunca has hecho ninguna objeción.

- ¡Pero qué mosca te ha picado? Sabes que nos estamos jugando mucho. Perder las elecciones implicaría dejar de financiar al Correo.

- Y asumo el riesgo. Pero lo que es perjudicial para tu partido, beneficia a mi propio periódico – sentenció al tiempo que abría la puerta –. Y puede que a partir de ahora ya no te necesite más.

Tina Bustos cerró su *Ford Focus* de un portazo y aceleró el motor, dejando una estela de polvo en suspensión como único testigo de su encuentro. El presidente de la Xunta se conformó con atisbarla en la lejanía, donde aquel apartado del bosque volvió a recuperar la calma arrebatada. Silva regresó entonces a su coche y se acomodó en el asiento. Después, sólo tuvo que golpear el volante repetidas veces para descargar la ira que le quemaba por dentro.

Horas más tarde, el sargento detuvo el Golf blanco delante del hotel de Allariz.

La lluvia los había acompañado durante un largo viaje de casi cuatro horas, con el continuo vaivén del limpiaparabrisas despedazando en su mecánico desplazamiento las gotas de agua que salpicaban el cristal. Aura y Leo se refugiaron en un silencio pactado

con la excusa de no volver a hablar más del tema a medida que atravesaban campos de cultivos y algunos pueblos solitarios en su trayecto a la verdad. Porque esa era la cuestión. La existencia de una verdad que de algún modo evitaron verbalizar por miedo a estar equivocados, por temor a que las pesquisas de Oriol Estrada estuviesen sustentadas sobre una farsa de anhelos y evocaciones. Aura evocó en su recuerdo el rostro pálido del indigente, las astas rebasando por encima de su cabeza, la colocación de su cuerpo en una intencionada veneración. ¿Pero a quién? ¿A una deidad que sólo él conocía?, se preguntó una vez que pararon a comer en Sanabria. ¿Y con qué motivo?, reanudó en cuanto se pusieron en marcha. Las dudas la martirizaron sin ánimo de abandonarla hasta que Leo detuvo el coche frente al recoleto hotelito de tres plantas, con parking exterior y zonas ajardinadas. Ambos se apearon a la vez y echaron un vistazo a la finca.

La Posada del Peregrino se encontraba a escasos cinco kilómetros de Allariz, a un margen de la autovía que unía Ourense con la población de Verín. Se trataba de una construcción de planta cuadrada, con la fachada revestida de piedra maciza y ventanas de aluminio en tonos blancos. El sargento se adelantó unos metros y trepó por la escalera de acceso, acicalada a los márgenes de exuberantes hortensias azules. Luego traspasó las puertas mecánicas y se adentró en un amplio recibidor de suelos de mármol y paredes lisas. Aura lo siguió de cerca y se fijó en la mujer de mediana edad que aguardaba con una sonrisa fingida al otro lado del mostrador. Tenía el cabello recogido en un moño bajo y un rictus en su rostro del que asomaba una sutil abnegación aprendida a base de años. La periodista le devolvió la sonrisa y se posicionó junto a Leo por detrás del ordenador de mesa.

- Buenas tardes – emitió con la voz impostada –. ¿En qué puedo ayudarles?

- Nos gustaría hablar con Cecilia Louredo – Aura imaginó que posiblemente se tratase de ella –. Teníamos una cita aquí, en su hotel. Somos del Correo de Galixia.

- ¡Cierto! – exclamó, como si la información la hubiese pillado desprevenida –. Ya se me había pasado. Su compañero me avisó de que vendrían a media tarde. Yo soy Cecilia.

La mujer parecía estar al borde del colapso tras el mostrador de recepción, resuelta a atender a los dos reporteros que acudían a su establecimiento (dedujo Leo) por vez primera.

- En nombre de nuestro periódico, queremos agradecerle la oportunidad de concedernos una entrevista – Aura continuó adobando el embuste.

- Todo lo contrario. El gusto es mío.

- Sin embargo, tenemos entendido que conoce la identidad de la

persona que se esconde tras las siglas de *I.M* – atajó el sargento de un plumazo–. Las mismas que publicaron hace días algunos medios locales.

- Por supuesto. Eso fue lo que le dije al periodista que me atendió por teléfono. Y puedo demostrarlo.

La dueña del hotelito se agachó y extrajo de un compartimento lo que a simple vista parecía un libro de registros que depositó acto seguido sobre la tarima. Luego se ayudó de un dedal de goma para pasar las páginas y detuvo su búsqueda en una que rezaba en la parte superior una fecha: 5 de julio de 2019. El día antes de aparecer muerto en el bosque de Castros de Trelle, dedujo Aura. Al girarlo, Leo se percató del nombre que emergía con tinta negra y letra redondeada unos centímetros más abajo. Su corazón le respondió con una sacudida.

- Aquí está. *I.M*. – lo señaló –. O lo que es lo mismo: Iván Minchev.

Ambos se intercambiaron una mirada de connivencia que hasta la propia mujer advirtió.

- Por eso me decidí a llamar al periódico cuando lo vi en esa grabación. Estaba segura de que se trataba del mismo tipo que atendí justo donde se encuentran.

- ¿Pero por qué? – intentaba razonar Baeza –. ¿De qué estaba tan segura? Sólo aparece su mano unos segundos…

Cecilia Louredo arrugó el entrecejo sin apartar la vista de la suya.

- ¿Cómo que su mano?

- Efectivamente. La mano de Iván Minchev. La del asesino.

La periodista comenzó a inquietarse.

- Disculpe, pero creo que no me he explicado bien. Iván Minchev es el otro, el que está siendo ejecutado en ese momento.

Aquella afirmación agitó su mente como si de una onda expansiva se tratase.

- ¿El mendigo? – intercedió Aura por él.

- ¿Ahora también es un mendigo…? – repitió mientras digería el apelativo con el que le había nombrado –. Miren, yo sé muy bien lo que vi y ese hombre no tenía pinta de estar pidiendo en la calle.

- ¿Pero está segura?

- Ya le digo que yo misma lo atendí. Dese cuenta que esto es un hotelito familiar con tres habitaciones por planta. Sé perfectamente quién se aloja en mi negocio – farfulló con convencimiento de causa –. El chico se hospedó el día 5 por la tarde y pagó por una noche en metálico. Es más, ahora que lo recuerdo, vino en su propio coche.

- Eso es imposible… – Leo parecía negarse a las evidencias.

La mujer, en cambio, volvió a mirarlo como si fuera un bicho raro.

- ¿Por casualidad sabría decirme el modelo? – medió Aura por segunda vez –. Sería conveniente recopilar todos los datos posibles de

la víctima.

- Por supuesto. Aquí lo tengo.

Cecilia se agachó de nuevo tras el mostrador y regresó a la superficie con otro registro, esta vez con las tapas sobadas del uso y una ristra de anillas a un lateral. Entonces se concentró entre sus hojas cuadriculadas durante varios minutos hasta que al fin señaló una referencia con su pulgar.

- Sabía que lo había anotado – dijo tras un amago de sonrisa–. Veamos, se trata de un Volkswagen rojo modelo *Fox*. Pueden comprobarlo ustedes mismos.

Leo y Aura accedieron obedientes y se recluyeron en la caligrafía que sobresalía encajonada entre sus renglones.

- Aunque lo importante no es el modelo del coche, sino quién se largó en él.

La periodista frunció sus labios en un acto reflejo.

- ¿Qué quiere decir…?

- Cada plaza del parking exterior está asociada a una habitación. De ahí que cuando un nuevo huésped se aloja, se le entrega junto a las llaves una tarjeta magnética – arrancó a relatar –. En el caso de Iván Minchev, la tarjeta que se le dio fue la número dos, ya que se hospedó en una de las habitaciones del primer piso.

- ¿Y…? – la inquirió Baeza impaciente.

- Que tengo las imágenes.

La dueña *de La Posada del Peregrino* ladeó la pantalla del ordenador y cliqueó con el ratón encima de una carpeta situada en el centro del escritorio. El programa no tardó en abrirse.

- Hay una cámara en el ascensor – dijo mientras introducía los datos en el buscador –. La de fuera decidimos quitarla porque solía dar muchos problemas. El caso es que después de hacer el *check-in* esa tarde, el hombre tomó el ascensor.

Rápidamente pulsó en el icono del *Play* y la grabación se reprodujo al instante. La cámara, esquinada en lo alto del ascensor, capturaba una porción del espacio tras un pronunciado picado. Sólo la luz del techo parecía irisar una aureola blanquecina que rebotaba contra el espejo de pared cuando las puertas mecánicas cedieron. Entonces, apareció Iván Minchev. Aura y Leo atendieron boquiabiertos a las imágenes mientras el hombre, con la misma vestimenta que recordaban del vídeo de la ejecución, presionaba el botón del primer piso. La hora se situaba en el margen superior derecho: las 18:14 horas. Luego se giró en escorzó, donde aquella nota musical se perfiló por detrás de su oreja. Sin duda, era él.

Cecilia Louredo detuvo la reproducción antes de tiempo.

- ¿Tenía o no tenía razón? – los abordó con cierto retintín en la voz.

- Todavía sigue sin desvelarme quién diablos se llevó el coche –

replicó el sargento.

- Ella – respondió tajante –. La chica que lo acompañó.

Aura los contemplaba estupefacta, como si el asunto no fuese con ella.

- No es el primer cliente que paga una habitación y espera a que mi marido o yo salgamos de la recepción para que sus acompañantes se hospeden a escondidas – dijo furiosa.

- ¿Por qué?

- Pues bien por echarle morro o por evitar que sus datos queden registrados. ¡Qué sé yo! Esto es un hotelito enfocado a los peregrinos. Es imposible controlar las entradas y salidas de cada uno.

- Pero continúa sin responderme.

La mujer volvió a cliquear en el programa y abrió otra grabación.

- Esa noche, su tarjeta magnética registró una salida a las cuatro de la madrugada – les aseguró –. Sin embargo, no fue Iván Minchev el que abandonó el hotel.

Y antes de que pudiera contestar, la pantalla del ordenador expulsó una nueva imagen. La joven que apareció en escena se mostraba impaciente. Llevaba en su mano lo que parecía las llaves de un coche y también una tarjeta magnética en tonos grises. Aura se percató de que tenía el cabello largo y ondulado en un castaño claro, al igual de que vestía una cazadora violeta con el cuello vuelto pese a que el ángulo de la cámara no le permitía ver el resto del conjunto. En cuanto las puertas se abrieron de par en par, la chica abandonó rápido el ascensor, donde el reflejo del espejo interior mostró su huida por un pasillo en sombras hasta salir precipitadamente del edificio.

Leo y Aura eran incapaces de despegar la vista del ordenador.

- Pero, ¿y él…? – se refirió el sargento a Iván Minchev

- No volvió a tomar el ascensor. Al menos durante el tiempo que permaneció en el hotel. Imagino que bajaría por las escaleras y se irían juntos porque a la mañana siguiente, cuando fui a comprobar la habitación, ya no estaba.

- ¡Pero esa chica parece estar escapando de alguien! – exclamó la periodista alarmada.

- Cierto. Y por su actitud, yo diría que de él – se aventuró –. Escapaba de Iván Minchev.

Una penumbra líquida goteaba en el interior de la recepción cuando las puertas mecánicas se desplazaron y la chica se apresuró a fundirse en las sombras. Sólo el espejo del ascensor se encargó de mostrarla en su huida, sacudiendo su melena a golpe de vértigo mientras la cámara la capturaba de espaldas en dirección a la salida. La hora, apuntalada en la esquina superior, revelaba en qué momento decidió largarse del hotel: las 04:05 de la madrugada. Algo verdaderamente inusual si

tenían en cuenta que llevaba en su mano la tarjeta del *parking* de Iván Minchev, y que éste apareció muerto con unas astas amarradas a su cabeza trece horas más tarde en los alrededores de Castros de Trelle. Aura detuvo la imagen en su teléfono cuando la joven desapareció bajo las luces fantasmagóricas de fuera.

Después, miró a Leo en el interior de su Golf blanco.

- ¿De quién huye en mitad de la noche? – disparó –. Y por supuesto, ¿qué hacía con él?

Baeza continuaba imbuido en las imágenes.

- Esa chica sabe algo, estoy segura. Hay que localizarla para hablar con ella. Es la única que puede esclarecernos por qué fue ejecutado en Toén y su cuerpo abandonado en ese bosque.

La periodista advirtió que estaba hablando sola.

- ¿Me estás escuchando…?

- Según la información que la policía ofreció a la prensa, I.M, o lo que es lo mismo, Iván Minchev, era el autor de los hechos. Pero ahora resulta que no, que se trata de la víctima. ¡No lo entiendes? La policía ha mentido. Iván Minchev no está cumpliendo condena en la cárcel, Aura. Sencillamente está muerto.

- A lo que deduzco que el verdadero asesino, la mano que aparecía en ese vídeo, era, sin lugar a dudas, la de Tristán Ortiguera.

Un fuerte impulso llevó a Leo a sacar el móvil de su chaqueta. Localizó el número de Altamira en la bandeja de llamadas entrantes y pulsó con el dedo encima de su nombre. Al momento, su voz emergió al otro lado de la línea.

- Dime, Baeza – descerrajó a modo de saludo.

- Altamira, escúchame. Estoy en Galicia. He averiguado que Iván Minchev es el hombre que apareció muerto en el bosque, no su asesino como pensábamos.

Un silencio torpe invadió la conversación.

- Necesito que entres en la base de datos y localices toda la información disponible.

- ¿Pero estás seguro? – le costaba admitir al capitán.

- Es la única pista que tenemos. Averigua si Iván Minchev poseía un Volkswagen rojo modelo Fox. Dame un toque en cuanto tengas algo.

- Descuida.

Y sin más, cortó la llamada.

Aura lo observaba sin saber aún qué se proponía a hacer.

- ¿Y ahora?

- Debemos esperar – sentenció –. ¿Te apetece dar una vuelta por Allariz?

Sábado, 6 de julio de 2019
Bosque O Cubelo. Santiago de

Compostela (A Coruña)
13:24 del mediodía

La cortina de *mojabobos* suspendida en el aire perlaba de gotas la amplia luna del tractor.

Pascual rezongó con las manos aferradas al volante y continuó adentrándose por el mismo camino agrario que llevaba recorriendo más de cuarenta años. Entonces, lo vio.

La pincelada roja que resurgió entre los altos matorrales atrapó de inmediato su atención. El hombre detuvo el tractor y se apeó de él con la vaga sospecha de que los cazadores furtivos habían vuelto a acampar a sus anchas. Molesto, farfulló una serie de improperios mientras descendía con soltura la cuneta y se internaba después en el bosque. Enseguida reconoció la techumbre del coche. *¡Pero qué demonios…?,* bramó. Nada más aproximarse, descubrió que parte del frontal delantero se había empotrado contra la corteza de un árbol, al igual que la puerta del piloto se encontraba abierta. Pascual se extrañó y decidió echar un vistazo. Una pestilencia putrefacta arremetió contra su olfato a medida que colaba la cabeza por dentro. El zumbido persistente que habitaba en su interior le condujo sin querer hasta el borde del asiento, donde las moscas se alimentaban de la sangre dispersa por el tapizado y el volante. El hombre dio un impulso hacia atrás y regresó corriendo a su tractor con la convicción de que algo horrible había sucedido en aquel apartado del camino, a escasa distancia de la carretera.

Acto seguido, marcó el número de la Guardia Civil.

Verónica Corredera llamó con los nudillos un par de veces antes de entrar.

Lo primero en lo que se fijó fue en la luz amarillenta procedente del flexo que formaba una tibia aureola al fondo del despacho. La agente avanzó con el informe de la mano y desvió la mirada hacia la ventana, donde la brumosa claridad del día apenas traspasaba las cortinas echadas. Luego se situó por detrás del escritorio.

- ¿Qué tenemos? – le lanzó Altamira a sabiendas de que traía novedades. La carpeta de tapas marrones que sujetaba con firmeza le dio la pista.

- Jefe, creo que he localizado lo que me pidió hace un rato.

- ¿Cómo que crees…? – se extrañó de su respuesta.

- Introduje los datos de Iván Minchev en la base de datos de la Jefatura Nacional de Tráfico, pero no obtuve ningún resultado. Parece ser que la víctima no era propietaria de ningún coche. Después se me ocurrió hacerlo al revés; es decir, filtrar la búsqueda por el modelo del

vehículo, el Volkswagen de color rojo modelo Fox que me comentó, por si hubiese algo que me diera la pista.

- Continúa – la apremió desde su asiento.

- El caso es que, aparte de varios atestados de accidentes de tráfico y algún robo puntual de ese mismo modelo en los últimos meses, he encontrado este archivo procedente de la Guardia Civil de A Coruña.

Entonces, se lo entregó. Altamira no tardó en recluirse en su lectura.

- Está fechado el día 6 de julio de este año, justo el mismo día que apareció ese hombre muerto en el bosque de Castros de Trelle.

El capitán levantó la vista rápido.

- Por eso me ha llamado la atención – remató la agente.

- ¿Crees que existe algún tipo de vinculación con Iván Minchev? – se adelantó.

- Quizá sea mejor que lea el último párrafo, justo después de la declaración que le fue tomada al tractorista que se encontró el vehículo varado en el bosque.

- ¿Por qué lo dices? – percibió un gesto incómodo en su rostro.

- Porque de tener relación con Iván Minchev, hay algo que no encaja.

Había transcurrido una hora desde que Leo y Aura decidieron caminar por el húmedo paseo de la Alameda, en plena ribera del río Arnoia, flanqueada por un soberbio puente de piedra. Juntos deshilvanaron mil y una hipótesis sobre los motivos que llevaron a esa chica a huir (aparentemente) del hotel a las cuatro de la madrugada, y a descifrar por qué se marchó con la tarjeta magnética de Iván Minchev. ¿Acaso se conocían de antes? ¿Tal vez la dueña estaba en lo cierto cuando les insinuó que se había hospedado con él a escondidas? ¿O realmente se trató de una mera visita de cortesía en mitad de la noche que acabó de la peor manera posible?

Las dudas continuaron acompañándoles bajo la lluvia fina y persistente cuando el móvil del sargento sonó en el bolsillo de su chaqueta. Rápidamente lo atrapó y confirmó en la pantalla que se trataba de Altamira. Descolgó en el acto.

- ¿Qué sabes? – lo abordó.

- Que tu búlgaro, Iván Minchev, estaba fichado. He localizado su expediente en la base de la Interpol – resumió sucinto –. El problema es que he intentado acceder a él, pero el sistema me deniega una y otra vez la entrada.

- ¿Por qué?

- Creo que la policía belga lo tiene bloqueado. Tendría que solicitar un permiso para que me facilitasen el acceso, justificando igualmente el motivo. Hoy me pongo a ello.

- ¿Y sobre ese Volkswagen que te comenté? – terció de asunto –.

¿Has averiguado algo?

- Digamos que Minchev no era propietario de ningún vehículo de tales características. Al menos en España. Sin embargo, Verónica ha encontrado un hilo del que tirar. ¿Sabrías confirmarme si este tío iba acompañado de una mujer?

La mirada de Baeza quedó suspendida en el rostro de la periodista.

- No estoy seguro, pero la dueña del hotel donde se hospedó la noche antes de morir nos ha asegurado que su tarjeta del *parking* fue utilizada por una chica. Hay una grabación en la que se la ve abandonando el ascensor de madrugada. ¿Por qué lo preguntas?

- Porque el mismo día que apareció el cuerpo de Minchev en el bosque, la Guardia Civil de A Coruña archivó un atestado de un accidente de tráfico donde se vio envuelto un automóvil sin ningún tipo de matriculación. Un Volkswagen rojo modelo Fox.

- ¿Hubo testigos?

- Solo se tomó declaración al tractorista que dio la voz de alarma al encontrarse el coche.

- Pero… ¿Quién lo conducía? ¿Él?

- Aquí viene la mejor parte – le avanzó –. Una joven llamada Lúa Prado. Por lo que he leído, todo apunta a que se distrajo conduciendo y se salió de la carretera. Después avanzó varios metros bosque adentro hasta que acabó estrellándose contra un árbol.

- Pero… – tuvo la corazonada de que el relato no finalizaba ahí.

- La chica decidió regresar a pie para pedir ayuda y fue embestida en esa misma carretera por un vehículo que se dio a la fuga.

Leo notó que su pulso se aceleraba.

- Lúa Prado falleció en el hospital de Santiago de Compostela a las pocas horas – le desveló –. Los sanitarios que la atendieron, aseguran que la encontraron en la carretera completamente desnuda. Su ropa aún no ha aparecido en las inmediaciones, Baeza.

El sargento enmudeció en aquel apartado de la Alameda, el rostro perlado por diminutas gotas de agua. Aura lo contemplaba sin saber muy bien qué estaba ocurriendo.

- Deberíamos informar a la policía – propuso –, contadles lo que hemos averiguado hasta el momento por si les ayudase en la investigación.

- Frena – cortó el capitán sus ansias –. ¿O hace falta que te recuerde en qué situación te encuentras? No estás en condiciones de exponerte, y mucho menos de que la policía gallega descubra cómo has obtenido esa información. Yo también saldría perjudicado.

- Pues tú dirás – se molestó –. Más que nada porque ahora sí que estamos en un callejón sin salida.

- No del todo.

Leo atisbó una idea en el horizonte.

- ¿Qué se te ha ocurrido?

- En el atestado viene la dirección de los padres de Lúa Prado, la cual se encuentra muy cerca del lugar donde apareció muerta. Es posible que Aura tuviese las puertas abiertas de su casa si se acercara en calidad de periodista.

- Es posible – apostilló de igual manera –. ¿Y el motivo…?

- Tal vez ellos le puedan desvelar por qué su hija viajaba en el coche de Iván Minchev la mañana del accidente.

Las últimas luces de la tarde se descomponían bajo un armazón de nubes plomizas cuando Leo aparcó delante de la casa rural. La periodista había encontrado en un portal de internet aquella vivienda de una sola planta y jardín con vistas a la ría en cuanto decidieron quedarse a tenor de los imprevistos acontecimientos. La ocupación hotelera en la ciudad de Santiago y alrededores parecía haber aumentado presumiblemente, todo dispuesto para la festividad del Apóstol a escasos diez días de su celebración.

Noia fue el lugar escogido para pernoctar; un pueblo costero a 30 kilómetros de Santiago de Compostela y rodeado de numerosos arroyos y valles. Juntos emprendieron el viaje tras la llamada de Altamira, donde las pesquisas recolectadas hasta entonces comenzaron a salpicar el mapa de su propia investigación. ¿Quién era en realidad Lúa Prado, la chica que abandonó a toda prisa el ascensor del hotel? ¿Y por qué apareció su cadáver en la carretera horas más tarde, tras darse a la fuga el vehículo que la embistió? ¿Acaso huía de Iván Minchev? ¿Y cómo era posible que ambos muriesen el mismo día en localizaciones distintas? Un gorgoteo de preguntas sin resolver sobrevoló en el interior del Golf blanco a medida que intentaban reunir las piezas del rompecabezas para encajarlas con lógica. Tal vez el punto más inquietante llegó cuando se detuvieron a conjeturar sobre la identidad de la persona que cumplía condena en Pereiro de Aguiar. ¿A quién había capturado la policía, único responsable de la ejecución de Iván Minchev? Ambos concluyeron que los padres de la chica podrían esclarecerles aquel extraño horizonte que se perfilaba igual de anubarrado que el cielo que los acompañaba.

Al cabo de una hora y media, los faros del coche alumbraron la tapia exterior. Miles de lucecitas pespunteaban al fondo las laderas del valle cuando Baeza introdujo en el cajetín el código que les había remitido la casera para entrar en la casa. Después, un breve pitido les anunció que podían pasar. El sargento empujó la entrada de lanzas y cruzaron a tientas el sendero de piedra que conectaba con el porche de la casa. Tras la penumbra que abrigaba el jardín, Aura distinguió la silueta de un hórreo cerca de los setos que delimitaban la parcela. Más allá, la ría se deslizaba como una balsa de plata en el silencio de la

noche temprana. Leo encendió la linterna de su teléfono y volvió a repetir la operación en el cajetín que encontró adosado a un lateral del muro de ladrillo. La puerta cedió al instante. Un largo pasillo se abrió paso en cuanto localizó el interruptor y prendió las luces de dentro. Ambos franquearon la entrada con sus maletas a cuesta mientras sus ojos rastrillaban embelesados la decoración que rezumaba el lugar; un ambiente ecléctico y vanguardista con mobiliario de lo más funcional (la periodista lo atribuyó a una conocida marca sueca), todo ello distribuido en varias estancias que se resumían, por lo que pudieron comprobar, a un cuarto de baño, salón, cocina y dos dormitorios. Un itinerario que finalizó de nuevo en la cocina, donde Baeza aparcó su maleta en el suelo para comprobar si había algo en la nevera.

- Parece que la dueña del chalet me ha leído el pensamiento – dijo mientras sacaba dos latas de cerveza.

Aura, por su parte, se orilló a un lado de la encimera con la vista fija en su móvil. La notó concentrada.

- Yo creo que sería conveniente presentarnos en casa de los padres – prosiguió –. Más que nada por si nos facilitasen alguna pista acerca de Iván Minchev. ¿Y si su hija conoció a ese búlgaro en el pasado? Porque de ser así, tendría sentido que estuviese con él en *La Posada del Peregrino* y escapara en su coche.

El sargento se percató de que hablaba solo.

- ¡Aura, me estás escuchando?
- ¿Cómo decías que se llama la chica? – preguntó sin más.
- Lúa Prado. ¿Por…?
- No te vas a creer lo que he encontrado.

Leo se aproximó a ella.

- He localizado su Facebook – levantó la mirada de la pantalla –. Se trata de un perfil público que gestiona su familia.
- ¿Pero eso se puede hacer? – la inquirió, confuso.
- Por supuesto. Y más cuando tu hija lleva doce años desaparecida.

Acto seguido le mostró aquel pasquín con sus datos personales y una fotografía a color, como si un atisbo de lo que vivió en el pasado le devolviera la imagen de Penélope Santana.

DESAPARECIDO
MISSING/ DISPARU/ SCOMPARSA

LÚA PRADO

Desaparece el 25-08-2007 en A Ponte Maceira
18 años, 1,67, complexión delgada, ojos verdes, pelo

castaño. Chaqueta vaquera y zapatillas de deporte.
Teléfono: 112. Mail: sosdesaparecido@sosdesaparecidos.es

DIA 3

El jardín de la casa rural se prolongaba en pendiente hacia los setos que acotaban la parcela. Sólo un velo de bruma se alzaba en su vuelo por encima de la ría de Noia, distorsionando el horizonte en una paleta de grises azulados. Aura Valdés cruzó las piernas en la mesa de granito y le dio un nuevo mordisco a la tostada untada en mermelada de melocotón que se había preparado para desayunar. Aquellas vistas la hipnotizaron por un instante. Tal vez la sedosa humedad que arrastraba el aire la llevó a escudarse por detrás del hórreo; un mazacote oblongo con paredes de mampostería y sustentado sobre cuatro columnas. Aura se alejó progresivamente de sus pensamientos para refugiarse en aquella atmósfera rendida a los pastos verdes y al rumor del agua. Al menos, hasta que la radio de su teléfono la devolvió a la inquietud de la noche anterior. *"El Correo de Galixia ha vuelto a colgar en su plataforma digital el vídeo que tanta controversia ha generado y en el que se veía claramente cómo un hombre era ejecutado de espaldas. La Xunta, por el momento, no ha querido hacer ninguna declaración. Sin embargo, el periódico ha decidido omitir la parte en la que el hombre caía abatido, aludiendo al asesino en su titular con el sobrenombre: da Serpe. Seguiremos informándoles. Y ahora, la previsión del…".*

La periodista bajó el volumen en cuanto Leo apareció con cara de pocos amigos.

- Acabo de leer la noticia en el móvil – articuló con la voz hostil. Después tomó asiento junto a ella.

- Parece ser que la nueva publicación de Estrada está provocando revuelo – admitió.

- Ni me lo nombres…

Aura prefirió no desvelarle que los internautas no paraban de *retuitearlo* en las redes.

- Por cierto, he comprado leche, mermelada y pan de molde para desayunar. Pensé que no te levantarías tan temprano.

El sargento parecía no escucharla.

- ¿Leo…?

- Creí entender que el Correo de Galixia lo había eliminado por presiones de la Xunta – persistía en comprender.

- Pues ya ves que no. Imagino que habrán suprimido la parte de la ejecución para no pillarse los dedos. Date cuenta que el propósito de Oriol es que la noticia no caiga en el olvido.

- Me parece mezquino – Aura tuvo claro que no lo soportaba.

- Depende. Si recibió una llamada de la dueña de ese hotel, ¿por qué no podría ponerse alguien más en contacto con el diario?

- Lo que está claro es que deberíamos actuar ya – resolvió –. Que Lúa Prado lleve doce años desaparecida lo cambia todo.

- ¿Qué propones?

- Acudir hoy mismo a casa de sus padres antes de que la prensa meta las narices. Es cuestión de tiempo que se acaben enterando de la ligazón que une a Iván Minchev con ella.

Una madeja de preguntas desfiló atropelladamente en su mente. Tenía muchas dudas.

- Si sirve de algo… – se sintió algo insegura.

- Pero ese es el trato al que has llegado con ese periodista, ¿no? Pasarle información a cambio de las pesquisas que vaya recabando en la redacción.

- Cierto – le molestó tanta sinceridad por su parte –. Pero yo también soy periodista y por ahora, prefiero ir por delante de él. Así que andando, que aún nos queda un rato hasta llegar a Ponte Maceira.

Desde una de las ventanas del Palacio de Rajoy, sometida su figura a la luz recalcitrante de su despacho, Pedro Silva contemplaba ensimismado la Plaza del Obradoiro. Decenas de peregrinos pertrechados con sus mochilas y bordones a juego se entregaban al descanso en distintos puntos del ágora mientras los más fervientes depositaban piedras y otros objetos en una de las esquinas de la catedral a modo de ofrenda. El presidente de la Xunta parecía incapaz de despegar sus ojos de la austera ciudadela anclada en tiempos remotos cuando la puerta se abrió a sus espaldas. Rápidamente se giró, donde no tardó en apreciar el gesto severo que retenía su asesor en el rostro a medida que cruzaba el despacho y se detenía por detrás de su escritorio. Felipe Arranz le plantó la Tablet en sus narices.

- ¿Me puedes decir qué significa esto? – le recriminó con la voz áspera.

Su atención se enredó en el titular de la noticia, encarcelado por unas comillas y dispuesto a causar un ostensible resquemor entre sus lectores. *"¿Quién es el asesino da Serpe, único responsable de la ejecución a un sintecho? Los vecinos de Castros de Trelle, en Ourense, tienen miedo"*. Un poco más abajo, Silva se dio cuenta de que el periódico había tenido la poca decencia de publicar otra vez aquella grabación.

- Pensé que habías hablado con ella para que retirase el vídeo del servidor – remató.

- Y así hice… – todavía se encontraba en *shock* –. Se lo dejé bien claro.

- Pues ya ves que no ha funcionado – se retiró de su vista.

Arranz comenzó a moverse en círculos por dentro de la alfombra.

- Esta mierda nos está perjudicando – se detuvo al instante –. Según los últimos sondeos, hemos perdido tres puntos respecto a la oposición desde que esa noticia saltó ayer a la palestra. La gente nos responsabiliza de que no hayamos tomado medidas más contundentes. Todo el dinero que se ha utilizado para la campaña no servirá de nada si El Correo continúa vendiendo una historia donde hay un asesino suelto en Galicia.

- ¿No crees que exageras? – intentó quitarle hierro al asunto –. Mañana nadie se acordará del vídeo.

- ¿Estás seguro? Porque la Consejería de Turismo acaba de confirmarme que las reservas para la festividad de Santiago Apóstol están cayendo en picado. ¡Abre los ojos, Silva! Los turistas dejarán de venir porque piensan que la región es insegura. Debemos actuar de inmediato.

Su expresión parecía presagiar una catástrofe inminente que contagió sin duda el ánimo del presidente, el cual comenzó a chascarse los dedos involuntariamente.

- No sé qué más queréis que haga – emitió apurado –. Sólo se me ocurre volver a hablar con ella.

- ¿Acaso piensas que funcionará? – se mostró tajante –. Tienes que atornillar a Tina Bustos y amenazarla con que retiraremos la financiación que recibe mensualmente.

- Sabes perfectamente que no estamos en situación de enemistarnos. Te recuerdo que es el único medio que utilizamos para informar a los ciudadanos. La gente identifica El Correo de Galixia con el partido.

Felipe Arranz analizó su razonamiento con un viso de cautela esculpido en sus facciones.

- De acuerdo. Habla con ella – reconsideró –. Pero si no atiende a razones, nos veremos obligados a tomar medidas legales contra el periódico.

Después retomó el camino de vuelta y se esfumó del despacho, dejando la puerta entornada.

Pedro Silva se desplomó en su asiento, con la mente abotargada y la tensión aun filtrándose entre sus músculos. De algún modo le costaba admitir que aquello le estuviese ocurriendo a él. Entonces se armó de valor y atrapó el móvil de su mesa. La ira que gorgoteaba en su estómago ni siquiera le impidió marcar el número de Tina. Tan sólo esperó impaciente con el auricular pegado a su oreja hasta que saltó el contestador de voz. Aquello le escoció en el alma. *Deje su mensaje después de oír la señal*. Píiii. *Tina, no entiendo por qué no me coges el teléfono. Tenía la sensación de que lo nuestro era distinto, que lo que vivimos el fin de semana pasado nos había unido mucho más… Aunque ya veo que me equivoqué. Por favor, llámame en cuanto puedas. Es urgente*.

Chao.

Silva volvió a depositar el móvil en su escritorio con un poso amargo disuelto en su saliva, sin atender a la figura ensombrecida que escuchaba de pie al otro lado del despacho. Y es que Mónica Prieto, una de las secretarias personales del presidente, elucubró cierta traición por parte de la directora del Correo de Galixia que le arrancó una sonrisa lobuna difícil de disimular. El inalámbrico de su mesa de trabajo sonó en ese preciso instante. Mónica se colocó resignada los auriculares y descolgó. Antes de pronunciar la muletilla aprendida a base de años, su mirada refulgió bajo el brillo inequívoco de su propio regocijo.

- Despacho del Presidente de la Xunta. ¿En qué puedo atenderle?

El cielo, oscuro y anubarrado, arrastraba diminutas gotas en suspensión que se estrellaban contra la luna del Golf blanco. Tan sólo el balanceo sistemático del limpiaparabrisas parecía quebrar el hondo silencio instalado entre ambos a medida que atravesaban una carretera comarcal plagada de bosques de eucaliptos. Leo miró a Aura de refilón y comprobó que aún seguía en el asiento del copiloto con la atención puesta en la pantalla de su móvil. Tampoco había vuelto a dirigirle la palabra desde que se fueron de la casa rural de Noia con vistas a entrevistarse con los padres de Lúa Prado. ¿Acaso funcionaría la táctica de acudir a la vivienda familiar en calidad de reporteros?, se cuestionó el sargento. ¿Y si Altamira tenía razón y era el único modo de averiguar qué relación unía a su hija con Iván Minchev antes de que la prensa metiera las narices en el asunto? Leo no estaba del todo convencido cuando se decidió a indagar en lo que leía con tanto interés.

- ¿Algo reseñable? – la sondeó con tacto.

Aura levantó la vista y se percató de que no dejaba de observarla con las manos pegadas al volante.

- Estaba leyendo el atestado de la policía – manifestó–. Por lo que he visto en el mapa físico que se adjuntó, Lúa tuvo el accidente a poca distancia de A Ponte Maceira, la aldea donde vivía con sus padres.

- Pensé que lo sabías. He visto esta mañana en *Google* que se encuentra a escasos tres kilómetros.

- Sin embargo, hay algo que no consigo encajar – avanzó –. No entiendo cómo es posible que si la chica llevaba doce años desaparecida, su cuerpo apareciese tan cerca, justo al otro lado del bosque que hay entre el pueblo y la carretera – lo señaló a propósito en su teléfono.

Baeza evitó añadir que lo mismo ocurrió en el caso de Penélope Santana cuando unos senderistas encontraron su cadáver en el Bosque de los Espejos, próximo a La Alberca.

- Tal vez Lúa decidió fugarse de su casa y volvió a reaparecer en A Ponte Maceira con el tiempo – dijo lo primero que se le vino a la cabeza –. Date cuenta de que no conocemos su historia. Ni siquiera si ese Facebook que encontraste es real.

El sonido de su teléfono entorpeció las conjeturas allí deshilvanadas. Leo cogió el móvil del salpicadero y echó un vistazo a la pantalla. El nombre de Altamira pronosticaba algún tipo de novedad en la investigación.

- Vicente – le nombró en cuanto accionó el manos libres.

- Buenas, Baeza. ¿No te pillaré en mal momento?

- Conduciendo. Pero puedo atenderte sin problema. ¿Qué has averiguado?

- Anoche solicité el acceso al expediente de Iván Minchev, el mismo que te comenté que se encuentra bloqueado por la policía belga – le resumió –. Lo he motivado aludiendo que el caso de Tania y el del búlgaro presentan ciertos paralelismos en sus muertes, entre ellas la aparición de una castaña y agua salina en el cabello.

- Perfecto – musitó.

- En cuanto reciba respuesta, te doy un toque. Aunque eso no es todo.

Leo no supo si tomárselo como una advertencia.

- Como sé que estáis en Galicia recabando pistas, se me ha ocurrido enviarte al correo la escasa información de la que dispongo sobre Minchev – le confirmó al otro lado de la línea –. No te esperes gran cosa, son cuatro pinceladas emitidas por la Interpol.

- Descuida – dijo –. Le echaré un vistazo. Ahora estamos llegando a Ponte Maceira. Si conseguimos entrevistarnos con los padres de Lúa Prado, te escribo.

- De acuerdo – sonó a despedida –. Sólo espero que estemos haciendo lo correcto.

Las últimas palabras que vertió Altamira antes de colgar, *sólo espero que estemos haciendo lo correcto*, sumieron al sargento en una dualidad sin precedentes.

Por una parte deseaba seguir investigando por su cuenta y averiguar si tras el asesinato de Iván Minchev se encontraba, cómo no, Tristán Ortiguera. Pero por otra, la simple idea de que alguien conociese sus intenciones y se fuera de la lengua, le suscitaba una angustia que intentó no compartir con su compañera de viaje. ¿Y si los de *Arriba* acababan enterándose?, se preguntó no del todo convencido. ¿Acaso le podrían aplicar la agravante de abuso al estar suspendido en sus funciones? Leo abandonó por un instante sus preocupaciones nada más avistar las primeras casas a un extremo de la carretera.

A Ponte Maceira era una pequeña aldea situada en la cara este de

Negreira y a tan sólo veinte kilómetros de Santiago de Compostela. Eso mismo fue lo que constató la periodista en cuanto dejó de leer la información en su móvil y salieron del coche. Una estela neblinosa exudaba a ambos márgenes de la ribera, enredándose a los juncos que sobresalían entre las rocas. Leo y Aura enfilaron el puente de piedra que comunicaba con la población, donde sus figuras quedaron apresadas por una gasa húmeda y gris. El río Tambre resonaba bajo sus pies a medida que avanzaban entre los gruesos adoquines y contemplaban los tejadillos anaranjados que salpicaban el horizonte, al abrigo de un bosque que parecía engullirlos con sus ramas.

El sargento no tardó en reconocer la vivienda de los padres de Lúa Prado. Se trataba de una casa de dos plantas y fachada austera, con un pequeño jardín exterior y una hilera de verjas que le otorgaba un aire norteño. Traspasaron la cancela y recorrieron un pequeño sendero de arena que comunicaba con la entrada principal. Baeza no tuvo reparos en presionar el timbre. Una melodía clásica prendió entonces en el interior. Ambos se miraron estupefactos hasta que escucharon unos pasos por detrás. Después, aquella mujer apareció ante sus ojos como un espectro condenado a soportar su propio desconsuelo.

- ¿Qué quieren? – escupió con sequedad.

Aura se fijó que tenía el cabello recogido, la tez visiblemente ajada y un poso de tristeza engarzado a sus párpados, ligeramente caídos. Su actitud, en cambio, era reacia y distante.

- Disculpe las molestias. Somos del Correo de Galixia – se le ocurrió decir.

La mujer arrugó sus labios a voluntad.

- Nos gustaría hablar con usted sobre lo ocurrido la semana pasada… – ni siquiera se atrevió a pronunciar el nombre de Lúa Prado.

- Sabemos que su hija tuvo un accidente y que un coche la embistió cuando regresó a la carretera para pedir ayuda – abrevió Baeza sin disimulo.

- Lo siento, pero no llegan en buen momento. Además, mi marido y yo no tenemos intención de hacer ninguna declaración a la prensa.

Luego comenzó a entornar la puerta, deteniendo el sargento su propósito con la mano. La mujer lo escudriñó con un viso de repulsión.

- Lúa estuvo en un hotel de Ourense la noche anterior al atropello – se adelantó –. Y por lo que sospechamos, huía de alguien.

- No sé de qué me está hablando – intentó cerrar la puerta de nuevo.

- Tenemos las imágenes, señora – intervino la periodista –. Y podemos mostrárselas.

La madre de Lúa Prado removió sus ojos ante la repentina oferta y

cedió involuntariamente a sus deseos. Una raspa de claridad relamió entonces las tablillas del suelo en cuanto los invitó a pasar al interior del hall. La decoración que rezumaba la estancia los apartó del gesto dubitativo que perfiló la mujer en su rostro a medida que cruzaron por un estrecho pasillo, internándose en las sombras que goteaban de sus paredes. Enseguida franquearon el salón, donde el rumor de la televisión empastaba a la perfección con la calma allí expuesta. Varias estanterías de teca se alineaban en uno de los frontales, con las baldas repletas de libros y varias fotografías de su hija como único aderezo. La chimenea, con restos aún de hollín, exhibía un cuadro a pastel de la localidad clavado a la campana de ladrillo. Aura detuvo la inspección ocular delante de los dos sofás modulares, uno de ellos rematado en forma de *chaise longue* y con una mesilla acristalada en el centro. Nuevas fotografías de Lúa se asomaban por dentro de su cajonera, entre ramilletes de flores secas de diversas tonalidades.

- ¿Luisa…? – pronunció alguien a sus espaldas.

Todos se volvieron, donde la silueta recortada de un hombre se asomaba por fuera del salón. Rápidamente traspasó el umbral, encendiendo a su paso las lámparas del techo con evidentes signos de incomprensión.

- ¿Qué está pasando aquí? – preguntó con cierta curiosidad.

Después se situó delante de ellos mientras observaba a aquellos dos extraños con un rictus grave remarcado en su expresión. La periodista reparó en su avanzada alopecia por la parte parietal de su cráneo así como en su piel macilenta y cosida de repliegues, fruto del tabaco por lo que adivinó entre sus dedos. El hombre le dio una calada al cigarrillo y expulsó el humo con seguridad, formando una cortina de arabescos en el aire. Aura calculó que tendría alrededor de sesenta años, los mismos que la mujer que los atendía.

- Verás, Serafín, han venido del Correo de Galixia – se explicó, nerviosa –. Dicen que tienen unas imágenes de la niña.

- ¿Es eso cierto? – su voz se tornó dura.

- Lo es – apostilló Baeza igual de serio.

El matrimonio se dirigió una mirada de confabulación.

- Entonces, tomen asiento – señaló uno de los sillones –. Por cierto, ella es Luisa Barbero y yo Serafín Prado, los padres de Lúa.

- Mucho gusto – intervino la periodista.

Rodearon la mesa auxiliar y se acomodaron en el sofá de cuero sintético surtido de cojines, con una mantita protectora extendida a lo ancho. Aura volvió a tropezar con las fotografías de la joven dispuestas en la cajonera. Su rostro irradiaba una mezcla de dulzura y abrumadora felicidad con siete u ocho añitos. No tuvo ninguna duda de que se trataba de ella.

- Pues ustedes dirán – dijo una vez que se sentó en el otro sillón

junto a su mujer.

La periodista sacó el móvil de su cazadora vaquera y entró en la galería de fotos. Apenas tardó unos instantes en encontrar el vídeo. Luego pulsó el *Play* y se lo cedió. Las imágenes comenzaron a reproducirse en la pantalla a medida que Lúa Prado abandonaba el ascensor y se sumergía en una penumbra lacerante. Su rastro permaneció reflejado sobre el espejo, donde la joven inició una carrera difícil de interpretar aunque evidente en su conjunto. Huía de alguien. Huía, posiblemente, de Iván Minchev.

Los ojos de Serafín se volvieron vidriosos una vez que le entregó el teléfono.

- ¿Reconocen a Lúa? – se aventuró Aura a desentrañar.

Ninguno de los dos parecía tener ánimo de intervenir. Todavía se encontraban en *shock*.

- Está siendo muy doloroso – rompió el hielo su mujer–. Dese cuenta que nuestra hija llevaba doce años desaparecida. La última vez que la vimos tenía dieciocho, no treinta.

- Comprendo… – masculló.

- Pero sabemos que se trata de ella porque mi marido y yo tuvimos que reconocerla el día que nos avisaron del hospital. Seguía manteniendo la misma carita de niña.

Una lágrima rodó por su mejilla. El hombre, mientras tanto, aprovechó para encenderse otro cigarrillo.

- Hay algo que no consigo entender. Si la última vez que vieron a su hija fue en 2007, ¿cómo es posible que tuviese el accidente a tan poca distancia de su vivienda?

Un silencio cruel se propagó en el salón.

- Pensé que Lúa ya había regresado a su casa y que llevaba años viviendo con ustedes.

- No se equivoque – intervino Serafín –. Para nosotros también ha sido una sorpresa. Es más, me da hasta vergüenza admitirlo, pero mentiría si dijese que creía que mi hija seguía con vida en alguna parte. Ambos estábamos convencidos de que la niña estaba muerta.

- ¿Y la policía? – le interrumpió Leo –. Imagino que abriría una línea de investigación el mismo día que desapareció.

- ¡La policía? – se enervó Serafín –. Mire, no me haga hablar porque le juro que…

Aura se fijó en la manera de apretar su puño. Dedujo que la rabia le carcomía por dentro.

- Tengamos la fiesta en paz – templó Luisa sus nervios, dándole unos golpecitos sobre su rodilla –. Digamos que la policía no se implicó como en esos otros casos de chavales desaparecidos que salen en las noticias por culpa de Servicios Sociales.

El sargento desenvainó una mueca de confusión.

- Supongo que habrán leído los informes que remitimos en su día a los medios– dudó.

- ¿Qué informes?

- Pues los mismos que decían que la niña siempre tuvo un carácter muy rebelde que se acentuó con la adolescencia – vació el hombre la pesada carga que oprimía su mandíbula –. ¿Era eso lo que querían escuchar?

- Sólo intentamos conocer los motivos que la llevaron a desaparecer – arbitró.

- El motivo lo desconocemos; pero que estamos seguros de que fue a raíz de internarla en esa Casa Escuela de Santiago, es evidente – su respiración se volvió irregular –. Fue su tutor quien nos aconsejó ingresarla en San Calixto I por mediación de esa gente, los de Servicios Sociales. La niña había participado en varias peleas y hurtos a la salida del instituto y se tomó la determinación de corregir su mal comportamiento antes de que fuera demasiado tarde.

- Al principio le costó adaptarse – prosiguió su esposa –, aunque acabó mejorando su conducta gracias al equipo que la asistió. Esas navidades la notamos un poco más retraída, quizá un tanto hermética en el trato, pero nada que ver con esa otra Lúa que había aprendido a romper los muebles a patadas si no le dabas la paga, a levantarte la mano si la castigabas por coger dinero sin pedir permiso; en definitiva, a imponer sus normas a base de miedo.

- Entonces, la Casa Escuela sí que consiguió modificar su temperamento – apostilló Aura con suma cautela –. No existía ninguna razón para querer escaparse.

- Por supuesto. Lúa estaba intentando salir de su propio infierno – matizó –, incluso había progresado en los dos años que llevaba internada en San Calixto. Pero aún tenía mucho trabajo por delante, varios aspectos que mejorar. No sé si me sigue. Uno no se olvida de quién es de la noche a la mañana.

- ¿Qué insinúa? – la cortó el sargento.

- Nada. No insinúo nada. Al contrario, sólo intento decir que conocía perfectamente a mi niña y que cuando vino a casa ese último verano, Lúa se había convertido en una joven introvertida que pasaba la mayor parte del tiempo encerrada en su cuarto, que apenas hablaba durante la comida y que ni siquiera sonreía.

Luisa Barbero comenzó a emocionarse.

- La tarde que desapareció, me comentó que iba a dar una vuelta por los alrededores. *No tardes*, le dije cuando abrió la puerta. *Recuerda que tu padre tiene que madrugar y que cenaremos pronto*. Lúa me miró sin pestañear. Tampoco supo qué responderme. Sólo asintió con la cabeza y se marchó. Hasta hoy…

La mujer rompió a gimotear ante el estupor del resto. Serafín, por el

contrario, encadenaba una calada tras otra.

- Esa noche denunciamos su desaparición – la secundó –. Durante el primer mes hicimos innumerables batidas por el monte pese a que no se encontró ni una sola pista. Es más, la policía nos prometió que seguiría investigando.

- ¿Pero…? – dedujo Leo.

- Decidieron que al ser mayor de edad, y a la vista de los informes que Asuntos Sociales entregó en colaboración, no iban a perder más el tiempo en la búsqueda de nuestra hija.

- No me lo puedo creer… – balbuceó.

- Es la verdad – apuntó –. No con esas palabras, pero al caso es lo mismo. Consideraron que al tratarse de una chica tan rebelde y conflictiva, se largaría por su propio pie. Nosotros, por nuestra parte, decidimos abrir un perfil en Facebook por si alguien pudiese darnos alguna información de su paradero. Nadie parecía saber nada. Lúa dejó de existir durante doce largos años en todos aquellos que contribuyeron a su olvido hasta que, de pronto, sonó el teléfono. La niña había tenido un accidente de tráfico y por lo que tengo entendido, pronunció su nombre en la misma ambulancia de camino al hospital. ¿No les parece estúpido? Doce malditos años buscándola por cada rincón y estaba aquí mismo, a sólo tres kilómetros…

Aura evitó pronunciar que existiría alguna explicación al respecto cuando vio que el hombre ocultaba el rostro entre sus manos para poder llorar en la intimidad. Después tropezó con los ojos de Leo, los cuales intentaban transmitirles que era el momento de marcharse.

- Les agradecemos su testimonio – se levantó de golpe.

Los demás lo acompañaron en su ascenso.

- Asimismo, intentaremos averiguar por nuestra cuenta qué pudo ocurrirle a su hija.

- Espero que la policía coja al malnacido que la atropelló y la dejó tirada en la carretera como si fuese un animal – pronunció Luisa entre dientes –. Los acompaño a la salida.

Ambos asintieron de buena gana y escoltaron a la mujer unos pasos por detrás. Una vez que abrió la puerta, se despidieron con un apretón de manos. Después se aseguró de que partían hacia el puente de piedra, sus siluetas desleídas por un velo de humedad.

Nada más echar el cerrojo, escuchó la respiración de su marido en su nuca.

- No tenías que haberlos dejado entrar – susurró –. Han hecho demasiadas preguntas.

Luisa Barbero se volvió con la mirada molesta.

- ¡Y qué querías, que sospecharan algo?

- ¿Crees que ha funcionado? – vaciló.

- Imagino. Aunque debemos andarnos con cuidado. Nadie puede

conocer el secreto de Lúa, Sera. Absolutamente nadie. ¿Lo has entendido…?

A unos cuantos kilómetros de allí, en la Comisaría Provincial de Ourense, Rodrigo Carvajal caminaba apresurado por uno de los pasillos del edificio. El agente volvió a contemplar los folios que llevaba sujetos de la mano y por un instante pudo percibir el sonido de las moscas sobre el cuerpo desnudo de aquel hombre. Todavía recordaba con precisión la cornamenta que asomaba generosa por encima de su cabeza, anudada con un cordel en la parte occipital. Carvajal apretó al paso al doblar el último recodo y entró en el despacho de su superior sin llamar. Los ojos del subinspector parecieron salirse de sus cuencas al otro lado de la mesa.

- ¿Qué traes? – preguntó mientras se mesaba el bigote, flemático.

- La policía belga acaba de remitirnos un burofax – emitió con la respiración jadeante.

Antonio Villarejo se inclinó en su asiento.

- Por lo visto, un Puesto de la Guardia Civil de Ponferrada ha solicitado acceder al expediente de Iván Minchev, alegando que existen ciertas semejanzas entre la muerte de una chica llamada Tania Oldán y nuestro búlgaro – le resumió –. ¿Necesita que me ponga en contacto con el Puesto y averigüe qué traman?

El subinspector clavó la mirada en un punto incierto del despacho con el fin de adelantarse a los acontecimientos futuros. Aquello le dio muy mala espina.

- Por ahora no – respondió reflexivo –. Intenta hacerte con el informe de esa chica y se lo remites también a los belgas.

- ¿Se le ha ocurrido algo? – dedujo por el tono monocorde de su voz.

- No estoy seguro. Pero antes de tomar una conclusión precipitada, prefiero ser cauto y cotejar ambos expedientes. Es posible que encuentre la ligazón que une a ambos casos.

Unos tímidos rayos de sol intentaban abrirse paso entre el armazón de nubes negras cuando Leo y Aura se internaron con el coche por la misma carretera comarcal. La sensación de desamparo que abrigaba los aledaños boscosos parecía empastar con la desolación que encontraron una vez que se fueron de la casa de Lúa Prado mientras cada uno elucubraba sus propias teorías. El recuerdo reciente de los padres les robó el habla, e incluso el ánimo. Aura se enredó a las ramas de los eucaliptos por fuera de la ventanilla y se alejó de lo que le había supuesto volver a atender a unos padres que acababan de perder a su hija. La memoria intentaba jugarle una mala pasada a

medida que otras historias, otras figuras involuntarias con vida y nombres propios (Gustavo Santana, Anabel Ruiz, Ismael Guzmán…), deseaban conquistar su mente a pesar de todo. A pesar de sus propias limitaciones. A pesar de querer vengarse.

La música de la radio acalló de pronto su voz interior.

- ¿En qué piensas? – quebró Leo el silencio pactado.

Aura giró la cabeza hasta colisionar con su mirada, rendida a la expectación.

- En nada – mintió –. ¿Y tú?

- Pues, la verdad, continúo sin entender por qué la prensa no le dio mayor cobertura a la desaparición de Lúa Prado – volcó sus pensamientos –. De algún modo habría incitado a que la policía investigara más a fondo, ¿no crees?

- Lo dudo. Son muchas las personas que desaparecen en España cada año y muy pocas las que consiguen *"saltar"* a la prensa nacional – entrecomilló.

- ¿Por qué…?

- No sabría decirte. Tal vez si Lúa hubiese sido menor de edad, posiblemente se hubiera hecho un mayor despliegue de medios. Pero en su caso, con un *historial personal* tan problemático, y procediendo a mayores de una zona rural como A Ponte Maceira…, seamos realistas, las oportunidades se redujeron a que sus padres se vieran en la necesidad de abrir un perfil en Facebook por falta de apoyos. Tanto la policía como la prensa los dio de lado.

El sargento ni siquiera supo qué responder. La simple idea de desatender a sus padres por el comportamiento de la joven (si es que la tesis de Aura se sustentaba en dicha afirmación), le pareció de lo más mezquino.

- Por cierto, pensé que ibas a preguntarles sobre Iván Minchev en algún momento de la conversación – terció intencionadamente de tema.

- Ufff… – prolongó la interjección –. ¿Era necesario? Ese matrimonio lleva doce años sin saber de Lúa. Dudo mucho que supieran de su existencia, aparte de que no me pareció conveniente. Ambos se encontraban bastante afectados.

- Cierto – recordó –. Aunque supongo que escuchaste lo que Luisa declaró respecto a su cambio de actitud.

- ¿A qué te refieres? – la periodista comenzó a impacientarse en el asiento del copiloto.

- Que todo cambió a raíz de su paso por la Casa Escuela. ¿Eso no te sugiere algo?

La memoria de la periodista emprendió un viaje al pasado, donde Vega y David aparecieron envueltos en una neblina pajiza. Sabía que la relación de ambos se forjó igualmente en otra Casa Escuela, aunque

esta vez en una de Palencia. ¿Y si el origen de todo, incluso el origen de Tristán Ortiguera, se fraguó en una de aquellas instituciones públicas diseñadas para chavales?, se preguntó. ¿Existiría algún tipo de conexión entre ambos casos? ¿Y de haberlo, en qué consistía?

Sus dudas se solaparon con la que Leo Baeza le lanzó en ese preciso instante.

- ¿Y si Lúa Prado conoció a Iván Minchev durante los dos años que estuvo internada?

Aura se mordió el labio inferior por miedo a estar equivocada.

- ¿Qué quieres decir? – se aventuró.
- Que tal vez encontremos allí la respuesta que buscamos.

Media hora más tarde, el sargento aparcó el coche delante de la Casa Escuela.

El edificio era una mole de piedra y ladrillo de dos plantas situado a las afueras de Santiago de Compostela, con una balconada de forja de aspecto modernista dispuesta sobre el chaflán y rematado por una hilera de mansardas que daba la vuelta a la manzana. Al menos, eso fue lo que constataron en un primer vistazo cuando se apearon del Golf y dirigieron sus pasos hacia la puerta de entrada, abierta de par en par. Aura se percató de que un grupo de chicas improvisaba un baile de movimientos desacordes por fuera de la Casa Escuela, donde una base de reguetón atronaba desde uno de los móviles que las estaba grabando. Imaginó que lo colgarían en una conocida red social. Luego traspasaron el umbral y se recluyeron en un largo corredor en penumbra que desembocó delante de una garita acristalada. El hombre que los avistó al otro lado los miró con cara de circunstancias. La periodista se acercó en cuanto descorrió la ventanilla.

- ¿En qué puedo ayudarles? – pronunció el conserje con la voz aflautada, ministerio de tiempos remotos que soportaba sobre sus hombros. Leo se fijó en las canas que peinaban su cabello, igual de envejecidas que la bata azul que lo uniformaba.
- Quisiéramos hablar con el director del centro – respondió, parca en palabras.

El hombre les lanzó una mirada corrosiva.

- Es sobre una antigua alumna que estuvo aquí. Lúa Prado. No sé si la recuerda…

Sus párpados se abrieron más de la cuenta.

- Perfectamente – acuñó –. Supongo que Lupe no tendrá inconveniente en atenderlos. Miren, tomen las escaleras de la izquierda, suban a la primera planta y crucen la galería hasta el fondo. Allí se encuentra su despacho. No tiene pérdida.
- De acuerdo – remató Baeza.
- Voy a avisarla por teléfono mientras tanto.

Ambos se apresuraron a subir el ramal de escalones que localizaron en un recodo, madera abombada que crujía con sólo rozarla. Una vez que alcanzaron el primer piso, descubrieron que la luz cenicienta de la mañana resbalaba por los amplios ventanales de la galería. Una pelusa grácil enceraba el suelo de tarima como si se tratase de una laguna de caramelo. Se sumergieron en aquel silencio encapsulado entre sus paredes, donde una placa superpuesta a una lateral rezaba la información pertinente:

Directora Doña Guadalupe Sierra.

Leo decidió llamar con los nudillos antes de entrar.

- ¡Adelante! – escucharon al otro lado de la puerta.

Una luminosidad rasposa invadía el despacho, generando una atmósfera incómoda. Eso fue lo primero que les llamó la atención mientras avanzaban por la alfombra persa, la urdimbre desgastada por el uso en el centro. Leo echó un vistazo somero a sus paredes, revestidas a ambos lados por vetustas librerías de nogal atiborradas de libros en dispares posiciones. La ventana, situada por delante del escritorio, se resignaba a existir por detrás de unas cortinas de lamas verticales. Sólo Aura reparó en la mujer que los observaba de pie con una sonrisa fingida, llevándose repetidas veces las manos a su melena trigueña de corte insustancial. Vestía una chaqueta oscura a juego con su falda, seccionada abruptamente por debajo de sus rodillas. También unas medias tupidas que dibujaban sus piernas y unos zapatos simples de tacón. La periodista le devolvió la sonrisa y extendió su mano para estrechársela. Después Baeza repitió el saludo en cuanto abandonó su exploración ocular.

- Si son tan amables de sentarse – les ofreció las sillas que había al otro lado de la mesa.

Guadalupe Sierra (o Lupe, como la nombró el bedel), tomó asiento en su butaca de cuero sintético.

- Justo acabo de colgar a Faustino – les esclareció –. Me ha dicho que preguntan por Lúa Prado. Aunque no ha sabido decirme el motivo…

Sus párpados se constriñeron súbitamente, prestos a la sospechosa.

- Suponemos que estará al corriente de lo que le sucedió hace una semana en esa carretera – Aura evitó pronunciar la palabra clave: que había muerto.

- Por supuesto. Me enteré del accidente por la prensa. *Pobriña*… – chascó su lengua.

- El caso es que hemos estado hace un rato en A Ponte Maceira hablando con sus padres – continuó –. Somos del Correo de Galixia.

- Disculpe que la interrumpa, pero no estoy capacitada a compartir

información personal o comprometida de cualquier alumno del Centro, y mucho menos sin una autorización expresa por parte de sus progenitores – les advirtió con cierto retintín en sus palabras, como si tras su afable apariencia se escondiese una *Rottenmeier* de aúpa.

- Digamos que fueron ellos los que nos comunicaron que su hija sufrió un cambio brusco en su comportamiento a raíz de su paso por esta Escuela – le lanzó Baeza *ex profeso*.

- ¿Lúa…?

- Si lo prefiere, puedo avisarlos – la encaró, sacando el móvil de su chaqueta.

- ¡Pero eso es como si culpasen a San Calixto I de su desaparición! – se mostró agitada –Yo no sé lo que les habrán contado, pero la labor del Centro dista mucho de lo que acaba de insinuar.

- ¿Por qué?

- Pues, básicamente, porque la Casa Escuela sólo busca que los chavales salgan de aquí haciendo el bien. Es decir; que habiendo partido de una situación desfavorable, todos se integren dignamente en la sociedad – farfulló –. Aunque a la vista está que la sociedad sigue dándoles de lado. ¿Acaso se han preguntado en qué condiciones llegan los alumnos que nos envía la Xunta? Porque les aseguro que el camino más fácil, por no decir el más optimista, sería el de desaparecer de sus vidas.

Tal y como acabó haciendo Lúa Prado, omitió la periodista.

- En San Calixto I convivimos una comunidad cristiana y una musulmana, compartiendo y enriqueciéndonos mutuamente. El equipo técnico se compone de diez profesores de diversas áreas interdisciplinares, encargados no sólo de transmitir a los estudiantes unas nociones básicas que les ayuden a su formación, sino también de aconsejarlos de cara al futuro. Esa es la metodología que emplea el Centro, ni más ni menos.

- Y suena todo muy bonito. Pero continúa sin responderme.

La directora descargó las uñas contra la madera de su escritorio, en un amago de volcar la indignación que irisaba al fondo de sus pupilas.

- Porque no existe ninguna evidencia reseñable en la conducta de Lúa Prado.

- ¿Y por qué sus padres opinan lo contrario? – la contradijo Aura esta vez.

- No lo sé. Pero les garantizo que todos los chavales, absolutamente todos, pasan por las mismas fases emocionales que discurren desde la negación a la propia adaptación del entorno, englobando distintos factores fisiológicos, cognitivos y comportamentales, entre otros. ¿Hasta aquí bien? – se posicionó.

Ambos se limitaron a asentir.

- En el caso de Lúa, su actitud venía precedida por las malas

compañías con las que se juntaba en el instituto. Suele ser el patrón más común, aunque también hay casos en los que la pérdida de un familiar y su pésima gestión emocional den lugar a un trauma que acaba por enquistarse.

- ¿Y si no fuera el caso? – se anticipó Aura –. ¿Cabría la posibilidad de que el chaval encontrara en dicho entorno una influencia que no le beneficiase?

- ¿Por parte del profesorado? – se alarmó.

- Más bien del alumnado.

Leo adivinó lo que se proponía a hacer.

- No sabría decirle. Dese cuenta de que no estoy con ellos las veinticuatro horas. Lo que hagan durante sus salidas diarias, lo desconozco. ¿Pero por qué lo pregunta?

- ¿Le suena de algo el nombre de Iván Minchev?

La mujer pergeñó una mueca de vacilación en su rostro que la arrastró a ladear la mirada hacia un lado. Intentaba en vano recordar. Aura se convenció de que no lo vincularía con las siglas que había aportado la policía a los medios: *I.M.*

- Ahora mismo no caigo, la verdad – articuló.

- Tal vez no se trate de un compañero y se relacionara con Lúa fuera del Centro.

- Pero es justo lo que acabo de comentarle. Yo no he dado clase a todos los alumnos que han pasado por San Calixto, aparte de que la Xunta nos envía nuevos grupos a primeros de septiembre. De acordarme, sería casi un milagro después de doce años.

Guadalupe Sierra hizo una pausa forzada y se incorporó de su asiento

- Sin embargo…

Acto seguido se aproximó a una de las librerías y extrajo un volumen de tapas azules y lomo entelado, con una pegatina superpuesta en la parte superior del canto. Después volvió a acomodarse en su butaca, desplomando el libro sobre el escritorio.

- Estaba pensando que de haber estado ese chico en la Casa Escuela, sólo lo encontrarían aquí, en el anuario – dilucidó convencida –. En este tomo están recopilados varios años, desde 2005 a 2007. Justo el tiempo que Lúa Prado permaneció en el Centro.

Leo y Aura se gratificaron con un gesto de complicidad.

- ¿Podríamos echarle un vistazo? – le planteó a la directora.

- Llévenselo – lo deslizó con garbo en la mesa –. Ya me lo traerán de vuelta. Al menos, espero que sirva para una buena causa.

Había transcurrido una hora desde que Leo y Aura abandonaron las instalaciones de la Casa Escuela con aquel anuario bajo el brazo.

La simple idea de fisgonear entre sus páginas y recopilar nuevos

datos de Lúa Prado sobre su paso por San Calixto I, los sedujo a buscar un lugar para comer en el centro de Santiago. Baeza aparcó el Golf en un parking cercano al parque de la Alameda y se adentraron más tarde por una retícula de callejuelas empedradas del casco histórico, donde encontraron una mesa vacía en una tasca de la Rúa do Franco. Ya en su interior, se situaron alrededor de un barril que hacía la función de mesa y con vistas al exterior. Leo echó un vistazo por fuera del ventanuco, donde algunas tiendas de suvenires atiborraban la entrada de productos autóctonos dirigidos a los turistas. Imaginó que el trasiego de peregrinos que recalaban en la ciudad cada día favorecía a numerosas familias.

Una vez que el camarero les tomó nota, Aura se dispuso a bucear por dentro del volumen de hojas amarillentas. Multitud de fotografías grupales del alumnado, de los eventos realizados a lo largo del curso, diversas excursiones efectuadas por la comunidad e incluso poemarios, constituían los tres años del curso académico. El sargento decidió no molestarla mientras picaba con un palillo el pulpo a la gallega condimentado con pimentón que el camarero depositó en un plato de madera. Enseguida advirtió que la periodista no paraba de arrugar el ceño.

- ¿Pasa algo? – la inquirió.

Luego cogió un trozo de pan y lo untó en el aceite. Su sabor lo deleitó.

- Es extraño – dijo sin apartar la vista del libro. Aura volteaba sus hojas deprisa –. Estoy segura de que la directora comentó que eran diez los educadores que impartían clases en el Centro.

- Sí, lo recuerdo.

- Pero si te fijas en la foto del profesorado, su número cambia dependiendo del año. En 2005 aparecen trece. En cambio, cuando Lúa desapareció en 2007, sólo hay once. ¿Por qué…?

- Posiblemente se trate de profesores en prácticas que son contratados durante un tiempo para dar clases de apoyo – improvisó.

La periodista apenas le prestó atención mientras leía sus nombres en el pie de página.

- O tal vez Guadalupe Sierra sepa aclararme por qué faltan dos el último año.

- Decisiones de la Xunta. Ya lo verás – se convenció de ello –. Aunque lo importante no es precisamente eso. ¿Aparece el apellido Minchev por algún lado?

Aura negó con la cabeza, desalentada.

- Entonces, no llegaron a conocerse en esa época como sospechábamos – conjeturó para sí mismo el sargento –. Estábamos equivocados.

- Por un momento pensé que sería igual que la historia de Vega y

David. ¡Joder!

- Tampoco te desanimes. Ahora ya sabemos que la Casa Escuela no fue el detonante para que Lúa desapareciera ese verano. Aún nos falta información. Por ejemplo, averiguar si se largó por su propio pie o fue raptada.

- Pues ya me dirás cómo. Porque tú sin trabajar en el Puesto de La Alberca y yo sin tener acceso a ciertos datos, va a resultar de lo más complicado.

Un silencio incómodo se instaló entre ambos cuando el móvil de Baeza vibró en su abrigo. Rápidamente lo asió y echó un vistazo a la pantalla.

- ¿Qué ocurre? – lo abordó.

- Es un correo de Altamira.

Después pulsó con el dedo encima y descargó el documento que le había adjuntado. El programa tardó unos segundos en convertirlo a PDF, donde la información quedó dispuesta en varios guiones junto a una fotografía a color de Iván Minchev.

Sexo: Varón
Fecha de nacimiento: 05/09/1983
Nacionalidad: Búlgara
Estado civil: Soltero
Religión: Musulmana
Dirección: Calle Max Roos, 43.
Barrio Schaerbeek. Bruselas (Bélgica)

Aura no tuvo reparos en verbalizar sus pensamientos.

- Es una ficha policial. Esto no sirve de nada – arguyó –. Hasta que Altamira no acceda al expediente completo, nunca sabremos por qué la policía belga lo tiene bloqueado.

- Te equivocas – refutó –. Sí que hay una pista.

- ¿Cuál?

- Que Iván Minchev profesaba el islam. ¿Eso no te dice nada?

- ¿Debería…? – la periodista se mostraba reacia.

- En España, las comunidades musulmanas no son muy numerosas. Si a eso le añadimos que la mayoría de sus fieles son practicantes, es probable que nuestro hombre acudiese a orar a alguna mezquita.

- Siempre y cuando residiese por la zona donde apareció muerto.

- Salgamos de dudas.

Leo entró en internet y escribió algunas palabras sobre el teclado. Al momento, el resultado de la búsqueda lo enlazó con unas cuantas páginas.

- ¡Bingo! En Monforte de Lemos hay una mezquita. Pone que está

abierta.

- ¿No pretenderás ir hasta allí? – interpretó.
- Por qué no. Tampoco perdemos nada por ir a preguntar.

Una hora y media más tarde, el GPS les anunció que habían llegado a su destino.

La Rúa Chantada se encontraba despejada de transeúntes cuando Leo y Aura decidieron bajar del vehículo. El aire, cargado de partículas húmedas, desplegaba de su armazón los toldos de algunas tiendas, devolviéndolos a su estado inicial tras una fuerte sacudida. Juntos atravesaron la solitaria carretera a medida que el sargento oteaba la penumbra punteada de nubes bajas que se deslizaba entre los terrados de los edificios cercanos. Enseguida avistó la trapa abierta de la mezquita, situada en el interior de un antiguo local comercial. Entonces traspasaron sus puertas de madera y se refugiaron en el amplio vestíbulo de paredes lisas y suelos abigarrados de alfombras. Aura se aproximó al enorme zapatero dividido en casillas que cubría de arriba abajo todo un frontal. Después, interpretó un cartel escrito en árabe.

- Creo que tenemos que quitarnos las zapatillas – le anunció.
- ¿Estás de guasa?
- Yo que tú respetaría sus normas si lo que pretendes es que alguien nos atienda.

Baeza masculló en bajo una serie de improperios mientras se desataba los cordones de sus botas y las depositaba en el zapatero común. Aura lo imitó, tapándose igualmente el cabello con un pañuelo que recogió de un cesto de mimbre.

- Me parece patético. ¿Acaso ellos ayunan por cuaresma?
- Habló el oso de las cavernas. ¿Quieres bajar la voz? Al final lo vas a estropear todo.

Leo sucumbió a seguir protestando una vez que reanudaron los pasos (descalzos) hacia el fondo del vestíbulo y apartaron con la mano una cortina de cuentas que hacía la función de puerta. Un centenar de fieles rezaban el *ṣalāt* mirando en la misma dirección, ataviados con prendas holgadas y oscuras, y en posición de penitencia por dentro de un despliegue de alfombras persas. Muchos de ellos adornaban sus cabezas con *kufis* o turbantes. El mantra que invocaban encadenando una oración tras otra los sedujo a permanecer quietos, sin ánimo de entorpecer su particular liturgia.

Uno de los devotos se acercó al advertir que la situación revestía de urgencia. El hombre los recompensó de camino con una sonrisa sincera.

- ¿Necesitan ayuda? – preguntó cortés. Su acento bereber era más que evidente.

- Estamos buscando al Imán de la mezquita – le esclareció Baeza.

- ¿Qué es lo que quieren? – se cerró en banda.

- Hacerle algunas preguntas acerca de un feligrés. Creemos que venía a orar a este sitio.

El musulmán entrecerró los ojos, señal de que aquello le olía mal.

- ¿De parte de…? – preguntó suspicaz.

- Somos del Correo de Galixia.

Leo le sostuvo la mirada con firmeza hasta que el fiel decidió partir hacia el fondo con el paso marcial. Enseguida se reunió con un grupo de hombres situados por detrás de una columna, los cuales, imbuidos en su relato, comenzaron a bosquejar gestos de recelo. Uno de ellos asintió repetidas veces hasta que levantó la vista y los apresó. Su apariencia, similar a la del resto, rezumaba cierto grado de superioridad dentro del cónclave. Vestía una túnica en tonos escarlatas con filigrana dorada y un *tarbush* del mismo color endosado a su cabeza. Aura se fijó en su barba de chivo, prolongada hasta su nuez y entrecana. También en sus brazos, arqueados por detrás de su espalda a modo de ofensa. Una vez que les gratificó con una mueca recelosa, se dispuso a averiguar qué estaba sucediendo. Su expresión corporal se tornó esquiva según avanzaba.

- Buenas tardes – pronunció.

Su iris almendrado reflejaba la animadversión que sintió por aquellos dos extraños.

- Ya me ha dicho Adil que quieren hacerme unas preguntas acerca de un fiel que acude a nuestra mezquita.

- Eso sospechamos – le reveló Baeza –. Su nombre es Iván Minchev.

El Imán doblegó sus labios, fruncidos con empeño a modo de resistencia.

- No me suena – resolvió el enigma al cabo de unos segundos –. ¿Es norteafricano?

- De nacionalidad búlgara – se inmiscuyó Aura en la conversación –. Pero sabemos que profesa el islam.

- Pues va a resultar difícil que pueda ayudarles. Dense cuenta que son muchos los fieles que acuden a orar a la mezquita, la mayoría procedentes de diversos puntos de Galicia. La congregación de Monforte de Lemos es la única que existe al sur de la provincia. La otra, por desgracia, se encuentra a ciento cincuenta kilómetros de aquí, en A Coruña.

- ¿Y si le mostrase una fotografía…? – le lanzó el sargento –. ¿Podría reconocerlo?

- Tal vez. Aunque tampoco le prometo nada.

Baeza se arriesgó en balde y extrajo el móvil del bolsillo de su pantalón. Luego entró en su correo electrónico y volvió a descargar el archivo adjunto que le envió Altamira horas antes. La imagen de

Minchev se manifestó como por arte de magia junto a sus datos personales.

- ¿Y bien? – le retó con el teléfono de la mano –. ¿Lo reconoce?

El Imán alzó sus cejas.

- Ahora sí – desembuchó nervioso –. Ha venido varias veces, aunque hace tiempo que no he vuelto a verlo.

- ¿Y sabría decirnos si acudía acompañado de una chica joven? – indagó la periodista sin ánimo de pronunciar el nombre de Lúa Prado.

- Lo dudo. No suelen reunirse muchas mujeres en la mezquita. Pero lo que sí recuerdo es que siempre aparecía con dos de nuestros feligreses: Ibrahim Fadil y Mohamed Benali, ambos oriundos de Marruecos. Creo que fueron ellos los que le introdujeron en el templo.

- ¿Dónde podríamos localizarlos? – escarbó Leo –. Nos gustaría hablar con ellos.

- Sé que Ibrahim reside en Saviñao. O eso tengo entendido.

- ¿Y Mohamed?

- Mohamed suele citarse con otros fieles en el viejo matadero de San Xoán de Pena a las afueras de Nadela, en el municipio de Lugo.

- ¿Cómo ha dicho…? – le extrañó aquello.

- Tampoco me malinterprete – se anticipó –. El lugar está abandonado.

- Y no se lo discuto. Pero estará conmigo en que es bastante inusual organizar reuniones en un matadero, ¿no le parece?

- Para un católico, es posible. Pero no para un musulmán, que tan sólo aspira a encontrar un espacio donde compartir sus creencias junto a otros sin sentirse juzgado por ello.

- Su discurso roza la demagogia.

- Es una realidad. Y si no, eche un vistazo a su alrededor. Nuestra cultura es minoritaria. Intentamos mantener las costumbres de nuestro pueblo pese a vivir lejos de él – apuntó con severidad –. Aún hay gente que continúa asomándose cuando levantamos la trapa de fuera.

- Y lo entendemos – apuró la periodista.

Tampoco estaba dispuesta a iniciar un combate de religiones.

- ¿A qué hora podemos localizar a Mohamed en el matadero?

- A partir de las diez de la noche – señaló.

Leo se percató de que algunos feligreses habían dejado de orar para observarlos. Pensó que era el momento de abortar la misión.

- Le agradecemos que nos haya dedicado unos minutos – enterró el hacha de guerra.

- Al contario. Ha sido un placer – le ofreció una sonrisa cordial –. En esta casa son todos bien recibidos. Ahora, si me disculpan, debo regresar.

Ambos se despidieron del Imán con un apretón de manos y deshicieron el camino andado con los pies descalzos. Sus figuras se

diluyeron tras la cortina de cuentas.

Sin embargo, lo que ninguno de los dos llegó imaginarse es que el encargado de dirigir la oración comunal de la mezquita cruzó a toda prisa el *haram* para, inmediatamente después, refugiarse en su despacho tras un sonoro portazo. El Imán percibió que su pulso se aceleraba bajo sus sienes a medida que descolgaba el teléfono inalámbrico y marcaba un número. Esperó violentado una señal. Al tercer tono, escuchó su respiración.

- Soy Yassir. Han venido dos tipos preguntando por Iván Minchev.

Luego atendió concentrado a las palabras de su interlocutor.

- Eso es. Justo al lugar donde me indicó. Creo que han picado el anzuelo.

Y colgó.

La luna, clara y gibosa, se desleía bajo la gasa de nubes que trenzaba el firmamento cuando Leo apuntó con los faros hacia la ruinosa entrada del complejo.

Habían pasado unas tres horas desde que se entrevistaron con el Imán en la mezquita. Sin duda, una funesta experiencia que les condujo a traspasar las puertas de un bar de carretera que encontraron a la salida de Monforte de Lemos y a orillarse en una de las banquetas del fondo, al resguardo de una luz anémica y mortecina. Tal vez se resistieron a compartir sus impresiones mientras cada uno cenaba un bocadillo de lomo con pimientos y sorteaba la mirada por fuera del amplio ventanal. Quizá decidieron escudarse en un silencio hostil, cansados de apilar en la memoria otra retahíla de hipótesis sin esclarecer. Una vez que pagaron las consumiciones, se dispusieron a retomar el camino hacia San Xoán de Pena. Pues sólo la cerrazón que los acompañó en su periplo se encargó de revelarles la verdad.

El sargento alumbró la pista de cemento que se intuía más allá del complejo de fábricas abandonadas a su suerte y pisó el embrague. Una telaraña de sombras se abrió paso a los márgenes a medida que los faros desempañaban los perfiles serrados de las naves contra la noche. La red de cableado punteado de pequeñas farolas desnudas colgaba de los postes. Leo rastreó el circuito mientras Aura atendía por la ventanilla a la profusión de grafitis que alimentaban los muros y puertas del área industrial. El aire se enredaba caprichoso a los matojos de hierba que supuraban de cada esquina, formando un paño de cicatrices sobre el pavimento. Baeza llegó al final de la calle y dobló a su derecha.

De pronto, advirtieron que un resplandor anaranjado refulgía por dentro de una ventana, aclarando la carrocería de dos vehículos aparcados justo delante. Rápidamente apagó el motor y le indicó a

Aura que lo acompañase. Un silencio áspero, oscuro como la noche que los envolvía, deambulaba en las inmediaciones a medida que apretaron el paso hasta llegar a la ventana de la antigua edificación. El fulgor anaranjado continuaba vertiendo un halo de luz intermitente tras los cristales opacos, generando una tibia aureola que enjuagaba una mínima parte de aquel reducto de polígono fantasmal. El sargento se aproximó y descubrió que las llamas sobresalían furiosas de un bidón de acero. Tampoco advirtió la presencia de Mohamed Benali o alguno de sus correligionarios en su interior.

- ¡Mierda! – escupió –. Es sólo una hoguera.

- ¿Y el marroquí? – se interesó la periodista con el corazón encogido.

- Aquí no hay nadie. Deben de estar en otra parte.

- Pero la puerta de la nave se encuentra abierta – le indicó, alargando el brazo.

Leo se mantuvo pensativo unos instantes hasta que decidió encender la linterna de su móvil.

- Echemos un vistazo.

Un aliento marchito emanaba de las profundidades de la fábrica cuando, abrigados por una burbuja de luz blanquecina, se colaron en su corazón. Un largo pasillo se abría al fondo a través de multitud de puertas perforadas a ambos lados de sus paredes, donde las salas de despiece aún conservaban parte de la maquinaria bajo una pátina de óxido. El olor comenzó a tornarse nauseabundo, viciado a tramos por la putrefacción, como si los restos de la sangre que relamían los rodapiés todavía conservasen un vestigio de su memoria. Leo traspasó una de las salas y enfocó hacia las ganzúas de acero que colgaban del techo, ansiosas por horadar otra pieza de carne. Aura se tapó la nariz con la palma de su mano. La pestilencia era cada vez mayor. El sargento desempañó con la linterna nuevas salas que se comunicaban entre sí y avanzaron sigilosos entre sus ruinas, provistas de más grafitis y suciedad.

- ¡Mohamed! – voceó sin previo aviso.

El eco de su voz le devolvió un silencio cruel.

- ¿No ves que no hay nadie? – le interpeló Aura por la espalda.

- Me extraña – respondió.

Siguieron adentrándose en el manto de oscuridad solidificada a su alrededor, a la espera de encontrarse con alguno de los fieles de la mezquita. Otra hilera de cámaras rectangulares, de paredes negras y sin ventanas, se abría camino bajo el hedor pestilente que las devoraba. De pronto, Leo afinó la vista y advirtió que una silueta se formaba entre los pliegues de la neblina. El haz de luz reflejó un enorme bulto suspendido en el aire, cubierto por una cortina de plástico gruesa.

- ¿Qué es eso? – se alarmó la periodista.

Baeza la aventajó y escuchó el siseo de un zumbido leve y chispeante, como si un enjambre de insectos reptase por dentro de la cobertura. Apenas soportaba la fetidez que desprendía. Continuó enfocando con su teléfono el contorno translúcido de la figura hasta que agarró un trozo del plástico y tiró con fuerza, despojándolo de su envoltorio. Aura soltó un chillido en cuanto reparó en el cerdo de carne tumefacta, amarrado a un gancho por sus patas traseras y con la panza abierta en canal.

Una nube de moscas empezó a brotar de sus cavidades purpúreas.

- ¡Pero no dijo el Imán que la fábrica estaba abandonada? – expulsó el sargento.

A la periodista ni siquiera le dio tiempo a contestar. Un soplo de luz cegadora aligeró las tinieblas que danzaban por su espalda a medida que se aproximaba a gran velocidad. Raspas amarillentas que la obnubilaron durante lo que le supuso una eternidad, dispuesta a mezclarse con su fulgor en un intento por comprender qué estaba sucediendo. Después, el contorno de un escuadrón de hombres cruzó la última sala al grito de policía.

Aura sintió cómo alguien la apresaba por sus hombros y la arrojaba con ímpetu al suelo. El crujido de sus cervicales resonó en su cabeza. Acto seguido inmovilizó sus muñecas, donde el tacto gélido de las esposas le confirmó lo que sospechaba. Las lámparas fluorescentes del techo comenzaron a encenderse en lenta sucesión mientras la arenisca del suelo raspaba una de sus mejillas. Contempló a Leo tumbado a su altura, gritando a los agentes que pululaban en la sala que estaban cometiendo un error. Ninguno parecía escucharlo. Luego enfrentaron sus miradas, nerviosas y sobrecogidas, y entonces supo que habían cometido un error.

En uno de los pasillos de la Comisaría Provincial de Ourense, Aura Valdés se resignó a otear las graciosas agujas de su *Flik Flak*: las doce y cuarto pasadas. Calculó que llevaba algo más de dos horas encerrada en aquel habitáculo iluminado vagamente por unas cuantas lámparas de led y hostigado por el ruidoso trajín que acometían los nacionales cada vez que entraban y salían de los distintos despachos. Tal vez decidió no hacer ningún movimiento extraño desde que uno de ellos le solicitó que esperase a su compañero en cualquiera de los bancos que jalonaban las dependencias policiales. Puede que incluso no fuese capaz de aplacar la zozobra que la devoraba por dentro y que la llevó a morderse las uñas en repetidas ocasiones. El miedo que sintió en ese preciso instante, los agentes pertrechados con uniformes y armas, ellos tendidos en el suelo con las esposas puestas, volvió a asaltar su recuerdo como un fogonazo pajizo. ¿Qué había ocurrido?, se preguntó

una vez más. ¿Y por qué los habían detenido y trasladado a la comisaría de Ourense?

El chirrido de unas bisagras se coló en su cabeza. Aura giró el cuello y se percató de que Leo estaba abandonando el despacho en el que había sido recluido desde entonces. Sus miradas tropezaron a la par en cuanto la periodista abandonó su asiento y apretó el paso con celeridad. Ambos se encontraron en mitad del pasillo.

- ¿Qué ha pasado? ¿Y por qué no te han dejado salir hasta ahora? – escupió sobresaltada.

Baeza perfiló un rictus de agotamiento en sus facciones.

- Estaban comprobando si soy Guardia Civil – su voz reveló cierto desgaste emocional –Parece ser que han avisado a Altamira. Viene de camino.

- ¡Pero por qué…? – continuaba igual de perdida que antes.

- Creo que ha sido el Imán el que ha dado la voz de alarma. Tampoco han querido darme más explicaciones. Es lo único que sé.

Altamira apareció ante sus ojos como si se tratase de un espejismo. Cruzó a toda prisa el pasillo y les hizo un gesto con la mano a medida que las suelas de sus botas retumbaban contra el embaldosado del suelo. Aura se fijó en las incipientes bolsas que secuestraban sus párpados al igual que en su cabello ralo, rastrillado con suma paciencia hacia un lado. Luego calibró una sonrisa lastimosa, como si en el fondo se compadeciera de su suerte. Una vez que se aproximó, tiró de los corchetes de su chubasquero al tiempo que se posicionaba con aires castrenses.

- ¿Cómo estáis? – sonó casi ofensivo.

El capitán del Puesto de Ponferrada no paraba de mordisquearse el labio inferior.

- No sé qué cojones está ocurriendo, Altamira, pero tienes que hablar con ellos – Leo se mostró irascible.

- Es fácil de adivinar, ¿no crees? Mira que te repetí que tuvieses cuidado.

- ¡Y qué crees que hemos estado haciendo, ostias!

- ¿Acaso hace falta que te responda? – le reprendió –. Sólo sé que vuestra presencia en esa mezquita ha hecho que el Imán se haya ido de la lengua. ¿En qué diablos estabais pensando cuando entrasteis en ese matadero?

- ¡Pero no pueden tenernos aquí encerrados sin darnos una explicación? – esta vez fue la periodista quien se excedió.

- Por supuesto. Y no os van a soltar hasta que aclaremos con ellos este malentendido.

- ¿Qué insinúas? – advirtió Leo un conato de certeza en su voz.

- El subinspector jefe quiere reunirse con nosotros, por lo que te pido, o mejor dicho, te exijo que me dejes hablar a mí a sabiendas de

la situación en la que te encuentras. Como comprenderás, no me apetece que todo esto llegue a oídos de los de *Arriba* y vuelvan a expedientarte. ¿Me he explicado? – le instó con dureza.

Baeza encajó su reprimenda con la mandíbula tensionada mientras se convencía de que sólo buscaba que no saliera malparado de aquel infortunio.

- Así que yo responderé por ti. ¿Estamos…?

- ¿Qué sabes? – se atrevió a paladear –. Sé que escondes algo. Lo veo en tus ojos.

El capitán hizo un esfuerzo por sostener su mirada, férrea y temerosa por igual.

- Es cierto. Sí que hay algo. Pero imagino que ahora nos lo confirmarán.

- ¿Qué es, Altamira?

- Todo apunta a que existe una conexión entre las muertes de Iván Minchev y Tania Oldán.

El despacho parecía más bien una sala de interrogatorios. Antonio Villarejo, subinspector de la Comisaría Provincial de Ourense, se sentó a un extremo de la mesa flanqueado por seis de sus hombres, entre los cuales se encontraba su agente predilecto, Rodrigo Carvajal. Leo Baeza, Aura Valdés y el Capitán Altamira prefirieron situarse al lado contrario, sus miradas enfrentadas bajo el zumbido intermitente de los tubos del techo. Villarejo levantó el portafolio que sujetaba de su mano y lo lanzó al centro de la mesa, señal de que la reunión había empezado. Uno de los policías se levantó y echó el pestillo por dentro.

- No sé si son conscientes de que han interrumpido una operación antiterrorista relacionada con Iván Minchev – vació con la voz árida.

Los demás enmudecieron como si acabase de soltar una bomba en mitad de la habitación.

- Fue la policía belga quien nos avisó de que un Puesto de Ponferrada hacía solicitado acceder a su expediente, alegando que existían ciertos paralelismos entre la muerte de Iván Minchev y el asesinato de Tania Oldán.

- Y es cierto – manifestó Altamira en su defensa.

- Sin embargo, mis agentes se hicieron con el sumario del caso Campanilla para entender dicha justificación y al examinarlo, cuál fue nuestra sorpresa cuando descubrimos que Minchev había mantenido una estrecha relación en el pasado con dos hermanos belgas, Christoffer y Jan van Hoof, ambos sospechosos del crimen de Tania.

Las miradas de Leo y Aura se encontraron casi al instante. Que el hombre que apareció en Castros de Trelle con unos cuernos en su cabeza mantuviera cierto grado de amistad con los van Hoof, lo cambiaba todo. O al menos, eso admitió el sargento para sí mismo.

- No lo entiendo – le interrumpió, todavía impresionado –. ¿Qué tienen que ver esos dos con Iván Minchev?

- Fueron los encargados de ayudarle a cruzar la frontera y esconderlo en España – respondió uno de los policías.

- Pero por lo que averiguamos hace cuatro meses, ambos pasaban armas en su coche, no fugitivos – incidió.

- Es posible – prosiguió el subinspector –. Pero el motivo de ocultarlo en Galicia vino a raíz de los hechos que ocurrieron en Bruselas en el otoño del 2004.

- ¿A qué se refiere?

- A la desarticulación de su propia célula – apostilló –. Iván Minchev fue un islamista convencido que se radicalizó en la adolescencia y pasó a formar parte de las huestes del Daesh. Por supuesto, hablamos de una época en la que la figura del lobo solitario dentro del panorama del terrorismo yihadista tenía como objetivo infundir un clima de miedo, terror e inseguridad dentro de la sociedad occidental.

- Estos lobos solitarios requieren de escasos recursos y planificación, llevados a término en Alemania, Francia y Bélgica principalmente – retomó Carvajal –. La mayoría ataca a miembros de fuerzas de seguridad mediante armas blancas o vehículos pesados.

- Sin embargo, el problema surgió cuando la hermana de Minchev contrajo matrimonio con una de las figuras más respetadas de la comunidad yihadista: Hasan Maalouf – le tomó Villarejo la palabra–. Éste obligó a la joven Kalina a inmolarse en una misión especial en el norte de África.

- Por lo que Iván Minchev, herido por la traición de los suyos, decidió delatar a la célula como venganza, cayendo en la operación varios dirigentes que llevaban años en busca y captura.

- Evidentemente, su vida ahora corría peligro. La policía cree que abandonó el barrio de Schaerbeek para esconderse a las afueras de Brujas. Aunque de lo que sí tienen constancia es de que los hermanos Jan y Christoffer van Hoof hicieron de salvoconducto para ocultarlo en España ante las represalias del Daesh. Es a partir de entonces cuando se le pierde la pista.

El aire de dentro pesaba como planchas de acero. Leo retiró con el dorso de su mano las gotas de sudor que resbalaban por su frente.

- ¿Y por qué le colocaron toda esa parafernalia en su cuerpo? – les interpeló Aura.

En el fondo, no estaba convencida de la teoría que les acababan de exponer con todo lujo de detalles.

- Sospechamos que se trata de una manera de humillarlo ante Alá – respondió otro de los agentes –. Por su traición.

- Pero ustedes filtraron a la prensa que había sido detenido y

encarcelado en la prisión de Pereiro de Aguiar, cuando en realidad se trataba del hombre al que ejecutaron – disparó el sargento.

Altamira recabó la mirada de Leo, dándole a entender que, de allí en adelante, el rol de portavoz recaería únicamente en su persona.

- Esa información tiene un nivel de autorización de seguridad máxima – dictaminó el subinspector –. Aunque sólo puedo decirle que se trata de un señuelo para hacer correr la voz en prisión y atraer a otros miembros yihadistas. De ahí que tengamos controladas todas las mezquitas de la comunidad.

- Y asumimos el malentendido – intervino el capitán con intención de zanjar el tema.

- ¿De qué malentendido habla…?

Antonio Villarejo se inclinó en su asiento, receloso.

- Disculpe mi atrevimiento, pero ha habido una confusión. Nosotros sólo estamos buscando a Tristán Ortiguera, el artífice de los asesinatos tanto de Iván Minchev como de Tania Oldán.

- ¿Tristán Ortiguera? – articuló con torpeza.

- Nos engañó al hacernos creer que estaba muerto. Sin embargo, y gracias al vídeo que publicó El Correo de Galixia, estamos seguros de que es Ortiguera el que sostiene el arma por detrás de cámara

- ¡Pero eso es imposible! – elevó bruscamente la voz –. La Científica nos confirmó que la mano que aparece en esa grabación es de una mujer.

La mente de Aura se encasquilló en la imagen de Lúa Prado abandonando el ascensor a toda prisa. ¿Acaso era ella la que apretó el gatillo?, se cuestionó. ¿Y quién la atropelló horas más tarde cerca de su casa? Necesitaban urgentemente encontrar respuestas.

- ¡Cómo que…?

Leo no pudo acabar la frase a tenor del codazo que le propinó Altamira.

- Subinspector, le pido disculpas en nombre de todo mi equipo – se esforzó en calmar los ánimos de los allí presentes –. Mi único cometido en estos momentos es localizar el paradero de Tristán Ortiguera, sea o no el causante de la muerte de Iván Minchev.

- Comprendo… – musitó con la boca candada.

- El sargento Baeza continuará bajo mi mando y responsabilidad. De ahora en adelante, intentaremos por todos los medios no volver a interrumpir su operación.

- Y se lo agradezco – respondió –. Aunque sabiendo que buscan a ese hombre en nuestra jurisdicción, pueden contar con nuestra colaboración si lo ven necesario.

Y antes de dar por finalizada la sesión, compuso una mueca de alivio en su rostro.

Traspasaron las puertas mecánicas de la Comisaría Provincial con una sensación de derrota presumiblemente insertada en su semblante. Afuera, lloviznaba. Altamira se adelantó unos pasos mientras descendía apresurado las escaleras exteriores, dejando atrás aquella mole megalítica de siete plantas y helipuerto en su cubierta. Aura miró de reojo a Leo, el cual parecía imbuido en sus pensamientos con el cuello ligeramente arqueado hacia el suelo. La periodista supuso que el varapalo que habían recibido por parte del subinspector Villarejo y sus agentes (que el motivo de introducir las sigas de Iván Minchev en la prensa fue para que el bulo corriese en la cárcel y así desarticular nuevas células yihadistas), le escoció aún más que el hecho de que ya no tuvieran ningún hilo del que tirar. Intentó planteárselo con delicadeza a tenor de la vulnerabilidad que transpiraban sus movimientos.

- Creo que nos encontramos en un callejón sin salida – dijo en cuanto descendieron los primeros peldaños.

Baeza levantó la vista mientras las gotas de agua punteaban su rostro.

- Pensé que a través de la mezquita sabríamos algo más a cerca de Iván Minchev. Pero al final resulta que estábamos equivocados. No era como sospechábamos.

- O no – intentó rebatirla –. Si la mano que aparece en la grabación es de una mujer, es posible que pertenezca a Lúa Prado.

- Eso ya lo había pensado – ahora era ella quien se mostraba insegura.

- ¡No lo entiendes? Sólo tendríamos que averiguar por qué lo ejecutó cuando horas antes era Lúa la que huía nerviosa del hotel. Hay algo que no encaja.

- Frena, Baeza – le solicitó el capitán desde la acera.

Luego presionó el mando a distancia que sujetaba en su mano, emitiendo la patrulla un breve pitido a escasa distancia.

- Espero no tener que volver a salvarte el culo.

- En serio, Altamira. Confía en mí – le solicitó.

- Ese es el problema. Que me da miedo.

- ¡Y qué pretendes, que me quede de brazos cruzados?

Aura tuvo la impresión de revivir con ellos un perpetuo *déjà vu*, plagado de cortafuegos y reproches.

- Tampoco he dicho eso. Pero al menos reconoce que hay que andarse con pies de plomo para no volver a levantar sospechas.

- Pues tú dirás, porque Tristán sigue ahí fuera y ya nos la jugó cuando se hizo pasar por el cadáver de Christoffer van Hoof.

Un silencio inútil se filtró entre ambos, sus miradas punzantes y encaradas.

- Tenemos que adelantarnos a él, Vicente. Es la única solución.

- Y se hará, pero con pruebas más sólidas sobre la mesa. Yo también estoy interesado en acabar con todo esto.

Acto seguido abrió la puerta de la patrulla. Su cabeza asomaba por encima del capó.

- ¿Qué quieres decir? – Leo continuaba sin estar conforme.

- Te recuerdo que mi hermanastro sigue en coma desde entonces y no pienso parar hasta dar con él. Eso, te lo garantizo.

DIA 4

Una claridad rasposa se escurría por la cortina de la habitación 114 del Hospital Psiquiátrico Santa Isabel. Pelusas de luz vaporosa que se arrastraban hacia las patas de la cama mientras Vicente Altamira volvía a tomar la mano de su hermanastro para acariciársela. El sueño medicamentoso en el que navegaba el Legionario le otorgó al capitán una seguridad ridícula pese a habituarse a observarlo entre un arsenal de cables y luces de colores que parpadeaban a través de la pantalla de una máquina. Sólo el respirador parecía ser el único vestigio de su existencia. Un ruido bronco y mecánico que rasgaba el silencio impuesto bajo las telarañas de su coma inducido. El olor que desprendía le asqueó. Ráfagas de lejía concentrada y otros fármacos, que aislaban al paciente de la vida que habitaba tras la puerta entornada. Altamira se resignó a contemplarlo una vez más. El suero avanzaba sin interrupción por el catéter, conquistando con su poción lechosa su canal sanguíneo. Nada parecía atraerlo de las sombras, aun por más que frotase su mano contra la suya. Sin embargo, esa vez lo volvió a repetir. Como había hecho la vez anterior. Como llevaba haciendo desde hacía cuatro largos meses. *Te pido perdón, Bautista. Sabes que me hubiese gustado que todo fuera distinto, que me culpo cada día por no haber estado más pendiente de ti. Pero te juro por Dios que daré con el que te hizo esto. Te juro que no pararé hasta verlo entre rejas*.

El sonido del teléfono disolvió de cuajo su soliloquio. Altamira se deshizo de la mano de su hermanastro y localizó el móvil en el bolsillo interior de su chubasquero. Apenas tardó unos segundos en averiguar que se trataba del Puesto de Ponferrada. Descolgó en el acto.

- ¿Sí? – anunció de manera abrupta.

- Jefe. Soy yo, Carmona – respondió el agente al otro lado.

Su voz transmitía cierta inquietud que captó al vuelo.

- ¿Qué ocurre?

- Acabamos de recibir un correo de la Científica. Han encontrado una huella dactilar en la jeringuilla que se recogió en la escena del crimen de Tania Oldán.

- ¿Entonces…? – se impacientó.

- Parece ser que presenta una coincidencia de un 60% con otro caso que tuvo lugar hace años en el sur de Francia – le desveló –. Por eso no encontraban nada al principio. Pero al abrir el abanico mediante los registros del SAID, el sistema ha hallado un patrón.

- ¿De quién se trata? – se levantó de golpe de la silla.

- No se lo va a creer.

Una brisa salada se enredaba a los campos de maizales por fuera del jardín de la casa rural. Leo levantó la vista y contempló la ría que se extendía en el horizonte, un estanque de agua verdinosa que espejaba el escuadrón de nubes que cruzaba veloz el cielo.

El día había amanecido encapotado cuando Leo y Aura se levantaron con las primeras luces despuntando por encima de los valles escarpados. Ambos se acicalaron en el cuarto de baño y decidieron desayunar en la mesa de granito que habían dispuesto como centro de operaciones, emplazada a un margen del hórreo. Unas delicadas hortensias azules crecían alrededor de una de sus patas de piedra. El sargento volvió a dar un sorbo a su taza de café y divisó una vez más la insólita quietud de la ría, punteada de barcas y veleros. Aquel paisaje norteño, hambriento de pastos y caseríos, le cautivó sin duda durante varios minutos hasta que la periodista se arriesgó a entorpecer sus ensoñaciones.

- ¿Sabías que Noia fue nombrada *Portus Apostoli* durante la Edad Media, ya que en su muelle atracaban barcos procedentes del Mediterráneo con mercancías y peregrinos que se dirigían a Santiago de Compostela? – leyó en su móvil.

Baeza se limitó a negar, absorto en su crónica atávica. Luego se fijó en la forma en que se había remangado las mangas de su cazadora vaquera, por encima de sus codos.

- Deberíamos salir a conocer el pueblo más tarde. ¿No te parece…?

Al sargento ni siquiera le dio tiempo a contestar cuando su teléfono vibró por dentro de su chaqueta. Rápidamente lo asió y ojeó la pantalla.

- Es Altamira – le reveló.

Acto seguido descolgó la llamada y activó el manos libres.

- Cuéntame, Vicente – le espetó a modo de saludo.

Después percibió su respiración, discordante.

- ¿Altamira…?

- Escúchame, Baeza – se manifestó con la voz impaciente –. Los de la Científica han encontrado una huella dactilar en la jeringuilla que se localizó cerca de la fosa donde fue enterrada Tania.

- ¿Qué han averiguado? – sospechó.

- Han hallado una coincidencia con el caso de Chlóe Guillot.

Aquel nombre, Chlóe Guillot, le devolvió una sucesión de escenas en casa de Inés Solís, la psicóloga, provistas de viejos recortes de prensa y titulares escabrosos.

Aura, por el contrario, se llevó una mano a la boca.

- No puede ser – seguía impactado –. Era uno de los casos que había en el portafolio. El más antiguo de todos.

El mismo que la periodista insertó en el mapa que emplazó en la corchera de su despacho meses más tarde, cuando se decidió a recabar

pruebas y pesquisas por su cuenta de todas las noticias de chicas desaparecidas allí almacenadas.

- Eso es – le ratificó –. La joven desapareció en el verano del 98 mientras trabajaba en el camping *La Saline*, propiedad de sus padres. La última vez que se la vio fue durante la festividad del 14 de julio, día nacional de Francia, ya que esa tarde libraba. Por lo que he leído en su expediente, la policía tomó declaración a todos los trabajadores del camping, aunque las sospechas siempre recayeron en un hombre más mayor que ella, con el que mantenía una relación sentimental por aquel entonces. ¿Hasta aquí bien?

Leo asintió inconsciente.

- ¿Por qué me cuentas todo esto? – le interpeló.

- Porque la huella subida a los registros del SAID coincide con uno de los empleados del camping – señaló al otro lado de la línea –. Un tal Tristán Mouro.

Los ojos del sargento se tiñeron de oscuridad al tiempo que un escalofrío sacudía como un seísmo su espalda.

- ¿Cómo dices? ¿Estás seguro? – se azoró –. ¿Te refieres a Tristán Ortiguera?

Aura se levantó de golpe y echó a correr por el jardín, traspasando deprisa la puerta de la casa rural.

- Eso parece. Por eso nunca hallamos nada en la base de datos. Ese hijo de puta debió de cambiarse el apellido en aquella época. Aunque por ahora desconocemos el motivo.

- Tenéis que localizarlo – le orientó –. Por descartar si se trata de otro individuo.

- Lo sé – le avanzó –. Ya le he pedido a Labrador que acceda a los registros de la Interpol y rastree todo lo que pueda sobre ese tal Mouro.

- Avísame con lo que averigües – sonó a despedida.

- Descuida. Serás el primero al que informe.

El sargento volvió a guardarse el teléfono en el bolsillo cuando Aura regresó con el anuario de la Casa Escuela. Su rostro traslucía un conato de incertidumbre. Luego lo depositó en la mesa, retirando sobre la marcha parte del desayuno.

- ¿Qué pasa ahora? – interrumpió su propio embelesamiento.

Aura ni siquiera le respondió en cuanto comenzó a pasar las primeras páginas.

- ¿Cómo ha dicho que era el apellido?

- Mouro – le confesó.

- Estoy segura de haberlo leído en alguna parte… – murmuró.

Las fotografías de las excursiones se entreveraban con las redacciones de los alumnos en una suerte de compendio privado donde Aura se afanó en la búsqueda de aquel apellido que todavía

retumbaba en su cabeza. *Mouro, Mouro*, se repetía incansable. Sus ojos rastrillaban cada párrafo, entregados a un procedimiento rudimentario de lectura vertical. Entonces detuvo la exploración en una de las imágenes del profesorado, donde el grupo de trece educadores estaba repartido en dos alturas desiguales (ellas sentadas sobre pupitres, ellos de pie unos pasos por detrás) con la fachada de San Calixto I como único fondo. Después bajó la vista y repasó sus nombres en el pie de página. Al momento, se sobresaltó.

- ¡Lo tengo! – clavó el dedo índice sobre el papel –. ¡Es él!

Baeza no pudo resistirse a escrutar aquel nombre remarcado en tinta negra: ***T. Mouro***

- ¡Era uno de sus profesores, Leo! ¡No te das cuenta? ¡Conoció a Lúa en el Centro!

El sargento prefirió mantenerse pensativo unos instantes.

- No es por llevarte la contraria, pero puede que no se trate del mismo tipo – se atrevió a decir –. Ni siquiera somos capaces de identificarlo en esa foto grupal.

- Ahí te equivocas – le rebatió –. Sí que hay alguien que puede sacarnos de dudas.

Atravesaron en el coche una madeja de calles y avenidas que les condujo cuarenta y cinco minutos más tarde a las afueras de Santiago.

El cielo, apuntalado por una cobertura de nubes plomizas, parecía enmarañarse a los tejados de San Calixto I cuando la periodista se apeó del Golf y cruzó la entrada del edificio. Una penumbra líquida la envistió nada más pisar el estrecho corredor fustigado por las corrientes de aire, donde la luz volvía a abrirse al fondo entre esquirlas de vapor. Aura apretó el paso con cierto resquemor y sacó el móvil de su cazadora vaquera con el pretexto de avisar a Leo, el cual había preferido esperarla en el interior del vehículo a tenor del enfrentamiento que mantuvo con la directora en su despacho la vez anterior. La claridad rasposa comenzó a despejar los primeros adoquines. Aura recorrió asustada el último trecho hasta que alcanzó la garita del bedel. El hombre la miró con cara de *qué hace aquí de nuevo esta loca* al otro lado del ventanuco. Luego descorrió la lámina de cristal.

- ¿En qué puedo ayudarla? – su voz destilaba una apatía difícil de enmascarar.

- Buenas. ¿Sabría decirme si se encuentra la directora en el Centro?

- Por supuesto. La tiene justo delante – apuntó sus ojos hacia el ramal de escaleras.

Aura se volvió rápido y atisbó su figura entre las sombras que alimentaban el hall. Entonces se dirigió a ella, donde Guadalupe Sierra se sorprendió al verla. Ambas se detuvieron en un recodo del

vestíbulo, al resguardo de miradas ajenas.

- No la esperaba – pronunció algo confusa al tiempo que sacudía su melena con la mano.

La periodista se fijó en su indumentaria, igual de oscura y sobria que como recordaba.

- Venía a devolverle el anuario – se lo mostró igualmente, aunque después se resistiera a entregárselo.

- ¿Ocurre algo? – sospechó.

- Tengo una duda que quizá sepa resolverme. ¿Cuál es el nombre de pila de *T. Mouro*? – soltó como un resorte –. Su nombre aparece junto al del resto de profesores en una de las fotografías grupales que se tomó en 2005.

Acto seguido abrió el volumen y localizó la imagen entre sus páginas. La directora afiló la mirada en un intento de descubrir qué estaba pasando.

- Aquí está: *T. Mouro* – señaló el pie de página –. El caso es que en 2007, justo el año en que Lúa Prado desapareció, ese mismo profesor y otro más ya no aparecen. ¿Por qué?

- Por la sencilla razón de que ambos no eran educadores – se limitó a contestar.

- Entonces, ¿por qué salen con los demás? No tiene sentido. Es más, usted dijo que eran diez los profesores que trabajaban en el Centro y no trece como puede comprobar.

- Digamos que todo el personal de San Calixto siempre ha participado en la foto grupal, sea cual fuere su cargo o desempeño en la Casa Escuela. Sin embargo, los educadores a los que se refiere somos los que estamos situados en el centro de la imagen – los rodeó asimismo con el dedo –. ¿Ve que hay diez?

Aura tuvo la sensación de que la trataba como si fuera una de sus alumnas incorregibles.

- ¿Y los otros tres? – pareció desafiarla.

- Los otros tres que aparecen son Faustino Robles, nuestro bedel – apuntó al hombre con bata azul emplazado al margen izquierdo –. Claudio Arjona, el cocinero por aquel entonces. Y Tristán Mouro, su pinche.

Aquel nombre repicó en su cabeza como si un millar de insectos la invadiesen a medida que se asomaba a la foto y observaba con cautela su figura. Aura sintió un desmesurado rechazo en cuanto se concentró en su altura, bastante prominente. En la sonrisa lobuna que perfilaba sobre sus labios, una media luna bosquejada con disimulo. En su barba, igual de zahína que su larga cabellera, recogida en una coleta baja por detrás. Luego reparó en su vestimenta blanca – un uniforme de chaqueta y pantalón a juego con sus zuecos–, y en las ostensibles gafas de ver que soportaba sobre el tabique de su nariz. Sin duda, una

apariencia más joven y distinta a la que conservaría en la actualidad (presagió), cuando descubrieron en el piso de Inés que se había afeitado y cortado el pelo antes de huir.

- ¿Está bien? Parece algo aturdida – se interesó.

- Me preguntaba por qué ambos se irían en la misma época que Lúa desapareció.

- Fue la Xunta quien dispuso prescindir de ellos cuando contrató los servicios de un *catering* para abaratar costes – declaró con pesar –. La verdad, me dio mucha lástima que la Consellería de Educación tomara tal decisión. Arjona y Mouro hacían un gran equipo y los chavales estaban encantados con la comida.

- Pero puede que se largaran juntos a trabajar a otro lugar – dilucidó.

- Tampoco sabría decirle. No he vuelto a tener noticias suyas desde entonces.

La periodista buscó desesperada otros recovecos por los que indagar.

- Por cierto, ese tal Mouro… ¿Tenía buena relación con Lúa?

Guadalupe Sierra esgrimió una mueca de suspicacia en su rostro.

- ¿A qué se refiere?

- A que si ambos mantuvieron una relación *estrecha* durante el tiempo que la joven estuvo interna en el Centro – prefirió no revelarle otros datos de la investigación.

- ¿Insinúa que si él y ella…? – se alarmó.

- Sólo digo que podría darse el caso. Tristán Mouro trabajaba como pinche de cocina y por lo que he visto en la foto, era un hombre joven y apuesto. ¿Por qué no…?

- Lo dudo – atajó por lo sano –. Ese hombre venía a preparar la comida del día y después se marchaba. Punto.

- O no – quiso contradecirla –. Usted declaró que lo que hicieran los alumnos de puertas para fuera lo desconocía. ¿Quién no le dice a usted que alguien en San Calixto I, un ex compañero, ese bedel mismo, no supiera lo que se cocía entre estas paredes?

La mujer se sintió extrañamente vulnerada ante lo que acababa de oír.

- ¿Y qué pretende, tomarnos declaración uno a uno? – parecía más bien enojada.

- Sólo intento reconstruir la historia de Lúa y descubrir por qué desapareció ese verano de A Ponte Maceira. Son sus padres los que necesitan respuestas, no yo.

Aura se percató por su manera de gesticular que había dado en la diana.

- Tampoco se lo discuto. Y entiendo su labor como periodista. Pero de haber alguien que supiera si Mouro y Lúa mantuvieron una

relación en secreto, ésa sería, sin duda, Sheila Gómez. Ella es la única que podría ayudarla.

- ¿Por qué?

- Porque Sheila y Lúa fueron compañeras de habitación durante dos años – despejó sus dudas –. Imagino que compartirían confidencias. Sé que vive cerca de aquí porque la veo a menudo con su hijo en el parque de Eugenio Granell. Si quiere, puedo llamar a sus padres para que me den la dirección de su casa. Es lo único que se me ocurre. Así que usted dirá. ¿Los aviso pues…?

Baeza apagó la radio del coche en cuanto divisó a Aura entre las sombras del corredor. La periodista enfiló apresurada el tramo de acera con las manos metidas en los bolsillos de su cazadora y con un gesto de conformidad que pronosticaba noticias alentadoras. Al menos, así lo catalogó Leo en su fuero interno cuando Aura abrió la puerta del copiloto y se refugió en el asiento. Sus miradas se encontraron deliberadamente.

- ¿Y bien? – se esforzó en saber.

Aura encendió la pantalla de su teléfono y señaló con el dedo la figura de aquel hombre ataviado con un uniforme blanco y situado a un extremo de la fotografía. Algo le decía que se trataba del tipo que les había nombrado Altamira a primera hora de la mañana.

- Este es Mouro – le confirmó –. Fue el pinche de cocina de la Casa Escuela en la misma época que Lúa permaneció interna.

- Entonces… ¿Sigue trabajando aquí, en San Calixto I? – dudó.

- Qué va. Se marchó en 2007 con Claudio Arjona, el cocinero, cuando la Xunta tomó la decisión de prescindir de ellos. Parece ser que tenían buen trato, por lo que es posible que decidieran buscar juntos un nuevo empleo.

- Y si así fuera, se me ocurre quién podría echarnos un cable.

El sargento apresó su móvil del salpicadero y comenzó a marcar una retahíla de números que parecía saberse de memoria. Aura desconfió de su impetuosidad.

- ¿Qué vas a hacer? – le espetó.

- Tenemos que localizar a ese cocinero. Él es el único que puede confirmarnos si Mouro es, en realidad, Tristán Ortiguera. Puede que sepa algo que hayamos pasado por alto.

- ¿No crees que vas a sobrecargar a Altamira con tanto trabajo?

- No es con él con quien quiero hablar – remató.

Después pulsó la llamada y esperó paciente a que alguien contestara al otro lado de la línea.

- Puesto de la Guardia Civil de La Alberca.

- Quintanilla, soy yo. Baeza – le esclareció –. Necesito que busques en los registros de la Seguridad Social la trayectoria profesional de un

cocinero. Se llama Claudio Arjona y trabajó en la Casa Escuela de San Calixto I de Santiago de Compostela hasta el 2007. Rastrea su paradero actual y mándame un *WhatsApp* con todo lo que averigües.

El agente provocó un silencio torpe.

- ¿Sigues ahí…?

- Jefe – bajó la voz –. Creo que le dejé bien claro que no le haría ningún otro favor mientras la nueva continúe dirigiendo la Comandancia. No se imagina la que me cayó después de atenderle en la sala de ordenadores.

- Tonterías – le restó importancia –. Esa Lidia Barrientos sólo intenta amedrentaros para que la respetéis. ¿No ves los aires de chulería que se gasta?

- Al final me va a buscar la ruina – masculló con visible inquietud.

- Tampoco tiene por qué enterarse. Avísame al móvil cuando tengas algo.

Y colgó.

Aura lo miraba con una mezcla de estupor y desconcierto.

- ¿Crees que funcionará? – soltó de inmediato.

- Eso espero – anheló –. ¿Por qué lo dices? ¿Se te ha ocurrido algo?

- Tengo la dirección de la compañera de habitación de Lúa Prado. Tal vez ella pueda confirmarnos si su amiga se veía con Mouro.

- ¡Y cómo no me lo has dicho antes? Hay que hablar con esa chica antes de que cambie de parecer.

Y arrancó el motor, dejando atrás una estela de contradicciones.

El sistema de navegación los derivó minutos más tarde al barrio de A Pontepedriña.

El horizonte, pincelado sobre un lienzo de nubes bajas, presagiaba una nueva tormenta cuando Leo se internó en la Rúa do Restollal y aparcó el vehículo delante del número 33, a pocos metros del centro comercial Compostela. Ambos se apearon del Golf blanco y otearon con curiosidad los bloques de edificios anaranjados que se abrían en colmena en un perfecto cuadrilátero que abarcaba la totalidad de la manzana. Enseguida traspasaron el portal, un angosto pasillo alicatado de arriba abajo por planchas de granito a excepción de los espejos en tonos azulados que cubrían sus techos. Aura descubrió al fondo la cadena de buzones que recubría uno de sus frontales. Después leyó los nombres que sobresalían por dentro de cada tarjetero y detuvo su barrido en la cuarta hilera.

- Es aquí – anunció a su acompañante.

Tomaron el ascensor y subieron callados hasta el séptimo piso. Las puertas mecánicas despejaron al momento aquella penumbra líquida y fantasmagórica que anidaba solitaria en el rellano. Una horquilla de luz se abrió paso en cuanto abandonaron el ascensor, encendiéndose

las lámparas por sí solas. Aura atendió a las distintas puertas que componían el descansillo y señaló la letra J. Sin pensárselo, timbró.

Juntos esperaron impacientes por fuera del felpudo, donde unos pasos se revelaron al otro lado del umbral. Luego escucharon cómo desatrancaba la cerradura, retumbando el manojo de llaves en cada vuelta. De pronto, una figura sombreada se asomó a través de la estrecha abertura del pasador.

- ¿Qué quieren? – escupió una voz femenina.

- Hola. Nos gustaría hablar con Sheila Gómez – intercedió Aura por los dos –. No sé si es usted. La directora del San Calixto I nos dio sus señas. Somos del Correo de Galixia.

Un silencio torpe invadió la breve conversación.

- Sólo querríamos hacerle algunas preguntas acerca de Lúa Prado, su compañera de habitación en aquella época – completó.

- ¿Para qué? – se mostró evasiva.

- Para intentar comprender su historia. O al menos, la que dejó hace doce años de manera precipitada.

Un segundo silencio se interpuso inexcusable cuando la mujer decidió cerrar la puerta para volverla a abrir al cabo de unos segundos. La claridad artificial del rellano desempañó poco a poco su fisionomía. La joven a la que atendieron ensimismados tenía más o menos la misma edad que la periodista. Llevaba el cabello recogido en un moño alto que dejaba al descubierto su rostro, donde unas profundas ojeras surcaban a traición sus párpados inferiores. Leo se percató del voluminoso vientre que excedía por fuera de la bata de felpa rosa que vestía y se convenció de su avanzado estado de gestación. Otro niño, sin embargo, berreaba al fondo del pasillo.

- Yo soy Sheila – desembuchó con un ligero soniquete agallegado –. Ya me avisaron mis padres de que vendrían. Aunque, la verdad, no sé en qué puedo ayudarles.

- Sólo le robaremos unos minutos –le aseguró Aura ante el punzante berrinche de su hijo.

- ¡Pero Nuno, no ves que la mama está hablando con unos señores? – voceó –. En fin, será mejor que pasen no sea que los vecinos vuelvan a darme el toque a cuenta del *rapaz*.

Sheila enfiló el pasillo arrastrando los pies por dentro de unas zapatillas de estar por casa y franqueó la primera puerta que encontró de camino. Aura y Leo la acompañaron unos pasos por detrás mientras curioseaban el desarreglo que ofrecía su hogar, un batiburrillo con varias cajas de comida apiladas unas sobre otras, el tendedero portátil en mitad del hall, así como un reguero de piezas de *Lego* que se perdía hacia los confines de su propia vivienda. La periodista sospechó que habían elegido el peor momento para ir a visitarla cuando traspasaron la entrada de la cocina. Una pila de cazuelas y sartenes crecía por

dentro del fregadero, conquistando el agua parte de la encimera. Las puertas de algunos armarios voladizos se encontraban abiertas, mostrando sin ninguna clase de remordimiento el revoltijo de especias, tarros, botellas de aceites y demás aparejos culinarios apilados a su suerte. La joven madre sacó al niño de la trona, su boca pringada con restos de puré. Luego lo sentó en su regazo al tiempo que tomaba asiento en una de las sillas que había alrededor de una mesa circular. Sheila les hizo un gesto para que hicieran lo propio, retirando como pudo los platos con sobras que moraban por doquier.

- La que dijo que ser madre es lo mejor que le puede pasar a una mujer mentía como una bellaca – rezongó al borde de un ataque de pánico –. Al menos en mi caso, que siempre huelo a vómito, leche ácida y pañales.

Aura se compadeció de ella.

- ¿No tiene a nadie que pueda ayudarla? – se interesó.

- Mi marido llega a las tantas de *traballar*, por lo que estoy sola con el crío la mayor parte del día.

- Tampoco le robaremos mucho tiempo – prefirió el sargento ir al grano –. Como le habrán contado sus padres, estamos investigando las causas de la muerte de Lúa. No sé si sabe que tuvo un accidente la semana pasada y…

- Lo sé – le interrumpió, a razón de que no volviese a pronunciar aquella palabra –. Vi la necrológica que publicaron sus padres en el Diario Compostelano. *Pobriña* mía… Me dio mucha lástima, la verdad.

- Imagino que estaría al tanto de que Lúa no volvió a aparecer por A Ponte Maceira.

- Por supuesto. Luisa y Sera hablaron conmigo al poco tiempo de desaparecer, por si Lúa se hubiese puesto en contacto conmigo. Pero no pude serles de gran ayuda. Ya les dije que tampoco teníamos mucha relación.

- ¡Ah, no…? – se extrañó la periodista –. Pensé que al ser compañeras de habitación…

- ¿Éramos inseparables, cómplices? – se arriesgó –. Tampoco me malinterprete. Por supuesto que la conocía bien. Dese cuenta que convivimos juntas durante dos cursos. Pero de ahí a compartir grandes confidencias como, por ejemplo, con quién se largó o por qué lo hizo, va a ser que no. Han llamado a la puerta equivocada.

- ¿Y qué opinión tiene al respecto? – le lanzó Baeza de modo imperativo.

- ¿De su desaparición?

- Claro. Ambas procedían de la misma Casa Escuela.

- ¿Y usted se piensa que por venir de San Calixto I, las demás actuaríamos del mismo modo?

- Tampoco he insinuado tal cosa.

- Pero lo piensa, como todo el mundo – se ofendió.

Nuno no paraba de golpear la mesa con sus puños.

- Sólo intentamos comprender el motivo que la llevó a hacerlo – medió la periodista –. Si tenía problemas en aquella época o se juntaba con malas compañías.

- ¡Pues claro que tenía problemas! – se exacerbó –. ¡Por qué cree sino que fue a parar a un correccional, por su buena conducta? En el fondo, todas arrastrábamos un trauma no resuelto que se incentivó con la adolescencia: desde una mala convivencia familiar a la pérdida de un ser querido. En resumen, una pésima gestión emocional sobre un hecho puntual que te marca de por vida. Evidentemente, el Centro te ofrece unas herramientas para ayudarte a limar esas asperezas, pero luego está en ti el querer hacerlo.

- ¿Por qué lo dice? – Aura se aventuró a escarbar un poco más.

- Porque si yo cambié, fue gracias a mi marido. Él se convirtió en mi bastón para poder salir de ese pozo. Hizo que la vida me regalase una segunda oportunidad.

- ¿Pero…? – interpretó.

- La mayoría prefiere seguir caminando entre sus sombras – apuntaló –. Eso no significa que sean malas personas, pero sí más vulnerables. De algún modo, esa rebeldía no deja de ser una máscara para protegerte de la mierda que hay fuera. Y Lúa no era distinta a las demás.

Sheila hizo un parón a propósito para coger aire en sus pulmones. Tal vez el viaje que había emprendido a su pasado le estaba pasando factura.

- En San Calixto era raro el día que no había peleas. Cualquier excusa valía para liarte a puñetazos con algún compañero y acabar en el ala de aislamiento. Recuerdo que había varios grupitos de chicas. Por un lado estaban las que aprovechaban su estancia en la Escuela para mejorar, y después las que se negaban a ello. Luego tú decidías juntarte con las que más empatizabas o con aquellas que tenían experiencias similares a las tuyas. Sin embargo, todas estábamos deseando salir de allí. Absolutamente todas, incluida Lúa. Pero de ahí a hacerme algún comentario fuera de lo común como para sospechar tiempo después qué le pudo haber ocurrido, eso jamás.

La periodista se percató de que Sheila Gómez no hacía más que dar rodeos a la misma idea. Se aventuró a terciar de asunto.

- Esta mañana, cuando estuvimos conversando con la directora del Centro, nos confesó que la chica mantenía una relación muy estrecha con Mouro, el pinche de cocina.

- ¿Con Mouro…?

Baeza captó que aquella mentira le había escocido en el alma.

- ¿Ocurre algo? – se inmiscuyó.

- Que esa mujer está como una chota, *carallo*.

- ¿Por…? – la espoleó con moderada ingenuidad.

- Porque era Cynthia Olmedo, otra de las internas, quien se juntaba con él en el patio de fuera.

Las miradas de Leo y Aura se encontraron en un punto común de la cocina.

- Pensé que la directora se lo habría comentado – incidió –. Era la mejor amiga de Lúa.

- Nadie nos ha hablado de ninguna Cynthia.

- Pues me extraña, porque eran inseparables – rememoró –. Thia, como todos la conocíamos, era una chica bastante dura en el trato. Entró en la Casa Escuela debido a que su hermano mayor abusaba de ella y aquello le ocasionó no sé qué clase de paranoilla. O eso se decía en los pasillos. Pero era ella quien se veía con Mouro en un recodo del patio cada tarde para fumarse un *peta*. No Lúa.

El sargento tuvo el pálpito de que Sheila estaba diciendo la verdad. ¿Por qué la directora del Centro se olvidó de mencionarle a Aura ese hecho?, se preguntó. ¿Acaso desconocía que el pinche de cocina se reunía – imaginó que en sus ratos libres – con una de sus alumnas? Aquello le suscitó una desconfianza mayor.

- ¿Por casualidad no tendrá el número de teléfono de Cynthia Olmedo?

- Qué va. Apenas he vuelto a tener contacto con mis compañeros – dijo –. Tengo a dos o tres en el Facebook, pero a Thia le perdí la pista una vez que salí de San Calixto I.

- ¿Vivía por aquí cerca?

- Tampoco sabría decirle – respondió.

El niño no paraba de removerse en su regazo.

- Ya le digo que era una *rapaza* muy suya, esquiva, insondable. Tenía algo en la mirada que no me gustaba, como si pudiera atravesar sin dificultad tus propios pensamientos. Recuerdo que una vez le pregunté a Lúa por qué se juntaba con ella, que qué había visto en esa tipa para pasar tanto tiempo a su lado. Me dijo que no lo sabía, que era como si una fuerza oscura la poseyera. Como si el mismo demonio se lo dictase.

Después de comer en una tasca del centro de Santiago, Leo y Aura decidieron emprender un viaje en el tiempo por dentro de los soportales de la Rúa do Vilar. La cortina de agua que los embistió nada más abandonar el edificio en el que vivía Sheila Gómez se transformó con las horas en un *orvallo* repetitivo y engorroso, donde algunos peregrinos ataviados con ponchos de distintos colores se atrevían a desafiar a las inclemencias de julio bajo la lluvia. La piedra de las fachadas, relamida por una humedad musgosa, parecía resistir

incólume. Sólo el eco de sus pisadas los acompañó en aquel periplo sin retorno mientras bosquejaban en común un mapa plagado de interrogantes y nombres propios.

- Estoy segura de que ese tal Mouro no es otro que Tristán Ortiguera – recapituló la periodista –. Era el pinche de la Casa Escuela por aquel entonces. No hay duda. Pero la cuestión es si Claudio Arjona y él mantenían una relación tan estrecha como para saber años más tarde el uno del otro.

- Es posible que Quintanilla consiga localizar al cocinero por mediación de la Seguridad Social. Sólo él sabría desvelarnos si Mouro es nuestro hombre.

- Salvo que demos antes con el paradero de Cynthia – abrió un nuevo frente.

- ¿Qué sospechas?

- Por ahora nada. Pero me cuesta deducir qué clase de vínculo podría unir a un pinche de cocina con una alumna del Centro. ¿Únicamente fumar porros a escondidas?

- ¿Qué quieres decir? – se esforzó Baeza en descifrar su hipótesis.

- Joder, Leo. Piensa un poco. Cynthia es la mejor amiga de Lúa. Lúa desaparece sin dejar rastro ese último verano, justo cuando Mouro es despedido de la Escuela. ¿Sigo…?

- De acuerdo, te compro la idea. Pero recuerda que aún nos queda lo más importante.

- ¿Y es? – parecía estar a la defensiva.

- Que Altamira nos confirme si Ortiguera trabajó en San Calixto bajo otra identidad. Así de simple. Entonces, y sólo entonces, las piezas del rompecabezas empezarán a encajar.

- ¿Sabes algo del Puesto?

El sargento dilucidó que se refería a la Comandancia de Ponferrada.

- Estoy evitando llamarle. Tampoco quiero saturarlo con más trabajo extra. Prefiero que por ahora siga rastreando a Mouro en los informes de la desaparición de Chlóe Guillot.

- Cierto. No recordaba que su huella dactilar apareció en esa jeringuilla que se localizó a escasos metros del lugar donde fue enterrada Tania Oldán – resumió – ¿Y con estos indicios, todavía insistes en que las piezas del rompecabezas deben encajar…?

El móvil de Baeza vibró en aquel instante. Rápidamente encendió la pantalla y descubrió que se trataba de un correo electrónico de Altamira.

- Hablando del rey de Roma – dijo.

Después pulsó encima y se sumergió en su contenido. Enseguida se percató de que le había reenviado un *e–mail* de Pumares, el forense.

Según el estudio realizado por el perito judicial de A Coruña, los restos

analizados de la tapicería del vehículo siniestrado (un Volkswagen rojo modelo Fox) en el Bosque O Cubelo el día 6 de julio de 2019, determinan que se trata de restos de placenta.

Gabriel Palau, médico forense del Instituto de Medicina Legal encargado de dichos análisis, resuelve que Lúa Prado Barbero, de 30 años de edad y desaparecida el 25 del 08 del 2007, dio a luz un par de horas antes (estimación aprox.) de fallecer en el Hospital Universitario.

FDO. Alejandro Pumares.

El sargento ni siquiera se atrevió a confesarle lo que había leído cuando le cedió su teléfono.

Simplemente se resignó a moverse de un lado a otro por dentro de los soportales hasta que Aura estalló.

- ¡Cómo? – expulsó – ¡Qué Lúa estaba embarazada?

- De ahí que el coche estuviera empotrado contra un árbol – dedujo –. Le tuvieron que dar las primeras contracciones mientras conducía.

- Entonces, hay algo que no entiendo.

- Dispara – la apremió.

- Si la chica se puso de parto. ¿Dónde se supone que está el bebé?

Se sumergieron a toda prisa bajo una nube de *mojabobos* que difuminó sus figuras.

Las distintas rúas y plazoletas por las que cruzaron (des Praterías, Fonseca), se entreveraban sobre una retícula de callejuelas empedradas y laberínticas de trazado medieval. Nada más desembocar en la Rúa de San Clemente, avistaron el Golf por dentro del parking, muy cerca del parque da Alameda y la escultura de Valle Inclán, el cual parecía obviar la llovizna que perlaba su rostro de bronce con las piernas cruzadas y el gesto afable. El sargento presionó el mando a distancia y atisbó el tenue parpadeo de las luces traseras. Después se refugiaron en el coche, no sin antes darle una propina al gorrilla que custodiaba con paso flemático el aparcamiento. Aura encendió el calefactor en cuanto sintió sus ropas húmedas.

- Todavía no se me va de la cabeza – articuló Baeza –. Ni siquiera me había planteado que la chica pudiera estar embarazada.

- Por la sencilla razón de que en el vídeo tampoco se aprecia.

La periodista sacó el teléfono de su cazadora vaquera y buscó la grabación del hotel en su galería de fotos. Necesitaba mostrarle que su teoría era verídica. Una vez que lo localizó, pulsó el *Play*. Las imágenes empezaron a reproducirse mientras Lúa Prado se escabullía del ascensor tras la penumbra que abrigaba la recepción de *La Posada del Peregrino*.

- Si te fijas, es imposible apreciar su estado de gestación por la inclinación de la propia cámara – le instruyó –. Únicamente hace un

barrido de hombros hacia arriba.

- Y cuando huye del ascensor, el reflejo del espejo sólo la muestra de espaldas – añadió convencido –. Ahora empiezo a entender lo que sucedió. Se salió de la carretera y se estrelló contra un árbol al sentir las primeras contracciones.

- Sería la versión más lógica – admitió –. Pero, ¿y el bebé? Es la parte que me descuadra de toda esta historia. Algo tuvo que hacer con él. En el interior del coche no estaba.

Leo pergeñó un rictus de vacilación en su rostro difícil de enmascarar.

- ¿Por casualidad no tendrás el atestado del accidente?

El sargento asintió obediente al tiempo que extraía el teléfono del bolsillo de sus pantalones y descargaba el archivo que le remitió Altamira al inicio de la investigación. Una vez que el informe policial emergió en la pantalla, se zambulleron en su lectura, cargada de tecnicismos e imágenes del siniestro.

- Si lees este párrafo, los peritos concluyeron que el impacto del vehículo que la embistió no fue lo suficientemente fuerte como para desplazarla a varios metros, pero sí mortal.

- ¿Y…? – le preguntó confusa.

Las fotografías tomadas tras el atropello se intercalaban en la redacción.

- Pues que su cuerpo apareció en la cuneta contraria, Aura. No en el margen izquierdo por donde se salió con el coche y avanzó a toda pastilla bosque adentro.

- Tal vez la chica se movió por la carretera para pedir ayuda – conjeturó –. Intentaba ser vista para que alguien la socorriera.

- De acuerdo. Yo en su lugar también hubiese hecho lo mismo. ¿Pero me puedes decir qué demonios hizo con el niño? Porque te recuerdo que no apareció junto a ella, ni tampoco en el Volkswagen siniestrado donde se supone que dio a luz.

- ¿Qué insinúas? – le sondeó.

- Nada. Sólo digo que después de alumbrar a su bebé en el coche, tuvo que desplazarse a pie por la zona para dejarlo en algún lugar seguro. Y te lo puedo demostrar.

Leo alargó el brazo hacia la guantera y presionó la palanca. Enseguida sacó un bloc de notas y un bolígrafo. Luego abrió *Google Maps* en su teléfono y marcó las coordenadas del accidente. La imagen a satélite le devolvió el área a vista de pájaro.

- El Volkswagen en el que viajaba Lúa apareció aquí – señaló con una equis una hoja en blanco –. Según las declaraciones de los sanitarios, la chica fue atropellada en torno a las siete de la mañana. ¿Hasta aquí bien?

Aura susurró un *sí* de lo más lacónico.

- Sin embargo, las cámaras del hotel registraron su salida a las cuatro de la madrugada – prosiguió –. Por lo tanto, si tenemos en cuenta que la distancia que media entre Allariz y el lugar donde apareció moribunda es de 140 kilómetros, esto me lleva a deducir que la chica tuvo un par de horas para dar a luz a su hijo y hacer algo con él.

- Continúa – le demandó, sumamente concentrada.

- Lúa abandonó el coche y regresó a la carretera – trazó dos líneas sobre el papel –. ¿Con su retoño? Posiblemente. Pero tenía un plan. Lúa tenía un plan cuando se sumergió en el bosque que había justo delante con el recién nacido entre sus brazos y prácticamente desnuda.

- ¿Por qué ese bosque? – le preguntó al terminar de escribir la palabra.

- Porque era el camino más seguro para llegar a Ponte Maceira sin ser vista – hiló sobre la marcha –. El único atajo para llegar a casa de sus padres y entregarles el bebé.

La periodista enmudeció, visiblemente impactada.

- Ya había gastado una media hora en su desplazamiento. Tenía que regresar a su coche.

- Pero al llegar a la carretera, fue embestida por un automóvil – añadió Aura –. ¿Por qué?

- No te entiendo.

- ¿Qué por qué desearía salvaguardar a su pequeño? Me cuesta creer que se desprendiera de él tan fácilmente.

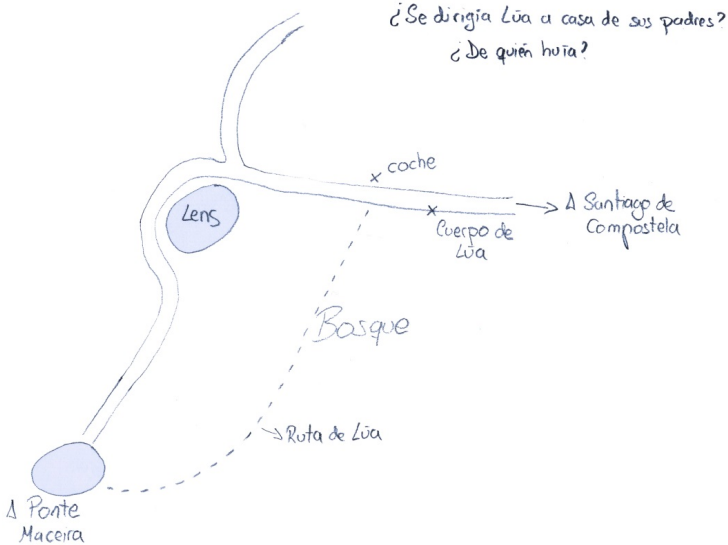
- Quizá por evitar lo que le ocurrió minutos más tarde.

- ¿Crees que alguien la estaba persiguiendo? – se adelantó a sus conjeturas.

- Tú misma acabas de ver las imágenes del hotel. Huye despavorida de la recepción.

- Pues entonces, sólo se me ocurre volver a hablar con sus padres – se rindió a las evidencias –. Tal vez no nos hayan contado toda la verdad.

Aura Valdés volvió a ojear el croquis que el sargento había dibujado sobre una de las hojas en blanco del bloc de notas. El itinerario que esbozó a groso modo revelaba el camino que Lúa Prado pudo haber escogido aquella mañana horas antes de ser atropellada. Los guiones que intercaló en el mapa trazaban la posible ruta de escape.



Minutos más tarde, Leo detuvo el coche delante del puente romano.

Una nube de agua en polvo se abalanzó sobre ellos según atravesaban la calzada de piedra, abrillantada por una capa de humedad. Aura se fijó que A Ponte Maceira quedaba al fondo disuelta en una estela neblinosa, el rumor del caudal rugiendo con furia bajo sus pies. Enseguida alcanzaron la primera calle de la aldea, donde la casa de los padres parecía diluirse tras el rocío que emborronaba su visión. Abrieron la cancela de entrada y cruzaron el sendero de arena que conectaba con la puerta del chalet de dos plantas. Baeza se encargó de pulsar el timbre. La misma melodía que recordaba de la vez anterior prendió entonces en el interior. Luego esperaron una señal por fuera del felpudo hasta que escucharon unos pasos al otro lado.

Luisa Barbero no pudo reprimir su sorpresa en cuanto abrió la puerta. Su silueta sombreada fue aclarándose según iba tornándola.

- ¿Otra vez ustedes? – su voz tembló como si se tratase de un animalillo a punto de ser capturado.

- Nos gustaría volver a hablar con usted – le lanzó la periodista –. Bueno, y también con su marido a ser posible.

Su ceño arrugado le reveló justo lo contrario.

- Lo siento, pero creo que ya es suficiente. No haremos más declaraciones.

- Mire, señora, no me andaré por las ramas – la cortó el sargento.

Los ojos de la mujer eran dos fósforos de cobre líquido.

- ¿Me puede explicar por qué no nos mencionaron que Lúa estuvo en su casa el mismo día del accidente?

Aura pronosticó una dura cruzada por ambas partes.

- ¡Pero qué disparate es ese? – vaciló.

- El forense ha encontrado restos de placenta en la tapicería del coche. Sabemos que su hija cruzó ese bosque para entregarles a su bebé.

Un silencio inútil se enredó a sus miradas, único testigo mudo de lo que posiblemente era ya un hecho. Luisa Barbero escondió el rostro más allá del jardín, como si de esa forma fuese capaz de encontrar una respuesta entre los jirones de vaho que se desprendían de las riberas del río Tambre.

- Déjalo estar – se asomó una voz por detrás.

Serafín Prado se deshizo de las sombras del hall a medida que avanzaba hacia la claridad rasposa de la mañana. Su expresión corporal denotaba un cansancio inútil.

- ¿No ves que ya no sirve de nada?

- Quieres cerrar esa maldita boca – masculló enojada.

- ¿Para qué? ¿Para seguir ocultando un secreto a voces? Hagan el favor de pasar.

La mujer no pudo resistirse a mirar a ambos lados de la calle cuando Serafín los invitó a traspasar la vivienda. Luego cerró la puerta con llave una vez que se convenció de que no había nadie en las inmediaciones. Una calma incómoda vagaba en la penumbra del pasillo, donde sólo las manecillas de un reloj de pared parecían rasgar aquel ambiente perturbador. El padre de Lúa se acercó a una consola y presionó el interruptor de la lamparilla. Una tibia ampolla de luz despejó en ese momento el austero mobiliario del hall.

- La historia no es como creen – dijo mientras se encendía un cigarrillo.

Acto seguido, expulsó una bocanada de humo que enturbió el aire de dentro.

- ¡Ah, no…? – respondió el sargento a medida que cruzaba sus brazos –. Soy todo oídos.

- Es cierto que Lúa dejó el bebé en la entrada de casa. Fue mi esposa la que escuchó sus sollozos. Pero nunca llegamos a verla. Eso se lo juro por lo que más quiera. Luisa sólo abrió la puerta y descubrió que el niño se encontraba en el suelo, envuelto con varias prendas de vestir manchadas de sangre. ¡Pero le juro que ella ya no estaba!

- ¿Y por qué dedujeron que se trataba de su nieto? – se aventuró Aura a indagar.

- Porque horas más tarde la dirección del hospital nos comunicó que Lúa había fallecido en ese accidente– se adelantó su mujer –. Parece ser que se identificó en la ambulancia.

- Debieron avisar a la policía – atajó Baeza –. Lo que han hecho es un delito grave.

- ¿Acaso ellos nos ayudaron cuando nuestra hija desapareció?

Serafín lo miró con desprecio mientras volcaba la ceniza en la

palma de su mano.

- No queríamos que los Servicios Sociales volvieran a meter las narices en nuestra vida y nos arrebatasen lo único que nos queda de Lúa hasta que un juez dictaminara qué hacer con el bebé – soltó convencido –. La aparición de Alejandro ha sido como un milagro después de tantos años de sufrimiento sin saber de ella.

- ¿Nos piensa delatar? – le cuestionó la mujer con los ojos vidriosos.

Leo sintió que cualquier decisión que tomase trastocaría el futuro de ese matrimonio de un modo u otro. Por un instante se vio en la tesitura de abortar el plan.

- Si al menos contasen a la policía qué fue lo que pasó, estoy seguro de que lo entenderían y la custodia del niño acabaría siendo suya. Pero eso deben valorarlo ustedes, no yo – deseó desvincularse del asunto.

La mujer trazó una mueca de conformidad y pesadumbre en su rostro.

- Hay algo que me gustaría preguntarles – atrapó Aura su atención –. ¿Saben si Lúa les nombró a un tal Tristán Mouro antes de desaparecer? La directora de la Casa Escuela nos ha confirmado esta mañana que era el pinche de cocina. Creemos que pudo haber mantenido una relación cercana con él.

La periodista evitó decir que más bien estrecha, y sobre todo con su amiga Cynthia Olmedo.

- ¿Tristán Mouro? – pronunció el hombre, escéptico –. No me suena de nada.

- A mí tampoco – le secundó su esposa –. Dese cuenta que aunque Lúa hubiese mejorado su carácter durante el tiempo que permaneció internada en San Calixto, todavía seguía mostrándose muy inaccesible. Ya le dije que apenas salía de su habitación cada vez que venía a casa a pasar unos días.

A Baeza se le ocurrió una idea que le satisfizo en ese instante.

- ¿Por casualidad no conservarán su dormitorio tal y como lo dejó antes de desaparecer?

- Sí, claro – emitió Serafín desconcertado –. Se encuentra en la planta de arriba.

- ¿Y les importaría que echásemos un vistazo? – les propuso.

Los padres de Lúa Prado se lanzaron una mirada de incomprensión.

- Es posible que hace doce años la policía pasara por alto algún detalle.

- Lo dudo – intervino después –. Pero si así lo desean…

El hombre los condujo por aquel angosto pasillo, relamido por una claridad tenue que se asomaba tras las distintas puertas abiertas. Sólo el eco de sus pisadas rebotaba incesante contra la tarima del suelo a medida que dejaron atrás el salón para internarse en las entrañas de la

vivienda. Enseguida doblaron a la izquierda. Baeza advirtió que una escalera con el pasamanos de forja trepaba bajo un paño de sombras. Luisa encendió los halógenos del techo y se aventuraron a escalar los primeros peldaños. El crujido de la madera emitía un prolongado quejido según alcanzaban el descansillo, sus paredes decoradas con cuadros paisajísticos y un macetero de helechos arrinconado frente a un espejo. Los cuatro subieron el último tramo de escalones y se refugiaron al cabo de unos segundos en el nuevo pasillo que se abría en la segunda planta. Serafín continuó andando con el paso ligero hasta que cruzó una de sus puertas. Sólo entonces descubrieron que se trataba de la habitación de Lúa Prado.

La cama, suspendida en mitad del dormitorio, estaba repleta de peluches. Varios posters del grupo *Dover* adornaban la pared central, como si todavía quedase en ellos un mínimo rastro de aquella adolescente que parecía juzgarlos con severidad entre las distintas fotografías suyas repartidas por dentro de una corchera. Aura intentó acercarse, pero enseguida cayó en la cuenta de que había un elemento discordante en la habitación. La cuna situada a un margen del escritorio le robó el interés. Luisa Barbero se arrimó y posó sus manos sobre el filo.

- El niño apenas llora – emitió con la voz débil –. Decidimos llamarlo Alejandro por su escritor favorito.

La mujer señaló una colección de libros de Alejandro Dumas que reposaba sobre una balda por encima de un zapatero de teca. Aura, en cambio, se dirigió a la corchera de la pared, dispuesta a hurgar en el pasado de la joven. Las imágenes allí expuestas revelaban la vida de una adolescente cualquiera en diversos lugares y acompañada siempre de amigos.

- La mayoría son de la Casa Escuela – le reveló la madre por detrás –. Algunas incluso fueron tomadas el último verano, como por ejemplo esa de la esquina.

A la periodista no le hizo falta averiguar a cuál de todas se refería cuando posó sus ojos en la imagen. Una joven risueña y con la actitud afable se asomaba en aquella foto junto a otra chica de apariencia similar. Ambas cruzaban los brazos por encima de sus hombros, como si tras aquel gesto se escondiera una lealtad que sólo los chavales sabían profesarse con esas edades. Eso fue lo que admitió Aura para sí misma mientras continuaba explorando el resto de la composición, la sombra velada de un caserío escondido tras los árboles del fondo, infinidad de grafitis esparcidos en la tapia delantera y una cancela aprisionada por un candado grueso en varias vueltas. Después, retiró la chincheta para cogerla.

Sus ojos se abrieron al voltear la fotografía y leer el mensaje que alguien, Lúa sospechó, había anotado por detrás: *Con Cynthia. Julio del*

2007.

- Se la hizo un mes antes de desaparecer – le confirmó –. Fue a visitar a una de sus compañeras a Cambados, en Pontevedra.

Aura apenas pudo apartar la vista del objeto que mediaba entre ellas.

Tal vez le costó reconocerlo en un primer vistazo, puede que incluso albergase ciertas dudas al respecto. Pero cuando se aseguró de que aquello era real, sólo tuvo el valor de llevarse una mano a la boca. *No puede ser*, murmuró.

La tarde se deshacía en jirones de vapor cuando Leo y Aura entraron en el coche.

El propio cansancio acumulado durante varios días los llevó a mantenerse callados mientras Leo encendía la radio y bajaba el volumen hasta decibelios aptos para la conversación que estaban a punto de iniciar; pues, nada más girar el cuello, Baeza tropezó con la mirada de la periodista. Algo le decía que la visita a casa de los padres de Lúa Prado no había cesado aún.

- ¿Alguna conclusión? – se adelantó Aura.

- Más bien una certeza. Tengo la sensación de que cuando Lúa huyó de ese hotel, tenía premeditado regresar a casa de sus padres. Quizás el hecho de que rompiera aguas de camino precipitó sus planes y buscó un lugar seguro para salvaguardar a su hijo.

- ¿Por qué? – se esforzó en encajar las pistas que habían recolectado hasta el momento.

- Porque de algún modo se encontraba en peligro. Todavía desconozco el motivo, pero lo que está claro es que la chica decidió regresar a su coche.

- Hasta que otro se interpuso en su decisión y la atropelló – concluyó.

Aura sacó el móvil de su cazadora y entró en la galería de fotos. La imagen de Lúa Prado junto a aquella otra joven se asomó en la pantalla como por arte de magia. Baeza hizo un barrido somero, donde ambas chicas se mostraban radiantes con los brazos cruzados por detrás de sus hombros, la sonrisa perpetúa bajo un sol cegador y una tapia pintarrajeada de grafitis, que delimitaba lo que a simple vista parecía una finca. Después se fijó en la masía recortada al fondo, al abrigo de unos cuantos árboles.

- ¿Quién será su amiga?

- Cynthia Olmedo – le esclareció.

La periodista le mostró la leyenda escrita a mano por detrás: *Con Cynthia. Julio del 2007*.

- ¿Tú lo sabías…?

- No te quise decir nada delante de los padres. Me aseguré de que

no me vieran cuando saqué varias fotos a la corchera.

- Entonces… ¡Estuvo con ella un mes antes de desaparecer? – se exaltó.

- Me parece increíble que todavía no te hayas percatado. ¡Quieres fijarte bien!

Leo arqueó sus cejas y volvió a repasar la imagen. No encontró nada en la composición que le llamara poderosamente la atención.

- ¿Y…? – buscaba una respuesta urgente.

- ¿No reconoces la mochila que hay en el suelo, entre medias de Lúa y Cynthia?

Una sacudida tambaleó sus recuerdos cuando la localizó por delante de sus pies. Tal vez los fotogramas que comenzaron a desfilar en su mente le ayudaron a retroceder en el tiempo, donde de pronto se vio en la Sala de Autopsias de Pumares, el cual le estaba mostrando por dentro de una funda de plástico la mochila que habían localizado en la cabaña del bosque, con el frontal y los laterales cargados de chapas.

- Es la mochila de Ortiguera – balbució impresionado –. La que se encontró en el sótano de la cabaña junto al cadáver de Christoffer van Hoof.

- ¿Lo entiendes ahora? Esto confirmaría no sólo que Tristán es la persona que realizó la foto, sino también que mantuvo una relación con ambas fuera de la Casa Escuela. El tal Mouro estaba detrás de su desaparición. Siempre fue el mismo tipo.

- Pero seguimos desconociendo si se trató realmente de un rapto.

- ¿Por qué lo dices? – le inquirió.

- Tampoco me hagas caso. Pero tengo la impresión de que Lúa se largó de su casa por voluntad propia. Creo que Tristán se había ganado su confianza con anterioridad.

- ¿La suya, o la de Cynthia? – descerrajó –. Porque te recuerdo que era su compañera la que se juntaba con el pinche de cocina en el patio del Centro.

El sargento se mantuvo pensativo unos instantes.

- Enviaré un correo a Altamira para que localice el paradero de esa joven – se convenció de sus palabras –. Ella es la única que puede explicarnos qué ocurrió ese verano.

- Y el lugar donde fue tomada la foto – añadió.

Aura reparó en la mueca de estupor que registró en sus facciones.

- Tampoco me mires así – continuó –. Está claro que Lúa mintió a sus padres. Es cierto que estuvo con su amiga, pero también con Tristán y esa información jamás la reveló.

- Tal vez ahí te equivocas. Han pasado doce años de aquello.

- Es posible. Pero que viajó a Cambados como les aseguró, lo dudo.

El murmullo de la radio continuaba escurriéndose en el interior del coche.

- De todas formas, le mandaré a Hooded la foto – resolvió –. A lo mejor con alguno de sus cachivaches sepa aclararnos dónde se encuentra esa masía que se ve a lo lejos.

La madrugada caía bajo un manto de extraña quietud en el centro de Madrid.

Hooded levantó la vista desde el banco en el que llevaba un rato sentado y se convenció de que la capital, en pleno mes de julio y por la noche, perdía su propia esencia disoluta a la que estaba tan familiarizado. Después, regresó a sus quehaceres. El informático entró en el banco de imágenes que encontró por casualidad en el buscador y adjuntó la fotografía que Aura le había enviado por correo. El programa tardó unos segundos en recortar los grafitis que aparecían esparcidos a lo largo de la tapia para volverlos a escanear. Hooded esperó impaciente con el portátil sobre sus rodillas hasta que la pantalla le notificó un resultado. La aplicación de identificación de arte urbano halló una coincidencia con uno de los nombres bosquejados sobre la tapia: *Blansky*. Acto seguido pulsó el *Enter* y la página le derivó a una localización vía *Google Maps* (*algún día dominará el mundo*, pensó). La casa que le indicaba el servidor poseía ciertos rasgos afines a la masía que se desleía tras el follaje de la foto. Al menos, ya conocía su ubicación: Rois, en la provincia de A Coruña.

De pronto, un monovolumen se detuvo a su altura.

El informático cerró la tapa de su portátil cuando el conductor, un hombre joven de aspecto afable, se asomó por fuera de la ventanilla.

- ¿Hooded? – preguntó con una sonrisa desmesurada.

- ¿Pablo, del *BlaBlaCar*?

- Eso es – le confirmó.

El hombre abandonó su asiento para ayudarle a meter su bicicleta y la mochila de viaje en el maletero. Una vez dentro del coche, la música atronó con fuerza.

- ¿Estamos?

- Listo – le aseguró Hooded mientras se colocaba el cinturón.

- Pues entonces, no perdamos más tiempo. Aún nos queda un ratito para llegar a Galicia.

Y sin más arrancó el motor del monovolumen, su silueta desvaneciéndose bajo el fulgor de las farolas de la calle San Bernardo.

DIA 5

Leo se sumergió en el casco antiguo de Noia a primera hora de la mañana. Una maraña de callejuelas empedradas y laberínticas que dotaba a su arquitectura de ese poso del medievo todavía patente, cuando la villa era tierra de zapateros y se convirtió con el devenir de los tiempos en el enclave portuario más importante del Atlántico por su estratégica situación geográfica. El cielo, completamente anubarrado, lo acompañó de camino a la Rúa Ferreiro mientras admiraba aquellas imponentes casonas marineras con soportales de estilo gótico y escudos nobiliarios en sus fachadas que a día de hoy conseguían robar el interés al visitante, como era el caso del Pazo Dacosta o la Casa da Xouba.

Baeza había decidido levantarse temprano tras no pegar ojo la noche anterior. Tal vez aquel paseo le ayudó a despejar las dudas que desfilaban galopantes en su cabeza mientras miles de hipótesis amenazaban nuevos desvelos a falta de respuestas. ¿Por qué desapareció Lúa Prado una tarde de verano de hacía doce años?, se preguntó. ¿Acaso tuvo algo que ver en su decisión su compañera de la Casa Escuela? ¿Y por qué salía la mochila de Tristán Ortiguera en la foto que localizaron en su dormitorio? ¿Quizá por qué sólo él era el responsable de lo que le sucedió y no Iván Minchev como sospecharon en un principio? ¿De qué diablos iba todo esto?

El sargento intentó apartar sus enrevesadas conjeturas de su mente en cuanto localizó la pastelería al fondo de la calle. Una campanilla prendió al traspasar la puerta y se deleitó con el surtido de pasteles y dulces típicos que abarrotaban las dos vitrinas refrigerantes. La dueña, una mujer joven entrada en carnes, le recomendó los melindres y bizcochos de nata. Leo ni siquiera se lo pensó y compró unos cuantos para desayunar con Aura en la casa rural. Al menos, objetó, se lo habían ganado. Mientras la pastelera aderezaba con arquivoltas de cartón un par de bandejas, notó que el móvil le vibraba en el bolsillo de sus pantalones. Rápidamente lo asió y echó un vistazo. *Puesto de La Alberca*, leyó. Un impulso le llevó a retirarse por fuera del establecimiento al tiempo que descolgaba la llamada.

- ¿Quintanilla?

- Buenos días, jefe – le saludó el agente –. ¿Está ocupado?

- ¿Qué has averiguado? – intuyó.

- Ayer localicé a ese cocinero, el tal Claudio Arjona, en la base de datos de la Seguridad Social – soltó de inmediato –. Efectivamente, aparece su baja del San Calixto I en junio de 2007. Aunque semanas

más tarde fue dado de alta en un restaurante de Padrón. En el *Enxebre*. Pero tan sólo estuvo dos meses. Imagino que durante el periodo de prueba.

- ¿Y después?

- Después no hay nada – le esclareció –. Ahí acaba su vida laboral.

- No puede ser – se resistía a admitir –. Estamos hablando de doce putos años. En algún lugar tuvo que recalar ese hombre.

- También puede que esté trabajando en B, o en el mejor de los casos, que le haya tocado la lotería – conjeturó.

El sargento no estaba tan seguro de la buena estrella de Claudio Arjona.

- Igualmente, gracias – decidió cortar la conversación –. Seguimos en contacto.

- Prefiero que no – se atrevió a decir.

Su respiración se tornó dificultosa al otro lado de la línea.

- Prefiero que no vuelva a llamarme, jefe. Al menos, hasta que no se incorpore al Puesto. No quiero jugármela mientras esta tía dirija la Comandancia.

- Lo tendré en cuenta.

Y colgó la llamada por temor a escuchar otro nuevo reproche.

Sin embargo, lo que Quintanilla desconocía es que Lidia Barrientos, la nueva sargento que dirigía con mano de hierro la Guardia Civil de La Alberca, llevaba un rato escuchando por detrás de la puerta de la sala de ordenadores. La mujer apretó con repulsión el capuchón del bolígrafo que sujetaba en su mano e ideó un plan de emergencia en su cabeza. Se prometió que nadie, ni siquiera ese sargento de pacotilla al que habían suspendido de sus funciones por su mala praxis, volvería a juzgar su trabajo.

Lidia Barrientos dibujó una sonrisa taimada en su rostro y se alejó del pasillo, dispuesta a vengarse de aquellos que no merecían segundas oportunidades en la vida.

Aura y Leo desayunaron en el coche de camino a Padrón.

La brisa, húmeda y salada, se filtraba por las ventanillas abiertas del Golf a medida que desmenuzaban en silencio las posibles rutas que se ramificaban en torno a Claudio Arjona. ¿Qué había sido de él una vez que se le acabó el contrato en el restaurante a los dos meses?, se cuestionó la periodista con la mirada prendida a los bosques que alimentaban los aledaños de la carretera. ¿Quizá decidió trabajar en negro tal y como le expuso Baeza cuando fue a recogerla a la casa rural? Y de ser así, ¿seguiría manteniendo contacto con el pinche de cocina de la Casa Escuela, ni más ni menos que Tristán Ortiguera? La idea que se le antojó al sargento mientras masticaba uno de los melindres de la bandeja, *necesitaríamos rastrear el paradero de Arjona y*

averiguar dónde está trabajando en la actualidad, le pareció de lo más conveniente. Al fin y al cabo, consideró, era el único que podría saber de sus planes una vez que se largaron de la casa de acogida en junio de 2007, ocho semanas antes de la desaparición de Lúa Prado.

Media hora más tarde Leo bordeó la villa de Padrón, donde las torres de su parroquia se alzaban soberbias bajo una estela húmeda por detrás del puente romano. Circunvaló el municipio según le dictaba el GPS y retomó de nuevo la AP-9 dirección sur. Una vez que la voz del sistema le indicó que estaban próximos a su destino, el sargento giró a la derecha y se internó por un camino sin asfaltar. El cartel, apostado a un margen de la cuneta, le confirmó sus sospechas: *Restaurante Enxebre*. Baeza avanzó bajo una nube de polvo en suspensión hasta que finalmente, alcanzó una explanada. La casona, revestida de piedra laja y vigas de madera, se erigía tras un amplio jardín con bancos diseminados alrededor de una fuente y tinajas de barro a modo de aderezo. Ambos se apearon del coche en cuanto aparcó delante del restaurante y traspasaron las puertas mecánicas con curiosidad. La cándida iluminación que borboteaba de las lámparas del recibidor le otorgaba una atmósfera apaciguadora, con las paredes lisas y pintadas en tonos crema. Su estilo, minimalista pero a su vez con toques rústicos por lo que descubrieron entre las distintas salas acristaladas, dotaba al lugar de un grado de selección no apto para todos los bolsillos. Mantelerías impolutas en cada mesa, la cubertería recién abrillantada; una ofensa para quienes, como ellos, no albergaban la remota posibilidad de comer en cualquiera de sus apartados.

De pronto, apareció un hombre por una de sus puertas. Uniformado con un traje anticuado y guantes impolutos, Leo se figuró que se trataba del maître. Después se detuvo a un palmo de distancia y continuó examinándolos con animadversión, como si aquello le sirviera para dilucidar qué narices estaba ocurriendo a esas horas de la mañana.

- ¿Les puedo ayudar en algo? – preguntó con cierto soniquete malévolo.

- Nos gustaría hablar con el dueño del *Enxebre* – le ofreció Baeza como respuesta.

- No se encuentra en estos momentos. Pero yo mismo puedo atenderlos. Estoy al mando.

La periodista vaticinó un encuentro de lo más inhóspito. Era incapaz de soportar la mirada recelosa que calibraba tras sus obsoletas gafas de ver, encajonadas tras un aparatoso tabique nasal que le otorgaba una apariencia de ave rapaz.

- Somos de la Guardia Civil – le conminó el sargento.

Aura tuvo claro que pretendía amedrentarlo con aquella táctica

pueril.

- Estamos investigando el paradero de un hombre que por lo que sabemos, trabajó un tiempo en este restaurante – continuó –. Se llama Claudio Arjona.

- ¿Arjona ha dicho? – frunció sus labios mientras intentaba hacer memoria.

- Procedía de la Casa Escuela San Calixto I en Santiago de Compostela – incluyó otros datos –. Hemos ojeado su vida laboral en los registros de la Seguridad Social y nos consta que estuvo dado de alta como cocinero durante dos meses, de julio a septiembre de 2007. Suponemos que a razón de periodo de prueba.

- ¡Ah…! ¡Gordillo! – exclamó con un poso de alivio –. Todo el mundo lo conoce por Gordillo. Creo que era su segundo apellido si no recuerdo mal. Pero sí, efectivamente el tal Claudio Arjona trabajó en el *Enxebre* un par de meses. Y eso que era un excelente cocinero. A mi jefe no le hubiese importado incrementarle la nómina con tal de que no se hubiera marchado. Pero en fin, así son las cosas.

- ¿Motivo? – dejó caer Aura.

- La verdad, tampoco lo supimos a ciencia cierta. Fue todo muy misterioso ahora que caigo.

- ¿Por…? – se interesó Baeza –. ¿Ocurrió algo para que abandonase su empleo?

- En absoluto. Más bien diría que todo lo contrario. Nadie tuvo ninguna queja respecto a su profesionalidad.

- ¿Entonces…? – le interrumpió la periodista –. No lo entiendo.

- Yo tampoco lo entendí. Arjona no se presentó un buen día a su puesto y hasta hoy. Ni siquiera me volvió a coger el teléfono – rememoró –. Aunque ahora que lo dice, esa noche llamó al fijo del restaurante para comentarme que llegaría algo más tarde de lo habitual. Por lo visto había tenido que ir a Rois por motivos personales o algo así.

- Pero no se presentó – terminó de hilvanar la historia.

- Intenté ponerme en contacto varias veces, incluso redacté una carta de despido por si decidía pasarse a firmar el finiquito, pero nunca más volvimos a saber de él.

- Algo raro, ¿no cree…? – le espoleó Baeza a falta de más información.

- Depende. Los buenos cocineros son muy cotizados en la hostelería. Aprovecharía a hacer otra entrevista de trabajo para dejarnos tirados. Ya nos ha pasado en más ocasiones.

- Pero en la Seguridad Social figura que su último empleo fue aquí precisamente.

- Y también puede darse el caso de que esté trabajando sin contrato y ganando mucho más dinero – le rebatió con terquedad –. Es muy

común en el gremio.

Baeza tuvo la poca esperanza de localizarlo en un corto periodo si se acababa cumpliendo su profecía.

- Por cierto, aún no me han dicho por qué lo buscan. ¿Acaso le ha ocurrido algo?

- La investigación se encuentra bajo secreto de sumario – eludió su curiosidad –. Pero en el hipotético caso de que volviera a ponerse en contacto, díganle que la Guardia Civil de Ponferrada necesita hacerle algunas preguntas. Solamente eso. Gracias por su tiempo.

Y justo cuando se decidió a retomar el camino de vuelta, Leo sintió haber fracasado en su intento.

Sin embargo, lo que el sargento no sospechaba es que a escasos 6 kilómetros de distancia, a las afueras del municipio de Rois, Hooded frenó su *canyon* delante de la tapia atiborrada de grafitis.

El informático se apeó de la bicicleta con la capucha de su sudadera de *Stranger Things* echada por encima y volvió a sacar el móvil del bolsillo de sus vaqueros. La imagen que le envió Aura a su correo electrónico le reveló en milésimas de segundo que se trataba del mismo lugar. Después, no tuvo más remedio que aproximarse a la cancela. Una cobertura de nubes borrascosas se deslizaba en el horizonte, alimentando de sombras los ángulos de aquel caserío de dos plantas que se desleía al fondo de la finca, asfixiado por un paredón de arbustos y ramas que lo cobijaban tras años de abandono. Eso mismo pronosticó mientras examinaba el descuidado jardín tras los barrotes de la entrada, todos ellos carcomidos por el óxido y el liquen. Enseguida se percató de que una gruesa cadena de eslabones de hierro rodeaba en multitud de vueltas los dos portones de lanzas, encarcelando cada extremidad por dentro de un candado. Hooded encendió la linterna de su móvil y enfocó el haz de luz sobre el cerrojo. La herrumbre parecía descomponerse por la estrecha ranura de su sistema. Tiró con fuerza de él hasta que el eje cedió, cayendo al suelo varios pedazos del metal. La puerta, en cambio, se abrió tras un prolongado chirrido. Hooded se mantuvo estático con la respiración entrecortada mientras la entrada parecía invitarle a traspasar sus dominios. *Ni de coña*, balbució convencido. Creyó que ya había tenido suficiente con su visita a las destartaladas instalaciones del viejo Psiquiátrico de Toén meses atrás cuando se aventuró a dar media vuelta. El portón volvió a chirriar, su quejido aún más estridente. El informático detuvo el impulso de pedalear y echó de nuevo la vista atrás. El aire sacudía las altas hierbas de la finca, como si de algún modo le advirtiese que no estaba solo. *¡Joder!*, pronunció instantes después.

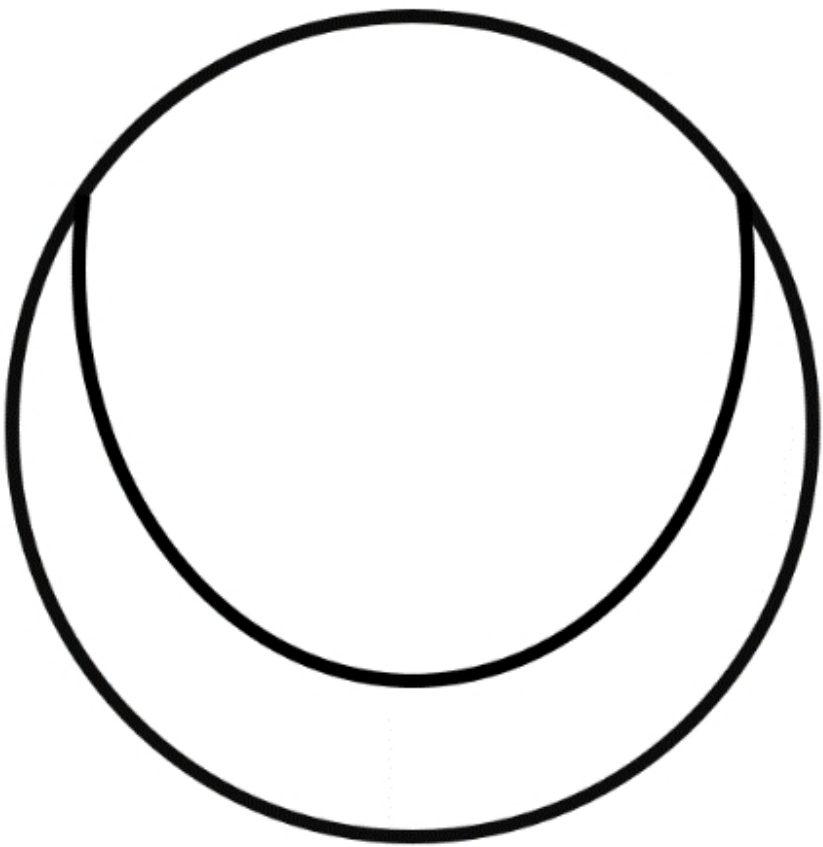
Hooded se acordó de Aura y de todos sus antepasados nada más

adentrarse en aquel vergel selvático que atrochó montado en su *Canyon*. *Al menos*, le relajó pensar, *esta vez no hay niebla*. Los alrededores de la finca se prolongaban frondosos, atisbando a tramos la continuación de la tapia que cercaba el perímetro. Las zarzas crecían imposibles entre la corteza de los árboles frutales, enredándose invasivas a sus ramas secas. La vida parecía haberse extinguido hacía décadas, permitiendo a la naturaleza volver a recuperar lo que era suyo. El joven informático advirtió a un lateral los restos de una piscina de piedra, camuflada de hojarasca y plantas trepadoras. Varias esculturas de imitación renacentista moraban en sus proximidades, resignadas a agonizar bajo un manto de musgo y decrepitud. Hooded continuó pedaleando como si la vida se le fuera en ello hasta que llegó al caserío, una arquitectura de ensueño con pilastras de madera, muros revestidos con mampostería de granito y tejadillo a dos vertientes techado con planchas de pizarra. Acto seguido, se bajó de su bicicleta.

Hooded se arrimó a una de las ventanas y coló la mirada en su interior. Jirones de penumbra solidificada se abrían como tentáculos por el techo y las paredes de lo que a simple vista consideró el salón de la vivienda. Unos cuantos sofás desplazados en torno a una mesilla parecían custodiar con sus respaldos la chimenea de mármol, con restos aún de hollín en su cavidad ennegrecida. Hooded alzó el brazo y dejó que la luz de la linterna desempañara las telarañas que se mecían al fondo, al resguardo de una malla de oscuridad lacerante. Sus cejas se arquearon más de lo normal en cuanto reconoció a aquel monstruo de proporciones colosales bosquejado sobre el frontal. Rápidamente dio un respingo hacia atrás y se dirigió a la puerta delantera. Giró la manilla. Estaba atrancada. El informático no podía quitarse de la cabeza que una de las criaturas del *Juego de la Serpiente* hubiese sido esbozada en aquel caserío deshabitado. ¿Por qué? Aquello le dio muy mala espina. Hooded se cubrió la mano con el puño de su sudadera y atravesó de una embestida el cristal de otra ventana. Una nube de vidrio se pulverizó en el acto, dejando al descubierto la pestaña de cierre. Desatrancó la ventana con cuidado de no cortarse y la deslizó por sus rieles, atascados de suciedad. Después, trepó por su orificio hasta aterrizar en la cocina.

Eso fue lo que constató en un primer examen ocular mientras una pila de platos se asomaba por fuera del fregadero, varias bolsas vacías de comida pululaban por la encimera y algunos de sus muebles, con las puertas abiertas de par en par, mostraban al intruso su propia decadencia entre las distintas baldas. Al girarse, se fijó en las tazas de desayuno que descansaban sobre una mesa, con diminutas flores pintadas en el filo de su porcelana. Alguien parecía haberse olvidado de ellas, ahora pasto del polvo. Hooded hizo un barrido con la linterna

y el haz de luz le reveló la salida. Entonces, partió hacia lo desconocido. Una capa de partículas en suspensión se extendía por el entarimado del suelo, desprendiendo en cada zancada un continuo quejido. Raspas amarillentas que aclaraban a su paso el contorno del mobiliario, testigos mudos del deterioro que sufría la vivienda como si sus astillas supurasen un miasma enfermizo y venenoso. El informático atravesó el umbral del salón y alumbró decidido el frontal. Las formas del mural comenzaron a recobrar vida propia según despejaba las sombras. Hooded se dio cuenta de que la pintura había perdido su color original a medida que proyectaba el foco hacia la figura central, donde la pequeña Alicia de Funelli se resignaba a cohabitar en aquel paredón de espaldas y acompañada por varias de sus criaturas, entre ellas un *Hombre de Musgo* y el *Cucurrumacho*. Quizá los mismos que aparecían en los capítulos salteados del *Juego de la Serpiente*, dispuestos a enredarse en aquel extraño disco solar que los iluminaba bajo un intenso resplandor tras un cielo azul.



Hooded inmortalizó con su cámara la escena y oteó una vez más la composición. El entorno boscoso que se intuía a lo lejos le llevó a

pensar si se trataría de los alrededores de la posada donde fueron a descansar al final del viaje, y que resultó ser el propio Psiquiátrico de Toén por lo que descubrió en una de las ilustraciones del libro. ¿Quién más conocía los secretos que guardaban sus páginas como para dibujarlo en el salón de aquella casa abandonada?, se preguntó. Y lo más importante, ¿qué relación unía a las dos chicas que aparecían en la foto con la obra de Funelli? Aquello lo condujo a inspeccionar el resto de la casa.

Nada más salir por la puerta, reparó en la escalera que partía hacia la segunda planta. Un ramal de escalones que se dispuso a subir agarrado a la balaustrada a medida que la madera, abombaba en el centro con algunos clavos desprendidos, emitía una descarga de lamentos. Las filtraciones de humedad anidaban en ciertos tramos de las paredes. Hooded se apresuró a alcanzar el último peldaño y exhaló un hondo suspiro al descubrir el nuevo pasillo que se abría bajo una cerrazón inquietante. *Quién me mandará a mí*, farfulló de camino. Varias puertas entreabiertas flanqueaban el espacio. Hooded desplazó la primera, el chirrido de las bisagras agonizando en su desplazamiento. Un escalofrío reptó por su espalda. La linterna desempañó poco a poco una cama con las sábanas deshechas y también una maleta con ropa esparcida por el suelo, como si sus inquilinos hubiesen tenido que dejar sus pertenencias. Continuó examinando el resto de las habitaciones, conjuradas a un olvido prematuro e inútil. ¿Por qué?, volvió a preguntarse mientras se dirigía al último dormitorio. La puerta, sin embargo, estaba cerrada. Unos cuantos aperos de labranza descansaban en un recodo de la pared. Hooded asió el manillar y lo flexionó. Segundos más tarde, sus ojos se estrellaron contra una tapia de ladrillos.

La habitación había sido sellada a propósito. Rápidamente depositó el teléfono sobre el rodapié y agarró el mango de una azada con ambas manos. Después, ni siquiera se lo pensó. Hooded golpeó repetidas veces el muro, desencajando los ladrillos en cada embestida. La presión cedió, viniéndose abajo su estructura tras una nube de polvo que enturbió su visión y vició el aire de dentro. Entonces, una oquedad recalcitrante empezó a abrirse camino. El informático apresó su móvil de nuevo y proyectó la burbuja de luz hacia el fondo. Una fetidez corrosiva invadió su sentido olfativo. Hooded se cubrió la nariz con el cuello de su sudadera y avanzó con temor por aquel cuarto ciego y tenebroso. Las paredes, completamente lisas, ni siquiera le indicaron en qué parte de la casa se hallaba. Tampoco había mobiliario alguno. Supuso que se trataría del trastero o de una despensa cuando, de repente, la linterna arrancó las sombras de un bulto que yacía en el suelo. Su corazón comenzó a bombear estrepitosamente. *No es lo que te imaginas*, intentó calmarse a medida

que se acuclillaba y advertía que no era más que una manta gruesa. Sus pliegues, en cambio, dibujaban a la perfección la silueta de una persona. Hooded atrapó una de sus esquinas y se dispuso a retirar el cobertor despacio, lentamente, como si una parte de él se negara a conocer la respuesta. Quizá una certeza que fue adquiriendo formas mientras la luz definía un cráneo desprovisto de carne, con el cabello aún afianzado a sus sienes. Sus cuencas vacías parecían juzgarlo con severidad. También la mordida de su mandíbula, con todas las piezas dentales despojadas de sus encías. Hooded soltó la manta en cuanto observó su mano descarnada por fuera del puño de su abrigo. Acariciaba con sus falanges huesudas la cartera que sobresalía del bolsillo. Se cubrió los dedos con la manga de su sudadera y la retiró estremecido hacia sus pies. Acto seguido, la abrió. Hooded se cercioró entonces que el cadáver era el de un hombre por lo que rezaba el DNI que visualizó por dentro de un tarjetero de plástico transparente. Sacó algunas fotografías y se largó despavorido de allí.

Descendió el ramal de escalones de dos en dos. Tal vez los quejidos de la madera le persuadieron a escabullirse mientras nuevas sombras parecían entorpecer su huida. Ni siquiera se tomó la molestia de tomar otras fotos. Sólo corrió y corrió hasta que la sucia claridad de la mañana se asomó tras la puerta abierta de la cocina. Después escapó por la ventana y se montó en su *Canyon*. El aire arrastraba briznas de humedad cuando se alejó del caserío al tiempo que cruzaba atemorizado el jardín. Una vez que atravesó la entrada de lanzas, enfiló la calle desierta. Localizó en su móvil el número de Aura y pulsó el manos libres. Al tercer tono, apareció.

- Dime – escuchó la voz de la periodista al otro lado.

- Aura, estoy en Galicia – soltó frenético –. He localizado la casa que se veía al fondo de la imagen que me enviaste. ¿Recuerdas…?

Un silencio deliberado interfirió en la conversación.

- Se encuentra a las afueras de un pueblo, en Rois.

- ¡Pero tú te has vuelto loco? – descargó la periodista como un resorte.

- ¡Escúchame, joder! Alguien ha emparedado el cadáver de un hombre en una de las habitaciones. He hallado su cartera. Se llamaba Claudio Arjona.

Lejos de allí, en el Puesto de la Guardia Civil de Ponferrada, Vicente Altamira penetró en la sala de ordenadores con el semblante circunspecto. Ninguno de los agentes que pululaban entre las distintas mesas se atrevió a saludarlo cuando el capitán se aproximó con el paso firme al escritorio de Verónica Corredera y lanzó un folio primorosamente doblado en dos mitades sobre el teclado de su ordenador. La mujer lo apresó al vuelo y atendió a la retahíla de

números garabateados con pulso picudo.

- ¿Qué es? – indagó al tiempo que levantaba la vista del papel.

Sus ojos se encontraron con los suyos.

- No sé si recibiste el correo que te reenvié temprano – su voz se asomó áspera.

- ¿El del sargento Baeza? – dedujo –. Justo iba a ponerme a ello. Tengo el nombre de la chica aquí anotado.

Altamira prestó atención al *post-it* que había sobre la mesa, con la información resumida en varios guiones. Leyó: *llamar a la Casa Escuela San Calixto I de Santiago de Compostela. Preguntar por Cynthia Olmedo*.

- Ya no hace falta – alteró sus planes –. Acabo de hablar con la directora del Centro y me ha facilitado el teléfono de la vivienda familiar. Llama y entérate quién vive ahí. Pero, sobre todo, cómo localizar a Cynthia Olmedo. Necesitamos lo antes posible dar con su paradero y hacerle algunas preguntas sobre Tristán Mouro.

- De acuerdo, jefe – asintió con un golpe de cabeza.

El capitán retomó el camino de vuelta con el propósito de regresar a su despacho. Antes de traspasar la puerta de la sala, frenó en seco y se giró sobre sus talones.

- Por cierto – hizo un parón intencionado.

Verónica Corredera lo miró expectante desde su asiento.

- Acuérdate que hemos programado la videollamada con el exnovio y principal sospechoso de la desaparición de Chlóe Guillot para esta misma tarde. Tengo entendido que el traductor llegará a las cuatro. Es todo.

La agente se limitó a asentir delante de sus compañeros hasta que el sargento se esfumó por uno de los pasillos de la Comandancia. Luego arrancó el auricular del teléfono fijo y marcó los números de la hoja que aún sostenía de la mano.

Al momento, notó que alguien descolgaba al otro lado.

- ¿Dígame?

Una voz masculina emergió de pronto.

- Buenos días. Pregunto por Cynthia Olmedo. No sé si es usted su padre.

- Soy su hermano, pero ahora mismo no se encuentra en casa – le esclareció –. ¿De parte de…?

- Le llamo del Puesto de la Guardia Civil de Ponferrada.

- ¿Ha ocurrido algo? – intentó averiguar por el tono suspicaz.

- Nos gustaría hacerle algunas preguntas acerca de una chica que desapareció hace años y con la que convivió en la Casa Escuela de San Calixto I.

- Imagino que se refiere a Lúa Prado…

Corredera eludió la indirecta, decidida a no aportar otros datos innecesarios.

- Si fuera tan amable de facilitarnos un número donde poder contactar con ella.

- El problema es que apenas tengo relación con Cynthia – dijo como si tal cosa –. De vez en cuando telefonea para interesarse por la salud de nuestra madre, pero este maldito cacharro ni siquiera posee identificación de llamadas. La verdad, no sé cómo ayudarla.

- ¿Y el teléfono del lugar donde trabaja? ¿O un correo electrónico tal vez? – barajó.

- También lo desconozco. Hace años que mi hermana no vive aquí. Ya le digo que sólo llama de cuando en cuando para preguntar por nuestra madre. Es la única relación que tenemos.

Verónica percibió cierta tirantez por su parte.

- Siento no poder serle de más utilidad – resolvió, deseoso de cortar la llamada.

- Si por un casual tiene ocasión de hablar con Cynthia, dígale que se comunique con el Puesto de Ponferrada. Es bastante urgente – prefirió dejarle con la miel en los labios.

- Descuide. Así lo haré. Que tenga un buen día.

Y colgó.

Hugo Olmedo farfulló una ristra de improperios por fuera de la habitación de su madre a medida que entraba en su *WhatsApp* y localizaba a Cynthia entre sus contactos. Una rabia ponzoñosa comenzó a filtrarse por sus venas, como si su simple mención arrastrase consigo un veneno adiposo y electrizante difícil de mitigar. Escribió: *"La Guardia Civil ha llamado preguntando por ti. No sé en qué lío andarás metida ni tampoco pretendo saberlo. Pero la próxima vez no te encubriré"*. Su hermana entró en línea al momento. Luego se dio cuenta de que tardaba en contestar. Al cabo de unos minutos, respondió: *"Más te vale que sigas con la boca cerrada si no quieres que tu mujer se entere de la clase de hombre que eres. No sé cómo puedes dormir por las noches, pervertido de mierda"*.

Una brisa húmeda y sedosa cimbraba los tallos de los maizales que se adivinaban tras los setos de la casa rural, delante de la ría de Noia. Baeza atravesó el extenso jardín y depositó en la mesa de granito la empanada rellena de atún y pimientos que habían comprado en un supermercado de camino. Enseguida se percató que Aura estaba descargando en su móvil las imágenes que el informático le había enviado a su correo. Fotografías que mostraban las destartaladas habitaciones del caserío, conjuradas bajo el dominio de la suciedad y el propio abandono. Luego se sentó en una de las sillas, sus cuerpos confrontados.

- ¿Sabías que Hooded se encontraba en ese viejo caserón de Rois? – la tanteó adrede.

- Por supuesto que no – respondió, imbuida en las imágenes.

Sus ojos rastrillaban con curiosidad cada porción de la vivienda, los muebles que resistían indemnes a su castigo, el olor que desprendían los nidos de moho sobre sus paredes.

- Todavía no se me va de la cabeza que el muerto sea Claudio Arjona – dijo visiblemente afectado –. Hablaré después con Altamira para pasarle la información, por si la familia del cocinero hubiese interpuesto una denuncia por desaparición.

Aura ni siquiera parecía escucharlo mientras su rostro rezumaba una expresión de repulsa. Rápido le sobrevino una arcada implacable, trufando su aliento de virutas ácidas.

- ¿Estás bien? – se preocupó, inclinándose en su asiento.

La periodista depositó el móvil sobre la mesa con la mirada acuosa.

Leo, por su parte, no pudo resistirse a contemplar la fotografía que despuntaba en la pantalla de su teléfono, el cadáver de Claudio Arjona descomponiéndose bajo un sortilegio cruel y nauseabundo. Se fijó en la cabellera que asomaba en la zona parietal de su cráneo desnudo, así como en la cavidad nasal, despojada de su estructura cartilaginosa. También en sus ropas acartonadas, con cercos amarillentos originados por la propia putrefacción.

- Es horrible – articuló con esfuerzo –. No puedo mirarlo. Es prácticamente un esqueleto.

- Eso es por el tiempo que lleva encerrado en ese cuarto – alegó convencido –. Estoy seguro de que murió el mismo año que se le perdió la pista en los registros de la Seguridad Social a partir de septiembre de 2007. De ahí que el maître del *Enxebre* no lo localizase cuando esa noche no se presentó a trabajar en el restaurante.

- Creo recordar que le avisó por teléfono para advertirle que llegaría algo más tarde de lo habitual.

- Cierto. Se excusó con que tenía que viajar a Rois por motivos personales.

- ¿Por qué…? – a Aura le costaba hallar un razonamiento.

- Porque fue a visitar a Mouro – elucubró –. Al fin y al cabo, ambos fueron compañeros de cocina en la Casa Escuela. Debió de ver algo que le hizo sospechar y acudió a ese caserío para averiguar qué se traía entre manos. Supongo que Tristán, por miedo a que hablase, se lo cargó y emparedó su cadáver en esa habitación.

La periodista dedujo que la intrahistoria de Claudio Arjona empezaba a encajar por sí sola.

- Y a juzgar por las fotos, huyó de allí precipitadamente. No sé si te has fijado que había más de una cama sin hacer y algunas prendas por el suelo.

- Más bien utilizaría la tercera persona del plural – la corrigió –. Huyeron.

- ¿Crees que Tristán no vivía solo, que Lúa y Cynthia permanecieron a su lado?

Aquella hipótesis la sumió en una invariable perplejidad al tiempo que Baeza cortaba con un chuchillo un trozo de la empanada.

- Está claro, ¿no? La foto que encontraste en la habitación de Lúa es más que evidente.

- Pero el caserío no ofrece un aspecto de haberlas mantenido allí cautivas.

- ¿Y qué te hace pensar lo contrario? – la rebatió con la boca llena –. A lo mejor Tristán no tuvo que secuestrarlas. Simplemente las persuadió para que permaneciesen junto a él.

Aura alumbró la posibilidad de que estuviera en lo cierto. ¿Acaso Tania Oldán e Inés Solís no mantuvieron hasta el final una fuerte ligazón hacia su persona?, rememoró mientras algunas escenas del búnker desfilaban en su mente. Ella fue testigo de cómo lo veneraron de un modo irracional, decididas a romper con todo su mundo en el mismo instante que Tristán las convenció tras un elevado poder de persuasión.

- Tienes razón – señaló –. Probablemente las engatusó a su favor.

- Aunque eso no es lo importante, sino saber por qué lo hizo y con qué finalidad.

- ¿Qué quieres decir…? – le pidió más detalles.

- Puede que la clave se encuentre en ese fresco de la pared.

Leo giró la pantalla de su móvil para que atendiese al mural esbozado a color en una de las paredes del caserío. La figura central, de cabellos rubios y vestido almidonado, se mostraba de espaldas en la composición, acompañada de otros seres paganos por dentro de un paraje boscoso. La luz que los imantaba, intensa y blanquecina, confería al entorno una suerte de relumbre apocalíptico.

- Imagino que habrás caído en la cuenta de que se trata de Alicia, la protagonista del *Juego de la Serpiente*, junto al resto de criaturas mitológicas que la acompañaron en su periplo hasta Toén.

La periodista asintió conforme.

- Pero lo que me llama poderosamente la atención es esa especie de disco solar que los deslumbra desde el cielo y los invade de luz – continuó –. Un símbolo que nunca antes habíamos visto. Ni siquiera aparece en los capítulos del libro de Funelli.

- Ya te dije que podríamos llamar a ese analista, Félix Villalobos – adujo –. Es experto en simbología criminal. Tampoco perdemos nada por conocer su opinión.

- ¿Crees que funcionará…? – Baeza no estaba del todo seguro.

- Salgamos de dudas.

Aura cogió el móvil y entró en su agenda de contactos. Apenas tardó en localizar al analista por la letra *V*. Una vez que pulsó el botón

verde, esperó impaciente una señal.

Descolgó al segundo tono.

- ¿Diga…? – su voz destilaba trazas de desconfianza.

- Hola. Pregunto por el señor Félix Villalobos – soltó con atropello.

- Sí, soy yo.

- Disculpe que le moleste. Mi nombre es Aura Valdés y soy periodista. Hace días una vecina de La Alberca, Pepa Jiménez, me dio su número privado.

El hombre continuaba callado. Únicamente su respiración intercedía por él.

- Le llamo porque me gustaría hablar con usted acerca de un caso que llevo entre manos.

- Lo sé – respondió –. Estaba esperando su llamada.

Oriol Estrada detuvo los dedos por encima del teclado del ordenador y alzó la vista.

Reconoció de inmediato el sonido de sus tacones, una fuerte sacudida que desbrozaba con impulso el suelo laminado de la redacción. Tal vez un repiqueteo osado y persistente que condujo a algunos de sus compañeros a abandonar sus quehaceres mientras el periodista se preparaba mentalmente para una inminente emboscada.

Tina Bustos cruzó la puerta de su despacho con el semblante adusto y frenó su avance delante del escritorio. El hombre la miró estupefacto al tiempo que se reclinaba en la butaca.

- Supongo que estarás al corriente de la caída de tráfico en la plataforma y la retirada de publicidad por parte de varios anunciantes – arrojó con aplomo –. ¿Qué está pasando, Estrada?

El periodista hizo de tripas corazón y sostuvo la mirada de su redactora jefe con aprensión.

- Lo sé, Tina. Sólo necesito un poco más de tiempo. Estoy a punto de recibir nuevo material.

- ¡Me estás vacilando? – le interpeló con dureza –. Eso mismo dijiste antes de ayer. ¿Dónde se supone que está esa noticia bomba de la que todo el mundo iba a hablar este verano? Porque, si no recuerdo mal, han pasado tres días desde que volviste a subir el vídeo en la *Intranet* y la gente está perdiendo el interés de tu asesino en serie. ¿Cómo era, *da Serpe*…?

- Y tienes razón – se excusó –. Dame unos días y te prometo que nuestra noticia abrirá todos los putos informativos de este país.

Tina Bustos perfiló una mueca de escepticismo en su rostro.

- Te recuerdo que me enfrenté a la dirección de la Xunta porque tú me convenciste de ello – quiso ponerle los puntos sobre las íes –. Me estoy jugando el culo, Estrada.

- De verdad, confía en mí. Te juro que no te arrepentirás.

El periodista sintió que se le estaban empezando a agotar los recursos.

- Hoy mismo hablaré con mi fuente – se convenció a sí mismo.

- Me da igual cómo lo hagas. Pero si en veinticuatro horas no tengo nada nuevo sobre mi mesa, tú y yo tendremos que hablar seriamente.

La redactora jefe del Correo de Galixia dio media vuelta y se largó del despacho, volviendo a desconchar con sus tacones el suelo de la redacción. El ímpetu con el que parecía azotarlo le sumió en una oscura desazón mientras veía peligrar su puesto en el periódico. Oriol cogió su móvil y recordó los últimos mensajes que le había enviado a Aura Valdés. ¿Cuántos eran? ¿Seis, diez?, se preguntó. Ninguno respondido. ¿Por qué…? El periodista frunció el ceño a medida que entraba en su *WhatsApp* y pulsaba sobre su nombre. Leyó unos cuantos: *"Hola. ¿Tienes algo nuevo?" "Buenos días. ¿Has averiguado algo más en Galicia?" "Avísame. Es urgente" "¿Se puede saber por qué no me respondes?"*.

Oriol Estrada, el reportero estrella del Correo de Galixia, el mismo que su trabajo le granjeó multitud de felicitaciones en el pasado y que sólo aspiraba a dar el salto a Madrid, apretó su mandíbula cuando dedujo que aquella tipeja se la había jugado. Entonces golpeó su mesa con el puño y soltó en alto un *¡joder!*

Varios de sus compañeros lo miraron atónitos a través de la puerta.

El reloj de la sala de investigaciones marcaba las cuatro en punto.

Varios agentes se situaron alrededor del ordenador portátil mientras Altamira saludaba con un apretón de manos a la traductora francesa que se había presentado en las instalaciones de la Guardia Civil antes de tiempo. Una vez que la invitó a tomar asiento junto a sus hombres (comprobó que Martínez y Labrador se hicieron a un lado para dejarla pasar), el capitán del Puesto de Ponferrada y la comarca del Bierzo decidió situarse en el centro con intención de dirigir la operación. Corredera se encargó de anunciarle que ya era la hora. Entonces tomó el ratón inalámbrico y pulsó encima del icono verde. La videollamada se inició.

Enseguida surgió en la pantalla la imagen de un hombre con el pelo entrecano y moldeado con fijador, el rostro recién afeitado y ataviado con una camisa de cuadros en tonos grises y rosas. Su apariencia, más bien atractiva, denotaba cierta clase de incomodidad pese a rondar la cincuentena por lo que había leído el capitán en el informe. Quizá lo achacó a la cantidad de rostros anónimos que parecían enjuiciarlo en silencio al otro lado del monitor. El hombre carraspeó por dentro de aquel habitáculo con las paredes forradas de estanterías y libros y se dirigió a todos antes de tragar saliva por segunda vez.

- *Bonsoir* – pronunció a medida que cruzaba y descruzaba sus dedos,

nervioso.

La traductora se limitó a interpretar sus palabras a los allí presentes. *Buenas tardes*, remarcó con la voz impostada.

- Buenas tardes – le devolvió Altamira el saludo.

La traductora hizo lo propio.

- Antes de tratar el asunto que nos concierne, me gustaría confirmar su identidad. ¿Es usted Pierre Marchand?

- Sí, soy yo – respondió de manera escueta.

- De acuerdo. Imagino que la policía francesa le habrá comunicado que nos facilitó su número personal para realizar la entrevista.

- Por supuesto. Un agente me avisó ayer tarde, aunque no quiso desvelarme el motivo.

- Le explico – articuló el capitán tras coger una bocanada de aire –. Hace días apareció en la escena de un crimen una jeringuilla con una huella dactilar. El Laboratorio la cotejó con la base de datos de la Interpol y halló una coincidencia con el caso de una joven que desapareció en Rocamadour en 1998.

- Chlóe Guillot… – balbució el hombre con la voz consumida, fruto de una nostalgia invencible.

- Parece ser que la huella corresponde a uno de los empleados del camping *La Saline*, propiedad de los padres de Chlóe. He leído que el tipo trabajó en el mantenimiento de los jardines el mismo verano que la chica desapareció. Un tal Tristán Mouro al que se le tomó declaración días después junto al resto de sus compañeros.

- Recuerdo perfectamente a ese español – le interrumpió Pierre Marchand.

- Sin embargo, el cuerpo de Chlóe Guillot nunca apareció y en el juicio que se celebró meses más tarde, los indicios recayeron en usted al ser el principal sospechoso. Luego fue puesto en libertad por parte de la acusación a falta de pruebas.

El hombre ladeó el rostro cuando las imágenes de aquel verano volvieron a atormentarle. Su mirada se tornó vidriosa.

- Sé que han pasado veinte años de aquello – prosiguió –, pero me gustaría escuchar su historia y comprender qué sucedió.

Una lágrima rodó por la mejilla de Pierre Marchand.

- ¿Para qué…? ¿Acaso va a cambiar algo de lo que tuve que soportar durante años?

- Evidentemente, no – recalcó –. Pero su versión puede ayudar a que se haga justicia de una vez por todas.

- No sé qué necesitan de mí. Ya le conté a la policía todo lo que querían saber. Conocí a Chlóe el mismo día que nació. Su padre, Bastian Guillot, era uno de mis mejores amigos del instituto, de ahí que pasara tanto tiempo en el camping que heredó de sus tíos. Pero cometí un error; ahora reconozco que cometí el error de enamorarme

de ella. Chloé tenía quince años cuando nos acostamos la primera vez. Sé que estuvo mal, que debí haberlo parado a tiempo, pero me dejé arrastrar; de algún modo me enganché a ella, a su cabello rubio y ondulado, a su piel blanca, a su sonrisa de fresa.

Los agentes se miraron enmudecidos.

- Chlóe era especial. Una joven llena de risa, de vitalidad, de luz… Tenía un *je ne sais quoi*. Tal vez no estaba pasando por un buen momento a mis treinta y ocho años. Llevaba siete casado con mi novia de siempre y la verdad, el matrimonio estaba siendo una tortura para ambos. Por eso me enganché a Chlóe de una forma irracional. Ella era distinta, sabía comprenderme, sabía escucharme, ni siquiera aparentaba quince años.

- Pero era menor de edad – matizó el capitán.

- Y por eso mismo acordamos llevar nuestra relación en secreto.

- ¿Cuánto duró aquello? – se atrevió a indagar.

- Dos meses. El tiempo que estuvo trabajando en el camping hasta que desapareció.

- Disculpe que me entrometa, señor Marchand – lo asaltó Corredera al otro lado de la pantalla –. Anoche terminé de repasar el diario personal de Chlóe Guillot que se aportó como prueba en el juicio. En él, la chica relataba que usted la obligó a abortar cuando supo que se había quedado embarazada, que incluso su comportamiento cambió a raíz de ese suceso.

- ¡Pues claro que la obligué! – se exasperó –. ¡Yo no quería tener un bebé, era una jodida locura! ¡Qué demonios iba a contarle a mi esposa? *Hola cielo, ¿te acuerdas de la hija de Bastian? Pues resulta que hemos estado follando las últimas cuatro semanas y vamos a ser padres. ¡Sorpresa!* – ironizó con los brazos en alto –. Lo único que hice fue frenar aquella puta locura para que ninguno de los dos saliera malherido.

- Pero la chica escribió en su diario que dejaron de verse, que ni siquiera le devolvía las llamadas. ¿Por qué?

- Porque una vez que pagué la intervención y abortó en esa clínica de Burdeos, le dije que tenía que olvidarse de mí, que lo nuestro había llegado demasiado lejos y que no podíamos seguir viéndonos. Pero Chlóe se molestó, por supuesto. Se molestó y a partir de entonces, comenzó mi calvario. No paraba de llamarme a todas horas, mi mujer la atendió incluso cuando se atrevió a telefonear a casa. De algún modo me sentí acosado y entendí que seguiría haciéndolo hasta que no la viera en persona.

- Y la llamó una tarde para quedar, ¿es así? – hiló la agente según la versión que ofreció en el juicio.

- Eso es. La misma tarde del 14 de julio, festividad nacional de Francia.

- No obstante, usted declaró que Chlóe no se presentó a la cita –intervino Altamira –, que nunca llegaron a verse porque fue esa tarde cuando la chica desapareció. ¿Qué cree que pudo ocurrirle?

- ¿Cree que si lo supiera, hoy estaría aquí sentado hablando con ustedes? – le encaró a través del cristal –. Chlóe desapareció el 14 de julio, cierto. Pero desapareció dos horas antes de reunirse conmigo como se recoge en el sumario. Si lo han leído, sabrán que ese día salió de trabajar a las cinco y que quedamos en vernos a las siete a las afueras del pueblo, en un lugar conocido como *La Foret des Singes*.

- Y ese fue, digamos, el primer error que cometió – se adelantó Labrador –. No confesar a la Gendarmería que se habían citado. Chlóe dejó anotado en su diario que iba a romper con ella. Estaba convencida.

Pierre Marchand se revolvió en su asiento, como si de nada sirvieran los datos que estaba aportando a su testimonio.

- Oiga, yo no quería romperle el corazón –tradujo la intérprete apurada–. Sólo necesitaba aclararle que lo nuestro era un error, que no volviera a llamar a mi casa, que se olvidara de mí. ¿Qué culpa tengo yo si al final decidió no presentarse? Evidentemente, algo tuvo que ocurrirle de camino a *La Foret*.

- Pero de haber contado la verdad a la policía, las sospechas nunca hubiesen recaído en usted – persistía el agente.

- Tal vez. Aunque el diario me hubiese delatado igualmente – manifestó en su defensa.

- O más bien el hecho de participar en las batidas de búsqueda, e incluso prestar apoyo a la familia – le rebatió –. Segundo error, señor Marchand.

El capitán advirtió el gesto apurado que trazó en su rostro a tenor de aquel improvisado interrogatorio.

- Entiendo lo que insinúa, pero estaba aterrado – se justificó –. No deseaba exponer mi historia con Chlóe. Rocamadour se había llenado de furgones de distintos medios de comunicación y la gente hacía preguntas. ¡Qué quería que hiciese? No podía perder a mi familia. Había traicionado a uno de mis mejores amigos, joder. Pensé que si no lo contaba, nadie sabría que me había citado con ella la tarde que desapareció. Pero me equivoqué, y mucho. La Gendarmería encontró el diario debajo de su cama una semana más tarde y me señaló como único responsable de su desaparición.

Un silencio abrupto se coló en la videollamada.

- En cualquier caso, fue absuelto por falta de pruebas – rompió el hielo Altamira.

- ¡Y de qué valió? – se convenció de sus palabras –. Lo peor vino después, desde luego. La gente había tomado su propio juicio de valor. Me denegaron la entrada en multitud de comercios de la zona. El

negocio que regentaba aparecía día sí y día también con pintadas, llamándome asesino y otros calificativos que prefiero no mencionar. Incluso varios familiares de Bastian me amenazaron si continuaba viviendo en el pueblo. Tuve que mudarme de Rocamadour, ¿sabe…? Empezar de cero. Abandonar mis raíces por miedo. Y decidí largarme cuando mi mujer me pidió el divorcio.

- Comprendo – se limitó a decir. En el fondo, ya se había hecho una idea del martirio que debió sufrir en sus carnes por la pésima praxis de la policía francesa –. Cambiando de tema, ¿qué podría contarnos acerca de Mouro? En estos momentos estamos intentando dar con su paradero. Cualquier información que recuerde podría ser crucial.

- Es que apenas conocí a ese español. Únicamente le saludaba cuando nos cruzábamos en el bar y poco más. Dese cuenta que la mayoría trabajaba sólo en temporada alta y los padres de Chlóe solían cambiar de personal cada año. Era difícil entablar cualquier tipo de relación que fuese más allá de un *buenos días* o un *hasta luego*.

- ¿Y Chlóe? – se aventuró –. Antes ha dicho que trabajó ese verano en el camping. ¿Alguna vez la vio hablando con Mouro?

- No sabría decirle. Y si ocurrió, ahora mismo no lo recuerdo. Pero sabiendo cómo era de extrovertida, tampoco lo descartaría. Quizá los compañeros que trabajaron con ella puedan esclarecérselo, aunque imagino que llegan demasiado tarde.

- ¿Por qué lo dice?

- Porque sólo Chlóe tiene la respuesta. Y ese secreto se lo llevó con ella allá donde esté.

Sus palabras provocaron en el hombre una llantina frágil y continuada. Altamira miró a sus agentes, los cuales le devolvieron la misma mirada de estupefacción.

- Señor Marchand, le agradecemos que haya podido atendernos – prefirió finiquitar la conversación –. Lo mantendremos informado de cualquier avance en el caso.

- Me gustaría decir una última cosa – su voz se tornó oscura –. Si realmente es Mouro el culpable, espero que se pudra en prisión. He cargado con la culpa demasiados años y ya es hora de que se haga justicia.

Un diluvio cuasi universal desleía la Rúa do Vilar cuando entraron en la cafetería.

Lo primero que les llamó la atención fue la decena de clientes que se apiñaban por fuera de la barra de capitoné, donde un par de camareros los atendían con el paso apresurado. Las vitrinas estaban a rebosar de platos con comida. Los pasteles y otros dulces, conservados en una cámara frigorífica entre blondas de encaje y arquivoltas. Aura hizo un barrido somero desde la entrada y se dejó cautivar por aquella

arquitectura de madera y cristal, con lámparas decimonónicas colgando de sus techos, veladores de mármol con pies de hierro labrado y espejos esmerilados en sus paredes, con cercos de haber soportado más de un siglo entre vapores de agua y coloquios de café. Enseguida se percató de que un hombre estaba intentando robar sus desvelos con el brazo en alto. Leo también se dio cuenta y enlazaron un camino tortuoso entre las distintas mesas, la mayoría ocupadas. La periodista comprobó que Félix Villalobos, el analista al que había telefoneado horas antes en relación a los últimos acontecimientos de la investigación, era un hombre que sobrepasaba el límite de los sesenta con el cabello engominado y teñido en un tono similar al betún de Judea, las cejas pobladas y subrayadas en una suave uve invertida, pero sin mácula de barba tras un afeitado apurado. Villalobos se levantó, exhibiendo a la fría luz de la tarde que traspasaba el ventanal un traje impecable con la camisa abotonada hasta el penúltimo botón de nácar y zapatos lustrosos. Aura dedujo que bajo su percha, compacta y estilizada, se escondía un hombre de exquisita educación, trato afable y rectitud. O al menos esa fue la impresión que recibió cuando estrechó sus manos y los invitó después a sentarse en el velador, sus cuerpos enfrentados en aquella cafetería del centro de Santiago.

- Antes de nada, nos gustaría disculparnos por haber interrumpido sus vacaciones en Sanxenxo – se atrevió a decir la periodista –. La verdad es que no imaginábamos que estuviera tan cerca.

- Suelo venir cada año, sobre todo desde que compré el apartamento a pie de playa – les confirmó –. Aunque el placer es mío. He seguido por la prensa los casos que cubrió en La Alberca y Ponferrada. La felicito. Sin embargo, no entendí muy bien el motivo de su llamada. Pepa me avisó hace días pero no supo explicarme.

- Digamos que en estos momentos nos encontramos en una especie de callejón sin salida – dejó entrever.

- Entiendo – musitó. Luego cruzó sus piernas, definidas bajo la tela de su pantalones – Supongo que sabrá que sólo he colaborado con la policía un par de veces. Mis estudios versan en torno a la simbología criminal. Quizá no les sea de gran ayuda.

- Al contrario. El asunto trata justamente de eso: de símbolos y murales – añadió Baeza.

Félix Villalobos esgrimió un rictus de incomprensión a medida que daba un sorbo a su taza de café.

- Lo que quiere decirle mi compañero es que llevamos varios meses siguiendo la pista de un hombre llamado Tristán Ortiguera.

- ¿Y es…? – se interesó.

- El tipo que se esconde tras los crímenes no sólo de Penélope Santana y Tania Oldán, sino también de otras chicas. Gracias a un

chivatazo, hemos dado con una vieja masía a las afueras de Rois donde parece ser que vivió años atrás. El caso es que en una de sus paredes se ha encontrado esto.

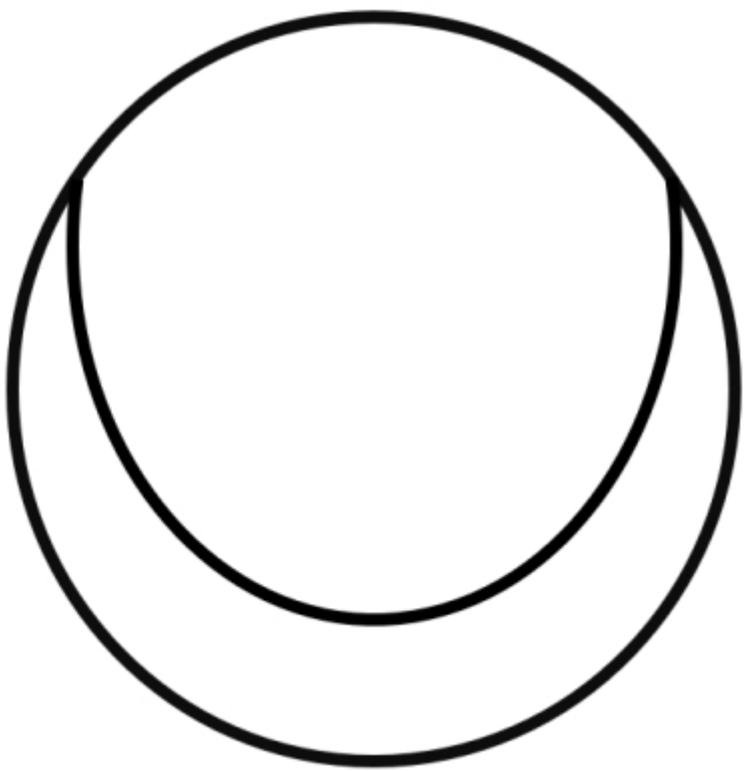
Aura Valdés extrajo el móvil de su cazadora y enseguida le mostró una de las fotos que su amigo el informático inmortalizó en el salón de aquel caserío abandonado.

Una vez que le cedió su teléfono, Villalobos se enredó al disco solar que sobresalía en lo alto del fresco. Ambos observaron la forma en que fruncía su entrecejo.

- Nos preguntamos si sabría identificar el símbolo que aparece representado en la parte superior de la imagen – entorpeció Aura su concentración.

El analista arrancó un papel del servilletero e introdujo la mano por dentro de su chaqueta. En cuanto sacó una estilográfica con el plumín historiado, se dispuso a esbozarlo con pulso de cirujano.

Leo y Aura atendieron ensimismado a las formas que iban manifestándose en la servilleta.



Después lo observó detenidamente, volteando el papel entre sus dedos como si hubiese sido capaz de hallar una respuesta entre sus aristas aventajadas.

- ¿Y bien…? – se entrometió Leo, impaciente por saber.

- La parte inferior representa una luna invertida, eso está claro – respondió, imbuido aún en la imagen –. Y lo que asemeja un disco solar es, al menos en apariencia, un tipo de *Ramz* – añadió –. A priori, yo diría que se trata de un símbolo utilizado por algún grupo terrorista islámico, tipo Daesh o Al Qaeda. ¿Es posible…?

Ambos se miraron atónitos, como si tuviesen la capacidad de compartir las imágenes que desfilaban en su cabeza al rememorar la conversación que mantuvieron con el subinspector de la Comisaría Provincial de Ourense, Antonio Villarejo, y su teoría sobre que una célula terrorista estaba detrás de la ejecución de Iván Minchev.

- Es posible – se limitó a decir Aura –. Aunque me sorprende.

- Tal vez esté equivocado. Aunque lo que realmente me desconcierta es la niña que aparece representada un poco más abajo junto a… ¿Son criaturas mitológicas? – se preguntó mientras volvía a apresar el móvil.

- Más bien la protagonista de un viejo manuscrito titulado *El Juego de la Serpiente* – añadió Baeza sin ánimo de desvelarle el nombre de Funelli –. Pero más que un juego, se trata de un camino que la niña recorre por diversos capítulos escogidos a propósito y en donde en cada uno de ellos se va sumando uno de esos Seres, oriundos de una zona en particular de la Península.

- Entonces, ¿por qué el autor de este mural ha representado un símbolo islamista dentro de una composición pagana? No tiene mucho sentido el *Ramz*, la verdad.

- Para nosotros – puntualizó la periodista.

Félix Villalobos apartó la vista de la pantalla para sostener su mirada.

- Que desconozcamos el origen del disco solar no significa que no tenga un sentido para Tristán Ortiguera, el cual ha ido matando a una chica en cada punto de ese camino. La última fue hace cuatro meses en el Bierzo y se llamaba Tania Oldán.

El analista esbozó una expresión de perplejidad en su rostro difícil de borrar.

- ¿Me está diciendo que el sujeto ha cometido varios crímenes siguiendo la historia de un libro? – dudó.

- Eso parece – le ratificó –. Es más, hace poco hemos descubierto que Tristán Ortiguera conoció en 1978 al autor del libro, un tal Funelli. No sabría concretarle si se trata de un seudónimo o de su apellido real, pero sí que la relación se fraguó en el Psiquiátrico de Toén.

- Es bastante confuso – vaciló –, sobre todo porque el mural representa dos mundos contrapuestos. En este caso, el islamismo contra el paganismo. Aunque si tuviera que hacer un análisis

preliminar, diría que el fresco se divide en dos perfectas mitades. Por un lado se encuentra la parte superior, donde esa especie de sol o *Ramz* simbolizaría, a mi parecer, sus creencias. Y por otro lado estaría la parte inferior, donde de algún modo se manifiesta su propia motivación, lo que empuja a ese hombre a cometer tales asesinatos. Pero es sólo una teoría. Antes necesitaría saber cómo murieron esas chicas para poder pergeñar un perfil del sujeto.

Leo tuvo una idea en cuanto el camarero interrumpió el coloquio para tomarles nota. Ambos pidieron un café con leche mientras Baeza rebuscaba en su teléfono algunas fotografías de la escena del crimen de Penélope Santana en el Bosque de los Espejos. Una vez que las localizó, descargó de su correo electrónico las imágenes que recibió de Tania días atrás.

Después, le entregó el móvil al analista.

- Si observa las fotos, verá que las víctimas siempre aparecen en zonas boscosas, con una castaña en su mano derecha y sal marina en el cabello. Al menos las que han sido encontradas, ya que a día de hoy se desconoce el paradero de algunas de las jóvenes.

El hombre escudriñó cada imagen con detenimiento.

- Es curiosa la forma en como presenta a sus víctimas – articuló al cabo de unos minutos –. Por lo menos en el caso de Penélope, ya que la muestra con un aspecto inmaculado, puro, que roza casi una inocencia pueril. También me llama la atención que sus brazos estén ligeramente separados del tronco, colocados en una perfecta uve, como si tuviera intención de echar a volar. Sin duda, hay un trasfondo virginal en su proceder.

- ¿Por qué? – prorrumpió la periodista.

- Es difícil de saber. Posiblemente causado por un trauma no resuelto en el pasado.

- ¿Y sobre la castaña y el agua de mar? – la secundó Baeza –. ¿Qué nos puede decir?

- Es llamativo, por supuesto. Más que nada porque la castaña, aparte de ser el alimento de los muertos, representa la unión de lo terrenal con sus divinidades. Algo así como la puerta que une el mundo de los vivos con el de los muertos. No sé si me explico. En cambio, el agua representa la purificación, la limpieza, la purga de cualquier pecado. Es probable que su uso venga motivado por un ritual pagano a modo de ofrenda.

Leo torció visiblemente los labios, como si su particular conjetura se alejara lo suficiente del escrutinio de los hechos, tal y como evidenciaban las fotos.

- Disculpe que le contradiga, pero el *modus operandi* no me resulta factible con el de un yihadista – sonó a réplica –. Me cuesta llegar a su teoría.

- Evidentemente. Dese cuenta que la forma de ejecución revela un distintivo, algo así como su propio sello personal – refutó –. Sin embargo, apuesto a que el asesino imita en su proceder una creencia musulmana, una especie de impronta para que todos sepan que ésa es su obra. Lo que ya no sabría atestiguar es el motivo o el porqué de esa firma que rubrica en cada cuerpo, como tampoco los símbolos que he visto pintados en sus párpados.

- ¿Qué insinúa? – le interrumpió Aura.

- Que antes necesitaría averiguar por qué escoge a unas chicas y a otras no. Es decir, hay algo en ellas que le llama poderosamente la atención.

- O no – le rebatió –. Llevamos meses investigando los casos y le aseguro que ninguna coincide en edad, estatura, peso o color de cabello…

- Ahí se equivoca, Aura. Siempre existe un patrón común. Algo que hayan pasado por alto. Y hasta que no descubran por qué las castiga, nunca podrán entrar en la mente de Tristán Ortiguera. Jamás.

Una lluvia fina salpicaba los cristales de la ventana del salón. Leo encendió a su paso la lámpara de pie y echó un vistazo por fuera. La noche caía tenebrosa entre jirones de humedad, punteando de diminutas luces procedentes de otros chalés la falda del valle. Al retirarse, se cercioró de nuevo que Aura apenas pestañeaba delante de la pantalla de su portátil. Llevaba cerca de cuarenta y cinco minutos atendiendo a la grabación que Altamira le había enviado por *WeTransfer* a su correo electrónico. La prueba ineludible de que Pierre Marchand, el que fuera amante de Chlóe Guillot años atrás, no tenía ni la más remota idea del paradero actual de la joven (pese a albergar la sospecha de que probablemente estuviera muerta) y mucho menos de Tristán Mouro. Eso fue lo que vaticinó una vez que visualizaron la videollamada gracia a unos subtítulos que la periodista insertó mediante un programa de traducción y en el que ninguno de los dos llegó a una conclusión clara. ¿Qué le ocurrió realmente a la joven francesa la tarde del 14 de julio de 1998? ¿Tal vez el que fuera por entonces Tristán Mouro la asaltó cuando se dirigía a su cita con Marchand? ¿Y qué hizo con su cadáver, lo enterró en el bosque al igual que Tania?

Eran tantas las preguntas que rugían en su cabeza, que no pudo por menos que compartirlas con la mujer que se afanaba en encontrar una respuesta desde el salón de la casa rural.

- No te esfuerces – vació sus pensamientos –. Ese tío no ha aportada nada significativo sobre la época en que Tristán trabajó en el camping o la propia desaparición de Chlóe.

Aura ni siquiera parecía escucharlo, su mirada concentrada en cada

señal de la imagen.

- Ahora nuestras esperanzas están en localizar a Cynthia Olmedo –continuó –. Parece ser que Corredera ya ha informado a su hermano de que la están buscando. Espero que la llamada surta efecto y le dé el recado.

Leo se dio cuenta de que hablaba solo.

- ¿Me estás escuchando…?

- Calla un segundo – le reprochó.

La periodista no paraba de retroceder repetidas veces un fragmento del interrogatorio.

- ¿Pasa algo? – sospechó.

- Pasa que necesito echar un vistazo a los informes que hemos recolectado durante estos cuatro meses – dijo.

Después se incorporó del sofá.

- ¿Dónde están? – parecía agitada.

- En la mochila – la señaló adrede, esquinada a un extremo del sillón contiguo.

Aura la atrapó y volcó su contenido encima de la mesa. Luego comenzó a extender los distintos informes alrededor, en una suerte de mapa conceptual que sólo ella era capaz de discernir. Se apresuró a subrayar algunos párrafos con rotulador fluorescente ante la mirada desconcertante de su compañero.

- ¿Qué estás buscando? – se interesó a su lado.

- Claro, eso es… – paladeaba sin hacerle el menor caso.

La periodista continuó trazando rayas amarillas por dentro de los análisis forenses.

- ¿Me quieres explicar qué diablos has descubierto? – la amonestó.

- Escúchame. ¿Tienes a mano el informe de la autopsia de Tania?

- En mi móvil. ¿Por…? – no entendía nada.

Leo esgrimió un rictus de confusión en cuanto Aura se lo arrebató de la mano y entró en su correo electrónico. Enseguida descargó el informe de Pumares, una sucesión de párrafos que adobó con detalles técnicos de anatomía patológica junto a varias fotografías que tomó del cadáver en el mismo depósito. Al momento, esbozó en su rostro una sonrisa amplia.

- Villalobos tenía razón – desembuchó agitada –. Existe un patrón común que conecta a cada una de las chicas. Ese francés, Pierre Marchand, obligó a Chlóe a abortar.

- ¿Y…?

- ¡No te das cuenta? Penélope también abortó gracias a esas hierbas que le suministró Pepa en la cabaña. Incluso de Ainhoa Liaño, la joven por la que fue culpado el Serbio, se dijo que tenía ciertas lesiones pélvicas.

- ¿A dónde quieres llegar? – comenzó a inquietarse.

- Si echas un vistazo al informe de Tania, verás que Pumares escribió: *"Leve traumatismo en el cuello del útero, causado por la interrupción de un embarazo en las primeras semanas de gestación"* – leyó.

- ¡Pero del resto de las chicas no sabemos nada!

- Porque ni siquiera se llegaron a encontrar sus cuerpos, Leo – le rebatió –. ¡Lo entiendes ahora? El analista estaba en lo cierto. Todas comparten una edad similar, pero el patrón común que las une es que abortaron. Por eso Tristán las mata. Es su forma de castigarlas por lo que hicieron en el pasado.

A más de quinientos kilómetros de allí, en el Hospital Universitario Virgen del Castañar de Béjar, Rosa María Cano abandonó apresurada la habitación 218. El trajín de doctores que entraban y salían a cada momento la animó a correr por el pasillo, desierto a esas horas de la noche. Tan sólo el resplandor de la luna parecía acompañarla por fuera de los ventanales mientras notaba que apenas le llegaba el aire a sus pulmones. La enfermera de planta se detuvo delante de los ascensores y pulsó repetidas veces el botón táctil. Al momento, las puertas mecánicas se abrieron de par en par. Sus ojos tropezaron con los de Azucena.

- Mujer, ni que hubieses visto un fantasma – dijo a medida que abandonaba el ascensor.

Rosa María Cano ni siquiera se inmutó. Únicamente continuó observándose en el reflejo de sus pupilas.

- ¿Estás bien? – se preocupó.

- ¿En serio que todavía no te has enterado? – su voz se tornó grave.

Su compañera de enfermería se limitó a negar con la cabeza.

- Acaba de despertar Gustavo del coma.

- ¿Quién…? – dudó de lo que había escuchado.

- Quién va a ser. El padre de Penélope Santana.

DIA 6

Una luz blanca y sedosa se arrastraba con deliciosa calma por el edredón.

Aura abrió sus párpados y advirtió con telarañas en los ojos que Leo ya no estaba al otro lado del colchón. Tal vez su ausencia la arrastró a incorporarse de la cama y avanzar con el paso torpe por el parqué del suelo, dispuesta a tirar de la correa de la persiana. La claridad que se coló en la habitación la cegó durante unos instantes. Una cobertura de nubes barría el horizonte, intentando escabullirse unos tímidos rayos de sol bajo sus grietas. Aura echó un vistazo por dentro de la ventana hasta que reparó en la figura sombreada del jardín.

Leo se encontraba de pie al lado del hórreo, con los brazos entrelazados y la mirada perdida en la balsa de agua plateada de la ría de Noia. Quizá su propio distanciamiento era fruto del avisó que recibió al móvil la noche anterior. Posiblemente ni siquiera hubiese dormido con ella cuando decidió permanecer solo en el salón. ¿De qué manera podía ayudarle, si apenas le mostraba sus sentimientos desde hacía meses?, admitió. Aura se calzó sus *Converses* y enfiló rápido el pasillo de la casa rural, deshaciendo la penumbra según iba encendiendo las lámparas del techo. Una vez que abrió la puerta de la entrada, bajó los peldaños del porche y se refugió por dentro de las altas hierbas del jardín, la humedad traspasando la tela de sus zapatillas. Después, se detuvo a sus espaldas.

- ¿Cómo estás? – preguntó con cuidado de no avasallarlo.

Baeza se sobresaltó a medida que se volvía, su rostro aún desencajado por la impresión de la noticia. Luego reparó en sus ojeras, signo de haber permanecido en vela toda la noche.

- ¿Cómo voy a estar…? – replicó –. Mal, Aura. Me siento hecho una mierda.

En ese instante sonó el móvil del sargento, el cual agarraba con firmeza en su mano. Aura leyó en la pantalla el nombre de Gustavo Santana.

- ¿Por qué no lo coges y hablas con él? Creo que necesitas contarle tu historia.

- ¿Cuál? – parecía enojado –. ¿Qué historia, Aura? ¿La de que no fui capaz de encontrar a su hija sana y salva?

El teléfono continuaba sonando.

- ¿Por qué no pruebas? Tú no tuviste la culpa de lo que sucedió, Leo. Estoy segura de que te agradecerá lo que hiciste por Penélope. Pero tienes que enfrentarte a tus miedos. No puedes seguir esclavizado

a los fantasmas del pasado.

- ¿Y si no funciona? – su voz desempañó la debilidad que lo carcomía –. ¿Y si sólo quiere hablar conmigo para reprocharme que no fui capaz de encontrarla?

- Confía en mí – rozó con sus dedos la barba de su mentón –. Descuelga y habla con él.

El sargento resopló inútilmente a medida que se desplomaba en una de las sillas del jardín con el cuerpo aterido. Tal vez el miedo que culebreaba en su estómago le llevó a clavar su mirada en la suya por última vez. Aura asintió con una sonrisa en sus labios y se alejó de él en cuanto retomó los pasos hacia la casa. Sólo entonces, Leo tuvo el valor de deslizar el dedo y descolgar la videollamada.

Enseguida apareció Anabel Ruiz al otro lado del cristal.

- Hola, Leo. ¿Qué tal va todo? – articuló.

Baeza era incapaz de apartar la vista de la pantalla, su cabello rubio cayendo por uno de sus hombros. Se percató de que apenas había cambiado desde la última vez que se vieron, su figura esbelta envuelta por dentro de una chaqueta de borrego gris.

- ¿Me oyes?

- Sí, sí – reaccionó –. Había perdido la señal.

- Pues entonces te paso a mi marido – atajó –. Dame un segundo.

La imagen del móvil se tornó oscura a medida que un rumor lejano intentaba traspasar el altavoz. Después, emergió en el encuadre. Gustavo Santana se encontraba postrado aún en la cama del hospital, con varias vías hundidas en su antebrazo izquierdo y rodeado de cables y luces que refulgían en la penumbra de la habitación, procedentes de una máquina situada a un extremo del cabecero. El que fuera policía nacional de la Comisaría de Béjar calibró una sonrisa meliflua, señal de que todavía navegaba bajo un sopor químico. Leo, en cambio, apenas pudo resistir su mirada benévola y arrancó a llorar. Una sacudida de hipidos que le impedía hablar y que por un momento sintió que se le aceleraba el corazón bajo su pecho. Gustavo también se quebró, una lágrima rodando sin más por su mejilla sonrosada.

- Me siento muy orgulloso de ti – emitió con esfuerzo.

Todavía no había recuperado la voz desde que le retiraron la sonda de la tráquea.

- Anabel ya me ha contado todo cuanto hiciste por salvar a nuestra hija – su afonía iba en aumento –. Siempre estaré en deuda contigo, Baeza.

El sargento era incapaz de retardar el sollozo, su caja torácica convulsionada por bruscos espasmos. Aura atendió a la escena desde la ventana de la cocina y supo que al fin había derribado ese muro de carga que le impedía vaciar la culpabilidad que arrastraba desde el caso de Penélope.

Al menos, consideró, la vida le estaba ofreciendo una segunda oportunidad.

- Perdóname – pronunció. Luego se pasó repetidas veces la manga de su camisa por la nariz –. Perdóname Gustavo. No quería ese final para Penélope, no para ella. Pero sabrás que no llegué a tiempo.

Leo intentaba en vano recobrar el aliento. Su respiración era áspera y dificultosa.

- Lo sé. Y lo último que pretendo es que te castigues por ello – señaló –. Anabel y yo te estamos inmensamente agradecidos. Pero tú no tuviste la culpa, Baeza. Mi pequeña fue asesinada por ese malnacido. Ésa es la única verdad.

Sus palabras le recordaron que Gustavo Santana estuvo tras la pista de Vega (la prisionera de aquella cumbre nevada), recolectando pruebas de su desaparición hasta la misma mañana que tuvo el accidente de tráfico y le provocó un coma inducido.

- No sé si sabes que estoy tras la pista de Tristán Ortiguera – indagó.

- No había vuelto a escuchar ese nombre desde la última vez que me entrevisté con el Serbio en prisión – le avanzó.

El sargento se quedó completamente noqueado.

- ¿Qué averiguaste? – se interesó.

- Que Jaime Cotobal operaba bajo las órdenes de alguien que estaba por encima de él – resumió –. No sé si lo recuerdas. Venía de vez en cuando a La Alberca y poseía una agencia de noticias en Madrid. *Satellite* o algo así.

Leo prefirió no desvelarle que más bien se trataba del ex jefe de Aura, su novia.

- El caso es que la hija del Serbio descubrió que ese hombre se llamaba Tristán Ortiguera y que seguía las indicaciones de un viejo manuscrito titulado *El Juego de la Serpiente*. Libro que por cierto le entregó a su padre días antes de ingresar en Topas. Coto era, al parecer, uno de sus más fieles seguidores, por no decir que el favorito.

- ¿Por qué? – le cuestionó a bocajarro.

- Porque al trabajar en una agencia de noticias se esforzó en ocultar sus crímenes para que apenas transcendieran en los medios.

Aquella afirmación le supuso cierto atisbo de veracidad. El hecho de que el resto de chicas desaparecidas hubiesen salido sólo en algunos periódicos locales le dio qué pensar.

- Lo que nunca llegué a entender es por qué quisiste citarte conmigo el mismo día que tuviste el accidente – recapituló –. ¿Qué era lo que necesitabas contarme en persona?

- Está claro, ¿no...? Hacerte partícipe del caso que llevaba tiempo investigando y conocer tu opinión al respecto – declaró.

- Imagino que te refieres a la grabación donde se veía claramente cómo la hija del Serbio golpeaba la ventanilla trasera del coche de

Coto.

Leo recordó las escenas en las que Vega Molina intentaba pedir auxilio, donde una mano se adelantó a su propósito y taponó su boca desde el asiento contiguo.

- Bueno, y también que echaras un vistazo a Anabel y las niñas – añadió.

- ¿A tu familia? – dudó –. ¿Por qué?

- Porque había decidido ausentarme unos días de La Alberca.

- No lo entiendo – seguía igual de confuso –. ¿A dónde tenías pensado ir?

- Al Monasterio de Santa María de Osera. Iba a entrevistarme con la única persona que conoció a Tristán Ortiguera de niño.

El pulso de Baeza se aceleró.

- ¿Quién vive allí?

- Braulio Fonseca – disipó sus dudas –. Estuve varios meses hurgando en el pasado de Ortiguera hasta que localicé por casualidad al prior de ese monasterio. Días antes del accidente, lo telefoneé. Había accedido a hablar conmigo sobre Tristán. Pero David, mi compañero de Comisaría y cómplice de Coto, se interpuso en mis planes cuando me embistió con su patrulla y me sacó de la carretera.

- ¡Pero eso cambian las cosas, Gustavo! – se exaltó al otro lado de la pantalla –. ¡Tienes que volver a contactar con él!

- Eso es justo lo que iba a pedirte – le cedió la batuta –. Si realmente quieres ayudarme, encuéntralo. Es la única manera de localizar a ese hijo de puta y que pague por lo que le hizo a mi pequeña.

Una hora más tarde, se pusieron en camino rumbo a San Cristóbal de Cea.

Tal vez la llamada que realizó al Monasterio minutos antes le devolvió al sargento las ganas de continuar adentrándose en aquella compleja red de fechas y nombres propios que parecía extenderse sin visos de acabar. Puede que incluso el religioso que lo atendió al otro lado de la línea lo animara a entrevistarse con el prior cuando supo que se encontraba trabajando en su despacho. Leo tomó la determinación de acogerse a las últimas palabras que exhortó Gustavo Santana en la videoconferencia, *si realmente quieres ayudarme, encuéntralo. Es la única manera de localizar a ese hijo de puta y que pague por lo que le hizo a mi pequeña*, y se largó junto a Aura en su Golf blanco tras exponerle en la cocina que aún no habían explorado los orígenes de Tristán Ortiguera. ¿Quién era realmente Braulio Fonseca? ¿Y qué conocía de su pasado que estuvo a punto de revelarle al agente de policía días antes del accidente de tráfico? ¿Acaso existía una parte de Tristán, un episodio oscuro y olvidado, que pudiera esclarecer los entresijos de su mente?

Aura se percató desde su asiento que no había vuelto a hablar del tema desde que partieron al *Mosteiro de Oseira*. Tal vez su mutismo, forzado bajo la presión que ejercía sobre sus muelas con la mandíbula anquilosada, era fruto de la rabia que regurgitaba en sus vísceras. Leo se impuso la obligación de amparar a su amigo en la distancia y se convenció de que no pararía hasta dar con el paradero de Ortiguera. Al menos, esa fue la impresión que recibió de su parte cuando se fijó que era incapaz de apartar la vista de la carretera.

- ¿Estás bien? – se propuso entrar en él.

Leo giró el cuello, su mirada contaminada aún por las escenas de la videollamada.

- El Serbio sabía por su hija mucho más de lo que decía – soltó –. De ahí que en la carta que te dejó en la consigna de Correos escribiera que todos, incluidos Coto y David, eran meras víctimas. ¿Pero de qué? O mejor dicho, ¿de quién?

- Supongo que se refería a Tristán – dedujo –. Aunque no entiendo cómo el que fuera mi jefe en la agencia *Satellite* se dejó engatusar por él para participar en varios de sus crímenes. Coto estuvo presente en los asesinatos de Penélope Santana y Ainhoa Liaño.

- ¿Y…? – se despistó.

- Que estoy convencida de que Gustavo ha dado en el clavo. Tristán utilizó a Coto para que silenciara mediante su agencia de noticias los crímenes que había ido cometiendo a lo largo de los años. Por eso apenas transcendieron las desapariciones. ¿No lo ves?

- De acuerdo. Te compro la idea. Pero me cuesta creer que Ortiguera persuadiese a un alto ejecutivo de la información con el fin de manejarlo a su antojo.

- ¿Acaso hace falta que te recuerde sus orígenes? – le rebatió –. Si Coto acabó dirigiendo *Satellite* fue, precisamente, porque se casó con la hija del dueño, no por sus méritos.

- ¿Y eso qué tiene que ver con omitir sus crímenes en prensa?

- Todo, Leo. Ése ha sido su mayor logro. Y si fue capaz de esquivar a la justicia durante más de veinte años es porque aprendió a camuflarse bajo la sombra de otros.

Conocido como el Escorial de Galicia, Santa María de Osera era un monasterio trapense de fundación real que dependía desde el siglo XII de la Orden del Císter y que fue abandonado por sus frailes en 1836 durante la desamortización de Mendizábal. Su nombre, *Oseira*, derivaba del galicismo *"tierra de osos"*, animal que pobló el valle en épocas remotas y que su presencia todavía pervivía en los escudos de armas del *Mosteiro*. Esa fue la información que Aura encontró en la *Wikipedia* y que leyó en alto a su acompañante cuando al cabo de media hora, alcanzaron el escarpado valle de la sierra de Martiñá. El

sargento circunvaló la carretera que escalaba en zigzag el último repecho, donde avistaron enseguida la silueta del *Mosteiro*. Su perfil catedralicio emergía entre jirones de nubes bajas que enterraban la cima de los valles, relamidas por una vegetación salvaje. Su arquitectura trazaba un sortilegio de torres, ángulos y mampostería cisterciense que reposaban sobre un altozano a modo de santuario desde el que podía avistarse buena parte de Carballino. Baeza atravesó la entrada principal, acicalada de frondosos jardines primorosamente cuidados y árboles frutales. La periodista observó tras su ventanilla a algunos monjes ataviados con hábitos blancos con capucha, escapularios y zapatillas cómodas, indumentaria de la Orden por lo que dedujo. Al momento detuvo el Golf delante del edificio y se apearon. Sus ojos, presos de aquella arquitectura medieval, rastrillaron cada porción de su piedra, la cual languidecía bajo un paño de filtraciones verdinosas que exudaba de sus muros. Después cruzaron un amplio vestíbulo abierto y se detuvieron frente al portón ojival. Leo ni siquiera se lo pensó cuando agarró la aldaba y la arremetió contra su travesaño de hierro. Ambos esperaron impacientes hasta que una de las hojas se desplazó tras el quejido de sus bisagras.

El anciano que se asomó al otro lado del umbral rayaba la senectud.

- ¿En qué puedo ayudarlos? – se mostró afable tras su voz quebradiza.

Vestía la misma túnica que el resto de los hermanos y unas sandalias cangrejeras de piel vuelta. Su barba, blanca como la nieve, se prolongaba por debajo del mentón.

- Estamos buscando a don Braulio Fonseca, el prior del Monasterio – le mostró Aura una amplia sonrisa –. Mi compañero llamó hace un rato para entrevistarnos con él.

- Ahora caigo. Yo hablé con usted – apuntó a Leo.

El sargento se limitó a asentir con otra amplia sonrisa, aunque esta vez artificiosa.

- Si son tan amables de acompañarme. Creo que aún se encuentra en su despacho.

El hombre encaminó los pasos presto a un renqueo crónico, desintegrándose su figura en la penumbra que goteaba por dentro de aquel zaguán. Sus paredes, revestidas de arriba abajo por gruesos mazacotes de piedra, filtraban la humedad del exterior según avanzaban hacia otra puerta, horadada por una luz cenicienta que traspasaba sus vidrieras. Después, sus ojos se perdieron en la inmensidad de la sala capitular, sustentada por columnas de fustes torsos y rematada en una original bóveda con formas semejantes a la hoja de las palmeras. El eco de sus pasos rebotaba contra los muros. Aura y Leo continuaron escoltándole unos metros por detrás, sus siluetas achicadas por el peso de las centurias.

- Es aquí – dijo tras detenerse delante de un portón de roble macizo.

Acto seguido se giró sobre sus talones.

- Si me necesitan, estaré en el refectorio. Es la penúltima puerta que hay un poco más adelante – la señaló a propósito.

El monje se escabulló de allí con su particular cojera mientras su imagen se desleía entre las tinieblas de la sala capitular. Baeza miró a la periodista buscando su aprobación y decidió golpear con los nudillos sobre una de las vetas que asomaban en la madera. La voz grave que brotó al otro lado los invitó a pasar. El sargento curvó la manija y entonces, traspasaron el interior. El despacho del prior era una sala barroca de mobiliario isabelino, cortinajes de terciopelo espeso y librerías a rebosar de incunables y otros tratados religiosos. La luz de fuera resbalaba por sus ventanas, cegadas igualmente por unas verjas de hierro corroídas de óxido. Aura reparó en la mesa alargada con capacidad para doce contertulios y situada en el centro de una alfombra de enormes dimensiones.

Leo, por el contrario, prefirió sostener la mirada inquisitiva de Braulio Fonseca.

- Les estaba esperando – soltó con convencimiento de causa al otro lado de la mesa.

El prior del Monasterio de Osera aparentaba menos edad de la que posiblemente tendría. Tenía el cabello entrecano, rastrillado con paciencia hacia un lado y dejando entrever una raya perfectamente delineada a un lateral de su cabeza. Su piel, sin rastro de barba, era de una blancura translúcida, alimentada por unas arrugas de expresión que se abrían camino a través de su frente y ojos. Aura reparó en su constitución, alargada y enjuta, así como en su atuendo, similar a los que había visto entre el resto de monjes. Calculó a priori unos sesenta y largos.

- Si son tan amables de tomar asiento – alargó el brazo hacia las dos sillas que tenía justo delante.

Ambos hicieron lo propio, su mirada punzante e inquisitiva.

- Le agradecemos que haya podido atendernos – intercedió el sargento por los dos –. Fui yo el que llamó esta mañana.

Braulio Fonseca se sentó delante de ellos, su contorno ensombrecido por la claridad que filtraba la ventana a sus espaldas.

- El hermano Jeremías me dejó sin habla cuando me comentó el motivo de su visita. No sabía que ese hombre, Gustavo Santana, tuvo un accidente de tráfico días antes de acudir a nuestro encuentro. ¿Ya se ha repuesto del susto?

- Digamos que ayer despertó del coma – le esclareció.

- Bendito sea el Señor – se persignó.

- Imagino que sabrá a lo que venimos.

- Supongo que a recuperar la conversación de dejé pendiente con su amigo. ¿Voy bien?

Sus ojos prendieron como dos fósforos en la penumbra de la sala.

- Descubrir quién fue Tristán Ortiguera – determinó Aura Valdés.

Un silencio brusco se propagó en la amplia mesa.

- Y al igual que su amigo, sospechan que está detrás de la desaparición de varias niñas – indagó.

Aura y Leo se quedaron literalmente de piedra.

- Tampoco me miren así. Fue el propio Santana quien me lo esclareció por teléfono. Aunque nunca llegó a confesarme qué era exactamente lo que quería saber.

- Rastrear el pasado de Tristán – respondió la periodista –. Averiguar si algún episodio de su infancia pudo determinar su personalidad.

- ¿Infancia? – alargó la último vocal –. Ese término dista bastante de lo que experimentó en los primeros años de su vida. No creo que pudiera calificarlo de tal modo.

- ¿A qué se refiere?

- Ya veo que nadie les ha contado su historia. Tristán nació y se crio en Piñeiro, una pequeña aldea situada en la parroquia de Maside en la provincia de Ourense. Allí vivía con su madre en un viejo caserío a las afueras del pueblo, herencia de sus padres por lo que oí y rodeado de prados y bosques. El caso es que no supe de la existencia de ese pobre *rapaz* hasta que su maestro, don Mauricio Dónega y que en paz descanse, me relató el calvario que estaba padeciendo.

- ¿Es decir…? – se entrometió la periodista en su relato.

- Parece ser que Tristán era fruto del pecado. O al menos así me lo confesó don Mauricio cuando me narró que su madre había sido violada por un individuo al que no llegó a ver la cara mientras se dirigía por un camino a la aldea. Tengo entendido que la asaltó y… En fin – hizo una pausa –. Vicenta Mouro tuvo al pequeño Tristán en el más absoluto secretismo. Por lo visto una tía suya intentó ayudarla para que abortase, dándole no sé qué brebajes hechos a base de manzanilla y hojas de hiedra. Una locura. Pero estamos hablando de la vida de una diminuta aldea perdida entre las montañas y en la década de los sesenta. Una zona rural donde imperaba la rectitud y el decoro; y el simple hecho de traer al mundo a un vástago de padre desconocido era para la familia una tragedia, una deshonra, y por supuesto, una vergüenza.

- Entiendo… – apostilló el sargento.

- Jamás podrá llegar a entenderlo, se lo aseguro. Ese crío sufrió innumerables torturas por parte de su progenitora. Lo maltrataba, lo vejaba, lo consideraba una aberración. En definitiva, le estorbaba. Tristán se convirtió en un impedimento para ejercer…, cómo decirlo,

una vida de lo más disoluta y libidinosa.

- ¿Qué clase de vida? – ahondó Baeza con curiosidad.

- Digamos que Vicenta recibía en su casa la visita de algunos hombres de alrededor y foráneos que recalaban en Piñeiro durante las ferias ambulantes. Imagino que se vio abocada a ello cuando sus vecinos la desterraron de la comunidad al dar a luz a su hijo sin haber contraído matrimonio.

- ¡Pero esa mujer sufrió una violación! – se exaltó Aura –. ¡Es inverosímil!

- Lo sé. Pero la mentalidad de hace cincuenta años no es la de ahora, espero. La gente las tachaba de provocar en ellos cierta clase de lujuria y atracción diabólica. Aunque no fue ella la víctima de esta historia, créame; sino Tristán, aquel niño de mirada taciturna y actitud retraída al que encerraba en un cuarto cada vez que recibía la visita de alguno de sus amantes. Y aquello, se lo aseguro, le marcó para siempre el alma, como si nunca dejase de traspasar las puertas de su propio infierno.

Jueves, 7 de mayo de 1973
Piñeiro (Ourense).
Vivienda de Vicenta Mouro.
21:14 de la noche.

Los faros del coche rasparon con su luz amarillenta las ventanas del salón.

Vicenta Mouro se levantó del sofá y depositó la botella de anís sobre la mesa. Apenas le había dado tiempo a adecentar la casa. Sus ropas, desgastadas del uso, conjuntaban con su propio abandono, el cabello largo y andrajoso, los labios repintados de carmín burdeos y las uñas decoloradas por la lejía. La mujer esbozó una sonrisa rijosa y cruzó el salón para abrir la puerta de entrada. Sus ojos tropezaron con los de su hijo en mitad del pasillo, su rostro de nueve años contagiado por el temor y el espanto.

- ¡Se puede saber qué haces levantado, niño del demonio? – vació su enojo.

La madre lo apresó del brazo y tiró de él con fuerza.

- ¡No quiero! ¡No quiero! ¡Otra vez no! – se desgañitó de camino al cuarto.

- ¡Cómo qué no? – le interpeló, el resuello de su aliento enmascarado por el alcohol –. Verás tú si aprendes. Y como vuelvas a chillar esta vez, te juro que no te sacaré de ahí hasta mañana. ¡Me has entendido?

El timbre resonó en el interior.

Vicenta se apresuró a encadenar su tobillo con el grillete que

descansaba en el suelo, el tacto frío del metal apoderándose de la piel del niño. Tristán arrancó a sollozar por dentro de aquel cuarto infecto y mal ventilado, donde los cercos de humedad exudaban de sus muros. El miedo expandió sus alas rápido, devorando con saña su pecho estremecido. La penumbra no le permitió advertir las rígidas facciones de su madre, corrompidas por un odio oscuro y visceral.

- Estoy harta – farfulló.

Tristán la miró bajo las sombras, preso de una tiritona cruel.

- Tú tienes la culpa de todo. ¡Me oyes? Eres igual de miserable que el monstruo que te engendró. Sólo espero que algún día pagues por todo el daño que me has causado, que vivas con la vergüenza de ser una aberración, un apestado, otro monstruo. Entonces, comprenderás que nadie querrá saber de ti. ¿Y sabes por qué? Porque el pecado sólo se alimenta de más pecado.

Después encaminó los pasos hacia la salida y candó la puerta con llave.

Tristán nunca supo cuánto tiempo estuvo encerrado en aquella habitación. Tal vez minutos, puede que incluso horas. Las risas que encadenaba su madre junto a su nueva compañía dieron paso a unas fuertes sacudidas al otro lado de la pared, primero despacio, luego más intensas, como si el sistemático chirrido de los muelles se amalgamara al del cabecero de la cama, dispuesto a rescatarle de las sombras. Tristán se acuclilló y se tapó los oídos con sus dos manos. Apretó los ojos. Apretó muy fuerte sus ojos cuando supo que el monstruo había acudido a acecharlo. Su rugido, interminable, lo amilanó.

Entonces, soltó un chillido desgarrador.

El prior detuvo su narración para coger una bocanada de aire. Se notó agitado y fatigado por igual. Aura y Leo, en cambio, no le quitaban ojo al otro lado de la mesa.

- Fui consciente del calvario que estaba padeciendo la primera vez que me entrevisté con Vicenta. Esa mujer aborrecía a su hijo por mucho que cueste entenderlo – soltó con la voz consumida –. Había concertado una cita con ella después de que don Mauricio, su maestro, me confirmase que el niño apenas acudía a clase. Al parecer, ya era *vox pópuli* que la madre bebía de forma compulsiva y que a punto estuvo de quemar su casa a cuenta de un cigarro mal apagado. El caso es que la iglesia decidió intervenir una vez que don Mauricio les narró las lamentables condiciones en las que vivía el crío.

- Y se le encargó la tarea de averiguar si era cierto – dedujo la periodista.

- Quizá no sabría describirles el hogar que encontré la mañana que viajé a Piñeiro para hacer un primer análisis, pero sí al niño desvalido

y sumamente retraído que contemplé por fuera del salón y que parecía pedir a voces que alguien lo sacara de allí. El *rapaz* estaba muy delgado, con evidentes señales de desnutrición y un poso de amargura en su mirada. Así que tras debatir con ella el futuro de Tristán, se decidió de mutuo acuerdo internarle unos meses en Toén. En una granja escuela hubiera sido maltratado por el resto de chavales a tenor de su apocado carácter.

- ¿En Toén? – prorrumpió el sargento –. Pensé que el Psiquiátrico tan sólo daba cabida a pacientes con alguna enfermedad mental.

- Así es. Pero la Orden acababa de destinarme a ese sanatorio y me arriesgué a llevarlo conmigo, ya que el Centro contaba con prestigiosos psiquiatras que podían evaluar al muchacho y ayudarlo a salir del pozo en el que se hallaba.

Aura pergeñó un rictus de incomprensión en su rostro.

- ¿Pero la madre estuvo de acuerdo en encerrar a su hijo en un lugar como aquél? – le costaba asimilar.

- ¿Vicenta? Esa mujer estuvo encantada de librarse de Tristán un tiempo. Es más, ahora que lo recuerdo, fue ella la que insistió en ampliar el plazo otros cuantos meses. Así que lo que empezó siendo una estancia de pocas semanas, se convirtió en dos extensos años donde el chaval, aparte de aprender a socializarse con su entorno, mejoró sin duda su actitud y se volvió mucho más extrovertido. El tratamiento que se le administró en Toén funcionó. Aunque he de decir que gran parte de su restablecimiento fue gracias a Funelli. Él lo acogió como si se tratase de un hijo, contribuyendo a mejorar su salud física y mental.

Braulio Fonseca captó el gesto de sorpresa que ambos esbozaron inusitadamente.

- ¿He dicho algo fuera de lugar? – los interrogó.

Su expresión rezumaba un conato de suspicacia.

- ¿Conoció usted al autor del *Juego de la Serpiente*? – a Aura no le entraba en la cabeza.

- Evidentemente. Funelli murió en 1978, justo el año que clausuraron el Centro. ¿Por qué lo pregunta?

El interés del prior iba en aumento.

- Llevamos mucho tiempo escuchando ese nombre, pero nadie parecía haberlo conocido. Llegamos a creer incluso que se trataba de un seudónimo…

- No, que yo sepa – dedujo –. Aunque tampoco me haga mucho caso. Nunca tuvimos lo que se dice una relación estrecha. Sé que ejerció como profesor de Geografía e Historia en la antigua facultad de A Coruña. Lo sé porque él mismo me lo confesó. Me dijo que cuando daba clase a sus alumnos y estos parecían atenderlo, utilizaba las aulas como una ventana al conocimiento, una puerta de acceso a otros

mundos donde ninguno se podía imaginar las leyendas que continuaban adormecidas a la espera de ser rescatadas. En un principio pensé que al ser mayor, habría perdido el juicio. Pero luego llegué a saber que era cierto, que se dedicó a verter unas ideas paganas contrarias al régimen y que le acarreó innumerables vicisitudes entre sus compañeros, animando al director a expulsarlo de inmediato de la universidad.

- ¿Por unos conceptos pagamos? – le resultó inconcebible la decisión.

- Señorita, estamos hablando de finales de los cincuenta, justo en pleno apogeo de la compleja maquinaria nacional católica. Un régimen dictatorial que no sucumbió con la muerte del dictador como algunos se empeñan en proclamar. Sin embargo, ese hombre no se cubrió las espaldas con su destitución. Tengo entendido que continuó empeñado en transmitir aquellas ideas absurdas en un libro que escribió a modo de fábula para burlar a la censura.

- ¿Qué sucedió? – le espoleó Baeza.

- Pues que acabó siendo detenido por la Brigada Político-Social, internándole más tarde en Toén con la excusa de que padecía enajenación mental e incautando de las librerías todos sus libros, la mayoría quemados en pira pública. Dudo mucho que a día de hoy exista algún ejemplar suelto del *Juego de la Serpiente*.

El prior se levantó de la silla y encaminó los pasos hacia la ventana, asomando el rostro por dentro del cristal. Tal vez las emociones pesaban mucho más que los recuerdos del pasado.

- Al poco tiempo de ingresar en el Psiquiátrico, le diagnosticaron un enfisema pulmonar, lo que le supuso pasar la mayor parte del día encerrado en su habitación – rememoró –. Al fin y al cabo, ése fue siempre el propósito de la Secreta: aislarlo de un modo u otro. Pero yo sé bien lo que vi y ese hombre estaba cuerdo. Una lástima…

- ¿Y Tristán? – le interrumpió Aura –. ¿Qué fue de él cuando Funelli falleció y el Centro cerró sus puertas?

- Tengo entendido que lo trasladaron a un hospicio y que regresó a casa de su madre años más tarde. Fue lo último que supe de él. A partir de entonces, le perdí la pista.

- ¿En Piñeiro? – rastreó Baeza un hilo por el que tirar.

- Imagino. Lo que no sabría decirle es si cambiaron de domicilio tiempo después.

- Nos gustaría hablar con ella, con Vicenta, aunque quizá haya muerto – soltó adrede.

Braulio Fonseca se volvió, su silueta sombreada por la claridad que manaba de la ventana.

- Lo dudo, más que nada porque fue madre muy joven. Pero si lo prefieren, puedo facilitarles su dirección. Debo tenerla anotada en

alguna parte. A fin de cuentas, ella es realmente quien habitó una vez en el corazón de Tristán.

Minutos más tarde, el prior del Monasterio de Osera regresó a su despacho. Había tenido que acompañar a esos dos intrusos a la salida y entregarles las señas de Vicenta Mouro con la excusa de quitárselos de encima. Tal vez se convenció de camino a la ventana de que el inesperado interrogatorio que le habían practicado escondía un propósito mayor. ¿Por qué?, se cuestionó. Braulio Fonseca retiró un extremo de la cortina y atisbó sus figuras entre los jardines de fuera. Después, entraron en un coche blanco. El prior estaba a punto de volver a sus quehaceres cuando reparó de nuevo en el motorista que llevaba un rato observando su ventana al otro lado de la verja que delimitaba el recinto. Ni siquiera se había despojado del casco durante el tiempo que permaneció allí, el reflejo de la pantalla espejando destellos azulados. Su cuerpo, enfundado en un traje de cuero oscuro, parecía bascular el peso de la moto entre sus piernas. Entonces extrajo un móvil de uno de sus bolsillos y comenzó a teclear deprisa en él.

Al momento, el teléfono del prior emitió un pitido por dentro de su hábito. Rápidamente lo asió y comprobó que tenía un mensaje de texto. Leyó: *"Espero que no hayas hablado más de la cuenta. Supongo que no querrás que salga a la luz lo que hay en la tumba de Funelli"*. Braulio Fonseca volvió a guardarse el móvil y miró una vez más por la ventana. Sintió cómo los ojos del motorista perforaban su alma tras el cristal tintado de su casco.

Luego le hizo una seña con la mano y se largó de su vista bajo el ensordecedor estruendo del tubo de escape.

Habían decidido parar a comer en un restaurante de carretera de camino a Piñeiro.

La estela de *sirimiri* que los acompañó de vuelta parecía vencer al limpiaparabrisas, el cual intentaba retirar la capa de humedad incrustada sobre la luna. Tal vez aprovecharon la hora escasa de viaje para compartir sus impresiones acerca de la entrevista que habían mantenido con el prior del *Mosteiro de Oseira* esa misma mañana. Ambos se afanaron en reordenar de nuevo las historias imbricadas al Psiquiátrico de Toén en las postrimerías del franquismo, donde no sólo esclarecieron quién se escondía bajo el nombre de Funelli (a Aura le seguía impresionando la mezquindad con que la Brigada Político-Social lo arrancó de sus calles para ocultarlo en aquel lugar), así como la estrecha relación que tuvo con el joven Tristán durante los dos años que pasó en el Centro. Sin embargo, aún les quedaba por despejar otras incógnitas. ¿Acaso regresó a casa de su madre tiempo después?

¿Realmente sabría Vicenta Mouro dónde localizar a su hijo? Y si ese fuera el caso, ¿mantendrían algún tipo de contacto en la actualidad?

Esas y otras dudas enlazadas al paradero de Tristán Ortiguera los condujo a las afueras de Piñeiro, una recoleta aldea de 20 habitantes donde sus caseríos, diseminados entre extensos campos de maizales, pincelaban el valle en una variopinta gama de colores. Baeza subió el volumen del *TomTom* y continuó atravesando el pueblo, una madeja de calles desiertas con las piedras de sus fachadas alimentadas de verdín. Una vez que alcanzaron la salida, la voz les indicó que avanzaran unos metros. Nuevas granjas y modernas edificaciones salpicaban los prados a ambos márgenes de la carretera. Leo echó un vistazo por fuera de la ventanilla hasta que la vio. La vivienda, de dos plantas y con restos de cal en sus paredes, mostraba un aspecto de abandono. El sargento detuvo el coche delante y se apearon. El *mojabobos* los embistió nada más acercarse a la cancela y comprobar que estaba abierta. Aura se fijó que no había ninguna luz encendida. Invadieron la propiedad y atravesaron el pequeño sendero que conducía a un amago de soportal, con varios tiestos vacíos esparcidos por el suelo en desorden. Sin pensárselo, Leo aporreó la puerta. Ambos esperaron callados sin visos de que la mujer estuviera en casa. Al menos, esa fue la impresión que recibió el sargento.

- ¿Habrá salido? – se preguntó.

- La casa no tiene pinta de estar habitada – respondió la periodista a su lado.

- ¿Quieres que preguntemos a algún paisano? A lo mejor nos puede indicar si continúa viviendo en el pueblo.

- O quizá prefieras comprobarlo por ti mismo – señaló la llave que asomaba por fuera del felpudo –. Nadie tiene por qué enterarse.

La idea que le ofreció Aura le chocó sin duda.

Baeza se agachó a recogerla y pensó que posiblemente fuese la única forma de rellenar los huecos que todavía se le antojaban inverosímiles. Introdujo la llave en la cerradura y dio dos vueltas seguidas. Las bisagras acuchillaron el silencio en cuanto la puerta cedió.

Una telaraña de oscuridad se abría al fondo, entre viejos muebles consumidos por el polvo y más inmundicia. La hedionda fetidez de sus entrañas los arremetió.

- ¿Vicenta? – preguntó Leo en alto tapándose la nariz con su antebrazo.

Nadie respondió. Avanzaron por un suelo de tarima que desprendía quejidos a la madera, alumbrados por las linternas de sus móviles. El haz de luz reveló en el pasillo la estrecha escalera que trepaba hacia el piso superior. Baeza se adelantó unos metros, el hedor cada vez más insoportable. De nuevo, volvió a pronunciar su nombre. Ni rastro de

ella. Aura inspeccionaba con interés cada centímetro de la vivienda, el abandono revoloteando por dentro de las estancias que iban dejando atrás. Tuvo la sensación de que llevaba tiempo deshabitada. Subieron los primeros peldaños bajo una burbuja blanquecina que extirpaba las sombras de cuajo, hasta que al fin descubrieron una puerta encajonada en lo alto. Leo giró el pomo despacio a medida que nuevos chirridos inundaban el espacio. Esta vez, ni siquiera se planteó llamarla.

El perfil de su cabeza excedía unos centímetros por encima del respaldo de la mecedora. Baeza pestañeó repetidas veces mientras se aproximaba a la mujer con reparo. Supuso que se habría quedado dormida en aquella especie de sobrado con los techos revestidos de listones de madera e infinidad de trastos arrinconados a un extremo. Su cabellera, prácticamente canosa, había sido moldeada gracias al arsenal de horquillas que vislumbró alrededor de un complejo moño. El sargento se atrevió a rodearla en cortas zancadas, su corazón bombeando estrepitosamente. Entonces, enfocó la luz hacia su rostro.

Aura abandonó deprisa el sobrado en cuanto notó que le sobrevenía una primera arcada. Leo, en cambio, se quedó clavado a su mirada vacía. El rostro de Vicenta Mouro era ya una calavera desprovista de sus facciones, con los dientes asomando en una sonrisa inútil y el cuello aprisionado bajo una gruesa correa. Tan sólo conservaba aquella mata de pelo que le confería un aspecto aún más siniestro, ataviada con un sayo oscuro que se prolongaba hasta sus pantorrillas. Sin embargo, era incapaz de apartar la vista del mechón rosáceo que pendía de una de sus sienes. Adherido a su cráneo con un pegote de pegamento, su respiración se volvió dificultosa en cuanto reconoció su procedencia. A Leo no le hizo falta averiguar que pertenecía a Penélope Santana, al igual que las Botas *Martens* que calzaba y que no había vuelto a ver desde que Tania Oldán se esfumó del búnker. Una ofrenda de lo más lúgubre y siniestra que Tristán recreó sobre el cadáver de su madre, dotándola de otros enseres personales como la pulsera que sujetaba en una de sus manos y en la que se podía leer con claridad el nombre de Ainhoa Liaño. Baeza inmortalizó con su móvil la macabra escena y salió de allí con la cabeza a punto de estallarle.

Descendió a toda prisa el ramal de escalones. La misma fetidez que flotaba en el sobrado parecía haberse enredado a sus ropas. Rápidamente se internó en el pasillo y ojeó cada una de las habitaciones en busca de Aura. La encontró en lo que a simple vista atribuyó el salón de la casa, sentada delante de un ordenador de mesa y con la pantalla encendida. Sus ojos, por el contrario, se afianzaron al extraño mural que abarrotaba la pared de enfrente, idéntico en altura y distribución al de La Alberca y El Bierzo. Esta vez, las fotografías de

las chicas habían sido reemplazadas por imágenes de cada una de las víctimas seleccionadas mediante un círculo rojo, sus cuerpos ahora desnudos en un paraje boscoso, con los brazos dispuestos en una perfecta uve y el cabello mojado y cepillado hacia atrás. Siete jóvenes, una por cada grupo, conformando en su escala el trazado del *Juego de la Serpiente*.

- ¿Qué es toda esta mierda? – preguntó con la voz pastosa.

- Bienvenido al centro de operaciones de Tristán Ortiguera – respondió convencida.

Después se giró en la silla.

- Pero son...– le costaba asimilar –.Son las mismas chicas de las que tenemos constancia.

- Y si te fijas, siempre realizó el mismo ritual: agua salina en el cabello, una castaña en la mano… – enumeró –. Lo que no entiendo es por qué entierra a algunas en el bosque y a otras no.

Sus miradas tropezaron por casualidad.

- Ni tampoco por qué conserva el cadáver de su madre ahí arriba – señaló el techo.

- ¿Te has fijado en lo que llevaba puesto? He reconocido un mechón rosa de Penélope y las botas de Tania. Es como si quisiera reproducir en ella su propia obra.

- Deberíamos hablar con el analista, Leo. Esto ya se nos escapa de las manos.

- ¿Por qué? ¿Has encontrado algo? – dilucidó.

El sargento avanzó y se situó por detrás de ella, los ojos clavados a la pantalla del ordenador que despejaba con su halo azulado la penumbra de dentro.

- Le queda poca batería – le anunció –. Pero me ha dado tiempo a revisar el historial y he visto que la mayoría de las búsquedas están relacionadas con clínicas abortivas de cada zona donde desapareció alguna de las chicas.

- ¿Motivo?

- Supongo que vigilaba a unas cuantas y seleccionaba a la más factible de acorralar. Es más, por las fechas del historial, Tristán acudía a casa de su madre con cierta frecuencia. Este lugar era como su refugio. Estoy segura.

- Tengo que avisar a Altamira de inmediato.

La periodista cerró la pestaña de internet y se topó de nuevo con el escritorio del ordenador. Se fijó en las distintas carpetas que atiborraban sus márgenes. El nombre que adivinó en una de ellas le provocó un pálpito.

- No puede ser – descerrajó

Leo atendió al cursor del ratón y leyó: *Iván Minchev*.

- ¿Por qué demonios hay una carpeta con el nombre del búlgaro?

- No lo sé. Tampoco me deja abrirla – cliqueó varias veces –. Es como si estuviera bloqueada.

- Pero algo se podrá hacer. No podemos irnos sin saber qué esconde.

- Pues sólo se me ocurre una cosa – dijo –. Llamar a Hooded antes de que Altamira dé el aviso a la comisaría más cercana. Es el único que puede descifrar su contenido.

El informático apareció montado en su bicicleta una hora y media más tarde.

Aura había decidido telefonearlo una vez que localizó en el ordenador de Tristán la carpeta marcada con el nombre de *Iván Minchev* y que continuaba bloqueaba por más que había clicado encima. El joven le aclaró que llevaba dos noches alojado en un albergue juvenil en Santiago de Compostela y que no tenía inconveniente en pasarse por la aldea. *Así nos vemos de una maldita vez, que entre unas cosas y otras parece que nunca encontramos ocasión*, remató segundos antes de colgar la llamada.

No obstante, fue Baeza quien la avisó. El sargento llevaba un rato discutiendo por teléfono con Altamira cuando entró en el salón y le hizo un gesto con la mano para que se incorporase. La periodista comprendió lo que intentaba decirle y abandonó la vivienda, internándose al momento bajo la techumbre del porche. Hooded pedaleaba a toda pastilla por el sendero que se abría zigzagueante hacia la casa de Vicenta Mouro y aparcó su *Canyon* en la tapia exterior, su sonrisa traviesa dibujada en su rostro. Luego tiró de la cancela y se dirigió a ella con los brazos abiertos. El abrazo que se gratificaron les devolvió a sus épocas de Madrid.

- ¡Te veo estupendamente! – exclamó Aura a medida que repasaba su indumentaria.

Ni siquiera los años habían modificado de estilo, siempre enfundado en sus sempiternas sudaderas con capucha, admitió.

- ¿Estás sola?

- Qué va. Leo se encuentra dentro. ¿Pasamos?

- Si no hay más remedio… – masculló –. ¿De qué se trata esta vez?

- Hemos encontrado el cadáver de la madre de Tristán en el altillo de la casa – disparó.

Hooded abrió los ojos como platos.

- ¿Por qué no me sorprende? – soltó como un resorte.

- El caso es que he hallado su ordenador personal y en él, hay una carpeta con el nombre del tío que apareció muerto con unas astas en la cabeza, ¿recuerdas…? – le refrescó la memoria –. El problema es que no me permite abrirla; es como si estuviera bloqueada.

- Mal asunto – auspició –. Únicamente se abren con un código de seguridad. Y para ello, tendría que *hackear* el archivo. Pero te aviso de

que me llevará días.

Ambos entraron en el interior, la periodista con un poso de vacilación a causa de lo que le había asegurado. Leo continuaba profiriendo una serie de improperios por dentro del salón, dando incesantes vueltas alrededor de una mesa con el teléfono pegado a su oreja. Los dos se mantuvieron tras el quicio de la puerta admirando el espectáculo.

- ¿Qué mosca le ha picado al *Azotamentes*? – susurró por lo bajo.

Aura no pudo reprimir la carcajada.

- Digamos que aún se encuentra en fase de adaptación. Necesita su tiempo.

- Ni lo dudes – puntualizó.

El sargento colgó la llamada y observó detenidamente al joven que no dejaba de mirarlo con cara de espanto. Enseguida cayó en la cuenta de que era la primera vez que se conocían en persona, por lo que aprovechó a acercarse con una sonrisa fingida y el brazo extendido. Ambos se saludaron con un breve apretón de manos. Aura intervino a continuación.

- ¿Qué te cuenta Altamira? – se interesó.

- Va a avisar ahora mismo al subinspector de Ourense. No he podido convencerle para que nos dé un poco más de margen.

- ¿Y eso qué significa…?

- Que hay que grabar esa carpeta como sea – taladró los ojos del informático.

- Ya le he dicho a la jefa que no es tan sencillo – se justificó –. Necesito descargar antes el archivo y descomprimirlo con un programa especial.

- Como quieras. Pero hazlo ya. La policía está a punto de venir y lo primero que hará es incautar el ordenador para que lo analice la Científica. El problema es que es un protocolo extenso y hasta que recibimos los primeros resultados pasaran días, incluso semanas.

- *Oído, cocina* – añadió con saludo militar.

Después, se fijó que la pantalla del ordenador estaba encendida. Hooded se apresuró a echar un vistazo y decidió sentarse en la silla. El nombre de *Iván Minchev* le conjuró un sortilegio de imágenes terribles, los fotogramas de aquella grabación desfilando con atropello en su mente. En cuanto cogió el ratón y cliqueó sobre la carpeta, se convenció de la ardua tarea que tenía por delante.

- ¿Entonces…? – se atrevió Leo a indagar.

- Dejad al experto. Tampoco os prometo nada. Pero si lo consigo, espero por vuestro bien que no volváis a poneros en contacto conmigo hasta que un psicólogo certifique que ya no sois una mala influencia. ¿Trato hecho?

Las lámparas de policarbonato portátiles arrojaban una iluminación de alta intensidad, arrancando de un soplo las sombras de las que se alimentaba el sobrado. Varios técnicos enfundados en sus característicos trajes de bioseguridad criminalística se consagraron a la labor de fotografiar los objetos personales de las chicas, los cuales habían sido introducidos en unas cuantas bolsas de plástico transparentes para su posterior traslado al laboratorio. El médico forense había apreciado tras una primera inspección ocular indicios de muerte violenta en el cadáver de Vicenta Mouro. Informó al juez de guardia con el propósito de que decidiera al respecto, emitiendo éste las diligencias oportunas para que la instrucción fuese llevada a cabo por el partido judicial correspondiente. Los operarios de la funeraria, mientras tanto, introdujeron los restos de la mujer en una bolsa mortuoria, hermetizándola gracias a una cremallera y depositándola después en una camilla plegable. La periodista barruntó a un lateral de la habitación que el cadáver sería conducido al Instituto Anatómico Forense de Ourense para la realización de la autopsia a cargo del patólogo, el cual seguía barriendo con una linterna de *luminol* el travesaño de la mecedora.

De pronto, el subinspector de la Comisaría Provincial les hizo un gesto con la barbilla para que lo acompañasen. De camino, se deshizo de los guantes de látex y los guardó hechos un gurruño en el bolsillo de su uniforme. Nada más bajar los primeros peldaños de la escalera, se volvió con intención de abordarlos.

- Ha sido una casualidad que hayan encontrado el cadáver de esa mujer en el altillo de la casa – insinuó.

El sargento tampoco tenía claro lo que Altamira le habría confesado por teléfono.

Antonio Villarejo, en cambio, continuaba observándolos con la misma mirada felina que la anterior vez que se vieron las caras en la sala de interrogatorios de su comisaría.

- Supongo que el capitán le habrá informado que seguimos tras la pista de Tristán Ortiguera.

- Por supuesto. Pero que conste que sin la preceptiva orden de un juez, lo que han hecho podría acarrearles serios problemas. No deja de ser un allanamiento de morada.

Leo se preguntó hasta cuándo duraría el sermón. Prefirió interrumpirlo a propósito.

- ¿Se sabe ya cómo murió?

El subinspector captó la indirecta y se animó a bajar otro tramo de peldaños.

- El forense ha estimado una horquilla de tiempo de aproximadamente veinte años. Pero habrá que esperar a que realice diversas pruebas en el depósito para adquirir un mayor campo de

visión. Lo que sí ha confirmado es que presenta un fuerte traumatismo en la parte temporal del cráneo, posiblemente provocado por un golpe certero. Esto cuadraría con los restos de sangre que mis agentes han hallado en el marco de la puerta de la cocina con una luz ultravioleta. Por la estatura de la víctima, coincidiría con la fractura que muestra.

Aura dedujo que debió de propinarle un empujón, quizá a raíz de una acalorada discusión. ¿Por qué?, se cuestionó mientras terminaba de bajar los últimos escalones. ¿Por qué Tristán se arriesgó a matar a su madre? ¿Y por qué la ocultó del mundo en el sobrado de la casa? Aquello le escamó.

- ¿Alguna hipótesis? – se aventuró a preguntar el sargento.

- Aún es pronto para llegar a una conclusión – dijo Villarejo –. Con los resultados de la autopsia podremos ser más precisos. Aunque hay algo que nos ha llamado la atención.

Leo frunció el entrecejo en un amago de sospecha.

- ¿Y es…?

- Carvajal, uno de mis hombres, ha encontrado en el cajón de una cómoda un viejo recorte de periódico que habla sobre la desaparición de una joven de nacionalidad francesa. Una tal Chlóe Guillot. ¿Les suena de algo ese nombre?

Las facciones de Aura Valdés se constriñeron *ipso facto*.

- Desde luego – su voz se tornó insegura –. Fue el primer crimen que cometió en 1998.

- Pues parece ser que alguien, supongo que la mujer, había escrito encima de la noticia la palabra *asesino*. Pero eso no es todo; por los años que han pasado de la publicación, coincidiría con la estimación del propio forense. Eso me lleva a pensar que…

- Que Tristán mató a su madre cuando descubrió lo que había hecho en Rocamadour – le interrumpió la periodista –. Tendría sentido.

Villarejo la atendió mudo, sin ánimo de precipitarse en los hechos.

- Por ahora, prefiero esperar a los resultados preliminares – resolvió.

Acto seguido retomaron el camino hacia la salida de la vivienda.

Baeza se percató de que dos técnicos de la Científica estaban embalando el ordenador con film alveolar por dentro del salón. Al menos, se convenció, Hooded había sido capaz de grabar el archivo de *Iván Minchev* minutos antes de que apareciese la comitiva, a la espera de que pudiera desbloquearlo en pocos días para averiguar qué había en su interior.

- ¿Qué van a hacer con él? – preguntó en alto.

Al subinspector no le hizo falta deducir que se refería al ordenador de mesa.

- La Científica lo incautará para su análisis – dijo –. De todos modos, avisaré al capitán de Ponferrada en cuanto reciba el informe, e

incluso antes. Imagino que querrá que pongamos en marcha un dispositivo de búsqueda por las principales carreteras gallegas por si fuésemos capaces de dar con el fugitivo.

La periodista conjeturó que se refería, sin duda, a Tristán Ortiguera.

- Tengo entendido que existe una antigua foto del sospechoso – continuó.

- De la época en la que trabajó en la cocina de una Casa Escuela – añadió Leo –. Lo único que de aquello han pasado doce años.

- Da igual. Sería conveniente hacer un retrato robot de su posible aspecto actual.

Baeza asintió conforme al tiempo que se detenían en el recibidor de la vivienda. Villarejo, por el contrario, alargó el brazo con la excusa de dar por finalizada la conversación. Ambos se despidieron con un apretón de manos.

- Tengan cuidado al salir – los advirtió al abrir la puerta –. Hay prensa fuera. Como siempre, algún vecino se habrá ido de la lengua.

Apenas les dio tiempo a reaccionar cuando una horda de reporteros los asedió con una batida de preguntas por fuera de la cancela exterior. Leo y Aura se apresuraron a entrar en el Golf blanco aparcado justo delante sin saber que a muy poca distancia, camuflado por los cristales tintados de su Mercedes, Oriol Estrada los observaba con repulsión. El periodista estrella del Correo de Galixia apretó fuerte la mandíbula antes de exhortar una retahíla de improperios con excesiva inquina. Después volvió a coger su cámara de última generación y, apuntándolos con el objetivo, disparó otra ráfaga de fotos.

Una luna gibosa resbalaba como plata líquida por la ventana de su despacho.

El silencio que vagabundeaba en las instalaciones de la redacción parecía empastar con su propio ensimismamiento mientras terminaba de redactar la noticia en su portátil. Al momento, Oriol se reclinó en su mullida butaca de oficina y echó un vistazo a la pantalla. La sonrisa que calibró en su rostro era fruto de la indiferencia que recibió por parte de Aura Valdés desde que dejó de contestar a sus mensajes de *WhatsApp*. Estrada corrigió un par de tildes y sin más dilación, presionó el *Enter*. El temporizador de la *Intranet* le avisó del tiempo estimado para la subida de la noticia a la plataforma digital: tres minutos escasos.

Después, se arrellanó satisfecho en el asiento.

Tal vez estaba dispuesto a enfrentarse a sus propios miedos cuando recibió el chivatazo y acudió a Piñeiro. Puede que incluso fuese la única alternativa a sus quebraderos de cabeza tras la última discusión con Tina, su redactora jefe. Pero en ese instante, mientras el archivo

seguía subiéndose a la plataforma, se convenció de que en la jungla, para sobrevivir, había que aprender antes a luchar. Y eso fue exactamente lo que hizo aunque recibiera más tarde represalias, aunque sólo fuese por mantener su puesto en el periódico y continuar suscitando el interés entre sus lectores. Quizás lo hizo por salvarse el culo; pero, sobre todo, por darle una colleja a aquellos que no sabían respetar las reglas del juego. En este caso, Aura.

En cuanto el programa le confirmó que había publicado la noticia con éxito, se enredó en su titular:

¿El asesino da Serpe ha vuelto a actuar?

Luego se detuvo en la entradilla.

"Aparece el cadáver de una mujer en una vivienda de Piñeiro, en Ourense. La periodista Aura Valdés, conocida por sus anteriores casos en La Alberca y El Bierzo, ha presenciado el levantamiento del cadáver junto a la policía".

La fotografía que acompañaba al texto le sedujo si cabe. Y es que la periodista aparecía de frente abandonando la vivienda mientras su compañero, el sargento de la Guardia Civil Leo Baeza, escondía el rostro en un pronunciado escorzo. Oriol esculpió una sonrisa ladina al tiempo que murmuraba*: lo siento por ti, querida. Pero no me has dejado otra salida*.

Acto seguido, apagó el flexo de su escritorio.

DIA 7

El microondas emitió un largo pitido cuando Aura Valdés escurrió la mirada por fuera de la ventana de la cocina. Justo al otro lado, bajo unos tibios rayos de sol que resbalaban por el jardín, observó que Leo estaba desayunando en la mesa de granito por delante del hórreo. A la periodista le escamó que se hubiese levantado tan temprano y volvió a echar un vistazo a su *Flik Flak*: las ocho menos cuarto pasadas.

De pronto, su teléfono móvil vibró en la encimera. Aura lo apresó rápido y ojeó la pantalla. El nombre de Alicia Sanz, la redactora jefe de Tribuna Madrid, apareció como un espejismo sobre el cristal. Aura dudó de que se pusiera en contacto con ella a esas horas y descolgó la llamada por inercia.

- ¿Alicia…? – su voz exhibía un poso de desconfianza.

- ¡Cuándo cojones tenías pensando decirme que estás cubriendo los crímenes del asesino *da Serpe* en Galicia? – descargó como un resorte.

Aura intentaba aún procesar la información que acababa de farfullarle sin previo aviso.

- Una cosa es que ya no curres en Tribuna y otra bien distinta que lo hagas para la puta competencia. ¡Cuánto te pagan, eh…?

- ¡Pero de qué demonios hablas? – seguía igual de perdida.

- ¿No has visto la noticia con la que ha abierto El Correo de Galixia?

Alicia Sanz no estaba del todo convencida de que le estuviera contando la verdad.

- Vamos a ver. ¿Tienes tu portátil a mano?

A la periodista ni siquiera le hizo falta cuando abrió una ventana de internet desde su móvil y entró en la página web del diario. El titular que saltó en la pantalla le cortó el aliento.

¿El asesino da Serpe ha vuelto a actuar?

"Aparece el cadáver de una mujer en una vivienda de Piñeiro, en Ourense. La periodista Aura Valdés, conocida por sus anteriores casos en La Alberca y El Bierzo, ha presenciado el levantamiento del cadáver junto a la policía".

Después se fijó en la fotografía que acompañaba al texto, donde aparecía en un primer plano saliendo de la casa de Vicenta Mouro y Leo unos pasos por detrás.

No albergó ninguna duda de que la noticia había sido firmada por Oriol Estrada.

- ¡Será capullo! – vació sus pensamientos.

En el fondo, era consciente de que existía la remota posibilidad de

que sucediera algo semejante por no volver a contestar a sus mensajes de *WhatsApp*. Se cabreó.

- ¿Me puedes explicar qué está pasando? – la rescató Alicia de las sombras.

- Ocurre que el cretino que ha firmado esa crónica, Oriol Estrada, vino a visitarme días antes de publicar el famoso vídeo del asesino *da Serpe*. Por lo visto, quería saber mi opinión al respecto porque estaba convencido de que existían ciertos paralelismos con los crímenes de La Alberca y El Bierzo.

- ¿Y existen tales paralelismos? – escarbó.

- Eso parece. El caso es que decidí colaborar, investigando por mi cuenta y compartiendo con él la información que fuera recabando en Galicia.

- Y como no has cumplido tu parte del trato, ésta es su forma de vengarse – remató.

- *Equilicuá*.

- Pues más vale que llames a ese gilipollas y le cantes las cuarenta. ¿Quién cojones se ha creído que es? – se empoderó la redactora jefe –. De todas formas, sabes que puedes contar con Tribuna Madrid para lo que desees. Aquí siempre habrá un sitio para ti y estaría encantada de volver a tenerte en mi equipo.

Aura bosquejó una sonrisa de complicidad.

- Lo sé, mi capitana.

Alicia Sanz respondió con una carcajada sucinta.

- Lo que aún no me has dicho es cómo has logrado enterarte sabiendo que detestas la prensa local, *esos periodicuchos cargados de sucesos provincianos y esquelas* – añadió su particular coletilla.

- Es que ha sido Max quien me lo ha mostrado – resolvió con la voz insegura.

- ¿Max…? – se sorprendió.

- Claro. ¿No recuerdas que hizo sus prácticas allí? Pensé que lo sabrías al haber estado él y tú…

¿Saliendo?

¿Emparejados?

¿Quizá sólo enrollados?

A Aura se le pasaron algunos verbos por la cabeza a medida que se retrotraía al principio y rescataba de su memoria las palabras que le exhortó el periodista cuando se pasó a buscarla por sus clases de *kickboxing*. *Me llamo Oriol Estrada y trabajo para El Correo de Galixia. Me comentaron en Tribuna Madrid que podría localizarla en este lugar*.

¿Cómo no me había dado cuenta antes?, se lamentó con la mirada prendida por fuera de la ventana. Leo estaba hablando por teléfono mientras se dirigía al interior de la casa rural. Entonces, comprendió que Max era la fuente que había estado informándole y que todavía

seguía resentido por haber escogido a Baeza en vez de a él.

¡Mierda!, pronunció después.

- ¿Estás bien? – se alarmó Alicia al otro lado de la línea.

- Ahora tengo que colgar. Pero ten cuidado de lo que hablas en la redacción. Leo me está ayudando en la investigación y como sabes, aún continúa suspendido de sus funciones.

- Descuida. Mantendré la boca cerrada. Seguimos en contacto, cariño.

Y colgó.

El sargento se asomó por la puerta de la cocina con un rictus reflexivo remarcado en sus facciones. Aura vaticinó malas noticias al tiempo que volvía a depositar el teléfono sobre la encimera. Prefirió adelantarse a los acontecimientos.

- Estrada ha publicado la noticia en la plataforma digital – soltó –. También ha insertado una foto en la que aparecemos saliendo de la vivienda de Vicenta Mouro.

- Lo sé – resolvió con la voz dura –. Acabo de hablar con el prior del Monasterio y el hombre se ha quedado horrorizado al leer la noticia esta mañana.

- ¿Estás enfadado? – indagó con tacto.

- Más bien impotente. Estaba seguro de que ese pajarraco te la acabaría jugando.

- Creo que debería hablar con él.

- Por supuesto, pero más tarde.

Aura presintió que aún no le había contado el resto de la conversación que había mantenido con el prior hacía escasos minutos.

- Braulio Fonseca nos está esperando en su despacho.

- ¿Ha ocurrido algo? – sospechó.

- Parece ser que ha localizado unos archivos de Tristán de su paso por Toén. Dice que es urgente. Que es el único modo de llegar a conocer el origen de todo.

Decidieron despejar sus dudas al cabo de una hora.

Unos cálidos rayos de sol resbalaban por la luna del coche como fuego en polvo, viciando la temperatura de dentro bajo el sistemático estertor del aire acondicionado. Tal vez ninguno se encontraba preparado para colegir distintas deducciones a partir de lo que Braulio Fonseca, el prior del Monasterio, había dejado entrever en su llamada telefónica mientras cada uno hilvanaba en su cabeza el posible origen de Tristán en el Psiquiátrico de Toén. Las conjeturas que auspiciaron en silencio los devolvió minutos más tarde a la misma carretera cortada en zigzag que escalaba la falda del monte de Martiñá, con la cima relamida de pinos silvestres y bosques de eucaliptos. Leo atravesó el recinto religioso y se internó por el camino flanqueado de

exquisitos jardines primorosamente cuidados por sus monjes y que conectaba con el templo. Después, apagó el motor. Ambos se apearon del vehículo y contemplaron embelesados el sortilegio de torres y escudos de armas que desprendía la piedra verdinosa de su fachada. El sargento se adelantó unos metros y aporreó de nuevo la vieja aldaba del portón. El hermano de la vez anterior los recibió por dentro de la penumbra que goteaba entre los muros del zaguán, ataviado con la misma túnica y las cangrejeras de piel vuelta. *El prior los está esperando*, se limitó a decir con la voz desgastada. El hombre los invitó a pasar y se internaron en aquel laberinto de ángulos muertos y techos abocetados con hojas de palmera que resistían incólumes el paso del tiempo en la sala capitular. Al rato, detuvieron el paso delante del despacho de Braulio Fonseca.

Baeza ni siquiera llamó con los nudillos cuando franqueó el umbral acompañado de Aura y se perdió en la mirada incisiva del prior. El máximo responsable del *Mosteiro de Oseira* se hallaba por detrás de la alargada mesa maciza, al abrigo de la claridad que se filtraba por los amplios ventanales. Fonseca alargó el brazo para que tomasen asiento y, acto seguido, les brindó con una sonrisa de cortesía. La periodista se fijó entonces en la caja de cartón que descansaba en el centro del tablero, un aparejo más entre la profusión de libros que forraban las librerías de aspecto rococó. Los cortinajes de terciopelo y el resto de mobiliario añejo circundaban la figura de Braulio, el cual prefirió permanecer de pie.

- Aún sigo impresionado – raspó con su voz el silencio monacal –. Imagino que la mujer a la que se refería la noticia era Vicenta Mouro.

- Eso parece – resumió en pocas palabras el sargento.

- A lo que sospecho que Tristán está detrás de su muerte.

- La investigación se encuentra bajo secreto de sumario – renunció a ofrecerle más detalles.

- Entiendo… – resolvió –. Aunque el motivo de mi llamada es por otro motivo.

- ¿Es decir? – le apremió.

Leo recordaba con precisión lo que le exhortó al otro lado de la línea: *necesito que se pasen por el Monasterio. He localizado unos archivos de Tristán de su paso por Toén*. ¿Qué era exactamente lo que tenía que mostrarles?, se cuestionó en milésimas de segundo. ¿Acaso algo relacionado con la caja que observó sobre la mesa?

- Cuando se marcharon del despacho, estuve un rato pensando en él y en el tiempo que permaneció en Toén – arrancó a relatar –. El caso es que ayer les comenté que Funelli favoreció a Tristán en su recuperación no sólo física, sino también mental, pasando de ser un niño huidizo y miedoso a un chaval más seguro de sí mismo. En definitiva, aquel hombre lo ayudó a mejorar su autoestima,

convirtiéndose en un padre para él. Sin embargo hubo algo, un fatal incidente, que corrompió la relación de ambos días antes de fallecer el escritor.

- ¿Qué clase de incidente? – lo avasalló la periodista.

- Nunca lo supe a ciencia cierta. Pero tuvo que tratarse de algo muy gordo para que los sanitarios del Centro decidieran aislar a Tristán en una celda durante cerca de un mes.

23 de febrero de 1978
Psiquiátrico de Toén (Ourense)
18:27 horas de la tarde.

Las últimas luces del atardecer se consumían al otro lado del ventanal cuando Gervasio del Olmo, uno de los hombres contratados para la seguridad del Centro, atendió al parpadeo del panel de control de la sala, donde una de las bombillas desprendía un halo rojizo. El tipo bajo los pies del escritorio y le dio un codazo a Hermida, su compañero de ronda durante las noches, el cual no paraba de pelar las pipas que se llevaba a la boca, depositando las cáscaras en un cenicero a rebosar. Enseguida se percató del número de habitación en el que había sido pulsado el llamador.

- ¿Quién se aloja en la habitación 21? – descerrajó sin previo aviso.

- Y qué se yo – rezongó mientras presionaba con sus paletos una nueva pipa –. Creo que ese escritor que está como una chota. ¿Por…?

- Porque ha tocado el timbre – señaló el panel de control ubicado en la pared.

- ¿No pretenderás ir a echar un vistazo? – preguntó con desgana.

- Tú dirás. Las enfermeras andan aún en la cocina…

Hermida se levantó de la silla y estiró sus brazos tras un largo bostezo. Luego cruzó junto a Gervasio la salita del primer piso y se internaron en el corredor. Las voces se asomaron por fuera de la escalera que trepaba hacia la segunda planta. Ambos se miraron estupefactos y subieron deprisa los primeros escalones. Los gritos eran cada vez más intensos. Sólo el crujido de la madera parecía interceder en sus lamentos, ecos fantasmales que atrajeron al resto de internos en el pasillo del segundo piso, asomados con curiosidad tras el quicio de las puertas. Los guardias apretaron el paso.

- Quiero a todo el mundo metido en la cama – soltó Hermida de inmediato –. ¡Ahora!

Ninguno se atrevió a desobedecerlo mientras se apresuraban a alcanzar la habitación 21. Las voces, en cambio, se volvieron agónicas. No sabían qué estaba sucediendo hasta que finalmente traspasaron el umbral y contemplaron al muchacho de la habitación de enfrente

abalanzado por delante del escritor, el cual parecía sumamente aterrado entre el revuelo de sábanas en las que descansaba. El joven empezó a retirar el brazo hacia atrás con intención de propinarle un puñetazo. Gervasio se adelantó a su propósito y lo apresó por los hombros.

Tristán se revolvió hecho una furia en cuanto lo sacaron a volandas de la habitación.

- ¡Te arrepentirás, maldito embustero! – gritó a medida que se zarandeaba en el aire –. ¡Pagarás por lo que has hecho, me oyes? ¡Has roto tu promesa! ¡Lo has estropeado todo!

Braulio Fonseca hizo una pausa breve antes de continuar.

- Nunca supe qué ocurrió entre ellos como para que Tristán llegara a amenazarlo – dijo el prior del Monasterio con la voz cavernosa –. Los doctores decidieron encerrarlo en una de las celdas de aislamiento durante un mes.

- Supongo que ese episodio atormentó a Funelli hasta el punto de acabar falleciendo días más tarde como ha mencionado antes – arguyó la periodista.

- Tengo entendido que se mantuvo en vela varias noches, encadenando un cigarrillo tras otro hasta atestar el cenicero de colillas. O al menos, eso me relató la enfermera que lo asistió. La pobre se lo encontró muerto en su cama.

Aura Valdés esgrimió una mueca suspicaz en su cara.

- ¿Por casualidad no recordará su nombre?

- ¿El de la enfermera?

La periodista asintió con la mirada encendida.

- Por supuesto. Victoria Gálvez – articuló –. Parece que la estoy viendo ahí mismo.

El sargento se mantuvo boquiabierto, a la espera de que Aura digiriese la información.

- Victoria Gálvez era mi madre – pronunció entonces –. Hizo sus prácticas de enfermería el último año que Toén mantuvo sus puertas abiertas.

- No puede ser… – Fonseca continuaba en *shock* –. ¿Es usted hija de Victoria? Debería hablar con ella. Es la única que puede resolverle lo que ocurrió entre Tristán y Funelli.

- Creo que no me he explicado bien. Mi madre desapareció cuando tenía diez años – le desveló –. Ese miserable le quitó la vida en un polígono a las afueras de A Coruña.

El prior ni siquiera pestañeó.

- No sabía. Lo siento... – masculló de pie –. Aunque es posible que le confesara a alguien lo que pasó en el Psiquiátrico. Sé que Victoria se entendía muy bien con el escritor.

La mirada de Aura se afianzó a la suya mientras la figura de su padre comenzó a abrirse paso en su mente. ¿Y si llegó a relatarle lo que sucedió en Toén en 1978?, elucubró.

- Por cierto – deseó Baeza cambiar de tema –, ¿cómo reaccionó Tristán cuando se enteró de que Funelli había muerto?

Braulio asió la voluminosa caja y la arrastró por la mesa hasta cedérsela.

- Ahí encontrará la respuesta a su pregunta. Por eso le avisé temprano. Rebuscando en los archivos que guardaba de Toén, localicé unas viejas cintas de audio que ni siquiera recordaba que poseía.

- ¿Qué son? – se interesó.

- Los médicos solían grabar las conversaciones que mantenían con sus pacientes para evaluar su evolución, realizando después un informe que he querido incluir en la caja. Pero si me permiten un consejo, empiecen por la última cinta, la que se grabó durante su aislamiento.

- ¿Por qué? – renunció a seguir con la duda.

- Porque sólo así entenderán que el camino de un hombre, en ocasiones, arranca desde su propio infierno.

Una claridad rasposa desleía los jardines de fuera cuando Leo y Aura atravesaron el portón del *Mosteiro de Oseira*. La luz, obstinada y cegadora, los acompañó de camino al Golf mientras Baeza soportaba entre sus manos la caja con las viejas cintas de Toén. Algunos monjes dejaron sus labores de labranza por dentro del huerto en cuanto los avistaron.

- No sé qué opinas al respecto, pero deberíamos escuchar las cintas con el analista – dijo Aura con la mano por encima de sus ojos a modo de visera.

El sargento únicamente pensaba en descargar la maldita caja en el maletero del coche.

- Tengo la sensación de que la personalidad de Ortiguera se forjó allí, en Toén. Quizá sea el único modo de entender cómo piensa en la actualidad.

- De acuerdo – pronunció en cuanto sacó el mando de su cazadora –. Llámalo de camino.

Acto seguido depositó el material y entraron en el coche.

Sin embargo, ninguno de los dos se percató de la presencia del motorista por fuera de las verjas del Monasterio, ataviado con el mismo traje de cuero y el casco. Tras la pantalla de cristal ahumado, percibió cómo Braulio Fonseca no paraba de contemplarlo tras las cortinas translúcidas de su despacho. Tal vez sus miradas se retaron en la distancia mientras el motorista murmuraba la palabra *traidor*.

Entonces aceleró el motor, perdiéndose su estela a lo lejos tras una

nube de polvo.

Félix Villalobos apareció en el salón de la casa rural de Noia a primera hora de la tarde.

El analista en simbología criminal había viajado desde Sanxenxo en su coche una vez que Aura lo avisó por teléfono y le resumió las pesquisas que habían recolectado desde la última vez que se vieron. El hombre, con el mismo empaque de sobriedad que recordaban, se arrellanó en una de las plazas del sofá y atendió sumamente concentrado a las fotografías que la periodista aportó a su coloquio, imágenes que revelaban la configuración esquelética de Vicenta Mouro en el altillo de su casa. Villalobos, por su parte, ni siquiera pestañeó. Simplemente se limitó a analizar la composición de aquel extraño ritual contagiado por los enseres personales que Tristán (en el hipotético caso) había esparcido por el cadáver en un antojo de ceremonial – sospechó – pagano. Aura, mientras tanto, continuó sumergiéndose en la niebla que envolvía el origen de Ortiguera.

- Fue el propio prior del Monasterio de Osera quien nos relató que Tristán recibió malos tratos por parte de su madre – declaró, sentada en el sofá contiguo –. Parece ser que lo encerraba en un cuarto de la vivienda cada vez que recibía una visita masculina.

Villalobos levantó la vista de la pantalla del móvil para mirarla fijamente a los ojos.

- Un odio que se exacerbó con los años a raíz de la violación que sufrió de joven. De algún modo la mujer culpaba a su hijo de su propia desdicha. Lo tachaba de aberración, lo despreciaba ocultándole en ese cuarto. Quería que cargara con su losa y para ello se encargó de confesarle que había intentado abortarle sin éxito al haber sido concebido bajo la sombra del pecado. Su maestro, un tal Mauricio Dónega, se ocupó de dar la voz de alarma al faltar el niño a clase por los excesos de Vicenta con el alcohol. Más de una vez se olvidó de abrirle la puerta.

- El caso es que Vicenta Mouro lleva muerta alrededor de veinte años según la estimación forense – prosiguió Baeza a su lado –. Ese dato coincidiría con su paso por Rocamadour, cuando Tristán asesinó a la primera de las chicas del mural mientras trabajaba en el camping que regentaban los padres de la joven: Chlóe Guillot.

- ¿Se conoce el motivo por el que decidió quitarle la vida a su madre? – intervino el analista.

- Ha aparecido en la casa un viejo periódico que habla de la desaparición de Chlóe en 1998. Una noticia en la que alguien había escrito la palabra *asesino*. Suponemos que la madre descubrió lo que había hecho su hijo en Francia aquel verano.

- Aunque lo importante no es eso – retomó Aura la palabra –, sino

los objetos que como ha podido comprobar en mi móvil, esparció sobre el cadáver de su madre. Tales objetos pertenecieron en su día a cada una de las chicas que ha ido seleccionando y asesinando a lo largo de estos años, desde Chlóe Guillot a la última: Tania Oldán.

Félix Villalobos volvió a echar un vistazo a su teléfono.

- Hace dos noches hemos descubierto cuál es el patrón que las une tal y como nos indicó en la cafetería – prosiguió.

- ¿Y es…? – se atrevió a indagar.

- Que las siete chicas abortaron en el pasado. O al menos, de las que tenemos constancia.

- Efectivamente – masculló –. Ése es con toda probabilidad el patrón que las vincula. Las castiga por el simple hecho de que su madre intentó hacer lo mismo con él. En realidad, todas comparten una edad similar cuando desaparecieron; la misma edad que tendría Vicenta Mouro cuando quiso deshacerse de él. Por lo que les felicito, han encontrado el trauma de su hombre, señores.

- ¿Por qué? – buscaba el sargento respuestas.

- Porque en el fondo venera a su madre, aunque sea consciente de todo cuanto le hizo durante su infancia. Su propia carga emocional le empuja a idolatrar la figura materna. Por eso no fue capaz de enterrarla el día que la mató; necesita que se sienta orgullosa de él, desea mostrarle lo que considera su *gran obra* mediante esa especie de ritual macabro. Algo así como cuando un gato regala a su amo la presa que ha cazado para que la deguste.

- Es enfermizo – apostilló Aura.

- Para una mente sana. Aunque no para él. Sus víctimas son un reflejo de su madre. Las castiga por haber abortado, pero no se ensaña con ellas por el respeto que siente hacia su progenitora. De ahí que cuando atacó a Penélope o a Tania fuese una muerte limpia, casi imperceptible, siempre causada por un pinchazo en el pecho o a la altura del cuello por lo que leí en los informes forenses que me mostraron. Pero necesitaría conocer un poco más la infancia de Tristán Ortiguera para descubrir otros entresijos de su personalidad.

Aura y Leo se obsequiaron con una mirada de connivencia.

- El motivo de mi llamada era porque tenemos en nuestro poder unos audios de su paso por Toén – le reveló –. Nos gustaría que escuchase la última grabación. Fue tomada meses antes de cerrar sus puertas el Psiquiátrico, concretamente cuando se le aisló del resto de pacientes tras una acalorada discusión con Funelli, el autor del *Juego de la Serpiente*.

La periodista se levantó del sofá y se aproximó al *cassette* que encontraron por casualidad en el trastero de la casa rural.

- Primero escúchelo y luego tome sus propias conclusiones.

Félix Villalobos asintió conforme.

Después, Aura presionó la clavija del *Play*.

27 de febrero de 1978
Psiquiátrico de Toén (Ourense)
16:45 horas de la tarde.

El sonido granulado interfirió en el audio, como si un pedacito del infierno del joven Tristán se colara en los bafles. Al momento, se escuchó un carraspeo.

- Me llamo Leandro de la Serna y soy el responsable del área de psiquiatría del Hospital Psiquiátrico de Toén. Me hallo en mi despacho del ala este junto a uno de los internos del Centro, Tristán Ortiguera Mouro, el cual ha sido informado que esta entrevista será grabada a raíz del incidente que mantuvo hace días con otro de los pacientes. Estamos a fecha de veintisiete de febrero de mil novecientos setenta y ocho y son las dieciséis cuarenta y cinco horas de la tarde.

Un silencio sucinto se filtró en la grabación.

- Señor Ortiguera. ¿Por qué se encuentra enfadado tal y como me ha expresado hace escasos minutos?

- Porque él me ha engañado – su voz era profunda y distante pese a rondar catorce años.

- ¿Quién?

- Ese cretino, Funelli.

- ¿Y por qué le ha engañado exactamente?

La batida de preguntas era más bien pueril.

- Me prometió algo que ahora se niega a cumplir.

- Pero puede que el señor Funelli tenga sus motivos para no cumplir con su promesa.

- ¡Es un necio, un miserable, un impostor! – elevó el tono –. ¡Usted no lo entiende!

- ¿Qué es lo que no entiendo, Ortiguera? Si me lo explica, quizá pueda ayudarle.

- ¡Nadie puede salvarme! – se encolerizó.

- Necesito que se calme si no desea que avise a las enfermeras para que le administren otro calmante.

Las patas de una silla lijaron el suelo del despacho.

- Haga el favor de sentarse. ¿Me oye? – se agitó el psiquiatra.

- ¡Me niego a vivir en las profundidades! ¡Ese embustero no entiende que soy el elegido!

Varios objetos cayeron al suelo, enturbiando sus gritos.

- ¡Hay que hacer sacrificios para reparar el pecado! ¡Sólo entonces emergerá un nuevo mundo, desprovisto del infierno al que estamos condenados!

De pronto, una serie de interferencias se filtraron en la grabación.

Aura Valdés apagó el *cassette* y regresó a su asiento.

El analista continuaba imbuido en lo que acababa de escuchar, la mirada perdida en un punto incierto del salón.

- ¿Y bien…?

Ambos atendieron ensimismados al rictus que pergeñó en su rostro.

- ¿Podría llevarme el resto de audios para elaborar un perfil más detallado? – solicitó.

- Supongo que no habría inconveniente – respondió la periodista –. ¿Alguna conclusión?

- He llegado a varias. Nuestro hombre muestra una fuerte tendencia narcisista. Necesita público, de ahí que se haya puesto en contacto con la prensa en los últimos días ya que ahora, por algún motivo, requiere de una visibilidad de la que antes rehuía. No le basta con que lo veamos ustedes y yo; desea que todo el mundo hable de él. Por otra parte, el sujeto disfruta del momento antes de matar. Se deleita acechándolas, incluyéndolas en ese mural, victimizándolas por lo que han hecho en el pasado: ni más ni menos que abortar. Las considera por debajo de él.

- ¿Por qué es un sádico? – se aventuró a conjeturar.

- Ni mucho menos – resolvió –. No crea que padece algún tipo de locura. Tampoco tiene alucinaciones. Y aunque pueda parecerlo, no se trata de un sádico. Lo que mueve a nuestro asesino es algo bien distinto y lo resumiría en tres palabras: castigo. Redención. Muerte. Ha orquestado una ideología en la que mezcla elementos islamistas con una clara motivación personal. Nuestro hombre se cree por encima del bien y del mal. Es, por así decirlo, juez y verdugo al mismo tiempo.

El atardecer se consumía entre jirones de luz marchita cuando Oriol Estrada compuso una mueca de satisfacción en su rostro. Tal vez el cumplido que exhortó su redactora jefe había provocado que destensara la rigidez de sus facciones en cuanto Tina Bustos se personó en su despacho. La mujer parecía traer noticias alentadoras tras su mirada afable. O al menos, así lo dilucidó al cabo de unos minutos.

- Te felicito – volvió a insistir bajo su traje blanco de dos piezas que le confería un aire de alta ejecutiva –. El tráfico de usuarios ha superado con creces al primer vídeo y son cada vez más las marcas que quieren anunciarse con nosotros.

El periodista exhaló un suspiro de complacencia antes de responder.

- Te prometí una buena historia, Tina. Sólo necesitaba un poco de paciencia por tu parte y algo de tiempo. ¿Ves cómo ha merecido la

pena? Te aseguro que se acabará convirtiendo en la noticia del año.

- ¿Tan claro lo tienes…?

Estrada asintió, contagiado por una dudosa confianza.

- ¿Y adónde nos llevará todo esto? Es decir, ¿piensas que habrá más muertes similares a la del hombre del vídeo?

Los ojos de Tina Bustos se tiñeron de miedo y expectación por igual.

- Estoy casi seguro. Es sólo cuestión de esperar – le avanzó sin entrar en detalles.

- ¿Por qué estás tan convencido? – vaciló.

- Digamos que mi fuente va a seguir utilizando nuestro medio para dar a conocer al mundo su *"macabra obra"* – entrecomilló adrede –. Habrá más crímenes.

Su teléfono vibró en ese preciso instante. El periodista se acercó a la mesa para echar una ojeada a la pantalla y recabó una mirada lacerante que podía atravesar paredes. La redactora jefe prefirió que atendiese la llamada y se esfumó de su despacho con el taconeo jubiloso. Una vez que cerró la puerta, descolgó.

- Dime – se dirigió a ella cortante.

- ¿Quién te crees que eres para publicar una foto mía sin mi consentimiento, y encima, nombrarme en la entradilla de la noticia? – disparó Aura a bocajarro.

El periodista del Correo de Galixia se acomodó en una esquina del escritorio al tiempo que se complacía de haber conseguido su propósito: que se pusiera en contacto con él. Estaba seguro de que el titular levantaría más de una ampolla.

- Yo también me alegro de saludarte – la espoleó consciente.

- Ni se te ocurra tomarme por imbécil, ¡me oyes? No tenías ningún derecho a utilizar mi nombre sin mi permiso.

- Al contrario. Tengo entendido que has llegado muy lejos gracias a mí. Quizá hayas pasado por alto que llegamos a un trato hace menos de una semana, donde yo te filtraba la información que fuese recabando en la redacción a cambio de que tú me mantuvieras al tanto de los avances – subrayó con deliciosa calma –. ¿O acaso ya se te ha olvidado?

- ¿Y qué cojones crees que he averiguado? – lo retó al otro lado del teléfono.

- Lo suficiente como para descubrir un cadáver en Piñeiro y que la policía colabore con la misma periodista de sucesos que asegura no trabajar en el medio. ¿O pensabas que no iba a enterarme antes o después?

- Lo daba por hecho – atajó –. Supongo que Max ya te habrá puesto al día de mi nueva vida en La Alberca.

- Ya sabes que en esta profesión está prohibido revelar tus fuentes. Aunque antes me gustaría saber qué opinará el Ministerio del Interior

cuando sepa que un Guardia Civil suspendido de sus funciones está metido hasta las cejas en un caso extraoficial.

La respiración de la periodista se volvió dificultosa.

- No tienes ni puta idea – masculló entre dientes.

- Creo que no estás en posición de subestimarme, Aura. Las opciones son simples: o reconsideras el acuerdo al que llegamos y trabajamos mano a mano, o bien emplearé la información de la que dispongo como mejor me convenga.

- Que te jodan – escupió.

- Tampoco te lo tomes como algo personal.

- Lo único que vas a conseguir es que perdamos ventaja sobre el asesino.

- O tal vez que se confíe demasiado y acabe cometiendo un error – la contradijo –. Pero esa no es la cuestión, y lo sabes. Necesito una respuesta. Y la quiero ahora. ¿Hacemos como que esto no ha pasado y seguimos con el trato?

La sala común del albergue se encontraba vacía a esas horas de la noche cuando el portátil emitió un largo pitido. Hooded despegó la vista del libro que estaba leyendo y se acercó a comprobar qué sucedía. El programa que había instalado el día anterior había sido capaz de desbloquear la carpeta rotulada con el nombre de *Iván Minchev*. El informático se sentó apresurado delante de la pantalla e hizo doble clic encima. Un haz de luz fantasmagórico radió el interior de la sala a medida que una nueva retahíla de subcarpetas emergía en el directorio. Los títulos que llevaban aparejados le resultaron de pronto familiares, todos ellos ordenados desde la fecha más lejana a la más reciente. Leyó: Inés Solís, Lúa Prado, Cynthia Olmedo, Tania Oldán y otras cuantas jóvenes de las que desconocía su situación y/o procedencia. Hooded abrió unos cuantos archivos y distribuyó por el escritorio los vídeos que encontró asociados a cada chica. Los reprodujo simultáneamente.

Las escenas que se abrieron en cadena en la pantalla de su ordenador evidenciaban las mismas técnicas de adiestramiento militar a las que fueron sometidas de manera individual. Cada una de ellas parecía bregar con situaciones similares en los primeros minutos de metraje mientras se afanaban en hacer fuego en un apartado del bosque, corrían deprisa bajo la lluvia o simulaban distintas llaves de defensa personal. A Hooded no le costó reconocer el jardín del caserío donde estuvo días atrás, y en el que todavía podía sentir la corrosiva fetidez que desprendía el cadáver de Claudio Arjona. En otras imágenes, el escenario se tornaba boscoso. ¿Por qué?, se cuestionó. El informático supuso que a raíz de abandonar el artífice de aquellas grabaciones la casona que visitó a las afueras de Rois.

De pronto, uno de los vídeos sufrió un corte abrupto. La diminuta pantalla se contaminó por multitud de *pixeles*, enturbiando el sonido un molesto zumbido. Hooded la amplió con el fin de averiguar qué estaba pasando hasta que, súbitamente, se inició una nueva imagen. Tania Oldán se asomó en el encuadre con la mirada expectante. Estaba sentada delante de una mesa de madera, en una habitación anodina de paredes lisas y blancas. Por la fecha que observó en el margen inferior, 30 de abril de 2014, se convenció de que la grabación fue tomada el mismo año que desapareció tras arder la casa de sus tíos en aquel aparatoso incendio. La niña, de aproximadamente trece años, vertió entonces una sonrisa angelical.

- ¿Estás lista? – preguntó una voz masculina al otro lado de la cámara.

Tania asintió con un golpe de cabeza al tiempo que se remangaba las mangas de su camisa.

Hooded, sin embargo, reconoció aquel tono grave trufado por un leve soniquete francés. *¿Iván Minchev?*, balbució. Su voz era idéntica al mensaje que exhortó segundos antes de ser ejecutado en aquel vídeo que publicó el Correo de Galixia. Se alarmó.

- De acuerdo, cariño – prosiguió –. Espero que esta vez superes los diez segundos.

Entonces depositó varios fragmentos metálicos sobre la mesa, inclinando la cámara unos grados.

- A la de tres, ¿estamos? – la persuadió –. Una, dos y… ¡Ya!

La niña se apresuró a revolotear sus manos ente las piezas, ensamblando el cargador en el obturador del arma y montándola después sobre su armazón.

Acto seguido, levantó los brazos en alto.

- ¡Genial! – la felicitó –. Nueve segundos.

Tania Oldán trazó una sonrisa meliflua en su cara.

- Tristán va a sentirse muy orgulloso de ti en cuanto se lo comunique. Buen trabajo.

El informático detuvo la grabación con los ojos como platos y resopló. ¿De qué trataba todo aquello?, se planteó. ¿De radicalizar a las chicas?

Luego se levantó de golpe en mitad de la sala y escupió un *joder* largo y sonoro.

Las luces del depósito emitían un silbido similar al de un enjambre de insectos.

Un leve siseo constante y molesto que goteaba alrededor de la tramoya de lámparas anudadas al techo. Alejando Pumares, el forense del Instituto Anatómico de Ponferrada, continuó explorando con su linterna ultravioleta el cadáver del hombre que yacía en la mesa para

autopsias. Identificó ciertos hematomas alrededor de su pecho cuando, de repente, el fax de la salita adyacente emitió un hondo pitido. Pumares se retiró molesto los guantes de látex y partió hacia las puertas batientes con una suerte de ojo de buey en el centro. Después se deshizo de sus gafas de bioseguridad transparentes y franqueó el recoleto despacho. Al encender la luz, comprobó que la impresora láser estaba terminando de escupir un folio. El forense arrancó la hoja con cierto fastidio y se dispuso a leer el contenido.

Enseguida verificó que se trataba de un escueto comunicado remitido por Andrés Fresno, el patólogo encargado de realizar la autopsia a Iván Minchev, con el que se puso en contacto a raíz de los últimos indicios de la investigación criminal. Leyó:

En relación a la demanda de análisis que se solicitó a través de Gabriel Palau, médico forense del Instituto de Medicina Legal de A Coruña, el ADN comparado con los restos de placenta hallados en la tapicería del coche siniestrado (un Volkswagen rojo modelo Fox) en el Bosque O Cubelo el día 6 de julio de 2019 y que pertenecen a doña Lúa Prado Barbero, confirman con un 100% de compatibilidad que Iván Minchev, de nacionalidad búlgara y muerto de un disparo a quemarropa en el bosque de Castros de Trelle (Ourense), es el padre del neonato desaparecido hasta el momento.

FDO. Andrés Fresno.

El alumbrado público expelía un halo anaranjado sobre la noche oscura. Oriol Estrada retiró la cortina de la ventana y volvió a asomarse tras el cristal, el horizonte sembrado por un mar de terrados sombríos. En ese instante, una de las secretarias del Correo de Galixia llamó con los nudillos a la puerta. El periodista se volvió asustado y comprobó que se trataba de Lola, la joven que habían contratado el mes pasado para cubrir el turno de tarde.

- Disculpe que le moleste – dijo al tiempo que avanzaba por la moqueta de su despacho.

La chica intentó ofrecerle su mejor sonrisa.

- Han dejado esto para usted – le mostró el sobre color camel que sujetaba en su mano.

Estrada reconoció la misiva a simple vista y sintió el impulso de atraparlo de inmediato.

- ¿Quién lo ha dejado? – la interpeló nervioso.

- Creo que un mensajero. Me lo encontré en la recepción cuando regresaba del baño.

Lola bosquejó un rictus impreciso, como si una parte de su trabajo no hubiera sido de su agrado.

- Está bien – respondió mientras alargaba el brazo – Muchas gracias.

La secretaria se largó tras un fuerte taconeo y volvió a cerrar la puerta de su despacho. Sólo entonces se entregó a la labor de inspeccionar el sobre, su nombre escrito con letra picuda en el anverso. No tuvo ninguna duda de que se trataba de él. Rápidamente rasgó la solapa e introdujo los dedos entre las burbujas de aire. Rozó varios objetos en su interior. Estrada volcó el contenido sobre su mesa y reparó en las castañas que comenzaron a rodar por fuera del teclado de su portátil. Luego se fijó en el nuevo cd con las siglas *B.F.* trazadas en su carátula y también en el cronómetro, esta vez encendido. La cuenta atrás marcaba con números rojos veintitrés horas y catorce minutos. ¿Por qué?, se preguntó azorado.

Sin pensárselo, introdujo el disco en el lector de su ordenador y esperó impaciente a que se reprodujera. La ventana del programa *VLC* se abrió en medio de su escritorio. El periodista se colocó apresurado los auriculares y atendió al archivo multimedia en cuanto arrancó. Sus ojos se contagiaron de miedo con las primeras imágenes. Tal vez incluso de pánico. Pues sólo entonces, supo que el asesino *da Serpe* había vuelto a actuar.

DIA 8

Sus ropajes, más bien oscuros, caían en multitud de repliegues de espaldas a la cámara. El hombre tenía el pelo grisáceo, manchado a tramos por pinceladas zahínas que le conferían un viso de la juventud ya pasada. Tal vez su cuerpo convulsionó de miedo en aquel apartado del bosque mientras el objetivo capturaba el liquen espolvoreado entre las ramas de los castaños. Puede que incluso la penumbra de la que se alimentaba el entorno le otorgase una actitud de indefensión, sus hombros sacudidos por un temblor mecánico. Entonces irguió el cuello y se dispuso a declamar el mensaje. Igual que la vez anterior. Igual que había hecho Iván Minchev. *"La nueva luz despejará las sombras. Sólo los pecadores serán sacrificados sin piedad. El juego de la serpiente mostrará entonces la verdad"*. La mano que emergió de pronto no tuvo reparos en encañonarlo a corta distancia.

Después, la grabación se cortó.

- Es todo – dijo Oriol Estrada delante del portátil de su despacho –. Ni siquiera aparece el momento de la ejecución.

Aura no pudo reprimir el gesto de animadversión que le ofreció de pie.

El periodista la había telefoneado a primera hora de la mañana para averiguar si todavía seguía interesada en trabajar mano a mano con él. *He recibido un nuevo cd*, pronunció al otro lado de la línea. *Pero aún no me has dado una respuesta. Antes necesito saber si hay trato*. Aura no tuvo más remedio que acceder a regañadientes y acudir junto a Leo a la sede central del Correo de Galixia para ver con sus propios ojos el contenido que había recibido envuelto en un sobre (si es que era cierto, dudó).

Un amago de incertidumbre se apoderó de ella en el mismo instante que la grabación cesó. Era evidente que Tristán Ortiguera había vuelto a actuar.

- Claro que no aparece el momento de la ejecución porque ni siquiera se ha cometido – se adelantó el sargento –. ¿Cuándo lo recibiste?

- Anoche. A eso de las diez – vaciló.

Leo escrutó el cronómetro que reposaba a un margen del escritorio y volvió a fijarse en la cuenta atrás, los números digitales remarcados bajo un halo rojizo: once horas, cincuenta y dos minutos, leyó. El tiempo de arena iba en decremento.

- ¿Cómo ostias no se te ocurrió avisarnos? – le sermoneó, dispuesto a saltarse cualquier clase de formalidad –. Apenas quedan unas horas

para que ese hombre, Braulio Fonseca, sea ejecutado.

- ¡Quién…? – se alarmó el periodista desde su silla.

En milésimas de segundo se convenció de que las siglas trazadas sobre la caratula del disco, *B.F*, coincidían con el nombre que acababa de ofrecerle.

Aura, por su parte, también lo reconoció nada más iniciarse la grabación en la pantalla del ordenador y escuchar su voz.

- ¿Conocéis a ese tipo? – preguntó desconcertado.

- Fonseca es el prior del Monasterio de Osera – despejó Aura sus dudas –. Ayer mismo estuvimos hablando con él en su despacho.

Prefirió no aclararle que el motivo de su visita fue para recoger los audios que les entregó en una caja y que en esos momentos obraban en poder del analista, experto en simbología criminal.

- Ese cura mantuvo una relación en el pasado con Tristán Ortiguera, nuestro hombre.

- Espera un segundo – la requirió –. ¿Afirmas que ese tal Ortiguera es el artífice que se oculta tras las ejecuciones de Iván Minchev y ahora de Braulio Fonseca?

- Lo es – respondió Baeza por ella –. Y no sé hasta qué punto sería conveniente publicar el vídeo.

Oriol pergeñó una expresión confusa en su semblante.

- ¿Por qué lo dices? – le encaró tras sus lentes de pasta.

- No sé si te has parado a pensar que la policía puede presentar cargos contra el periódico por obstrucción a la justicia durante las diligencias policiales.

- Estoy ejerciendo mi derecho a publicar en un medio público el material que recibo. Eso se llama libertad de expresión.

- Y también estás entorpeciendo una investigación criminal – le indicó.

El sargento intentaba más bien conminarlo, sus ojos engarzados a los suyos con descaro. El periodista se sintió atado de pies y manos.

- Tampoco sé qué más puedo hacer al respecto – consideró –. Está claro que su propósito es que lo publique en la plataforma al igual que hice con el del búlgaro.

- Tiene razón – se inmiscuyó Aura.

Baeza se volvió para atenderla.

- Si queremos dar con el paradero de Tristán, antes tendremos que respetar las normas de su juego. De lo contrario, dejará de enviar más material a la redacción y le perderemos definitivamente la pista.

- Incluso puede que algún internauta reconozca el lugar donde fue tomada la grabación; que alguien haya visto a ese cura en las últimas horas – apuntaló Estrada –. Con el primer vídeo saltó la libre y recibí la llamada de la dueña de ese hotel de Allariz.

- De acuerdo – Leo renunció a seguir llevándoles la contraria –. No

obstante, deberíamos pasarnos por el Monasterio y reconstruir sus movimientos desde que nos marchamos.

- Me parece bien – arbitró su compañera.

Ambos se despidieron del periodista mientras éste decidió acompañarlos hasta la puerta de su despacho. La claridad de la mañana, fría y hostil, se asomaba por fuera de la ventana, devorando la estancia bajo un manto de penumbra. Baeza dobló el pomo y enfiló el paso entre las distintas mesas de la redacción. Aura, por el contrario, se giró sobre sus talones y gratificó a Estrada con una mirada inquisitiva que le robó el habla. Luego introdujo la mano en el bolsillo de su cazadora vaquera y le proporcionó un *pendrive*.

- Ahí encontrarás la información que he recabado hasta el momento – murmuró –. Sólo espero que mantengas la boca cerrada. No quiero que Leo se encuentre en peligro.

Al periodista se le iluminaron los ojos.

- Descuida. Tu secreto estará a salvo conmigo siempre y cuando cumplas con tu parte del trato.

Llegaron al *Mosteiro de Oseira* una hora más tarde.

Un *sirimiri* abundante los acompañó de camino mientras Leo franqueaba las instalaciones cenobíticas y detenía el Golf blanco delante de la fachada principal. Una vez que se apearon del coche, volvieron a examinar las muescas de moho que corroían su piedra milenaria, un sortilegio de torres y chapiteles que conjuraba una fantasía arquitectónica de juglares y dragones. Ambos traspasaron el amplio vestíbulo de trazo ojival a medida que el sargento se apresuraba a golpear la vieja aldaba. Esperaron impacientes por dentro de sus muros hasta que al cabo de unos minutos, una de las hojas del portón se abrió.

El mismo monje de la vez anterior los miró entre las sombras, sus ojos llameantes como dos fósforos a punto de verter cobre líquido.

- ¿Ustedes otra vez…? – balbució con torpeza.

El hombre no paraba de remover sus dedos, nervioso.

- El prior no se encuentra en estos momentos – prosiguió bajo la malla de penumbra que lo envolvía –. Anoche no regresó al Monasterio y decidimos llamar a la policía. Parece ser que no se le puede dar por desaparecido hasta transcurridas veinticuatro horas.

- Estamos al tanto – le confirmó Baeza –. Por eso hemos venido.

El monje los atisbó entre las corrientes de aire que asolaban el zaguán.

- Estoy seguro de que la policía hará lo posible por encontrarlo – intentó reconfortarle.

- Aunque sería necesario reconstruir sus últimas horas – intervino Aura –. Saber si se vio con alguien, si estaba inquieto por alguna

cuestión… ¿Han probado a llamarlo a su móvil personal?

- La Orden tiene prohibido el uso de esos cacharros. Tan sólo hay un teléfono fijo en el refectorio a disposición de todos – aclaró –. Pero tampoco me dio la impresión de que estuviera agitado. Estuvo un rato en su habitación y a media tarde se marchó en su coche. Nos dijo que tenía que hacer algunos recados en la ciudad y que volvería pronto.

- Y avisaron a la policía ya entrada la noche – dedujo el sargento.

- Es que era raro en él. Don Braulio nunca se ha ausentado tanto tiempo – se convenció de lo que decía –. Ojalá me equivoque, pero creo que le ha ocurrido algo.

Un silencio sepulcral los invadió a medida que el monje retiraba su mirada atribulada hacia las baldosas de piedra.

- ¿Le importaría que echásemos un vistazo a su habitación? – se atrevió Aura a preguntar –. Por si encontrásemos una pista que ayudara a la policía a localizarlo.

El hombre clavó su mirada en la suya, como si de esa forma fuese capaz de inspeccionar sus pensamientos. Después desplazó el portón y los invitó a pasar.

Cruzaron el mismo laberinto de muros cistercienses y bóvedas de crucería que parecía absorber el eco de sus pasos según enfilaban la sala capitular del Monasterio para volverse a perder por otra madeja de pasillos. El escudo de armas de la Orden poblaba los dinteles de cada una de las puertas que iban dejando atrás, en todos ellos representada la figura desleída de un oso cavernario. En cuanto el monje detuvo sus sandalias cangrejeras por fuera de una celda con una pequeña reja en el centro, se volvió para escrutarlos a corta distancia.

- Es aquí – dijo –. Voy un momento a la sacristía. Ahora mismo vuelvo.

Nada más cerciorarse de que el anciano se alejaba con el paso renqueante, Baeza aprovechó para abrir la puerta. Una austera habitación de paredes lisas y suelos de barro se abrió paso a través de las raspas de luz que perforaban un minúsculo tragaluz. Varios cuadros de San Famiano moraban a sus anchas junto a algún que otro crucifijo diseminado por el escritorio y la librería, atestadas sus baldas de viejos libros de botánica. La humedad que almacenaba la pieza era insoportable. El sargento comenzó a registrar su camastro de sábanas impolutas a medida que Aura se acercaba a la mesa, colmada de más libros y unos cuantos rosarios.

- Hay una parte de mí que se siente responsable de lo que ha sucedido – masculló sin apartar la vista del escritorio.

Leo paró de examinar el colchón para atenderla.

- En el fondo, creo que lo sobreexpusimos con nuestra presencia.

- ¿Piensas que nos estaban vigilando de cerca? – dudó de su teoría.

- Estoy segura. Es demasiada casualidad que ayer nos entregase las cintas de Toén y que a las pocas horas desapareciera. No me digas por qué, pero tengo la sensación de que lo han castigado por intentar ayudarnos.

Baeza enmudeció con un viso de inquietud refulgiendo en sus pupilas.

- ¿No te diste cuenta de que el mensaje que declamó en la grabación era distinto al de Iván Minchev? En él hablaba de que los *pecadores* serían sacrificados sin piedad.

- Sí, lo recuerdo.

- Pero el búlgaro no dijo lo mismo. Al contrario. Declaró que sólo los *traidores* serían sacrificados por esa finalidad…

Leo se mantuvo pensativo mientras se convencía de que únicamente se había modificado la palabra *pecadores* por *traidores* en aquel espeluznante mensaje.

- ¿Qué insinúas, que Fonseca se ausentó del Monasterio para verse con alguien fuera?

- Y posiblemente le tendiera una trampa – añadió.

Aquella teoría sedujo al sargento a continuar registrando la habitación mientras Aura hacía lo propio en el escritorio del prior. Torres de libros con el lomo entelado y alguna que otra misiva con el filo rasgado por un abrecartas conformaban a grosso modo el caos que bullía alrededor de la mesa. Entonces, se fijó en la papelera de aluminio esquinada contra la pared. La periodista se acuclilló para echar un vistazo y reparó en la bola de papel que yacía al fondo hecha un gurruño. La apresó entre sus dedos. Su tacto era rugoso. Luego comenzó a desplegar la hoja hasta que tropezó con aquella nota escrita con letra alambicada. Leyó:

"Ya es hora de desenterrar el secreto de Sabela y Estrella en Toén"

Su pulso se aceleró.

- Leo, tienes que ver esto – pronunció sin apartar la vista del papel.

El sargento se aproximó con el ceño fruncido y apresó la nota que le tendió en ese instante. Sus ojos se abrieron más de la cuenta.

- ¿Dónde estaba? – se interesó.

- En la papelera, completamente arrugada.

- Entonces, esto confirmaría que salió del Monasterio. Debió de desplazarse a Toén en cuanto recibió este maldito señuelo.

- ¿Pero quiénes son esas dos mujeres, Sabela y Estrella?

- Ni idea. Pero por lo que intuyo, están relacionadas con el Psiquiátrico. ¿Has encontrado el sobre con el remitente?

La periodista se limitó a negar con un golpe de cabeza.

- Pues no perdamos más el tiempo. Braulio Fonseca seguirá allí retenido y posiblemente sea ejecutado en la misma habitación que Minchev. La misma en la que permaneció Tristán en 1978.

El *mojabobos* dio paso a una lluvia pertinaz cuando treinta minutos más tarde los faros del coche alumbraron la vieja entrada de lanzas del Psiquiátrico de Toén.

Un velo de vaho se enredaba al fondo de la edificación, desdibujando sus aristas en una suerte de acuarela de trazos diluidos. Juntos se apearon del coche y comprobaron que una gruesa cadena de eslabones asfixiaba las dos hojas del portón. *¡Mierda!*, maldijo Leo en voz baja. Supuso que habría otra entrada por la que acceder a la finca. Rápidamente se acercó al muro y observó que una parte del cemento se había desprendido, invitándolo a trepar.

- Ni de coña – leyó Aura sus pensamientos.
- Tampoco tiene tanta altura – adujo.
- ¡Y qué pretendes, partirte la crisma antes de…?

Ni siquiera le dio tiempo a formular la pregunta. El sargento se agarró a los ladrillos que sobresalían por fuera del desconchón y tomó impulso para escalar la tapia y aterrizar al otro lado del descuidado jardín. Aura lo miró asombrada.

- Venga, que te ayudo – la animó con las manos extendidas hacia ella.

La periodista resopló con hastío y se dejó cautivar por sus repentinas ideas. Al momento, apareció envuelta en sus brazos. Ambos atravesaron aquel vergel provisto de frutales y altas hierbas, donde las zarzas parecían devorar las camillas esparcidas bajo un manto de óxido. La desolación en la que se hallaba el viejo Psiquiátrico de Toén era más que evidente, la maleza alimentándose de los escasos restos que aún quedaban de su memoria. Después, alcanzaron la escalera de acceso. Escalones de piedra henchidos de musgo y humedad que se encaramaban por delante de su fachada. Los ventanales, cegados por barras de hierro, desprendían un miasma de suciedad y abandono tras sus cristales rotos. Baeza encendió la linterna de su móvil y subió los peldaños junto a Aura.

Multitud de grafitis moraban por las paredes del amplio corredor que se abría paso bajo una telaraña de sombras. Varias sillas de ruedas y camillas perecían al abrigo del polvo, como si durante años el Hospital Psiquiátrico hubiese sido saqueado por okupas y forasteros. El haz de luz enfocó la penumbra que goteaba en la galería, fría y siniestra, sin saber aun lo que buscaban en sus destartaladas instalaciones. ¿Seguiría con vida Braulio Fonseca en alguna de las habitaciones?, se preguntó el sargento mientras echaba un vistazo por

dentro de las puertas que encontraron de camino, sus goznes arrancados con brutalidad. Las máquinas de electroshock se amontonaban en un recodo, deseosas de volver a descargar miles de vatios. También atendió a los frascos de medicamentos que resistían incólumes por dentro de los armarios voladizos. *Etomidato, Cloruro de Suxametonio*, leyó algunas etiquetas.

Continuaron adentrándose por el pasillo, el eco de sus pisadas languideciendo en la oquedad difusa del corredor. Aura atendía a los letreros ubicados por encima del travesaño superior. *Sala de Quirófano, Refectorio, Sala de Visitas, Secretaría*. Después, frenó en seco.

- ¿No crees que si ambas mujeres estuvieron vinculadas a Toén, sus nombres deberían estar en cualquiera de los registros del Psiquiátrico? – interpeló la periodista.

Las raspas de luz continuaban alumbrando el cartel adherido por encima de la puerta.

- ¿En los ficheros? – vaciló el sargento –. Si es que existen…

- Tampoco perdemos nada por echar un vistazo.

- ¿Qué te parece si yo sigo explorando el resto del edificio? Me parece extraño que no hayamos visto el coche del prior fuera.

- De acuerdo. Pero no tardes. Este lugar me da bastante *yuyu*.

Luego se alejó por el corredor, su perfil recortado por una burbuja amarillenta. Leo vagó con la mirada prendida a cada uno de los objetos que entorpecían su camino, percatándose de las láminas de luz en polvo que resbalaban por la escalera de acceso a la segunda planta. Enseguida tropezó con el rótulo que yacía en el primer escalón: *Habitaciones. Sólo personal médico y pacientes*, leyó. Después alzó la vista y se perdió por el pasamanos que reptaba desarmado en algunos tramos. El crujido de la madera restalló bajo sus suelas. Lamentos que se esparcían en derredor mientras se aseguraba en pisar con firmeza sobre la hilera de peldaños que ascendían abombados hacia los confines del inframundo. Un fuerte olor a humedad erraba caprichoso en el ambiente. También sobre los cercos que supuraban bajo la pintura carcomida de sus paredes. Baeza se dio cuenta del conjunto de fotografías que se erigían escalonadas bajo una gruesa capa de polvo.

Entre las partículas que arañaban el cristal, atendió a la composición que se asomaba como espectros en la niebla. Y es que una veintena de enfermos aparecía en los amplios jardines junto a sus cuidadores, apilados en dos filas para armonizar la estructura visual que el fotógrafo intentó concederle al Psiquiátrico, encaramado unos metros por detrás. Sonrisas huecas y miradas huidizas que se asomaban a la lente del tiempo en blanco y negro. Localizó el año en la parte inferior: 1978. El mismo año que el Hospital cerró sus puertas. Después reanudó la marcha mientras volvía a proyectar la luz sobre el último repecho.

El nuevo corredor se abrió paso entre gritos lejanos y lamentos en sepia.

Una claridad sedosa se escabullía entre las distintas puertas que flanqueaban ambas paredes. Leo caminó por el suelo de tablillas, arrancando otros chirridos a su madera. El número de las habitaciones se mantenía intacto por encima del travesaño. También la alfombra de suciedad que se extendía como un aliento infecto. Examinó con curiosidad la decadencia que rezumaban algunas estancias, la mayoría despojadas de cualquier rastro de mobiliario y con los muros marcados por señales de moho que supuraban de sus techos como lágrimas negras. ¿Dónde estará retenido el prior?, se preguntó. Leo continuó profundizando en el pasillo hasta que alcanzó la habitación 24. La antigua morada de Tristán Ortiguera.

Un gigantesco *Hombre de Musgo* se reveló como una quimera legendaria en una de sus paredes. Su rostro, sombreado por un manto de briofitas, le asestó un duro golpe mientras rescataba a Penélope Santana de las sombras. Su cuerpo macizo, en cambio, lo redujo a un estado de indefensión. El resto de criaturas bosquejadas a mano entre sus muros lo condenó a enredarse en aquel reducto de infierno que todavía palpitaba en la habitación. Un universo oculto durante años, donde a un margen se alzaban tres prodigios de la naturaleza, enfrente otros tres, y en el frontal, presidiendo su supremacía tras una cornamenta sublime, *Cernunnos*, Señor de las Bestias. Leyendas caprichosas que le dejaron sin habla mientras fotografiaba con su móvil aquel pandemónium surtido de más astas, pezuñas, pelaje oscuro y alturas desmedidas. Los compañeros de viaje de la pequeña Alicia, descansando al fin en la hospedería del último capítulo del *Juego de la Serpiente*.

El sargento se apartó hacia un lado y atendió a la mancha negra que relamía unas cuantas tablillas del suelo, ya reseca. Supuso que ahí fue donde Iván Minchev cayó abatido tras la ejecución que apreció en las imágenes de la grabación. Consumido por la rabia, Leo prefirió distanciarse del escenario del crimen y se asomó por fuera de la ventana. Un soplo de aire lo embistió nada más deslizar la manilla. Sus ojos se enredaron por inercia a las altas hierbas del jardín, escrudiñando con precisión aquel paraje desolador. Entonces, lo vio.

La lluvia contumaz desleía la lápida de Funelli desde aquella altura. Rebordes de piedra vencidos por el paso del tiempo que le ayudaron a recordar las fotografías que Hooded les envió por correo cuatro meses atrás. De pronto, se agitó. El sargento tuvo una corazonada y abandonó deprisa la habitación. Un fuerte impulso lo arrastró escaleras abajo a medida que proyectaba de nuevo la luz sobre los contornos sombríos. Paredes henchidas de humedad y suelos abombados, donde sus propias huellas adheridas al polvo se cruzaban

en sentido contrario. Leo se precipitó por el angosto corredor y cruzó al cabo de unos minutos la puerta de la secretaría.

Descubrió a Aura por detrás del mostrador, enfocando con su linterna el contenido de unos cuantos archivadores.

- ¿Estás bien…? – dudó.

La respiración del sargento se volvió dificultosa.

- Ni rastro del prior – le esclareció –. ¿Y tú? ¿Alguna novedad?

- He encontrado unos informes médicos que hablan de una tal Sabela Alday y Estrella Taberneiro. Ambas fueron pacientes de Toén. Aunque lo interesante no es eso, sino justo lo que estaba leyendo hasta que me has interrumpido.

- ¿Y es…?

- Esas mujeres estuvieron aisladas durante meses en un ala del Psiquiátrico por un ataque de histeria. Una a principios de 1977 y la otra en 1978, semanas antes de cerrar sus puertas el Centro. ¿Te dice algo esa información para relacionarla con el prior?

- No estoy seguro. Pero creo que sé dónde se esconde el secreto de Sabela y Estrella.

El envite de la lluvia parecía mitigar el sonido del pico.

Un retumbe seco y pedregoso que alimentó de grietas la tumba a medida que su estructura iba venciéndose hacia un lado. Aura era incapaz de apartar la vista de lo que Leo se había propuesto hacer, sus ansias por profanar la lápida de Funelli cada vez más sólidas.

- ¡Pero te has vuelto loco? – le gritó.

El sargento ni siquiera se inmutó mientras continuaba golpeando con más saña.

- ¡Qué crees que vas a encontrar aparte de un muerto?

- La nota decía *"desenterrar un secreto"* – su aliento era áspero –.Y estoy seguro de que el mensaje era literal.

Su cabello, empapado, se agitaba con cada embiste. Aura sintió que la humedad empezaba a apoderarse de sus ropas.

- Sabes que esto no está bien, ¿verdad? – intentó que cambiara de parecer –. Al menos, escúchame cuando te hablo.

Un fuerte crujido restalló bajo sus pies, desarmándose la sepultura en varios mazacotes que fueron cayendo en las profundidades de la fosa. La cruz, completamente desvencijada, se desprendió del cuerpo, haciéndose añicos contra el suelo. Baeza sacó el móvil del bolsillo de su cazadora y alumbró con la linterna el interior, aclarando los restos de la caja mortuoria que se asomaba cubierta de tierra y trozos de cemento. La madera del féretro se encontraba abombada, sus goznes desencajados por las filtraciones de agua. El sargento descendió por el hueco e hincó sus botas sobre la pared de tierra, las raíces de los árboles deslizándose como gusanos escurridizos. Después tiró con

esfuerzo de la tapa y la desmontó. Una nube de partículas hediondas alcanzó su olfato, y también el de Aura. A la periodista le sobrevino una arcada en cuanto ocultó la nariz con su antebrazo. El olor era insoportable. Leo bregó con la tapa y la apartó a un extremo. Entonces, la lluvia comenzó a desempolvar el cadáver de Funelli. Sus ropas, acartonadas por el paso del tiempo, todavía conservaban la presteza de hacía cuarenta años, los botones de su camisa en cada ojal y la raya del pantalón perfectamente delineada. La calavera, en cambio, ni siquiera conservaba un vestigio de sus facciones. Su cráneo era ya un amasijo de hueso desgastado, con las cuencas vacías y proyectadas hacia un lateral de la caja. Sus vértebras, igualmente, se asomaban por fuera del cuello de la camisa. Leo atisbó dos bultos envueltos en un pedazo de tela que custodiaba encajonados por debajo de sus antebrazos.

- ¿Qué diantres es eso? – preguntó en alto.

A Aura no le dio tiempo a responder cuando asió un extremo de la tela y tiró de ella con fuerza, liberándose en su vuelo varios huesecillos que cayeron por dentro del féretro.

- ¡Leo, ahí! – señaló una pequeña esfera amarillenta –. ¡Es el cráneo de un bebé, joder! ¡Qué diablos hace en la tumba de Funelli!

Baeza se percató de que el otro sudario guardaba exactamente lo mismo. Sin embargo, un destello robó su atención al fondo de la caja. Aprisionado por las ropas de Funelli, Leo se arriesgó a estirar la mano y a acariciarlo con sus dedos, su tacto gélido filtrándose entre las yemas. Después se convenció de que se trataba de un colgante hasta que sus párpados se desplegaron más de la cuenta.

- No puede ser… – musitó.

- ¿Qué pasa ahora? – le cuestionó Aura unos metros más arriba.

El sargento alzó el brazo y entonces le mostró la llave que comenzó a mecerse en el aire.

La periodista enmudeció al instante.

- Es tu colgante, Aura – dijo –. La misma llave que siempre llevas colgada al cuello.

El viejo Psiquiátrico de Toén se diluía tras el mecánico vaivén del limpiaparabrisas.

La fuerte tromba de agua que se desató en las inmediaciones sepultó las aristas del entorno, adormeciéndolas bajo una cortina de vaho y penumbra. Aura abrió la palma de su mano y observó una vez más la llave de aspecto antiguo, dentada al final del cilindro y con el agarre recargado de geometrías. La misma llave que colgaba de su cuello y que palpó con su otra mano. Leo atendió a su ensimismamiento mientras intentaba en vano que el calefactor del coche se encendiera. Notó que sus ropas caladas humedecían sus huesos. No obstante,

decidió intervenir antes de que fuera demasiado tarde.

- ¿Te encuentras bien? – su voz, suave y pausada, ni siquiera derribó su recogimiento.

La periodista continuaba sumergida en profundo *shock* imposible de disimular.

- No lo entiendo… – balbució –. No entiendo por qué Funelli le regaló a mi madre otra copia de las llaves. La misma que me entregó a mí días antes de desaparecer.

- No lo sé, Aura. Yo también estoy confuso. Quizá no sean meros colgantes y su función sea bien distinta.

- ¿Qué quieres decir? – se atrevió a mirarle a los ojos.

- Pues que tal vez abran algo que aún desconozcamos y le cediera a tu madre la llave que siempre llevas al cuello por algún motivo.

Aura se mantuvo callada, sus ojos removiéndose deprisa por dentro de sus cuencas.

- Peralta – desembuchó.

El sargento arrugó el ceño.

- ¿Cómo dices…?

- Mi madre contrató los servicios de la agencia de detectives de Antonio Peralta y Rafael Oviedo cuando trabajaban mano a mano en aquella época.

- ¿Adónde quieres llegar? – seguía igual de perdido.

- ¡No lo entiendes…? Si mi madre les confió la segunda parte del *Juego de la Serpiente*, deduzco que también les confesaría lo que abrían o significaban estas llaves. Tú mismo lo acabas de decir: Funelli le cedió una de las copias por algún motivo.

- Pero no sé si recuerdas que el informe que recibí del despacho de A Coruña hace cuatro meses no hacía alusión a ninguna llave, y menos al segundo manuscrito encriptado mediante algoritmos.

Baeza recordó el momento en que se toparon por primera vez con aquel cuaderno de tapas magentas y anillas combadas con sus hojas recargadas de problemas matemáticos, el cual había sido escondido por Christoffer van Hoof en la taquilla de un gimnasio de Ponferrada.

- No encontraste nada por la sencilla razón de que el informe que recibiste no era el de Victoria Gálvez, sino el del Serbio.

- ¿Y…? – le despistó.

- Pues que ambos detectives debieron incluir los datos más relevantes de mi madre en el informe del Serbio. Al fin y al cabo, compartieron ciertos episodios en el pasado.

- Lo siento, pero me cuesta llegar a tu teoría.

- Sólo digo que mi madre tendría su propio expediente en el despacho donde figuraría su declaración, y también el significado de estas malditas llaves.

Leo intentó analizar sus conjeturas con precaución y distancia.

- El problema es que ambos detectives, Peralta y Oviedo, están muertos – recalcó.

- Lo sé. Pero el despacho de A Coruña sigue operativo y alguien sabría decirnos si estoy en lo cierto o no – persistía la periodista.

La lluvia ametrallaba el capó del Golf como si se tratase de una nube de guijarros.

- ¿Crees que tu madre supo de la existencia de esos bebés? – se atrevió a dar voz a sus pensamientos –. ¿Acaso serían de Funelli?

- Lo dudo – respondió –. Era un hombre ya mayor y enfermo cuando lo encerraron en el Psiquiátrico. Parece ser que se pasaba la mayor parte del día postrado en la cama.

- Entonces… ¿Tal vez del prior? – se le ocurrió decir.

- Y posiblemente Tristán conociera su secreto.

Sus miradas volvieron a encontrarse.

- A esas dos mujeres no las aislaron por histeria, sino porque estaban embarazadas. Y la nota funcionó como un señuelo para sacar a Fonseca del Monasterio y atraerlo aquí.

El teléfono de Leo vibró en el bolsillo de su cazadora. Rápidamente lo asió y comprobó que se trataba de Altamira.

- No te imaginas dónde estoy – soltó el sargento con atropello.

- Baeza, escúchame – se mostró alterado al otro lado –. Un vecino ha localizado el coche del cura en un descampado que une Villamarín con Sestelos. Dos agentes del subinspector Villarejo están yendo de camino.

- Mierda – farfulló –. Voy para allá.

Y antes de que el capitán pudiese contestar, Leo se apresuró a colgar la llamada.

Veinte minutos más tarde, la patrulla de policía se desvió de la OU-0527 para introducirse por un camino sin asfaltar.

Un inmenso bosque de coníferas se extendía a ambos márgenes de la cuneta mientras uno de los agentes atisbó al hombre que, con boina de fieltro y camisa de rayas, intentaba captar su atención con el brazo en alto. Su compañero detuvo el vehículo a un lado y se apearon a la vez. Después, se estrecharon las manos a modo de saludo.

- Es usted el vecino que dio el parte a la comisaría de Ourense, ¿verdad? – le preguntó el más veterano.

- El mismo. Elías Casado, para servirles – respondió con un marcado acento gallego.

- Entonces… ¿Dice haber encontrado un coche en el bosque que le resultó sospechoso?

Se limitó a reproducir las palabras que exhortó por teléfono hacía algo menos de una hora y que coincidía en matriculación con el coche personal del prior del Monasterio de Osera.

- A ver, tampoco quise insinuar tal cosa. Pero me pareció raro que tuviese las llaves de contacto puestas y la puerta del piloto abierta.

- Hizo bien en avisar – resolvió el otro agente –. ¿Dónde está el vehículo?

- Ahí mismo – señaló un punto en concreto del paraje –. Pasando esos arbustos.

Los policías escoltaron al hombre unos pasos por detrás mientras se perdían por una senda abierta que conectaba con el corazón del bosque. Las ramas de los pinos apenas dejaban traspasar la lluvia que azotaba con furia sus copas. Raíles de agua que se filtraban por sus troncos como lágrimas de resina a medida que esquivaban los helechos que crecían por su tierra arcillosa. Uno de ellos atendió al *Lancia Kappa* en tonos verdes que continuaba varado con la puerta abierta. El policía más avezado sacó la linterna manual de su uniforme y proyectó el chorro de luz por dentro del vehículo. Todo parecía estar en orden, se convenció.

De pronto, escucharon un ruido que procedía del maletero.

Su compañero sacó el arma por su espalda e hizo una señal al otro para que se acercara. Tal vez pensó que el monje podía haber sido secuestrado y maniatado en aquel horrible lugar. Rápidamente presionó la palanca de cierre y tiró del portón. Los tres hombres se quedaron atónitos al descubrir que unas cuantas serpientes moraban en su interior, algunas enroscadas alrededor de una caja oscura.

- Me cago en la puta – vociferó el vecino –. ¿Quién diablos ha metido esos bichos ahí?

La caja comenzó a emitir un largo pitido tras un parpadeo constante y rojizo.

Justo en ese instante, Leo avistó la patrulla de policía por dentro de un camino boscoso.

El sargento giró de un volantazo el Golf blanco y se adentró bajo una cortina de agua que enturbiaba la luna delantera. Los limpiaparabrisas emitían un quejido largo y ronco en cada desplazamiento. Enseguida detuvo el coche por detrás de la patrulla y abandonó el asiento. Aura lo acompañó en su partida. Ambos exploraron las inmediaciones, intentando adivinar la presencia de los agentes tras el copioso aguacero que empañaba los alrededores. La frondosidad del bosque apenas les permitía distinguir la presencia de los guardias mientras la lluvia abundante velaba su visión. De pronto, la periodista reparó en un bulto oscuro al abrigo de unos cuantos arbustos.

- ¡Ahí! – señaló con el dedo una porción del territorio.

Leo frunció sus párpados a medida que sus ojos atravesaban el diluvio y se convencían de que había tres individuos inspeccionando

el maletero de un coche.

- Vayamos a ver si…

Una fuerte explosión reventó en aquel apartado del bosque, derribándolos al suelo tras la onda expansiva que vino a continuación. La llamarada que ascendió del vehículo lamió en su trayecto una decena de pinos, sus ramas devoradas por un fuego enfebrecido que desprendía virutas de carburante en el aire. El sargento tardó unos segundos en darse cuenta de lo que había sucedido y se incorporó con esfuerzo. Luego ayudó a Aura a levantarse, sus pupilas teñidas por el resplandor anaranjado.

- ¿Estás bien? – preguntó con la voz entumecida.

La periodista ni siquiera respondió, su atención puesta en la columna de humo que tiznaba de tinta negra el cielo húmedo. Leo sacó el móvil en un acto reflejo y marcó el 112.

Al segundo tono, emergió una voz femenina.

- 112, Galicia. ¿En qué puedo ayudarle?

- Necesito que envíe lo antes posible una ambulancia a un descampado que hay en la carretera OU-0527, entre Villamarín y Sestelos. Acaba de explosionar un coche y creo que los tres hombres que había cerca han caído en el acto. Dese prisa. El fuego ha…

Baeza retiró el teléfono de su oreja en cuanto el sonido de un motor rasgó la lluvia mansa y apareció la figura de un motorista al fondo del camino. Su rostro, oculto por un casco negro, irisaba destellos plateados tras el cristal de la pantalla. Vestía un traje de cuero ceñido a su cuerpo y unos guantes del mismo tejido. Entonces pisó el embrague y aceleró, pasando a toda velocidad por delante de ellos.

- ¡Mierda! – expulsó el sargento.

Acto seguido, echó a correr hacia el Golf.

- ¡Quién era ese tío? – le cuestionó Aura unos pasos por detrás.

- No lo sé. Pero está claro que está huyendo de aquí.

Rápidamente entraron en el coche y se pusieron los cinturones. Un segundo más tarde, Leo salió escopetado en dirección a la carretera.

El sargento revolucionó el coche por la comarcal al tiempo que machacaba una y otra vez su mandíbula. Un vestigio de la impaciencia que comenzó a dominarle.

- ¿Ves al motorista? – quebró con su voz la tensión de dentro.

- Date prisa. Está a punto de coger la próxima circunvalación – atisbó Aura entre el vaho depositado en una fina capa azul sobre la luneta.

Enseguida adelantó a varios coches, situándose a una distancia considerable de la moto. Se esforzó en averiguar su identidad por el cristal de su ventanilla. Sólo el reflejo de la pantalla de su casco fue lo único que consiguió a medida que pisaba el acelerador y aventajaba a

otra tanda de coches. Necesitaba acercarse un poco más; reconocer al menos quién se escondía bajo aquella apariencia hercúlea de hombros vigorosos y cuerpo macizo. Aura encendió la cámara de su móvil y se dispuso a inmortalizar la persecución. El motorista tomó la primera salida en dirección sureste, con dos carriles por sentido y provista de numerosos semáforos que regulaban las intersecciones y nuevas rotondas. Sólo la llamarada del bosque quedó suspendida como una mancha desdibujada en el espejo retrovisor. Los pinos y eucaliptos que poblaban ambos márgenes de la carretera se encaramaban sobre el terreno montañoso. Una espesa arboleda donde la lluvia continuaba azotando el horizonte plúmbeo. En cuanto se puso a su misma altura, el motorista giró el cuello y entonces lo retó bajo su casco. Al menos durante unos segundos, pues enseguida deslizó la cremallera que cruzaba su pecho e introdujo la mano. Después, los apuntó con un arma.

- ¡Agáchate! – gritó Baeza

La periodista dobló su espalda y se tapó la cabeza con ambos brazos, su respiración brusca y entrecortada. Luego escuchó la primera detonación. Leo perdió el control y comenzó a serpentear en mitad de la carretera, maniobrando el volante con denuedo hasta empotrar una parte de la carrocería contra el quitamiedos. El golpe los paralizó.

Aura se irguió, asustada.

- ¿Qué ha pasado?
- Ha disparado a la rueda delantera – se limitó a decir.

El motorista frenó en seco y se apeó de la *Yamaha* gris de gran cilindrada. La rigidez del traje de cuero se tornó flexible en cuanto apretó el paso hacia ellos, empuñando la pistola con el brazo extendido.

- ¡Pero qué va a hacer? – soltó temerosa.

Al sargento ni siquiera le dio tiempo a responder.

Únicamente tiró de ella con fuerza, protegiéndola bajo su regazo durante las milésimas de segundo que transcurrieron desde que el motorista direccionó el arma hacia su altura hasta que vertió sobre el parabrisas una descarga tras otra, reventando la luna bajo un restallido de agua y cristal en polvo. Una nube de vidrio que se pulverizó en el aire y colisionó contra sus cuerpos a medida que el sonido de varias sirenas se colaba en el interior.

Entonces bajó la pistola, retomó el camino de vuelta y sin más, arrancó el motor de su moto.

Habían pasado varias horas desde que el coche del prior estalló en el bosque bajo una gran columna de humo, llevándose por delante la vida de dos agentes y la del vecino que dio el aviso. Las suficientes como para que a su regreso a Noia, ambos sólo desearan erradicar de

su recuerdo los disparos que el motorista vació contra la luna, así como lo que supuso el tiempo de después.

Tal vez los cortes que salpicaban su piel no revistieran de gravedad cuando los sanitarios de la ambulancia les curaron las heridas más superficiales. Puede que incluso no se dirigieran la palabra mientras viajaban en el nuevo coche que les había facilitado el taller donde iba a ser reparado el Golf, y la impresión de lo vivido intercediera en su afán por compartir sus propios sentimientos. Ninguno habló durante el intervalo de hora y media, las escenas de la descarga repitiéndose una y otra vez en un bucle insidioso y repetitivo. Tal vez ninguno de los dos se atrevió a pronunciar el nombre de Tristán, de Tristán Ortiguera, el mismo que estaban seguros de que se escondía bajo aquel aparatoso traje de cuero y casco de pantalla reflectante. ¿Pero por qué Aura? ¿Por qué ella?, debieron preguntarse. ¿Por qué esa especie de animadversión al encañonarla?

Las dudas ni siquiera se disiparon cuando ya en la casa rural recibieron la visita de Hooded, y minutos más tarde la de Altamira. Leo se prestó a hacerse cargo del capitán de Ponferrada en el salón de la vivienda mientras Aura se dispuso a preparar algo para picar en la cocina, acompañada del informático.

- ¿Cómo estás? – quiso averiguar tras escuchar su relato, plagado de miedo y conjeturas.

Una luna clara e hipnótica se asomaba por fuera de la ventana.

- Sigo sin poder quitármelo de la cabeza – el eco de los disparos volvió a colarse en su mente –. ¡Pero por qué a mí? Era como si quisiera aniquilarme en ese momento.

- ¿No crees que deberíais regresar a La Alberca? Tengo la sensación de que esta vez os habéis acercado demasiado. Lo de esta tarde es una advertencia, Aura.

- ¡Y hacer como si nunca hubiera pasado, como si jamás hubiese conocido al prior del Monasterio?

La periodista dejó de sacar unas cuantas latas de cerveza de la nevera.

- Pero el cronómetro que envió a la redacción del periódico habrá llegado a su fin – se atrevió a exponer –. Lo que ya no sé es si…

- … Si habrá ejecutado a Braulio Fonseca.

Sus miradas tropezaron en la cocina, una mezcla de reticencia y confusión.

- Ojalá me equivoque, pero todo apunta a ello.

Hooded se desabrochó los cordones de su sudadera y se retiró la capucha.

- Pues he de advertirte que hace un rato me metí en el foro del Correo de Galixia y los internautas están como locos por ver una nueva actuación del asesino *da Serpe*. No te imaginas la de teorías

conspirativas que circulan en la red. La peña ha perdido el juicio desde que aterrizamos en el mundo 5G.

Aura dibujó una sonrisa templada en su rostro.

- ¿Por qué lo dices? – se interesó.

- Por todo. A la gente se la suda publicar verdaderas barbaridades. Aunque también los hay que elaboran teorías bien construidas y con un trasfondo lógico.

Los labios de la periodista se replegaron en un amago de intencionalidad.

- Miedo me da lo que estás pensando – disparó Hooded – Venga, suelta.

- ¿Te importaría rastrear los foros del periódico? Es posible que alguien tenga una pista por la que podamos tirar y que hayamos pasado por alto.

- Mientras no sea volver a entrar en otra casa abandonada, dalo por hecho.

- Por cierto, aún no me has dicho por qué has venido a Noia. ¿Ha pasado algo?

- Tal vez – respondió –.Tú termina de preparar las cerves mientras yo saco el portátil de mi mochila. Es posible que tenga la pista que estáis buscando.

Pero lo que ninguno de los dos podía sospechar es que Altamira hincó los codos sobre sus rodillas nada más tomar asiento en el sillón de enfrente y atender al rostro incierto de Baeza, sus miradas confrontadas en el silencio del salón.

Desde que recibió el aviso del subinspector de Ourense, no dudó en coger su patrulla y pasarse a ver al sargento. Quizá lo que no se atrevió a confesarle es que seguían sin tener constancia del paradero del prior de Osera.

- No sé qué opinarás al respecto, pero me he tomado la libertad de reservar una pequeña habitación en un hostal del centro de Santiago.

Leo se vio incapaz de responder, las escenas del motorista contagiando de nuevo su mente.

- Después de lo que ha pasado, aquí ya no estáis seguros.

Baeza continuaba imbuido en sus pensamientos.

- ¿He hecho bien? – incidió.

- Te lo agradezco – articuló con la voz ronca –. Había pensado lo mismo.

- Pues asunto resuelto. Ese motorista os ha seguido la pista y estaréis más seguros en el centro de la ciudad que en una casa en mitad de la nada. Aunque lo que me cuesta entender es por qué Tristán descargó el arma contra Aura. ¿Acaso a ti no te reconoció?

- Lo dudo – se convenció de sus palabras –. Es por su madre, por

Victoria Gálvez. Ella era una de las enfermeras del Psiquiátrico de Toén cuando Funelli y Tristán estuvieron internados en el Centro. Ese hijo de puta la buscó años más tarde y la mató.

- ¿Por qué? – ni siquiera recordaba la historia.

- Por el segundo manuscrito del *Juego de la Serpiente* – resumió –. Victoria se encargó de custodiarlo contra viento y marea hasta que decidió entregárselo a un detective de A Coruña, Antonio Peralta. Fue allí donde Rafael Oviedo hizo sus primeros pinitos antes de abrir su propia agencia en Ponferrada.

- Ya caigo – se limitó a decir.

- Pues la asesinó por ese segundo manuscrito, y también por una llave que le cedió el escritor antes de fallecer en el Psiquiátrico.

- ¿Y qué abre?

El sargento prefirió no contarle que habían encontrado otra idéntica en su tumba.

- No lo sabemos, pero Aura quiere ponerse en contacto con la agencia de Peralta. Aún sigue en funcionamiento y puede que sepan decirnos algo en referencia a su historia.

- ¿Después de tanto tiempo? – mostró su escepticismo –. Bueno, tampoco perdéis nada por consultarlo.

Intentó rectificar rápido.

- Por cierto, se me ha pasado preguntarte antes. ¿Quién es el friki que está con Aura en la cocina?

A pocos metros de la casa rural, por fuera de la tapia que delimitaba la finca, el motorista observaba con fruición los movimientos de Aura Valdés por la ventana de la cocina.

Ni siquiera Hooded, el cual continuaba a su lado, se había percatado de su presencia, una figura enterrada en la penumbra gelatinosa que a ratos era deshilachada por las farolas de la calle. El motorista era incapaz de apartar la vista bajo su casco, sus piernas sosteniendo el peso de la *Yamaha* de tonos grisáceos. En ese instante su móvil vibró por dentro de su traje de cuero. Introdujo la mano para asirlo y descubrió que tenía un mensaje de *WhatsApp*. Lo abrió: *"¿Has podido hacerlo?"*, leyó. El motorista se deshizo de sus guantes y contestó: *"Por supuesto. El plan sigue en marcha"*. Al momento, recibió respuesta: *"Pues entonces, que empiece el juego. Les tengo reservado algo muy especial para el final"*.

El motorista calibró una sonrisa gatuna bajo su casco. Después volvió a guardarse el móvil y se largó de allí bajo el estentóreo bramido del tubo de escape.

Un silencio incómodo se expandió en el salón de la vivienda.

Ninguno parecía tener intención de verbalizar las imágenes que habían visto desde hacía algo más de una hora mientras Hooded

detenía con el ratón la última grabación y apagaba su portátil. La pantalla se oscureció en la mesa auxiliar. Aura echó un vistazo a su *Flik Flak* y comprobó que quedaban escasos minutos para las diez. Luego levantó la vista y volvió a examinar los rostros de Baeza y Altamira, sus ojos carcomidos por las escenas de las chicas que el informático había sido capaz de rescatar de la carpeta del ordenador de Tristán. La misma carpeta que seguía llevando por título: *Iván Minchev*.

- El archivo que acabáis de ver es el más reciente – rompió el hielo el informático.

Después se levantó del sillón y comenzó a enmarañar el cable de la batería.

- Lleva por nombre Tania Oldán y data de 2014 – prosiguió –. De todos modos, todos los archivos están fechados y encabezados por el nombre de una chica. En total, son diez. Pero desde el 2014 no hay material nuevo.

- Porque fue la última a la que aleccionó – sentenció Baeza en el sillón de enfrente.

Los demás lo miraron expectantes.

- Está claro, ¿no? La misión de Tristán durante todos estos años ha sido la de reclutar chicas, la mayoría procedentes de Casas Escuela, para adiestrarlas y radicalizarlas. Las grabaciones muestran continuamente el mismo procedimiento castrense.

- ¿Con qué motivo? – soltó Aura a su lado.

- Para endurecerlas – respondió sin un ápice de duda –. Ni siquiera las raptaba como sospechábamos en un principio. Sólo las embaucaba para convertirlas con el tiempo en verdaderas máquinas de matar. ¿O no habéis visto cuánto tarda Tania Oldán en montar un arma? Nueve putos segundos.

- Ahora entiendo el papel que jugaban Jan y Christoffer van Hoof – vació la periodista –. Sustraían el armamento en Bélgica para después, entregárselo al Legionario. No era para su uso como aseguró en el interrogatorio que se le practicó en Ponferrada. Tu hermano funcionaba de enlace, Altamira. Sale en uno de los vídeos descargando las armas de su furgón.

El capitán se sintió intimidado y desvió la mirada hacia una de las paredes. En el fondo, se sentía abochornado de la mierda en la que siempre andaba metido su hermanastro.

- Es posible – se limitó a decir –. Aunque me cuesta comprenderlo.

- Puede que Villarejo, el subinspector de Ourense, tuviera razón y el entramado que hemos estado investigado fuera mucho más sencillo y se resuma a que Tristán recogía a chicas con el objetivo de radicalizarlas y que sirviesen al *Daesh*.

O al menos eso intuyó Aura al recordar el *Ramz* o disco solar que

aparecía en el fresco de la casona abandonada y que imantaba de luz a Alicia y sus criaturas. Un símbolo islámico por lo que acuñó el analista en la cafetería.

- Pero entonces… ¿Dónde están las demás?

- Es posible que fueran enviadas a Siria u otro país árabe una vez que eran adoctrinadas para la función que se las había encomendado. Tú mismo acabas de presenciar la forma en que son radicalizadas – arguyó Baeza.

- ¿Y Tania e Inés? – le contradijo –. ¿También formaron parte del adiestramiento y permanecieron junto a Tristán hasta el final? No entiendo por qué con ellas hizo esa excepción.

Leo admitió que estaba en lo cierto cuando rememoró las últimas escenas en el búnker.

- O incluso esa tal Lúa Prado – intervino Hooded.

Los demás lo miraron sorprendidos.

- Es cierto. Su nombre aparece en uno de los archivos.

- Y tienes toda la razón – le secundó la periodista –. Si al menos supiésemos qué hacía en ese hotel con Iván Minchev…

- Tal vez yo sepa la respuesta – descerrajó Altamira.

Aura lo atendió perpleja.

- Ayer recibí un correo de Pumares, el forense. Parece ser que el análisis realizado a los restos de placenta hallados en la tapicería del coche contienen ADN de Iván Minchev.

- ¿Y eso qué significa? – lo interrumpió el informático.

- Que Minchev es el padre de la criatura que Lúa dio a luz – sentenció Aura.

El sargento intentaba digerir la información que se estaba exponiendo en el salón de la casa rural.

- Me estoy perdiendo – se obstinó –. ¿Me estáis queriendo decir que uno de los tipos que instruía a las chicas dejó embarazada a una de las radicalizadas, en este caso, a Lúa Prado?

- Eso es. Y si te das cuenta, su voz se escucha en varios de los vídeos. Aunque creo que ahora entiendo la historia. Cuando Iván Minchev escapó de su país por traicionar a los suyos, Tristán le propuso ocultarse en España por mediación de los hermanos belgas, Christoffer y Jan van Hoof, a cambio de que entrenase a sus chicas. Al fin y al cabo, sabría cómo hacerlo después de operar para una célula yihadista. Sin embargo, con lo que no contaba el propio Minchev fue con que acabaría enamorándose de una de ellas.

- Y ahí surgió el problema cuando Lúa ya no pudo ocultar más tiempo su embarazo – continuó el sargento –. Por eso decidieron fugarse. Tenían miedo de que Ortiguera tomase algún tipo de represalia contra ellos.

- Aunque se les adelantó y pudo dar caza al búlgaro en ese hotel de

Allariz. Lúa llegó a escapar, cierto; pero a Iván lo castigó por su traición y apareció muerto en el bosque de Castros de Trelle sin ropa y con unos cuernos anudados a su cabeza.

Otro silencio eclosionó en el interior, como si de algún modo pudiera robarles el ánimo a cada uno de los allí presentes.

- ¿Y a Lúa también la mató? – desenvainó Hooded, ávido de respuestas –. ¿O realmente fue un accidente?

Tal vez ninguno supo esclarecer si quien la atropelló y se dio a la fuga estaba vinculado a la sombra de Tristán Ortiguera.

- Le pediré a mis hombres que localicen toda la información que puedan sobre las chicas – objetó el capitán –. Es posible que averigüemos algo más de todo este asunto.

El móvil del sargento emitió una melodía en la mesilla. Se apresuró a cogerlo y echó un vistazo a la pantalla. La alarma le confirmó que eran las diez de la noche.

- ¿Qué sucede? – preguntó Aura.

- Es la hora. El cronómetro ha llegado a cero. Se acabó el tiempo para Braulio Fonseca.

Una lluvia maciza caía como balines de acero por dentro de la piscina romana. La plaza, desierta a esas horas de la noche, se había convertido en un lugar inhóspito mientras la luz de las farolas rasgaba bajo su claridad raquítica una porción del suelo empedrado. Tan sólo los pliegues de la sotana del prior de Osera emergían por fuera del agua como si se tratase de una mancha de aceite oscura. Su cuerpo, en cambio, se desplazaba lentamente bocabajo, flotando a la deriva bajo el envite de la tormenta. Nadie se había percatado de su presencia. Ni siquiera se resistió cuando recibió el disparo por la espalda. Pues sólo se dejó llevar por el miedo, ahora su cadáver alumbrado por una aureola vaporosa en una ciudad adormecida.

DIA 9

El Palacio Episcopal de Lugo se erigía soberbio bajo un batallón de nubes bajas.

Un edificio de estilo barroco enfrentado a la fachada norte de la catedral y que cegaba con su amplia escalinata toda una cara de la plaza de Santa María, de suelos adoquinados y balconadas de forja. Leo detuvo el coche de alquiler al abrigo de un portal en reformas y se apeó. Apenas tardó unos segundos en atender a la muchedumbre que se agolpaba por detrás de la cinta de balizamiento policial, obstruyendo el paso a la comitiva judicial que entraba y salía de la carpa de lona móvil levantada a escasos metros. Rápidamente apretó el paso y reparó de camino en el reloj situado en una de las torres de la catedral. Las 08:20 horas de la mañana. Después, sus ojos tropezaron por casualidad con los de Altamira.

El capitán del Puesto de Ponferrada le había telefoneado temprano para que se enterase de la noticia por él y no por la prensa. *Tienes que venir a Lugo*, le dijo nada más descolgar la llamada, *ha aparecido Braulio Fonseca. Está muerto*. El sargento aún era capaz de recordar con precisión cada una de sus palabras a medida que se aproximaba a Altamira, sus ojos presos por unas bolsas violáceas que circundaban sus párpados. Ni siquiera le había dado tiempo a afeitarse cuando lo saludó con una palmada en el hombro.

- ¿Entonces es cierto? – preguntó, como sí todavía le costase admitir la única verdad.

- Lo siento de veras, Baeza. Sé que conocisteis al prior.

Leo chascó la lengua al tiempo que retomaban sus pasos.

- ¿Cómo ha sido? – se interesó.

- El personal de recogida de basuras dio el aviso a primera hora. El hombre fue ejecutado igual que Iván Minchev: otro disparo a quemarropa en la parte occipital de la cabeza y con el mismo calibre por lo que han cotejado los de balística. Encontraron el casquillo cerca del cadáver.

- ¿Se ha personado ya el médico forense?

- Por supuesto. Ha calculado la hora de la muerte en torno a las diez de la noche, justo el tiempo que marcaba el cronómetro. Aunque es una primera estimación ya que el agua ha dificultado el rigor mortis.

- ¿Cómo que el agua? – frenó en seco –. Al de la lluvia te refieres, ¿no?

Altamira le gratificó con una mirada impaciente.

- ¿Por qué no pasamos mejor? Villarejo se encuentra reunido con el

alto mando de Lugo.

Los dos hombres avanzaron por la plaza de Santa María intentando apartar al gentío que se agolpaba con denuedo. Ni siquiera el cordón policial que rodeaba parte del ágora evitó que los más curiosos detuviesen sus ganas de averiguar lo que estaba sucediendo por dentro de la carpa móvil, una decena de periodistas disparando sus flashes cada vez que alguno de los técnicos peritos abandonaba sus tareas ataviado con el traje de bioseguridad. Enseguida apartaron un extremo de la baliza y traspasaron la estrecha rendija de plástico que hacía la función de puerta. Leo se sobrecogió al contemplar la piscina romana que parecía haber sido perforada en el centro de aquella habitación improvisada, con un palmo de agua en su interior y alumbrada a cada lado por varias lámparas de policarbonato. Una ventana abierta a sus raíces arqueológicas más remotas, de dos metros de largo y sus rebordes replegados en dos perfectos ábsides decorados con teselas grises y negras. Después, sus ojos se fueron por inercia al bulto cubierto por una manta isotérmica con la superficie plateada, donde la sotana del prior se escabullía empapada por los laterales. Le impresionó saber que bajo aquel caparazón reflectante se hallaba el cuerpo sin vida de Braulio Fonseca.

Antonio Villarejo, el subinspector de la Comisaría Provincial de Ourense, decidió cortar la conversación con el comisario de Lugo en cuanto los avistó entre el revuelo de la comitiva judicial. Apenas tardó en recorrer los escasos metros que los distanciaban y situarse por delante de ellos.

- Supongo que ya habrá sido informado – deseó averiguar con la mirada inquisitiva.

Baeza cruzó los brazos, cortante.

- No entiendo cómo ha podido ocurrir. Hace dos días estuve con él en su despacho.

- Pues ha sido ejecutado de la misma manera que Iván Minchev, con la diferencia de que el cura no llevaba la parafernalia que se encontró en el cuerpo del búlgaro. Únicamente el patólogo ha localizado un extraño símbolo dibujado sobre su lengua.

Leo recordó los informes que Quintanilla le entregó en La Alberca y en los que se apreciaba aquella mancha diluida con su saliva, la cual intentaba representar un amago de la serpiente de Funelli bajo su tinta negra.

Al cabo de unos segundos, el sargento volvió en sí.

- ¿La policía de Lugo ha recabado algún indicio? – preguntó.

En el fondo intentaba esclarecer si lo que habían averiguado hasta el momento, que el prior fue secuestrado en Toén tras recibir una enigmática misiva (*"ya es hora de desenterrar el secreto de Sabela y Estrella"*, evocó) cuadraba con las sospechas que mantenían hacia la figura de Tristán Ortiguera.

- Por ahora no. Aunque tengo entendido que la policía va a revisar las cámaras de la zona por si viese a algún sospechoso merodear por las inmediaciones de la piscina romana.

- Pensé que formaba parte de la vía pública – le contradijo.

- Por supuesto. Pero lleva en obras más de un mes, de ahí el agua acumulada. El resto del año siempre está protegida por un cristal.

Altamira prefirió que los dos agentes diesen por concluido su encuentro para inmiscuirse.

- Aunque está claro que nos equivocamos – prosiguió el subinspector –. Esto no es obra del *Daesh*. Jamás se tomaría tantas

molestias como para dejar el cadáver de un hombre en plena calle, y menos en ejecutar a un cura de una Orden perdida de la mano de Dios.

- Porque siempre ha sido Tristán Ortiguera, desde el principio – intercedió el capitán por él.

Villarejo enmudeció al instante.

- Y va a seguir matando si no lo capturamos pronto.

- ¿Qué propone? – le sondeó el subinspector.

- Crear un dispositivo de búsqueda por las principales carreteras de la provincia.

- Me parece bien. Pero antes deberían facilitarnos la fotografía que existe del sospechoso para que los informáticos realicen un retrato robot con su posible aspecto actual y remitirlo urgentemente a todas las comisarías gallegas.

Carvajal, uno de sus hombres de confianza, entró en escena con bastante premura.

- ¿Qué ocurre ahora? – ni siquiera le permitió saludar a los demás.

- La Científica ha hallado restos de *Triperóxido de Triacetona* en el automóvil que explotó ayer cerca de Sestelos – soltó con atropello –. ¿Necesita que responda al correo?

- Sí. Diles que me envíen el informe a la comisaría. Es todo.

El agente se largó de su vista sin resistencia. Acto seguido, se dirigió a ellos.

- ¿Les suena de algo ese producto?

- Desde luego – se anticipó Altamira –. Es el mismo explosivo que hace meses usó Jan van Hoof en Ponferrada para volar por los aires un inmueble de la calle la Paz.

- ¿Quién es? – le sedujo aquel nombre.

- ¿Tintín? Uno de los belgas que le ha estado proporcionando armas hasta hace cuatro meses.

A esa misma hora, fuera del Palacio de Rajoy con vistas a la Praza do Obradoiro, Pedro Silva, el carismático y atractivo presidente de la Xunta, se detuvo unos instantes antes de continuar dirigiéndose a los medios allí citados. Sintió que una fina capa de sudor comenzaba a formarse en su frente, resbalando después por sus sienes. Tal vez el hecho de que su asesor de confianza, Felipe Arranz, le comunicase a primera hora que había convocado una rueda de prensa a tenor del segundo vídeo que el Correo de Galixia había tenido *la poca vergüenza* (palabras textuales) de colgar en la plataforma, desató en su organismo esa ansiedad a la que estaba tan acostumbrado desde niño, cruzando y descruzando sus dedos en una especie de *tic* nervioso. Silva observó los pilotos de las distintas cámaras que lo estaban grabando y se dio cuenta de que Arranz no paraba de mover su mano para que

siguiese hablando desde el estrado de madera. Carraspeó delante de los micrófonos antes de darse por vencido.

- Por ello – articuló finalmente –, las fuerzas de seguridad del Estado harán todo lo posible por esclarecer los terribles sucesos, abriéndose una doble investigación en torno a Braulio Fonseca, el prior del Monasterio de Osera que aparece en el vídeo, y también sobre el medio que ha publicado una noticia sumamente deleznable y sensacionalista.

Un periodista levantó la mano al fondo.

- ¿Sí? – le dio paso.

- Lucas Santos, del Ideal Gallego. ¿Va a tomar su partido algún tipo de represalia, siendo éste el mayor accionista del periódico?

Los demás volvieron a posar sus ojos sobre el presidente.

- El partido tomará las medidas oportunas contra el medio al vulnerar los derechos de ese hombre, aparte de que lo único que ha hecho es entorpecer las labores policiales.

Otro reportero izó igualmente la mano.

- Adelante.

- Manuel Domínguez, de La Opinión. ¿No cree que este suceso empañará los resultados de las elecciones que están a punto de finalizar en menos de un mes?

Sus dedos, presos del pánico, parecían ejecutar un juego malabarista.

- Desde que iniciamos la campaña, siempre he apostado por una comunidad segura y transparente en la que evitaré que algo así vuelva a suceder en el futuro.

Luego se fijó que su asesor le estaba indicando que diese por finalizada la comparecencia.

- Es todo. Gracias por asistir a la rueda.

Silva descendió los escalones del estrado tras una nube de preguntas de otros reporteros que se acercaron a él bajo un aluvión de flases. Arranz lo apresó por el hombro y lo condujo hasta la puerta principal de la sede de la Xunta. Ya en el hall, su asesor lo miró con un poso de animadversión en su semblante.

- La policía acaba de recibir la orden. Es cuestión de horas que el Correo caiga.

El presidente resopló ante la que se le avecinaba.

- ¿Te encuentras bien? – lo vio encorvado y con la actitud retraída.

- Sólo espero que estemos haciendo lo correcto.

- Es lo mejor para todos si no queremos perder más votantes. Hazme caso. Confía en mí.

El hostal *Brétema* se hallaba por dentro de la Praza de Fonseca.

Un espacio ajardinado con terrazas dirigidas a los turistas que

llegaban por primera vez a la ciudad, donde Altamira les había conseguido una habitación en la primera planta de un edificio de fachada blanca y contraventanas de madera. Leo trasladó a la periodista hasta la misma entrada del hostal antes de continuar con su viaje a Lugo. *Ha aparecido el cadáver del prior*, le confesó una vez que colgó la llamada con el capitán. Ambos recogieron sus enseres y abandonaron la casa rural tras lo ocurrido con el motorista el día anterior. Al fin y al cabo, admitieron, en Noia corrían peligro.

Una hora más tarde, y ya asentada en su nueva morada, Aura encendió la televisión y puso el canal local. La comparecencia del presidente de la Xunta había llegado a su fin tras atender a la prensa. Supuso que el movimiento sistemático de sus dedos era fruto del estrés ocasionado por el revuelo del nuevo vídeo que había decidido colgar en la plataforma Oriol Estrada a escasas semanas de las elecciones autonómicas.

Aura presionó el *mute* del mando a distancia y recordó de nuevo la descarga. Miles de cristales se pulverizaron en el aire mientras sus astillas se clavaban por todo su cuerpo. ¿Por qué?, se preguntó una vez más. ¿Quién se escondía bajo el casco de pantalla reflectante y traje de cuero? El miedo volvió a apoderarse de sus músculos a medida que rescataba a Leo de su memoria. En el fondo, estaba deseando que regresase de Lugo. Un impulso la llevó a anudar sus dedos a la llave que colgaba de su cuello. De existir alguien que pudiera desvelar su significado, el motivo por el que había otra idéntica en la tumba de Funelli, ése era, sin duda, Antonio Peralta. O al menos, la agencia que abrió y que todavía seguía en activo. La única persona a la que su madre le confió su propia historia.

La historia de Tristán Ortiguera.

La periodista sacó el móvil de su mochila de viaje y buscó en internet el número de Peralta. Enseguida localizó el teléfono del despacho de A Coruña. Sin pensárselo, marcó el número y esperó impaciente una señal. Al segundo tono, emergió la voz de una mujer.

- Agencia de detectives – soltó como un resorte Concha de las Heras, la secretaria que llevaba trabajando para la familia Peralta la friolera de veinticinco años.

Acto seguido se colocó las gafas de ver que pendían de un hilo a la altura de su pecho.

- Hola, buenos días – improvisó.

- ¿Qué desea?

- Disculpe que la moleste. Mi nombre es Aura Valdés y hace años mi madre contrató los servicios de Antonio Peralta – vació con atropello –. Me preguntaba si en el despacho existiría una copia de su expediente donde quedara constancia de los motivos que la llevaron a contratar a un investigador privado.

- ¿Cómo dice…? – dudó de lo que acababa de oír.

Luego se pasó las palmas por el laborioso peinado que había elaborado gracias a un arsenal de horquillas.

- Ya sé que suena raro, pero necesitaría echar un vistazo a esos informes.

- ¿Ha ocurrido algo? – preguntó, aún más confusa de lo que estaba.

- Ocurre que mi madre apareció muerta al poco tiempo de acudir a su jefe.

Un silencio torpe se coló en la llamada.

- Perdone mi atrevimiento. ¿Pero cuándo ocurrió eso?

Aura atisbó que una hebra de luz se abría entre las tinieblas.

- Hace veinte años – disimuló su confianza.

- No es por desanimarla, pero es posible que el expediente ni siquiera exista. Los casos que eran archivados se eliminaban automáticamente al cabo de un lustro. Aun así, déjeme que haga unas averiguaciones. Si quiere, puedo volver a llamarla a este número cuando tenga algo.

- Se lo agradezco – resolvió.

- Una última cosa. ¿Cuál era el nombre de su madre?

- Victoria Gálvez.

- De acuerdo. Si me da tiempo, la aviso a lo largo de la mañana. Buenos días.

Concha colgó el auricular y ojeó a su compañero de mesa. Conrado apenas le prestaba atención pese a que la mujer había estado la tarde anterior en unos grandes almacenes para elegir un modelito con que seducirlo. El deseo de aparentar menos edad la animó a pensar que tal vez posaría los ojos en su trasero como tantas veces había imaginado. Al menos, no perdía la esperanza.

- Conrado – lo llamó.

El hombre hizo un sonido gutural con la vista puesta en una pila de carpetas.

- ¿Cuál es el número de doña Leocadia?

- Lo tienes anotado en el *post-it* del ordenador – rezongó.

Concha se propuso olvidar su falta de interés en cuanto asió de nuevo el auricular. Después marcó la retahíla de números perfilados en aquel trozo de papel amarillento y esperó a que la esposa de Antonio Peralta contestase al otro lado. Al momento, escuchó su voz.

- ¿Dígame?

- Buenos días, doña Leocadia. Soy Concha. Siento avisarla tan temprano.

- No hay nada que disculpar. ¿Pasa algo?

- En absoluto. Todo en orden. La llamo porque acaba de telefonearme una joven que está buscando un antiguo expediente de un caso que llevó su marido hace años, aunque imagino que ya ni

siquiera existirá. Únicamente era por confirmarlo. La clienta que contrató los servicios se llamaba Victoria Gálvez.

La mujer del afamado detective se escudó en un silencio intencionado.

- ¿Sigue ahí? – la secretaria intentó rescatarla de las sombras.
- ¿Por casualidad esa joven no se llamará Aura Valdés?

En la sala común del albergue en el que llevaba varios días hospedado, Hooded introdujo la mano en la bolsa de *Jumpers* y se llevó a la boca otro puñado. La cadena de *tweets* que los usuarios adscritos al foro del Correo de Galixia estaban vertiendo desde bien temprano, le habían mantenido clavado a la silla delante de su portátil. Una ristra de divagaciones en relación a los dos crímenes cometidos por el asesino *da Serpe* que iban desde los que admitían que todo estaba perpetrado por el gobierno hasta del tipo apocalíptico, donde el fin de la humanidad estaba cerca. Hooded leyó con cautela cada uno de los mensajes que iban apareciendo en la pantalla, sin ánimo de interactuar con ninguno de los internautas.

Al menos, hasta que *Xeito15* intervino en la conversación abierta y respondió a uno de los usuarios. *"No opino igual. Tal y como se muestran los dos hombres antes de ser ejecutados, el asesino parece que intenta emular un cuadro u obra literaria"*. El informático frunció el ceño, como si aquello le hubiese escocido en el alma. ¿En qué se basaba? Otro cibernauta contestó en el acto. *"¿Sabrías decirnos el nombre del autor? Porque eso que afirmas es imposible de saber"*. Hooded pensó lo mismo pese a que su teoría, un tanto rebuscada, era la que más se aproximaba a la única verdad empírica: que los crímenes se fundamentaban en el libro de Funelli. Ni más ni menos que en *El Juego de la Serpiente*. Decidió entrometerse en el coloquio. *"Considero lo mismo que RubyCar. Nadie, ni siquiera la prensa, ha hallado indicios de la disposición de los cuerpos con una obra de arte. Si fueses más preciso…"*. El foro se mantuvo a la expectativa hasta que al cabo de unos minutos, *Xeito15* respondió. *"Sólo digo que la mayoría de las veces existe un porqué, no suele haber nada aleatorio. Y si los cuerpos son abandonados a equis distancia el uno del otro y tratados como si formasen parte de un ritual, eso es porque hablamos del sello personal del asesino, al igual que en las pinturas el autor siempre esconde su firma y pasa inadvertida a simple vista"*.

Aquello le saltó las alarmas. ¿Y si estaba en lo cierto?, se cuestionó. El informático entró en la carpeta que llevaba por nombre *Manuscrito El Juego de la Serpiente*. Dentro, encontró los capítulos e ilustraciones que escaneó meses atrás cuando averiguó el orden correcto de su lectura. Dispuso en la pantalla algunos de sus dibujos hechos a carboncillo, donde la pequeña Alicia de Funelli, de cabello rubio y

vestido almidonado, recorría junto a sus criaturas un camino cuajado de bosques y madrigueras. Trazos oscuros restregados contra el papel que evocaban nuevas figuras de aspecto monstruoso y mundos imposibles. Porque eso era lo que la mente más oscura proyectó entre sus hojas: un universo cargado de sombras. Hooded examinó cada dibujo sin apreciar nada reseñable. ¿Acaso la teoría de *Xeito15* podía ser aplicada a ambos crímenes? Enseguida realizó un zoom sobre las imágenes y se dispuso a rastrillar con sus ojos las líneas de trazo grueso que se entrecruzaban en una composición lúgubre y mefistofélica. Entonces, lo descubrió. La firma del ilustrador se leía con claridad entre las patas de un *Hombre de Musgo*. F. Bulnes. También en el encaje que sobresalía del vestido de la protagonista. F. Bulnes. El informático comprobó el resto de láminas y supo que siempre habían estado ahí, escondidas entre los repliegues de su propio *horror vacui*.

Rápidamente introdujo los datos en el servidor y esperó una señal. La búsqueda le devolvió el nombre de un tal Federico Bulnes, célebre ilustrador de Santiago de Compostela que vivió su mayor apogeo en la década de los sesenta. Sin pensárselo, escribió el nombre en las Páginas Blancas. El sistema localizó una coincidencia. *¡Bingo!*, exclamó. Luego marcó el número en su teléfono móvil y descolgó.

Al cuarto tono, la voz de un hombre se asomó al otro lado de la línea.

La luz anaranjada del atardecer invitaba al paseo. El sargento pasó a recoger a Aura por el nuevo hostal y se internaron más tarde por una madeja de calles laberínticas y empedradas del casco histórico de Santiago de Compostela. La procesión de transeúntes y peregrinos que recorría las principales arterias de la ciudad los condujo a alejarse por los aledaños, el repique de unas campanas resonando en la distancia. Sin embargo, los acontecimientos registrados durante las últimas veinticuatro horas no les permitió admirar el conjunto de obras arquitectónicas que moraban a cada paso; pues sólo su afán por encontrar respuestas se les antojó mucho más tentador.

La periodista aminoró el paso con la excusa de atender a cada uno de los detalles que Leo se prestó a insertar de su visita a Lugo. Tal vez no pudo reprimir su cara de espanto cuando le describió pormenorizadamente el estado en que se halló al prior del Monasterio de Osera, su rostro sepultado por el agua que había recogido la piscina romana en los últimos días.

- El caso es que se va a iniciar un operativo de búsqueda por parte de la policía gallega para intentar localizar a Tristán Ortiguera –remató al cabo de unos minutos –. Ya no hay duda de que se trata de él.

- ¿Qué ha hecho cambiar de opinión al subinspector de Ourense? – a Aura le escamó que Villarejo no persistiese en su idea de que una célula yihadista se encontraba detrás de su muerte.

- El *Triperóxido de Triacetona* – escupió.

- ¿Ésa no fue la sustancia que usó Tintín cuando voló por los aires el piso de Ponferrada?

- Y la misma que se ha encontrado en el coche de Braulio Fonseca. Por eso la explosión que presenciamos fue tan brutal. Es la sustancia que han estado utilizando estos meses para fabricar bombas caseras.

Aura esbozó un rictus complejo en su cara.

- Tuvimos que haber ido tras el motorista – soltó después.

- ¿Y arriesgarnos a que también nos matara? – se sintió contrariado –. Aparte de que nos reventó de un disparo una de las ruedas delanteras. No quería que le siguiésemos.

- Pues me da rabia, porque de lo contrario, estoy segura de que el cura seguiría con vida.

El móvil del sargento vibró en el bolsillo de sus pantalones. Enseguida lo sacó y comprobó que se trataba de Altamira. Prefirió ponerlo en manos libres para que la periodista pudiera intervenir.

- Cuéntame – soltó nada más descolgar.

- Te llamo porque he introducido los nombres de la chicas radicalizadas en la base de datos y adivina qué.

Leo interfirió un silencio premeditado.

- La mayoría están fichadas – continuó –. Antecedentes menores del tipo hurtos, peleas callejeras... Aunque eso no es lo importante. He descubierto que casi todas procedían de Casas Escuelas similares a la de San Calixto I donde estuvieron internas Lúa Prado y Cynthia Olmedo.

A la periodista, en cambio, aquella información le recordó a la historia de Vega y David.

- ¿Has averiguado algo más? – se inmiscuyó Baeza en su soliloquio.

- Salvo alguna denuncia por desaparición, poco más. Es como si se las hubiese tragado la tierra.

- ¿Pero los familiares no hicieran nada por encontrarlas?

- Ese es el tema. Cuando Asuntos Sociales interviene, ocurre que la mayoría proceden de familias desestructuradas, de ambientes que no son óptimos para la educación de cualquier chaval.

- ¿Y…? – dudaba de lo que pretendía transmitirle.

- Pues que ellos mismos son los que se desentienden de sus familias cuando salen de allí al cabo de los años.

- ¿Adónde quieres llegar? – comenzó a incomodarle la conversación.

- A asegurarte que Tristán sabía a quién podía captar para su radicalización. Nadie iba a echarlas en falta. ¿Lo entiendes? Eran objetivos fáciles de moldear. Ya has visto con qué rapidez las

transformaba.

Leo recodó la grabación donde aparecía una de ellas montado un arma en nueve segundos.

- Pero eso no cuadraría con Tania Oldán – leyó Aura sus pensamientos – Ortiguera la secuestró porque sus tíos fallecieron en el incendio de su chalet.

- Y aprovechó la oportunidad de radicalizarla junto a las demás al no existir otros parientes cercanos. El patrón se repite: nadie más la conocía en la zona. En este caso, en El Bierzo.

- Sin olvidar que acabó convirtiéndose en la séptima víctima del mural – apuntaló.

Un hondo silencio se coló en la línea.

- Está bien, Altamira. Gracias por informar.

- Seguimos en contacto – se despidió.

Una vez que colgó, retomaron sus pasos por aquella urdimbre de callejuelas desiertas.

- ¿En qué piensas? – se propuso adivinar el sargento.

- Si Lúa Prado murió atropellada por un coche, ¿no crees que alguna de sus *compañeras* acudió al velatorio?

- ¿Te refieres…, a las chicas de Tristán? – le costó admitir.

La periodista asintió rápido.

- ¿Y por qué iban a hacerlo?

- Porque llevaban años conviviendo juntas. Han crecido en una especie de hermandad. Imagino que sentirían la pérdida de Lúa cuando se enteraron por la prensa. ¿O ya se te ha olvidado que Cynthia y ella venían de la misma Casa Escuela?

- En absoluto. Pero esas chicas están *"oficialmente"* desaparecidas – entrecomilló –. No creo que Ortiguera las dejase exponerse al mundo sin más.

- ¿Y Cynthia Olmedo? Porque te recuerdo que su hermano le comentó a Corredera que solía telefonear a casa para interesarse por la salud de su madre. ¿Acaso no pudo haber asistido al velatorio para despedirse de ella?

Ambos se confabularon con una mirada recelosa.

- ¿Qué insinúas? – la apremió.

- Que puede que haya cámaras en la entrada del tanatorio.

Al otro lado de la ciudad, en la sede del Correo de Galixia, la redacción se había convertido en un torbellino de carreras y llamadas cuando la policía nacional apareció tras las puertas mecánicas del ascensor y se dirigió al despacho de Tina Bustos.

Varios redactores se prestaron a cuchichear en corrillos mientras Oriol Estrada abandonaba su mesa de trabajo para comprobar qué estaba sucediendo. Enseguida se percató que uno de los agentes le

estaba mostrando lo que parecía una orden del juez. Los otros, mientras tanto, se consagraron a la tarea de desconectar su ordenador para incautárselo. No tuvo duda de que el ardid era un regalo envenenado por parte del Presidente de la Xunta al publicar sin su consentimiento el segundo vídeo del asesino *da Serpe*.

Los gritos de ella se volvieron iracundos.

- ¡Esto no va a quedar así, me oyen? – declamó nerviosa– ¡Es anticonstitucional! ¡Pienso dar parte al Colegio Profesional de Periodistas de Galicia!

Los demás ni siquiera parecían escucharla. Sólo uno de ellos se atrevió a encararla.

- El periódico es una sociedad privada, señora – atajó –. Pertenece al partido.

Tina Bustos salió precipitada del despacho y enfiló sus pasos hacia Estrada, el cual no pudo reprimir la cara de incomprensión que registró con las cejas enarcadas. Todo aquello le dio muy mala espina.

- ¿Qué diablos está pasando? – murmuró.

Los ojos de la redactora jefe eran dos fósforos llameantes a punto de detonar.

- Silva se ha tomado su propia revancha. Va a bloquear el dominio digital.

- ¡Cómo dices? – elevó la voz – ¡Pero no puede hacer eso!

Su pulso se aceleró igualmente.

- Por supuesto que puede. Pero ahora no hay tiempo que perder. Sal cagando leches a tu despacho y saca de tu ordenador todo el material del caso.

- ¿Qué piensas hacer, Tina? – se asustó.

- Defender con uñas y dientes lo que es nuestro. Ni más ni menos.

Llegaron al Tanatorio de Santiago de Compostela con el atardecer rayando el horizonte.

Varios grupos de personas se concentraban por fuera de las puertas acristaladas cuando Leo detuvo el coche de alquiler en el parking y se apearon. El cielo, inflamado de nubes negras, presagiaba una tormenta de un momento a otro. Juntos avanzaron en silencio por un suelo alimentado de gravilla blanca y césped, y penetraron en las instalaciones sin saber muy bien a quién dirigirse. Fue a Aura a la que se le ocurrió la idea de echar un vistazo a las cámaras exteriores (si es que las había) por si a Cynthia Olmedo o a alguna de sus correligionarias se les hubiese ocurrido acudir al velatorio a falta de un tanatorio en A Ponte Maceira. Baeza se adelantó a sus dudas en cuanto atravesó el amplio hall con las paredes forradas con paneles de madera sintética y se detuvo delante del mostrador de recepción.

La mujer que se encontraba al otro lado lo miró con cara de fastidio.

- ¿Sí…? – su voz expelió un poso de cansancio y hastío.

- Hola. Estoy buscando información sobre un velatorio que por lo sé, tuvo lugar aquí, en este mismo tanatorio.

- Si no me facilita algún otro dato me va a ser imposible ayudarle – emitió apática.

- La chica se llamaba Lúa Prado Barbero. Falleció en un accidente de tráfico el pasado seis de julio.

- Un momento, por favor.

La administrativa tecleó apresurada en el portátil de mesa hasta que obtuvo un resultado.

- Efectivamente. El cadáver entró el día seis de julio y permaneció en la sala 1 hasta la mañana siguiente, cuando se ofició la misa en la capilla del tanatorio.

- Una pregunta. ¿El recinto cuenta con cámaras de videovigilancia?

Las pupilas de la mujer se tiñeron de sospecha. La periodista, que se mantenía unos pasos por detrás, no tenía muy claro que aquello fuese a funcionar.

- Por supuesto – articuló –. Tanto en la entrada del edificio como por fuera de cada sala.

El sargento no pudo reprimir la sonrisa templada que brotó en su rostro.

- ¿Por qué lo pregunta?

- Sé que le va a sonar extraño, pero quisiera echar un vistazo a las imágenes de ese día.

- Lo siento, pero sin una autorización pertinente por parte de…

- Soy Guardia Civil – descerrajó sin previo aviso –, aparte de que conozco a sus padres. Supongo que no querrá que avise al juez de instrucción para que me dé acceso.

Su indecisión la llevó a decapar con sus uñas la tarima de la mesa.

- Está bien – dijo –. Los ordenadores se encuentran en la sala que tengo a mis espaldas.

Ambos alargaron la vista por dentro del mostrador hasta que repararon en la puerta con el pomo dorado que había a escasos metros.

- Si hacen el favor de acompañarme. Imagino que ella vendrá con usted.

- Desde luego – adobó Aura su propio engaño.

Los dos traspasaron la recepción y la escoltaron por detrás hasta la misma puerta. Una vez que la abrió, se internaron en aquella sala anodina con las paredes lisas y un ordenador de mesa como único aderezo. La mujer movió el ratón hasta que la pantalla se encendió. El programa de las cámaras de videovigilancia se encontraba operativo.

- Introducen la fecha en la barra superior y se conectan a la sala que deseen ver. En su caso, la número uno.

- Muchas gracias – le agradeció el sargento –. Sólo le robaremos unos minutos.

- Les espero fuera.

La mujer partió bajo el sonido de sus tacones mientras Aura tomaba asiento e insertaba la fecha en el buscador: 6 de julio de 2019. De pronto, emergieron en la pantalla ocho ventanas correspondientes a las distintas salas. La periodista seleccionó la primera y esperó a que el sistema se cargase. Después, se inició la reproducción.

La cámara enfocaba por encima de la puerta de la sala 1 una porción del pasillo, acicalado con una mesa baja y tres sillones. También unos amplios ventanales con vistas al parking de fuera, donde la luz del atardecer se consumía entre jirones pajizos. Los familiares y amigos de Lúa Prado iban apareciendo por el encuadre en una suerte de goteo en el que los padres, visiblemente afectados, salían a recibirlos entre sollozos pese a que las imágenes carecían de sonido. Aura agilizó la grabación con el ratón, deteniéndola según se asomaba a la lente una nueva presencia. Ni rastro de las chicas de Tristán. La conclusión a la que había llegado minutos antes parecía no albergar demasiado fundamento. ¿Acaso ninguna de ellas, ni siquiera Cynthia Olmedo, acudió a despedirse de Lúa? ¿Por qué? Tal vez pensó que Baeza estaba en lo cierto cuando se convenció de que Tristán no las dejaría exponerse al mundo sin más y abandonar por unas horas su cautiverio. Sin embargo, la figura de aquel hombre les robó la atención. Vestía una sudadera y pantalones de *sport* azul marino, una gorra del mismo tono y unas gafas de lente oscura. El individuo frenó en seco delante de la entrada, su aventajada altura excediendo por encima del resto de personas que cruzaban el pasillo.

- ¿Por qué le cuesta entrar? – paladeó Baeza con los ojos prendidos a la pantalla.

La periodista se concentró en su lenguaje corporal, como si tras el sistemático movimiento de sus dedos, cruzándolos y descruzándolos repetidas veces, pudiera atisbar un reducto de su identidad.

- No es posible… – balbució.

- ¿Qué pasa ahora?

- Ese tipo es Pedro Silva, el presidente de la Xunta.

- ¿Estás segura? – dudaba de lo que acababa de oír –. ¿Y qué demonios hace ahí?

- Ni idea, pero hizo el mismo gesto con sus manos en la comparecencia de esta mañana.

Aura irguió el cuello hasta tropezar con sus ojos.

- Entonces, ¿qué es lo que le impide atravesar la puerta? ¿Y por qué va vestido con esa indumentaria?

- Porque no quiere ser reconocido – arguyó la periodista.

Luego volvió a ojear la grabación, la figura del hombre

escurriéndose sigilosamente por un lateral del pasillo hasta desaparecer del encuadre.

- Y por lo que parece, conoció a Lúa en el pasado – concluyó el sargento.

La luz del descansillo se encendió automáticamente cuando los dos agentes abandonaron el ascensor. Uno de ellos se dirigió a la puerta del 8º B y se dispuso a aporrearla. La lluvia, maciza y contundente, golpeaba con furia la ventana del rellano. Después, escucharon unos pasos.

- ¿Quién es? – preguntó una voz femenina con cierta precaución.

- Buscamos a Jorge Valmiño – respondió el más avezado –. Somos de la Policía.

El manojo de llaves rasgó en cada vuelta el silencio que vagaba en el interior del edificio, la madrugada precipitándose como un animal al acecho. Una hebra de luz se asomó por dentro del felpudo a medida que la mujer entornaba la puerta con el semblante temeroso. Vestía una bata gris con la tela desgastada y llevaba el cabello recogido en una especie de moño bajo con los mechones del flequillo remarcando su rostro. Los miró con el carácter pusilánime.

- Jorge no está – pronunció sucinta–. Lleva días sin venir por casa.

Los agentes, ataviados con sendos uniformes, se prestaron a interrogarla allí mismo.

- ¿Es usted su madre? – le formuló su compañero.

- Claro. Jorge vive aún conmigo.

- ¿Y dónde dice que podemos encontrarle?

El ruido metálico que se filtró al fondo del pasillo amortiguó su respuesta.

- Habrá sido el gato – se le ocurrió decir.

- ¿Hay alguien más en la vivienda?

- Oigan, mañana tengo que madrugar. Ya les digo que Jorge no está – se puso nerviosa.

Los agentes entraron en el domicilio mientras la madre de Jorge Valmiño intentaba por todos los medios detenerlos. Uno de ellos comenzó a pronunciar su nombre, asomando la cabeza por cada de las habitaciones que encontró a su paso. La penumbra que goteaba en el interior apenas le permitía ver con claridad el contorno de los muebles, las imágenes de un televisor reproduciéndose sin sonido en lo que parecía el cuarto de estar.

- Salgan inmediatamente de mi casa – volvió a gritarles –. Ya les he dicho que mi hijo no está.

El policía más avezado en operaciones de alto riesgo se internó en la última estancia. Allí, al abrigo de una ventana abierta, reconoció la silueta sombreada de un joven de unos treinta años, sus pupilas

encendidas como dos brasas incandescentes. Tan sólo las raspas de luz que expulsaba la pantalla del ordenador le conferían un aspecto fantasmagórico. El otro agente apareció detrás de él.

- Eres Jorge Valmiño, ¿verdad? – quiso averiguar, abandonando cualquier formalismo.

El tipo ni siquiera se inmutó, las gotas de lluvia perfilándose gruesas al otro lado.

- Necesitamos que nos acompañes a comisaría. Queremos hacerte unas preguntas.

- Yo no he hecho nada – respondió nervioso.

- Nadie ha dicho lo contrario. Pero tenemos que hablar contigo. ¿Lo entiendes?

El agente tuvo el amago de dar una primera zancada cuando, de pronto, el chico compuso una sonrisa torpe bajo sus propias tinieblas.

- Quizá en otra ocasión – dijo.

Acto seguido saltó por fuera de la ventana, su rastro deshaciéndose en la noche oscura.

- ¡No! – gritó su compañero.

Pero para entonces su cuerpo yacía bocabajo en mitad de la carretera, sus ojos, inertes, rendidos al sonido de la lluvia.

DIA 10

Una pelusa de luz perforaba la rendija de la contraventana cuando el teléfono del sargento vibró en la mesilla. Leo se volvió en la cama con telarañas en los ojos y ojeó el despertador que había junto a la lamparita de noche. Las 07:42 de la mañana. Demasiado temprano para recibir una llamada, pensó. Dejó caer el brazo sobre la mesa hasta que atrapó su móvil al vuelo. Enseguida se cercioró de que se trataba de Altamira.

Farfulló unas palabras enrevesadas que ni siquiera Aura captó al otro lado del colchón.

- ¿Sí? – su voz se mantenía aún bajo el influjo de la duermevela.

- ¿No te habré despertado? – se aseguró el capitán al otro lado de la línea.

- Me pillas preparando el desayuno – mintió –. ¿Pasa algo?

- Ayer por la noche se procedió a la detención de Jorge Valmiño por su implicación en el atropello de Lúa Prado – vació como un resorte.

Leo se incorporó en la cama mientras Aura hacía lo propio a su lado. Después se apresuró a abrir uno de los postigos de la ventana para que traspasase la luz, nimbada por una claridad añil.

- ¿Cómo ha sido? – preguntó más tarde.

- Parece ser que el dueño del taller donde fue a reparar su coche dio la voz de alarma. Los cristales del faro delantero coinciden con los que se hallaron en la escena del crimen.

Las imágenes que había elaborado de Lúa Prado en su cabeza, la lluvia azotando su cuerpo desnudo, una burbuja de luz cegándola en mitad de la carretera, el crujido de sus huesos al ser embestida, se reprodujeron de forma sistemática.

- ¿Ya se le ha tomado declaración? – ahondó.

- No, Baeza. Ese es el problema.

- ¿Por? – vaciló –. ¿Se ha dado a la fuga?

- Al contrario. Cuando la policía acudió anoche a la casa familiar donde vivía con sus padres, el hombre se suicidó delante de ellos.

- ¡Cómo dices? – soltó impresionado.

- Se tiró por la ventana de un octavo piso. Pensaba que iban a detenerle por otro asunto. La policía ha descubierto hace unas horas que tenía antecedentes por pederastia. Hace unos años lo pillaron publicando imágenes de niños en internet. Aunque imagino que la Xunta no hará ningún tipo de declaración.

- ¿Qué tiene que ver la Xunta de Galicia en todo esto? – arrugó el ceño.

- Era el chófer del presidente. Ni más ni menos que de Pedro Silva.

Leo se giró para ver a Aura, sus ojos suspendidos en una bruma de recelo y escepticismo.

- ¿Sigues ahí…?

- Ahora tengo que colgar. Pero avísame si te enteras de algo más.

- De acuerdo. Estamos en contacto.

Al colgar, la periodista se adelantó a la incertidumbre que llameaba bajo sus pupilas.

- Lo he escuchado todo.

- ¿Qué opinas? – indagó en busca de respuestas.

- Me escama que el presidente de la Xunta acudiese al velatorio de Lúa Prado cuando ni siquiera la policía sabía por entonces que su chófer estaba implicado en el atropello.

- Eso mismo he pensado.

- ¿A qué demonios fue, cuando encima no se atrevió a darle el pésame a los padres? Las imágenes no mienten, Leo. ¿No te das cuenta de que hay algo extraño?

- Lo sé. Y ya es hora de averiguar qué hacía en el tanatorio.

Tardaron escasos minutos en alcanzar la Praza do Obradoiro.

Un escuadrón de nubes bajas raspaba el cielo en su itinerario, sumergiendo las dos torres de la catedral en una gasa de vapor blanquecina. Ambos cruzaron el ágora apresurados, contagiado por el rumor constante de los grupos de peregrinos que iban apareciendo por sus arterias principales tras varias semanas de caminata. Sin embargo, el sargento no reparó en ellos cuando se internó en los soportales que sustentaban el Palacio de Rajoy y traspasó las puertas mecánicas con el paso marcial. Aura lo escoltó unos metros por detrás. Un amplio vestíbulo con muros de mampostería, candelabros isabelinos y vidrieras con el escudo de la comunidad como único aderezo poblaban las instalaciones. También los arcos ojivales con bustos en su interior y barandas de forja historiada que trepaban hacia las plantas superiores. Leo apretó el paso y se dirigió al mostrador de recepción, esquivando a los funcionarios que entraban y salían del edificio. La atmósfera que vagaba dentro era igual de pesada que los cortinajes que soportaban los rieles de cada ventanal. Segundos más tarde, se detuvo delante de una modernísima pantalla de ordenador flanqueada por torres de archivadores. La mujer que se hallaba al otro lado lo atendió con una sonrisa perpetua aprendida a base de años.

- ¿Qué desea? – moduló la voz sin estridencias ni altibajos.

- Busco al presidente de la Xunta – resolvió.

- ¿Tiene cita previa?

- Soy de la Guardia Civil – prefirió conminarla.

La mujer se mantuvo boquiabierta.

- Necesito hablar con él – continuó –. Será sólo un momento.

- Está de suerte. Lo tiene justo delante.

Baeza siguió la estela de su mirada hasta el fondo del vestíbulo, reparando enseguida en el hombre de aventajada estatura que conversaba plácidamente con otras personas.

Sin pensárselo retomó el camino, basculando su cuerpo tras unas zancadas holgadas que dejaron a la periodista sin aliento al intentar reproducir su marcha. Tampoco estaba segura de si estaba a punto de cometer una estupidez. Rápidamente desintegró al grupúsculo con su inesperada aparición, regalándole cada miembro una mirada desconcertante.

- ¿Podemos ayudarle en algo? – se atrevió a preguntar Pedro Silva.

Los demás aguardaron a la espera de una pronta respuesta.

Aura, por el contrario, se dejó fascinar por su atractivo físico, con el rostro lampiño, labios carnosos y estructura nasal bien definida. Calculó que tendría la misma edad que Leo.

- Nos gustaría hacerle unas preguntas. Es sobre su chófer.

El presidente enmudeció *ipso facto*.

- De acuerdo – pronunció, todavía perplejo –. Aunque me pillan ocupado.

- No te preocupes – intervino uno de los hombres, con el cabello engominado y traje de línea diplomática –. Nos vemos en la reunión de las tres.

Sus acompañantes partieron hacia la salida, quedándose a su lado una joven de aspecto gris que soportaba entre sus brazos una pila de carpetas.

- Dígame pues… – soltó cuando se quedaron a solas en un rincón del vestíbulo.

- Estamos investigando la muerte de Lúa Prado, la chica que fue brutalmente atropellada el pasado seis de julio en O Cubelo. Parece ser que su chófer, Jorge Valmiño, estuvo involucrado en el siniestro. Anoche se suicidó delante de dos agentes.

- Eso me han informado. Pobre muchacho – pareció lamentarse –. No sabíamos que tenía antecedentes como pederasta.

La periodista reparó en la forma de cruzar y descruzar los dedos de ambas manos.

- Aunque sigo sin saber qué quieren de mí. Mi asesor ya habló esta mañana con el inspector que lo atendió por teléfono.

- Más bien nos preguntábamos por qué acudió al velatorio de Lúa cuando ni siquiera la policía había descubierto que el autor del crimen era su chófer.

Un silencio cruel contaminó de fisuras la mirada del presidente.

La joven que lo acompañaba no se atrevió a despegar el rostro de las carpetas.

- Hemos visto las imágenes de las videocámaras del tanatorio –prosiguió –. ¿Por qué fue?

El hombre intentó salir al paso con resolución y diplomacia.

- Porque conocí a Lúa Prado hace años. No personalmente, pero sí a sus padres.

- Lo desconocíamos – intentó atornillarlo.

- Verán, cuando esa chica, Lúa, desapareció de A Ponte Maceira, yo me encontraba en la oposición. Sé que está mal decirlo, pero intenté acercarme a la familia para que la prensa tomara partido y los votantes se decantaran por mi candidatura. Intenté ayudar a sus padres con mi presencia en el pueblo, pensando que tal vez los medios acabarían dando una mayor cobertura a su desaparición. Pero me equivoqué. Es cierto que los reporteros acudieron a la casa familiar para inmortalizar el encuentro, aunque la cosa no surtió el efecto que todos esperábamos. Se olvidaron de Lúa Prado, y también de sus padres.

- Pero usted no la olvidó… – se entrometió Aura.

- Por supuesto. Cuando me enteré que la chica había aparecido muerta en una carretera, decidí pasarme por el tanatorio para mostrar mis respetos a la familia. Esa gente vivió una pesadilla durante doce años. ¿Cómo no iba a ir? Intenté pasar inadvertido para desviar el foco de atención y no politizar aquel horrible suceso.

- Pero ni siquiera entró. ¿Por qué? – persistió Aura.

- Porque lo que vi al otro lado de la puerta me resultó demasiado doloroso. Como les he dicho, conocí personalmente a la familia. Nunca me imaginé un final así, no para ellos, que lucharon incansables por encontrar una pista fiable de su paradero – evocó con la mente puesta en el pasado –. A veces, la vida puede llegar a resultar muy puñetera. Te devuelve lo que más quieres cuando ya no hay opción de remendar el dolor. En fin…

El teléfono de Aura sonó en el bolsillo de su cazadora. Antes de averiguar quién la requería, prefirió tenderle al presidente una tarjeta personal.

- Ahí encontrará mi número – le dijo –. Por si recuerda algo relacionado con su chófer.

Después se alejó, partiendo en dirección a la salida. Silva volteó la tarjeta entre sus dedos.

- Yo también tengo algo de prisa – alegó –. Me reúno con el comité en cinco minutos.

Leo se limitó a asentir.

- De todos modos, para cualquier otra cuestión hablen con Mónica – miró de soslayo a su secretaria –. Ella les facilitará un correo electrónico para comunicarse conmigo.

- Gracias. Aunque después de la conversación, creo que ya no es

necesario. Buen día.

Y se largó sin más, el eco de sus pasos rebotando en el amplio vestíbulo.

Ya en la calle, vio que Aura hablaba por teléfono por dentro de los soportales. Apenas le prestó atención cuando se aproximó a ella. La periodista se despidió con una sonrisa sincera en los labios y colgó la llamada.

- ¿Con quién hablabas? – se interesó.

- Con la mujer que trabaja en el despacho de Peralta. Parece ser que el detective guardó el expediente de mi madre en su casa.

- ¿En serio…? – intentaba asimilar.

- Eso parece. Por lo visto su esposa quiere hablar conmigo. Dice que es urgente.

Unos tibios rayos de sol se colaban entre el armazón de nubes cuando al cabo de una hora llegaron a su destino.

La carretera comarcal con los márgenes poblados de pueblos y pedanías los derivó hasta la misma entrada de la urbanización, con la tapia resguardada de frondosos setos y vigilada las veinticuatro horas por cámaras de seguridad. Situada a escasos ocho kilómetros de A Coruña, *Icaria* era uno de esos complejos levantados en la década de los 90 que rezumaba sofisticación y lujo allá donde se posasen los ojos. Chalets vanguardistas, dúplex de líneas depuradas, zonas ajardinadas…Un paraíso que hizo las delicias de Leo y Aura en cuanto traspasaron con el coche de alquiler las puertas mecánicas y se internaron en la fase I del complejo, de calles arboladas y trazos de una ostentación abrumadora pese a tener un polígono industrial colindante y media docena de concesionarios de automóviles.

Ambos continuaron prestando atención a las indicaciones del GPS mientras se deleitaban con la profusión de viviendas que se percibía entre el follaje que abrigaba los extensos jardines. El sistema los derivó a la calle Acacias. Leo dobló a su izquierda y se introdujo por ella. Después, reconoció la antigua morada de Antonio Peralta. Marcada con el número 5 por fuera del muro de ladrillo caravista, la casa se alzaba soberbia por dentro de un oasis de parterres a rebosar de rosas y azaleas. De estructura más bien clásica, sus dos pisos se levantaban en una suerte de sortilegio rimbombante alimentado de ventanas, ángulos y mansardas. Una residencia anclada en su propia memoria de tiempos ya caducos que Aura contempló con fruición una vez que se bajó del coche. El sargento la acompañó en su vaga ilusión y cruzaron el sendero que conectaba con el porche exterior. Una vez que alcanzaron la puerta, pulsaron el timbre. Una melodía prendió al otro lado. Ambos se resignaron a esperar por fuera del felpudo hasta que al cabo de unos minutos, se asomó una mujer de sonrisa candada.

- Aura Valdés, ¿verdad? – quiso averiguar.

- Eso es – le confirmó con otra sonrisa fingida –. La hija de Victoria Gálvez.

Doña Leocadia la escrutó de arriba abajo tras su magra figura. Llevaba el cabello recogido en un delicado peinado, con la tez sutilmente maquillada. Vestía una blusa estampada y un pantalón blanco que le confería, quizá por el arsenal de joyas que aderezaban su busto y manos, un aire de aparatoso boato. Aura calculó que tendría alrededor de setenta años. Sus maneras, no obstante, eran refinadas.

- No sabía que vendría acompañada – soltó –. Pero pasen. He preparado café.

La esposa del detective enfiló un pasillo de suelos de mármol y lámparas con lágrimas de cristal. Una delicada bombonera que se maravillaron de camino, con las paredes enteladas y multitud de recuerdos del matrimonio sembrados por doquier. Acto seguido franquearon la entrada del salón y los invitó a tomar asiento en unas butacas de estilo rococó, con los asientos tapizados en tonos rosas y los apoyabrazos lustrados con pan de oro. En la mesilla de cristal que hacía de centro reposaba una tetera y varias tazas de porcelana. También un delicado jarrón con margaritas frescas y dos búcaros chinos a cada extremo. Al sargento le horrorizó tropezar con cualquiera de los objetos que moraban a su alrededor y estamparlo contra el suelo. No dudó en sentarse junto a Aura.

- ¿Cómo les gusta el café? – se interesó –. También puedo pedirle a la asistenta que les traiga otra cosa si así lo prefieren.

- Y se lo agradecemos – intercedió la periodista por los dos–. Pero tenemos algo de prisa.

Doña Leocadia volvió a mostrarles la hilera de dientes tras rechazar su ofrecimiento.

- De acuerdo – articuló a medida que se acomodaba en el asiento de enfrente –.Supongo que estarán deseando saber el motivo por el que les he citado en mi casa.

- La secretaria del despacho de su marido me dijo que existía un expediente a nombre de mi madre – vació Aura su incertidumbre.

La mujer cruzó sus piernas segundos antes de responder.

- Efectivamente – confirmó –. Antonio solía guardar los casos que él veía convenientes en unas de las habitaciones de arriba.

- ¿Por alguna razón en particular?

- No sabría decirle. Mi marido era muy suyo con su trabajo. Tenía su propia metodología a la hora de investigar cualquier asunto.

- Sin embargo, hace meses tuve la oportunidad de leer el expediente de otro de sus casos que llevó junto a su socio, Rafael Oviedo. Una especie de sumario en el que vinculaba la historia de un hombre con

la de mi madre.

- Imagino que se referirá a Lorenzo Garrido.

Las miradas de Leo y Aura tropezaron a la vez.

- En efecto – intervino Baeza –. Su marido incluyó algunos pasajes de la vida de Victoria Gálvez en el informe del Serbio. ¿Por qué?

La esposa de Antonio Peralta anudó los dedos entre las cuentas de su collar de perlas.

- Digamos que mi esposo solía unir las investigaciones que mantenían un pasado común, como fue el caso de su madre y el de ese hombre, Lorenzo Garrido.

- Eso sospeché – dijo la periodista al otro lado de la mesa –. Pero al leer las anotaciones que Peralta dejó por escrito en el expediente, me quedaron algunas dudas sobre lo que realmente ocurrió, con la esperanza de hallar una respuesta en el informe que conserva de mi madre.

- ¿Por ejemplo…? – la animó a escarbar en su herida.

- Por ejemplo, ¿por qué Funelli le entregó el borrador del segundo manuscrito del *Juego de la Serpiente*? – formuló de sopetón –. ¿Y por qué Tristán la buscó durante años con el propósito de arrebatarle el libro? Y lo más importante, ¿por qué mi madre tuvo que morir cuando ese hijo de puta sigue ahí fuera como si nada?

El silencio que se filtró instantes después dejó a todos sin habla.

Aura intentó en vano recobrar el aliento mientras doña Leocadia proyectaba la mirada hacia una de las ventanas del salón, como si en su desplazamiento fuese capaz de recordar aquello que un buen día su marido compartió con ella.

Una punzada en el estómago la animó a desenterrar los fantasmas nunca olvidados.

- Posiblemente nunca encontrará en el expediente las respuestas que busca– acertó a decir –, estoy convencida. Pero hay una que me pidió mi marido que le revelase cuando llegara el momento.

- ¿Y es…? – se inclinó por inercia en la butaca.

La mujer giró el cuello para volverla a mirar a los ojos.

- Que Victoria Gálvez no murió – descerrajó –. Su madre sigue aún con vida, Aura.

Una sucesión de escenas comenzó a desfilar vertiginosamente en su mente. Imágenes de luz pajiza donde la sonrisa duradera de su madre parecía conquistar cada uno de sus recuerdos. También el rastro de su perfume, fresco y alimonado. Incluso la textura de su voz, suave y aterciopelada.

Aura continuó varada en lo poco que todavía conservaba de ella en su memoria mientras el sargento, impactado por lo que acababa de oír, se esforzó en rescatarla de las sombras de su propia infancia

cuando se dio cuenta de que iba a tardar tiempo en recuperarse. La mujer de Peralta se adelantó a su propósito.

- ¿Se encuentra bien? – rompió el hielo.

La periodista parecía estar aún en *shock*. Ni siquiera había vuelto a moverse en la butaca.

- Prefiero que siga – balbució.

Doña Leocadia intentó resoplar discretamente.

- Fue mi marido quien me confesó el secreto hace veinte años – prosiguió –. Victoria había decidido citarse con el antiguo paciente del Psiquiátrico de Toén que llevaba un tiempo extorsionándola por cartas. Esa tarde telefoneó al despacho para comunicarle a Antonio que había tomado la determinación de ajustar cuentas con su pasado. *He quedado con él en cinco minutos, en el polígono abandonado que hay de camino a Caldas*, le dijo. Antonio, desde luego, le desaconsejó que lo hiciera, que podía resultar peligroso. Pero para entonces, Victoria ya había colgado la llamada. Mi marido no tuvo más remedio que ir a su encuentro para que no estuviera sola.

- Continúe – la instó Leo por el rumbo que estaba tomando la historia.

- Peralta no llegó a tiempo. Victoria estaba tendida en el suelo inconsciente. Esa bestia la había atropellado con un coche, aunque afortunadamente seguía con vida.

Baeza se llevó una mano a la boca. Aura, en cambio, era incapaz de pestañear.

- No había tiempo que perder. Tristán podía acabar enterándose. Por lo que mi marido decidió orquestar un plan y darla por muerta a través de varios periódicos locales.

- ¿Por qué? – ahora era Leo quien buscaba respuestas.

- Para que una vez restablecida de sus lesiones en el hospital, pudieran ingresarla en una residencia bajo otro nombre: Candela Saura.

Aquel nombre, Candela Saura, detonó en la mente de la periodista.

- Ese fue el acuerdo al que llegaron mi marido y su padre – resaltó –. Temían que Tristán se enterase de que Victoria no había muerto en el polígono y tomase represalias hacia su persona, de ahí que partieran rápido a Salamanca con el objetivo de que les perdiera la pista. Es más, recuerdo que Antonio se enteró días más tarde por el portero de la finca que un individuo había entrado en el inmueble donde vivían en A Coruña por entonces. Era de prever que Tristán estaba buscando ese segundo manuscrito que su madre no llevaba encima cuando se citó con él.

- Lógico – admitió Baeza –. Aunque después nos enteramos de que ese viejo cuaderno estaba en posesión de Rafael Oviedo, el socio de Peralta. ¿Fue así?

- Por supuesto. Antonio tenía miedo de que cualquiera, incluso alguno de sus empleados, pudiera irse de la lengua. De ahí que se arriesgara a entregarle a Rafael la continuación del *Juego de la Serpiente* cuando se mudó a Ponferrada para abrir su propia agencia. Oviedo se llevó una parte del secreto de Victoria, pero mi marido guardó en esta casa el resto del expediente durante muchos años. Lo protegió hasta el mismo día que falleció.

La mujer evitó emocionarse delante de ellos cuando su mirada se tornó vidriosa.

- ¿Está usted segura de que mi padre ideó ese plan junto a su marido? – se atrevió Aura a cuestionarla.

Todavía era incapaz de digerir lo que la mujer les estaba relatando con tanta severidad.

- Veo que nunca le ha contado nada. Pero sí, es cierto, compartieron ese secreto hasta que desgraciadamente mi marido se fue de mi lado.

Sus palabras le asestaron un duro golpe.

- ¿Recuerda en qué residencia ingresaron a mi madre? – prefirió no andarse con rodeos.

Doña Leocadia se levantó de la butaca y se acercó a una cómoda de madera noble. Después recogió un informe con las tapas marrones y se lo entregó a la joven periodista.

Aura lo apresó confusa.

- Ahí encontrará todo lo que necesita saber – dijo mientras volvía a tomar asiento –. Pero tenga cuidado. Mi marido escondió el secreto de Victoria durante años. No permita que Tristán la encuentre por segunda vez.

A esa misma hora, en un barrio residencial de Santiago de Compostela, Hooded aparcó la bici delante de un adosado de paredes revestidas con granito de O Porriño y tejadillo a dos aguas. Tal vez la conversación que había mantenido con el nieto del ilustrador del *Juego de la Serpiente* el día anterior le animó a cruzar la cancela de hierro y traspasar la propiedad hasta presionar el timbre exterior. Un sonido bronco retumbó por dentro de la vivienda, percibiéndose más allá de la hilera de chalets que flanqueaban ambas aceras de la calle. Enseguida escuchó que alguien retiraba el pasador de seguridad al otro lado de la puerta. Después apareció ante sus ojos un hombre de mediana edad, con barba recortada y estatura prominente.

Le brindó una sonrisa de cortesía.

- ¿Hooded? – preguntó con vaga sospecha.

- ¿Y usted es el nieto de Federico Bulnes? – intentó aclarar también su identidad.

El hombre asintió sin retirar la sonrisa.

- El mismo. Aunque he de decirle que de mi abuelo sólo conservo su

nombre y apellido. Lamentablemente no heredé su talento como ilustrador.

- Eso me figuré cuando hablamos ayer por teléfono. Pensé que aún vivía.

- Qué va – chascó su lengua –. Murió hace más de veinte años. Aunque no me quedó muy claro qué era lo que buscaba de él.

- Las ilustraciones de un libro que jamás llegó a publicarse. Su abuelo realizó los dibujos del primer manuscrito, pero desconozco si también del segundo.

- Sin otros datos, tampoco sabría decirle. ¿Cómo se llamaba el autor?

- Funelli – precisó.

- ¿Funelli? No me suena. Pero de existir algo, tan sólo estaría en las carpetas del ordenador. Hace años recopilé y escaneé todos los trabajos que realizó mi abuelo para las diversas editoriales con las que colaboraba. No me importa que les eche un vistazo. Es lo único que puedo ofrecerle.

- Y no sabe cuánto se lo agradezco – resolvió el informático.

El nieto de Federico Bulnes entornó la puerta para dejarle pasar. Un diminuto hall de techos enyesados y lámparas halógenas recibió a Hooded nada más traspasar la entrada y dirigirse junto a su inquilino por un estrecho pasillo de suelos laminados y paredes lisas. El silencio que habitaba en la casa le impidió carraspear por vergüenza a medida que avanzaban hacia el fondo y subían por una escalera de caracol a la segunda planta. El nuevo pasillo que se abrió paso bajo un aliento de penumbra lo adujo a pensar que se dirigían a su estudio. Bulnes franqueó la última habitación junto al informático, el cual descubrió para su sorpresa que aquel reducto, con una camilla en el centro y mobiliario de *fin de siècle*, se trataba más bien de un cuarto de estar. El único toque postmoderno lo halló sobre la mesa, la pantalla del portátil rasgando con su halo azulado las sombras de dentro. El hombre prendió las luces y lo invitó a sentarse en un butacón de respaldo acolchado. Luego cliqueó con el ratón encima de una carpeta que se abrió automáticamente.

- Aquí, en el buscador, tiene que escribir el nombre de la obra. No sé si la recuerda.

Hooded asintió de buena gana y tecleó con rapidez *El Juego de la Serpiente*. Enseguida emergieron en la pantalla dos carpetas con los nombres: *"Manuscrito 1"* y *"Manuscrito 2"*.

- ¡Anda! Está de suerte. ¿Cuál dijo que buscaba exactamente? – le cuestionó.

El informático, para entonces, ya había abierto el archivo del segundo manuscrito.

Una sucesión de quince imágenes brotaron de la nada. Hooded se

apresuró a descargarlas a medida que las primeras ilustraciones comenzaron a abarcar la totalidad de la pantalla. Sus ojos volvieron a familiarizarse con los paisajes de ángulos tétricos y trazos angulosos que tantas veces apreció en *El Juego de la Serpiente*. La pequeña Alicia de Funelli parecía haber cogido mayor protagonismo mientras se perdía una vez más por madrigueras imposibles y bosques alimentados de oscuridad y llamas; por nuevas sendas tortuosas de la mano de sus incondicionales criaturas, seres telúricos que habían ganado fisonomía, y también altura: el *Hombre de Musgo* rozando con su cuerpo de briofitas las ramas de los árboles, al igual que el *Cucurrumacho,* encabezando el viaje tras su pecho vigoroso y unas astas de siete puntas. Alicia, la niña de cabellos rubios, se había deshecho de su vestido almidonado para dar paso a una guerrera imbatible, llena de luz, poderosa. Un ejército dispuesto a enfrentarse a temibles batallas por salvaguardarla. ¿Por qué?, se preguntó con la mirada fija en cada ilustración. ¿De qué diablos iba el nuevo viaje? ¿Y en qué momento lo que parecía una fábula infantil, se había convertido en algo mucho más sombrío y siniestro?

La voz de Federico Bulnes nieto entorpeció su propio análisis.

- ¿Necesita grabar el material en un *pendrive*? – le ofreció.

- Si es posible… – seguía impactado –. Aunque ya puestos, ¿por casualidad no tendrá una copia de ese manuscrito?

- ¿Del libro? No lo creo. Casi todos los ejemplares que guardábamos los vendimos para desocupar la casa donde vivió mi abuelo. Echaré un vistazo por si acaso, pero tampoco le garantizo nada.

- Es una pena, porque me hubiese gustado saber de qué trataba la continuación del *Juego de la Serpiente* – se lamentó.

El hombre, aún de pie, se llevó una mano al mentón.

- Tal vez sí que exista alguien que pueda contarle de qué iba el libro.

- Soy todo oídos – le regaló una sonrisa de anuncio.

- Recuerdo que mi abuelo solía visitar cada tarde una vieja librería de lance en el centro de la ciudad. Sé que el librero es bastante mayor, pero es el único que podría aclararle la duda ya que Federico siempre le relataba en qué libros andaba trabajando y para qué escritores. Si quiere, puedo anotarle la dirección de la librería. Eso sí, dígale que va de parte del nieto de Bulnes. Lo recibirá encantado.

Las rachas de viento batían los toldos de la cafetería cuando Leo detuvo el coche delante del edificio. Habían comido en un restaurante del centro de A Coruña con la convicción de que la mujer de Peralta les había narrado una verdad sin precedentes, pese a que el resto de la información se hallaba en aquel viejo informe que su marido guardó a buen recaudo en el despacho de su casa durante veinte años. ¿Por

qué?, se preguntó Aura para sí misma. De alguna manera todavía seguía en *shock*. ¿Realmente su madre estaba viva? ¿Y por qué su padre no le contó nada? La encrucijada de sentimientos la acompañó durante el resto del día, aunque Leo intentara esmerarse y cuestionarle a cada momento si se encontraba bien. Aura Valdés se limitó a asentir mientras su otro yo, en la otra cara de su propia subsistencia, luchara por encontrar respuestas en aquel laberinto de recuerdos y ausencias del que se alimentó cuando su madre partió para no regresar jamás. *¿Quieres que pasemos por la residencia?*, la voz de Baeza se filtraba por dentro como un eco lejano. *Nos pilla de camino*. La periodista no contemplaba la posibilidad de que su madre, Victoria Gálvez, la misma a la que había echado tanto de menos en su infancia y adolescencia, estuviera a su disposición a tan pocos kilómetros de distancia.

Tal vez aún no era consciente de lo que estaba a punto de hacer cuando se apeó del vehículo junto al sargento y se acercaron a las modernas instalaciones. El edificio, de una sola planta, se alzaba a las afueras de la ciudad, en un corte de intersecciones con los márgenes poblados de frondosos bosques. La periodista enfiló a toda prisa el sendero de grava y subió sin pensárselo las escaleras de entrada. Leo la tomó del brazo segundos antes de que las puertas acristaladas se abrieran. Después, no dudó en clavar sus ojos a los suyos.

- ¿Estás segura? – quiso convencerse.

- Necesito hacerlo – contestó.

Luego se deshizo de su mano y se internó en un holgado recibidor con las paredes pintadas en tonos grises y suelos bacteriostáticos. Un aroma medicamentoso flotaba en el ambiente, arrastrando esquirlas de lejía y otros productos de limpieza. Aura atisbó a una enfermera por fuera de la recepción y se dirigió a ella con el paso decidido. La mujer levantó la mirada de sus informes en cuanto se percató de su presencia.

- ¿Puedo ayudarla en algo? – su voz denotaba cierto recelo.

- Estoy buscando a una paciente. Se llama Vic… – frenó en seco al recordar el nombre ficticio que le otorgó el detective –. Se llama Candela Saura.

- Justo acabo de verla en la sala común con el resto de pacientes.

Baeza se incorporó a la conversación unos pasos por detrás.

- ¿Dónde se encuentra la sala? – intentó averiguar.

- Al fondo del pasillo. ¿Es usted familiar?

- Por supuesto – contestó parca en palabras.

La sanitaria se dio cuenta y quiso remendar la situación.

- Disculpe mi intromisión. Es que no la recuerdo. Estoy acostumbrada a ver a su marido todos los meses por aquí. Pero si me acompañan, yo misma los llevaré a la sala común.

Los tres pusieron rumbo por un largo pasillo provisto de una claridad recalcitrante procedente de varios paneles del techo. La mujer saludó a otras compañeras de camino, las cuales arrastraban carritos de acero inoxidable con el avituallamiento sanitario dispuesto en cada una de sus baldas. La enfermera apretó el paso sin ánimo de conversar y se detuvo frente a una puerta abierta con un pequeño letrero situado en lo alto: *Sala Común*.

Después, los invitó a pasar. Algunos de los pacientes estaban distribuidos por las distintas mesas de la habitación, de amplios ventanales y acompañados por otros auxiliares. El rumor de dentro era similar al de un enjambre de insectos. La periodista atendió a Baeza con el pulso acelerado.

- ¿Ve a la mujer que se encuentra en la última mesa? – señaló con el brazo extendido.

Aura siguió la estela de su dedo y atisbó a una señora que se encontraba de espaldas a ellos, sentada en una silla de ruedas y con la mirada clavada por fuera del ventanal.

- Ella es Candela Saura – les confirmó.

Una bola de miedos e inseguridades arremetió contra Aura Valdés. Sus ojos se tiñeron de un velo acuoso.

- Si me necesitan, estaré en la entrada – se despidió la enfermera tras retomar el camino de vuelta.

La periodista no consiguió escucharla cuando se dejó arrastrar por su instinto y avanzó con el paso incierto entre las distintas mesas. Examinó su cabello corto y entrecano. También sus hombros caídos por fuera del respaldo de la silla de ruedas. Su madre, Victoria Gálvez, mantenía la atención concentrada al fondo del ventanal, los árboles del jardín sacudiendo sus hojas por la fuerza del viento. Entonces, se sentó a su lado. Aura fijó la vista en su actitud impasible mientras un nudo se le iba formando en la garganta. Apenas era capaz de soportar su presencia. Sus ojos se inyectaron de lágrimas, salpicando de destellos luminosos su rostro marchito y gris. ¿Qué fue de la otra mujer a la que rescataba de su memoria cada vez que la necesitaba? ¿Dónde estaba su sonrisa radiante, sus ojos alegres, el pelo largo y sedoso?

Aura arrastró la mano por dentro de la mesa sin atender al resto de pacientes que moraban en la sala común.

- Mamá – pronunció con la voz rasposa –. Mamá, soy yo, Aura.

La misma mujer a la que le costaba reconocer como a su madre giró despacio el cuello. Sus miradas tropezaron instintivamente. Poco a poco le brindó una sonrisa torpe, como si tras el esbozo que intentaba perfilar en su cara se escondiese una verdad primitiva. El corazón de Aura comenzó a bombear agitado bajo su pecho.

- ¿Sabes…? Te he echado mucho de menos – una lágrima rodó por

su mejilla –. Te he necesitado tantas veces, que siempre intentaba imaginar cómo sería este momento.

Victoria Gálvez, o la mujer que ahora habitaba bajo su nueva fisionomía, posó una mano en la suya. Su hija, deshecha por la emoción, se la besó repetidas veces.

- Te juró que no pararé hasta dar con él – susurró –. Sé lo que te hizo hace veinte años.

Su atención, en cambio, parecía embrujada por la llave de cuerpo labrado que se mecía en su cuello. Aura la recogió entre sus dedos para mostrársela.

- Te he llevado siempre conmigo, para saber que seguías a mi lado.

Pero algo la hizo agitarse.

Victoria retiró su mano y recogió de su regazo una especie de Tablet infantil con las teclas del abecedario de gran tamaño. Ni siquiera se resistió a teclear con el dedo índice sobre unas cuantas. Al momento, leyó: *Peligro*. Luego pulsó el altavoz: *Peligro. Peligro. Peligro*. La voz robótica empezó a retumbar en la sala. *Peligro. Peligro. Peligro*. Su madre era incapaz de controlar la agitación que la consumía en la silla de ruedas.

- ¿Pero de qué peligro hablas? – se asustó.

Victoria parecía fuera de sí, su laringe sacudiendo sonidos guturales que iban *in crescendo*.

- No corro ningún peligro. De verdad, estate tranquila.

Pero para entonces sus manos ya se habían aferrado con denuedo al reposabrazos de la silla, como si de esa forma pudiera aminorar las convulsiones que sacudían todo su cuerpo. Unos cuantos enfermeros que pululaban por la sala se aproximaron alarmados.

- ¿Qué está pasando aquí? – preguntó uno de ellos.

Los demás sujetaron a Victoria por los brazos para suavizar la electricidad que descargaba con la garganta candada.

- Lleváosla a su habitación y suministradle una dosis de Clonazepam – les indicó.

Después miró a Aura a los ojos.

- Será mejor que se marche.

- ¡Pero qué está pasando? – alzó la voz.

El sargento decidió intervenir y la tomó por los hombros, tirando de ella con fuerza. La periodista se resistía a abandonarla.

- Vámonos – la apremió.

Aura se revolvía como un animal herido.

- ¡Por qué nadie puede explicarme lo que sucede? – seguía alterada.

- Ya vendremos cuando esté más calmada – la convenció.

La joven periodista rompió a llorar de camino a la salida, el recuerdo de su madre asaltando su mente como fogonazos de luz candente. La rabia la consumía por dentro una vez que cruzaron las

puertas de la residencia y se abrazó a Leo desconsolada. Tal vez el ahogo que depositó en su cuello con la respiración entrecortada la redujo a un estado de indefensión. Aura comprendió entonces que la mujer con la que acababa de estar hacía un instante y que ahora intentaba luchar contra sus propios demonios era, sin duda, su madre. La misma a la que rescataba de su memoria cada vez que sentía la necesidad de estar junto a ella.

Después se retiró de Leo para secarse la cara con las mangas de su chaqueta.

- ¿Mejor? – la tanteó.

Sus ojos se mostraban abrasados por el llanto.

- No me puedo creer que mi padre me lo haya ocultado todos estos años.

Y sin más, partió hacia el coche bajo una estela de resentimiento.

Llegaron a Santiago de Compostela una hora más tarde. Unos vaporosos rayos de sol se asomaban en el horizonte celeste mientras Leo buscaba aparcamiento en el parking exterior delante de la Alameda.

Aura no había vuelto a dirigirle la palabra desde que dejaron la ciudad de A Coruña a sus espaldas. Quizás el recuerdo de Victoria Gálvez convulsionándose en su silla de ruedas continuaba gravitando en su memoria. ¿Por qué le impresionó ver la llave que se asomaba bajo su cuello y que un buen día le regaló?, se preguntó. ¿Acaso aún era conocedora de su significado pese a flotar en un estado de sopor químico? ¿Y qué explicación le ofreció Funelli cuando le cedió una de las copias en el Psiquiátrico de Toén?

La duda sobre por qué había pulsado la palabra *peligro* repetidas veces en su Tablet planeó desde entonces en la cabeza del sargento. Ni siquiera se atrevió a compartir con Aura su impresión del encuentro cuando apagó el motor del coche y se apearon. Simplemente se resignaron a caminar por una madeja de callejuelas laberínticas del casco urbano, las torres de la catedral sobresaliendo mayestáticas por encima de los terrados. Leo miró por el rabillo del ojo a su compañera, la cual continuaba ausente. Sólo los pocos transeúntes con los que se cruzaban de camino al hostal parecían romper con sus risas la tensión de ambos. Continuaron adentrándose por el trazado medieval de la ciudad, la sombra de sus fachadas exudando un frescor que recogían los portales abiertos. Enseguida se internaron por la Rúa do Franco, contagiada de turistas y peregrinos a esas horas de la tarde. Leo se hizo a un lado y comprobó que las tiendas de *suvenires* estaban igualmente a reventar. Los bordones con calabazas y las tartas de Santiago llenaban los escaparates. Nada más llegar a la altura del Pazo de Fonseca, el sargento reparó en la silueta ensombrecida que estaba

abandonando la entrada del hostal en ese instante. No pudo por menos que tirar del brazo de la periodista y retenerla por detrás de unos contenedores de basura.

- ¿Qué pasa? – se alarmó –. Me has hecho daño.

Leo ni siquiera apartó la mirada de su objetivo.

- Mira quién está saliendo del portal.

Aura se asomó precavida y atendió en la distancia a las distintas mesas de las terrazas que jalonaban la plazoleta, a rebosar de geranios y petunias. Luego recorrió los escasos metros que la separaban del portal hasta que tropezó con la figura del motorista. Su primer impulso la llevó a guarecerse por detrás de los contenedores.

- ¿Qué diablos hace ahí? – murmuró nerviosa.

Leo no le quitaba ojo.

Con la cabeza resguardada bajo el mismo casco de pantalla reflectante, se dio cuenta de que se dirigía a su moto, estacionada justo delante.

- Buscarnos – resolvió su duda –. No me lo puedo creer.

Después arrancó el motor, el rugido del tubo de escape enredándose en el aire mientras se dirigía a toda prisa a la Praza do Obradoiro.

- Ya se ha ido – le confirmó.
- ¿Y ahora qué hacemos?
- Por el momento, averiguar qué hacía en nuestro hostal.

Ambos salieron de su escondite y se apresuraron a entrar en el portal.

Una opacidad gelatinosa los embistió nada más franquear el vestíbulo. La recepcionista ni siquiera se hallaba al otro lado del mostrador. Leo tuvo la extraña sensación de que hubiera aprovechado su ausencia para husmear en la habitación y partió escaleras arriba. Según se aproximaba al primer piso, contempló la idea de que el motorista les hubiese sustraído algo relacionado con el caso. ¿Pero el qué?, se cuestionó al llegar a la puerta. Enseguida verificó que la cerradura no había sido forzada. Leo extrajo la llave del bolsillo de su pantalón y la introdujo en el bombín. La periodista esperó impaciente a que la desatrancara. Una vez que el sistema cedió, se internaron rápido.

Aura corrió hacia el pequeño salón donde guardaba sus cosas. Allí echó un vistazo somero y comprobó que el portátil seguía estando en la mesa auxiliar junto con la pila de informes que se había traído de La Alberca. Todo parecía estar en orden y exhaló un suspiro de alivio.

- ¡No echo nada en falta! – vociferó.

De pronto, alguien taponó su boca por detrás.

La periodista se removió nerviosa, intentando deshacerse del cuerpo que la aprisionaba por la espalda. Al momento comprobó que se trataba de Leo. Éste le hizo una señal para que no hablase, posando el

pulgar sobre sus labios.

- ¿Pero por qué? – le preguntó entre bisbiseos.

Entonces abrió la palma de su mano y le mostró el micrófono inalámbrico. Los ojos de la periodista se abrieron más de la cuenta.

- ¿Dónde estaba?

- En la mesilla de la habitación – reprodujo en el mismo tono.

Después entró en el cuarto de baño, lo desechó por el váter y tiró de la cisterna.

- ¿Qué opinas? – le formuló en cuanto dejó correr el agua del grifo.

- Será mejor que me ayudes a removerlo todo. Nos están vigilando.

La irrupción de la policía el día anterior en la sede del Correo de Galixia había dejado en el ambiente un aura de pesimismo. La redacción se había convertido en un lugar áspero y frío tras la incautación de varios ordenadores y el cierre temporal de la plataforma digital. Algo semejante sintió Oriol Estrada desde su mesa del despacho, la oscuridad goteando al otro lado de la puerta en la noche oscura. Miró una vez más el reloj de su Tablet: las diez menos cuarto pasadas.

El periodista estaba decidido a largarse a su casa y esperar a que Tina Bustos, su redactora jefe, le llamase en torno a la medianoche (como tantas veces hacía) para hacerle partícipe de los pasos que se le habían ocurrido a raíz del incidente cuando Lola, la joven secretaria, llamó con los nudillos a la puerta.

Su rostro rezumaba un poso de incertidumbre mientras avanzaba entre la lobreguez de su despacho, sofocada por la luz evanescente del flexo. Enseguida alargó el brazo con el fin de ofrecerle el sobre de color camel que sujetaba en una de sus manos.

- Han dejado esto a su nombre en el mostrador– acertó a decir.

Estrada enarcó sus cejas al reconocer la misiva.

- ¿Quién? – preguntó azorado.

- No lo sé. Cuando regresé a la recepción ya estaba allí.

- De acuerdo – se limitó a responder –. Muchas gracias, Lola.

La secretaria partió bajo las sombras que emborronaban la redacción, aligerando el paso tras su sistemático taconeo. En cuanto Oriol se convenció de que se había quedado a solas, rasgó el sobre por un lateral y vació el contenido sobre la mesa. Unas cuantas castañas rodaron por el escritorio junto a un nuevo cd con otras siglas escritas en rojo sobre su carátula y un cronómetro en marcha: veintitrés horas y catorce minutos, leyó. Rápidamente introdujo el disco en el lector de su Tablet y espero a que se iniciase la grabación. En cuanto apareció la primera imagen sobre la pantalla, su pulso se aceleró sin duda.

¡Joder!, pronunció después.

Un fulgor anaranjado titilaba en el horizonte, la ciudad de Santiago de Compostela punteada en la cerrazón de la noche.

Las luces del cableado público formaban una aureola fosforescente cuando Baeza detuvo el coche por dentro de una explanada arenosa. El reflejo del núcleo urbano que se intuía a lo lejos arrancaba destellos plateados al cristal de la luna. La periodista se apeó de inmediato y comprobó que Oriol Estrada aún no había llegado a su cita. La llamada que realizó quince minutos antes pronosticaba un giro en los acontecimientos. O así se lo hizo saber a Leo cuando éste le preguntó en el dormitorio del hostal qué era lo quería ese pajarraco. El sargento la acompañó igualmente y echó un vistazo alrededor. Las fábricas y concesionarios que se amontonaban a lo largo de la carretera parecían guardianes a la sombra, sus edificaciones recortadas en la noche oscura. Después se aproximó a ella.

- ¿Estás segura de que es aquí? – la sondeó, dudoso.

- Según las coordenadas que me envió por teléfono, eso parece.

- No entiendo tanto secretismo, la verdad. Ni por qué nos ha citado a estas horas.

- Cálmate, ¿quieres? – corrigió su mal humor –. Ahora nos enteraremos.

Los faros de un automóvil rasgaron la deshilachada penumbra del entorno.

Ambos se giraron para contemplar la nube de polvo que arrastraban los neumáticos a escasa velocidad. Al momento, lo estacionó a su altura. El periodista se apeó del coche con un rictus impreciso remarcado en su rostro. Sólo el resplandor que arrojaba la ciudad al fondo incrementaba sus ángulos ensombrecidos, la doblez de su figura alargándose en la arena en un juego de fantasmagoría.

Aura se fijó que llevaba una Tablet en su mano.

- Buenas – lo tomaron como un saludo.

Leo le gratificó con una mirada gélida.

- ¿Lleváis mucho tiempo esperando? – se interesó.

- Acabamos de llegar – le ofreció Aura tajante –. Tú dirás.

- He recibido otro sobre del asesino *da Serpe*.

- ¿Ha capturado a alguien? – se alarmó Baeza.

- Será mejor que veáis el vídeo.

Oriol Estrada encendió la pantalla de su Tablet y pulsó con el dedo sobre el icono del *Play*.

La grabación se reprodujo en ese preciso instante. Los diez segundos que duraba el vídeo mostraba a un nuevo hombre de espaldas a la cámara. Por la vestimenta que portaba – una sudadera con capucha verde y chaqueta de cuero por encima –, así como el cabello – con las puntas desfiladas en la parte de arriba –, calcularon que era más bien joven. Su voz les hizo corroborar su teoría en cuanto declamó el

mensaje: *"La nueva luz despejará las sombras. Sólo los desleales serán sacrificados sin piedad. El juego de la serpiente mostrará entonces la verdad"*. Su espalda se convulsionó al sentir en su cuello la caricia de la boca del arma. El sargento se fijó en la mano que emergió en el cuadre, idéntica a la que habían visto en la reproducción de Iván Minchev. ¿Se trataba de la mano de una mujer tal y como les aseguró el subinspector de Ourense, Antonio Villarejo? Aura, mientras tanto, se empeñó en analizar el matiz que diferenciaba su discurso del resto. Sólo una palabra se encargó de ofrecer a cada víctima un sentido propio: *traidores, pecadores, desleales*. ¿Por qué?, se preguntó. ¿Por qué el búlgaro era el traidor, el cura el pecador y aquel chico el desleal?

Nuevas dudas le sobrevinieron en cuanto la grabación cesó.

- Eso es todo – les confirmó Estrada.

Baeza seguía con la mirada apuntalada en la pantalla.

- ¿Cuándo lo has recibido? – le formuló entonces.

- Hace media hora – apostilló –. Y esto también.

El periodista metió la mano en el bolsillo de su chaqueta y extrajo un cronómetro. Ambos atendieron a las cifras digitales remarcadas en rojo que parecían haber iniciado la cuenta atrás. Apenas faltaban veinticuatro horas para que se llevase a cabo la ejecución.

- Aún tenemos tiempo – soltó el sargento –. Voy a llamar a Altamira para que dé el aviso al resto de comisarías.

Leo se distanció a medida que extraía el móvil de sus vaqueros. Luego pegó el auricular a su oreja y se dispuso a conversar con el capitán de Ponferrada.

Oriol apenas varió el rumbo de su mirada, sus ojos prendidos a los de Aura Valdés.

- ¿Trajiste lo que te pedí? – la tanteó.

- Por supuesto. Pero necesitaremos además una copia del vídeo.

- Descuida. Lo daba por hecho.

Estrada introdujo de nuevo la mano en el bolsillo y sacó la funda de un cd. Aura hizo lo propio y le entregó un *pendrive*.

- ¿Qué hay? – quiso saber.

- Las imágenes de las chicas que Tristán ha ido radicalizando en estos años, incluida Lúa Prado. También encontrarás una carpeta con las ilustraciones del segundo manuscrito del *Juego de la Serpiente*.

- No pensaba que obraban en tu poder – le escamó.

- Alguien de mi confianza ha podido hacerse con ellas – prefirió mantener oculta la identidad de Hooded –. Me las ha enviado esta noche. Todavía no me ha dado tiempo a revisarlas.

El periodista esbozó un gesto vacilante, como si en el fondo no se fiara de su palabra.

- Por cierto – derribó sus pensamientos –, supongo que esta vez no podrás publicar el nuevo vídeo. Ya he visto que la plataforma digital

se ha cerrado permanentemente.

- Digamos que tengo un plan – auspició tras una sonrisa taimada –. Aunque por ahora prefiero que nos veamos aquí. La policía ha interceptado algunos de los ordenadores y no quiero que descubran lo que tengo en mente.

- Será lo mejor para todos, hay mucho en juego. Un paso en falso y lo lamentaremos.

- Creo que es la primera vez que estamos de acuerdo.

El redactor estrella del Correo de Galixia retomó el camino hacia el coche y abrió la puerta.

- Tendrás noticias mías – dijo antes de acomodarse en el asiento.

Después arrancó el motor y se largó bajo una estela de polvo.

El jolgorio de las calles aledañas resbalaba por la ventana abierta de la habitación.

Los turistas se resistían a abandonar las terrazas de la Praza de Fonseca cuando la periodista se arrellanó en la cama con la luz de la lamparita de noche como único testigo de sus desvelos. Leo aún no había salido de la ducha. Podía escuchar el chorro de agua cayendo sobre el plato de gresite al otro lado de la pared. Tal vez las escenas que almacenaba del reencuentro con su madre continuaban asaltando su mente pese a no haber vuelto hablar de ello. Puede que incluso una rabia ponzoñosa se hubiese alojado en su estómago desde que la esposa de Antonio Peralta le confirmase en el salón de su casa que su padre planeó ingresarla en aquella residencia junto a su marido. Era tal la inquina que correteaba por sus venas como lava candente, que sintió la necesidad de hablar con él y espetarle por qué le arrebató el derecho a estar con su madre durante los últimos veinte años.

Sin pensárselo, cogió el móvil de la mesilla y marcó el número de teléfono. Su respiración se volvió dificultosa. Al tercer tono, descolgó.

- ¡Aura, cariño, me tenías preocupado! – soltó de inmediato –. Hace días que no sé de ti.

- ¿Cuándo tenías pensado contarme que mamá se encuentra en esa residencia de Coruña?

El silencio que se escurrió inmediatamente después le sirvió para vislumbrar el motivo de la llamada.

- ¿Cómo te has enterado? – su voz se tornó cavernosa.

- ¿Eso es lo primero que se te ocurre decirme?

- Porque tampoco sé si hice lo correcto, Aura. Pero te aseguro que en muchas ocasiones he intentado…

- ¡Qué has intentado? ¿Seguir ocultándomelo? – ametralló a bocajarro –. ¡Tenía todo el derecho a saberlo! ¡Es mi madre, joder! ¿Acaso crees que no me acordaba de ella? ¡Todos los putos días me he preguntado si estaría bien, si se acordaría de mí, por qué decidió

abandonarnos!

Baeza cerró el grifo de la ducha al escuchar las voces.

- Aura, por el amor de Dios. ¿Quieres escucharme?

- ¡No puedo! – arrancó a llorar –. ¡Después de hablar con la mujer de ese detective siento que me has traicionado! ¡Cómo has podido hacerme algo así? ¡Pensé que no existían secretos entre nosotros! ¡Pero tú eres el culpable de que mamá se pudriera allí sola! ¡Tú eres el único que le has negado la posibilidad de ver a su hija todos estos años!

Su pecho descargaba con denuedo la ansiedad que palpitaba en su organismo.

- No sé si algún día podré perdonarte – vació sin resistencia.

Un nuevo silencio se coló en la llamada.

- ¿Ya has acabado? Porque todo tiene una explicación – replicó al otro lado –. Si decidí con Peralta ingresarla en esa residencia fue por protegerte, Aura. Temía por tu vida. ¿No lo entiendes? Ya perdí a Victoria, pero no estaba dispuesto a perderte a ti también.

- ¿Por qué? – buscaba respuestas.

- Porque jamás supe qué la llevó a acudir a esa cita a las afueras de A Coruña ni tampoco lo que ese malnacido quería de ella. Lo único que tuve claro fue que necesitaba alejarte de todo aquello, que crecieras feliz, sin rencores. Ése fue el propósito que me marqué el mismo día que nos mudamos a Salamanca.

- Pero pudiste contármelo – le reprochó –. Ya no era una niña.

- Y tienes toda la razón. Pero dime una cosa, ¿cómo te quedabas cada vez que te sacaba el tema? – intentaba que entrase en razón –. Preferí que la recordaras tal y como la veías en tu imaginación a que la contemplases en una silla de ruedas sin voluntad propia. Ésa es la única explicación que hay.

- Con veinte años de retraso – matizó –. Estoy harta de que todos decidáis por mí.

Y antes de que pudiera intervenir, colgó la llamada entre lágrimas.

A esa misma hora, en la otra punta de la ciudad, Oriol Estrada presionó el *Enter* del teclado. Una ventana se abrió en mitad de la pantalla del ordenador, advirtiéndole que el vídeo tardaría unos segundos en publicarse en la cuenta anónima de Facebook que había creado para la ocasión. El periodista esperó impaciente en una de las mesas del locutorio árabe que había en su barrio, el resto de ordenadores ocupados por inmigrantes hispanoamericanos en su mayoría. Supuso que la hazaña de continuar alimentando el morbo entre los lectores del Correo de Galixia mediante un perfil falso ayudaría a que la investigación no cayese en saco roto, pese a que el dominio digital había sido bloqueado permanentemente por la policía.

Utilizó los mismos *#hashtags* con los que los cibernautas habían bautizado los crímenes de Galicia en los últimos días, confiado en que las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad del Estado no pudieran rastrear la IP y entorpecer su cometido.

En cuanto el vídeo se cargó por completo, Estrada lo volvió a visualizar. La tercera víctima de aquel juego macabro temblaba de espaldas a la cámara mientras pronunciaba el mensaje. *"La nueva luz despejará las sombras. Sólo los desleales serán sacrificados sin piedad. El juego de la serpiente mostrará entonces la verdad"*. Después, la grabación cesó. ¿Quién se suponía que era el joven que aparecía en escena?, se planteó una vez más. Segundos antes de colgarlo en la red social, leyó el titular que le había otorgado.

Una frase escueta pero directa:

"El asesino da Serpe vuelve a actuar"

¿Por qué?, se devanó los sesos. ¿De qué iba todo esto? ¿Y por qué le remitía precisamente a él dichas imágenes? Oriol Estrada se concentró en el fotograma que quedó suspendido en la pantalla y aceptó las condiciones de la publicación. Los primeros *likes* no tardaron en aparecer. Luego cerró la sesión y se largó del locutorio con la satisfacción de estar haciendo lo que debía: informar.

DIA 11

El tráfico de usuarios se había disparado en las últimas horas: más de un millón de visitas.

Un incremento que había duplicado las reproducciones del anterior vídeo, donde aparecía el prior del Monasterio de Osera y que la policía había intervenido con el cierre temporal del dominio del periódico. Sin embargo, Estrada no pudo reprimir la sonrisa de satisfacción que remarcó en su rostro con la Tablet de la mano. Aquella cifra parecía crecer a cada segundo, compartiéndose no sólo en Facebook sino también en otras conocidas redes sociales. Las imágenes del nuevo chico habían calado en los lectores. Quizá lo atribuyó al titular que le concedió segundos antes de presionar el *Enter*: ***"El asesino da Serpe vuelve a actuar"***. Una afirmación de la que se desentendió al crear la cuenta falsa con la excusa de no involucrar al Correo de Galixia. A fin de cuentas, pensó, los crímenes en serie estaban atrayendo a un mayor número de adeptos, consagrados a la tarea de descubrir quién era el nuevo joven que salía en escena de espaldas a la cámara y que vestía una chupa de cuero y una sudadera con capucha verde. El periodista era capaz de recordar el mensaje que declamaba con la voz titubeante: *"La nueva luz despejará las sombras. Sólo los desleales serán sacrificados sin piedad. El juego de la serpiente mostrará entonces la verdad"*. Palabras que los internautas reproducían sin descanso en los foros, como si de algún modo les ayudase a vislumbrar el siguiente paso que daría el asesino. Eso mismo objetó cuando de pronto, alguien llamó a la puerta de su despacho.

Oriol levantó la vista y se enfrentó a la mirada dubitativa de Lola, la secretaria del diario.

- ¿Qué sucede? – preguntó.

Después apagó la pantalla de su Tablet.

- Hay una pareja que pregunta por usted. Dicen que es urgente, pero no han querido decirme el motivo. ¿Los hago pasar?

Aquello le mosqueó. ¿Acaso se trataba de otro nuevo ardid por parte del presidente de la Xunta?, se cuestionó en milésimas de segundo. La duda le corroía por dentro.

- Por supuesto.

Al momento una mujer franqueó la entrada de la mano del que supuso sería su marido. Ambos mantenían un rictus apesadumbrado en su rostro a medida que cruzaban el amplio despacho y se dirigían a su escritorio. Estrada intentó averiguar qué hacía ese matrimonio en la

sede del Correo de Galixia, su actitud un tanto alicaída pese a guardar las formas con habilidad. Enseguida se percató de que la señora, con el cabello negro y corto y de talle grueso, parecía ser el *macho alfa* de la pareja. Él, con el pelo entrecano y poblado bigote, cruzó los dedos de sus manos en un gesto de pura inocencia.

Luego se detuvieron delante de su mesa.

- Si son tan amables – los invitó a sentarse en las dos butacas de rafia.

El hombre no paraba de buscar solícito la mirada de su esposa.

- Y bien… ¿En qué puedo ayudarles?

La mujer exhaló una bocanada de aire antes de verbalizar los pensamientos que corrían por su mente.

- Verá usted. Es sobre el vídeo que se ha publicado anoche.

Estrada torció los labios ante su respuesta. No estaba dispuesto a comprometer al periódico (y mucho menos a Tina Bustos) por lo que había decidido hacer a escondidas horas antes.

- ¿Se refiere al del asesino *da Serpe*? – preguntó con descarada ingenuidad.

- Eso es. Nos dijeron que usted firmó las anteriores crónicas.

- Cierto, pero no sé si saben que la policía ha intervenido la plataforma digital. El diario no es responsable del nuevo vídeo que circula en internet.

- Explícale mejor, Adela – la apremió su marido con el semblante circunspecto.

El periodista no supo a qué atenerse.

- ¿Pero qué están buscando en el Correo de Galixia? – prefirió ir al grano.

- Su ayuda – contestó.

La mujer clavó sus ojos en los suyos.

- ¿Por qué? – seguía igual de perdido.

- Porque somos los padres de Thiago Urbizu, el chico que aparece en esa grabación.

El día amaneció goteando sol en polvo cuando el sargento terminó de cargar la última bolsa de viaje en el maletero del coche.

La decisión de cambiarse a un apartamento en la parte moderna de la ciudad vino marcada por la inesperada aparición del motorista el día anterior, así como los micrófonos inalámbricos que descubrieron en el hostal. Tres fueron los que desechó por el váter esa tarde, desconociendo si aún quedaba alguno más escondido. Determinó que corrían peligro quedándose en la habitación de la Praza de Fonseca y así se lo hizo saber a Aura en cuanto encontró alojamiento en un conocido portal de internet una vez que salió de la ducha y se dispusieron a cenar en el salón. Fue entonces cuando se dio cuenta de

que la discusión que había mantenido con su padre por teléfono le había robado el habla, y cómo no, el ánimo.

La periodista abandonó el hostal *Brétema* con las campanas de la catedral repicando al fondo. Ni siquiera le dirigió la palabra al abrir la puerta del copiloto y acomodarse después en el asiento. Baeza se figuró que aún seguía resentida con su progenitor y decidió arrancar el motor. Enseguida se internaron por una madeja de callejuelas empedradas. El silencio que los acompañó durante el trayecto no evitó que se acordara de las lágrimas que vertió al otro lado de la pared, la arcada que le sobrevino una vez que colgó la llamada y se refugió en el balcón, su ausencia. Aura se mantenía igual de introvertida, con la mirada perdida por fuera de la ventanilla. Las fachadas de piedra se amalgamaban semejantes a ambos lados de la acera. Decidió entonces intervenir por miedo a que siguiera lastimándose.

- Me ha escrito Altamira – le hizo saber –. Lleva toda la noche trabajando con la policía gallega para intentar localizar el paradero del chico, aunque por ahora no tienen nada.

La periodista continuaba sumergida en sus propios pensamientos.

- Esta vez no podemos permitirnos que el cronómetro llegue a cero – se anticipó.

Pero nada de todo aquello parecía importarle. ¿Acaso era consciente de que el motorista debió de seguirles la pista una vez que se largaron de la casa rural de Noia?, se planteó. ¿O que si se estaban alejando de allí era con el propósito de despistarlo? La duda le quemó por dentro cuando alargó el brazo y rozó su hombro.

Aura tan sólo se sobresaltó.

- ¿Estás bien? – robó su atención.

Sus ojos se encontraron con los suyos.

- Lo siento. No te estaba haciendo caso. He dormido fatal.

Baeza supo que mentía, por lo que se aventuró a ir más allá.

- Anoche lo escuché todo – soltó sin rodeos –. Creo que necesitas tiempo para asimilar que Victoria está viva. Pero también pienso que has sido injusta con él, con tu padre. Si evitó contarte la verdad fue porque deseaba proteger a tu madre, y por supuesto a ti.

- Tú no lo entiendes – se mostró evasiva.

- Al contrario, lo entiendo perfectamente. ¿Pero sabes qué? No vas a conseguir nada distanciándote de él. Tu padre es un buen hombre, Aura. Siempre ha estado a tu lado y has podido contar con él para todo. Pero a veces se toman decisiones que a la larga no son las más acertadas. Deberías volver a llamarle e intentar reconciliaros. Así sólo vas a empeorar las cosas y estar mal contigo misma.

La periodista calibró una mirada furibunda.

- Te aconsejo que no te metas. Lo que tenga o no con mi padre es cosa mía. ¿Estamos…?

Leo se limitó a asentir, estupefacto.

- Discúlpame. No era mi intención – articuló–. Sólo intentaba ayudar.

La ciudad era un hervidero de turistas a esas horas tempranas, consagrada a la festividad de Santiago Apóstol a escasos dos días.

- Por ahora prefiero que me ayudes a interpretar las ilustraciones que recibí ayer de Hooded. Eso es lo que realmente importa.

- ¿Sospechas algo? – elucubró.

En el fondo, sabía que la rabia la cegaba. No iba a parar hasta dar con el paradero de Tristán y vengarse de lo que le había hecho a su madre veinte años atrás.

- Creo que si somos capaces de averiguar el significado de esos dibujos, sabremos al fin por qué Ortiguera tenía tanto interés en conseguir el segundo manuscrito.

- ¿Adónde quieres llegar? – se adelantó.

- A convencerte de que quizá se nos escapó algo desde el principio.

Oriol Estrada no pudo por menos que reclinarse en su asiento.

Aquel nombre, Thiago Urbizu, le concedió de pronto identidad al mismo joven de chupa de cuero y capucha verde que tiritaba de miedo de espaldas a la cámara. Un poso de recelo se adueñó de su entrecejo mientras sus padres lo atendían boquiabiertos al otro lado de la mesa de su despacho. Adela se anticipó a los hechos antes de que se negara a prestarles ayuda.

- Hemos interpuesto en la comisaría de Santiago una denuncia por su desaparición – le expuso con la voz distante.

- Espere un segundo – detuvo sus ganas de ofrecerle otros datos –. Hay algo que todavía no entiendo. ¿Cuándo fue la última vez que supieron de su hijo?

- Hace dos días – respondió su marido por ella.

- ¿Pero están seguros de que el chico que aparece en el vídeo es él? Ni siquiera mira a la cámara durante los diez segundos que dura la grabación.

La mujer pergeñó un gestó incómodo sobre sus facciones. Tal vez no estaba dispuesta a que la tomasen por una mentirosa.

- Oiga, ya sé que puede resultar inverosímil, pero le juro por lo que más quiera que ese chico es nuestro hijo, Thiago. Él es el que aparece en esas imágenes. Soy su madre, por el amor de Dios, lo reconozco aunque salga de espaldas.

El periodista denotó cierto malestar en su discurso. Prefirió sacar el bloc de notas del cajón de su escritorio y su estilográfica.

- Y no lo dudo – resolvió –, pero necesitaría más datos, una descripción pormenorizada de su hijo, en qué momento le perdieron la pista…

- Su nombre completo es Thiago Urbizu Laso, tiene treinta años y reside con nosotros en Hondarribia. Es el pequeño de nuestros dos hijos. Patxi le saca cinco años. El caso es que hace nueve días se fue de casa para hacer el Camino de Santiago.

- El chaval estaba muy ilusionado, ¿sabe usted? – continuó el hombre –. Hace un par de años tuvo un accidente de moto y se prometió recorrer una parte del Camino del Norte cuando pasó un tiempo en rehabilitación a cuenta de la cadera. Se dañó la cabeza del fémur en la colisión. Sin embargo, Thiago se volvió muy creyente. Quería agradecerle al Apóstol su recuperación y esperó a realizar el peregrinaje durante sus vacaciones de verano. Trabaja en un colegio privado como profesor de inglés.

- Fue un milagro que saliera con vida – remató su esposa.

Estrada iba tomando anotaciones, como si aquello pudiera servirle para elaborar una crónica del suceso e insertarla en el rotativo de la tarde. Antes debía hablar con su redactora jefe, admitió.

- ¿Desde que partió de Hondarribia, hablaban con él regularmente? – intentó desgranar los puntos calientes de su desaparición.

- A diario – le aseguró Adela.

Después, la mujer aflojó la tensión que ejercían los músculos de su rostro.

- Siempre por la noche, cuando el niño llegaba al nuevo albergue donde se hospedaba.

- ¿Iba solo o acompañado?

- Solo – puntualizó –. Aunque nos contó que estaba conociendo a otros viajeros durante sus caminatas. Parece ser que es lo habitual. Conoces a uno, al día siguiente a otro…

- ¿Y no notaron nada extraño en su comportamiento cuando hablaron con él?

El matrimonió se dirigió una mirada de connivencia, como si tras aquel gesto pudiesen recordar mejor la última conversación que mantuvieron con Thiago.

- La verdad es que no – acertó a decir el marido.

- También cabe la posibilidad de que se haya extraviado y no tenga cobertura en el lugar donde se encuentre – dejó caer.

- Al contrario. Eso es lo raro – añadió Adela –. El móvil da señal desde entonces. De haberle ocurrido algo, ya se habría puesto en contacto con nosotros aunque fuese por un *sms* de esos, ¿no cree?

A Oriol le resultó inusual que de tener cobertura, no hubiese realizado ninguna llamada a sus padres en las últimas cuarenta y ocho horas. ¿Acaso era el tiempo que llevaba retenido por el asesino *da Serpe*?, colegió.

- Evidentemente, la policía ya está al tanto – prosiguió –. Por eso hemos acudido a verle. Necesitamos que su periódico nos ayude a

encontrarlo. Thiago estaba entusiasmado porque le quedaban dos días para llegar a Santiago. Lo último que supimos de él es que se encontraba en O Pedrouzo.

El periodista dejó de tomar notas para mirarla a los ojos. La zozobra que halló al fondo de sus pupilas le hizo soltar un suspiro.

- Y comprendo perfectamente su situación. Pero el problema sigue siendo el mismo: la policía ha bloqueado el dominio del diario. En estos momentos me encuentro atado de pies y manos.

La mujer pareció eludir su respuesta cuando introdujo una mano por dentro de su bolso y extrajo un folio doblado en dos perfectas mitades. En cuanto se lo entregó, el periodista leyó la información recopilada en varios guiones sobre Thiago Urbizu: estatura, edad, color de cabello, posible vestimenta en el momento que desapareció. La hoja venía acompañada por una fotografía del joven. La sonrisa que bosquejaba sobre su rostro, de mandíbula cuadrada y barba de tres días, le hizo comprender su estrategia.

Entonces levantó la vista y tropezó con la expresión sagaz de Adela.

- No sé si la policía llegará a localizar a nuestro hijo – dijo–, pero si de algo estoy segura es de que la prensa se entera antes de todo. Tampoco intento ponerle en un aprieto, pero quizá usted sepa cómo contactar con la persona que colgó ese vídeo en Facebook. Cuanta más gente vea su rostro, más posibilidades habrá de conocer su paradero.

Estrada se inclinó en el asiento con cierto amago de escepticismo.

Tampoco estaba convencido de la propuesta que le estaba lanzando al otro lado de la mesa mientras intentaba analizar las consecuencias que acarrearía la publicación de una noticia de tal calibre después de perder la plataforma digital.

- Se lo pedimos encarecidamente – fue lo último que pronunció –. Ayúdenos a encontrar a Thiago.

Una vez que se despidió del matrimonio, Oriol cerró la puerta y se dirigió a la ventana de su despacho con la mente nublada por las dudas. Afuera, la luz del día derramaba monedas de oro líquido sobre los terrados de la ciudad. Quizá no estaba dispuesto a comprometer la precaria situación en la que se hallaba el Correo de Galixia después de lo ocurrido. Puede que incluso no estuviese por la labor de socorrer a los padres de un joven al que le quedaban, calculó, escasas diez horas de vida. Simplemente sacó el teléfono de sus vaqueros y buscó en su agenda a la única persona con la que podía compartir su propia indecisión. Tal vez ella, barruntó, fuese capaz de encontrar una respuesta.

Al segundo tono emergió su voz.

- Dime – disparó Aura Valdés.

- Tenemos que hablar. Ya sé quién es el chico de la grabación.

El apartamento se encontraba en la Rúa de Gómez Ulla, un inmueble de una sola habitación con vistas a la Praza de Galixia.

Leo salió del baño tras inspeccionar su nueva morada y admitir que la vivienda se ajustaba a la descripción que ofrecía el portal de internet (cocina integrada en el salón, cama supletoria y balcones en dos de sus estancias), con la consabida de que apenas quedaba alojamiento en la ciudad a tan pocos días de la festividad de Santiago Apóstol. Baeza regresó a la sala de estar y vio que Aura ya se había instalado en una de las plazas del sofá, con la vista puesta en la pantalla del portátil que había depositado sobre la mesilla auxiliar. Su actitud era más bien concentrada. Leo se orilló a su lado y atendió a los dibujos que iba pasando rápido con el ratón. Escenas de ángulos tenebrosos y trazos desiguales que no le cupo la menor duda de que formaban parte de la continuación del *Juego de la Serpiente*. Ni más ni menos que las ilustraciones que Hooded le envió a su correo electrónico.

- Por cierto – intentó quebrar su ensimismamiento –, he escrito a Altamira para pasarle los datos de ese chico, Thiago Urbizu.

Su nombre todavía resonaba en su cabeza desde que Aura recibió la llamada del periodista minutos antes de entrar por la puerta del apartamento.

- Sólo espero que ese pájaro esté en lo cierto porque apenas faltan diez horas para que el cronómetro llegue a cero.

Se dio cuenta de que la periodista ni siquiera le estaba prestando atención.

- ¿Se puede saber qué haces?

- ¿Me dices a mí? – se sobresaltó.

Leo asintió con fastidio.

- Estaba comparando las ilustraciones del primer manuscrito con el del segundo.

- ¿Algo reseñable? – intentó alcanzar su embelesamiento.

- Por supuesto. En ambos libros el ilustrador siempre fue Federico Bulnes. Pero si te fijas, los dibujos no parecen los mismos. Es como si la Alicia inocente y dulce del *Juego de la Serpiente* se hubiese transformado en una especie de guerrera dispuesta a batallar contra todo aquél que se interponga en su camino. Es decir, hay un cambio en el personaje, se ha vuelto mucho más maduro.

- ¿Por qué? – se interesó.

- No sabría decirte. Es como si la pequeña Alicia hubiese crecido de un libro a otro con un día de diferencia. Pero no sólo ella; también las criaturas que la acompañan en su nuevo periplo. De algún modo se han convertido en su propio ejército.

El sargento echó un vistazo a la pantalla, donde la Alicia del segundo manuscrito portaba en su mano un largo bastón de hechicera

que utilizaba cada vez que se enfrentaba a un nuevo peligro. Haces de luz que nimbaban a su protagonista en una suerte de aureola solar mientras cruzaba parajes en llamas o aldeas saqueadas. Un infierno habitado de sombras galopantes y otros monstruos.

- El problema es que seguimos sin tener el texto – se lamentó –. Nunca sabremos por qué Tristán estaba tan interesado en conseguir el segundo manuscrito. Hay algo que se nos escapa.

- ¿Hace falta que te responda a eso? – sonó ofensivo

Baeza se percató de que todavía seguía a la defensiva desde que le aconsejó en el coche que se reconciliase con su padre. Prefirió no tomárselo en cuenta.

- Evidentemente hay algo que se nos escapa, empezando por su *modus operandi*.

- ¿A qué te refieres?

- Pues a que cuando seguía el orden establecido del *Juego de la Serpiente*, su cometido no era otro que matar a una chica en cada punto del camino. Pero por algún motivo, y deduzco que desde que se hizo con la continuación de la obra de Funelli, ya ha matado a dos hombres y está a punto de ejecutar a un tercero. ¿Eso no te dice nada?

- Que el giro es mayor de lo que pensábamos.

- ¡Exacto! – exclamó –. Busca el interés de la prensa, quiere llamar la atención y que todos los ojos estén puestos en él. Una actitud diametralmente opuesta a la que tenía hasta hace cuatros meses, cuando intentaba no hacer ruido con cada asesinato.

Leo desgranó un gesto apocado en sus facciones, como si de esa manera pudiera interiorizar la teoría de su acompañante.

- Pero *El Juego de la Serpiente* no ha concluido por lo que sabemos – apuntaló.

- ¿Es decir…?

- Que aún falta una última chica, la octava que completa el mural.

Ambos se regalaron una mirada prudente.

- Quizá esté equivocado, pero a veces tengo la sensación de que es como si los dos libros se solapasen en uno y todo fuese a finalizar aquí, en Galicia.

El teléfono de Aura sonó por dentro de su cazadora vaquera.

Rápidamente lo asió y ojeó el número que apareció en la pantalla. Ni siquiera lo identificó. La periodista se levantó del sofá y descolgó de camino a la cocina. Baeza escuchó atento las palabras que fue exhortando con el ceño fruncido. *Claro que la recuerdo, por supuesto. ¿En media hora? De acuerdo. Allí estaremos*.

Al colgar, sus ojos tropezaron sin dilación.

- ¿Qué ocurre? – se aventuró a indagar.

- No te lo vas a creer. Era la secretaria del presidente de la Xunta.

Leo bosquejó una mueca de escepticismo.

- ¿Y por qué te ha llamado? – le escamó.

- Parece ser que tiene algo que contarnos. Nos ha citado en la Alameda en media hora.

En una cafetería de la Rúa da Senra, Hooded esperaba ansioso la llegada de *Xeito15*.

Tal vez la ocurrencia de escribirle por privado vino a raíz de la conversación que mantuvo con el nieto de Federico Bulnes el día anterior. El informático continuó removiendo con la cucharilla su café, como si aquello le ayudase a traspasar las fronteras de su recuerdo. ¿Y si estaba en lo cierto cuando insinuó en el foro que a veces la firma del autor pasaba inadvertida a simple vista? ¿Acaso eso fue lo que sucedió en el momento que aumentó las imágenes en su portátil y descubrió la firma del ilustrador entre los pliegues de su propia obra? ¿Cómo es que no se había dado cuenta antes? Y lo más importante, ¿Tristán intentaba emularlo, abandonando los cuerpos de sus víctimas de tal modo que se convirtiera en su propio sello personal? Hooded tenía tantas dudas al respecto que se decidió a escribir por el chat a *Xeito15*. Quizá no supiese avanzarle el motivo por el que el asesino *da Serpe* estaba ejecutando a esos hombres en Galicia, en una especie de juego macabro sin visos de tratarse de un ritual aleatorio. Pero al menos, su teoría se aproximó lo bastante como para querer compartir con el internauta diferentes puntos de vista.

A la hora acordada, una joven se asomó por la puerta de la cafetería. La campanilla prendió en su desplazamiento, permitiéndole entrever su fisionomía. Era alta, de alrededor de treinta años. Su cabello, rubio y trigueño, se escurría por sus hombros. Vestía un pantalón vaquero y una camiseta de manga corta con un dibujo estampado en el centro. Luego se fijó en sus gafas de ver, con montura de pasta azul. El informático alzó el brazo con intención de atrapar su atención, gratificándola con una sonrisa. Luego se levantó y esperó su llegada con cierto rubor en las mejillas. La fémina le había encandilado mientras esquivaba el resto de veladores con el talante presuroso.

- ¿Hooded? – su voz engolada le advirtió de su retraimiento.

- El mismo. Y tú debes de ser *Xeito15* – se convenció.

- Eso es. Aunque puedes llamarme por mi nombre real si lo prefieres.

- ¿Y es…? – preguntó con un ligero cosquilleo en el estómago.

- Iria – alargó a decir.

Su nombre resonó con deliciosa musicalidad en su mente. Iria. Después, la invitó a sentarse a su lado.

- Por cierto, ¿qué tomas? – se interesó cortés.

- Un café con hielo. Pero ahora me acerco a la barra. Tranquilo.

Hooded se aferró a la silla por miedo a que se le viese el plumero.

- Está bien. Aunque antes de nada, me gustaría agradecerte que hayas venido a la cita cuando te escribí por privado.

- Si te digo la verdad, tenía mucha curiosidad – se sinceró –. Me picaste el gusanillo en el momento que me dijiste que tenías algo que mostrarme del asesino *da Serpe*.

- No exactamente del asesino, pero sí del famoso libro del que todo el mundo habla en el chat y que es prácticamente imposible hacerse con un ejemplar.

- Espera. ¿Me estás diciendo que tienes una copia del *Juego de la Serpiente*?

Sus ojos se encendieron como dos bengalas.

- Más bien de la continuación de ese segundo manuscrito que nunca llegó a publicarse – le adelantó –. Pero realmente la pista me la diste tú.

El camarero interrumpió la conversación para tomar nota a la joven de aspecto reflexivo que miraba por encima de sus gafas de ver. Sin saber por qué, Hooded la ubicó en la sala de cualquier biblioteca pública.

En cuanto el camarero partió a la barra, Iria retomó el coloquio donde lo habían dejado.

- ¿Por qué decías que yo te di la pista?

- Por lo que escribiste en el foro, que los autores suelen dejar su firma a simple vista.

- Y suele ser así – le confirmó –. Aunque la mayoría de las veces pasa inadvertida. No sé si te he dicho que soy restauradora de arte. Tengo un pequeño taller en la rúa do Hórreo donde restauro piezas de todo tipo, desde religiosas a vanguardistas. Y en la mayoría de las veces, el propietario desconoce que su pieza está firmada por el autor. El paso del tiempo es el que se encarga de camuflar su rúbrica. Pero todavía no sé a dónde quieres llegar.

- Verás, hace unos meses tuve en mis manos una de las copias del *Juego de la Serpiente*.

- ¿En serio? – parecía entusiasmada.

- Te lo aseguro. El caso es que lo examiné a conciencia pero jamás me había dado cuenta de que sus ilustraciones habían sido firmadas por un tal Federico Bulnes. Ayer hablé con su nieto y me entregó esto. Me gustaría que le echases un vistazo.

Iria atrapó el móvil y se aventuró a husmear en las imágenes que fue pasando en la pantalla con el dedo; retazos de un mundo apocalíptico colmado de madrigueras, trasgos, laberintos imposibles y llamas arborescentes. Un infierno que le robó el habla (o eso admitió Hooded mientras la prestaba atención) donde la pequeña Alicia de Funelli se había transformado en una guerrera poderosa, imantada por

una claridad nívea.

- ¿Qué son? – articuló sin quitar la vista del teléfono.

- Las ilustraciones de ese segundo manuscrito que nunca llegó a ver la luz – contestó –. El nieto de Federico Bulnes tuvo la consideración de pasármelas, aunque como puedes ver, no parece guardar relación con los crímenes del asesino *da Serpe*. En este caso, la protagonista únicamente se enfrenta a espectros y ermitaños.

- O no – le rebatió.

Hooded se inclinó en su asiento para averiguar qué estaba examinando con sumo interés.

- ¿Qué sucede?

- Juraría que esta *capela* es la de San Pedro Mártir de Cachal, en Pontevedra.

- ¿Estás segura? – la tanteó.

- Yo diría que es la misma, sobre todo por el cruceiro con forma de serpiente que aparece envuelto en llamas – señaló la cruz de piedra que se erigía a un margen.

- Entonces, ¿crees que las ilustraciones están inspiradas en lugares reales?

- Eso parece – dudó de su respuesta –. ¿Por qué lo dices?

- Porque me acabas de dar una idea.

El sol del mediodía apretaba con fuerza, generando en el horizonte una cortina vaporosa que se escurría más allá de la carretera. Los viandantes se habían echado a las calles a pesar de la canícula, ansiosos de disfrutar del buen tiempo tras varias semanas desapacibles. Leo y Aura cruzaron a pie el último paso de peatones y se adentraron a la sombra de unas cuantas choperas, el aire viciado por una deliciosa humedad. Los jardines y parterres se alineaban entre los distintos paseos que se comunicaban entre sí, cuajados de tilos y camelias que aromatizaban de una fragancia dulzona el ambiente. El rumor de las fuentes segregaba una calma virtuosa cuando Aura reconoció a lo lejos a la secretaria del presidente de la Xunta. La mujer se encontraba de pie a un extremo del sendero central, con las asas de su bolso recogidas por dentro de su antebrazo y la actitud serena. Mónica Prieto tenía una larga cabellera zahína, sacudida a ratos por la brisa sedosa que se colaba entre las ramas de los plataneros que la cercaban. Era alta, de constitución atlética y extremidades generosas. Vestía una chaqueta de *tweed* jaspeada a juego con unos vaqueros rotos a la altura de sus rodillas, y unas manoletinas en tonos plateados. Su mirada, en cambio, se escondía por detrás de unas voluminosas gafas de concha, de montura oscura y con el logo de *Chanel* en cada patilla. La secretaria replegó su frente en cuanto los atisbó en el camino y se acercó a ellos con el andar de una modelo ya

retirada pese a albergar no más de treinta años.

La periodista fue la primera en ofrecerle su mano. Su memoria la ubicó en la conversación que mantuvieron con Pedro Silva en el hall del Palacio de Rajoy el día anterior.

- Gracias por venir – pronunció con la voz impaciente.

Después saludó al sargento y se dispusieron a caminar por el sendero que enlazaba con los estanques, todos ellos abrigados por una pared de setos.

- Se me olvidó preguntarle por teléfono cómo había conseguido mi número personal – se sinceró Aura a un lateral de la mujer.

Leo se hallaba al lado contrario, como si ambos hubiesen decidido flanquearla a propósito.

- Por la tarjeta que le dio a Silva, ¿recuerda? La vi en la mesa de su despacho y decidí copiar el número. Espero que no la haya molestado.

- En absoluto. Más bien sigo con la duda de por qué estaba tan interesada en quedar en el parque para hablar del presidente, su jefe. Hay algo que no consigo comprender.

- Entiendo. Yo tampoco estaba segura si le digo la verdad. Pero después de ser testigo de la conversación que tuvieron en el vestíbulo y analizarla detenidamente, he tomado la decisión de llamarles por algo que no se me va de la cabeza.

- ¿Y es…? – intercedió Baeza.

- Que Jorge Valmiño no tuvo nada que ver en el atropello de Lúa Prado.

La secretaria frenó en seco con la mirada oculta tras sus gafas de sol.

- ¿Qué quiere decir? – la espoleó Aura esta vez.

- Que el chófer no fue el culpable, sino Pedro Silva, el presidente de la Xunta.

Un silencio áspero se filtró en la entrevista, el recuerdo de cada uno dispuesto a navegar en las imágenes que almacenaban del accidente: la burbuja de luz alimentando la penumbra del bosque, el crujido de sus huesos tras la brutal embestida, la chica moribunda a un margen de la cuneta. Leo repasó los fotogramas que guardaba en su memoria, y también los que custodiaba del chófer cuando se lanzó por la ventana al saber que no tenía escapatoria.

- Esa afirmación es muy grave – aseveró el sargento con rotundidad.

- Me da igual, quiero que pague por lo que hizo – masculló entre dientes.

- ¿Por qué? – ahora era Aura la que no conseguía encajar el desprecio con que se refirió a su jefe –. ¿Por qué esa inquina hacia él?

- Porque ese miserable me engañó.

El desaire que perfiló Mónica con el cuello completamente rígido la

llevó hasta uno de los bancos de madera que moraban en el paseo, las mimosas descolgándose por dentro de los parterres sembrados de margaritas y petunias. Ambos la acompañaron en su descenso a los infiernos, cerrándole el paso a cada extremo del asiento.

- Pedro me engañó, ésa es la verdad – articuló con el rostro proyectado hacia la arenisca del suelo –. Éramos amantes. Llevábamos liados un tiempo cuando decidí cortar con mi novio de toda la vida. ¡Pero él me prometió que iba a separarse de su esposa, que lo nuestro era distinto!

- Y no cumplió con su promesa – vaticinó la periodista.

- Me mintió, como era de prever.

- ¿Qué quiere decir?

- Que Silva me dejó cuando el partido adquirió el sesenta por ciento de las acciones del Correo de Galixia. Justo en la misma época que me enteré de que andaba viéndose a escondidas con la redactora de ese periódico, Tina Bustos.

A Aura no le hizo falta preguntar que se refería, sin duda, a la jefa de Oriol Estrada. ¿Acaso el periodista estaba al tanto de dicha relación sentimental? Baeza, por el contrario, intentaba asimilar que el cierre temporal del diario digital vino ordenado por… ¿Su amante?

- ¿Insinúa que el material incautado en la redacción del periódico fue un castigo del propio Silva? – leyó sus pensamientos.

- Lo afirmo, que es bien distinto. Y espero que la vida se encargue de darle una patada en el culo como se merece. Es lo único que saber hacer: jugar con las mujeres que acceden a sus encantos para después, si te he visto no me acuerdo.

Aura era consciente de que el despecho de la secretaria iba en aumento. Quizá tan sólo le movía un rencor mal gestionado durante años.

- Todavía desconozco el motivo que la llevó a telefonearme – prefiero darle un voto de confianza –. ¿O es que tiene pruebas de lo que ha dicho hace un instante?

- Por supuesto que no. Pero estoy convencida de que Silva está implicado en el atropello mortal de esa chica y que se las ingenió para culpar a su chófer.

- Sigo sin entender a dónde quiere llegar – comenzó a perder la paciencia.

- A confirmarle que el mismo fin de semana del accidente, Pedro asistió a un congreso del partido en Betanzos – dirigió su rostro hacia ella.

La periodista pudo verse en el reflejo opaco de sus lentes.

- Lo sé porque yo misma hice las reservas en el hotel donde supuestamente iba a alojarse con todo su equipo. Tenía planeado permanecer allí el sábado y regresar a Santiago el lunes tras hacerse

las cuatro fotos de rigor con los votantes. Pero Jorge Valmiño no se desplazó a Betanzos. Yo misma lo vi en el cuadrante. Le había dado dos días libres.

- ¿Por qué? – la interpeló Baeza.

- Por la sencilla razón de que quería tener el coche a su disposición para largarse de allí y pasar el resto del fin de semana en el chalet que posee Tina Bustos en Lens.

El sargento desenvainó un gesto reprobatorio.

- Tampoco me mire así. Hizo lo mismo conmigo cuando estábamos liados, aparte de que me parece lógico si lo que pretende es pasar inadvertido. Es de primero de infidelidad.

- Pero eso no prueba que él condujera el coche. Es su palabra. Nadie lo puede confirmar.

- Se equivoca. Yo misma vi cómo aparcaba el coche el lunes por la mañana en el parking privado de la sede. Evidentemente, en ese momento no me llamó la atención por lo que les acabo de comentar. Pero empecé a atar cabos cuando el chófer se suicidó. Entonces me di cuenta de que faltaba la grabación de ese día, una de esas cintas pequeñas de *vhs* que alguien había tenido la osadía de robar de la garita del aparcamiento. Silva le tendió una trampa a Jorge Valmiño para que la policía sospechara de él en cuanto se pasara a arreglar por el taller el faro delantero del automóvil.

- Pero de ser cierto, el presidente pudo haber socorrido a Lúa en la carretera.

- ¿Y exponerse a que la prensa supiera que venía de casa de Tina? Estamos hablando del máximo representante de Galicia. Dirige un partido conservador y tradicional, lleva casado quince años. ¿Cree que le hubiesen perdonado el hecho de darse a la fuga?

- De ser un accidente fortuito, no lo pongo en duda – la contradijo.

- Pero no fue el caso, se lo aseguro. Conozco a Silva, nunca se ha interesado por la desaparición de esa joven desde que lleva ostentando la presidencia de la Xunta.

- Pues en el vestíbulo de la sede admitió lo contrario – se entrometió la periodista.

- Obvio. Se inventó esa cortada por miedo a contar la verdad.

- ¿Y es…? – la azuzó.

- Que se siente culpable de lo que hizo. Ni más ni menos ¿Por qué creen que acudió al velatorio cuando la policía no sabía por entonces que el chófer estaba involucrado en el atropello? No ven que no tiene sentido.

La rotundidad de su declaración provocó una fisura por donde se colaban otras muchas dudas aún sin resolver. ¿Mónica Prieto decía la verdad o su discurso estaba adobado por un resentimiento irreparable? ¿Conoció a Lúa Prado en el pasado o fue pura casualidad

que se topara con ella en el bosque de O Cubelo? ¿Quién más sabía que mantenía una relación secreta con la redactora jefe del Correo de Galixia?

Leo no pudo por menos que volverla a avasallar.

- Debió de contactar con la policía la misma noche que el chófer se quitó la vida.

- ¿Sin nada que corroborase mi teoría? Sería como ponerme una horca al cuello, aparte de que no quiero perder mi empleo ni verme involucrada en algo turbio. Ustedes están investigando el caso. No sé qué más necesitan para detenerlo.

- La prueba irrefutable de que atropelló a Lúa Prado.

- Entonces están perdiendo el tiempo. Nunca encontrarán una pista, créanme.

El sargento se levantó de golpe y echó un vistazo alrededor. La gente caminaba sin prisas a la sombra de los árboles, deleitándose con la suave brisa que mecía las hojas verdes.

- ¿Dónde podemos encontrarle? – pronunció sin mirarla.

- ¿A Silva? Supongo que en su despacho. Sé que ha quedado para comer y después tiene una reunión con los del comité. ¿Por qué lo pregunta?

Sus ojos se posaron en los suyos en cuanto se retiró sus gafas de marca.

- Porque si realmente queremos saber la verdad, es hora de implicarle en el asesinato. Y esta vez tendrá que demostrar su coartada.

Después de comer en una tasca que encontraron de paso cerca del apartamento, Leo Baeza se preparó mentalmente para el combate. La tarde despuntaba nítida en el horizonte cuando se dirigió en silencio hasta el final de la calle y sacó el mando a distancia del bolsillo de sus pantalones. El pitido hizo reaccionar a su compañera, la cual se detuvo en mitad de la calzada con intención de averiguar a dónde se disponía a ir.

- ¿Qué está pasando? – le formuló con la voz cortante.

- Nada. Pero si no te apetece acompañarme, lo entiendo.

Los ojos de la periodista se volvieron al descubrir lo que se proponía a hacer.

- ¿Lo dices en serio? ¿Vas a ir a hablar con él? – prefirió no andarse por las ramas.

- ¿Quieres venir o no? – se impacientó.

Aura contrajo sus párpados por la claridad recalcitrante que acuchillaba el cielo y abrió la puerta del copiloto sin más. Luego se acomodó en el asiento y se puso el cinturón de seguridad. El sargento apenas podía controlar la fruición con la que machacaba sus muelas

en cuanto introdujo la llave en la ranura de contacto y arrancó el motor. Dio marcha atrás y se incorporó rápido a la vía. El reloj del cuentakilómetros marcaba las cuatro en punto.

- ¿Qué crees que vas a conseguir presentándote en el Palacio de Rajoy? – desbrozó el silencio pactado.

- Averiguar si esa secretaria, Mónica Prieto, dice la verdad.

Leo cruzó a toda velocidad algunas calles desiertas de Santiago de Compostela.

- ¿Te importaría recapacitar antes de hacer una estupidez? – le sermoneó –. Te recuerdo que sigues suspendido de tus funciones como Guardia Civil. Es muy arriesgado.

- Me da igual – giró brevemente el cuello.

Sus ojos estaban contaminados por una red de vasos sanguinolentos.

- Sólo espero que ese cretino pague por lo que hizo – se dirigió al presidente de la Xunta con un poso de resquemor –. Su chófer se lanzó por la ventana por miedo a que le inculparan de algo que no había cometido. Lúa Prado fue atropellada en ese bosque sin opción a ser asistida. ¿Qué más necesitas? Todo encaja. Incluso cuando tuvo la poca vergüenza de presentarse en el tanatorio para redimir su culpa.

- De acuerdo. Tienes razón. Pero deja que sea la policía la que se encargue.

- La gente debe saber a quién tienen como presidente – parecía no escucharla.

Su teléfono vibró en el salpicadero del coche. Leo lo atrapó sin ojear la pantalla y lo puso en manos libres sobre su regazo.

- Baeza – pronunció a modo de muletilla.

- Soy Altamira – reveló el capitán al otro lado –. ¿Te pillo en buen momento?

- Más o menos. ¿Pasa algo?

- La policía de Santiago ha triangulado el móvil de Thiago Urbizu y ha habido respuesta. La señal remite al centro comercial As Cancelas. No sé si lo conoces. Se encuentra en la cara noreste de la ciudad.

- Al grano – le interpeló mosqueado.

- En breves se va a iniciar un dispositivo policial con varios agentes de paisano. Creen que Tristán ha elegido ese lugar para llevar a cabo la ejecución.

- ¿Entonces? – parecía aturdido.

- Entonces se acabó. Ahora sí que lo tenemos.

Diez minutos más tarde, Leo detuvo el coche en la Praza del Obradoiro.

Varios grupos de turistas habían acampado a sus anchas por dentro del ágora, fascinados por la fachada románica de la catedral. El sol, aposentado en lo alto, le concedía a su arquitectura un esmalte dorado

que reflejaba destellos contra el pavimento de piedra. El sargento apagó el motor y abrió la puerta, dispuesto a entrar en el Palacio de Rajoy. Sólo Aura se interpuso en su camino, agarrándole con fuerza del brazo. Sus ojos se clavaron en los suyos.

- No hagas ninguna tontería de la que más tarde te arrepientas – sonó a reprimenda.

- Enseguida vuelvo.

Después se apeó tras un sonoro portazo y partió rumbo a la sede de la Xunta, sus pasos provistos de un resquemor difícil de disimular. Enseguida traspasó las puertas acristaladas y enlazó el camino de la vez anterior, sus suelas rebotando contra los suelos de mármol. La secretaria que se hallaba al otro lado del mostrador de recepción esgrimió un gesto de duda al atender al hombre que se dirigía a ella con premura, su silueta sombreada por la claridad tamizada que atravesaba los ventanales de cristales esmerilados. La mujer dejó de escribir sobre el teclado del ordenador y se levantó de su asiento.

- Buenas tardes – pronunció flemática –. ¿Qué desea?

- Estoy buscando al presidente.

- En estos momentos se encuentra reunido en su despacho. Si quiere concertar una cita, puede enviar un correo electrónico a la dirección que encontrará en la página web de la Xunta – recitó de manera mecánica.

- Gracias por la aclaración – respondió.

Baeza dio media vuelta y se adentró en el vestíbulo con la misma celeridad que lo precedía, su rostro alimentado por una impaciencia que no presagiaba nada bueno. Enseguida reparó en el cartel que había a un lateral de los ascensores. *Despacho del Presidente de la Xunta, 1ª Planta*, leyó. Las voces de la recepcionista intentaron disuadirle cuando comenzó a subir los primeros escalones. *¡Oiga! ¡Oiga! ¡A dónde cree que va?* El sargento hizo caso omiso a sus interpelaciones mientras se apresuraba a escalar el ramal de peldaños de dos en dos, sus ojos puestos en la nueva planta por la que se escabulló al cabo de un minuto. Un pasillo de tarima flotante y techos de madera se proyectó ante él, cada una de las puertas enfiladas al margen izquierdo. Al otro lado, las ventanas mostraban una parte de la majestuosidad de la catedral, con tiestos y maceteros en casi todas sus repisas. Baeza atendió a las placas de considerable gramaje que rezaban el cargo de quien se encontraba tras la puerta cerrada de los distintos despachos: *Primer Asesor. Vicepresidente. Secretaría. Presidente de la Xunta de Galixia*.

Leo giró el pomo sin pensárselo. Una sala alargada con dos mesas enfrentadas se abrió paso ante sus ojos. Al fondo, otra nueva puerta parecía comunicar con el despacho de Pedro Silva. La secretaria que se hallaba por detrás de uno de los escritorios lo examinó con cara de

circunstancias.

- ¿Puedo ayudarle en algo? – balbució sorprendida.

El sargento le dirigió una mirada torpe y continuó su trayecto como si tal cosa, atravesando la recoleta sala con diligencia.

- ¡Deténgase! – alzó la voz –. ¡El presidente no puede recibirle!

Pero para entonces, Leo ya se había colado en las dependencias.

El presidente se resignó a observarlo desde su butaca reclinable mientras atendía la llamada de teléfono con el auricular pegado a su oreja. Apenas tardó unos segundos en reconocer a Baeza, su mandíbula presa de una furia incontenible. Enfiló el despacho por dentro de la alfombra persa y se detuvo a un extremo de su mesa. Sus ojos refulgían en la penumbra que traspiraba el interior.

- Jorge Valmiño jamás atropelló a Lúa Prado – escupió –. Lo hizo usted.

Pedro Silva abrió su mirada, vencida por un miedo agónico.

- Te llamo mejor después – cortó la llamada.

La secretaria acudió a su encuentro con la frente perlada de pequeñas gotas de sudor.

- Yo me encargo, Arantxa – le ofreció una sonrisa acartonada.

La mujer asintió nerviosa y abandonó el despacho, dejando la puerta entreabierta.

Acto seguido, sus rostros volvieron a encontrarse.

- Yo le conozco. Es el tipo que me asaltó el otro día en el vestíbulo junto a una joven.

- ¿Por qué hizo creer a la policía que su chófer fue quien atropelló a Lúa? – lo asaltó de nuevo.

- Será mejor que se siente – señaló con el brazo una de las butacas que tenía delante.

- No – rechazó.

- Pues usted dirá, señor…

- Baeza. Para usted, sargento Baeza.

Su impetuosidad iba en aumento.

- ¿Entiende que no puede presentarse en mi despacho acusándome de algo tan grave?

Pedro Silva intentaba mantener la compostura pese a que el movimiento sistemático de sus dedos anunciaba justo lo contrario. Su respiración emitía fuertes sacudidas contra su pecho.

- Se equivoca. Sé muy bien lo que digo – le mostró sus fauces –. Planeó al milímetro su coartada para que la culpa siempre recayese en su chófer mientras usted retozaba con la redactora de ese periódico.

- ¡Cómo dice? – tragó saliva.

- Lo que oye. Trató de tapar el escándalo con el propósito de no romper su matrimonio y salvar las elecciones.

El presidente enmudeció.

- Es su opinión – articuló pasados unos segundos –. Tampoco tiene ninguna prueba de lo que asegura.

- ¡Miente! – gritó –. ¡Nunca estuvo implicado en la búsqueda de Lúa Prado cuando desapareció hace doce años! ¡Acudió al tanatorio porque en el fondo necesitaba limpiar su conciencia! Aunque ya vi que ni siquiera tuvo el valor de darle el pésame a sus padres.

Silva presionó el tabique de su nariz al tiempo que intentaba recobrar la cordura. Notó que el pulso le temblaba.

- ¿Qué es lo que quiere, dinero? – le ofreció.

Leo reclinó el cuerpo despacio, apoyando las palmas de sus manos en el reposabrazos de su butaca. Pedro sintió su aliento a corta distancia, la mirada contaminada por su propia ira.

- Justicia – masculló –. Eso es lo que busco. Así que le aconsejo que no se ponga demasiado cómodo porque me encargaré personalmente de que los ciudadanos sepan a quién tienen como presidente.

Dos vigilantes de seguridad asaltaron el despacho en ese instante. Leo se volvió y observó que uno de ellos sacaba un arma por detrás de su uniforme. Después se retiró gradualmente, alzando al vuelo sus brazos con intención de garantizar la seguridad del presidente. El más joven decidió apresarlo por los hombros.

- Ni se le ocurra ponerme un dedo encima – le aseveró.

Silva aprovechó a levantarse de la butaca tropezando con el semblante confuso de su asesor, el cual se encontraba junto a la secretaria al otro lado de la puerta.

- ¿Estás bien? – murmuró Felipe Arranz.

El presidente asintió apurado.

- Será mejor que nos acompañe – lo invitó a salir el otro vigilante.

- Conozco el camino – contestó el sargento desafiante.

Los demás enmudecieron mientras Baeza encaminaba los pasos hacia la salida, clavándose las uñas contra las palmas de sus manos. Antes de abandonar el despacho, se giró sobre sus talones para gratificarle con una mirada conminatoria.

- Lo dicho. Pronto se sabrá la verdad.

En cuanto traspasó el umbral escoltado por los dos hombres, Silva se desmoronó de nuevo sobre el asiento.

Su tez, más bien pálida, era fruto de la diatriba que aquel hombre de aspecto furibundo le había exhortado a un palmo de distancia. Todavía le temblaban las piernas cuando su asesor de campaña acudió a su encuentro.

- ¿Pero qué ha pasado? – escarbó en su rostro macilento.

- Necesito que me hagas un favor. Quiero que investigues a ese tío y que averigües quién es. Por lo visto es Guardia Civil, un tal sargento Baeza.

En la otra punta de la ciudad, resguardado por la opacidad que habitaba en el interior del coche que les había prestado la Secreta, Francisco Cabanillas, el inspector de la Comisaría Nacional de Santiago, se mesó el bigote sin apartar la vista de la entrada principal del centro comercial As Cancelas. Había decidido estacionar el vehículo a una distancia considerable, con el pretexto de no llamar la atención de los clientes que entraban y salían a cada momento de sus puertas giratorias. Desde el parking exterior, aquella mole de dos pisos con las paredes forradas con paneles de madera y un alero acristalado en forma de popa parecía erigirse soberbio por dentro de un altozano, con jardines alrededor y varias intersecciones que conectaban con la autopista.

Francisco Cabanillas recogió del posavasos el café de *Starbucks* y lo apuró de un trago. Vio que una multitud acudía al centro comercial a esas horas de la tarde, quizá apremiada por la festividad de Santiago Apóstol que estaba a punto de celebrarse en dos días. Sin embargo, el inspector no dudó en iniciar el dispositivo policial en cuanto recibió el aviso por parte de la Brigada. La triangulación del teléfono móvil de Thiago Urbizu marcaba como ése el lugar donde se conectó por última vez. La señal era ineludible y envió a varios de sus agentes, todos ellos vestidos de paisano y distribuidos por los distintos puntos de acceso que había en el centro comercial. Era cuestión de minutos que el secuestrador diera un paso en falso e intentase abandonar el complejo junto al chico. O al menos, eso pronosticó cuando asió el interfono de la radio y apretó la clavija.

- Aquí el inspector. ¿Alguna novedad?

Un crujido de interferencias se coló en la línea.

- Alcántara. Estoy delante de la salida de emergencia del primer piso. Sigo sin avistar al sospechoso.

- De acuerdo. Recordad que el rehén viste vaqueros, sudadera verde y cazadora de cuero. Mide un metro ochenta y responde al nombre de Thiago Urbizu. Es todo.

Cortó la señal.

En ese momento, Benxamín Mencía aporreó el cristal de la ventanilla. El agente, experto en operaciones especiales y de alto riesgo, se introdujo en el asiento del copiloto al tiempo que su mirada parecía pronosticar ciertas novedades en el caso. Cabanillas retrajo sus párpados.

- ¿Qué ocurre? – su voz destilaba sospecha.

- Será mejor que vea esto.

Acto seguido le cedió el terminal que sostenía en su mano, la luz de la pantalla abriéndose camino entre las sombras vacilantes. Los ojos del inspector se fueron por inercia al logo de Facebook, donde un poco más abajo leyó el escabroso titular que acompañaba al vídeo que se

había adjuntado a propósito.

"Thiago Urbizu: ¿La nueva víctima del asesino da Serpe?"

Antes de responder, prefirió pulsar el icono del *Play*.

El mismo joven por el que se habían desplazado hasta el centro comercial As Cancelas apareció de espaldas a la cámara. Su figura, asfixiada por la penumbra que lo abrigaba, se convulsionó al declamar el mensaje: *"La nueva luz despejará las sombras. Sólo los desleales serán sacrificados sin piedad. El juego de la serpiente mostrará entonces la verdad"*. La pantalla se quedó completamente en negro al asomarse una fotografía a color del chico, retratado en unos sanfermines y con una amplia sonrisa dibujada en su rostro. Dos palabras tintadas en rojo emergieron por los márgenes: ***Se Busca***.

El inspector no pudo por menos que golpear el volante.

- ¡Mierda! – bramó.

Su agente lo miró estupefacto.

- Ahora el asesino cambiará de planes. Sabe que todo el mundo pondrá rostro al chaval.

- Eso sospeché – se limitó a decir –. Imagino que al perder ventaja, intentará pasar inadvertido.

- ¿Quién cojones lo ha publicado?

- Se trata de una cuenta anónima, aunque la Unidad de Investigación Tecnológica está rastreando la dirección IP desde donde se colgó.

- Pues el imbécil que lo haya hecho acaba de jodernos la operación.

- ¿Quiere que haga algo al respecto? – le sondeó con cautela.

La respiración de Cabanillas se volvió áspera.

- Extremar la vigilancia – calculó –. Es posible que intente deshacerse de Thiago Urbizu en el mismo centro comercial.

En ese mismo instante, el sargento abandonó las instalaciones de la Xunta. Aura contempló desde el coche cómo traspasaba la malla umbría que recogían los soportales y se internaba a la luz del sol, la Praza del Obradoiro cada vez más atestada de peregrinos. Su paso marcial la ayudó a conjeturar que quizá la cosa con el presidente no había ido como esperaba. Leo avanzó apresurado por los adoquines del suelo y abrió la puerta con los ojos enramados. La periodista lo atendió en silencio, el cartílago de su mandíbula dispuesto a triturar sus muelas sin descanso.

- ¿Qué tal ha ido? – rompió el hielo.

Baeza giró el cuello y la gratificó con una mirada gélida.

- Lo niega todo, como era de prever. Aunque está nervioso. No creo que tarde mucho en confesar – deseó más bien.

Aura se dio cuenta de que no estaba contándole toda la verdad.

- Deberíamos pasarnos por el centro comercial. Supongo que el dispositivo seguirá aún en curso.

- Me parece bien. Lo único que antes me gustaría enseñarte algo.

Leo pergeñó un rictus de desconfianza, como si en el fondo supiera que estaba a punto de comunicarle una mala noticia. Eso mismo dejó entrever Aura cuando minutos antes recibió una alerta en su móvil y entró en la conocida red social. Ni siquiera sabía de qué manera podía plantearle lo que acababa de leer en la cuenta anónima.

- Es sobre el Facebook que creó Oriol Estrada, el mismo que utilizó para subir de nuevo el vídeo de Braulio Fonseca, el prior del Monasterio de Osera – decidió prepararle.

Después le entregó su móvil, la publicación asomándose en el cristal de la pantalla. Baeza reparó en el titular, *"Thiago Urbizu: ¿La nueva víctima del asesino da Serpe?"*, así como en la grabación que recibió en la redacción y que había tenido el desacierto de colgar hacía escasos minutos.

Sus ojos se volvieron de fuego.

- ¡Sabía que ese periodista nos iba a traer problemas, joder! – soltó con atropello.

Aura esperó a que terminase de descargar la ira que palpitaba al fondo de sus pupilas.

- ¡No se da cuenta de que ahora Tristán intentará huir del centro comercial? ¡Se cargará al chico antes de tiempo para evitar que le pillen!

- He pensado en hablar con él – decidió entrometerse –. Voy a pedirle que elimine la noticia del servidor.

- Si sirve de algo… – se lamentó –. Imagino que los usuarios lo estarán compartiendo en las redes sociales.

Aura se alejó de sus palabras mientras buscaba en su agenda el número personal de Oriol Estrada. En cuanto lo localizó, pulsó encima. Los tonos de la llamada se encadenaron en el altavoz del manos libres, su mirada insegura por fuera de la ventanilla. La voz del periodista se asomó en el interior del coche al cabo de unos segundos.

- Has leído mis pensamientos. Justo iba a telefonearte – dijo al otro lado.

- Oriol, escúchame. Tienes que eliminar la noticia que has colgado en esa cuenta falsa de Facebook.

- ¿Cómo dices…? – creyó no entenderla.

- Hay un dispositivo en el centro comercial y es posible que la publicación entorpezca la operación.

- ¿Un dispositivo? ¿En As Cancelas? – parecía sorprendido.

- Han triangulado el terminal de Thiago Urbizu y la señal los remite constantemente allí.

- ¡Pero eso no puede ser! – exclamó –. ¡Es un error!

Ambos se mantuvieron a la espera de que aportase otros indicios que contradijeran a la propia policía. La Praza del Obradoiro comenzó a atraer a nuevos grupos de turistas por las principales arterias del ágora.

- ¿A qué te refieres? – le apremió.

- He descubierto que las ilustraciones que me pasaste en un *pendrive* están relacionadas con los crímenes.

Leo miró a Aura al desconocer que le había cedido parte del material que habían recopilado hasta el momento. Aquello le escoció.

- Continua – le solicitó.

- Los dibujos que elaboró Federico Bulnes se corresponden con lugares de Galicia. Estoy seguro. Por ejemplo, Iván Minchev fue encontrado en el bosque de Castros de Trelle, delante de una higuera africana o *sicomoro* por lo que he leído en uno de los informes.

- Así es – apuntó.

- Pues bien, ese mismo árbol aparece envuelto en llamas en una de las ilustraciones. Pero eso no es todo. El cuerpo de Braulio Fonseca, el prior del monasterio, apareció flotando en una bañera romana a los pies de la catedral de Lugo. Misma edificación que muestra otro de los dibujos cuando la protagonista, esa joven de cabellos rubios que porta una especie de vara mágica, lucha contra un ermitaño o campesino.

- ¿Entonces…? – se impacientó.

- Entonces dudo mucho de que Thiago Urbizu sea ejecutado en el centro comercial. No tiene sentido.

- ¡Pero apenas quedan tres horas para que el cronómetro finalice! – elevó la voz.

- Lo sé. Y su cadáver aparecerá en otro de los escenarios que muestran las ilustraciones.

El sargento enfiló una madeja de calles y avenidas del centro de la ciudad.

La conexión entre los asesinatos y los dibujos que bosquejó el ilustrador cuarenta años atrás parecían verter un poso ineludible de veracidad a escasas tres horas de que Thiago Urbizu fuese ejecutado en cualquier otro punto de Galicia aún sin resolver. Leo aceleró el motor y se internó por otra tanda de calles en dirección al centro comercial de As Cancelas mientras intentaba ponerse en contacto con Altamira. *El teléfono al que llama está apagado o fuera de cobertura en estos momentos*, saltó una vez más el contestador. Baeza masculló una sarta de improperios al comprobar que su único intermediario con la policía de Santiago no se encontraba operativo. Tampoco sabía de qué manera podía detener el operativo sin levantar sospechas. Tan sólo se le ocurrió acudir al lugar en nombre de Altamira e informarles de que

se trataba de un error. Estaba convencido de que Tristán se habría desecho del móvil del chaval en la zona con el único interés de ganar tiempo y distraerlos. La rabia comenzó a apoderarse de los nudillos de sus manos, aferrados con ahínco al volante.

Aura se percató de su exasperación e intentó rescatarle de sus profundos pensamientos.

- Todavía estamos a tiempo de poder salvarle – le garantizó con la voz desanimada.

Ni siquiera ella era capaz de tragarse su propio embuste.

- Apenas quedan tres horas para que lo ejecute y aún no sabemos dónde va a suceder. Hemos mirado siempre en la dirección equivocada.

- Tampoco sabíamos que las localizaciones formaban parte de las ilustraciones. Lo hemos descubierto gracias a Oriol Estrada. Pero también cabe la posibilidad de que esté equivocado.

Baeza decidió saltarse un semáforo en rojo, algunos transeúntes apartándose deprisa de su camino. Aura sintió en su boca el reflujo de sus jugos gástricos.

- ¡Quieres ir más despacio? – se enojó –. ¡No sé qué mosca te ha picado!

Su teléfono sonó en ese preciso instante. Aura se apresuró a sacarlo de uno de los bolsillos de su cazadora vaquera y comprobar quién la requería. El nombre de Hooded sobresalía en la pantalla tras una melodía estentórea.

- Cuéntame – lo saludó.

Baeza escupía palabras ininteligibles a su lado.

- ¿Qué le ocurre al *Azotamentes*? – se interesó el informático.

- Cambios de última hora. En fin… – se resignó –. ¿Dónde andas?

- En Santiago. ¿Quieres quedar?

- Voy de camino a As Cancelas. Pero si te apetece más tarde. ¿O es urgente?

- Bastante. ¿Puedes hablar?

- Sí, claro – se alarmó –. ¿Pasa algo?

- Verás. Analizando las ilustraciones que te envíe el otro día al correo, es posible que exista una conexión entre los dibujos y los lugares donde Tristán abandona los cuerpos.

La periodista no pudo por menos que mirar a su compañero, el cual se percató en el acto.

- Hooded, ¿te importa que ponga el manos libres?

- Si es necesario… – balbució.

Aura presionó una tecla y dispuso el teléfono entre medias.

- Ya está. Continúa.

- A ver, quizá esté equivocado y sea una de mis muchas paranoias, pero creo que Thiago Urbizu va a ser ejecutado en San Pedro Mártir,

una pequeña iglesia que hay en Cachal, a pocos kilómetros de Pontevedra.

Baeza vinculó su teoría con la de Estrada. ¿Acaso ambos estaban en lo cierto?, se cuestionó nada más enlazar con la nacional.

- ¿En qué te basas? – le lanzó de sopetón.

- En la composición que representa el grabado número 7. Es bastante similar a la capilla que os acabo de mencionar. En la ilustración aparece una figura tallada en forma de serpiente. Si la buscáis, comprobareis que en la entrada hay un crucero idéntico con esa misma serpiente tallada sobre su piedra. Se lo conoce como *Cruceiro do Culebrón*.

El sargento dio un volantazo en seco que hizo volar el móvil de Aura por los aires.

Después cambió de sentido y pisó a fondo el acelerador, con la clara sospecha de que Tristán Ortiguera estaba a punto de cometer su siguiente crimen. Tal vez el informático (al igual que Estrada) había hallado el origen del laberinto. Puede que incluso intentara emular las mismas vicisitudes por las que cruzó la pequeña Alicia de Funelli junto a sus criaturas. Pero hasta entonces, Leo se marcó un sólo propósito: atrapar a la bestia.

Cuarenta minutos más tarde, Baeza divisó la ermita al fondo del camino.

La capella de San Pedro Mártir era una pequeña iglesia de estilo barroco que perteneció al pazo de los Buceta Quintáns. Situada en Cachal, en el concello de Portas, el crucero que se erigía a un lateral solía engalanarse con coronas de maíz durante sus fiestas patronales para implorar buenas cosechas el resto del año.

Leo detuvo el coche por dentro de una explanada pavimentada con mortero gris y apagó el motor. El aire arrastraba las pocas nubes que cruzaban el horizonte cuando se apearon a la vez y echaron un vistazo alrededor. Un muro de piedra cercaba ambas caras de la capilla, extendiéndose al otro lado infinidad de huertos y frutales que parecían acariciar las laderas de las montañas. Aura se aproximó al *cruceiro* que se alzaba mayestático, su piedra mordisqueada por una pátina de liquen de color mostaza que devoraba a su paso la serpiente de cola enroscada dotada con dos patas delanteras que intentaba atacar a Adán y Eva en una vaga representación del pecado original. Después recorrió con la mirada su capitel ornamentado hasta que alcanzó la cruz, coronada de ángeles, demonios y calaveras.

- ¿Te has fijado? – robó el sargento su atención –. La puerta está abierta.

La periodista atisbó la fachada principal y comprobó que era cierto.

- ¿Entramos? – le sedujo la idea.

Juntos terminaron de recorrer el resto de la explanada, donde unas cuantos caseríos y chalés fortificaban el otro lado de la carretera. Descendieron un par de peldaños y se internaron en la bruma que oscilaba en su interior. Un profundo olor a incienso erraba en el aire, el pasillo central abriéndose camino entre los bancos de madera que flanqueaban la planta rectangular de la capilla. El altar se adivinaba al fondo, al abrigo de un sencillo retablo enmarcado en el frontal y que desprendía virutas de pan de oro gracias a la claridad tamizada que perforaba las vidrieras de los ventanucos.

- Separémonos – trazó Baeza un plan –. Tú ve por ese extremo y yo iré por el otro. Si ves algo extraño, avísame.

La periodista asintió conforme mientras iniciaba el recorrido por un lateral de la nave, sus ojos dispuestos a encontrar cualquier señal o indicio que corroborase la teoría de que allí se cometería la nueva ejecución. La penumbra parecía gotear de los techos abovedados de la ermita. Miles de sombras titilaban contra sus gruesos muros, la mayoría procedentes de los candeleros encendidos. ¿Dónde se suponía que tenía escondido a Thiago Urbizu?, se preguntó una vez que alcanzó el último banco. El rastro del joven parecía haberse disipado a poco más de dos horas de su muerte. Se impacientó.

- No lo entiendo – se dirigió al sargento –. Tanto Hooded como Estrada pronosticaron por separado que éste sería el lugar donde se realizaría el sacrificio. Las ilustraciones no mienten.

- ¿Y si lo han interpretado al revés?

- Explícate – le pidió a pocos metros del altar.

- Según lo que ambos descubrieron, se supone que Tristán está siguiendo los dibujos que concibió Federico Bulnes para el segundo manuscrito del *Juego de la Serpiente*.

- Correcto – le dio la razón.

- Pero eso no significa que los crímenes se produzcan en la misma localización que aparecen en las ilustraciones.

- ¿Qué quieres decir…? – se alarmó.

- Que las grabaciones de Iván Minchev y Braulio Fonseca no se corresponden con los lugares donde sus cadáveres fueron hallados después.

- ¿Por lo tanto…?

- Puede que se trate de una trampa y que aquí sólo venga a dejar su cuerpo.

El sonido de un motor quebró su análisis.

Ambos miraron a la puerta, el rugido restregándose en el silencio de la ermita. Ninguno entendía lo que estaba sucediendo hasta que de pronto, el motorista cruzó la entrada montado en su *Yamaha* gris de gran cilindrada. Vestía el mismo traje de cuero oscuro, al igual que el casco de pantalla reflectante encajonado sobre su cabeza. Leo desplazó

a Aura con el brazo en cuanto se apeó de la moto al inicio del pasillo. Su corazón bombeaba estrepitosamente. Apenas podía retirar la mirada de su complexión atlética, realzada por el armazón de cuero que lo envolvía. Baeza lo retó unos segundos, la hilera de bancos distanciándolos a propósito. Entonces tiró con sus dos manos de la correa de ajuste y levantó el casco hacia arriba, las llamas de las velas sombreando su rostro.

Aura replegó sus párpados hasta que fue capaz de atisbar sus facciones. La sonrisa taimada que dibujó, pareció prolongarse durante lo que le supuso una eternidad. Los recuerdos que almacenaba de las últimas grabaciones no la hicieron dudar.

- ¿Cynthia…? – pronunció.

Su voz se expandió en la iglesia como un eco repetitivo y fantasmal.

- Sí, eres tú. Eres Cynthia Olmedo, la compañera de Lúa Prado.

La joven dio un paso al frente, despojándose de las sombras que la acorralaban. Su figura, espigada y robusta, concordaba a la perfección con su estatura, de casi metro ochenta. Tenía la cabellera rapada al uno y una mirada felina que parecía escudriñarla con deliciosa calma. Sus manos, fuertes y nervudas, se desplazaron poco a poco hacia atrás. Cynthia desdibujó la sonrisa de un soplo y sacó un arma por su espalda. Después, la encañonó. Aura se mantuvo estática mientras Baeza se apresuraba a derribarla para que cayese al suelo. El golpe contra la losa la ayudó a comprender lo que se proponía a hacer. El sargento se agachó por detrás del banco en cuanto detonó el primer disparo en el interior de la capilla. Un molesto pitido que desbrozó sus tímpanos. Nuevas descargas desconcharon la piedra de la pilastra donde la periodista decidió guarecerse de cuclillas. El pulso le temblaba. Leo continuaba parapetado por detrás del asiento cuando Cynthia arrancó a andar por el pasillo central, las suelas de sus botas rebotando contra el techo abovedado. El miedo se apoderó de Baeza. Apenas podía pensar con claridad. ¿Cómo acabaron metiéndose en aquella ratonera?, se impacientó. Tenía que hacer algo; no podía dejar que los matase allí mismo, indefensos, de la forma más cruel.

Antes de que doblase el pasillo, abandonó su escondite y se abalanzó sobre ella. La pistola cayó al suelo con la embestida. Un forcejeo que se convirtió al momento en golpes certeros cuando utilizó sus habilidades de defensa personal que había aprendido con los años. Leo soportó estoico cada maniobra hasta que el dolor se propagó por su sistema nervioso y se desplomó, abatido por el dolor.

Entonces, Aura comprendió que había llegado su turno. Ocultó el rostro por dentro de sus rodillas, flexionadas y recogidas con ambos antebrazos. Luego cerró los ojos y esperó con la respiración entrecortada el primer disparo. Se puso a llorar. Cynthia la aupó,

agarrándola del cabello. Chilló en su ascenso mientras sentía cómo su otra mano se aferraba al cuello. Apretó con resistencia la laringe, negándole que el aire entrase en sus pulmones una vez que la levantó al vuelo. Aura rozó con la punta de sus *Converses* una porción del suelo. Intentó golpearla con sus puños, pero de nada servía. La vista se le nublaba a cada instante, sus ojos conectados a los suyos, sádicos y sonrientes. Creyó que lo mejor era rendirse; dejarse vencer por el calor que comenzó a ascender por su tráquea, ansiosa por rescatar una burbuja de aliento. Cynthia continuó presionando con fuerza hasta que se fijó en la llave que pendía de su cuello. La miró extrañada. Hizo un amago por arrebatársela, pero Aura se adelantó, apresándola bajo la palma de su mano.

- No te la llevarás – balbució desalentada.

La joven la contempló con repulsión unos segundos. Los suficientes como para destensar sus falanges en un acto reflejo al escuchar las voces. *Los tiros han venido de dentro, estoy seguro*, bramó un vecino. Cynthia abrió su mano, desplomándose la periodista sin esfuerzo. Dos cuerpos abandonados a traición mientras retomaba el pasillo central y se montaba en la moto. Enseguida ocultó su rostro bajo el casco de pantalla reflectante y arrancó el motor.

Su estela se perdió al fondo de la puerta, devorada por el fragor del tubo de escape.

Las escenas se sucedían confusas en su mente. Imágenes en las que podía sentir el rastro de la joven mientras le golpeaba con saña. Cynthia. La misma que compartió una parte de su juventud con Lúa Prado. La que llevaban días buscando. La que siempre había estado ahí, resguardada por un traje de cuero y casco oscuro. Cynthia Olmedo fue la que se encargó de perseguirles cuando el coche del prior explosionó en el bosque y descargó su arma contra el Golf blanco de Aura. Sin duda, la que vieron tras unos contenedores cómo abandonaba el hostal después de esconder varios micrófonos en la habitación. ¿Por qué?, se cuestionó, imbuido en los fotogramas que bullían en su recuerdo. ¿Quién era realmente Cynthia Olmedo? ¿En qué se había convertido cuando doce años atrás, Tristán Ortiguera la sedujo a permanecer en sus tierras, pobladas de bestias y tinieblas?

La chica que un verano desapareció de su casa (pese a que solía llamar para interesarse por la salud de su madre según le testimonió el hermano a Corredera), se había transformado en una brutal máquina de matar. Años de ensayos y costumbres marciales que habían dado su fruto por lo que comprobó en las grabaciones, y también en la ermita hacía unas horas.

El megáfono de la sala de espera lo rescató de las sombras. Ni siquiera sabía cuánto tiempo llevaba sentado delante de los boxes del

Hospital Provincial de Pontevedra cuando un vecino de Cachal dio la voz de alarma y avisó al 112. Todo sucedió tan rápido, que apenas recordaba el momento en que le colocaron la venda de crepé que rodeaba ahora una de sus muñecas. Leo se reclinó dolorido contra el respaldo y reparó en la mochila de Aura que había dejado en el asiento contiguo. La arrastró hacia sus rodillas y deslizó la cremallera con su otra mano. Dentro, la pistola de Cynthia Olmedo yacía desde entonces entre los pliegues de la cazadora vaquera de la periodista, cuando pudo recuperarla de debajo de uno de los bancos de la iglesia. Rozó con las yemas la boca del cañón y se convenció una vez más de que se trataba de su arma; la misma *Beretta* de nueve milímetros con la que huyó Tania del búnker meses atrás y que Tristán debió de arrebatársela en el momento que se deshizo de ella y la enterró en el bosque.

Baeza prefirió guardarse el secreto consigo y cerrar la mochila. Tal vez lo hizo en cuanto el doctor que atendía a Aura cruzó la sala y entró en el box. Sus miradas se encontraron tras la estrecha abertura de la puerta. Después, volvió a hermetizarla con unos cuantos informes de la mano.

- Ya he visto las radiografías – le anunció tras una sonrisa conciliadora.

La periodista le devolvió el gesto sentada aún sobre la camilla. En el fondo, estaba deseando largarse de allí.

- Los arcos vertebrales no presentan ninguna lesión, por lo que puede quedarse tranquila. Tan sólo esa leve quemadura en la piel por la fricción de la cadena. Le mandaré una pomada para que se la aplique dos veces al día durante una semana.

Aura se sintió aliviada al escuchar su diagnóstico.

- Gracias – le ofreció a modo de respuesta.

El doctor asintió de buen grado y afinó la vista sobre uno de los papeles que depositó en su escritorio.

- En lo que respecta a la analítica, todo parece estar en orden. Aunque en su estado debería cuidarse.

- ¿En mi estado…? – arrojó con el ceño fruncido –. No le entiendo.

El hombre la miró desde su mesa con una expresión incrédula.

- Evidentemente – acertó a decir –. Está usted embarazada.

DIA 12

El móvil comenzó a vibrar en la mesilla de noche.

Leo emitió un sonido gutural a medida que se desperezaba en la cama y alargaba el brazo hacia el otro extremo del colchón. El vacío que halló de inmediato le hizo despegar los párpados, sus ojos aún velados de telarañas. Aura ni siquiera se encontraba a su lado cuando se percató del haz azulado que se abría camino en la penumbra de la habitación, la pantalla del teléfono reflejando el nombre de Altamira. Baeza se incorporó despacio y sintió cómo las contusiones del día anterior hicieron acto de presencia. Un fuerte dolor en el costado se reveló al descolgar el móvil.

- ¿Dígame? – pronunció con la voz aguardentosa.

Después ojeó el despertador y supo que eran algo más de las ocho.

- ¿No te habré despertado? – dudó el capitán.

- Ya ni sé. Apenas he pegado ojo a cuenta de los hematomas. Estoy muerto.

El sargento recordó que le había telefoneado por la noche para informarle del fortuito encuentro con Cynthia Olmedo en la capilla de Cachal. Aún no se le iba de la cabeza.

- Debiste haberme avisado. Yo mismo os habría acompañado.

- Qué más da. La cuestión es que ahora conocemos la identidad del motorista – de algún modo se consoló –. Bueno, y también que el presidente de la Xunta mintió. Él fue quien atropelló a Lúa Prado cuando volvía de pasar el fin de semana en casa de Tina Bustos. He comprobado que Lens se encuentra a poca distancia de A Ponte Maceira. La carretera donde apareció la joven es una comarcal de poco tránsito que enlaza de nuevo con la autovía. Supongo que cogería siempre ese desvió para no ser reconocido.

- Es posible, y pasaré el recado a los de *Arriba*, pero te llamaba por otra cuestión.

Altamira pareció eludir sus pesquisas por otra razón de peso. Al menos, eso conjeturó.

- ¿Qué sucede?

- Ha aparecido el cadáver de Thiago Urbizu en la iglesia de San Pedro, en Muros, una villa situada al suroeste de la provincia de A Coruña.

Un silencio áspero invadió por completo la línea. Tal vez los acontecimientos de las últimas horas le habían llevado a olvidarse del chaval, y por supuesto, del cronómetro.

- ¿Cómo ha sido? – masculló entre dientes.

- Creo que otro tiro a quemarropa – resolvió –. La mujer que limpia la capilla se encargó de dar el aviso. Yo ya estoy yendo de camino. Si quieres, nos vemos allí en una hora.

- De acuerdo. Me visto y salgo.

Leo colgó la llamada y se levantó malhumorado. La noticia le había provocado un acusado resquemor según enfilaba el suelo de parqué y tiraba de la correa de la persiana. El amanecer despuntaba purpúreo tras el mar de tejados que divisó al fondo de la plazuela, al abrigo de una penumbra que poco a poco iba aclarando los perfiles serrados de los edificios. La ciudad comenzaba a despertar con los primeros transeúntes, trazos ensombrecidos que cruzaban el ágora en varias direcciones. El dolor se propagó de nuevo bajo las capas de su piel. Baeza se retiró de la ventana y percibió entonces el sonido del agua al otro lado de la pared. Supuso que Aura estaría duchándose y acudió a su encuentro.

Llevaba algo más de diez minutos encerrada en el cuarto de baño con el pestillo echado. Un lapso de tiempo en el que ni siquiera había oído hablar a Leo por teléfono desde que abrió el grifo del lavabo y vació delante del espejo el miedo que palpitaba al fondo de sus pupilas. El reflejo le devolvió la profunda quemazón que zigzagueaba a la altura de su aorta, la huella de la cadena impresa al rojo vivo. Sus ojos, enjuagados por las lágrimas, renunciaron a seguir contemplando a esa otra mujer que acaba de posar sus manos en el bajo vientre, la vida abriéndose camino sin tal vez desearlo. Aura esquivó su propia mirada y se refugió una vez más en los últimos recuerdos. *En su estado debería cuidarse*, la sermoneó el doctor tras su mesa, *está usted embarazada*. Aquella bomba detonó en su organismo. ¿Desde cuándo?, se preguntó en silencio. Aura calculó que llevaba varias semanas de retraso. Quizá lo achacó a la tensión que había vivido desde que decidió viajar a Galicia en busca de respuestas. Puede que incluso al ambiente enrarecido que se había instalado en el chalet de La Alberca por parte de Leo. Las náuseas que le sobrevinieron al examinar las fotografías de los cadáveres, e incluso la maldita llamada (admitió) que realizó a su padre, no la ayudaron a vislumbrar que el origen de su malestar era fruto de otra cuestión.

Aura se sobresaltó en cuanto Baeza aporreó la puerta. Se secó rápido las lágrimas y cerró el grifo.

- Dime – pronunció al otro lado de la puerta.

- ¿Estás visible?

- Acabo de salir de la ducha. ¿Pasa algo?

- Me ha llamado Altamira para informarme que ha aparecido el cuerpo de Thiago Urbizu en San Pedro, en Muros. Dice que nos espera allí en una hora.

La periodista exhaló un suspiro antes de contestar.

- Vale. Enseguida salgo.

Después escuchó sus pasos partir hacia el salón.

Aura tropezó de nuevo con su imagen, el temor galopando a través de sus ojos. De pronto, su móvil vibró en la encimera del lavabo. Carmen (o lo que era lo mismo, la única persona a la que había revelado su secreto) acababa de contestar a su *WhatsApp*: *cariño, ¿qué piensas hacer? ¿Vas a contarle a Leo lo del embarazo?* Sus dedos se mantuvieron a la espera sin saber aún qué responder. El cursor parpadeaba en la pantalla mientras su mente se afanaba en rescatar pasajes no olvidados de su memoria. La encrucijada emocional en la que se hallaba inmersa la condujeron por un laberinto cuajado de ramificaciones y voces, de presencias y añoranzas prematuras. Aura no estaba segura de si deseaba tener un bebé. No en ese instante, cuando su vida en La Alberca junto al hombre que amaba había sido un auténtico fiasco. Tal vez evitaba verbalizar lo que dejó atrás, su puesto en Tribuna Madrid, las llamadas a Leo por las noches, su ausencia. Porque en eso consistió su relación al principio, en echarse de menos. ¿Qué sucedió entre ambos cuando tomó la determinación de mudarse con él?, se cuestionó. ¿En qué momento dejaron de fluir las cosas? ¿Acaso no supo ver que Leo no estaba preparado desde que le comunicaron el cese temporal de sus funciones? Aura dudaba, y mucho, de querer formar una familia. Ni siquiera se sentía con suficientes ganas después de que su mundo se tambalease en cuestión de semanas: su relación de pareja, la nueva investigación, su madre… Aura creyó que antes necesitaba cerrar todos y cada uno de los frentes abiertos que la acorralaban, dispuesta a enfrentarse no sólo a sí misma, sino también a aquellos que entorpecían su camino.

El teléfono volvió a vibrar en la encimera. *¿Estás bien?*, leyó en la pantalla. Aura chascó la lengua y escribió unas cuantas palabras sobre el teclado. *Por ahora no voy a decir nada. Hablamos estos días. Besos*. Después se guardó el móvil en su cazadora vaquera y rozó con las yemas el tacto frío de la llave que había depositado desde entonces en su bolsillo.

La misma llave que Cynthia le quiso arrebatar y que una vez, hacía veinte años, su madre le regaló.

Una oscuridad gelatinosa relamía el mobiliario del despacho cuando Pedro Silva encendió el flexo. La luz anémica que derramó sobre su escritorio le animó a volverse en la butaca y otear el cielo gris que se adivinaba más allá del ventanal. Quizá había llegado más pronto de lo habitual, pensó. El presidente de la Xunta se remangó las mangas de su americana y se dispuso a entrar en el correo electrónico. Supuso que la bandeja de entrada se habría llenado de nuevos *e-mails* que

requerían de su presencia a tan sólo un día de celebrarse la festividad de Santiago Apóstol.

En ese instante, Arranz aporreó la puerta con los nudillos.

- ¿Se puede? – le formuló enérgico.

Silva lo invitó a pasar y se percató de la sonrisa hueca que traía consigo su asesor.

- ¿Y bien? – le alentó a desembuchar una vez que se plantó delante de la mesa.

- He estado haciendo algunas averiguaciones y resulta que el tal Baeza es, en efecto, el sargento de la Guardia Civil de La Alberca, un pueblo de la sierra de Salamanca.

- ¿Has descubierto algo? – notó que aún le faltaba por escuchar la mejor parte.

La sonrisa de Felipe Arranz lo delató si cabe.

- Resulta que lleva meses suspendido de sus funciones por una serie de irregularidades que cometió en el Bierzo.

- ¿En serio…? – se extrañó –. ¿De qué se le acusó exactamente?

- De suplantar a la máxima autoridad del puesto de Ponferrada y llevar las riendas de la operación *Campanilla*.

Pedro Silva no pudo reprimir el gesto de asombro que destapó en sus facciones.

- Parece ser que el propio Baeza argumentó en el juicio que se celebró al cabo de un mes que había encontrado similitudes con otro caso que llevó tiempo atrás, el del crimen de Penélope Santana, la chica de pelo rosa que salía cada dos por tres en el telediario.

- Sí, la recuerdo – emitió.

- Pues bien, tengo la sensación de que su intervención en el Bierzo se le fue de las manos ya que también figura en el expediente otras acusaciones.

- ¿Del tipo…? – se arriesgó a saber.

- Intimidación, exposición pública del secreto de sumario – enumeró –. Incluso muestras de agresividad durante la investigación en curso.

El presidente se llevó una mano al mentón mientras repasaba los apuntes que le acababa de exponer de manera concisa.

- Entonces, de algún modo está incumpliendo su propia condena.

Arranz frunció los labios en un intento por alcanzar sus propios pensamientos.

- ¿Qué piensas hacer? – prefirió ir al grano.

- Se me ha ocurrido algo – dijo.

Después le ofreció una mirada conminatoria.

- Ya es hora de que alguien le pare los pies, ¿no crees?

La iglesia de San Pedro, en Muros, era una construcción de estilo gótico que se levantaba a poca distancia de la cara más septentrional

de las *Rías Baixas*. Situada a los pies de una carretera que escalaba el valle, su estructura se había integrado a la perfección entre el resto de casas que constituían el pueblo pesquero, con un bello rosetón en la portada principal de acceso y un campanario con balaustrada de piedra.

Al menos, esa fue la información que recopiló Aura en su móvil cuando una hora más tarde Leo estacionó el coche delante del templo. La periodista echó un vistazo a su *Flik Flak* y comprobó que eran algo más de las diez. Después, se apearon. Una brisa salada se enredó a su cabello en cuanto cruzó junto a Baeza la carretera, la balsa de agua espejando destellos al fondo. Reparó en el conjunto de barcas de diversos colores que había amarradas al muelle. Aura introdujo las manos en los bolsillos de su cazadora y enseguida palpó con sus dedos la llave, su agarre aderezado de geometrías imposibles. Una vez más se preguntó qué puerta abriría al pasado, pues sólo Funelli parecía haberse llevado el secreto consigo a la tumba.

Altamira alzó el brazo por dentro del pórtico hasta que al fin atrapó el interés de Baeza. El capitán decidió partir a su encuentro, enfilando con el paso duro el atrio medieval que se abría a la intemperie con los adoquines desgastados y un *cruceiro* de capitel sencillo. Apenas tardó unos segundos en darse cuenta del semblante circunspecto de la periodista. Supuso que aún no se habría repuesto del susto del día anterior, cuando Cynthia atravesó con su moto las puertas de la capilla de San Pedro Mártir.

- ¿Alguna novedad? – rompió el hielo el sargento.

- Los peritos están procediendo al levantamiento del cadáver. El forense ya ha terminado de recopilar las pruebas materiales y en breves será trasladado al Anatómico.

Leo negó con la cabeza, como si le costase admitir que Thiago Urbizu había sido ejecutado.

- En fin… ¿Entramos?

Los dos agentes partieron hacia la entrada, Aura imbuida en sus pensamientos unos pasos por detrás. Altamira no pudo por menos que preguntarle al sargento.

- ¿Cómo está? – señaló con un golpe de cabeza a la periodista.

Baeza exhaló un suspiro antes de responder.

- Bastante conmocionada.

- Eso me ha parecido. Con las prisas se me olvidó preguntarte por teléfono.

- Todavía no se me va de la cabeza que el motorista que ha estado persiguiéndonos resultara ser Cynthia Olmedo. Te juro que esa tía es una máquina de matar. En cuestión de segundos nos tumbó a los dos, créeme.

- El entrenamiento que vimos en las grabaciones fue realmente

efectivo – lo justificó.

Leo supo que se refería a los vídeos que Hooded rescató del ordenador personal de Tristán y en los que se podía ver claramente las técnicas castrenses que Iván Minchev utilizó con las chicas al principio de ser capturadas.

- Ni lo dudes – aseveró –. El caso es que ayer me di cuenta de que la reacción de Cynthia fue similar a la que tuvieron Tania e Inés en el búnker. Fueron radicalizadas para estar al servicio de Tristán. Estoy convencido de que la envió a por nosotros desde que supo por el Correo de Galixia que estábamos tras su pista.

- Y será mejor que no bajes la guardia – le aconsejó una vez que traspasaron el atrio –. Es posible que vuelva a localizaros. Debes velar por tu seguridad, y también por la de Aura.

Baeza prefirió ocultarle que había recuperado su *Beretta* de nueve milímetros que Tania le arrebató meses atrás y que por alguna extraña razón había decidido amarrarla a su cintura.

Los tres franquearon en silencio la nave, de una sola planta y dividida en cinco tramos que albergaba una capilla mayor en la cabecera, cubierta por una vistosa bóveda de crucería. El resto estaba aderezado con techos de madera, sustentados sobre unos arcos apuntados. Leo echó un vistazo y denotó que el templo había sufrido diversas modificaciones a lo largo del tiempo, manteniendo sus altares originales junto a varios sepulcros medievales. Enseguida reparó en la comitiva judicial, la cual atendía a la finalización del trabajo de los técnicos. Ataviados con sus característicos trajes de bioseguridad criminalística, fotografiaban una porción de las baldosas de piedra gracias a las lámparas portátiles que iluminaban la escena, donde a pocos metros se encontraban los restos de Thiago Urbizu protegidos con una manta isotérmica y emplazados en una camilla móvil.

- El chico recibió un tiro en la nuca al igual que en los anteriores crímenes – expresó el capitán en voz baja.

Aura se incorporó a la disertación forense.

- Como te comenté por teléfono, fue la mujer de la limpieza quien dio el aviso a primera hora – continuó –. Parece ser que la cerradura había sido forzada.

- ¿Dónde lo encontró?

- Ahí. Delante de la pila bautismal – apuntó con el dedo –. En la misma posición de sumisión que Iván Minchev. El patólogo ha localizado el mismo esbozo de serpiente en el dorso de la lengua y otra castaña apresada en su mano derecha.

La periodista echó a andar hacia la pila tras atender a sus explicaciones.

- El muy hijo de puta nos engañó al hacernos creer que se encontraba con Thiago Urbizu en el centro comercial.

- ¿Por qué lo dices? – sospechó.

- Porque la policía ha hallado el terminal en una papelera del parking exterior.

El sargento presintió que el chaval nunca había estado en As Cancelas y que probablemente se trataba de otra de las artimañas de Ortiguera para despistarlos.

La voz de la periodista le robó el pensamiento.

- ¿Habéis visto esto? – sonó inquietante.

Ambos se acercaron a ella, sus manos aferradas a la piedra bautismal de estilo romano. Los ojos de Baeza se abrieron más de la cuenta al reparar en la serpiente enroscada hecha con el mismo material, su cuerpo sumergido en agua y retorcido en varias vueltas concéntricas.

- No me jodas – masculló –. Pero si es…

- La espiral – se adelantó ella –. El mismo símbolo que Tristán dibujó en los párpados de todas sus víctimas.

Por un instante Leo recordó la primera vez que vio aquel enigmático laberinto, la lluvia fina cayendo en derredor en el Bosque de los Espejos de Las Batuecas.

- ¿Pero por qué? – buscaba respuestas –. ¿Qué diablos tiene que ver el libro de Funelli con esta maldita serpiente?

- No lo sé, pero Hooded estaba en lo cierto.

- ¿A qué te refieres?

- Ortiguera abandona los cuerpos en localizaciones que aparecen en las ilustraciones del segundo manuscrito. No era en San Pedro Mártir como creyó al descubrir una serpiente en el grabado número 7. Era aquí, en Muros.

Altamira ni siquiera se atrevió a contradecirla.

- ¿Entonces? – afinó la pregunta.

- Entonces habría que llamar al analista de nuevo. Ahora ya sabemos en qué consiste su propio juego.

Lidia Barrientos era una mujer que no se dejaba amilanar fácilmente. Tal vez los años la habían enseñado la falsa premisa de que para hacerse respetar, antes tenía que empezar por demarcar su territorio. Y eso fue lo que aprendió en la Academia de Guardias y Suboficiales de la Guardia Civil tras varios tropiezos y alguna que otra escaramuza con algún superior: ni más ni menos que saber derrocar al enemigo. Eso mismo fue lo que proyectó en su mente cuando cogió la llamada en su despacho y se dispuso a hablar con el hombre que parecía contrariado por lo ocurrido. La nueva encargada del Puesto de La Alberca apretó con saña la estilográfica que sostenía en su mano y renunció a seguir escuchando aquella perorata un segundo más.

- Tampoco pretendo contradecirle pero… ¿Está usted seguro de que

se trata del mismo Leo Baeza? Quizá haya habido algún error.

En el fondo, la sargento estaba deseando que no fuese el caso. Su nariz aguileña sobresalía unos centímetros por fuera del auricular, otorgándole una impronta de ave carroñera.

- ¿Cree que iba a tomarme la molestia de telefonearla en persona si no supiera que es él? Ese tipo entró en la sede y me dirigió unas acusaciones muy graves. Ya le digo que voy a informar a mis abogados del asunto.

Barrientos percibió cómo su respiración se tornaba dificultosa, fruto de la ansiedad que parecía corroerlo por dentro.

- Está bien, señor presidente. Déjelo en mis manos. Le prometo que atajaré el problema cuanto antes.

- Eso espero – sonó a reprimenda –. Mis asesores me han informado que ese tal Baeza lleva meses suspendido de sus funciones y me veo en la obligación de dar parte al Ministerio.

- Y no seré yo quien se lo impida – arbitró –. Le agradezco que me haya avisado. Hoy mismo me pongo a ello.

- Gracias por su consideración – se despidió Pedro Silva.

- Para eso estamos. Buenos días.

Y colgó.

Lidia Barrientos esculpió una expresión de repulsión en su rostro y entró acto seguido en su ordenador. Apenas tardó en localizar el fichero que rezaba por título *bajas temporales*. Cliqueó un par de veces y escribió en el buscador su nombre: Leo Baeza. El programa halló una coincidencia en milésimas de segundo. La sargento descargó el archivo y pulsó después en la ventana. La pantalla le mostró enseguida la fotografía a color de aquel miserable que se había excedido en sus funciones, con sus datos personales anotados un poco más abajo. Barrientos esgrimió una sonrisa taimada en cuanto se dispuso a redactar la orden:

"Se precisa detención del sujeto por extralimitarse de su cargo durante su suspensión".

Luego abrió el correo electrónico del Puesto de La Alberca y adjuntó el informe sin ningún tipo de temor. Más bien se convenció de que estaba a punto de acertar en la diana con su estratagema. Entones lo reenvió a las principales comisarías y capitanías del norte, no sin antes mascullar:

- Ahora aprenderás.

La luz plomiza de primera hora de la tarde perforaba los amplios ventanales de la cafetería. Aura y Leo se apresuraron a entrar, el rumor de los clientes flotando entre efluvios a café que empañaban sin

embargo los espejos esmerilados de aquella bombonera decimonónica. Enseguida repararon en la mano alzada de Félix Villalobos. El hombre se encontraba sentado en el mismo velador de la vez anterior, su empaque en consonancia con sus modales. Llevaba el cabello cepillado hacia un lado y un nuevo traje de sastrería en tonos azules. Sus piernas, cruzadas a propósito, le otorgaban un aire de distinción difícil de eludir. La periodista enfiló el pasillo que se abría entre el resto de mesas y le ofreció de camino una sonrisa cordial, gesto que reprodujo igualmente el experto en simbología criminal. Tal vez era su manera de agradecerle que estaba a su entera disposición cuando decidieron quedar a las cuatro de la tarde en aquella cafetería del centro de la ciudad.

El hombre se levantó con garbo y los saludó con un apretón de manos.

- Me alegro de volver a verles – dijo con la voz impostada.

Después se sentaron a su lado, la taza que había a un extremo humeando esquirlas de vapor.

- Sentimos que haya tenido que desplazarse otra vez desde Sanxenxo – se disculpó Aura por los dos –. Pero ha habido novedades en el caso.

- Estoy al corriente – la informó –. He leído en internet que el chico fue ejecutado.

- Su cadáver ha aparecido esta mañana en el interior de la iglesia de Muros, en la misma posición que los otros cuerpos y delante de una pila bautismal con forma de serpiente.

- La misma espiral que Tristán Ortiguera dibujó en los párpados de las chicas – añadió Baeza –. O al menos, de las que tenemos constancia.

Félix Villalobos no pudo reprimir el rictus de estupor que compuso sobre sus facciones.

- Por eso decidimos avisarle – tomó el relevo la periodista –. Desde la última vez que nos vimos, ha habido algunos cambios.

- ¿Del tipo…? – se interesó, con los hombros vencidos hacia delante.

- Hemos conseguido las ilustraciones del segundo manuscrito de Funelli. Parece ser que los lugares que aparecen en algunos de los grabados son los mismos emplazamientos donde abandona los cuerpos de esos hombres.

- ¿Qué insinúa? – ahondó.

- Que Tristán se está guiando por esas láminas hechas a carboncillo. Aunque sin texto, difícilmente sabremos el motivo que le lleva a hacerlo.

- Lógico. ¿Por casualidad no tendrá a mano esas imágenes? – pareció desafiarla.

Aura se limitó a asentir mientras entraba en la galería de su móvil y localizaba las fotos que Hooded le había enviado a su correo. Una vez que las encontró, le cedió su teléfono.

Un submundo de laberintos angostos y ciudadelas en llamas se abrió paso en la pantalla a medida que la Alicia madura capitaneaba a su ejército de criaturas milenarias bajo la vara mágica que portaba en su mano. Trazos angulosos que rezumaban un infierno apocalíptico, en un intento por construir una fábula telúrica y primitiva.

Félix Villalobos atendió al conjunto de escenas con la atención concentrada hasta que algo le hizo moverse en su silla.

- No es posible… – masculló.

Leo y Aura lo miraron sin pestañear.

- ¿Cómo diablos no se me había ocurrido?

- ¡El qué? – expulsó nerviosa la periodista–. ¿Qué no se le había ocurrido?

El analista clavó sus ojos en los suyos.

- Que sí que existe un sentido – declaró tajante –. Y ha estado ahí desde el principio.

En ese mismo instante, Hooded pedaleaba a toda prisa por la Rúa Algalia de Arriba.

El informático hizo un barrido somero al estrecho callejón de trazado medieval, los bajos de los edificios supurando un miasma verdinoso que anidaba sobre su piedra caliza. Una pátina de humedad abrillantaba los adoquines, formando en el suelo una especie de estanque de plata por el que atrochó en su bicicleta. Hooded se fijó que algunos escaparates tenían las luces encendidas. Su claridad amarillenta rasgaba la penumbra que recogía la callejuela, expuesta a la sombra diurna y las corrientes de aire. Enseguida atendió al letrero metálico que sobresalía al fondo de una pared: **Librería de Lance Xoán Feijoo**, con letra historiada y relumbre de tiempos mejores. Rápidamente esbozó una sonrisa de satisfacción y recorrió los escasos metros que le distanciaban aupado sobre los pedales. Minutos más tarde, apoyó la bicicleta contra el muro exterior.

Una campanilla prendió en el aire cuando desplazó la puerta y se internó en el establecimiento. Lo primero que reconoció fue el aroma a papel viejo que vagaba en el ambiente, entre torreones de libros que moraban a sus anchas y artículos modernistas de final de siglo sobre algunos aparadores. Hooded partió hacia el interior mientras su silueta era engullida por una opacidad polvorienta, las estanterías entorpeciendo su camino en una suerte de laberinto improvisado de baldas atestadas. Entonces, lo escuchó. Una melodía clásica se mecía por dentro del mostrador, otorgando al lugar un viaje en el tiempo donde los relojes parecían haberse detenido. El informático se dirigió

a la cálida burbuja de luz que desprendía una lamparita de pie y se aproximó a una vitrina acristalada con varios ejemplares expuestos sobre atriles. Sus ojos se fueron por inercia al grabado alquímico que mostraba la portada de uno de los libros, el protagonista de barbas hirsutas apuntando con el dedo el manuscrito que apoyaba en su regazo.

De pronto, alguien carraspeó por su espalda.

- Una joya bibliográfica de don Ramón María del Valle Inclán – pronunció después.

Hooded se volvió asustado.

- El ejemplar fue publicado en 1916 por el propio bolsillo del autor. Aunque *La Lámpara Maravillosa* no es de los mejores libros del hidalgo. Su interés radica en que fue de los primeros volúmenes que sacó de su archiconocida *Opera Omnia*, con ilustraciones de Moya del Pino, fruto de un ejercicio de sincretismo místico-esotérico.

El informático se quedó de una pieza, sus pupilas intentando atravesar el paño umbrío que lo condenaban a permanecer en las sombras.

- ¿Le puedo ayudar en algo? – remató para más inri.

Luego se encaminó hacia el mostrador, sus pasos cortos y renqueantes. Hooded lo escoltó unos metros por detrás, situándose al otro lado de la tarima de mármol. La lamparita arrancó de cuajo la penumbra de sus facciones. El hombre vestía un jersey fino de color granate y una pajarita oscura que aprisionaba el cuello de su camisa. Tenía la cara redondeada, con un ligero rubor en las mejillas y una boca menuda de labios replegados. El pelo, más bien pobre, exhibía por dentro de su cuero cabelludo un rosario de manchas y pecas. Hooded calculó que tendría cerca de ochenta años cuando el hombre, con la actitud retraída, apoyó ambas manos sobre la tarima esperando una respuesta.

- ¿Po casualidad no será Xoán Feijoo, el dueño de la librería?

El anciano frunció sus párpados con recelo.

- ¿Quién lo pregunta?

- Verá, vengo de parte del nieto de Federico Bulnes – se explicoteó –. Él mismo me dio la dirección de la librería porque estoy buscando información acerca de un libro que jamás llegó a publicarse y que su abuelo tuvo ocasión de realizar sus ilustraciones.

El informático atendió a la impaciencia que vibraba al fondo de sus pupilas.

- Tengo los dibujos en mi móvil – le garantizó.

- Pues si es tan amable de mostrármelos…

Hooded sacó el teléfono de sus vaqueros y encendió la pantalla ante la mirada escrupulosa del hombre. Su respiración, torpe y pausada, se amalgamaba a las notas musicales que se desprendían de la vieja radio

a un lateral del mostrador. El informático se azoró todavía más si cabe. Una vez que los localizó en la carpeta de descargas, le cedió su *Iphone Xs*. Sus manos temblorosas parecían rechazar aquel artilugio de la postmodernidad. El hombre se colocó las gafas de ver sobre el puente de su tabique nasal y ojeó con interés los grabados que sobresalían en trazos afilados y tenebrosos.

Sus ojos volvieron a posarse en los suyos, esta vez con un poso de animadversión.

- ¿Qué es lo que quiere saber exactamente? – preguntó con la voz dura.

Hooded dudó de la respuesta.

- De qué trataba el manuscrito – balbució –. Qué contaba en sus páginas.

Un silencio áspero se coló en la conversación.

- Difícil de resumir. Más que nada porque para entender la continuación del *Juego de la Serpiente*, antes es necesario entrar la mente de su autor – resolvió con un amago de sonrisa –. Y le aseguro que la de Funelli no brillaba por su simpleza.

Aura Valdés se mostró reacia con su declaración. Las palabras que arrojó Félix Villalobos, *existe un sentido y ha estado ahí desde el principio*, parecían haberse enquistado en su memoria. Tal vez los ojos del analista intentaban demostrarle que acababa de encontrar una solución al teorema; una especie de lógica irrefutable donde se había dado cuenta del papel que jugaba no sólo la protagonista de la continuación del *Juego de la Serpiente*, sino también lo que supuso aquel libro en la perversa ideología de Tristán Ortiguera.

El rumor de la cafetería ni siquiera consiguió derribar sus miradas, prestas a desafiarse.

- ¿Qué quiere decir con que todo ha estado ahí desde el principio? – se inmiscuyó Baeza entre los dos.

Félix giró el cuello hasta que tropezó con su mirada, intranquila y expectante por igual.

- Es por los símbolos que he visto. Todo ha cobrado un sentido ahora.

- ¡A qué se refiere? – se impacientó la periodista.

- A que tanto el *Juego de la Serpiente* como los dibujos de este segundo manuscrito encadenan un único culto. Una fuerte veneración a la diosa Isis.

Ambos pestañearon repetidas veces ante el nombre que acababa de pronunciar.

- Si se fijan en el proceso de las ilustraciones, la pequeña Alicia se ha convertido en una mujer adulta gracias a las batallas que ha ido librando durante su periplo.

- Porque en eso consiste el juego: en que otras criaturas se vayan sumando a su odisea – le contradijo Aura.

- ¡Nooo! – exclamó –. En el fondo es mucho más simple. Se trata de una transmutación del personaje. Las cualidades y experiencias que Alicia va adquiriendo a lo largo del viaje la han convertido en la mujer adulta y poderosa que aparece representada en los últimos grabados. No sé si me explico. Sus victorias le han otorgado una recompensa.

- ¿Y es…? – le interrumpió Leo.

- Portar un cetro muy concreto. En este caso el que lleva siempre en su mano, como si se tratase de una hechicera o similar – dijo –. Pero su cetro. El suyo propio. El de Alicia.

La periodista sintió que estaba mucho más perdida que antes.

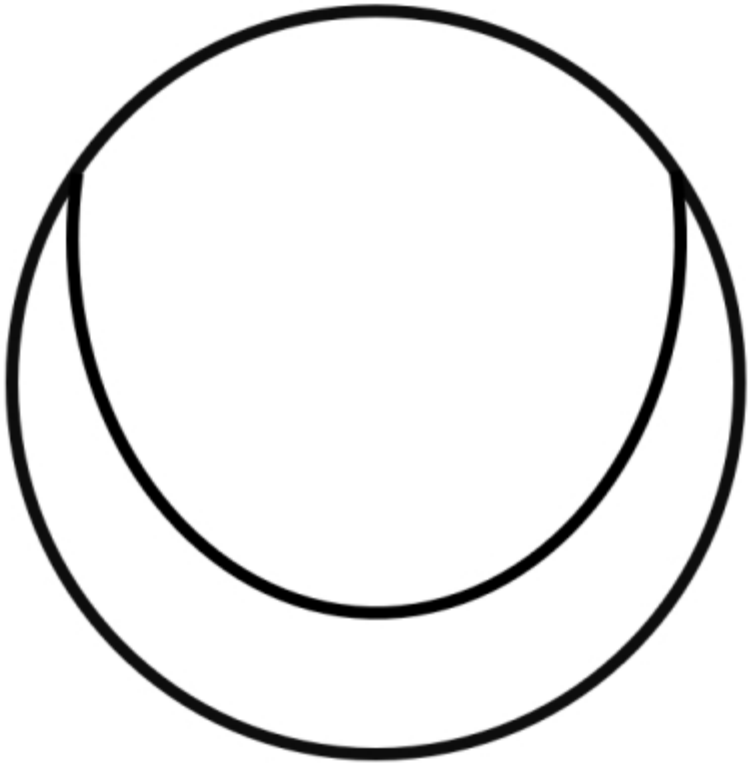
- Sigo sin entenderlo – le aseguró.

- Y lo comprendo, pero verán. La primera vez que me mostraron el fresco de la casona abandonada, cometí un error. Interpreté aquel disco solar como un símbolo del *Daesh,* cuando en realidad lo que admiraba junto a sus criaturas del bosque era a la diosa Isis, el reflejo de lo que más tarde se convertiría si era capaz de ganar la partida.

- ¿En qué se basa? – avanzó Aura.

- En la estructura del disco: una esfera sostenida por dos cuernos. ¡La misma esfera que corona su vara! – se exaltó en su silla –. ¿Lo entienden ahora?

Villalobos apresó una hoja del servilletero y sacó una estilográfica del bolsillo interior de su chaqueta. Después se dispuso a representar el mismo símbolo que les dibujó la primera vez que se conocieron en aquella misma cafetería del centro de Santiago de Compostela.



Una vez que terminó el esbozo, señaló con la punta del bolígrafo las aristas que sobresalían.

- El disco solar de Isis – los ilustró –. El disco por su relación como hija de Ra y los cuernos, el *uraeus*, en alusión a Hathor, esposa de Horus. Por eso el libro se llama *El Juego de la Serpiente*. Es decir, se trata del propio juego de la diosa puesto que la serpiente es otro de los símbolos con los que siempre se la ha representado desde el Antiguo Egipto.

Aura no estaba del todo convencida. Más bien le parecía descabellada su hipótesis.

- De acuerdo. Le compro la idea – intervino el sargento –. Pero hay algo que no consigo descifrar. ¿Qué relación une su teoría con los crímenes de Tristán? Lo siento, pero no tienen demasiado sentido.

- Al contrario. La espiral que ese hombre dibujó en los párpados de sus víctimas no era otra cosa que la idealización de la serpiente.

- ¿Y la pila bautismal donde apareció el cadáver de Thiago Urbizu? –intentó la periodista ir más allá.

- Lo mismo. Otra alegoría a Isis – atajó –. Y Funelli lo utilizó a propósito en sus libros porque aún quedan restos de su culto en la Península. Él lo sabía.

Hooded perfiló un gesto de asombro al otro lado del mostrador. La repuesta que le había facilitado el anciano (estaba convencido de que se trataba del dueño de la librería) le sumió en una incertidumbre mayor, como si los demonios que habitaron una vez en la mente del autor del *Juego de la Serpiente* los hubiese compartido durante muchas noches con él.

El informático no se resignó a quedarse con la duda.

- Entonces… ¿Usted conoció en persona a Funelli?

El hombre le sostuvo la mirada entre las sombras que velaban como una cortina grisácea el interior de su establecimiento.

- Más bien por boca de Federico Bulnes, su ilustrador – matizó –. En realidad, mi amigo era Bulnes. Venía casi todas las semanas a verme a la librería y, de paso, contarme en qué líos andaba metido.

- ¿Cómo por ejemplo…? – le animó a no dejarle *in albis*.

- Por ejemplo, que estaba acudiendo muchas tardes al Psiquiátrico de Toén porque estaba realizando los dibujos de un segundo manuscrito que nunca, como bien sabrá, llegó a publicarse.

El informático sintió que le estaba retando a corta distancia, su frente replegada en multitud de líneas de expresión.

- ¿Sabría decirme el motivo? – se aventuró.

- Difícilmente. No hablamos de uno solo, sino del todo en su conjunto. Funelli tenía una mente privilegiada que rozaba casi la locura. Dese cuenta que durante años se dedicó a estudiar los cultos paganos, el folclore popular, con la intención de narrar mediante una fábula lo que las autoridades franquistas censuraban tajantemente.

- ¿Es decir?

- Un libro lleno de pasadizos donde el más avispado acabaría por encontrar la respuesta al juego – definió –. Ése fue siempre el objetivo de Funelli: ocultar los mensajes que la cúpula del régimen prohibió en aquella España oscura y carente de ideas.

Hooded enarcó sus cejas a modo de respuesta.

- Imagino que se refiere a la pequeña Alicia que aparece en ambos libros y las criaturas que la acompañan.

- Más o menos… – apostilló –. Digamos que la protagonista de Lewis Carroll a la que se refiere no es otra que la diosa Isis, y las criaturas que la protegen no son más que seres mitológicos, creencias populares que un día fueran cercenadas de una región o zona en particular.

- Entonces, alguien tuvo que conocer la verdad y dar el chivatazo a las autoridades para tomar la decisión de encerrarlo en el Psiquiátrico de Toén.

- Lamentablemente – chascó la lengua –. No quedó rastro de Funelli. Ni siquiera de sus libros, los cuales fueron quemados en pira pública para que cayesen, junto con el autor, en el más absoluto de los

olvidos.

- ¡Tonterías! – se molestó –. No había nada pecaminoso en hablar de un culto ancestral.

- Se equivoca – intentó corregirle.

- ¿Por qué?

- Porque para ellos, altos mandatarios apegados al nacionalcatolicismo, la pequeña Isis encarnaba otra realidad bien distinta.

Félix Villalobos hizo una pausa antes de continuar.

La atención que le prestaban sus dos acompañantes al otro lado del velador le animó a escarbar en la estela milenaria que aún se conservaba de Isis en la Península Ibérica.

- Funelli debía de conocer el culto que se prestó a la diosa en Hispania. Dense cuenta que era una de las principales deidades de la religión del Antiguo Egipto, cuya veneración se acabó extendiendo por todo el mundo grecorromano, tanto sus creencias como los rituales que la rodeaban. Evidentemente, la implantación fue paulatina y sus principales introductores eran mercaderes en su mayoría, que seguían de cerca el desplazamiento de las legiones romanas. Fue tal la fascinación que sintieron algunos de sus emperadores por ella, desde Calígula a Trajano, que la diosa sufrió considerables alteraciones, transformándose en una Isis *Lágida*, adaptada su figura y atributos al gusto romano.

- Como Alicia… – comparó Aura las ilustraciones de ambos manuscritos.

- Más o menos. El caso es que los romanos realizaron su propia *interpretatio* de la diosa, calando en Hispania entre los siglos I y II, periodo en el que se erigió un mayor número de *iseos*. De hecho, la convirtieron en una Isis *Panthea*, algo así como la diosa de los dioses. O dicho de otra manera, una Suprema Divinidad asociada a la magia, la fecundidad, la maternidad o la medicina, entre otros conceptos. Su veneración barrió de arriba abajo el Mediterráneo, teniendo constancia a día de hoy de muchos materiales epigráficos, e incluso de edificaciones. Y no hace falta mirar muy lejos, pues aquí, en Galicia, existen unos cuantos.

El analista volteó la servilleta y bosquejó con su estilográfica la comunidad autónoma de Galicia, delimitándola en cuatro mitades mediante guiones.

- Veamos. Si la memoria no me falla, la Virgen de los Ojos Grandes es un claro ejemplo de esa extraña conversión desde su fundación medieval. Patrona de la ciudad de Lugo, existen epigrafías que relacionan su culto con la diosa, incluida la piscina que hay por fuera de la catedral y en donde apareció la segunda víctima, Braulio

Fonseca. Lo digo porque ese pilón es similar a los que existían en los templos romanos dedicados a Isis, con imágenes isíacas en sus mosaicos como la serpiente. Imagen que, por cierto, solían acompañar a la diosa en sus representaciones.

- Entonces, ¿la pila bautismal de San Pedro de Muros hace también alusión a ella?

A la periodista le costaba asimilar que el lugar donde se encontró a Thiago Urbizu tuviese una conexión con la cultura mística y politeísta del Antiguo Egipto.

- Eso parece – apuntó –. O al menos, en apariencia. No es muy común ver una pila de santiguar con una serpiente enrollada en forma de espiral en su interior y sumergida en agua bendita. Volvemos a toparnos con otro elemento propio del culto a Isis. Y ahí no acaba la cosa. Recuerdo haber leído en los informes que Iván Minchev fue ejecutado en un bosque de Ourense.

- En Castros de Trelle – le proporcionó el sargento.

- Pero su cuerpo, en posición de veneración, se colocó *ex profeso* delante de un *sicomoro* o higuera africana. ¿Bien…?

Ambos asintieron a la par.

- Árbol sagrado en la tradición egipcia y asociado al inframundo. Es decir, una especie de portal entre el cielo, la tierra y el árbol de la vida. Sin embargo, no fue eso lo que me llamó la atención, sino el hecho de colocarle unos cuernos. De nuevo, estamos ante otra alegoría; en este caso, a los *araeus* o cuernos de Hathor, que sostienen el disco solar y coronan la testa de la diosa.

Villalobos trazó dos equis por dentro de su improvisado mapa, uno a la altura de Lugo y el otro en la zona de Ourense.

- Tengo la sensación de que nos estamos alejando del motivo que nos ha traído hoy hasta aquí – exteriorizó Leo sus pensamientos.

El analista le sostuvo la mirada, desafiante.

- ¿Y cuál es para usted el verdadero motivo? – quiso averiguar.

- Por qué Tristán está matando, cuando ni siquiera sabemos si existe una vinculación con las ilustraciones de esos dos libros, y muchos menos con lo que insinúa.

- Con lo que insinúo… – soltó con retintín –. ¿Se refiere a que la protagonista de ese manuscrito es un arquetipo de la diosa? ¿O que en Galicia estuvo muy extendido su culto, donde algunos grupos neopaganos siguen organizando a día de hoy el *Camino de Isis*, que parte de Compostela a Finisterre? Disculpe que le contradiga, pero creo que aún no es consciente de la influencia que tuvo la deidad. La población peregrinaba siguiendo su estela hasta que el cristianismo se convirtió en la religión dominante y la apartó con hostilidad. Se prohibió cualquier ritual pagano, hubo persecuciones hacia aquellos que se resistían a abandonar sus creencias. Pero fueron muchos los

fieles que continuaron venerando a la diosa cara a la galería, camuflándola bajo una nueva imagen durante la Edad Media. Y le aseguro que Funelli escribió una fábula para narrar lo que la inmensa mayoría se negaba a ver: la verdad.

Hooded se mantuvo expectante por fuera del mostrador, como si la información que acababa de transferirle el librero, *la pequeña Isis encarnaba otra realidad bien distinta* para los *altos mandatarios apegados al nacionalcatolicismo*, escondiese una intrahistoria que sólo Funelli supo construir a base de pasadizos secretos y madrigueras abismales. Tal vez el informático no estaba por la labor de quedarse con la duda cuando inclinó el cuerpo hacia delante y le sondeó con la mirada perspicaz.

- ¿Es decir…? – lo animó a continuar –. ¿Qué otra realidad encarnaba Isis?

Xoán Feijoo atribuyó sus prisas a la necesidad de saber.

- Pensé que ya se había dado cuenta – dijo, complacido de que no hubiese resuelto aún el enigma.

- Siento defraudarle, pero en el colegio era un zote en Cultura Clásica – atribuyó su falta de visión –. Apenas lo aprobé con un cinco raspado.

- Descuide. La respuesta es mucho más simple de la que aparenta.

- ¿Y es…? – la ansiedad le carcomía por dentro.

- Vírgenes negras.

Su respuesta le supuso un apabullamiento todavía mayor.

- ¿Vírgenes negras? ¿En eso se *"reencarnó"* la diosa? – entrecomilló con ambas manos.

- Ya veo que en Historia Antigua tampoco era muy ducho.

- Otro cinco raspado – se limitó a confesar.

- Pues su historia ha estado siempre ahí, desde los inicios del cristianismo. Fueron muchas las advocaciones marianas que se veneraban en España y que continúan suscitando interés en nuestros días: la Virgen del Pilar, Guadalupe, Monserrat, la Almudena… Aunque durante la Edad Media, sus devotos prefirieron camuflar a Isis bajo esa nueva apariencia por miedo a represalias.

- ¿Acaso temían arder en los infiernos?

- Más bien no estaban por la labor de contrariar a la Iglesia – atajó –. Nuestra Península era tierra fértil para seducir a sus gentes con estas narraciones legendarias, con el único propósito de cristianizar los santuarios paganos y que la población dejase de rendir adoración a las piedras negras. Me refiero, sin duda, a Isis. Un culto primitivo a la Diosa Madre que llevaba instalado desde el Neolítico.

- Objetivo cumplido entonces. Nadie se acuerda de ella ni de lejos.

- No del todo. El problema que se encontraron los Templarios era

que la adoración a una deidad pagana podía acarrearles serios problemas si la Iglesia Católica descubría lo que se hacía de espaldas al mundo en cuevas y santuarios escondidos en los bosques. Esto les obligó a ser mucho más ingeniosos y camuflar a Isis bajo otra nueva identidad.

- Las vírgenes negras – resumió el informático.

- *Equilicuá*. De hecho, la comparativa es bastante llamativa: una porta a Horus entre sus brazos, la otra al niño Jesús. La primera está tocada con unos cuernos, signo del astro de las noches; la segunda tiene los pies sobre la luna creciente. Isis a veces posee la cabeza nimbada, la virgen está adornada con una aureola…

- A lo que deduzco que la cosa cuajó finalmente en España.

- Y también en Europa – le avanzó –. Las tallas suplantaron a las anteriores en todos los lugares sagrados donde se adoraba a un ser pagano. Y más vale que se hiciera así porque el Concilio condenaba de *herejía* al que se saltara las normas, siendo expulsado del imperio y sus seguidores perseguidos, por supuesto. Pero como le he dicho, su culto siguió celebrándose a escondidas. Sin ir más lejos, los primeros habitantes de París llevaban el nombre de *Parisii*; es decir: *La Casa de Isis*. O incluso aquí, en Galicia.

El librero tragó saliva antes de continuar.

- Uno de los lugares más sorprendentes de culto a la diosa ocurrió en la antigua ciudad de Iria Flavia, en la actual población de Padrón, muy cerca de Santiago de Compostela. Parece ser que era una región en la que predominaban las deidades de origen romano y prerromano, y también las de la cultura celta.

- Curioso – abrevió el informático.

- Todo lo que acontece a este país, desde luego. En nuestra propia herencia, aunque los haya que renieguen de ella. Por eso a las autoridades franquistas no les interesaba que esto saliese a la luz – retomó su exposición desde el principio –, ni siquiera que la gente supiera que la virgen María procedía de la diosa Isis. Y hablamos de hace cuarenta o cincuenta años. Iba en contra de los preceptos del nacionalcatolicismo. Era anti natura, un insulto a la propia Iglesia publicar ese tipo de fábula o libelo.

- Pero Funelli sí que se saltó las normas – adujo.

- Intentó dejar todo bien atado para que nadie descubriese lo que escondía su relato.

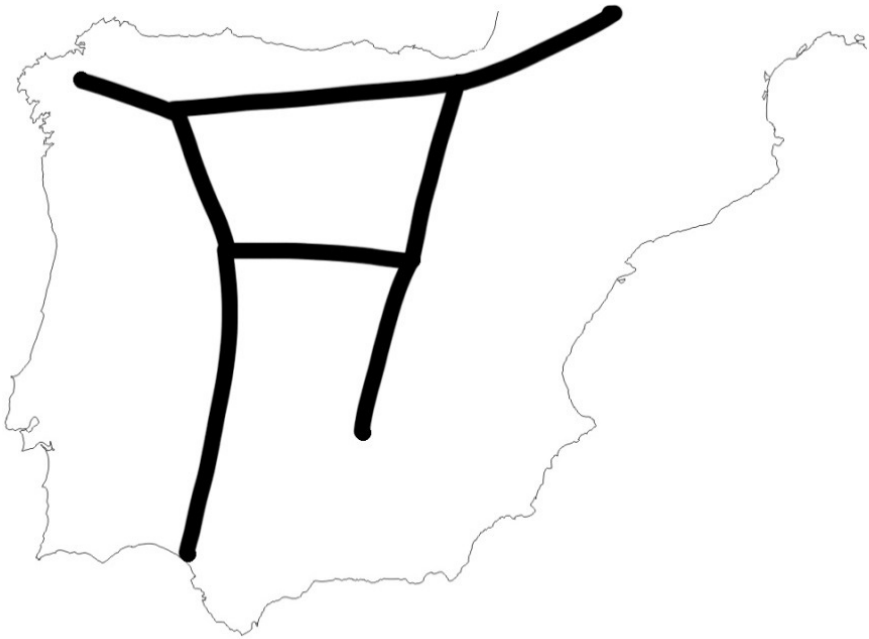
- ¿A quién se refiere? ¿Al trasunto de Alicia en el País de las Maravillas? – sospechó.

- En este caso, a los capítulos correctos del *Juego de la Serpiente*. No estaban escogidos al azar. Había una intencionalidad, un secreto que muy pocos conocían.

Xoán Feijoo sacó un lapicero de uno de los cajones de su vetusto

mostrador y delineó sobre la tarima de mármol un complejo mapa de España, insertándolo de líneas por dentro.

Hooded lo atendió ensimismado.



Enseguida reconoció el símbolo.

Un cuadrilátero con las aristas aventajas que Tristán perfiló con tinta negra en los párpados de sus víctimas, así como en la confección del mural donde aparecieron el resto de chicas anónimas. Sólo una era la elegida. La encarcelada por un círculo rojo.

- ¿Se ha dado cuenta de que la unión de esos puntos forma una serpiente, al igual que el título del libro? – le esclareció el informático.

El anciano le gratificó con una sonrisa astuta.

- Es posible, pero su significado era otro.

- ¿Está usted seguro? – receló de sus palabras.

- Por supuesto. Es la constelación de Virgo proyectada sobre el mapa de España. Ni más ni menos que los puntos donde hay una virgen negra: la virgen de la Peña de Francia, la virgen de Ponferrada, la de Rocamadour… – enumeró.

Hooded demudó su rostro al advertir que se trataba de los lugares donde fueron hallados los cadáveres de esas jóvenes (al menos en cuatro de los siete casos), desde que Chlóe Guillot desapareció en 1998 hasta el brutal asesinato de Tania Oldán meses atrás.

Después se preguntó si habrían interpretado mal el símbolo y en vez de un camino, el que recorría la pequeña Alicia, su representación era

la de una constelación. En este caso, la de Virgo. La Virgen. Isis.

- Funelli insertó a modo de acertijo la adoración a la diosa en la Península – prosiguió –. Bajo ese precepto construyó su libro. Era el legado que deseaba transmitirnos.

- Sí y no – le contradijo.

El librero alargó el cuello para observarlo fijamente tras sus gafas de ver. Hooded sintió que había lastimado su orgullo.

- Me refiero a que ésa era la idea central del *Juego de la Serpiente* – remendó el error –, pero no la del segundo manuscrito. Las ilustraciones muestran otra historia.

- Evidentemente – se molestó –. La continuación habla del retorno de Isis, de la batalla final. En resumen, de la muerte a sus enemigos.

Villalobos depositó el móvil de Aura sobre la mesa y pasó con el dedo las imágenes que se asomaban como un sortilegio legendario en la pantalla.

Ambos atendieron embelesados a las ilustraciones en la cafetería, como si tras la actitud belicosa de su protagonista se escondiera un inframundo contaminado por llamas y monstruos. Federico Bulnes parecía haber captado el encantamiento de la obra.

- Estas son las tres ilustraciones por las que su hombre se ha inspirado para cometer los crímenes – arrancó el analista tras unos segundos de reflexión –. Es decir, ha tratado de emular las batallas que libra la protagonista del libro, ajusticiando a los que a su modo de ver considera los máximos enemigos de Isis en la tierra: un musulmán, un cristiano y un feligrés.

- Iván Minchev, Braulio Fonseca y Thiago Urbizu – enumeró la periodista en voz baja.

Leo la miró sorprendido.

- Exacto – continuó –. Ése es su nuevo juego.

- ¿Por qué? – se adelantó el sargento.

- Todavía no he conseguido dar con la cuestión. Si al menos tuviera acceso al texto – se lamentó –. Pero los grabados dejan patente que Isis, o la pequeña Alicia, da igual, va recobrando fuerza según vence a sus rivales. Los mismos que una vez la arrebataron el poder cuando cayó en el más absoluto de los olvidos.

- ¿Intenta decirnos que de alguna manera le mueve la venganza? – dejó entrever Aura.

- Lo afirmo – sentenció –. Y aunque cueste creerlo por tratarse de una fábula, siempre ha existido una gran rivalidad entre las religiones con el único objetivo de que una impere sobre las demás.

Baeza lo escuchaba arrobado.

- En resumidas cuentas, el segundo manuscrito versa sobre los dogmas que expulsaron el culto a Isis en la Península Ibérica.

Aura, en cambio, arrugó el ceño.

- Entonces, ¿por qué Tristán ajusticia a esos hombres? Como acaba de decir, forma parte de una fábula. No tendría sentido con lo que vivimos en La Alberca y El Bierzo hace meses.

- Comprendo su confusión. Pero se olvida de lo más importante, de lo que les comenté la primera vez que los conocí.

- ¿Y era…? – dudaba de su respuesta.

- Que una cosa son las creencias, lo que su cabeza elabora erróneamente; y otra bien distinta su propia motivación: lo que le impulsa a matar.

- ¿Y qué diferencia hay?

- Muchas – le garantizó –. No hablamos de un lobo solitario adscrito al *Daesh*, sino de todo lo contrario: de un tipo que asesina porque es su deber. Y gracias a los audios que me facilitaron de su paso por Toén, ahora entiendo lo que le mueve a ejecutarlos.

Su móvil vibró en el bolsillo de su sudadera.

Hooded posó la mano para disimular el temblor y miró una vez más al librero. El anciano estaba guardando el lapicero en el primer cajón del mostrador. Supuso que era su manera de decirle que la conversación había llegado a su fin.

- Creo que se me ha hecho tarde – articuló, poco convencido de su respuesta –. Aunque me gustaría darle las gracias por atenderme.

- No hay de qué. Llevó regentando esta librería más de sesenta años y por aquí han pasado escritores y editores de toda índole – le ofreció –. Ha sido como un milagro, se lo aseguro. Encontrar a un joven interesado en un autor desconocido que desarrolló su principal obra en los últimos estertores del régimen franquista, me ha conmovido.

El hombre se retiró las gafas de ver tras el paño de sombras que envolvía su figura, tan sólo quebrada por la luz raquítica del flexo. El olor a papel envejecido continuaba flotando en el ambiente.

- Entonces, me marcho – le gratificó con una sonrisa sincera.

Después giró el cuerpo con intención de cruzar por el laberinto de estanterías y torreones de libros que se alzaban de camino a la salida.

- Sólo una cuestión – lo detuvo, cogiéndole igualmente del brazo –. ¿Por qué ese interés hacia Funelli?

- Es complicado de resumir. Pero digamos que la mujer por la que siempre he suspirado lleva tiempo viviendo entre dos mundos: el suyo propio, y en el de la pequeña Isis.

- Entiendo… – masculló.

Acto seguido, destensó las falanges que aprisionaban una porción de su sudadera.

- Quizá se deba a la magia de los libros, a los secretos que habitan entre sus páginas.

- Es posible – admitió.

Hooded se encogió de hombros y encaminó sus pasos por el sendero de penumbra.

- Le deseo buen viaje – se dirigió a él por última vez mientras partía hacia la luz que se asomaba tras el diminuto escaparate –. No olvide que el alma de un escritor siempre permanecerá encarcelado a sus palabras, deseando que alguien las lea para ser liberado.

La campanilla del establecimiento prendió cuando abrió la puerta. El informático abandonó aquella telaraña de opacidad y se asomó por fuera, un débil *sirimiri* deformando la calle al fondo. Rápidamente se cubrió la cabeza con la capucha y sacó el móvil de su sudadera. Apenas tardó unos segundos en verificar que se trataba de un mensaje privado de *Xeito15*. O lo que era lo mismo, Iria; la experta en localizar las firmas de los autores en las tallas que restauraba y que conoció en el foro. Lo abrió. *"Te espero a las diez en Monte Viso. Hay algo que quiero mostrarte. Creo que ya sé por qué el asesino da Serpe graba a sus víctimas antes de ajusticiarlas"*. El mensaje venía acompañado por una captura de *Google Maps* con la localización del lugar.

Hooded se guardó el teléfono con una sonrisa de satisfacción y se montó en su *Canyon*. Ni siquiera pudo reprimir el cosquilleo que sintió en la boca del estómago cuando su silueta, emborronada por la humedad, se disolvió en aquel entramado de callejuelas laberínticas.

El analista parecía haber reconstruido la historia de Tristán Ortiguera mediante los audios de su paso por el Psiquiátrico de Toén. Al menos, Villalobos estaba convencido de su teoría a medida que Aura intentaba diseccionar en su cabeza las últimas palabras que vertió al otro lado del velador. ¿Acaso era cierto que las refriegas que la protagonista libró en el último manuscrito contra un musulmán, un cristiano y un feligrés, quiso llevarlas a cabo cuando asesinó a sangre fría a Iván Minchev (que profesaba el islam), Braulio Fonseca (prior del Monasterio de Osera) y Thiago Urbizu (un peregrino más entre tantos que inundaban los principales caminos que llevaban a Santiago) hasta entonces? La periodista se dio cuenta de que estaba reproduciendo las mismas escenas que aparecían en algunas ilustraciones. Sin embargo, aún les quedaba por averiguar el siguiente paso. Quizá, su nueva víctima.

Félix Villalobos robó sus pensamientos en aquel preciso instante.

- En el fondo, se siente una especie de Mesías – continuó con su análisis, en un intento por adentrarse en la *psique* de Tristán –, alguien con capacidad para decidir quién debe vivir y quién no. Un justiciero que se siente entre el bien y el mal.

El analista se detuvo para coger aire en sus pulmones.

- Eso fue lo que debió de descubrir Funelli cuando le arrebató su

legado. Digamos que él lo planificó así, el escritor. No cabe duda de que vio en ese joven a un digno sucesor de su trabajo hasta que se percató de que estaba equivocado, que Tristán no era quien parecía ser.

- ¿En qué se basa? – entorpeció Leo su coloquio.

- En las cintas que he estado escuchando – contestó a sus dudas –. Tristán se creía un fiel reflejo de la protagonista; alguien con suma potestad como para construir su propio ejército y representar las batallas con las que bregó la pequeña Alicia en los libros.

Aura Valdés esbozó un rictus de incomprensión.

- Me parece enrevesado – farfulló, por no decirle que más bien descabellado.

- Lo es. Pero demos otra vuelta de tuerca. En el *Juego de la Serpiente*, la protagonista recogía a una criatura ancestral, ya fuera un *Hombre de Musgo* que un *Cucurrumacho*, de una zona en concreto. Es decir, de un lugar donde antaño se honraba a la diosa Isis. ¿Hasta aquí bien?

Ambos asintieron a la vez.

- Sin embargo, su hombre quiso ir más allá y pensó que al dejar a una chica muerta en cada uno de esos puntos sagrados, la ofrenda sería mayor. ¡Pero lo hacía porque en el fondo arrastraba un trauma! – elevó la voz –. Castigar a esas chicas implicaba matar de nuevo a su madre por querer abandonarle, por desear abortarle. Ésa es la razón por la que elaboró en su cabeza este macabro juego. Y para llevar a cabo su objetivo, tenía que hacerse con un ejército. El mismo que formó la pequeña Alicia durante su periplo.

- Las chicas radicalizadas… – se inmiscuyó el sargento.

- Exacto. Aunque Tristán no se conformó con moldear a esas jóvenes a su antojo como pudieron comprobar en Ponferrada al enfrentarse a Tania e Inés. Necesitaba de otras personas que le ayudaran a avanzar en su propósito, que le ofreciesen su respaldo pese a acabar convirtiéndose en otras víctimas del malhechor.

La periodista tropezó en su mente con el recuerdo de Jaime Cotobal y David Ochoa.

- Eso fue lo que hizo precisamente con mi exjefe o con el agente de Béjar – verbalizó sus pensamientos –. Uno eliminaba el rastro de los crímenes desde su agencia de noticias y el otro estaba al tanto de las informaciones que circulaban a nivel interno en la policía.

Leo tensó su mandíbula al nombrarlos.

- Pero la cuestión es otra. Según su criterio, ¿qué cree que va a ocurrir después? ¿Cuál será su siguiente paso?

Villalobos volvió a atender a las imágenes que se asomaban en la pantalla del móvil y buscó una señal que le diera la pista de su próxima actuación. Nada parecía atrapar poderosamente su atención.

- No lo sé – descerrajó –. Es difícil de saber a falta de texto. Pero

hay dos cosas que tengo claras. La primera, que va a buscar una mayor visibilidad en los medios. Es un narcisista al que ahora le estimula que se hable de él.

- ¿Y la segunda? – le interrumpió Aura.

El analista la escudriñó decidido.

- Que según *El Juego de la Serpiente*, falta una última chica para completar el mural. La octava. Y que va a hacerlo, es un hecho. Lo que ya no sabría decirles es cuándo, de qué manera o dónde.

La noche se precipitaba tenebrosa cuando Hooded frenó en seco en su bicicleta y avistó el horizonte. Una descarga de relámpagos tejía el cielo oscuro mientras la ciudad de Santiago titilaba al fondo, bajo una claridad purpúrea. El informático sacó el móvil de su sudadera y comprobó la hora en su reloj digital: las 22:05. Imaginó que Iria ya habría llegado a Monte Viso. Entró en su *WhatsApp* y le escribió un mensaje: *"¿Dónde estás?"*, envió. Enseguida se percató de que no había vuelto a conectarse desde hacía un par de horas. Hooded profirió unos cuantos improperios y se decidió a buscarla por dentro de aquel parque solitario, las gotas del *orballo* perlando su rostro. *¿Quién me mandará a mí?*, se lamentó al tiempo que pedaleaba por un sendero sin asfaltar.

Una sucesión de imágenes terroríficas poblaba ambos márgenes del camino a medida que el faro de su *Canyon* las alumbraba. Figuras mitológicas que entorpecían su visión, como si alguien las hubiese arrancado a traición de las tinieblas donde habitaban. Sus ojos parecían perseguirle mientras enfocaba sus rostros de cartón piedra, las sonrisas endiabladas, sus poses monstruosas. *Nubeiro, Coca, Gatipedro*, leyó algunos carteles. Hooded temió haberse equivocado mientras el miedo, contagioso y electrizante, lo devoraba según se adentraba en el corazón del monte. Las sombras se cruzaban por los lados. Creyó escuchar el ulular de una lechuza. El informático aceleró el impulso, pedaleando con esfuerzo entre las ramas que encarcelaban su propia pesadilla. Estaba a punto de dar media vuelta cuando aquella extraña figura captó su interés. La mujer intentaba anunciarle con los brazos abiertos que se aproximara, su cuerpo de serpiente elevándose curvilíneo al abrigo de un árbol. El nuevo cartel rezaba su nombre, *Lamia*, y también su origen: *criatura monstruosa que habita en las aguas de los ríos, fuentes y manantiales. Se relaciona con el pueblo de Os Mouros y se considera de naturaleza peligrosa*.

Hooded se acercó, cautivado por su fuerza centrípeta. La luz del faro desempañó entonces la otra silueta que yacía a sus pies, su cabello rubio revolviéndose en un mar de mechones alrededor de su rostro.

- ¡Iria! – exclamó.

El informático tiró la bicicleta al suelo y corrió hacia ella.

Tan sólo el foco que lo alumbraba le permitió atravesar la malla de sombras, su respiración convulsionada bajo su pecho. Después se acuclilló a su lado, intentando rescatarla del sueño en el que gravitaba. La zarandeó repetidas veces. Ni siquiera parecía escucharle.

- ¡Me oyes? ¡Iria, soy yo, Hooded! – deseó reanimarla –. ¡Qué ha pasado?

Hooded miró a su alrededor. La escultura de *Lamia* parecía reírse de su situación.

- ¡Venga, Iria, despierta! – se desesperó.

El crujido de una rama se astilló por su espalda. Ni siquiera le dio tiempo a comprobar su identidad. Sólo sintió cómo el golpe nublaba su vista, el dolor expandiéndose como una tela de araña por un lateral de su cráneo.

Entonces, cayó en el infierno.

DIA 13

El programa de radio retransmitía en directo la celebración dedicada al Apóstol, con una misa solemne en el interior de la catedral de Santiago que iba a tener lugar ese mismo día, 25 de julio. Leo subió el volumen y atendió desde la mesa de la cocina al cielo borrascoso que se intuía tras los cristales de la ventana, el café que sostenía en sus manos aromatizando la penumbra que oscilaba en el interior del apartamento. La locutora continuó radiando los eventos que estaban previstos festejarse a lo largo de la mañana cuando una sombra cruzó los muebles voladizos y se posó por delante del fregadero. El sargento se volvió en su silla y reparó en la silueta sombreada que lo miraba fijamente desde el quicio de la puerta, la luz del pasillo proyectada hacia ella. Ambos se retaron unos instantes hasta que la figura alargó el brazo y presionó el interruptor de la pared. Una claridad fulgurosa se abrió camino entre los pliegues de la neblina azul. Después, comprobó que se trataba de Aura.

- Me has asustado – la reprendió –. Pensé que aún estabas dormida.

- No he pegado ojo en toda la noche – se excusó de camino a la encimera.

Luego cogió una taza de la alacena y la rellenó de café hasta el borde. Sus párpados, ligeramente inflamados, evidenciaban el cansancio acumulado tras varios días investigando en Galicia. Bostezó al introducir la taza en el microondas.

- Yo tampoco he dormido bien – respondió –. No paraba de pensar en lo que nos contó ayer el analista en la cafetería.

- ¿Alguna conclusión? – se interesó.

- Ninguna. Pero me conformo con saber que la intención de Funelli era elaborar una obra llena de pasadizos secretos para evitar así la censura franquista y difundir sin cortapisas el culto a Isis. Era su manera de rendir su propio tributo a una deidad pagana.

- ¿Y ya está? ¿Fin de la historia? – le espetó.

El microondas emitió un breve pitido. La periodista sacó su café y se dispuso a desayunar al otro lado de la mesa, sus miradas enfrentadas.

- ¿Qué quieres decir?

- Supongo que caerías en la cuenta de que Funelli le arrebató a Tristán el derecho a ser su digno sucesor. Algo tuvo que ver en él como para querer romper con su promesa.

- Sí, que estaba como una puta chota – resolvió –. Las grabaciones de su paso por Toén lo testimonian.

- ¿Quieres ir más allá? Tristán acogió las ideas del escritor de forma

equivocada. Mezcló su trauma personal con algunos pasajes del manuscrito, creyendo que para honrar a Isis debía matar a chicas que fueran en contra del dogma, del concepto establecido en torno a su representación – avanzó –. Es decir, su culto a la fertilidad.

Baeza la escuchaba atento.

- Por eso asesinó a jóvenes que habían abortado en el pasado y de más o menos la misma edad que cuando su madre trató de hacer lo mismo con él. El analista lo dejó bien claro, cada vez que sacrificaba a una chica, liberaba el conflicto que seguía manteniendo hacia la figura materna por culpa de ese amor–odio establecido desde su infancia.

- Pero Tristán aguardó a cometer el primer crimen muchos años después de abandonar el Psiquiátrico. Justo hacia 1998, con la desaparición de Chlóe Guillot.

- Porque esos pensamientos permanecieron congelados hasta que ocurrió algo en su vida que lo motivó, un detonante.

Leo se trasladó a la buhardilla donde localizaron el cadáver putrefacto de Vicenta Mouro, los enseres personales de las chicas desperdigados por su cuerpo a modo de ofrenda.

- ¿Te refieres a…? – ni siquiera pudo completar la frase.

- Me refiero al momento en que su madre descubrió lo que había hecho en Rocamadour. Tristán debió de sentirse acorralado y no vio otra salida que deshacerse de ella.

- ¿Por miedo a que lo delatase a la policía?

- Más bien para ejecutar el plan que llevaba escondiendo desde entonces en su cabeza: la realización del Camino de la Serpiente. O lo que es lo mismo, el Camino de Isis.

Aura se acordó de pronto de algunos de los nombres que moraban por dentro del mapa que confeccionó en una corchera meses atrás: Ainhoa Liaño, Penélope Santana, Tania Oldán. Siete víctimas dispuestas aleatoriamente en un complejo mural, sus rostros encarcelados mediante un círculo rojo.

- El problema es que ha variado el juego desde que consiguió el segundo manuscrito de Funelli – se entrometió Leo en sus pensamientos.

La periodista lo miró boquiabierta.

- ¿Cómo dices?

- Que Tristán está reproduciendo algunos pasajes del libro, ajusticiando a cada uno de los representantes con los que se enfrenta Alicia y que borraron sin duda el rastro de Isis en la Península Ibérica.

- Un musulmán, un cristiano y un feligrés – recitó Aura de memoria.

- ¿Eso no te dice nada?

- Por supuesto. Que la partida no ha cesado.

Baeza interiorizó sus palabras con cierto amago de recelo.

- ¿Crees que volverá a matar?

- Estoy convencida. Y para ello se ha provisto de un ejército de chicas al igual que en el libro, entrenadas para aniquilar a quien se ponga por delante. Tristán está esperando a dar su gran golpe, pero ellas harán lo indecible por salvaguardar a su protector.

A esa misma hora, en la otra punta de la ciudad, Estrada entornó la puerta de su despacho y dirigió la mirada hacia el sobre color camel que se asomaba en el centro de su escritorio. Ni siquiera albergó la duda de quién le remitía la misiva. El periodista enfiló sus pasos hacia la mesa, sus ojos puestos en la grafía alambicada con la que escribió su nombre. Su corazón comenzó a bombear estrepitosamente a medida que tomaba asiento en la butaca y rasgaba el sobre por un lateral. Acto seguido, volcó el contenido. Unas cuantas castañas rodaron por el tablero de madera junto a un nuevo cronómetro y otro disco compacto. *No es posible*, murmuró impresionado. A Estrada le costó admitir que el asesino *da Serpe* hubiese vuelto a actuar a menos de cuarenta y ocho desde su último crimen. ¿Tal vez no fue capaz de vislumbrar en las ilustraciones que aún quedaban nuevas víctimas, otros hombres a los que ajusticiar? El nerviosismo le condujo a sacar la Tablet del primer cajón. Después apretó la pestaña de inicio y esperó a que se reiniciase mientras cogía el estuche del cd. Sólo al abrirlo, descubrió el mensaje que había en su cara interna. *"Para Aura Valdés"*, leyó. Oriol frunció el entrecejo y se apresuró a extraer el lector. No entendía por qué había dirigido una carta a nombre de la periodista. En cuanto insertó el disco en el cabezal, el reproductor se puso en funcionamiento. Al momento, se abrió una ventana en la pantalla.

El hombre aparecía de espaldas a la cámara, arrodillado en lo que parecía una habitación de paredes lisas. Sólo la luz de un foco se proyectaba hacia su cabeza, ligeramente escorada por dentro de sus hombros. Oriol subió el volumen hasta que cayó en la cuenta de que la grabación carecía de sonido. Le mosqueó. Sin pensárselo, marcó el número de la centralita y esperó impaciente a que alguien descolgara el maldito cacharro. Fue entonces cuando sus ojos repararon en la cuenta atrás del cronómetro: 2 horas, 17 minutos. Un tiempo mucho menor que en respectivas ocasiones.

Lola, la secretaria del diario, descolgó al momento.

- Correo de Galixia – articuló de memoria.

- Lola, soy Estrada. ¿Has sido tú la que has dejado el sobre encima de mi escritorio? – le formuló de sopetón.

- Sí – dudó de su respuesta –. ¿Está todo bien?

- Por supuesto. Dime sólo una cosa, ¿cuándo lo has recibido?

- Anoche. Al poco de marcharse de la redacción.

Oriol se maldijo a sí mismo.

- De acuerdo. Es todo.

Y colgó.

El periodista se levantó del asiento y comenzó a dar vueltas por su despacho. Una sensación de angustia comenzó a reptar por su estómago a medida que intentaba buscar una solución a escasas dos horas de la ejecución. El hecho de no permanecer en la redacción por la noche le provocó un sentimiento de culpa. Decidió intervenir antes de que fuera demasiado tarde. Sacó el móvil del bolsillo de su pantalón y buscó en su agenda el teléfono de Aura. Una vez que lo localizó, pulsó encima.

La voz de la periodista se asomó entonces al otro lado de la línea.

- Dime – soltó con premura.

- He recibido un nuevo vídeo. Esta vez lo ha dirigido a tu nombre.

- ¡Cómo…? – intentó encajar la información.

- Aura, tenemos un problema. Quedan tan sólo dos horas para que lo ejecute.

La grabación mostraba a un hombre de aspecto joven de espaldas a la cámara.

Su postura, con la cabeza ladeada hacia uno de sus hombros, expelía una fragilidad narcótica, como si sus reflejos estuviesen adormecidos bajo los efectos de una droga y no supiera con exactitud dónde se encontraba. De vez en cuando su cuerpo descargaba un temblor sucinto, sus rodillas hincadas al suelo de cemento de una habitación cualquiera. De pronto, en torno al segundo nueve, emergió una mano por el encuadre. El arma que sujetaba con fruición lo apuntó, el cañón proyectado hacia su nuca. Fue entonces, al presionar el percutor, cuando la grabación cesó.

Un paño de pixeles enturbió la pantalla del móvil de Aura.

Leo continuaba en *shock* desde que Oriol Estrada le envió por *WhatsApp* el nuevo material que había recibido en la redacción. Quizá evitó verbalizar lo que se le pasó por la mente.

- Es imposible… – emitió la periodista.

Aura retrocedió las imágenes hasta que la nueva víctima del asesino *da Serpe* apareció en escena. Estudió con detenimiento su cabello, algo alborotado, así como la indumentaria que mostraba, una sudadera gris con capucha y con una imagen de una conocida serie plasmada en el centro de su espalda.

- ¿Qué has visto? – indagó.

- ¡Pero no lo reconoces? – le temblaba el pulso –. ¡Es él, es Hooded!

La periodista se echó una mano a la boca para amortiguar la llantina que le sobrevenía. Su respiración, sumamente violentada, descargaba un resuello entrecortado.

- Intentemos mantener la calma – quiso apaciguarla –. Tal vez estés equivocada y no se trate de tu amigo.

En el fondo, sabía que era una estupidez lo que acababa de decir. Él también había reconocido a Hooded por mucho que se empeñara en autoengañarse.

- ¡Cómo quieres que mantenga la calma? – su voz expulsó los nervios que regurgitaban en su estómago –. ¡No lo entiendes? ¡Apenas quedan dos horas para que ese hijo de puta lo mate a sangre fría, joder!

Se echó a llorar, presa del pánico.

- Vale, lo sé – quiso remendar el error –. Pero también cabe la posibilidad de que sea otra persona con una sudadera similar. Lo primero que habría que hacer es averiguar si se trata o no de Hooded.

Aura afianzó su mirada a la suya, las pestañas enjuagadas por sus propias lágrimas.

- Tienes razón…

Cerró el archivo multimedia y buscó el número de Hooded en el menú de *"llamadas recientes"*. Lo localizó al momento.

- ¿Vas a llamarlo? – le sorprendió su reacción.

- Necesito saber que está bien.

La periodista pulsó encima de su nombre y dispuso la llamada en manos libres. Los tonos se encadenaban unos con otros, como si el informático no tuviese intención de hablar en ese instante. Aura comenzó a perder los nervios. *Vamos, cógelo*, farfullaba entre dientes.

Alguien descolgó al otro lado.

- ¿Hooded? – preguntó confusa.

Nadie respondió.

- ¿Me oyes…?

De repente, una voz femenina se interpuso en su camino.

- Hola, Aura – contestó –. Veo que has recibido el vídeo.

El silencio que se filtró inmediatamente después la ayudó a calibrar la situación.

- ¿Quién eres? – preguntó con sequedad.

Después decidió sentarse en uno de los sillones del apartamento, la claridad que resbalaba por la ventana contaminando el salón de sombras inquietantes.

- Te veo muy recuperada después de nuestro encuentro en San Pedro Mártir, ¿recuerdas?

- ¿Cynthia? – dudó –. ¿Eres tú?

Su mente viajó hasta la capilla de Cachal, la silueta del motorista dispuesta al otro lado de la nave.

- ¿Dónde está Hooded? – soltó enseguida.

La risa de Cynthia Olmedo se expandió maliciosa bajo el auricular.

- ¿Quieres despedirte mejor de tu amiguito? Creo que no lo está

pasando nada bien.

Una sucesión de golpes se colaron en la línea, los quejidos del informático desmenuzando un miedo lacerante.

- ¡Déjalo ya! – se estremeció.

Un nuevo silencio se intercaló en la llamada.

- El cronómetro se acaba, Aura. Nadie podrá salvarle, ni siquiera tú.

- ¿Por qué? – arrancó a llorar.

- Porque llevas demasiado tiempo siendo un problema. No hay nada que puedas hacer ya por él. Esta vez aprenderás la lección.

- ¡Pero es a mí a quien buscas!

Cynthia volvió a desgranar otra carcajada perversa.

- Te juro por Dios que daré contigo.

- Lo dudo – la aseguró –. Sé camuflarme entre la gente. ¿O cómo crees que engañé a tu amigo? Sólo tuve que darle la información que buscaba por ese chat y citarme después en una cafetería. El muy imbécil se creyó que estaba coladita por él.

Aura intentó reaccionar deprisa.

- Podemos llegar a un trato – resolvió –. Cambiarme yo por él. ¿Qué me dices?

Hooded gimoteaba al fondo.

- Que llegas demasiado tarde.

Y sin más, cortó la llamada.

A esa misma hora, en la sala de ordenadores del Puesto de Ponferrada, el fax escupió el impreso que llevaba varios minutos escaneando.

Verónica Corredera abandonó su mesa y se dirigió con paso flemático a la balda donde se ubicaban el resto de máquinas. Una vez que apresó el folio, se dispuso a leer su contenido. La agente apenas pudo reprimir el gesto de estupor que perfiló en su semblante.

- Joder… – balbució con los ojos puestos por dentro de la hoja.

Labrador se percató del improperio y se reclinó en su asiento.

- ¿Pasa algo? – quiso saber.

- ¿Se encuentra el capitán en el despacho?

Su mirada traslucía un poso de incertidumbre.

- Creo que aún no ha llegado – contestó parco –. ¿Me vas a decir qué demonios ocurre?

Corredero se acercó a su mesa y le tendió la hoja a un palmo de distancia. El guardia la apresó y fijó la vista en la fotografía a color del sargento Baeza que se asomaba en mitad de la plana. Después tropezó con el aviso que rezaba un poco más abajo.

“Se precisa detención del sujeto por extralimitarse de su cargo durante su suspensión”.

Labrador desgranó entonces una mueca de desconcierto al volver a atender a su compañera.

- ¿Entiendes ahora por qué estoy buscando a Altamira?

Aura Valdés se asustó.

Una mancha oscura y viscosa impregnaba el papel que sujetaba en su mano. Tal vez era el momento de confesarle a Baeza que estaba embarazada, pensó; de explicarle que antes de acudir al hospital, antes incluso de cerciorarse de que estaba perdiendo a su bebé, necesitaba encontrar a su amigo sano y salvo. La periodista desechó la idea rápido y dejó caer el papel por el váter. Después, tiró de la cisterna.

Leo la contempló minutos más tarde cuando abandonó el cuarto de baño con un rictus de estupor enmarcado en su rostro. Se aproximó a ella con intención de ofrecerle su apoyo.

- ¿Cómo estás? – quiso comprobar lo primero.

- Tenemos que encontrar a Hooded– su mirada evidenciaba un temor primitivo –. ¿Sabes dónde he dejado mi portátil?

- Lo tienes encima del sillón – contestó –. ¿Por…? ¿Qué se te ha ocurrido?

Aura partió hacia el salón con el paso diligente, la luz de la mañana arrastrándose plomiza por los cristales del balcón. La tensión de dentro era asfixiante. Un silencio áspero parecía gotear entre las paredes de la vivienda cuando la periodista se sentó a un extremo del sofá y subió la tapa de su ordenador, dispuesta a localizar una respuesta entre las ilustraciones que guardaba del segundo manuscrito de Funelli. Enseguida descartó los grabados en los que Tristán se inspiró para abandonar los cadáveres de Iván Minchev, Braulio Fonseca y Thiago Urbizu.

- En uno de estos dibujos debe de estar la solución – expuso a modo de teorema.

- Evidentemente – sintetizó Baeza.

Luego recorrió los escasos metros que le distanciaban de ella y se mantuvo de pie a su lado.

- El problema es que el resto de las ilustraciones hacen referencia a un lugar en concreto de Galicia, una localización que es meramente imposible de adivinar.

- ¡Y qué pretendes, que me quede de brazos cruzados hasta que el cronómetro llegue a cero? – se molestó –. Sólo te estoy pidiendo que nos adelantemos a su estúpido juego y busquemos una lógica, algo que nos dé la clave de cuál será su siguiente paso.

Leo no estaba por la labor de contradecirla.

- De acuerdo – arbitró –. ¿Te importaría poner todos los grabados en la pantalla?

Aura se ciñó a su propuesta y comenzó a distribuir los dibujos según

la numeración y orden establecidos. Leo bosquejó un gesto incómodo en sus facciones, como si la tarea caprichosa que se habían encomendado no fuese a dar resultado. Al menos, así lo barruntó.

El timbre prendió repetidas veces por dentro del apartamento.

Ambos se dirigieron una mirada de recelo y fueron a ver quién los requería. Baeza se asomó por la mirilla segundos antes de retirar el pasador. Una opacidad gelatinosa rezumaba en el descansillo, la silueta sombreada que halló al otro lado impidiéndole descubrir su identidad. Rápidamente desatrancó la puerta y encendió las lámparas del hall. La claridad desempañó poco a poco el velo de oscuridad que lo consumía.

El analista apareció ante sus ojos como un espectro del inframundo. Su cara, visiblemente desencajada, parecía no albergar noticias alentadoras. Leo se fijó en la capa de sudor que abrillantaba su frente.

- ¿Villalobos? – pronunció, como si necesitara cerciorarse de que su inesperada visita era real.

- ¿Puedo pasar? – intentaba recobrar el aliento –. He venido en cuanto me ha sido posible.

Las bisagras chirriaron al entornar la puerta. Félix Villalobos cruzó el felpudo y se detuvo a un palmo.

- ¿Pasa algo? – se atrevió a indagar la periodista.

- Creo que ya sé dónde volverá a actuar Tristán – soltó con esfuerzo.

Aura le gratificó con una mirada torpe.

- Pero antes necesitaría un vaso de agua, por favor.

Baeza dio media vuelta y partió con urgencia a la cocina. El silencio que afloró después no impidió a la periodista avasallarlo en la misma entrada del apartamento.

- ¿Qué ha descubierto? – le formuló nerviosa.

El analista encaminó los pasos sin prestarla atención, atraído por las ilustraciones que Aura había repartido en la pantalla del portátil. Luego se sentó en el sofá del salón y las examinó. Su mano seleccionó dos de ellas, ubicadas en la esquina inferior.

- La primera imagen refleja una ciudadela en llamas mientras la gente grita aterrorizada. Un intento de averno bíblico por parte de su ilustrador, Federico Bulnes, donde la pequeña Alicia lucha contra algo oculto en las sombras. ¿Lo ve?

Aura alargó la vista hasta que captó el perfil serrado de la protagonista, su actitud belicosa dispuesta a enfrentarse con el ente de ojos encendidos que la acechaba bajo una malla de tinieblas. Algunas personas ardían entre las llamas de un infierno dantesco.

Leo regresó al salón con un vaso de agua que el analista apuró de un trago.

- Gracias – emitió satisfecho.

La periodista continuaba imbuida en las imágenes del portátil.

- ¿Cuál es el significado del otro grabado? – le demandó una respuesta.

A Villalobos no le hizo falta ojearla siquiera.

- La siguiente imagen trata sobre la conversión de la pequeña Alicia en Isis. Una figura más madura, mucho más imponente, que enarbola el cetro de la victoria con un disco solar engarzado en su cúspide mediante unos cuernos.

Ambos se mantuvieron callados mientras examinaban la ilustración.

- En realidad habla de Isis como vencedora de las batallas que ha ido librando contra sus enemigos a lo largo del libro. Es más, si se fijan, a un lateral se aprecia una vara partida en dos. El mismo bordón con el que se representa a Santiago Apóstol. ¿Lo reconocen?

El bastón se mostraba en el suelo seccionado en dos perfectas mitades, uno de los extremos ornamentado con una calabaza y una vieira.

- ¿Qué intenta escenificar? – lo abordó esta vez Baeza.

- Que el gran enemigo de la diosa era Santiago el Mayor, su rival.

El sargento pergeñó un gesto de vacilación.

- Dense cuenta de que el cristianismo utilizó el descubrimiento de los restos del Apóstol para asentar el culto católico en la zona, ya que en esta región la devoción por Isis era muy fuerte debido al santuario que se erigió en su honor en Iria Flavia. Esta táctica dio como resultado que la diosa fuera cayendo en el olvido a favor de Santiago.

- ¿Y eso qué tiene que ver con Tristán? – se esforzó Aura en comprender.

- Todo. Lo tiene que ver todo, como también lo fue para Funelli cuando escribió su obra.

- ¿Por qué?

- Porque la batalla final sirve de excusa para mostrarnos a su usurpador, el mismo al que la nueva Alicia considera un traidor. Y lo desenmascara en el único lugar donde tiene potestad absoluta, supremacía, dominio sobre los demás. Ni más ni menos que en la catedral: su reino. Santo patrón de España y máximo exponente del cristianismo. De eso trata el último grabado. ¿Lo entienden ahora? Todo encaja.

El sargento se esforzó en alcanzar su hipótesis con las cejas arqueadas.

- ¿Está queriendo decir que la nueva ejecución tendrá lugar en la catedral de Santiago?

- ¡Eso es! – se alteró –. ¿Han visto qué día es hoy? Veinticinco de julio, su onomástica.

Aura atendió un instante a Leo, el cual arrugó repentinamente su ceño.

- ¡Joder! – clamó.

Leo echó a correr hacia la salida, la periodista pisándole los talones unos pasos por detrás. El analista contempló boquiabierto cómo abandonaban el apartamento, ambos entregados a una carrera contrarreloj.

Diez minutos más tarde alcanzaron el casco histórico de Santiago.

Baeza se apresuró a entrar en la Rúa do Franco mientras la periodista intentaba seguirle el ritmo, desalentada. Enseguida se toparon con algunos grupos de peregrinos que avanzaban con el paso impasible hacia la Praza do Obradoiro, las orquestas municipales animando con sus himnos y charangas distintos puntos de la ciudad. Aura se percató de que las tiendas de *suvenires* que jalonaban los soportales se encontraban a rebosar. La festividad de Santiago Apóstol se había convertido en un reclamo turístico desde primera hora de la mañana, los restaurantes y bares atestados de clientes. Leo continuó atravesando la angosta callejuela sin ánimo de aminorar. De vez en cuando echaba la vista atrás, Aura decidida a adaptarse a su carrera desenfrenada. Siguieron avanzando por dentro de la ciudad hasta que atisbaron a una muchedumbre a la altura del hostal *Brétema*, en la Praza de Fonseca. Leo frenó en seco y se encaramó a un pivote de piedra. Descubrió que una marea humana obstruía con su presencia la arteria que conectaba con la Plaza del Obradoiro. Después se bajó asqueado y tropezó con la mirada intranquila de Aura.

- ¡Y ahora qué hacemos? – alzó la voz.

La jarana allí improvisada rebotaba contra los muros de los edificios, provocando un estruendo repetitivo y molesto.

- ¡Hay mucha gente!

- Tampoco podemos dar media vuelta – la situación le desesperó –. Estamos atrapados.

- ¡Entonces…? – se limitó a preguntar la periodista.

Leo volvió a echar un vistazo a su alrededor y tomó una decisión.

- ¡No te pares! – gritó –. ¡Sígueme!

Ambos echaron a correr, sus figuras engullidas por el clamor y las risas de la multitud.

Unos metros más al fondo, en la tribuna reservada a los medios delante de la catedral, el fotógrafo del Correo de Galixia inmortalizaba con su cámara el desbordante río de turistas y peregrinos que avanzaba en tropel por las distintas arterias que desembocaban en la Praza do Obradoiro. La festividad al Apóstol había citado a una amplia comunidad de feligreses en el ágora, prestos a acudir a la misa del mediodía. Álvaro Souto continuó disparando su objetivo de última generación cuando el teléfono de Oriol Estrada resonó en el apartado

que tenía el diario a su disposición.

El periodista sacó el móvil de la americana que estrenaba para la ocasión y ojeó brevemente la pantalla. Un amago de sonrisa afloró sin embargo en su rostro.

- Cuéntame – dijo una vez que descolgó.

Después se tapó el oído con su otra mano para escucharla mejor.

- ¡Dónde estás? – quiso entender.

- ¡Cubriendo los actos en la Plaza del Obradoiro! – se desgañitó –. ¡Por…?

- ¡Leo y yo estamos intentando llegar, pero están todas las malditas calles colapsadas!

- ¡Lógico! – soltó con sarcasmo –. ¡Apenas quedan unos minutos para que comience la misa solemne y se haga la tradicional ofrenda al Apóstol!

- ¡Tienes que hablar con la policía! – renunció Aura a seguir escuchándole.

- ¡Cómo dices? – dudó de lo que había dicho.

- ¡Que tienes que a avisar a la policía!

Un crujido de interferencias se filtraba en la llamada.

- ¡Pasa algo? – se alarmó.

Álvaro Souto no paraba de escudriñarlo a corta distancia.

- ¡Pasa que la ejecución va a tener lugar hoy mismo en el interior de la catedral!

El periodista ni siquiera pestañeó a un extremo de la tribuna.

- ¡Hay que sacar a toda esa gente de ahí! ¡Lo has entendido?

- Por supuesto…

Y colgó.

Luego se volvió hacia el fotógrafo con la mirada aterrada.

- ¿Estás bien? – se interesó, confuso.

- Acompáñame. Tenemos que encontrar a algún policía en la plaza.

- ¿Ahora? – se azoró –. ¡Pero si aún no he acabado!

El periodista hizo caso omiso mientras se disponía a bajar los primeros escalones del estrado.

- ¡Me quieres explicar qué ostias sucede? – farfulló Souto por detrás.

- ¡Venga, corre! – le increpó –. Te lo cuento de camino.

El gentío se deshizo una vez que sobrepasaron la Plaza del Obradoiro. Leo atrapó a Aura del brazo y la apartó hacia un lado del ágora. La aglomeración continuaba su curso en dirección a la catedral. La periodista observó que algunos depositaban piedras y muñecos a los márgenes de la escalinata de acceso a modo de ofrenda. También que las distintas hermandades religiosas ataviadas con las pañoletas de su Orden preferían acampar por dentro y fuera de los soportales, a la espera de que el arzobispo se personara en el templo para iniciar la

misa. El bullicio era cada vez mayor. Baeza coló la mirada por encima de las cabezas que enturbiaban el horizonte y se percató de que había una patrulla a su derecha, a los pies de la fachada del claustro. Dos agentes vigilaban la turbamulta por fuera del coche.

- ¡Ahí! – los señaló.

Aura siguió la estela de su dedo hasta que reparó en ellos. Después, corrieron a su encuentro. El agente más joven captó la señal que le ofrecía Leo con el brazo en alto. Éste avisó a su compañero de un codazo y esperaron a que el hombre se aproximara. Aura lo escoltó unos pasos por detrás.

- ¿Sí…? – le sondeó el policía más veterano.

- Tienen que desalojar todo esto – les anunció desalentado –. El asesino *da Serpe* va a actuar hoy mismo en el interior de la catedral.

Ambos lo miraron estupefactos.

- Pero… ¿Quién es usted? – le formuló el otro.

- Soy el sargento de la Guardia Civil de La Alberca. ¡Por el amor de Dios, dense prisa! – los apremió.

El agente abrió la puerta de la patrulla y se sentó en el asiento del copiloto con intención de dar el aviso por radio. Una vez que arrancó el interfono, se fijó en la hoja que había en el salpicadero. La imagen que sobresalía en el centro le robó la atención. Prendió el folio entre sus dedos y leyó la información escrita un poco más abajo: *"Se precisa detención del sujeto por extralimitarse de su cargo durante su suspensión"*.

Su cara demudó una expresión incierta al comprobar que se trataba del mismo tipo. Luego salió del vehículo y lo retó a corta distancia.

- ¿Se puede saber por qué no ha emitido la orden? – le inquirió con la mirada punzante.

- ¿Es necesario que le responda? – soltó con retintín.

Aura arrugó el ceño, desconcertada.

- Usted dirá…

El policía lo apresó por sus muñecas, dispuesto a inmovilizarle contra la puerta trasera de la patrulla. Su compañero no salía de su asombro.

- ¡Qué cojones está haciendo? – se revolvió, nervioso.

- Queda detenido por extralimitarse en sus funciones. Imagino que no hace falta que le espose para trasladarlo a comisaría.

- ¡Pero se ha vuelto loco! – acabó por encolerizarse –. ¡Hable con su superior! ¡Debe tratarse de un error!

El agente negó con la cabeza mientras tiraba de la manija de la puerta.

- ¡Toda esa gente corre peligro, joder! ¡Tienen que dar el aviso por radio!

- Será mejor que deje de formar un escándalo y colabore.

Entonces lo arrinconó con su cuerpo y colocó una mano sobre su

cabeza para obligarlo a entrar. Algunos transeúntes frenaron el paso para atender a la escena.

- ¡Esto no va a quedar así! – protestó, la rabia regurgitando en sus ojos.

Antes de que el policía cerrase la puerta, el sargento miró a Aura por la ventanilla.

- ¡Corre! – gritó.

La periodista se mantuvo inmóvil varios segundos hasta que partió hacia la catedral, su silueta devorada por la multitud que cruzaba el ágora en ese instante. Leo se reclinó en el asiento y esperó a que ambos agentes entraran en la patrulla. Se maldijo en voz baja mientras se preguntaba cómo diablos había acabado allí. De pronto, restalló un disparo en la plaza. Una descarga breve y sonora que retumbó en el interior del coche. El sargento dirigió la vista al fondo y descubrió que unas gotas de sangre moteaban el cristal de su ventanilla. Entonces, escuchó varios gritos. Rápidamente basculó el cuerpo hacia delante y observó que uno de los policías yacía en el suelo, una mancha oscura extendiéndose como un ramal por el empedrado. *Mierda*, balbució. De nuevo, otro disparo. El otro agente cayó abatido en el acto, una nube de sangre y hueso pulverizando esta vez una parte de la luna delantera. Leo quiso salir del vehículo cuando reconoció a lo lejos a Cynthia Olmedo. La joven motorista vestía el mismo traje de cuero a medida que la gente se apartaba de su camino, su mano empuñando el arma con el que había abatido a los dos policías. A su lado, una chica emulaba su ritmo frenético en dirección al coche. Portaba en su mano otra pistola idéntica a la suya. Leo la reconoció de los vídeos que había rescatado el informático del ordenador personal de Tristán y se arredró; se quedó completamente paralizado mientras las dos chicas, las mismas que durante años fueron adiestradas por su raptor, llegaron hasta él y entraron en el coche.

Después, Cynthia arrancó el motor.

En el Puesto de la Guardia Civil de Ponferrada, situado a un extremo de la mesa de su despacho, Vicente Altamira resopló al escuchar el contestador de voz: *el teléfono al que llama está apagado o fuera de cobertura en estos momentos*. El capitán colgó el auricular y ojeó una vez más el aviso que había dejado Corredera encima de su escritorio. *"Se precisa detención del sujeto por extralimitarse de su cargo durante su suspensión"*. Eso mismo fue lo que le declamó su agente al otro lado de la línea en cuanto se puso en contacto con él y le confirmó que la notificación había sido recibida por fax, procedente de La Alberca. Altamira estaba convencido de que la nueva responsable del Puesto estaba detrás del asunto y decidió avisar al sargento antes de que fuera demasiado tarde. Sin embargo, su teléfono

continuaba inoperativo.

Martínez entró apabullado en su despacho. Ni siquiera llamó con los nudillos a la puerta como tenía por costumbre. El hombre se quedó varado por fuera del quicio y lo miró con cara de circunstancias mientras se mesaba el bigote en un arranque de tic nervioso.

- ¿Pasa algo? – lo escrutó de arriba abajo.

El capitán se percató por la tirantez de su camisa que había vuelto a coger peso.

- Jefe, tiene que venir a la sala de ordenadores – lo alarmó –. Es sobre el capitán.

- ¿Lo habéis localizado? – dudó.

- Mejor acompáñeme. No se va a creer lo que está sucediendo en Santiago.

Juntos enfilaron con premura el largo pasillo, sus paredes flanqueadas por distintas salas de ventanas translúcidas. El murmullo de uno de los ordenadores reptaba en el aire. El capitán aceleró el paso al doblar la esquina y franqueó la entrada con el talante circunspecto. Varios de sus hombres se retiraron de la mesa de Labrador al reparar en su presencia. Sus ojos, en cambio, se fueron por inercia a la pantalla rectangular.

- ¿Alguien puede explicarme qué está pasando aquí? – le mosqueó que ninguno estuviera en su puesto de trabajo.

Luego atendió al rótulo anaranjado que cruzaba el margen inferior, *Última hora en Santiago de Compostela*, así como en las imágenes que estaba emitiendo un programa en directo, la gente corriendo despavorida por la Plaza del Obradoiro en todas las direcciones.

- Parece ser que se han escuchado disparos, jefe – le resumió Labrador desde su asiento.

De repente, un coche patrulla avanzó a toda velocidad por un lateral del ágora, embistiendo a varias personas en su huida. Altamira se llevó una mano a la boca a medida que la cámara enfocaba el coche en un complejo picado, la lente capturando en milésimas de segundo al individuo que se hallaba en la parte trasera. Reconoció a Baeza de inmediato.

- No puede ser… – emitió impresionado.

- ¿Ése no era el sargento? – le ratificó Martínez a su lado.

El capitán no pudo por menos que devolverle una mirada conminatoria.

- Escuchadme todos – se dirigió al grupo –. Necesito que os comuniquéis con todas las unidades gallegas y que éstas den el aviso de que han capturado al sargento.

Carmona levantó la mano por miedo a interrumpirle.

- Dime – lo invitó a participar.

- Jefe, ¿la amiga del sargento, esa periodista que trabajaba en

Madrid, no estaba con él?

El capitán no había caído siquiera en la cuenta.

- ¡Joder! – escupió furibundo.

Los demás se mantuvieron callados ante su reacción.

- Intentad localizarla. Es posible que también se encuentre en peligro. Dadme un toque al móvil con lo que sea. Me largo cagando ostias a Santiago.

Y se alejó de nuevo por el pasillo, sus pasos acelerados por la incertidumbre.

El rugido del motor restalló en la Plaza del Obradoiro.

Aura se volvió por dentro de las escalinatas de acceso a la catedral y contempló cómo el coche patrulla se abalanzaba sobre unos cuantos transeúntes, presto a abandonar el ágora por una de las callejuelas empedradas del fondo. Su rastro se perdió al cabo de un minuto. El caos que se formó inmediatamente después la sumió en un desconcierto mayor. No estaba realmente segura de qué hacer. Ni siquiera sabía si Leo se encontraba en la parte trasera del vehículo o si los disparos que escuchó antes de desatarse el pánico en la plaza procedían de las armas de los dos agentes con los que entablaron conversación y que habían arrestado a Baeza delante de sus narices. La periodista se sintió tan confusa, que sus ojos se dejaron vencer por los alaridos de toda esa gente que corría estremecida en busca de un lugar seguro donde refugiarse.

Entonces, una nueva detonación resonó por su espalda. Aura giró el cuerpo y alzó la vista hacia la fachada de la catedral, un sortilegio barroco que parecía rozar con sus torres el cielo húmedo y tormentoso. De nuevo, otro disparo. Su corazón se estremeció al acordarse de Hooded. Los gritos que se manifestaron por dentro de la nave la animaron a subir los escalones, los primeros testigos escapando de la ratonera por la entrada principal. Aura se echó a un lado y continuó subiendo agarrada a la balaustrada de piedra. El desorden que se formó en cuestión de segundos la impedía transitar por ella, una estampida que la condujo a sortear a quienes intentaban alcanzar el final de la escalinata. El miedo se apoderó de la situación. No sabía con exactitud qué había sucedido en el interior de la basílica. Terminó de ascender los últimos peldaños y se enfrentó al embotellamiento que obstruía las dos salidas del portón. Una marea que marchaba a contracorriente, su deseo por penetrar en la nave cada vez más dificultosa. Aura se abrió paso como buenamente pudo y consiguió atravesar una porción de la marea humana. Su resistencia por avanzar era inútil. Los golpes y empellones que recibía a cambio la arremetieron contra un extremo de la pared, la avalancha de turistas asediándola en su trayecto. Distinguió una columna a pocos

metros donde poder resguardarse mientras tanto. Se aunó de valor y consiguió progresar en su empeño, su espalda arrastrándose por el muro a medida que apresaba una bocanada de aire con la cabeza erguida. El agobio que sintió no la detuvo siquiera. Siguió guiándose por el laberinto humano en pasos cortos, su respiración herrumbrosa e irregular. Aura estiró el brazo con cuidado y notó el tacto frío de la piedra en sus yemas. La columna se alzaba soberbia por dentro de la nave, despejada por completo al otro lado. Intentó salir entonces de la corriente, empujando esta vez ella a sus contrincantes. Sus miradas, presas del horror, parecían advertirla de su equivocación. Continuó esquivando a otra tanda de personas hasta que al fin adosó ambas manos a la piedra. Lo había conseguido, pensó. Sólo necesitaba doblar la columna. La periodista hizo un último esfuerzo y salió del atolladero. Sin embargo, alguien la embistió por detrás. Su frente chocó de inmediato contra una de sus esquinas, un golpe seco que se abrió camino como una telaraña en su cráneo. La vista se le empezó a nublar, los ángulos de la basílica deformándose en su caída a los infiernos por fuera de la turbamulta.

Después, todo se volvió oscuro.

El coche patrulla avanzaba vertiginoso por el casco histórico de la ciudad. Una madeja de calles estrechas y laberínticas donde los viandantes se hacían a un lado para dejarlo pasar. El sargento no paraba de zarandearse en el asiento trasero. La rapidez con la que conducía Cynthia Olmedo le hizo calibrar los propósitos que intentaban llevar a cabo, ambas con la cabellera rapada y ataviadas con sendos trajes de cuero oscuro. Por un instante Leo recordó los vídeos en donde aparecían mucho más jóvenes, las dos maniobrando por separado complejos ejercicios castrenses, técnicas de autodefensa, pruebas físicas y otras destrezas con las que Iván Minchev las adiestró durante años, pero siempre bajo la atenta mirada de su único creador: Tristán Ortiguera. Baeza se dio cuenta de que siempre había estado ahí, al acecho, agazapado entre las tinieblas, esperando su momento en cuanto sus bellas criaturas, princesas de bosques imaginarios y otras tempestades, estuviesen listas para atacar. Porque, a fin de cuentas, eso fue lo que se propuso su carcelero en cuanto cayó entre sus manos un viejo manuscrito escrito por una mente compleja y umbría: recrear *El Juego de la Serpiente* a su modo de ver.

Baeza se agarró al asidero del techo cuando Cynthia aceleró la última tanda de calles y se internó por la comarcal DP-0701 en dirección a Santa Comba. Poco a poco fueron dejando atrás la ciudad, una mancha difusa en la luna trasera fortificada por un escuadrón de nubarrones. Leo aspiró una bocanada de aire, como si aquello le ayudase a recobrar la cordura. Después afiló la vista hasta la chica que

ocupaba el asiento del copiloto, su nombre rotulado en una de las carpetas que rescató Hooded del ordenador: Camila Collado. Sin rastro de su paradero desde que abandonó otra Casa Escuela en el verano del 2002. Esta vez, en Oviedo.

Trituró sus muelas segundos antes de darse por vencido.

- Todavía estáis a tiempo de parar esta locura – renunció a seguir callado –. Nadie tiene por qué enterarse.

Ninguna parecía tener intención de replicarle. El sargento se mosqueó.

- ¡No os dais cuenta de que estáis cometiendo un error? La policía no tardará en dar con la señal que emite la antena de la patrulla.

- Pero para entonces, ya será demasiado tarde – contestó Cynthia.

Sus ojos lo devoraron por el reflejo del espejo retrovisor.

- Es una lástima que te pierdas el número final – prosiguió –. No quedará ni rastro de la catedral en cuanto vuele por los aires.

Las dos se congraciaron con una carcajada perversa.

- Eso estará por ver – desató su ira.

Leo se abalanzó sobre el asiento delantero, rodeando con su antebrazo el cuello de Cynthia en un intento por reducirla. El coche comenzó a dar fuertes sacudidas a los lados. La joven se removía convulsionada, su rostro sonrojándose ante la falta de aire. Baeza continuó apretando su garganta con denuedo, como si deseara estrangularla allí mismo en una especie de lucha sin límites. Cynthia le arañó repetidas veces el dorso de la mano hasta que frenó en seco y dio un volantazo. Los neumáticos lijaron el asfalto de la carretera al tiempo que Baeza perdía el control y caía de nuevo hacia atrás, su cabeza estrellándose contra el cristal de la ventanilla.

La confusión que le sobrevino después nubló su mente de fantasmas, interrumpida nada más que por la tos que escuchaba de fondo y que le hizo recobrar el sentido lentamente. Al volver el cuello, descubrió que Camila se había incorporado en el asiento para encañonarlo, la boca de la pistola a escasos centímetros de su mandíbula.

Su mirada derramaba virutas de resquemor.

- Ni te muevas o te reviento la puta cabeza – dijo entre dientes.

Leo supo entonces que había cometido un error.

Un fuerte dolor la despertó. Aura comenzó a removerse en el suelo mientras las escenas se amalgamaban confusas en su memoria. La muchedumbre intentaba escapar de la masacre a medida que los disparos restallaban al fondo, sus miradas contagiadas por un miedo atroz. ¿Qué había sucedido?, se preguntó con la mente abotargada. Aura abrió los ojos despacio y contempló la amplia bóveda de cañón sustentada en un racimo de pilares de basa cuadrada. Los setenta metros que la distanciaban de su belleza se prolongaban infinito por

un triforio que recorría el templo en un tramo longitudinal y que avanzaba hacia los brazos del crucero y el deambulatorio. Sin duda, supo dónde se encontraba. Aura recordó las últimas imágenes grabadas a fuego en su retina y se llevó una mano a su frente. La herida palpitaba aún bajo una película de sangre reseca. ¿Cuánto tiempo llevaba en el suelo?, volvió a cuestionarse. Enseguida cayó en la cuenta de que había perdido la conciencia tras golpearse contra una de las esquinas de la columna que tenía justo a su derecha. El frío que exhalaba el suelo la animó a incorporarse. Un ligero mareo enturbió su cabeza, la tensión expandiéndose a través de sus cervicales. Se ayudó con ambas manos para levantarse y miró por inercia el portón de la catedral. Sus dos hojas permanecían ahora selladas, la penumbra que goteaba en el interior rasgada por la tenue claridad de los candeleros. Aura se dirigió aturdida hacia la salida y comprobó que habían sido cerradas a propósito. ¿Por qué?, se impacientó. Sólo al volverse, sus ojos se llenaron de espanto.

Uno de los vigilantes de seguridad yacía por fuera de los bancos de madera, sus piernas completamente separadas en un intento por echar a correr. De una de sus sienes brotaba un hilo de sangre que caía por su mejilla, formando alrededor de su boca una pequeña mancha viscosa y reseca. Aura se estremeció, llevándose una mano a su vientre. Las náuseas de la vez anterior volvieron a repetirse. *¡Hola?*, gritó. Su voz se propagó como un eco espectral en el interior de la nave. La periodista echó un vistazo a su alrededor y comprobó que multitud de pertenencias moraban sin orden por todas partes. Supuso que de la gente que huyó de allí hacía… ¿Cuánto tiempo llevaba encerrada en la catedral?

La duda la acompañó de camino al interior cuando se decidió a explorar entre los restos de la marea. Las mochilas y bastones poblaban el pasillo central, los bancos flanqueando ambos márgenes en un juego de simetría y organización. El sigilo con el que avanzaba la sumió en un estado de alarma. Sólo sus pasos eran devorados por el eco incesante, su mente contagiada aún por las escenas que almacenaba en un rincón de su memoria. Aura siguió adentrándose en la niebla, su perfil serrado por la burbuja de luz que proyectaban las capillas laterales. De pronto, escuchó un gemido. Un sonido conciso y gutural que procedía del altar. Sus ojos relamieron en la distancia la suntuosidad barroca que desprendía el pan de oro, sus columnas salomónicas recubiertas de pámpanos, el baldaquín sostenido por ángeles y en el centro, Santiago, la efigie ecuestre del Apóstol envuelta en maderas nobles, mármoles y plata. Aura se fijó que de la cúpula octogonal colgaba la cuerda y el sistema de poleas para poner en marcha el botafumeiro que descansaba en el aire. Según se acercaba, volvió a percibir aquel lamento sordo. Un susurro áspero y ronco que

la atrajo sin darse apenas cuenta. La periodista examinó decidida cada detalle hasta que reparó en la sombra alargada que se removía por fuera de la escalera. Sus párpados se replegaron al reconocer su identidad.

Aura corrió hacia Hooded, el cual se encontraba maniatado y amordazado. Se arrodilló a su lado y atendió a las heridas y moratones que salpicaban la piel de su rostro a medida que intentaba retirar un extremo de la cinta americana con la que habían sellado sus labios. Se asustó. Aura se arredró al percatarse del estado de indefensión en el que se hallaba, sus gestos gravitando en un sopor narcótico. Dedujo que lo habían sedado.

- Hooded, ¿me oyes? – se preocupó nada más arrancarle la mordaza.

Después le palmeó repetidas veces el carrillo. El informático fijó la vista en ella, la sonrisa que trazó visiblemente arqueada por el aturdimiento.

- Venga, voy a sacarte de aquí – le tomó por un brazo.

Su amigo comenzó a masticar palabras ininteligibles.

- No te entiendo – le apremió.

- Que es una trampa…

El aliento que derramó en su cara contenía efluvios medicamentosos.

- ¿Qué es una trampa? – se esforzó en averiguar.

- Ella, *Xeito15*, me engañó con su peluca rubia. Vete…

- No pienso dejarte aquí.

Entonces comenzó a desatar los nudos que aprisionaban sus muñecas en varias vueltas, el cordel deshaciéndose deprisa entre sus manos. Después hizo lo mismo con las cuerdas que amarraban sus tobillos.

- Ahora agárrate a mi hombro – le dijo.

Hooded continuaba navegando en un sueño soporífero e invariable.

- ¡Despierta, joder! – se desesperó mientras lo zarandeaba.

El informático parecía recobrar poco a poco el sentido.

- ¡Tenemos que irnos ya!

De pronto, escuchó unos pasos por su espalda.

Unas zancadas que retumbaron en la catedral, sus suelas desconchando con sumo placer los suelos de mármol. Aura se incorporó y atravesó con dificultad el paño de sombras que enturbiaba el horizonte.

- ¿Quién anda ahí? – gritó.

Después, el eco cesó.

Aura se alejó de los escalones y se posicionó por delante del altar. Su mirada rastrillaba en vano cada centímetro de la penumbra. Sólo su corazón parecía bombear con estrépito.

- ¡He dicho que salgas! – se dirigió al fondo.

La claridad plúmbea que resbalaba por las amplias vidrieras desempañó la figura recortada que la miraba fijamente desde uno de los laterales. Su perfil, remachado contra la oscuridad, dibujaba un cuerpo macizo y prominente según retomaba de nuevo sus pasos. Poco a poco fue despojándose de las tinieblas, sus ojos alumbrados por una gula insaciable. La sonrisa lobuna que esbozó la estremeció en lo más hondo de su alma.

- ¿Tristán? – paladeó insegura –. ¿Eres tú?

El hombre detuvo su marcha antes de responder.

- Hola, Aura. Te estaba esperando.

La chica continuaba apuntándole desde el asiento del copiloto cuando Cynthia se desvió de la carretera comarcal y entró por un camino sin asfaltar flanqueado por copiosos bosques de eucaliptos a los márgenes. Los neumáticos arrastraron a su paso una cortina de polvo, su rastro arenoso disfrazando el horizonte de partículas amarillentas. Enseguida aminoró la velocidad y divisó por su ventanilla los arcenes del sendero. Posiblemente buscaba un lugar seguro donde detener el coche; un apartado por lo que dedujo el sargento cuando Cynthia pisó el embrague y cambió la marcha a segunda. Después giró el volante a su izquierda y se internó en un saliente del bosque, los arbustos y matorrales tapizando con sus ramas gran parte del frontal. Acto seguido Camila se apeó, dejando su puerta abierta a la intemperie.

Una bocanada de aire caliente penetró en el interior de la patrulla pese a la humedad espesa que flotaba en el ambiente. El cielo, preñado de nubes negras, presagiaba la tormenta de un momento a otro. Camila rodeó el coche con la actitud beligerante y tiró de la manilla de su puerta empuñando el arma.

- Baja – se limitó a decir.

Cynthia Olmedo salió a su encuentro.

Baeza sólo atendía a la boca de la pistola que lo apuntaba desde fuera.

- ¡He dicho que bajes! – voceó.

Después lo apresó por la chaqueta y tiró de él con fuerza, cayendo de rodillas al suelo. Leo ni siquiera se esperaba que fuera a golpearle con la culata en la cabeza. El dolor se propagó relampagueante, martilleando machaconamente sus sienes.

- ¡Muévete! – le ordenó.

El sargento se tambaleó en su ascenso, acuciado por el temor a recibir un nuevo impacto.

- ¡Venga, no te quedes ahí parado! – volvió a gritarle.

La joven le propinó un empellón para que caminase en línea recta.

Al cabo de un minuto, le ordenó que parase. Sólo la frondosidad del paraje parecía sentir el miedo que goteaba en su mirada, el recuerdo de Aura impreso en su memoria ahora que sabía que había llegado su final.

El móvil de Cynthia vibró en uno de los bolsillos de su traje de cuero. Rápidamente bajó la cremallera y asió su teléfono.

- ¿Qué pasa ahora? – se interesó Camila.

Su compañera continuaba imbuida en el texto que se asomaba en la pantalla.

- Tienes que regresar. Tristán necesita refuerzos – aseveró –. Cada vez hay más policías fuera de la catedral.

- Mierda – murmuró.

Luego miró a Cynthia a los ojos.

- ¿Te encargas tú? – se refirió a su rehén.

- ¿Acaso lo dudas? – respondió mientras abría la palma de su mano.

Camila desgranó una sonrisa maliciosa al tiempo que le cedía su arma. El sargento no pudo por menos que tragar saliva.

- Ve saliendo. En un rato me reúno con vosotras.

El disimulado poder que ejercía sobre ella hizo a Leo considerar la posibilidad de que las demás le profesasen un respeto gestado años atrás gracias a su veteranía en el grupo como a la edad que rezaba en su DNI. De algún modo, las imágenes que vio en las grabaciones de Lúa Prado y Cynthia Olmedo le indicaron, junto a las fechas que leyó en los archivos, que fueron las primeras en ser capturadas por Tristán. Tiempo después, aparecieron el resto de chicas.

Camila partió hacia el fondo de la explanada y rodeó unos arbustos con el paso ligero. Allí, escondidas por la frondosidad de sus ramas, el sargento avistó un par de *Yamahas* grises de gran cilindrada idénticas a las que utilizaba la motorista cuando se empeñó en perseguirlos desde que se alojaron en la casa rural de Noia. La joven atrapó el casco que descansaba en uno de los manillares y ocultó su rostro bajo la pantalla reflectante. Luego arrancó el motor y se largó a toda prisa bajo una cortina de polvo en suspensión.

El silencio volvió a reinar en el bosque, las miradas de Baeza y Cynthia enfrentadas a escasos metros. Ninguno parecía tener intención de bajar la guardia mientras el rumor de la radio brotaba por fuera de la puerta abierta del copiloto. *“A todas las unidades disponibles, acudan de inmediato a la Plaza del Obradoiro. Unos terroristas se han atrincherado en el interior de la catedral. Hay dos agentes muertos y un coche patrulla se ha dado a la fuga. Repito, a todas las unidades disponibles…”*. Las palabras comenzaron a deshacerse en su mente a medida que intentaba capturar el rastro imperceptible de Aura. Daba por hecho que habría logrado ponerse a salvo cuando le gritó que huyera de allí. Sin embargo, la duda le quemaba por dentro.

- ¿Dónde está Aura? – la exhortó, su mandíbula dibujando la tensión que palpitaba bajo sus dientes.

- ¿Te refieres…, a si su vida corre peligro? – se animó a retarle –. Creo que ése es el menor de tus problemas. ¿No te parece?

Cynthia volvió a encañonarlo mientras avanzaba hacia él con la mirada prendida de odio.

- Nunca debiste entrometerte en nuestros asuntos, al igual que esa otra zorra. Por cierto, Tristán te manda recuerdos.

Sus reflejos no le previnieron del puñetazo que hundió en su estómago, la boca del arma ensartándose a la altura de su hígado. Leo cayó de rodillas al suelo, el dolor ramificándose como un veneno ponzoñoso por sus terminaciones nerviosas.

- ¡Por qué lo haces? – gritó al cabo de unos segundos, sus brazos rodeando parte de su vientre para amortiguar el daño.

Cynthia le respondió con una carcajada herrumbrosa. Baeza no estaba dispuesto a rendirse.

- ¡No te das cuenta de que Tristán es un miserable que os ha estado engañando durante años? No sois más que un instrumento de defensa, sus propias marionetas.

- ¡Y qué sabrás tú? – se ofendió –. Él nos dio una oportunidad, algo en lo creer, en lo que luchar. Una razón para subsistir.

- ¡Cómo, apartándoos de vuestras familias cuando erais unas crías? – introdujo el dedo en la llaga.

- Manteniéndonos a salvo del mundo corrompido que nos rodea – sentenció –. Pero eso va a acabar hoy. Todas tendremos un papel principal en ese cambio que se avecina.

La lealtad que profesaba hacia la figura de su raptor era más profunda de lo que imaginaba.

- Ese mundo no existe – se afanó en contradecirla –. La única verdad que hay es que Tristán os robó la adolescencia para moldearos a su antojo. Quería hacer de vosotras unas armas de matar. Y cuando ya no le sirváis, estoy seguro de que os desechará de sus planes como hizo con Tania.

La chica se desternilló de la risa al tiempo que daba vueltas alrededor de él. Parecía disfrutar del momento mientras pasaba la palma de su mano por su cabellera rapada.

- Esa estúpida se lo buscó por desatacar las normas. Creyó que podía engañar a Ortiguera fácilmente. Pero descubrió que se veía a escondidas con un chico y que había abortado meses más tarde.

- Y cómo no, la castigó – ordenó las piezas del puzle –. Encontraron su cadáver hace dos semanas en un bosque del Bierzo.

- Su alma ya estaba corrompida. No tenía derecho a ser una de nosotras.

- Qué curioso, pensé que hablabas de Lúa Prado, tu amiga.

Cynthia replegó irascible las aletas de su nariz.

- Aunque a diferencia de Tania, fue Iván Minchev quien se la jugó. Estaba claro que en algún momento Tristán perdería el control sobre sus chicas. Era de prever que las niñas inocentes que raptó un día se habían convertido en mujeres adultas. Y ese fue el primer error que cometió: negarlo.

Aura Valdés dio un paso atrás mientras Tristán Ortiguera se despojaba de las sombras que lo envolvían, su sonrisa de hiena esculpida a propósito sobre su rostro.

Tal vez aún no era consciente de que el hombre que avanzaba sigiloso hacia ella, su estatura excelsa, el cuerpo bien proporcionado, la cabeza sin rastro del cabello que una vez se dejó crecer para llevarlo anudado en una coleta baja, era el mismo que ahora la retaba con los ojos llameantes y la actitud serena. A Aura le costaba admitir que estaba delante del asesino de su madre. También del ejecutor de las muertes de Iván Minchev, Braulio Fonseca y Thiago Urbizu. El único que proyectó sobre un mural el infierno que habitaba en su interior. Aura se acordó de todo aquello y dio otro paso atrás cuando supo que no se encontraba solo; pues las dos jóvenes que lo custodiaban a cada lado tenían la misma estructura facial que había examinado tantas veces en los vídeos que Hooded descargó de su ordenador personal. Ane Etxague y Leyre Pastor. Ambas desaparecidas en una Casa Escuela de Navarra en 2011 por lo que leyó en los informes de Altamira, prisioneras de un juego macabro que tenía como misión radicalizarlas a su antojo.

Aura subió los cuatro peldaños de la tarima y se refugió por dentro del altar. Después se arrepintió cuando supo que había dejado a Hooded a los pies de la escalera. Tristán captó la señal y se detuvo delante de él junto al pequeño ejército que lo respaldaba. Le regaló una nueva sonrisa.

- Sabía que vendrías a rescatar a tu amigo el encapuchado – articuló.

Su voz, profunda y cavernosa, le erizó el vello. Sus ojos continuaban fijos en los suyos.

- Aunque he de admitir que por un momento te confundí con el fantasma de tu madre. Imagino que durante estos años te habrán comentado lo mucho que os parecéis.

- Ni se te ocurra mencionar su nombre – lo amenazó desde arriba –. Tú no.

Tristán se rio.

- Ya veo que te han puesto al día.

- Eres un miserable – declamó con recelo.

Prefirió no desvelarle que Victoria seguía con vida, oculta en una

residencia desde entonces.

- Esta vez no te saldrás con la tuya. Te juro por lo que más quieras que pagarás por todo el daño que has causado.

- Al menos, reconozco que eres más valiente. Le habría gustado ver en lo que te has convertido: una afamada periodista de sucesos que arriesgó su propia vida por conocer la verdad.

- Supongo que te refieres a la única verdad que hay – soltó con aplomo –. Que tú mataste a mi madre – lo señaló.

El rostro de Tristán se tiñó de oscuridad y comenzó a subir los primeros escalones. La rabia que desprendía al fondo de sus pupilas la hizo retroceder, su cintura rozando un lateral del altar. El miedo se apoderó de su semblante. No sabía qué se proponía a hacer. Tristán la devoró en la cercanía, sus gestos relamidos por un placer primitivo. Después se aproximó al botafumeiro, que se mantenía fijo en el aire mediante un sistema de poleas, y lo sujetó entre sus manos, impulsándolo con fuerza. Un profundo aroma a incienso invadió el espacio mientras el incensario se balanceaba entre medias como un péndulo. Aquello le dio pavor cuando volvió a colocarse frente a ella, el envite del armazón de plata sesgando el aire de dentro.

- ¡Mientes! – se encolerizó –. ¡Esa puta me la jugó! ¡Me arrebató lo que por derecho era mío!

Aura replegó sus párpados, impresionada por el retumbe de sus alaridos. Se fijó que tenía la piel cuarteada como la de un lagarto, sutilmente sonrojada a la altura de sus mejillas. Luego le mostró la hilera de dientes, sus colmillos asomándose entre sus labios belfos.

- No. No debió apropiarse del segundo manuscrito – recobró de inmediato la calma, como si su proceder formase parte de un mecanismo autómata.

El tono de su voz recuperó la linealidad a la que estaba acostumbrado.

- Cuando Toén cerró sus puertas, tarde algún tiempo en averiguar que Funelli se lo había entregado a su enfermera antes de morir. Tampoco conocía el motivo, ni siquiera me lo planteé cuando tras años de búsqueda di con su paradero. Descubrí que Victoria había formado una familia en Coruña y que su mundo giraba en torno a ti, Aura. Necesitaba acercarme a ella, persuadirla de algún modo para que me lo entregase; así que opté por seguir sus pasos y hacerte fotografías a la salida del colegio. Estaba seguro de que aquello funcionaría, el manuscrito a cambio de tu seguridad.

- Me das asco… – renunció a seguir escuchando su endemoniado chantaje.

- ¿Eso piensas? Porque fue tu madre la que contrató los servicios de esos dos detectives con el propósito de que dieran conmigo. Victoria sabía perfectamente quién se escondía tras los anónimos que recibió.

Me lo puso difícil pese a que el intercambio era simple. Reconozco que no cejé en mi empeño y fui muy insistente. Continué haciendo fotos a su preciosa hija hasta que en la última misiva que le envié, rodeé tu cara con un círculo rojo. Quizás, lo único que la hizo cambiar de opinión y acceder a citarse conmigo.

- Al contrario – puntualizó –. Aprovechaste su desesperación para tenderle una trampa.

El botafumeiro seguía meciéndose entre medias, su sistemático vaivén trufando el aire de una estela perceptible de incienso.

- No, Aura. Fue ella la que no cumplió con su parte. Trató de retenerme mientras me amenazaba con contar la verdad a la policía con la excusa de ganar tiempo y que los detectives me diesen caza. Eso fue lo que realmente pasó. Pero supe verlo desde el principio y me adelanté a sus planes. No tuve más remedio que atropellarla y zanjar cuanto antes la emboscada que había perpetrado.

- Y aun así, te fuiste con las manos vacías – declaró en su defensa –. Me alegro.

Sus ojos se volvieron dos fósforos al abrigo de la penumbra.

- Mientras Victoria yacía en el suelo, registré sus ropas en busca de la segunda parte del *Juego de la Serpiente* – se resignó a rememorar –. Jamás lo llevó encima. Días más tarde me enteré por el portero de la finca donde vivía que su marido y su hija se habían mudado a otra ciudad, aunque no supo aclararme el destino. Desde entonces, siempre te he estado buscando, Aura. Era de prever que tú custodiabas el manuscrito. Y no me equivoqué. Cuando metiste las narices en La Alberca, firmaste tu propia sentencia al exponerte al mundo. Ahora sabía cómo localizarte.

- Te equivocas de nuevo. Nunca supe de la existencia del libro por la sencilla razón de que mi madre se lo había entregado a esos mismos detectives tiempo atrás. Fueron ellos los que se encargaron de protegerlo a buen recaudo. ¿Sabes por qué? Porque Funelli no se fiaba de ti. Porque en el fondo sabía de lo que serías capaz de hacer si el manuscrito acababa en tus manos. Debió de haberlo destruido antes de fallecer en el Psiquiátrico y no arruinar otras vidas. Como, por ejemplo, la de mi madre.

Tristán cerró los puños en un acto reflejo, como si aquello le sirviese para aflojar la tensión que subrayaba su mandíbula.

- ¡Y tú qué sabrás? Ese viejo mentiroso me traicionó. ¡Yo soy el sucesor del legado de Isis! ¡Él me formó para ello! ¡Él me acogió como si fuera su propio hijo! – vació su resquemor –. Él supo ver quién era yo. El elegido.

Aura se amilanó por la brusquedad de sus aspavientos.

- Y no pararé hasta ver completada mi obra – le dirigió una mirada heladora.

- ¿Matando a más gente inocente? Funelli ideó esa fábula con el único propósito de eludir la censura franquista y todo cuanto estaba prohibido por aquel entonces. ¡Sólo tú lo malinterpretaste! *El Juego de la Serpiente* no era otra cosa que una alegoría a Isis, una narración pagana, algo que salió exclusivamente de su imaginación.

- Estás igual de ciega que los demás – masculló entre dientes –. Sus libros eran mucho más grandes que él; mucho más grandes que todos nosotros. Funelli no se inventó nada. Él sólo fue iluminado en su juventud cuando realizaba sus estudios en Bóveda de Mera. Pero ni siquiera supo atender a la grandeza de su obra, pues la diosa ya me tenía reservado otros planes. Ella se encargó de que Funelli muriera para que yo pudiese llevar a cabo su misión en la tierra – dijo convencido –. Y te aseguro que esta vez volveré a instaurar el orden.

Cynthia lo escudriñó a corta distancia, la boca del arma dirigida hacia su cabeza. Tal vez las palabras que había exhortado Leo de rodillas, que Tristán había perdido el control sobre sus chicas desde que dejaron de ser unas niñas para convertirse en mujeres adultas, la sumió en un estado de mayor enemistad, como si en el fondo aquella verdad le hubiese escocido más a ella que a su propio secuestrador. Sin embargo, Iván Minchev estaba muerto; aniquilado por traicionar al hombre que lo ayudó a esconderse en las sombras cuando huyó a toda prisa de Bélgica por delatar a la célula yihadista de la que era miembro. Supuso que la deslealtad se pagaba cara, y más procediendo de su cabecilla.

Ni más ni menos que de Tristán Ortiguera.

- No todas somos iguales – contestó molesta

Sus ojos eran presos de un sadismo acuciante.

- ¡Ah, no…? Pensé que Lúa Prado y Tania Oldán acabaron siendo castigadas por saltarse las normas.

- Que se creyesen más listas, es posible. Se olvidaron de todo cuanto nos enseñó Tristán durante años. Pero procuramos que ninguna de las demás se descarriase del camino.

Baeza se cercioró entonces de que Cynthia había adquirido con el paso del tiempo un rol de *macho alfa* que le fue concedido por su propio carcelero. Quizá su veteranía en el grupo y la confianza que había depositado Tristán en ella le sirvieron para que vigilase a su rebaño de cerca a cambio de otorgarle una supremacía que la hacía destacar por encima del resto. Cynthia Olmedo era la chica predilecta de su mentor, y ella lo sabía. ¿También se trataba de la más radicalizada de todas?

- Era de presuponer que la veterana del grupo intentase dar ejemplo a las demás, encargándose no sólo de ejecutar a Iván Minchev, sino también de iniciar los crímenes en Galicia al profesar éste el Islam –

dedujo en voz alta –. Lo que ya no entiendo es cómo conseguisteis que Lúa muriese atropellada en esa carretera, cerca de la casa de sus padres.

El sargento necesitaba averiguar si existía algún tipo de conexión entre el presidente de la Xunta (el autor *no confeso* de su atropello) y Ortiguera, cosa que dudó.

- Porque la muy estúpida se creyó que iba a salirse con la suya cuando se largó de aquel hotel en Allariz – se dirigió a su compañera de San Calixto I con un poso de animadversión –. Aunque finalmente el destino se encargó de castigarla por traicionar a su verdadera familia. De lo contrario, yo misma me hubiese ocupado de encontrarla y aniquilarla con mis propias manos.

Baeza apreció la fuerte rivalidad que existía entre ella y sus hermanas, incapaz de hallar en su corazón un resquicio de empatía por su parte.

- ¡Pero era tu amiga! – se arriesgó a rebatirla –. Lúa y tú crecisteis juntas en esa Casa Escuela. ¿Cuál fue su error? ¿Enamorarse del hombre que os adiestraba?

- ¡Cierra esa maldita boca! – gritó –. Sé lo que pretendes, pero conmigo no va a funcionar.

Después tensó el percutor de la pistola, deseosa de descerrajarle un tiro allí mismo. Leo se temió lo peor.

- La conversación termina aquí – remató.

El sargento se atrevió a mirarla a los ojos, su esclerótica inyectada por una retícula de vasos capilares.

- No tienes por qué hacerlo – declaró acongojado –. Tú no eres así, Cynthia. Te olvidaste de quién eras cuando te sentiste traicionada por los tuyos. Leí tu informe, incluso hablé con una de tus compañeras. Sé que tus padres te internaron en San Calixto porque no te creyeron cuando les confesaste que tu hermano abusaba de ti siendo una niña. Pero a diferencia de ellos, yo sí te creo. Sé que decías la verdad.

- ¡Cállate! – estaba fuera de sí.

Leo atisbó una fisura por la que llegar a ella. Estaba a un paso de desarmarse por completo.

- Como quieras – reaccionó rápido –. Pero cuando hablé por teléfono con tu madre, me comentó que se sentía arrepentida de lo que había hecho. Quería que la perdonases.

Su rostro compuso un gesto de vacilación.

- Me dijo que le gustaría volver a verte. Te echa de menos…

La mirada de Cynthia Olmedo se perdió en el follaje del bosque, sus hombros vencidos por un dolor que llevaba soterrado demasiado tiempo. Tal vez las imágenes de la vida que dejó atrás comenzaron a poblar su mente a medida que retraía el brazo por dentro, la boca del arma apuntando ahora hacia el suelo. Baeza aprovechó su ausencia

para sacar la pistola por detrás, incorporándose deprisa mientras atravesaba las primeras capas del vendaval.

Entonces, regresó a sus pesadillas.

La habitación gris recobra sus ángulos; paredes de cemento iluminadas por una luz fantasmagórica. Leo percibe la humedad que oscila en el aire. También la malla de oscuridad que se agita al fondo, tras el ramal de escalones que asciende hacia las tinieblas. Enseguida reconoce donde está. La pistola que sujeta con firmeza en su mano derecha y la arenisca espolvoreada bajo las suelas de sus botas le sitúan rápido en el búnker. Lo sabe porque Tania no le quita ojo desde que ha irrumpido en la habitación. Se encuentra de pie a un extremo, sosteniendo con descaro su arma y apuntándole a corta distancia.

Un extraño vendaval se cuela en el interior, circulando cada vez con más fuerza. Ráfagas cargadas de partículas donde su figura empieza a desvanecerse. ¡Dispárala!, escucha la orden. Leo desvía la mirada y descubre a Aura maniatada en el suelo, la tensión perfilándose bajo la piel de su cuello. El torbellino se vuelve impetuoso. Posa el dedo sobre el gatillo y decide desplazarlo hacia atrás. La corriente apenas le permite ver a Tania mientras su silueta se consume invariable. Leo continúa apretando el gatillo pese a que no consigue descargar el arma. Vuelve a intentarlo por segunda vez. De pronto, la misma joven que parecía retarlo tras la cortina de aire expulsa un chillido que enfurece al vendaval y todo lo agita. Todo lo enturbia. Todo lo hace añicos. Hasta que Baeza dispara, el restallido desatándose en su interior.

Un instante después, regresó al descampado.

Cynthia estaba tendida en el suelo, un hilo de sangre manando por el boquete que se abría paso en mitad de su pecho. Su mirada permaneció congelada en las imágenes que recobró segundos antes de morir, trazando una sonrisa templada al reencontrarse con la niña que una vez habitó en ella. El sargento la observó por última vez y salió disparado hacia el coche. La radio continuaba emitiendo avisos a todas las unidades. Rápidamente entró en la patrulla y arrancó el motor.

Minutos más tarde, su rastro se perdió bajo una estela de polvo.

Ella se encargó de que Funelli muriera para que yo pudiese llevar a cabo su misión en la tierra. Y te aseguro que esta vez volveré a instaurar el orden. Las palabras que escupió Tristán continuaban revoloteando en su cabeza. Sus ojos, una mezcla de confianza extrema y animosidad, llevaron a Aura a rodear el altar, el botafumeiro columpiándose entre medias.

Rápidamente sus chicas lo escoltaron a cada extremo de la escalera, Hooded aún sumergido en un letargo pastoso y circular. Todo parecía fruto de un mal sueño. Ni siquiera era capaz de soportar la mirada

impúdica que le ofrecía a cambio, como si tras su prominente estatura y las facciones vacías de gestos, existiese otro hombre, un ser huraño y primitivo que parecía haberse congraciado con las leyendas más remotas.

Aquello le dio espanto, temiendo incluso por la vida que germinaba bajo su vientre.

- ¡De qué misión hablas? – refutó, consciente de lo que hacía –. Porque hasta donde sé, tú provocaste la muerte de Funelli al igual que mataste a todas esas chicas. Fuiste tú quien se encargó de asesinar a Ainhoa, a Tania, e incluso a Chlóe. Así que al menos te pediría que no justifiques tus actos tras una ideología absurda.

Tristán se relamió al atender a una parte de su propia historia.

- Chlóe Guillot… – emitió conmovido –. Hacía tiempo que no escuchaba su nombre. Ya casi no recuerdo su cara. Supongo que sabrás que ella fue la primera, con la que inicié mi obra después de años de espera. Aunque mereció la pena el esfuerzo. Cada una de las elegidas pasarán hoy a formar parte de todo esto. El pecado que cometieron será al fin perdonado por la diosa.

- Te equivocas – se enojó –. Las matas por haber abortado cuando tú también arrebatas la vida a otros. No se puede ser juez y verdugo a la vez.

- Veo que sigues sin entenderlo. *El Juego de la Serpiente* necesita de un sacrificio para honrar a Isis y completar el ritual. Esas chicas ofrecieron su cuerpo con el único fin de ser absueltas de su pecado. Es el destino quien se encarga de decidir cuál de ellas debe entregarse como ofrenda, no yo.

- ¡Ah, sí…? Pues entonces explícame cómo es que la selección se basa en seguir y espiar a unas cuantas jóvenes de una localidad en concreto, siendo la elegida la presa más fácil de capturar. Porque en eso consistía el mural que vi en La Alberca y El Bierzo: en escoger a la chica más débil de cada grupo de fotos. ¿O me equivoco?

Ortiguera no pudo reprimir el rictus de complacencia que desgranó en la penumbra.

- Quizá se te escapa un ligero detalle que lo cambia todo.

- ¿A qué te refieres? – se impacientó.

Sus ojos la devoraban despacio.

- A que tú también tendrás el privilegio de formar parte del *Juego de la Serpiente*.

La respiración de Aura se volvió dura.

- Quién mejor que la hija de Victoria Gálvez para concluir la gran obra.

- Eres un hijo de puta – farfulló.

Su risa se propagó como una sombra más en el interior de la nave.

- Tú serás la siguiente, Aura. La octava. El broche perfecto que dará

sentido a la tarea que me encomendé.

Tristán esquivó el botafumeiro, adentrándose en la mirada aterrada de la periodista según se desplazaba con parsimonia por el recinto acotado del altar. Sólo la mesa alargada parecía separarlos a propósito mientras ambos la rodeaban en una especie de ceremonia fúnebre, consagrada a la deliciosa entrega de la caza. Aura se sintió acorralada, consciente de que apenas tenía escapatoria. Sus hijas, las hijas del cazador, observaban con complacencia los prolegómenos de la lucha antes del combate final. Quizá lo inevitable; pues Aura admitió que había llegado la hora de despedirse. De dar por concluido su intento por salvaguardar la memoria de su madre, también la suya. De aceptar que Tristán Ortiguera había ganado la partida cuando volvió a asomarse a sus ojos por dentro de la alfombra, el frontal recargado de bóvedas policromadas y destellos dorados. El odio se expandió como una tela de araña por sus pupilas.

- Será igual que la última ilustración – le avanzó con la voz lúgubre –. Tú sacrificio servirá para que Isis recupere el trono y destierre finalmente a Santiago el Usurpador.

- Lo dudo – le echó un último pulso –. Aunque me mates, nunca podréis escapar. Estoy segura de que la catedral estará rodeada de policías. Habéis llamado demasiado la atención.

Ortiguera volvió a desatar su risa en el momento que intentó atraparla con la mano. Aura se retiró unos centímetros de la mesa.

- ¿Crees que así termina todo? Tú y todos los de fuera moriréis después de que la bomba que he colocado en la cripta explote. Es el único modo de eliminar el mayor símbolo del cristianismo.

- Eso si logras salvarte – le espoleó adrede.

- Tranquila. Estaré lejos de aquí cuando eso ocurra y termine con este mudo viciado. Se impondrá el orden como recompensa y mis chicas y yo seremos los encargados de establecer el culto verdadero, el culto que nunca debió de ser silenciado. El culto a Isis.

Aura dobló la mesa, el acecho con que la hostigaba cada vez más persistente. Apenas tenía escapatoria. Sabía que sus garras acabarían por apresarla cuando un destello robó de pronto su atención. Aura atravesó disimuladamente el paño de sombras que sofocaba el horizonte y avistó una silueta por dentro de las balconadas del triforio que recorrían la planta completa sin interrupción.

Entonces, supo que no estaba sola.

El sargento se dirigía a toda velocidad por la comarcal DP-0701 en dirección a Santiago.

Una película de sudor perlaba su frente mientras esquivaba los coches que venían en sentido contrario, el pie hasta el fondo del acelerador. Su empeño por llegar cuanto antes a la ciudad le hizo

saltarse algunas intersecciones. Leo continuó sujetando el volante con una sola mano al tiempo que con la otra intentaba localizar la frecuencia de la radio. Las interferencias que emitía en el interior del coche patrulla terminaron por cabrearle.

De pronto, una voz femenina se asomó en el vacío de sus pensamientos.

- Aquí Central – se dirigió a todas las unidades –. Los intentos por entrar en la catedral están resultando inefectivos. Hay varias chicas armadas en las principales entradas.

Baeza arrancó el interfono y apretó la clavija con la pretensión de participar en el canal.

- Soy el sargento Baeza – se presentó –, el rehén de la patrulla que secuestraron en la Plaza del Obradoiro. He podido deshacerme de una de ellas a la altura de Santa Comba. Su compañera ha huido en moto.

- Aquí Central – intervino de inmediato –. ¿Necesita atención médica?

- No – resolvió.

- ¿Puede darme posición?

- Me encuentro a pocos kilómetros de Santiago de Compostela. Me dirijo a la catedral.

- Negativo – intercedió rápido –. Hay un despliegue policial en estos momentos y podría ser peligroso. Diríjase de inmediato a la comisaría local, sargento. Las dependencias se encuentran en la avenida de Rodrigo del Padrón, número tres.

A Leo no le convenció del todo su respuesta.

- Prefiero ayudar – replicó.

- Los accesos a la catedral se hallan cortados por varios escuadrones de agentes – parecía insistir –. Diríjase a la comisaría, sargento. La operación está resultando delicada. Hay varios rehenes en su interior y el terrorista tiene intención de hacer explotar una bomba. Ya se han avisado a los técnicos especialistas en desactivación de artefactos explosivos.

- ¡Cómo…? – alzó la voz.

- Alguien está emitiendo imágenes en directo desde el Facebook donde fue publicado el último vídeo del asesino *da Serpe*.

Baeza frenó en seco a un margen de la cuneta y soltó el interfono en el asiento del copiloto. Rápidamente extrajo el móvil del bolsillo de su pantalón y entró en la conocida red social. En cuanto localizó la cuenta anónima, pulsó encima.

Las imágenes se reproducían en directo a unos cuantos metros por encima del altar mayor. La penumbra que goteaba sin embargo, no le impidió reconocer a Aura por detrás de una mesa, el perfil de un hombre acechándola con apetito en su trayecto. *¡Mierda!*, vociferó.

Instantes después, aceleró el motor.

Oriol Estrada comprobó que el número de visitas había vuelto a subir desde que se arriesgó a hacer una grabación en directo desde la cuenta falsa de Facebook.

Tampoco se le había pasado por la cabeza hacer aquello cuando entró en la catedral junto al fotógrafo del Correo de Galixia y averiguar qué estaba sucediendo. Sólo al escuchar los primeros disparos, comprendieron que la situación no avecinaba nada bueno y se apartaron de la turbamulta que corría en estampida a la salida. Se escabulleron rápido escaleras arriba y recorrieron sigilosos la amplia galería que se abría en multitud de balconadas de aspecto palaciego hacia la nave central, sus arcos de medio punto recorriendo sin interrupción toda la segunda planta. Fue entonces, al apostarse tras una de las columnas del triforio, cuando descubrieron que Aura Valdés se encontraba en apuros. El periodista decidió aprovechar su escondite para grabar la escena y compartirla en directo con los usuarios.

- ¿Me estás escuchando? – volvió a insistir Álvaro Souto en voz baja.

Oriol no parecía prestarle demasiada atención.

- ¡Quieres hacerme caso, joder? Ese tío acaba de decir que va a volar la catedral por los aires.

El hecho de que Tristán hubiese mencionado que había colocado una bomba en la cripta donde se encontraban los restos del Apóstol no le impidió continuar grabando la escena, consciente de que ambos –incluida Aura y su amigo el informático –, corrían el mismo peligro. Quizá aquello era lo que buscaba, la ocasión de atrapar al asesino *da Serpe* desde que se empeñó en desenmascarar su identidad. Sabía que ése era el titular, el cierre perfecto a una historia que comenzó Aura Valdés un año atrás y que él se encargaría de ofrecer el punto y final. Al menos, admitió, mientras la detonación no se adelantara a su propósito.

Estrada realizó un zoom en la pantalla de su teléfono hasta que cayó en la cuenta de que Aura lo estaba mirando desde un extremo del altar. De algún modo supo que se había percatado de su presencia. El periodista tuvo el amago de hacerle una señal con el brazo en alto cuando, de pronto, la bestia se volvió y lo atisbó bajo las sombras.

Oriol dio un traspié hacia atrás, escondiéndose deprisa por detrás de la columna.

- Me cago en la puta – se resignó a decir después.
- ¿Qué pasa ahora? – se interesó el fotógrafo por su espalda.
- Creo que me ha visto. No estoy seguro.
- Estás de coña, ¿verdad?

Estrada se encogió de hombros al tiempo que volvía a alargar la vista por fuera del triforio. El grupúsculo seguía invariable, todas las miradas dispuestas a arrancarle de la penumbra que envolvía su

figura. Se alarmó.

- Hay alguien arriba. Lo he visto – atronó la voz de Tristán por dentro de la nave.

El corazón del periodista dejó de bombear.

- Ane, ¿te encargas tú? – se dirigió a una de sus chicas.

La joven ni siquiera respondió cuando cargó el arma y partió apresurada hacia el ramal de escalones que se adivinaba al fondo. El fotógrafo lo apresó del brazo y tiró de él.

- ¿Y ahora qué hacemos? – buscaba una respuesta.

Sus ojos traslucían un miedo acuciante.

- No lo sé – se impacientó –. Pero aquí no podemos quedarnos.

- ¿Entonces…?

- Acompáñame. Tenemos que escondernos en alguna parte mientras aviso a la policía.

Juntos atravesaron una penumbra compacta que parecía extinguirse por dentro de la galería gracias a la claridad plúmbea que resbalaba por las vidrieras. Paredes de piedra perforadas a través de los arcos de medio punto que les ayudaron a ubicarse en cuanto partieron hacia la cabecera de la catedral y se colaron por detrás de una estructura de madera que soportaba el antiguo fuelle del órgano del evangelio. Las vistas hacia abajo eran espléndidas, mostrando la belleza armónica del interior catedralicio. Estrada se colocó al ras de una pilastra mientras el fotógrafo temblaba atemorizado, sentado cerca de la baranda con ambos brazos alrededor de sus rodillas. Luego zafó el rostro entre sus rodillas, dejando sus pertenencias a un lado.

Los pasos de Ane Etxague rebotaron al fondo de la galería. Pisadas huecas pero consistentes que transformaron el silencio en un eco invariable. Oriol volvió a marcar el 112 y esperó una señal. Su teléfono no respondía. La falta de cobertura le animó a guardarse el móvil de nuevo y volver la vista. Entonces avistó una sombra que crecía alargada en el suelo, sus márgenes anegados con los restos del viejo órgano medieval. Comenzó a silbar. La joven se dispuso a marcar el territorio bajo una retahíla de silbidos, su mano empuñando el arma con fruición. Oriol atendió a su rostro, el cual reflejaba un gesto de voracidad cada vez que traspasaba un nuevo arco y apuntaba decidida por dentro. Buscaba desesperada a su presa. Necesitaba poner en práctica lo que había visto hacer durante tantos años encerrada en las profundidades del bosque: cazar. Ane estaba a punto de completar el recorrido cuando los sollozos de Álvaro la hicieron girarse sobre sus talones. Después bosquejó una sonrisa y lo encañonó.

El fotógrafo levantó compungido la mirada.

- Déjame irme – le suplicó entre lágrimas –. Te juro que no diré nada. Pero por lo que más quieras, no me mates. Tengo un hijo pequeño.

Ane Etxague delineó una sonrisa perversa segundos antes de presionar el percutor.

- Mala suerte, campeón. Debiste haber huido con los demás.

Después alargó el brazo, dirigiendo el cañón a la altura de su cabeza. Álvaro se dispuso a rezar con los párpados apretados, su pantalón trasluciendo la mancha de orina que crecía incluso por fuera de la tela.

Sin embargo, ninguno de los dos reparó en la presencia de Estrada unos metros por detrás. El tiempo parecía haberse detenido bajo las sombras del triforio cuando el periodista se armó de valor y recogió la cámara del suelo. Después echó a correr, sus pulmones expulsando un alarido desgarrador que lo acompañó de camino mientras se dirigía a ella. A Ane no le dio tiempo a volverse. Ni siquiera a reconocer su identidad; pues, para entonces, Oriol acababa de ensartar el objetivo de cristal contra su nuca, perdiendo ésta el equilibrio hacia delante. La baranda de piedra no soportó la fuerza de su caída, abriéndose paso hacia un abismo contagiado por ráfagas de aire y querubines alados. Su rastro se desvaneció ante sus ojos, el crujido de sus huesos quebrándose simultáneamente al chocar contra los suelos de la nave.

Un gran charco de sangre comenzó a manar de debajo de su cabeza, devorando a su paso las juntas del suelo de mármol.

Aura contuvo el aliento a un extremo del altar mientras observaba como aquella balsa crecía inexorable alrededor de su rostro, conformando una extraña aureola de aspecto ennegrecido y denso. Ane tenía la mirada velada por una película blanquecina. Su rostro, completamente demudado, reflejaba el susto que había recibido segundos antes cuando alguien – aún no sabía quién – la embistió por una de las balconadas del segundo piso del triforio. La joven se precipitó al vacío, su cuerpo exhibiendo la rotura de sus extremidades al estrellarse bocabajo contra el suelo. La periodista se llevó una mano a la boca y esperó a que Tristán reaccionase ante el imprevisto. Sólo Hooded aprovechó su distracción para susurrarle desde la escalinata que huyera de allí.

Aquel monstruo de más de metro ochenta de estatura se volvió rápido.

- Esta vez no te escaparás, maldita zorra – masculló.

Entonces apuró los pasos por dentro del altar y se abalanzó sobre ella. Ambos cayeron sobre la alfombra persa, el botafumeiro derramando aún pavesas de incienso en el aire.

Tristán golpeó con saña su esternón. Un dolor intenso se propagó de inmediato por cada una de sus terminaciones nerviosas a medida que su respiración se tornaba dificultosa. Aura se mantuvo noqueada lo que le supuso una eternidad mientras Tristán se incorporaba deprisa y

se colocaba encima de ella, sus piernas bloqueando los espasmos que convulsionaban su pecho. Después enganchó su cuello con ambas manos y hundió las yemas bajo su piel, el vello de su nuca erizándose ante la falta de oxígeno. Aura comenzó a golpearle con los puños, sus fuerzas flaqueándole inútilmente en cada intento. Era tal la resistencia que ejercía sobre sus músculos, que sintió cómo se le nublaba la vista. Su vida languidecía bajo sus dedos al tiempo que atendía a sus ojos enfebrecidos, una mezcla de locura y rabia por igual. No tenía escapatoria. Sabía que se trataba del final. Aura se dejó vencer mientras descargaba los brazos sobre la alfombra. Sus manos se removían espasmódicas al quedarse sin aire. De pronto, rozó aquel pedazo de metal que se asomaba por fuera del bolsillo de su cazadora vaquera. Su tacto, frío y herrumbroso, la trasladó hasta el cuarto de baño del apartamento, cuando al mirarse frente al espejo con lágrimas en los ojos se guardó la llave que una vez, no hacía tanto tiempo, su madre le regaló para que siempre la tuviese cerca. Aura la empuñó por el agarrador recargado de geometrías imposibles y clavó sus ojos en los suyos. La cólera refulgía al fondo de las pupilas de Tristán. Entonces reunió las escasas fuerzas que aún le quedaban e incorporándose unos centímetros del suelo, la ensartó a un lateral de su cuello en un movimiento seco.

Una mota de oxígeno alcanzó sus pulmones a medida que los recuerdos se embrollaban confusos unos con otros. Aura Valdés comenzó a recuperar poco a poco el aliento mientras las escenas de La Alberca, Penélope Santana, el mural, Daniela Guzmán, El Bierzo, la cabaña del bosque, los hermanos belgas, el incendio en casa de los Oldán, el búnker, Tania, su madre…, regresaban a ella. Y regresaron para permanecer en su memoria mientras Aura retorcía las muescas de la llave bajo su carne y la extraía después con denuedo.

Las primeras gotas de sangre salpicaron su mejilla, el rostro de Tristán congelado en una expresión de sorpresa al tiempo que se llevaba ambas manos al cuello con intención de taponar la herida. La sangre empezó a brotar entre sus dedos a medida que se incorporaba asustado. La periodista lo acompañó igualmente en su ascenso. Ambos se mantuvieron en el altar por separado, su otra chica contemplando la escena junto al cuerpo de Hooded.

La bestia se volvió deprisa y sacó un arma por su espalda. Luego apuntó el cañón hacia su estómago, el dolor propagándose electrizante en su semblante.

- Te arrepentirás de lo que has hecho – le costó pronunciar.

Su mirada le mostró quién de los dos había ganado. Aura protegió su vientre con sus manos y cerró los ojos.

Segundos más tarde, la descarga atronó en el interior de la catedral.

Tal vez la muerte no había llamado esa vez a su puerta cuando volvió a abrir los ojos y se enredó en la mirada vacía de Tristán Ortiguera. Puede que incluso captase el miedo que vacilaba al fondo de sus pupilas en cuanto su cuerpo comenzó a ceder sin esfuerzo, sus pies trastabillando por fuera de la alfombra cargada de dibujos y grecas.

Aura observó el boquete por donde el proyectil había abrasado la tela de su camisa, la sangre fluyendo inexorable hacia sus piernas. Le sobrevino una primera arcada. Tristán se derrumbó de rodillas, el vómito rojizo resbalando simultáneamente por su barbilla. La vida de aquel hombre que habitó durante largos años en la cara oscura de su corazón comenzó a agonizar en el suelo, su aliento deshaciéndose bajo los estertores de la muerte. Después se fijó que al fondo, al abrigo de la penumbra que enturbiaba un extremo de la nave, Oriol aún sostenía en su mano el arma con que remató al monstruo. La misma pistola que arrebató a Ane segundos antes de precipitarse al vacío. El periodista salió a su encuentro acompañado por otro joven de aspecto pusilánime y esquivaron el cadáver de la chica al internarse en el altar. Para entonces, Leyre Pastor ya había partido a su reino de inmundicia y sombras.

Los dos hombres subieron rápido la escalinata y se detuvieron por delante de Tristán. Antes de dirigirse a la periodista, Estrada prefirió comprobar que ya no existía peligro alguno, zarandeando su cadera con la punta de su zapato. La bestia ni siquiera respondió, sus ojos navegando para siempre en los techos abovedados de la catedral.

- Está muerto – confirmó a los demás.

Aura Valdés se encontraba conmocionada.

- Ahora hay que buscar la manera de salir de aquí – robó el fotógrafo su atención –. Creo que bloquearon todas las puertas de salida.

La periodista continuaba sin reaccionar, su vista afianzada al cadáver de Ortiguera. Estrada se prestó a socorrerla.

- Aura, ¿me escuchas? – la tomó del brazo –. Tenemos que irnos.

- ¿Pero cómo? – volvió en sí.

- La otra chica huyó por las catacumbas – señaló Álvaro Souto el ramal de escalones que se adivinaba a un margen.

- Entonces debe haber otra salida – barruntó –. Adelantaos y pedid ayuda.

- ¿No vienes con nosotros? – dudó el periodista.

- Os espero mejor aquí. Hooded apenas puede moverse.

Ambos miraron al informático, el cual seguía tendido por fuera de las escaleras.

- No pienso dejarle solo – resolvió.

Oriol Estrada analizó deprisa su propuesta.

- Está bien. Pero quédate con esto – le tendió el arma.

Aura empuñó la pistola todavía en *shock*.

- Te juro que no tardaremos – prometió.

Después se marchó junto al fotógrafo, sus siluetas desvaneciéndose tras la cortina umbría que asolaba el templo.

El sonido gutural que derramó Hooded a escasos metros atrapó su concentración. Aura acudió a su encuentro y atendió de camino a su afán por incorporarse. Enseguida se agachó a su lado y lo ayudó.

- Tienes que huir de aquí – articuló con la lengua pastosa –. No hay tiempo. Faltan cinco minutos para que el cronómetro marque cero.

- Sabes que no pienso largarme sin ti, por lo que te aconsejo que no me lo pongas más difícil.

- No seas ingenua – intentó que recapacitase –. En mi estado no llegaremos muy lejos.

- Me da igual.

- Te estoy hablando en serio, Aura – la cogió de la mano –. Jamás me perdonaría que no llegaras a salvarte por mi culpa. Así que quiero que salgas por donde se han ido esos dos y que corras todo cuanto puedas. Es lo único que te pido.

La periodista consideró sus palabras.

- Pides demasiado, amigo. Esta vez desactivaremos juntos la bomba.

- ¡Pero has perdido el juicio? – arqueó su espalda con esfuerzo.

- Es posible. Pero te recuerdo que eres informático. Algo podremos hacer.

La mirada de Hooded se tornó escéptica.

- Al menos, deja que lo intente.

Después le brindó una sonrisa sincera.

- De acuerdo. Pero si no funciona, harás lo que te pida. ¿Hecho?

- Te doy mi palabra.

Aura soldó sus manos a las suyas y tiró de él con fuerza. Hooded se incorporó lentamente, como si los calmantes que le habían suministrado horas antes (sospechó) se resistiesen a abandonarle, su efecto narcótico hormigueando aún entre sus piernas. El informático dio una primera zancada, sus pasos provistos de un renqueo inútil. Aura se arriesgó a colocar uno de sus brazos alrededor de sus hombros, agarrándole después por la cintura a modo de asidero. Temió que ambos perdiesen el equilibrio.

- Le escuché decir que había colocado los explosivos en la cripta – dijo.

La periodista ni siquiera respondió al cargar con su peso. El sudor comenzó a brotar en su frente.

- Justo donde se hallan los restos del Apóstol.

- Lo sé – contestó.

Doblaron la verja de madera que cercaba el perímetro del altar y

enfilaron el pasillo que se abría a la derecha, rodeando parte del altar mayor y el camarín. La entrada perforada en su base mostraba la hilera de escalones que descendía al sepulcro. Aura bajó el primer peldaño y sostuvo a su compañero por detrás. La cruz de Santiago estaba xerografiada en tonos marrones sobre sus muros. Poco a poco empezaron a descender cada desnivel hasta alcanzar el subsuelo, una puerta de barrotes custodiando la entrada al sepulcro de Santiago y sus dos discípulos, Atanasio y Teodoro. Las reliquias se hallaban sobre un altar de mármol, sus restos guardados al fondo en una urna de plata con la imagen de *Maiestas Domini* de estilo románico. A lo pies de la cancela, un artefacto oscuro de grandes dimensiones emitía un pitido sistemático. La cuenta atrás apareció ante sus ojos sobre un panel digital: 2 minutos, 14 segundos.

- ¿Y ahora qué hacemos? – le formuló angustiada mientras lo ayudaba a sentarse en el suelo.

El informático examinó el artefacto con los reflejos aún torpes.

- Dime, Hooded – lo apremió.

El tiempo corría en su contra.

- ¡No lo sé, joder! – se exaltó –. Ya te dije que no soy un artificiero.

- Pero algo se podrá hacer. Apenas quedan dos minutos para que explote.

- A ver, la bomba tiene un temporizador.

- ¿Y eso qué significa? – buscaba respuestas.

- Que por defecto, tan sólo podríamos desprogramarla.

- ¡Cómo?

- Primero levanta la tapa del temporizador y déjame que eche un vistazo.

La periodista accedió a su encargo sin rechistar y presionó la pestaña donde se ubicaba lo que a simple vista le pareció el panel de control. La lente estaba dividida en dos perfectas mitades. Se fijó que a un lateral parpadeaba una lucecita de color azul y al otro extremo, nada.

- Como imaginaba – soltó de inmediato.

- ¿Es decir…?

- Que hay que repetir los patrones según se muestran en el panel de mandos.

A Aura le sonó a chino mandarín.

- ¿En cristiano…? – preguntó.

- Pulsa el botón azul.

La periodista actuó tal y como le solicitó y oprimió con su yema la lucecita. Al presionarlo, la lente anexa se encendió y le requirió enseguida que introdujera el código binario.

- ¿Qué es eso?

- Lo que me temía. Es un modelo RGB. Sus siglas proceden del

inglés: *red, green, blue*. Su codificación dodecadecimal permite expresar fácilmente un color concreto, como en los casos del lenguaje HTML o JavaScript.

- ¿Por lo tanto…? – seguía sin comprender una sola palabra.

- Los colores que presentan una saturación máxima reúnen dos requisitos: el primero, que uno de sus coeficientes sea doscientos cincuenta y cinco.

- ¿Y el otro?

- Cero – añadió –. Por lo tanto, y si mi instinto no me falla, la secuencia sería: 0,0, 255.

Aura introdujo el código a su vez hasta que el brillo azul se tornó verdoso.

El tiempo del temporizador restaba 37 segundos. Hooded se adelantó a su nerviosismo.

- Introduce: 0, 255, 0.

El gráfico emitió un ligero pitido, iluminando el sepulcro bajo otro halo, esta vez rojizo.

- Faltaría el último, ¿no?

- Espera un momento. Ahora no lo recuerdo – vaciló.

- Venga, no me jodas – se alarmó –. Piensa, Hooded. Faltan veintidós segundos.

El informático se rascó la cabeza con ambas manos.

- No estoy seguro. Escribe: 255, 0,0.

Aura insertó el código y esperó a que la pantalla emitiese un nuevo parpadeo. De pronto, apareció un mensaje doble separado por una franja*: ¿Delete? / ¿Exit?* Leyó.

La periodista se impacientó.

- ¿Y ahora qué hago?

Hooded se retiró el sudor de su frente en un acto reflejo.

- ¡Dime! ¡Sólo quedan siete segundos!

- ¡No lo sé! – gritó igualmente –. ¡Pulsa cualquiera!

Aura no pudo creer lo que le estaba pidiendo.

- ¡Pero ahora! ¡Yaaaaa!

DIA 14

El sol del mediodía avanzaba con deliciosa calma por el embozo de la cama, surtiendo de monedas de oro líquido la tela blanca. La periodista se levantó del butacón y enredó los dedos en su cabello escarolado. Se fijó en las ojeras violáceas que circundaban sus párpados al igual que en la barba que asomaba tímidamente de su mentón. Aura esbozó una sonrisa de complicidad y pronunció suavemente su nombre. *Hooded…, Hooded…, Hooded… ¿Me oyes?* El informático frunció el ceño al tiempo que desplazaba la cabeza por dentro de la almohada. Luego desplegó las pestañas, su visión adaptándose a la claridad blanquecina que deformaba los ángulos de la habitación.

Enseguida le regaló una mueca candorosa.

- ¿Cómo te encuentras? – preguntó con la voz aterciopelada.

Hooded reconoció de inmediato las facciones de Aura. Se hallaba de pie a un extremo de la cama junto al hombre que le había robado el corazón y que también lo contemplaba con un gesto de afecto.

- Aura, estás aquí… – manifestó adormecido –. Y con el *Azotamentes*…

Ambos se rieron de su ocurrencia.

Después se removió bajo las sábanas y tropezó con la vía que sobresalía de su muñeca y que lo conectaba a una bolsa transparente que colgaba del brazo de un porta sueros. Se agitó.

- ¿Qué ha ocurrido? ¿Dónde estoy? – formuló visiblemente desorientado.

Aura se encargó de cogerle de la mano.

- ¿No sería conveniente avisar a la enfermera? – propuso el sargento.

La periodista rechazó su idea con un golpe de cabeza.

- Hooded, estate tranquilo. Todo está bien. Nos encontramos en una de las habitaciones del Hospital Clínico de Santiago.

- ¿Por qué? ¿Qué ha pasado? – su rostro rezumaba la misma angustia que palpitaba al fondo de sus pupilas.

- ¿En serio que no te acuerdas de nada? – le inquirió –. ¿Ni siquiera cuando presioné el botón del artefacto segundos antes de que estallara?

Aquella última frase le condujo por un laberinto de recuerdos mientras su mente rescataba algunas escenas confusas: el brebaje que le obligó a beber *Xeito15* (o lo que era lo mismo, Cynthia Olmedo) cuando despertó en una habitación sin ventanas, el traslado a la

catedral, la voz de Aura pidiéndole que despertara, disparos, sangre, la cuenta atrás del cronómetro, la bomba. Hooded viajó entonces hasta la cripta donde se hallaban los restos del Apóstol, el panel de mandos descontando el tiempo final.

- Me vienen algunos fragmentos a la memoria, pero no estoy seguro – se limitó a decir.

- Porque perdiste el conocimiento – le avanzó –. Parece ser que el estrés de la situación te causó un síncope brusco. El doctor que te atendió anoche me dijo que necesitarás hacer reposo moderado y nada de eventualidades que te generen ansiedad.

- Aun así, no consigo recordar qué sucedió después.

- Pues que el sistema se detuvo al pulsar uno de los mandos y varios artificieros consiguieron desprogramar el artefacto al irrumpir en la catedral minutos más tarde – le resumió –. No sé si eres consciente de que fuimos capaces de frenar una tragedia.

El informático atendía embobado a su relato.

- ¿Y ellas? ¿Las chicas que protegían a Tristán?

- Dos de ellas murieron abatidas por los agentes que rodeaban el perímetro y otra se precipitó por una de las balconadas del triforio – prefirió no mencionar el nombre de Ane Etxague –. Las demás fueron detenidas y trasladadas a dependencias policiales.

- Entonces… ¿Ya está? – emitió entusiasmado.

- Eso parece. La red cayó en cuanto la abeja reina quedó fuera de juego – creyó acertar con el símil –. El analista tenía razón; funcionaban como una mente colmena.

Los tres se mantuvieron en silencio mientras un efluvio a desinfectante flotaba en el ambiente. Hooded no salía de su asombro.

- ¿Tienes idea de cuándo podré salir de aquí? – preguntó –. Más que nada porque los hospitales me dan muy mal rollo.

- Todo dependerá de la analítica – dijo –. Aunque si todo está correcto, mañana mismo recibirás el alta. Ten un poco de paciencia.

- Si no hay más remedio…

El informático pareció resignarse a su pesar.

- De todos modos, te hemos comprado una cosa –salió Leo al paso.

Sus ojos se abrieron complacidos al entregarle un pequeño paquete envuelto en papel de estraza.

- ¿Y esto? – se sorprendió.

Su curiosidad le llevó a despegar las tiras de celofán. Luego retiró el envoltorio y extrajo del interior un videojuego de estrategia.

- Es un detalle – continuó Aura –. Por las molestias.

- Te dije que te ayudaría, ¿recuerdas? – la miró a los ojos.

- Lo sé, y te lo agradezco. Pero siento que hayas acabado en la cama de un hospital por mi culpa.

Su voz se afligió al rememorar las últimas horas.

- En absoluto, amiga. Te equivocas. Esta vez ha sido la ostia.

Las risas se expandieron más allá de la puerta entornada de la habitación cuando el móvil del sargento resonó por dentro de su chaqueta. Se mosqueó por lo inoportuno de la llamada y ojeó rápido la pantalla. El nombre de Altamira lo condujo a retirarse unos metros.

- ¿Vicente? – se ahorró el saludo.

- Qué hay, Baeza. ¿No te pillaré ocupado? – indagó.

A Leo le mosqueó su entradilla.

- ¿Por qué lo preguntas?

- Necesito hablar contigo. Me encuentro en Bóveda de Mera.

Su respuesta le desarmó por completo.

- ¿Se puede saber qué demonios haces ahí?

- Verás. Anoche, mientras revisaba las imágenes emitidas desde esa cuenta de Facebook, me percaté de que Tristán mencionaba este sitio como el lugar donde Funelli inició sus estudios.

- Continúa – le pidió.

- Pues bien. Esta mañana decidí pasarme y resulta que decía la verdad. No te imaginas lo que he descubierto. Tenéis que venir a ver esto cuanto antes.

Tardaron cerca de hora y media en llegar a Santalla de Boveda de Mera, una pequeña aldea situada al oeste de la provincia de Lugo, de calles estrechas y modestas edificaciones revestidas de piedra. Leo avanzó con el coche de alquiler por el acceso principal y se dirigió hacia el campanario que divisó al fondo, la voz del GPS guiándole igualmente por dentro de aquella estructura levantada en desorden entre extensos prados de cultivo. La luz de la mañana parecía haber disuelto la cobertura de nubes del día anterior, los cálidos rayos de sol lamiendo la humedad que anidaba en los bajos de los muros entre plantas trepadoras. El sargento continuó adentrándose por sus callejuelas laberínticas y desiertas hasta que al cabo de unos minutos, detuvo el vehículo delante de una explanada.

Altamira los estaba esperando por fuera del recinto, su actitud de reserva aligerando la demora con los brazos cruzados y sacudiendo la suela de su zapato contra el pavimento. Posiblemente llevaba aguardando el encuentro desde que colgó la llamada con Baeza; o al menos esa fue la impresión que se llevó Aura al examinarlo tras el cristal de la ventanilla, donde enseguida comprobó que no le había dado tiempo a afeitarse y que vestía su rudimentario uniforme. Ambos se apearon a la vez y se dirigieron al capitán con la vaga sospecha de que había descubierto algo relacionado con Tristán Ortiguera. El mismo que ahora estaría siendo diseccionado sobre una fría camilla de acero en el Instituto Anatómico de Santiago. Su corazón, en cambio, continuaría velado por una capa de niebla y sombras.

Vicente se adelantó a recibirlos.

- ¿Todo bien? – se interesó de antemano.

- Sentimos el retraso – se disculpó el sargento con un poso de escepticismo.

En el fondo, estaba deseando averiguar qué diantres había descubierto como para azuzarlos a viajar hasta aquella aldea.

- Entonces… ¿Es aquí?

- Si me acompañáis, os voy contando de camino – se dirigió a ambos –. Antes quisiera mostraros una cosa.

El capitán emprendió la marcha y franqueó una tapia de piedra ennegrecida por el musgo y la humedad. Justo delante, se abría una entrada umbría porticada por un bello arco de ladrillo sustentado por dos pilastras desgastadas.

- Cuidado con la cabeza – los avisó –. Según me ha explicado el guía turístico que más tarde nos recibirá, se trata de uno de los arcos de herradura más antiguos de España y por lo visto también de Europa. De hecho, no se ha encontrado otro edificio con unas características similares en todo el territorio que ocupó el Imperio Romano, de ahí que se le considere un *unicum* – acuñó en latín.

Nada más refugiarse en la claridad tamizada del interior, los ojos de Leo y Aura se fueron por inercia a los restos que aún se conservaban de la bóveda de cañón. Sus frescos originales mostraban las distintas aves que moraban entre los tonos cremosos y motivos vegetales. La periodista identificó varias tórtolas, palomas, pavos reales, ocas y faisanes. Un particular edén consagrado a la magia telúrica y ancestral.

- Según Samuel, el chico que me atendió hace un rato, los pájaros representan la inmortalidad del alma en la simbología antigua. También me ha explicado que una de las cosas que se cuentan de este santuario tardo romano es que había aves escondidas y que en el momento que se practicaba el ritual, las hacían cantar.

- ¿Aquí se hacían rituales…? – inquirió Aura.

- Eso parece – atajó –. Se cree que Santalla de Boveda era un templo pagano. Algunos dicen que consagrado a las ninfas, otros que como lugar de baños dedicado a la memoria de Prisciliano. Incluso como monumento funerario. Pero también se habla que la construcción del templo fue para extender el culto a Isis en Galicia.

La presencia de la diosa volvió a extender sus alas por fuera de los libros de Funelli. Aura se impacientó.

- ¿Y qué tipo de ceremonias se oficiaban?

- Lo tienes justo a tu espalda.

Aura se volvió y atendió al estanque rectangular que se abría en el centro de la habitación, su piedra mohosa sin vestigio de agua y custodiada por tres columnas de mármol. La cripta, de planta

cuadrada, poseía a cada extremo dos estrechas ventanas al exterior que servirían, supuso, a modo de ventilación. En el costado occidental había un pequeño ábside con un arco de medio punto y a ambos laterales dos hornacinas o cellas. El conjunto, junto a su bóveda de ladrillos cerámicos, ofrecían al lugar un cariz de *ninfeo* magnetizado por poderes ocultos y ancestrales.

- ¿Te refieres al agujero del suelo? – señaló su escasa profundidad –. ¿Es ahí donde se oficiaban los rituales?

- Ese agujero, o piscina según me ha aclarado Samuel, funcionaba como *Taurobolio*.

Ambos se mantuvieron expectantes.

- Resulta que la estancia servía para realizar el sacrificio a un toro. El animal permanecía en la planta superior del edificio y su sangre era derramada después por un hueco que conectaba con la cripta y caía justo ahí, en la piscina. Parece ser que la creencia en las propiedades sanadoras del bautismo de sangre hizo de esta práctica algo muy habitual en la antigüedad, por lo que debió de efectuarse un gran número de sacrificios. Sin embargo, al prohibirse el rito con la adopción del cristianismo, la habitación perdió su función y se transformó en lo que es hoy en día, la cripta de Santalla de Bóveda.

- Entonces, ¿era esto lo que querías enseñarnos? – dudó Baeza –. ¿Un culto relacionado con la diosa Isis?

- Si y no – respondió lacónico –. ¿Por qué no me acompañáis mejor arriba? Samuel os explicará el resto de la historia.

Altamira retomó sus pasos y regresó por el mismo camino, encorvando su espalda al cruzar de nuevo por el arco de herradura. Ya fuera, giraron a la izquierda y subieron los escalones de un moderno edificio de paredes blancas y lisas. Sólo al traspasar la puerta, descubrieron que se trataba de la recepción del templo, una pieza de suelos de madera y mostrador del mismo material encajonado frente a una amplia ventana. El joven que se hallaba al otro lado les regaló una sonrisa aprendida a base de pericia. Aura calculó que tendría alrededor de veinte años. Era espigado, con la tez cetrina y vestía completamente de negro.

- Ya estamos de vuelta – le anunció.

El chico apoyó los codos en la tarima con la mirada sonriente.

- ¿Les ha gustado la visita?

- Más bien se han quedado con algunas dudas. Aunque me preguntaba si podría volver a contarnos la historia que me narró antes. Quizá así entiendan el resto.

- Por supuesto – se prestó a su encargo.

Samuel escurrió las manos por debajo del mostrador y sacó una antigua fotografía en blanco y negro enmarcada con paspartú. Luego se ayudó del pie del marco para que contemplasen la imagen, en la

cual aparecía un hombre mayor vestido con sotana y flaqueado a cada lado por una hueste de chavales que llevaban entre sus manos distintas herramientas de trabajo. La iglesia permanecía al fondo entre escombros y poleas.

- La foto data de 1926, año en que se emprendieron las excavaciones en Santalla. Parece ser que ya se sabía de su existencia en 1914, cuando el templo era conocido en la zona como *el secreto*. La acuñación vino dada por los misterios paganos que guardaba en su interior – soltó de retahíla –. No fue hasta 1926 cuando el párroco de la localidad, don José María Penado, se percató de que había algo debajo de la iglesia al notar que el suelo cedía bajo sus pies. Los lugareños aseguran que a raíz de un enterramiento. El caso es que decidió investigar por su cuenta y se armó de una cuadrilla de jóvenes para que lo ayudasen en las excavaciones, la mayoría procedentes de las facultades de Historia y Arqueología de A Coruña. Tengo entendido que las obras duraron varios meses, donde llegaron a recopilar, clasificar y catalogar muchos de los objetos que se encuentran hoy en el museo.

Leo replegó sus labios, escéptico.

- Todavía sigo sin comprender qué tiene que ver este lugar con Tristán – se dirigió al capitán.

- Es que no es con él, precisamente – alegó –. ¿Has mirado bien la fotografía?

Baeza se inclinó para examinar la imagen, la fecha escrita con plumín en el margen inferior: *octubre de 1926*. Junto a ella, las rúbricas de cada uno de los componentes que habían participado en las tareas de rehabilitación, en un intento por asegurar su permanencia casi un siglo después. Altamira señaló a uno de los jóvenes y reparó en su sonrisa huera, la firma asentada bajo las alpargatas que calzaba.

Su corazón se estremeció al leer el nombre: *Funelli*.

- ¿Qué demonios hace en la foto? – preguntó a Altamira.

- Funelli fue uno de los escogidos por el párroco – respondió el guía por él –. Creo recordar que cursaba primero de Geografía e Historia. No sé si les he dicho que aún se conservan los apuntes personales de don José María Penado.

- No me refiero a eso, sino al papel que desempeñó Funelli en la parroquia.

- El mismo que el de sus compañeros: clasificar los restos que hallaron en la cripta. Aunque, lamentablemente, muchos de ellos fueron expoliados durante la Guerra Civil y tan sólo se conservan unos pocos. Patrimonio decidió almacenarnos justo en la puerta que tengo a mis espaldas, lo que era el despacho del párroco por entonces.

- ¡Qué insinúa, que el paso de Funelli aún se conserva en esa

habitación? – resolvió.

- Posiblemente. De existir algo, tan sólo lo encontrarían aquí. ¿Por casualidad no querrán echar un vistazo rápido?

Una bocanada de humedad los embistió nada más franquear la estancia, presta al abandono y el olvido. La habitación, más bien rectangular, recogía a cada lado los restos arqueológicos de las distintas expediciones que se habían llevado a cabo durante los últimos noventa años. Columnas cercenadas, estelas romanas, pedacitos de mortero de su cúpula de cañón y un sinfín de objetos que moraban por las repisas de varias estanterías metálicas, y también por el suelo. Una claridad cenicienta intentaba abrirse paso entre las rendijas de la persiana cuando el guía prendió las luces del techo y éstas se encendieron por fases. Un zumbido similar al de un enjambre de abejas planeó por encima de sus cabezas.

- Todo lo que haya de Funelli y el resto de chavales que participaron en las excavaciones se encuentra aquí, en el antiguo despacho del padre Penado – dijo Samuel mientras se dirigía al grupúsculo.

Los demás parecían embrujados por las reliquias que habitaban desde entonces entre las baldas de acero.

- Una pregunta – le interrumpió Baeza –. ¿Dice que el museo sufrió expolios?

En el fondo, intentaba buscar el rastro de Tristán Ortiguera en su historia.

- Más bien la iglesia. El museo no existía cuando sufrió varios hurtos durante la Guerra Civil. El párroco tuvo el acierto de dejarlo todo por escrito, de ahí que sepamos a día de hoy qué piezas fueron incautadas. Imaginamos que se vendieron en el mercado negro de la época con el fin de sacar fondos para el bando.

Samuel se detuvo en seco y afiló la mirada cual ave rapaz.

- ¿Ocurre algo? – se atrevió a indagar.

Aura ni siquiera fue capaz de distanciarse de la caja–joyero que descansaba sobre uno de los estantes, el níquel carcomido por la herrumbre, las esquinas visiblemente abollonadas y una serpiente labrada alrededor de la cerradura. Su corazón le dio un vuelco al reconocer en su cuerpo enroscado la espiral de Funelli.

Todos acudieron a ver qué sucedía.

- La caja nunca ha podido abrirse – le ofreció el guía una explicación–. Jamás se llegó a encontrar la llave. Los restauradores prefirieron no forzar la cerradura para no dañar su contenido, el cual sigue siendo todo un enigma.

Leo comprendió entonces la razón de lo que estaba a punto de proponerle.

- Quizá yo sepa cómo abrirla.

Samuel la miró con cara de circunstancias. Altamira, en cambio, se adelantó.

- Si te refieres a tu llave, recuerda que la policía la tiene incautada como prueba. Aparte de que es posible que no se trate de la misma…

- Salgamos de dudas – respondió el sargento por ella.

Después sacó del bolsillo de su chaqueta otra semejante y se la mostró.

- Es igual que la de Aura – prosiguió –. La encontramos hace días en Toén.

- Debiste habérmelo comunicado.

- Lo sé. Pero con todo el lío de la investigación se me pasó – contestó al malhumor que vislumbró al fondo de sus pupilas.

Un silencio incómodo se precipitó entre ambos. Leo se arriesgó a localizar una salida.

- ¿Puedo? – le pidió permiso.

El guía asintió con un golpe de cabeza, todavía confuso.

Baeza insertó las dos paletas por dentro de la cerradura y después el resto del cilindro. El tope le indicó que había llegado al final del mecanismo. Entonces giró con suavidad hacia un lado, sintiendo en sus yemas cómo el temblor de los engranajes desbloqueaba el atávico sistema de cierre. Una vez que el desplazamiento cedió, posó las manos alrededor de la tapa y la levantó. Un miasma nauseabundo emergió del interior cuando descubrieron atónitos que unos cuantos legajos se apilaban extendidos y anudados con un cordel, los párrafos que se leían en la primera plana escritos en latín.

- ¡Un momento! – disipó Samuel sus ganas de apresarlos.

El guía se acercó a un armario y sacó del primer cajón unos guantes de látex que enseguida le ofreció.

- Mejor póntelos tu – permitió a Aura que hiciera los honores.

La periodista se los enfundó mientras sentía cómo el talco resbalaba entre sus dedos. Luego introdujo las manos por dentro de la caja y se encargó de rescatar la pila de hojas, el papel cubierto por una película que amarilleaba a causa del óxido. Aura desató el nudo y se percató entonces de que había un cuadernillo con las tapas de cuero donde alguien había transcrito e interpretado al castellano los textos en latín. Leo se dio cuenta de que en cada una de sus páginas aparecía la firma de Funelli.

- ¡Claro! ¡Tiene un sentido! – emitió la periodista en alto.

Los demás la atendieron mudos.

- Habla de los lugares donde se rindió culto a Isis en la Península Ibérica antes de la irrupción del Cristianismo. Era un secreto a voces.

- Por lo tanto… – dejó el sargento que continuase.

- Por lo tanto, estos documentos demuestran que Funelli se inspiró

en ellos para elaborar un esbozo de lo que más tarde elaboró: *El Juego de la Serpiente*. Debió de encontrarse la caja mientras participaba en las excavaciones de Santalla de Bóveda. Imagino que le interesó tanto el tema que se dedicó a transcribir los legajos.

- Guardándose además las dos llaves con el fin de custodiar su hallazgo – apuntó.

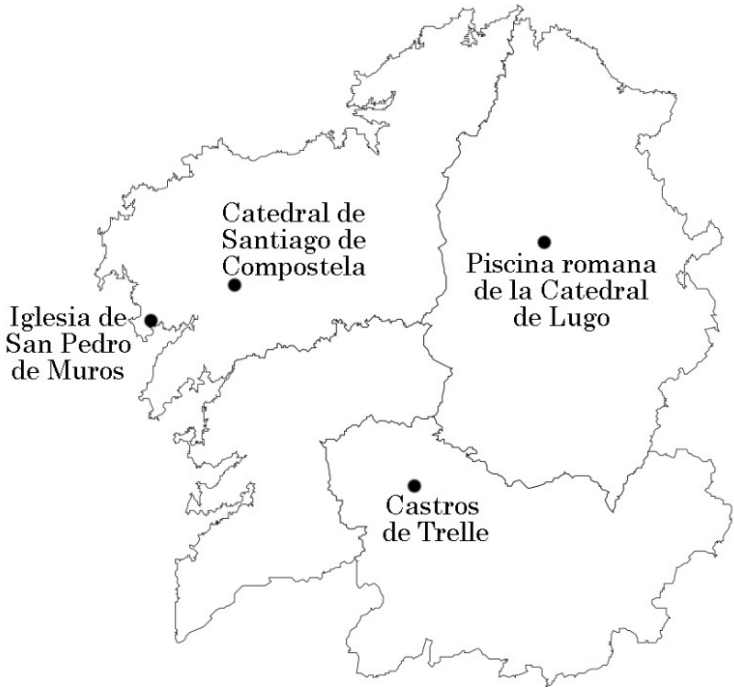
Aura pasó unas cuantas hojas y tropezó por casualidad con un mapa de España. En él, Funelli había insertado los nombres de los santuarios más representativos donde la imagen de la diosa había sido remplazada por una virgen negra. Quizá el mayor logro de la Iglesia Católica, garantizándose así que la población fuese renunciando poco a poco a una creencia telúrica y pagana. O al menos eso admitió Baeza en silencio mientras examinaba con detalle los puntos insertados en el atlas.

Después trazó con el dedo una línea imaginaria.

- Posiblemente la unión de todas sus coordenadas dé como resultado la constelación de Virgo – dijo –, pero a mí me sigue apareciendo la serpiente que dibujó el Serbio. En el fondo creo que Funelli intentaba rendir un homenaje a la diosa, reconvirtiéndola en la pequeña Alicia por miedo a las represalias franquistas.

- ¿Y de qué sirvió? Acabó sus días encerrado en una habitación del Psiquiátrico de Toén.

Aura giró la página y atendió al nuevo mapa bosquejado a carboncillo. Se fijó que se trataba de la comunidad de Galicia.



Los nombres que aparecían en él le resultaron de pronto familiares.

- Son los lugares donde Tristán abandonó los cuerpos de Iván Minchev, Braulio Fonseca y Thiago Urbizu – prefirió no nombrar a Hooded como la cuarta víctima.

- Sin duda, la continuación del *Juego de la Serpiente* – asintió convencido –. Está claro que Funelli visionó la segunda parte del libro. Esta es la respuesta que buscábamos.

Ambos se regalaron un gesto de connivencia.

Samuel decidió intervenir tras carraspear obligadamente.

- Supongo que no habrá problema en que Patrimonio catalogue los documentos. Hoy el museo está de suerte – tanteó perspicaz.

- Por mi parte no, desde luego – se entrometió Altamira.

- ¿Y la llave? ¿Podría formar parte también de los fondos del museo?

El capitán supo dónde encontrar la solución a su dilema.

- Imagino que la policía científica no tendrá inconveniente en devolvértela – se dirigió a Aura –. Al fin y al cabo, sigue siendo tuya.

Todos la miraron con interés.

- Entonces prefiero donarla. Ya no necesito la llave para recordar a mi madre – resolvió, como si se quitase un peso de encima –. Ahora sé dónde encontrarla.

Aura Valdés ni siquiera se reconoció al mirarse en el espejo del retrovisor.

Tal vez el reflejo le devolvió la imagen de una joven treintañera con algunos rasguños en su cara y un secreto que escondía celosamente en su vientre. Quizá todo había acabado, se convenció; la ardua tarea de investigar por su cuenta, las noches en vela diseccionando con un rotulador los informes forenses, las pruebas recolectadas, las escuchas telefónicas, los largos interrogatorios. Posiblemente todo aquello ya formaba parte de su pasado, al igual que la quemadura que se asomaba sonrosada alrededor de su cuello y que se convertiría con el tiempo en una cicatriz, en la huella imperecedera de lo que una vez existió, en su propia historia. Aura se convenció de ello y volvió a asomarse al espejo. Acurrucada en el asiento del copiloto, su mente traspasó fronteras y se detuvo en algunas escenas. Por un instante recordó las últimas palabras que su ex jefe le susurró al oído antes de introducir el cañón de la pistola en su boca. *No te olvides de mencionar en tu crónica que lo hice por ella*, recalcó. Segundos más tarde, la descarga salpicó con su sangre la entrada del chalet.

Aura descubrió a quién se refería. Sin darse apenas cuenta, el Serbio le regaló la respuesta el mismo día que le legó una copia del *Juego de la Serpiente* en la taquilla de Correos. Allí siempre había permanecido bajo la apariencia de una niña traviesa en busca de aventuras. Isis era la dueña de sus corazones, la razón por la que otros se sumaron a la conquista de algo que únicamente existió en sus pensamientos; un espejismo idealizado por su propio mentor: Tristán Ortiguera. Él creyó en sus mundos apocalípticos, en los monstruos que siempre la acompañaron, en la batalla final. Y lo que una mente privilegiada como la de Funelli ideó en una fábula remachada por multitud de laberintos, otro se encomendó la labor de llevar a cabo lo que una vez existió sólo en el papel.

Ocho meses y catorce días después, su vida había cambiado para no volver a ser la que era. Y supo que ese era el precio que debía pagar por ello cuando volvió a palpar con las yemas su vientre y sintió que no regresaba sola.

Leo la observaba mientras tanto, empuñando con ambas manos el volante.

- ¿Te encuentras bien? – husmeó con la voz sedosa.

Aura ni siquiera se atrevió a mirarle a los ojos.

- Mejor que nunca – mintió –. Al menos, todo ha terminado.

Luego atendió a la carretera, la luz de la tarde irisando destellos pajizos sobre los bosques que se amalgamaban a los márgenes. La valla publicitaria entorpeció de pronto las vistas. Con el papel desprendido por uno de sus laterales, el cartel anunciaba los ocho kilómetros que quedaban para llegar a la residencia donde Victoria

Gálvez llevaba ingresada la friolera de veinte años. Baeza perfiló un gesto de disconformidad y prefirió omitir lo que pensaba al respecto.

- Ya estamos llegando – dijo.

Aura se llevó la mano al cuello, en un intento por apresar la llave en un acto reflejo. Sólo halló un vacío insondable.

Su móvil vibró en ese instante en el bolsillo de su cazadora vaquera. La periodista lo apresó rápido y echó un vistazo a la pantalla. Resopló antes de descolgar.

- Dime, Alicia – pronunció.

El sargento giró la cabeza instintivamente.

- ¡Cuándo cojones tenías pensado llamarme? – disparó la redactora jefe de Tribuna Madrid –. Anoche estuve viendo las imágenes que se grabaron en directo en la catedral de Santiago.

Alicia Sanz parecía visiblemente alterada. Aura se la imaginó en su despacho, vestida con alguno de sus trajes de alta ejecutiva y arrastrando los dedos por su larga cabellera cobriza.

- Ni siquiera sabía que ese hijo de puta estaba involucrado en los crímenes de La Alberca y El Bierzo. Pero dime, ¿cómo estás?

- Bien. Estoy bien, Alicia – por no decirle que más bien traumada y con la cabeza hecha un lío –. Afortunadamente se pudo parar la bomba a tiempo. De lo contrario, no sé qué hubiera pasado…

- Ahora olvídate de eso y disfruta del momento. Tienes el reportaje del año entre tus manos. Necesito que te pongas a trabajar de inmediato y que esboces en primera persona un resumen de lo que te supuso cubrir los casos de La Alberca, El Bierzo, y por supuesto, Santiago. No más de quinientas palabras junto a un titular escabroso, entradilla, y a poder ser, una pequeña nota biográfica de Tristán Ortiguera. Quiero que todo el mundo sepa quién era ese maldito perturbado.

Aura coló la mirada por fuera de la ventanilla.

- ¿Te viene bien enviármelo mañana a última hora? Me gustaría sacarlo en primera plana para el dominical.

- No, Alicia. Ahora mismo no puedo – rechazó su propuesta.

La respiración de la redactora jefe se tornó quebradiza.

- Si es por la pasta, puedes estar tranquila. Te pagaré el doble.

- No es eso. Y tampoco pretendo que te lo tomes como algo personal, pero conozco a la persona indicada para elaborar ese reportaje.

- Estás de broma, ¿no? – se molestó.

- Hazme caso. Él sabrá ofrecerte lo que buscas. Le pasaré más tarde el material para que se ponga a ello. Y también tu correo electrónico.

- No lo entiendo – se resistía a su idea –. Te juro que no lo entiendo, Aura. Tú eres la voz de esos crímenes, la firma que siempre ha rubricado cada una de esas crónicas.

- Y algún día lo entenderás. Pero confía en mí. Por una vez, confía en mí.

Y colgó.

Aura colgó la llamada porque en el fondo sabía que ya no había nada más que añadir, que la decisión estaba tomada, que necesitaba obrar según le dictaba su corazón. El resto, barruntó, el resto era ya cosa del pasado.

Leo trazó una sombra de perplejidad ante su reacción.

- Espero que a mí me confíes el motivo por el que has rechazo escribir la noticia – se propuso averiguar –. Sabes que no existe nadie mejor que tú para hablar del *Juego de la Serpiente*. Sólo espero que no hayas cometido un error.

- No lo he hecho. Voy a pasarle el trabajo a Oriol Estrada.

- ¡A él…? ¡Pero por qué? – exhibió su desacuerdo.

- Porque se lo prometí, Leo. Aparte de que me apetece.

- Sabes que no tienes por qué hacerlo. Aún estás a tiempo de cambiar de opinión.

- Al contrario, está decidido – deseó zanjar cuanto antes el tema –. Él me salvó la vida en la catedral y es mi forma de agradecérselo. Se lo debo.

Baeza posó la mirada al fondo de la carretera, donde enseguida distinguió entre el follaje un saliente del complejo residencial. Antes de entrar en la circunvalación, prefirió verbalizar lo que llevaba rumiando desde entonces en lo más profundo de su alma.

- Te noto distinta. No me digas por qué, pero hay algo en ti que ha cambiado. Lo sé.

- La respuesta es simple, Leo. Ya no me atrae el periodismo como antes.

Después permitió que un silencio intercediera entre ambos.

- Es cierto que algo ha cambiado, pero te aseguro que es porque tengo en mente otros planes. Quizás aún es pronto para hablar de ellos; pero te prometo que cuando ordene mis ideas, serás el primero en saberlo.

Las rachas de viento batían los toldos verdes de la cafetería cuando ambos se apearon del vehículo a la vez.

El edificio, de una sola planta, se alzaba por dentro de un corte de intersecciones con los márgenes poblados de frondosos bosques. Aura volvió a echar un vistazo a sus modernas instalaciones y encaminó decidida el sendero de grava. Luego subió las escaleras de acceso y atravesó las puertas acristaladas. Baeza emulaba su ritmo unos pasos por detrás. Los recibió el mismo recibidor con las paredes pintadas en tonos grises y suelos bacteriostáticos. Una fragancia medicamentosa flotaba en el ambiente, desprendiendo en el aire motas a desinfectante

y otros productos de limpieza. La periodista atisbó a una enfermera por dentro de la recepción y se dirigió a ella sin pensárselo. La mujer levantó la vista de su ordenador en cuanto se percató de su presencia.

- Buenas tardes – articuló de manera mecánica.

- Hola. Estoy buscando a Vic… – remendó el error antes de tiempo –, a Candela Saura.

Enseguida recordó el nombre ficticio que tanto Antonio Peralta como su padre le otorgaron veinte años atrás con el fin de ocultar su verdadera identidad.

- Supongo que estará con el resto de pacientes en la sala común. ¿Conoce el camino?

- Por supuesto. Gracias por la aclaración.

Rápidamente pusieron rumbo por el pasillo que se abría a la derecha, los paneles del techo derramando una claridad recalcitrante. Se fijaron que algunas enfermeras provisionaban las habitaciones vacías de avituallamiento sanitario gracias al material dispuesto en los distintos carritos de acero inoxidable que moraban por fuera de cada puerta. La periodista objetó que la atención que recibían los pacientes en la residencia era, desde luego, encomiable.

Continuaron atravesando las instalaciones sin ánimo de conversar hasta que se detuvieron frente a la entrada de la sala común con un letrero adosado en lo alto que rezaba el mismo nombre. Antes de penetrar en la estancia, Leo la agarró del brazo.

- ¿Estás preparada? – quiso saber.

En el fondo, era su forma de protegerla ante cualquier daño o peligro.

Aura asintió con la mirada compungida y entró.

Un ligero rumor planeaba en la sala cuando atendió al centenar de pacientes distribuidos por las distintas mesas de la habitación, la luz de la tarde arañando los cristales de los amplios ventanales. Varios auxiliares ataviados con sus uniformes blancos los acompañaban en sus juegos de ejercitación y memoria, entregados a la tarea diaria de sus cuidados. Sin embargo, Aura ya había depositado la vista al fondo, en la misma mesa de la vez anterior donde reconoció a la mujer de cabello corto y entrecano con los hombros vencidos por fuera del respaldo de la silla de ruedas. Victoria Gálvez mantenía la atención concentrada en las hojas de los árboles que se mecían en el jardín, quizá en un atisbo por recuperar la vida que dejó la tarde que se citó con Tristán Ortiguera en aquel polígono a las afueras de la ciudad. Aura sintió que sus ojos se le nublaban de lágrimas a medida que esquivaba el resto de veladores. Apenas era capaz de soportar la presencia de su madre. Poco a poco se le fue formando un nudo en la garganta, el resuello de su respiración aprisionado bajo la piel de sus sienes. La enfermera que estaba junto a ella se levantó al verla. Sólo

Leo decidió mantenerse en un lugar discreto de la habitación.

- Hola – la saludó con una sonrisa cordial.

- Hola – contestó la periodista.

Su madre, de espaldas, seguía conservando la misma actitud impasible, la Tablet extendida sobre su regazo.

- ¿Conoce a Candela? – se interesó.

- Soy su hija.

La enfermera arrugó el ceño, como si le costara admitir la respuesta que le acababa de dar.

- He venido a llevarme a mi madre – soltó después.

- Entiendo. Pero antes debe rellenar el formulario en la entrada y entregar la autorización de la persona responsable de ella. En este caso, creo recordar que se trata de su marido.

- Lo desconocía – intentó salir al paso –. Hablaré con él.

Ambas se mantuvieron calladas unos instantes, la atención de Aura focalizada en la figura de su madre.

- ¿Puedo? – le formuló, apuntando con la mano hacia una de las sillas vacías.

La mujer asintió conforme y permitió que se sentara a su lado. Sólo entonces, al enfrentarse a su propio infierno, su mente rebobinó las imágenes jamás olvidadas, los cumpleaños en la terraza de casa, los besos desperdigados por el cuello a la salida del colegio, su olor. Aura se detuvo en su rostro y supo que se trataba de ella, de su madre, la mujer que le dio la vida y que renunció a ella por protegerla en la distancia, quizás desde sus recuerdos, congelados ahora bajo un rictus marmóreo. Lentamente escurrió sus manos hacia las suyas y las apresó. El tacto de su piel la arrancó del sueño en el que navegaba. Sus ojos tropezaron con los de su hija.

- Mamá, soy yo, Aura – murmuró con la voz suave.

Victoria arqueó sus comisuras, mostrándole una pequeña parte de su dentadura.

- Por fin todo ha terminado. Ya no tienes de qué preocuparte, ¿me oyes? Voy a sacarte de aquí en cuanto pueda y recuperaremos el tiempo que hemos estado separadas.

Una lágrima rodó por su mejilla.

- Te lo prometo, mamá. Te juro que volveré.

Y renunció a seguir mirándola a los ojos cuando decidió inclinarse en la silla y besar sus dos manos. Luego se levantó de golpe y se refugió en los brazos de Leo.

- Venga, vámonos – la consoló de camino a la salida.

La voz distorsionada de la Tablet resonó por su espalda. *Te quiero*, atronó en mitad la sala. Aura se volvió deprisa y se perdió unos instantes en la sonrisa sedosa que le regaló Victoria en su partida.

Una vez que traspasaron las puertas acristalas, el aire removía las

ramas de los plataneros que flanqueaban ambos lados del sendero espolvoreado de grava. La periodista descendió los escalones con los ojos embadurnados de lágrimas y se fundió en el abrazo que le ofreció Leo a cambio, su cabeza reclinaba sobre uno de sus hombros. Una descarga de hipidos secuestró su caja torácica. Después se retiró unos centímetros y se secó la cara con las mangas de su cazadora.

- ¿Mejor? – preguntó, en un intento por reconfortarla.

Aura se limitó a asentir, su cuerpo disuelto en una tiritona eléctrica y repetitiva.

- Ahora sí que te digo que deberías hablar con tu padre e intentar arreglar las cosas. Creo que sigues siendo injusta con él.

- Lo sé – respondió con la boca seca –. Lo he estado meditando y tienes razón. Sé que tomó la decisión de separarnos porque en el fondo quería protegerme.

- Exacto – apostilló –. No estás sola, Aura. Decidas lo que decidas, siempre estaré a tu lado. ¿De acuerdo?

- Te lo agradezco – musitó.

Entonces la cogió de la mano y echaron a andar en dirección al coche.

- Por cierto, cambiando de tema. Te propongo un plan.

- Dispara – le alentó.

- Ya que estamos a poca distancia de Coruña, ¿te apetece que vayamos a dar una vuelta?

A Aura se le iluminaron los ojos.

- Me acabas de leer el pensamiento. Justo te iba a proponer lo mismo.

Media hora más tarde, sus siluetas quedaron desdibujadas por la fina bruma del atardecer.

Leo y Aura escalaron el sendero de piedra entre extensos prados verdes, el perfil de la Torre de Hércules envuelta en una nube de condensación. La humedad parecía arañar el tejido de sus ropas según alcanzaban el faro y se perdían en el sortilegio de su estructura prismática, piedra milenaria expuesta a los vientos y a la ruta de las embarcaciones. Leo alzó la vista y admiró las ventanas asimétricas que la recorrían hasta el piso superior, la linterna del fanal adormecida bajo el estruendo del mar. Nada más llegar a su base, avistó el camino de tierra que descendía por los riscos hacia el acantilado. Las olas se revolvían al fondo, rompiendo contra las rocas que sobresalían del agua. Entonces comenzó a bajar la pendiente, su mano sosteniendo la de Aura. Juntos se internaron por su calzada pedregosa hasta que pisaron el mosaico circular y multicolor que representaba los siete pueblos celtas: Galicia, Escocia, Gales, Cornualles, Isla de Man, Irlanda y Bretaña. La rosa náutica, en cambio, señalaba los cuatro puntos

cardinales. Ambos se maravillaron con el conjunto que habitaba bajo sus pies, sus teselas compuestas de granito, pizarra y vitraico.

- ¿Te has dado cuenta? – robó el sargento su atención –. Es una rosa de los vientos, igual que como te nombraba el Serbio durante los interrogatorios.

- Cierto – recordó –. Con él empezó todo…

Leo se fijó en el poso de nostalgia que embargaba su semblante.

- De algún modo Lorenzo Garrido se encargó de unirnos.

- Estaría orgulloso de saber que luchaste hasta el final.

Aura encaminó los pasos por dentro de la esfera y se perdió en el horizonte plúmbeo.

- Hay algo que aún no te he contado – masculló nerviosa –. Quise hacerlo, pero tampoco estaba segura de tu reacción.

- ¿Qué ocurre, Aura? Me estás asustando.

Leo se posicionó por delante, sus miradas confrontadas en aquel apartado a las afueras de A Coruña.

- Estoy embarazada.

El rostro del sargento demudó una expresión de sorpresa mientras abría sus párpados más de la cuenta.

- ¿Cómo? – vaciló –. ¿Estás segura?

- Me lo confirmaron en el hospital de Pontevedra. Estoy de cuatro semanas.

Baeza seguía sin reaccionar.

- ¿Pero te hace ilusión? – quiso saber.

- ¿Por qué lo preguntas?

- No sé, últimamente te he visto muy encerrado en ti mismo. Llegué a pensar incluso que no fue una buena idea mudarme contigo a La Alberca.

Leo negó varias veces con la cabeza.

- ¿Sabes qué pasa? Que encima tienes razón. He estado más pendiente de mi baja laboral que de averiguar cómo te estabas adaptando a tu nueva vida. Te pido perdón, Aura – alargó sus manos hacia las suyas –. Te prometo que no volverá a suceder. Eres lo mejor que me ha pasado y no pienso perderte.

- Entonces… ¿Te alegras?

- ¡Cómo no voy a alegrarme? – exclamó –. ¡Voy a ser padre, joder! ¡Voy a ser padre!

Después la aupó por la cintura, dando varias vueltas sobre sí mismo.

Sus risas se amalgamaron al rugido de las olas.

5 MESES DESPUÉS,

la nieve había vuelto a caer en La Alberca y sus alrededores.

Diminutos copos pincelaban de blanco sus calles desiertas, entregados a borrar el rastro de aquella joven de cabello rosa que un buen día, como un mantra hueco y permanente, se perdió en el Bosque de los Espejos. Ya nadie hablaba de ella. Ni siquiera habían vuelto a rescatarla los medios de comunicación. Pues, para entonces, sólo habitaba entre los párrafos de un libro, el recuerdo de Penélope Santana y el de otras muchas jóvenes circunscritos a un thriller de cuatrocientas páginas.

Aura Valdés se arriesgó a sacar a la luz sus propias vivencias algo noveladas cuando esa tarde, a una semana escasa de la navidad, reunió en el Teatro Municipal del pueblo a un centenar de vecinos. La presentación de *Las Hijas de la Tempestad* corrió a cargo de Pepa; posiblemente la única mujer que, junto a ella, comprendía la magnitud de los crímenes y los entresijos de un laberinto que quedó impreso en los párpados de cada una de las víctimas de aquel mural. Una obra de ficción inspirada en los casos que cubrió del asesino del *Juego de la Serpiente,* donde, tras una batida de preguntas por parte de lectores y curiosos, llegó el turno de la firma de ejemplares. La fila se prolongó por medio de las butacas rojas que flanqueaban ambos lados del teatro mientras uno a uno subía al estrado para que la periodista rubricase la portadilla de sus libros y se sacase una foto con ellos. Una tarea que le llevó algo más de una hora y media y que pringó sus dedos de tinta azul. Fue entonces, al devolverle la novela a una lectora, cuando apreció la sonrisa perpetua de una mujer joven que la contemplaba al fondo entre el tumulto y que de pronto le resultó familiar. Aura Valdés compuso una mueca de extrañeza en su rostro que quedó interrumpida en cuanto la voz de Altamira atrapó su atención.

- Espero no haber salido como un tipo duro en la novela – dijo con un ejemplar entre sus manos.

Acto seguido la gratificó con un guiño.

- Para eso tendrás que leerla, ¿no crees? – se rio después.

Aura se levantó de la silla y selló el saludo con dos besos. El capitán se fijó en la incipiente barriga que se asomaba bajo la tela de su amplia camisa.

- Por cierto, enhorabuena por el embarazado. Ya se te nota bastante. ¿Sabemos qué es?

- Un niño – respondió mientras acariciaba el vientre con las palmas

de sus manos.

- Y se llamará Lorenzo – descerrajó Leo al subir las escaleras del estrado –. Fue a Aura a quien se le ocurrió la idea en recuerdo del Serbio. Al fin y al cabo, él se encargó hace un año de que nos conociéramos.

- Me alegro mucho – declaró tras darle una palmadita en el hombro –. En serio, ya era hora de que las cosas empezasen a salir bien. La espera ha merecido la pena.

En el fondo, Leo no podía estar más de acuerdo. Su vida había dado un giro drástico desde que Aura le confesó a los pies de la Torre de Hércules que iba a ser padre. Tal vez los acontecimientos que se sucedieron tras la noticia era un preludio de lo que vendría tres meses más tarde, cuando recogió de nuevo su cargo como responsable del Puesto de La Alberca, no sin antes rechazar el ascenso que le propusieron desde la Central por su hazaña en Santiago y la destitución inmediata de Lidia Barrientos. Ahora sabía que su sitio estaba allí, junto a la mujer que amaba y las ganas incesantes por ver la carita de su retoño.

- Por cierto – miró al capitán –, ¿qué era eso tan urgente que tenías que contarme? La verdad, me dejaste intranquilo cuando recibí anoche tu mensaje.

Altamira se inclinó hacia ellos, en un intento por evitar que nadie más escuchase lo que tenía que relatarles.

- ¿Os acordáis de Villarejo, el subinspector de la Comisaría Provincial de Ourense?

Sin duda ambos retrocedieron a las escenas que conservaban de él, sus hombres fortificándole en la sala de interrogatorios cuando horas antes los detuvieron en el matadero abandonado de San Xoán de Pena.

- Resulta que hace días se puso en contacto conmigo porque unos *okupas* habían dado la voz de alarma al encontrarse el cadáver de una chica joven en una finca que pretendían ocupar. Por lo visto, se había ahorcado en una de las estancias de la casa.

- ¿De quién se trata? – le interrogó la periodista con el semblante circunspecto.

- De Leyre Pastor, la chica que huyó por las catacumbas de la catedral.

Aura rememoró entonces sus facciones afiladas, su cabellera rapada, el arma que calibraba en su mano al igual que su compañera, Ane Etxague, la cual se despeñó desde la segunda planta del triforio, su sangre reptando por las juntas del suelo de la nave.

- ¿Qué ha hallado la policía? – continuó interpelándole.

- Su documentación y claras evidencias de que se trata del lugar donde Tristán convivía con el resto de chicas. También se ha descubierto a pocos kilómetros de allí la cabaña en la que Iván

Minchev las entrenaba y que vimos en las grabaciones que tu amigo el informático rescató de su ordenador personal. Imaginamos que al leer las noticias de lo ocurrido en Santiago, Leyre no aguantó la presión y se colgó de una soga.

Un silencio torpe se filtró en la conversación, el murmullo de los lectores planeando por encima de sus cabezas.

- ¿Y de Camila Collado, se sabe algo? – le inquirió Baeza –. Yo mismo vi cómo se largó en la moto. Fue Cynthia quien la ordenó que se reuniera con las demás en la catedral.

- Ya sabes que la *Yamaha* apareció en el puerto de Ferrol – le refrescó la memoria –. La policía sigue pensando que debió de coger un barco y huir del país.

El sargento negó repetidas veces con la cabeza, visiblemente contrariado.

- Pero dejemos de hablar de trabajo – se esforzó en decir –. Hoy es el gran día de Aura y la auguro una brillante carrera como escritora. A todo esto, ¿habrá una segunda parte?

Una semana después del lanzamiento de *Las Hijas de la Tempestad,* la novela se convirtió en un fenómeno editorial, alcanzando incluso el ranking de los libros de ficción más vendidos en España. Aura no se podía creer lo que le estaba sucediendo mientras la bandeja de su correo electrónico continuaba recibiendo suculentas ofertas por parte de algunas prestigiosas agencias literarias, todas ellas interesadas en representarla. Sin embargo, lo que más le sorprendió fue la cantidad de reseñas que acumuló su obra en conocidos portales de internet de la mano de *bookstagrammers* e *influencers*, así como la llamada que se produjo al cabo de un mes, donde la directora de contenidos de Netflix le propuso hacer un par de películas basadas en los espeluznantes crímenes del *Juego de la Serpiente*.

Las semanas transcurrieron y su vida parecía gravitar dentro de un sueño.

Hooded se recuperó de las lesiones que le ocasionó su hazaña en la catedral y regresó a su barrio de Madrid, dedicado tanto a la caprichosa tarea de simular aquella experiencia en las partidas online que de vez en cuando lideraba en las salas *gammers* como a su trabajo como informático, especialista en el *hackeo* de sistemas a grandes empresas, pero siempre oculto bajo la capucha de su sudadera.

De vez en cuando Alicia Sanz la telefoneaba para interesarse por su embarazo, y también para insistirle en que tenía las puertas abiertas en Tribuna Madrid. Pese a que la periodista siempre le ofrecía la misma respuesta (que ahora su vida estaba en los libros), se alegró, y mucho, el día que la hizo saber que había contratado a Oriol Estrada y que ya formaba parte de su equipo. Poco después leyó que el Gremio

de Periodistas le había concedido un premio por la crónica que publicó a tenor de los crímenes de Galicia.

Las semanas transcurrían y Carmen y Pepa se esmeraron en ayudarla durante su estado de gestación. A menudo le llevaban la compra a casa para que no cargase peso y la obligaban a pasear por las callejuelas empedradas de La Alberca, donde tenía la completa certeza de que era el lugar en el que deseaba echar raíces junto a la familia que había formado en cuestión de un año. A veces, durante esas caminatas interminables, echaba la vista atrás y se asombraba del giro que había dado su vida. La joven periodista a la que le costaba llegar a fin de mes y que siempre andaba dando tumbos en su Golf blanco (había decidido mantener los orificios de las balas que aún se apreciaban en la carrocería una vez que lo recuperó del taller de Ourense), en nada se le parecía a la nueva Aura que había entrado con una sonrisa en el 2020. Posiblemente Leo Baeza fuese el culpable de su felicidad; el mismo que había regresado a su puesto como sargento de la Guardia Civil, el que ahora aprovechaba algunas tardes libres para recuperar el tiempo perdido junto a Gustavo Santana. Fue él, y no otro, quien trajo a su madre de vuelta a Salamanca, donde su padre se esmeraba cada día en atenderla y cuidarla junto a una enfermera.

Las semanas pasaron a golpe de calendario y el país quedó confinado por una pandemia.

Aura se habituó a ver a Leo con mascarilla cada vez que acudía puntual a su despacho. Tal vez, durante el tiempo que se mantuvo encerrada en casa, la periodista aprovechó a seguir adentrándose en las sombras poliédricas de Tristán Ortiguera, estudiando en profundidad los perfiles de sus chicas, los escenarios donde cometió los crímenes durante veinte años, los símbolos que recuperó de los libros de Funelli y que le habían llevado a confeccionar un laberinto infestado de monstruos y tempestades. Aura se dedicó a ello con la pretensión de realizar una segunda parte del libro, o porque quizá aún era incapaz de alejarse de los fantasmas de su pasado.

Un pasado que se reveló contra ella cuando en el mes de abril, el dolor regresó a su vida.

Entonces, las primeras contracciones se desataron en su organismo como un recordatorio de lo que vendría después.

Los gritos podían escucharse por fuera de la sala de paritorios.

Un lamento cruel y desgarrador que oprimía cada vez más su región lumbar y sentía cómo la carne se abría con esfuerzo.

- ¡Venga, empuja de nuevo! – escuchó decir a la obstetra a los pies de la cama.

Aura inclinó el cuello hacia delante mientras se agarraba con firmeza a los asideros. El dolor atravesó su espina dorsal a medida que

se expandía electrizante hacia sus caderas.

- ¡Más, más, más! – la animaba –. ¡Ya asoma la cabecita! ¡Un último empujón, Aura!

Los músculos se tensaron para vaciar la quemazón que ardía en su interior mientras el sudor abrillantaba la piel entumecida y empapaba su cabello. Un olor mineral comenzó a flotar en la sala. Aura expulsó un alarido estremecedor y cayó abatida sobre la almohada. Después, escuchó el llanto de su bebé.

Las lágrimas inundaron sus ojos en cuanto una de las enfermeras lo depositó encima de su pecho.

- Enhorabuena – la felicitó con una sonrisa amplia –. Es un niño precioso.

Sus yemas rozaron con delicadeza la pelusa de su cabecita sin poder apartar la vista de sus párpados, ligeramente hinchados. *Hola, Lorenzo*, balbució emocionada. *Soy yo, mami*. Una risa floja se desató entonces, cómplice de la emoción que la embargaba por dentro.

- Ahora van a llevárselo las enfermeras para lavarlo, ¿de acuerdo? – continuó la obstetra.

Aura asintió exhausta.

- En un rato podrás volver a la habitación. Hasta entonces, intenta descansar un poco.

- Gracias, doctora.

Y cerró los ojos.

Aura renunció a seguir despierta mientras notaba cómo alguien limpiaba la sangre esparcida sobre su piel y retiraba la sábana quirúrgica de su cuerpo. En el sueño era capaz de percibir sus pasos, su respiración pausada, el tacto de sus manos. Poco a poco fue distanciándose de sí misma hasta que su voz la rescató de la ingravidez. *Aura…, Aura…, Aura…, despierta*. Desplegó exhausta los párpados, la luz del quirófano incidiendo sobre su rostro. Una burbuja amarilla que salpicaba de destellos sus facciones, su nariz y boca cubiertos por una mascarilla. *Aura…*, su nombre resonaba en su cabeza como un eco lejano. *Aura…*, volvió a pronunciar.

La resistencia que ejercían sus párpados era mucho más fuerte, dejándose fácilmente vencer por el sueño.

Entonces, se perdió en una oscuridad placentera.

Aura…

Aura…

Aura…

Lentamente comenzó a abrir sus ojos, la cerrazón oscura de fuera resbalando por la ventana de la habitación 206 del Hospital Universitario de Salamanca. Un gemido intercedió al rotar la cabeza sobre la almohada mientras tropezaba con el

semblante risueño de Leo, sus manos meciendo la cuna que había a un extremo de la cama. Aura le devolvió la sonrisa al tiempo que comprobaba que su retoño dormía plácidamente.

- ¿Qué hora es? – preguntó con la boca pastosa.

- Cerca de las nueve – respondió –. Llevas dormida desde entonces. Me dijo una de las enfermeras que fuiste muy valiente. Lástima que no me dejasen acompañarte a cuenta de la maldita pandemia.

Luego se fijó que vestía su uniforme de sargento. Recordó que no le había dado tiempo a cambiarse cuando rompió aguas en el salón y salieron precipitadamente de La Alberca.

- Por cierto, ¿has descansado? – se interesó.

- Estoy molida. Con la mascarilla tenía la sensación de que me faltaba el aire. Pero ha merecido tanto la pena… – volvió a ojear al pequeño Lorenzo.

Leo lo miraba embelesado.

- ¿Te has dado cuenta? Es igualito que yo – dijo emocionado.

Aura soltó una carcajada breve.

- Eso mismo pensé cuando lo tuve en mis brazos – le siguió la corriente.

- ¿Cómo una cosita tan pequeña puede hacerme tan feliz? – se le caía la baba –. No sé si aprovechar a bajar a la cafetería y comprarme algo para comer. No he probado bocado desde esta mañana.

- Claro. Yo me quedo al tanto. Ve y despéjate un poco.

- No tardo nada – le prometió mientras se ponía el abrigo –. Descansa otro poquito en lo que vuelvo.

Aura asintió conforme y se ovilló por dentro de las sábanas.

- Te quiero – dijo Leo al tirar del pomo de la puerta.

Después abandonó la habitación, permitiendo que la periodista regresase al dulce sopor que hormigueaba sobre sus párpados.

Un ruido resquebrajó el sueño en mil pedazos. Ráfagas de aire que comenzaron a barrer las escenas que se amalgamaban confusas en su mente a medida que abría los ojos, asustada.

Enseguida descubrió a la joven enfermera por delante de la cuna, su bebé cogido entre sus brazos. Se sobresaltó.

- ¿Qué ocurre? – la interpeló aún somnolienta.

- Siento haberte despertado – masculló pausadamente –. Vengo a buscar al niño porque tienen que hacerle la prueba del talón. Será sólo un ratito.

Aura respiró aliviada.

- De acuerdo, esto…

- Fátima – resolvió el enigma por ella.

- Te recuerdo. Tú estuviste a mi lado en la sala de paritorios.

Una hebra de luz se abrió paso en su memoria a medida que

percibía cómo limpiaba con un paño caliente los restos de sangre que salpicaban la piel de su abdomen y retiraba la sábana quirúrgica recogida sobre sus rodillas. Estaba convencida de que ella la cuidó tras dar a luz.

- ¿En serio? – se sorprendió –. Estabas completamente extenuada. Pero lo hiciste muy bien. Te felicito.

Aura intuyó su sonrisa bajo la mascarilla mientras encaminaba los pasos hacia la salida.

- Ahora volvemos – dijo con la voz afable.

Luego entornó la puerta hasta que su figura se perdió bajo la tenue luz del pasillo.

Mientras tanto, en la planta baja del Hospital Universitario, Baeza escurrió la mirada al salir de la cafetería con un par de sándwiches de la mano. La lluvia azotaba con intensidad el pavimento que se intuía tras las puertas acristaladas del complejo, el alumbrado de fuera aclarando los charcos que alimentaban el suelo como si se tratase de un espejo oscuro.

Rápidamente retomó el camino de vuelta y se internó por el mismo pasillo fantasmal, las salas de espera vacías desde que se declaró la pandemia el mes anterior. Sin embargo, la sensación de felicidad que embriagaba su estado de ánimo no le impidió dirigirse a los ascensores con el pecho henchido y los ojos sonrientes. Leo pulsó el botón del panel y esperó paciente a que el ascensor bajase del segundo piso. Al momento, la puerta mecánica se desplazó. Baeza tuvo el amago de entrar cuando se percató entonces que estaba ocupado.

- Lo siento – se disculpó al tiempo que daba un paso atrás.

Luego se fijó en la joven enfermera ataviada con un uniforme blanco, gorro de quirófano y mascarilla. En sus brazos llevaba un bebé, envuelto en una mantita azul. El sargento esbozó una sonrisa sincera al permitirla salir.

- Gracias – respondió.

Después entró en el ascensor y presionó el botón de la segunda planta.

Sólo al cerrarse las puertas, volvió a reparar en ella, una sombra blanca diluyéndose bajo la claridad raquítica en dirección a la salida.

La noche se precipitaba silenciosa tras la puerta entornada de la habitación 206 cuando Leo la atravesó con los sándwiches empaquetados en un triángulo de cartón de la mano. Aura enarcó sus cejas y se reclinó en la cama.

- Qué poco has tardado – dijo –. ¿No había gente?

- En comparación con lo que estábamos acostumbrados, nadie.

Créeme. Ya sabes que los hospitales han quedado relegados a pacientes con *covid* y poco más.

El sargento se desabrochó la cazadora de camino y se dirigió a ella, sus ojos focalizados en la cunita que asomaba por fuera de la cama. Enseguida brotó una sonrisa tibia en su rostro que se desdibujó al comprobar que su pequeño no se encontraba recostado.

- ¿Y el niño? – preguntó impaciente.

A la periodista ni siquiera le dio tiempo a responder cuando reparó en la presencia de una enfermera que cruzaba en ese momento la habitación. Baeza se volvió rápido y atendió a su uniforme impoluto y a los zuecos de talón abierto de los que asomaban unos calcetines de algodón blancos. Tenía el cabello corto y escarolado, disuelto en una marea de canas.

- Hola – los saludó.

Sus ojos se achinaron al sonreír bajo su mascarilla quirúrgica.

- Hola – le devolvió Leo el saludo.

- Vengo a llevarme al pequeñín para lavarlo. ¿O prefieren que lo haga aquí y les enseñe?

Aura arrugó el entrecejo, desconcertada.

- Debe haber una confusión – la aclaró –. Una de sus compañeras vino a buscarlo hace un momento para hacerle la prueba del talón.

La enfermera puso los brazos en jarras.

- Qué raro, estaba programada para mañana al mediodía. ¿Está segura?

- Por supuesto – comenzó a ponerse nerviosa –. Es una enfermera joven, de unos treinta años. Recuerdo que estuvo conmigo en la sala de paritorios. Se llama Fátima.

La mujer alimentó su frente de líneas de expresión, como si de esa forma fuese capaz de hallar una explicación a lo que le estaba exponiendo.

- ¿Pasa algo? – la rescató Baeza de sus pensamientos.

- Pasa que no hay ninguna enfermera llamada Fátima en la planta de neonatos.

A Aura se le demudó el rostro, deslizando deprisa las sábanas. Podía escuchar cómo su corazón bombeaba agitado bajo su caja torácica.

- No puede ser – murmuró el sargento.

- ¡Qué pasa? – se alteró.

- Acabo de ver a una enfermera con un bebé en brazos dirigiéndose a la salida.

- ¡Cómo dice? – exclamó la mujer, visiblemente impactada.

Un impulso llevó a Aura a incorporarse de la cama, los puntos de sutura de la episiotomía revelándose en un dolor intenso y agudo. Sus manos se fueron por inercia al bajo vientre, las ondas expansivas rompiendo contra su carne tumefacta.

- ¡Tenga cuidado, no ve que no puede hacer eso? – reaccionó la enfermera.

Leo, en cambio, la ayudó a mantenerse erguida.

- Estate tranquila – intentó apaciguarla –. Quédate aquí mientras aviso a seguridad.

- Voy contigo – resolvió.

Aura se agarró a su brazo y abandonaron juntos la habitación ante la mirada discordante de la enfermera. El silencio goteaba al fondo del pasillo. Tan sólo el zumbido de los paneles del techo parecía enturbiar la noche oscura que se asomaba por fuera de los ventanales. Baeza se adelantó y pulsó el botón del ascensor. Las puertas mecánicas se abrieron en el acto. Ambos entraron rápido mientras el reflejo del espejo mostraba a Aura el camisón del hospital, el dolor descamando la carne de su vientre. Se impacientó. La periodista se impacientó a medida que los números que se perfilaban en el panel digital parpadeaban según descendían a la planta baja. El tiempo pareció detenerse en aquel cubículo con las paredes forradas de acero. Comenzó a gimotear. El miedo a no saber qué había hecho con su hijo nubló sus ojos de lágrimas. Leo se percató y trenzó sus dedos a los suyos. Al cabo de un minuto, las puertas se abrieron de par en par.

Baeza salió escopetado por el nuevo pasillo, Aura intentando emular su ritmo trastabillando en su desplazamiento. Sintió cómo los puntos se desataban con cada movimiento, un hilo de sangre resbalando por una de sus piernas desnudas. Siguió apretando el paso con esfuerzo hasta que atravesó la salida y se internó en la lluvia constante. Leo llevaba desde entonces divisando el horizonte, una penumbra azulada disuelta bajo la luz mortecina de las farolas. De pronto vislumbró un bulto blanco entre las sombras, sus pasos acelerados en dirección al parking exterior.

- ¡Allí! – la señaló.

Aura echó a correr mientras el aguacero se encargaba de empapar la tela de su camisón. Las gotas se escurrían heladas entre los mechones de su cabello, dificultando la visibilidad tras la cortina maciza. Un soplo de vaho se desprendió de su respiración a medida que corría descalza y notaba que sus fuerzas menguaban. No podía parar, se dijo. Tenía que atraparla antes de que fuera demasiado tarde.

La periodista frenó en seco y gritó.

- ¡Detente!

La enfermera se detuvo para volverse, sus miradas enfrentadas bajo la lluvia.

- Sé lo que pretendes, Camila.

Los ojos de Camila Collado eran dos fósforos que flameaban al abrigo de la noche oscura mientras sostenía a su hijo entre sus brazos.

La rabia depositada al fondo de sus pupilas la convenció de que era ella, y no otra, la que se escondía bajo la mascarilla quirúrgica que poco a poco fue desplazando hacia su barbilla, las gomas elásticas tensándose por detrás de sus orejas. Aura dio un paso al frente y caminó insegura bajo la lluvia. Tal vez una parte de ella había renunciado a seguir perpetuando mucho más tiempo el dolor que le ocasionaba la pérdida de su hijo, su llanto atravesando la mantita que lo envolvía.

Aura continuó acercándose a Camila a medida que atendía a la misma expresión afilada que contempló por última vez en las grabaciones. La cabellera rapada se había transformado en los últimos meses en una mata corta y oscura cepillada con fijador hacia atrás. También podía percibir el rencor adosado a su mandíbula, quizá deseando triturar con sus muelas la inquina que sentía hacia la joven periodista que le había arrebatado su mundo.

Aura advirtió que no se encontraba en situación de elegir y decidió parar cuando su mirada se tornó amenazante.

- Ni te muevas – escupió violentada.

Después forzó una sonrisa inútil.

- Ya veo que me has reconocido.

- Me di cuenta el día de la presentación del libro, pero tampoco estaba segura – le reveló Aura –. No hagas ninguna estupidez y devuélveme a mi hijo. Podemos llegar a un trato.

- No, querida. Será mejor que te despidas de él. Hoy vas a pagar por todo el daño que has hecho – podía notar su resentimiento –. Tú me arrebataste lo único que me importaba y pienso hacer lo mismo con tu bebé. Tristán está muerto por tu culpa. Leyre se suicidó por tu culpa. Sí. Eso es. ¡Todo es culpa tuya! – gritó.

Su aliento derramó esquirlas de vaho.

- ¿No te das cuenta de que a Tristán sólo le movía el odio? Él era el culpable, Camila. Os arrebató a cada una vuestra vida – intentaba hacerla razonar –. Se encargó de raptaros y también de haceros olvidar quiénes erais en realidad.

- ¡Cállate! – soltó furibunda.

La enfermera de planta apareció junto a dos guardias de seguridad, los cuales sacaron sus armas y apuntaron al objetivo. Leo, que se encontraba unos metros por delante, les hizo un gesto con la mano para que no interviniesen todavía.

- Escúchame, Camelia. Aún estás a tiempo de recuperar lo que dejaste atrás – recordó algunos datos de la chica que leyó en los informes de Altamira –. Sé que tus padres te echan de menos. Hace unas semanas se pusieron en contacto conmigo para hablarme de ti – mintió –. Me dijeron que te encantaba montar a caballo, incluso que solías ayudar a tu madre en la cocina. Quieren que regreses para

volver a hacer todo eso contigo. Y también tus amigas del colegio. Todavía se acuerdan de la Camelia bromista a la que le encantaba chinchar a su hermano pequeño en el recreo.

Camelia era incapaz de refrenar la emoción que vibraba en sus gestos.

- ¡Para de una maldita vez! – se negaba –. Esa vida acabó hace años para mí. Tristán me devolvió la luz y me convirtió en lo que soy.

- Al contrario, él te manipuló y te hizo creer en algo que solamente existió en su cabeza.

Sus ojos volvieron a llamear en la penumbra deshilachada.

- Devuélveme a mi hijo y te prometo que todo saldrá bien. Yo misma me encargaré de acompañarte a casa. Tus padres te están esperando. Ellos son tu verdadera familia.

Atisbó que una lágrima descendía por su mejilla. Aura había localizado una fisura por la que acceder a ella.

- Confía en mí, Camelia. Todavía estás a tiempo de dar marcha atrás y acabar con esta locura. No cometas el error de lo que más tarde te arrepientas.

- ¿Por qué? – pronunció con la voz cargada de altibajos –. ¿Por qué debería confiar en ti?

- Porque sé que tú no eres un monstruo.

Aquellas palabras aflojaron la tensión de su cuerpo a medida que Aura se precipitaba a su encuentro y recogía a su hijo de sus brazos. Tal vez Camelia cayó de rodillas en la calzada cuando los recuerdos aún almacenados comenzaron a sacudir los cimientos de su memoria, la mirada perdida en los charcos que habitaban alrededor. Entonces rompió a llorar mientras sus hombros descargaban el miedo, los años oculta en el bosque, la precisión con la que fue adoctrinada para la tarea, las presas a las que acechó junto al resto de criaturas. Porque en eso consistió el juego desde el principio, en una macabra liturgia donde había que escoger a una chica entre el resto de fotografías esparcidas sobre un mural. Y Tristán las alentó a la caza a sabiendas de que ellas también formarían, sin duda, parte del truco final.

Rápidamente los guardias entraron en escena y la acorralaron por la espalda. Después, la tendieron sobre el suelo para esposarla.

Leo avanzó bajo la lluvia y rodeó a Aura entre sus brazos. Sintió cómo su hijo se removía por dentro de la mantita.

No tuvo ninguna duda de que esa noche había empezado a escribir el comienzo de su propia historia.

EPÍLOGO

Extracto recopilado del libro de Aura Valdés

En los últimos años el número de personas desaparecidas en España ha aumentado vertiginosamente. Las Fuerzas y Cuerpos de seguridad registran al año en torno a 15.000 denuncias, de las cuales, la mitad no llegan a resolverse. De estos desaparecidos, un 80% son jóvenes de entre 13 a 17 años, la mayoría procedentes de Centros de Protección tutelados por las comunidades autónomas. Según los informes facilitados por el Centro Nacional de Desaparecidos (CNDES), los casos se resuelven en las primeras 72 horas. Sin embargo, sólo un 7% de dichas desapariciones son consideradas de alto riesgo, donde su rastro se pierde para siempre en la inmensidad del bosque.

Me llamo Aura Valdés y hace tiempo cubrí los crímenes de varias jóvenes desaparecidas.

Quizá la naturaleza se encargó de desenterrar su paradero cuando en noviembre de 2018 Vega Molina apareció como lo que era hasta entonces, la prisionera de una cumbre nevada. Tal vez la pista vino de la mano de Penélope Santana, la cual yacía con su pelo rosa a los pies de una puerta abierta en las entrañas del bosque. Durante la investigación, descubrí no sólo el dolor por la pérdida de un ser querido, muchas veces atalayada sobre una esperanza que comenzaba

a marchitarse el mismo día que la persona no regresaba a casa. También me aventuré a entrar en una especie de laberinto cargado de símbolos telúricos y monstruos que habitaron una vez en el imaginario colectivo (y en las páginas de un manuscrito olvidado), donde encontré para mi sorpresa un complejo mural dispuesto aleatoriamente en diferentes grupos y escalas, pero provisto de sonrisas huecas y miradas sonrientes. Ellas, las víctimas de una mente perversa, fueron seleccionadas para formar parte de un ritual pagano, elaborando su creador una especie de *Camino de Isis* con el fin de redimir el pecado que cometieron en el pasado: abortar. Deshacerse del milagro de la vida. Rechazar lo que la naturaleza les concedió. Chlóe Guillot fue la primera, su cuerpo envuelto en una niebla aún permanente. Tania Oldán la última, su cadáver enterrado en un bosque del Bierzo con una castaña apresada en su mano, alimento del más allá. En definitiva, jóvenes desaparecidas de manera forzosa para ser entregadas a la caza de su mentor. Porque él, Tristán Ortiguera, se encargó de conquistar sus sueños y hacerlos realidad. Sólo él se consideró el Mesías de una leyenda quimérica, dispuesto a expulsar del trono al Gran Usurpador (ni más ni menos que a Santiago el Apóstol) en favor de la diosa Isis, culto atávico y singular. Y al igual que hizo la pequeña Alicia en *El Juego de la Serpiente*, se armó de un ejército de chicas igualmente desaparecidas, pero con la peculiaridad de que éstas habían sido aleccionadas para matar a quien osara arrancarlas de la oscuridad.

Oscuridad. La palabra que mejor lo definía, el lugar en el que prefirió esconderse. Un paño de fría oscuridad de la que se envolvió cuando su madre lo encerraba con llave en un cuarto húmedo e inhóspito. Oscuridad. Tristán Ortiguera aprendió a vivir en la oscuridad lacerante, en una bruma de castigo y odio. Oscuridad. Posiblemente el dolor se transformó en rencor, en una cicatriz que escocía con sólo rozarla, en un trauma difícil. ¿En qué momento decidió habitar en esa profunda y dolorosa oscuridad? Tal vez cuando interiorizó las secuelas de su maltrato y construyó sobre él una jaula emocional. ¿Con qué motivo? Supongo que para retener al depredador que crecía en sus vísceras y fluía como veneno por sus venas. Pero el instinto acabó venciendo y abandonó su cautiverio como único modo de dar rienda suelta a su impulso animal. Entonces se transformó en lo que había sido desde el principio, una alimaña ruin y vengativa, víctima de un alambicado conflicto materno–filial. ¿Acaso aquello lo exoneraba de su culpa? Desde luego que no. Pero al igual que Tristán Ortiguera, otros asesinos volverán a actuar en las sombras, dispuestos a que el resto de la humanidad conozcan su propia creación.

Psicópatas y asesinos múltiples, *Spree killers* o en serie, entregados a la tarea de devolver su trofeo a la naturaleza.

Nuevos bosques servirán de escenario. Otras localizaciones mantendrán incluso el germen de su impronta.

Y aunque los investigadores recolecten pruebas durante sus largas pesquisas, él seguirá ahí, esperando a que alguien lo rescate finalmente de la tormenta.

Salamanca – el chalet, marzo de 2022.

Trilogía del Juego de la Serpiente

1) La Prisionera de la Cumbre Nevada (2020)
2) Huesos en la Niebla (2021)
3) Las Hijas de la Tempestad (2022)

Christian Furquet (Salamanca, 1983) es licenciado en Comunicación Audiovisual y Máster en Guion Cinematográfico y Televisivo por la Universidad Pontificia de Salamanca.

En 2012 publicó su primera novela, *El Carnaval de los Sueños Rotos*; y al año siguiente, *Si las Paredes Hablasen*. Asimismo, ha participado en algunos medios de comunicación y en varios proyectos de guion cinematográfico.

En 2020 lanza *La Prisionera de la Cumbre Nevada* y en 2021 *Huesos en la Niebla*, despertando un gran interés entre la comunidad lectora. *Las Hijas de la Tempestad* (2022) es la tercera entrega, completando así la trilogía del Juego de la Serpiente.

Sígueme en:

Christian Furquet Escritor (FACEBOOK)

@christianfurquet_escritor (INSTAGRAM)